

COLINA 112

ADRIAN GOLDSWORTHY

NARRATIVAS HISTÓRICAS CONTEMPORÁNEAS

edhasa

COLINA 112

ADRIAN GOLDSWORTHY

Traducción de Julieta Lionetti



En nuestra página web: www.edhasa.es encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Hill 112. Ah novel of D-Day and the Battle of Normandy*

Diseño de la sobrecubierta:



Primera edición impresa: noviembre de 2025

Primera edición en e-book: noviembre de 2025

© Adrian Goldsworthy, 2024

The translation of Hill 112 is published by Edhasa by arrangement with Bloomsbury Publishing Plc.

© de la traducción: Julieta Lionetti, 2025

© de la presente edición: Edhasa, 2025

Diputación, 262, 2º 1ª

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright,* bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita descargarse o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. (www.conlicencia.com; 91 702 1970 / 93 272 0447).

ISBN: 978-84-350-5034-0

Producido en España

Esta es una novela basada en hechos reales. El Regimiento de Glamorganshire y el 165.º del Real Cuerpo de Blindados son ficticios, pero todas las acciones clave y casi todos los pequeños incidentes que se relatan reflejan lo que realmente sucedió, aunque a veces en un día y un lugar diferentes. He hecho todo lo posible para que los personajes actúen y hablen como sus equivalentes en la vida real. Muchos de los soldados que desembarcaron el Día D, e inmediatamente después, eran muy jóvenes. Ésta es la historia de algunos de esos hombres (o muchachos, en realidad). No puede ser la historia de todos los que participaron en la campaña de Normandía. Los canadienses, que desempeñaron un papel vital en la batalla –con una presencia significativa en tierra, pero también en el mar y en el aire–, aparecen sólo en los márgenes. Los estadounidenses apenas están. Esto se debe, simplemente, a que la historia se cuenta desde la perspectiva de tres jóvenes procedentes del mismo pueblo de Gales del Sur, pero de ninguna manera pretende denigrar la contribución de los demás. Una novela como ésta tiene poco que ver con la estrategia y no puede incluir a todos los que, procedentes de muchos países distintos, lucharon en la guerra. Los soldados que luchan no pueden ver el panorama general.

COLINA 112

Una novela del Día D y la batalla de Normandía

Día D, martes, 6 de junio de 1944
7:00 horas GMT + 2, canal de la Mancha,
a tres millas de playa Gold, Sector King

–¿Quieres ver esto? –El cabo Collins solía hablar en voz alta y clara, pero incluso él tenía que gritar para hacerse oír por los hombres que estaban a su lado. Cañón tras cañón, se disparaba, golpeando el bancal, y el sonido retumbaba en sus oídos–. ¡La madre que los parió! –añadió al momento, ya fuera por puro terror o simplemente por decir algo.

Collins y tres hombres más estaban de pie en la parte trasera de su tanque Sherman, que, al igual que los demás vehículos de la lancha de desembarco, estaba encadenado para que se mantuviera en su lugar durante el viaje. La LCA, o lancha de asalto, tenía poco más de cincuenta y cinco metros de largo, menos de cuatro de ancho y la forma de una caja abierta, sin consideración alguna por la elegancia y el estilo, ni ninguna otra cosa que no fuese la utilidad. Como su nombre indica, había sido diseñada para transportar tanques y camiones a través del agua, y, gracias a su fondo plano, dejarlos en la arena al llegar a la playa. Los hombres que conducirían esos vehículos habían sido reclutados tardíamente, y se esperaba que se las arreglaran lo mejor que pudieran. Bajo el puente de la popa cuadrada, había escaso alojamiento para la propia tripulación, y los pasajeros ocupaban la cubierta principal, un poco resguardada por los costados, pero abierta al cielo.

La mayor parte del regimiento estaba más atrás, en un par de grandes LCT, anfibios de blindados[1] que la imaginación de los tanquistas había convertido en transatlánticos de preguerra de un lujo casi decadente. Las únicas disputas giraban en torno a qué soldados eran más ofensivos o a cuáles había que envidiar más, aunque los destinados a los barcos estadounidenses –con toda la generosidad de ese próspero país, ajeno al racionamiento– iban por delante en las apuestas.

–¡Cabrones codiciosos! –Era el veredicto general–. Se atiborrarán hasta el final.

Aun así, los barcos estadounidenses carecían de alcohol, por razones que bien conocían sus extraños primos transatlánticos, y había mucho que decir a favor del ron de la Armada Real.

Esas discusiones, sorprendentemente detalladas y fervientemente sostenidas, habían tenido lugar antes de que abandonaran el estrecho de Solent. Después de eso, la LCA empezó a cabecear y a rolar como una atracción de feria. La situación fue empeorando a medida que avanzaban. Pronto se apagó toda conversación, y los pensamientos sobre comida y bebida se convirtieron en un tormento más que en un sueño. Las numerosas «bolsas de vómito» se habían llenado pronto, y la mayoría fueron arrastradas por el viento cuando los hombres, frágiles y exhaustos, las vaciaron por la borda. Una lluvia temprana los dejó a todos mojados, y la rociada de espuma pronto completó el trabajo, aumentando la miseria absoluta de los soldados, que temblaban y vomitaban. De repente, la amenaza de colisión con una mina o un torpedo se volvió demasiado lejana como para percibirla.

La cubierta todavía apestaba a vómito, que se mezclaba con el olor a sal y a aquella persistente combinación de grasa y gasolina que solía flotar alrededor de los tanques. James Taylor descubrió que seguía oliéndolo incluso cuando estaba de permiso, de la misma manera que perduran en las fosas nasales el olor a establo, a cuero viejo, a estiércol y a sudor de caballo.

James había crecido junto al mar. Había pasado gran parte de su infancia dentro y alrededor de barcos, y siempre se había considerado un buen marinero, con un estómago fuerte. Eso había sido así hasta la noche anterior. No fue el primero en sucumbir, e incluso cuando la lancha comenzó a sacudirse por las olas casi logró subir al puente. Luego había bajado a cubierta para ver cómo estaban sus hombres, como debe hacer un buen oficial, y el hedor, y tal vez el hecho de no poder ver, lo había atrapado. De repente se vio doblado en dos, con arcadas, y salpicando las ruedas del tanque con su propio vómito. Por un momento, se preguntó si aquello era un golpe de suerte, porque decían que la tripulación de un avión orinaba en el volante antes de una misión, a modo de ritual. La idea

no duró mucho, porque pronto perdió toda la voluntad y la energía como para hacerse preguntas. Incluso la vergüenza de manchar el mono con su propio vómito había desaparecido.

La luz del día ayudó, y seguramente también la naturaleza del sistema digestivo, pues en su interior no quedaba nada más que pudiera expulsar. Cuando regresó al puente, ya se había recuperado. Sin embargo, el deber era el deber. James había sentido temor al bajar a cubierta nuevamente, aunque, hasta entonces, todo iba bien. Algunos de sus hombres y otros de la tropa de reconocimiento estaban de pie o apoyados contra los tanques, pero la mayoría permanecía sobre los vehículos para poder ver más allá. Afortunadamente, nadie vomitaba, ya que no estaba seguro de poder soportar el sonido o el olor fresco del vómito.

James deambuló arriba y abajo, intercambiando algunas palabras medio audibles y más asentimientos y sonrisas. Nadie lo saludó, porque se trataba de un regimiento blindado, y esas formalidades se guardaban para cuando fuera necesario. Al fin, se detuvo junto a su tanque y miró a la tripulación. El Sherman era una pieza de metal grande y muy alta, en comparación con otros tanques. Su puesto en la escotilla principal de la torreta, que tenía forma de cúpula, estaba a casi tres metros del suelo, y, aunque los muchachos permanecían de pie sobre el motor, sus botas quedaban casi a la altura de los ojos, de modo que, desde allí, podían otear por encima de la borda el costado pintado de gris de la lancha. Se preguntó si poner el pie en la oruga y subir para unirse a ellos, aunque, con los altos extractores agregados a los tubos de escape, no había mucho espacio.

En ese instante, unos pavorosos estallidos rasgaron el aire, chocando entre sí hasta fundirse en un único estruendo, seguido del silbido inconfundible de los proyectiles atravesando las alturas. Estaban cerca del *HMS Belfast,* y el crucero debía de haber disparado con su docena de cañones de seis pulgadas.

–¡No me jodas! –La voz del soldado Whitefield se oyó en lo que, por unos instantes, pareció casi silencio–. Parecen los chasquidos del

látigo del diablo.

El londinense tendía a ser hosco y se enfadaba con facilidad, pero tenía esos raros momentos poéticos. James sabía a qué se refería. Se esperaba que los LCT, o incluso los grandes cruceros como el *Belfast*, sonaran como un trueno cuando disparaban. Así era siempre en los noticieros: un estruendo profundo, potente y cargado de intención, antes de que la cámara girara y mostrara, a lo lejos, chorros de agua levantados por la caída de los proyectiles. En la gran pantalla todo quedaba muy claro, ya fuera un reportaje con la voz entrecortada del narrador explicando o inspirando, o en una imagen donde el objetivo no era más que un modelo de barco en un tanque de agua de estudio, y uno sabía que, al final, todo saldría bien. Pero aquel sonido había sido mucho más agudo y mucho más fuerte. El bombardeo era sencillamente mayor y más ruidoso que cualquier otra cosa que hubiera oído nunca antes, incluso cuando habían realizado disparos reales en los ejercicios.

El fuego había comenzado una vez salido el sol, y sólo se había detenido para permitir que los bombarderos también lo intentaran. Los tanquistas habían visto pasar algunos de los aviones, bimotores medianos, con franjas blancas brillantes en las alas, mientras entraban y salían de las nubes. Durante media hora, los aviadores lanzaron sus bombas y, una vez que estuvieron fuera del paso, los barcos volvieron a abrir fuego. Después se les unió la artillería de campaña, cañones autopropulsados, también colocados en LCA, pero con sujeciones especiales, para que pudieran disparar desde las cubiertas hacia la orilla. Más tarde, los siguieron otros LCT, especialmente reconvertidos para que lanzaran ráfagas de grandes cohetes. La playa se había vuelto una masa de humo y polvo oscuro, con pequeños destellos causados por las explosiones, pero sin un patrón definido.

–¿Habéis visto eso? –dijo Collins, sacudiendo la cabeza con asombro.

–No puede quedar mucho. –El soldado Albright era el más joven de la tripulación, un muchacho bajo y desgarbado con el lento

acento de Wolverhampton. La lancha estaba dando la vuelta, siguiendo a la que tenía delante, y los alejaba del *Belfast*, de modo que la siguiente andanada fue menos abrumadora. James dudaba de haber captado lo que el muchacho estaba diciendo–. Quiero decir que no puede durar mucho, después de toda esa mierda que les ha caído encima –suspiró, y añadió–: Pobres cabrones.

–Nada de pobres cabrones –respondió Collins–. Esos malditos alemanes nos están esperando con sus cañones de 88 mm y sus ametralladoras Spandau para zurcirnos. Servidlos bien, muchachos. ¡Aplastadlos! ¡Que no quede ninguno!

–Ya no pueden quedar muchos –dijo Albright–. Simplemente, desperdiciaremos munición.

–¿Acaso la pagas tú? –gruñó Whitefield–. Rompámosles el culo a todos, digo yo. –Trató de imitar lo mejor que pudo un acento elegante–. No escatimes en gastos..., y a casa, Philips, y sin perder el tiempo.

Albright se encogió de hombros.

–Sólo estaba diciendo que, para el caso, vayámonos ya. No puede haber quedado nadie en pie.

–Prestad atención al maldito lote, aquí. –El mal genio de Whitefield iba en aumento–. ¿Qué diablos sabrás tú? Esos teutones están acurrucados en refugios de hormigón de dos putos metros de espesor. Mi viejo estuvo en el Somme. Le dijeron que simplemente tendrían que cruzar caminando hacia lo que quedaba de la línea del frente enemigo. «Los cañones los habrán matado a todos», les dijeron. ¡Y una mierda! En cuanto se alejaron, aparecieron todos esos asquerosos teutones con sus ametralladoras. Al final del día, sólo quedaban tres hombres de la compañía de mi viejo. ¡Tres! ¡Ésa es tu maldita artillería y tu maldita Marina!

Collins miró hacia atrás y vio al oficial justo por debajo de ellos. Le dio un toque con la bota a Whitefield, y éste sonrió tímidamente. Los ojos del londinense permanecieron beligerantes, pero no dijo nada más.

–Alf nos está dando una lección de historia, señor –explicó el cabo primera.

–Espléndido –exclamó James con su vozarrón, devolviéndole la sonrisa–. Me encanta la historia. –Era bastante cierto, aunque no importaba. Él era el comandante de tres pelotones con todo el poder embriagador de una sola insignia de segundo teniente en cada hombro, y tenía suficiente sentido común para saber lo poco que eso significaba realmente.

–¿Nos iremos pronto, señor? –preguntó Albright.

James fingió no ver a Whitefield y puso los ojos en blanco.

–Todavía hay que esperar –respondió–. Ya conoces el plan. Las olas de asalto están por delante de nosotros. Entrarán pronto. Todavía faltan unas horas, muchachos, y luego al menos estaremos de vuelta en tierra firme.

Todos, excepto Albright, eran mayores que él, pero era probable que nadie se opusiera a que los llamara muchachos. A cinco meses vista de cumplir veintiún años, por lo que aún no tenía edad suficiente para votar, se suponía que el segundo teniente James Taylor debía cuidar de los hombres que conformaban su tropa, incluso de los que tenían mucha más experiencia en la vida, que eran casi todos. La escuela y el Ejército sólo enseñaban hasta cierto punto, y él no sabía mucho.

–¡Joder con el condenado rayo! –gritó Collins alegremente–. Si hubiera querido flotar, me habría alistado en la maldita Marina.

–Eso si te hubieran aceptado –dijo Whitefield mientras James asentía y se alejaba–. Y tú –prosiguió Whitefield–, ¿qué es eso de preguntar cuándo desembarcaremos, eh? ¿Aún no has aprendido nada sobre el Ejército, muchacho?

–Simplemente es diligente, eso es todo –dijo Collins–. Un buen chico con ganas de aportar su granito de arena. No es un vulgar y malcriado imbécil que intenta escabullirse.

–¿Haciendo pellas? ¿Y nosotros vamos como refuerzos?

Collins se burló.

–Es mejor que ir primero, amigo.

–¿Tú crees? Para cuando lleguemos allí, el teutón tendrá sus grandes cañones apuntándonos. Eso es lo que nos tocará, colegas, putos cañones enormes justo encima de nosotros. No, el mejor lugar es justo atrás, pero, si no puedes colocarte allí, ve al frente y cúbrete rápido. Los pobres tipos del medio siempre se llevan la peor parte.

–La verdad, sería mejor que escribiera a su parlamentario –le aseguró Collins–. Puede regresar a nado con la carta y hacer que nos trasladen –se rio–. Miserable idiota. Al menos este escocés –señaló a Albright– es alegre. Y después de un tiempo uno se acostumbra a su olor. Bueno, después de un tiempo es un decir...

Una nueva salva ahogó el resto de la conversación. James hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y regresó al puente, balanceándose mientras caminaba, porque debían de haber girado contra las olas cuando la lancha siguió a las demás en otro amplio círculo. El agua sucia recorría la cubierta con cada movimiento, acumulándose en el extremo hasta que la embarcación volvía a moverse y emprendía otro viraje. El hedor casi le provocó náuseas otra vez, así que se apresuró todo lo que se lo permitió su dignidad. Al menos, los hombres volvían a gemir y a burlarse unos de otros, lo que hacía que todo pareciera más normal, pues el angustioso silencio de la última noche había sido tan inquietante como comprensible. El mar no estaba más tranquilo ahora, tal vez incluso estaba peor, pero había más que ver, ciertamente, y más en que pensar, y todos parecían sobrellevarlo lo mejor posible.

No eran sólo los tres pelotones, sino muchos más, si se pensaba bien, los que estaban atacando el Muro Atlántico de Hitler y tratando de liberar Francia. Ésa era la idea, de todos modos. Ya fuera como los primeros, los últimos o los de en medio, la LCA terminaría llevándolos a la playa, donde harían tierra y conducirían hacia la costa. Entonces los alemanes intentarían detenerlos con sus ametralladoras Spandau y sus cañones 88, como había dicho Collins. Las ametralladoras no importarían mientras estuvieran dentro del

tanque, pero los 88... Aquel cañón alemán se había convertido en una leyenda en la guerra. Diseñado para bombardear aviones que volaban a varios kilómetros de altura, disparaba un proyectil inmenso, muy rápido y directo. Rommel, el mismo general alemán que se decía que estaba planeando la defensa de Francia, había descubierto hacía años que un arma así podría ser igual de letal contra objetivos terrestres, especialmente contra tanques. Ningún blindado (al menos ninguno fabricado por los aliados) podía detener un proyectil tan grande y veloz.

Collins tenía razón. Los alemanes los estarían esperando, y no serían ellos quienes los derrotarían. Aquellos desgraciados no estaban dispuestos a dejar de tocar las narices, lo que significaba que alguien tendría que convencerlos de que pararan, y en realidad esa invasión estaba destinada a lograr precisamente eso, y de una vez por todas. Era para lo que todos se habían estado entrenando, algunos durante cuatro años. James incluso había llegado a soldado tras pasar la mitad de ese tiempo sin que nadie le disparara. Su regimiento, el 165.º del Real Cuerpo de Blindados, era nuevo. Se había formado durante la guerra, y hasta ahora nunca lo habían enviado al extranjero. Aparte de un puñado de veteranos que habían entrado en el regimiento en los últimos meses, ninguno de ellos había visto nunca una batalla..., hasta ahora, y, por el momento, sólo estaban al borde de ella. Tal cosa seguramente obligaba a pensar hasta al menos imaginativo, y era mejor charlar y quejarse que meditar en silencio.

James había bajado a cubierta diciéndose a sí mismo que todo aquello debería animar a los hombres. No tenía idea de si había logrado parecer confiado y despreocupado, y, en caso afirmativo, si eso había servido de algo. Lo que sí sabía era que se sentía mejor al haberlos visto y oído a todos. Confiaba en ellos, incluso sin estar muy seguro de sí mismo.

* * *

7:25 horas

–La Hora H –dijo el capitán Symonds cuando James volvió a subir al puente abierto.

–Dios los ayude a todos –exclamó, con fervor, el teniente de la armada al mando de la LCA.

Una andanada de cohetes siseó, haciendo chirriar el aire, y las llamas que los siguieron aportaron un extraño toque de color en medio de tanta monotonía. Por lo demás, era un mundo de mar gris..., salvo por las coronas blancas de las rompientes. Grises eran los barcos y los LCT, y sólo Dios sabía qué más. Todo se hallaba bajo una nube gris sin apenas una abertura para mostrar el cielo. Incluso los tanques, pintados de forma monótona, parecían más grises que verdes bajo aquella luz, y los rostros de los hombres reflejaban un semblante igual de sombrío.

Sin embargo, el color que le faltaba a la escena se veía compensado por su monumental escala. Había naves por todas partes hasta donde alcanzaba la vista: buques de guerra, LCT y LCA de todas las formas y tamaños. Más allá, James podía ver filas de lanchas corriendo hacia la playa. Eran pequeñas cajas abiertas, tan pequeñas que tenían que ser transportadas hasta allí en barcos más grandes, y luego ser sumergidas en el agua, cada una con un pelotón de treinta personas. Algunos de los hombres habían bajado por las redes para subir a la pequeña embarcación de asalto, que se balanceaba violentamente. En el mejor de los casos, James no los envidiaba, y mucho menos teniendo que cargar con el equipo con aquel oleaje. Un solo descuido, y eso sería todo: se hundirían como una piedra o acabarían hechos picadillo contra el costado de un barco cuando la lancha de desembarco abarloara. No, no los envidiaba y, a pesar de toda su incomodidad, se sentía mejor en una embarcación que los llevaría lo suficientemente cerca como para dejarlos en tierra.

Symonds observaba la orilla a través de sus binoculares. El bombardeo debería estar desplazándose hacia el interior, a medida que desembarcaba la primera ola. James levantó sus propios

anteojos, pero podía ver muy poco a esa distancia, con todo el humo y el polvo persistentes.

El 165.º estaba formado por otros dos regimientos blindados, los Dragones y el Yeomanry, que lideraban el ataque. Por esta razón, cada uno de esos regimientos tenía dos de sus tres escuadrones equipados con una de las nuevas armas secretas, el DD o tanque de natación, diseñado para que, mediante unos protectores de lona y unas hélices accionadas por el motor, las treinta toneladas de un tanque Sherman pudieran convertirse en un bote. Funcionaba, *mirabile dictu*, porque James había hablado con varios oficiales de los otros regimientos y había visto algunos de los DD en los ejercicios. Así que era bastante seguro, siempre y cuando la lona no se rasgara o las olas no superaran unos pocos metros de altura, y todo eso antes de que los alemanes empezaran a prestar atención.

James continuó explorando el mar en dirección a la playa, pero no pudo ver ninguno de los tanques de natación. Había filas de LCA. Las que iban en cabeza permanecían inmóviles, lo que presumiblemente indicaba que ya habían hecho tierra; detrás, otras lanchas, así como LCT, espaciados a intervalos amplios, probablemente transportaban ingenieros con sus tanques especiales, diseñados para limpiar campos de minas y zanjas de puentes. Algunas pequeñas formas oscuras en la arena indicaban que algunos ya habían llegado a tierra.

Había un patrón en toda aquella actividad, y, en muchos sentidos, resultaba familiar, ya que habían pasado meses practicando para ese momento. Una y otra vez habían recorrido distancias concretas hasta un puerto, e incluso se habían embarcado haciendo retroceder con cautela a los Sherman hacia la lancha. Al principio, normalmente salían directamente una vez que todo estaba cargado, y recorrían otras distancias y rutas establecidas para simular el desembarco y el avance tierra adentro. En ocasiones, incluso se hicieron a la mar y desembarcaron en algún lugar real. Un sargento del escuadrón había tenido el placer de invadir su propio pueblo en Dorset, partiendo de la playa y pasando por la pequeña cabaña que él y su esposa habían

alquilado, hasta que ella se vio obligada a marcharse cuando el Departamento de Guerra expulsó a los civiles de la zona.

Nadie podría decir que los preparativos no habían sido minuciosos. Ejercicio tras ejercicio, mientras se formaban, se ajustaban y se refinaban los intrincados planes. Las naves de desembarco y las barreras ya no eran nada nuevo para ninguno de ellos; aun así, aquello era diferente, tanto en escala como en todo lo demás. El mar nunca había estado tan lleno de barcos, ni siquiera durante el ejercicio más importante, y el bombardeo era mucho más fuerte y prolongado. El cielo parecía casi tan lleno como el mar, siempre que se pudiera vislumbrar, porque había aviones aliados por todas partes. Algunos cazas descendían en picado, casi rozando la superficie de las olas. Era una visión simplemente asombrosa y, al mismo tiempo, grandiosa e inspiradora, casi indescriptible.

Aquélla era la playa Gold, situada en el centro del desembarco. Unas millas al este, estaba Juno, por donde debían entrar los canadienses, y más allá, Sword, que completaba el sector británico. Al oeste, se encontraban las dos playas donde los estadounidenses tendrían que haber desembarcado hacía una hora, ya que allí la marea subía más temprano.

En la sesión informativa principal les habían dicho que más de siete mil barcos participarían en los desembarcos, y, al contemplar la escena a su alrededor, James podía confirmarlo. Aquel lanchón era uno de los aproximadamente ochocientos que se dirigían, en un flujo constante, desde el sur de Inglaterra hacia Francia, regresando luego con los heridos y volviendo nuevamente con tropas frescas, equipo y provisiones a las playas, y así sucesivamente. Era gigantesco, y el coste, demasiado alto para calcularlo.

James bajó los binoculares y miró hacia arriba. Un Spitfire los sobrevoló, y el piloto agitó con entusiasmo las alas rayadas de blanco y negro.

–Es una cura de humildad, ¿no? –dijo Symonds observando el avión–. Todo esto se ha hecho para nuestro beneficio –suspiró–. Creía que Alamein era grande, pero esto... –El comandante de la

tropa de reconocimiento del regimiento era uno de los veteranos, un viejo soldado del desierto enviado como leva al 165.º–. Puede hacer que cualquiera se sienta bastante modesto, y provocarle un condenado dolor de cabeza.

James asintió, incapaz de hablar, porque en ese momento se sentía más insignificante que modesto. ¿Qué eran todos ellos, sino pequeños engranajes de una máquina enorme y compleja? El destino del mundo se estaba decidiendo, según decían los noticieros, y eso no le daba al mundo ni a los cielos mucho tiempo para considerar el destino de James Taylor. Se dio cuenta de que su mano derecha casi había llegado a tocar el bolsillo de su pecho. Como la mayoría de los hombres, llevaba un mono de tanque de una sola pieza encima de la guerrera y pantalones de batalla, pero aun así sentía frío y estaba mojado. Eso significaba que no podía tocar el bolsillo, y mucho menos lo que había dentro. De repente, se sintió culpable y avergonzado, y rápidamente volvió a agarrar sus binoculares con ambas manos. Nadie parecía haberse dado cuenta, y no había ninguna probabilidad de que conocieran su secreto, pero le preocupaba parecer extraño y, además, furtivo.

Symonds no parecía haber prestado mucha atención.

–¿Ha estado alguna vez en Francia?

–Sí. Bueno, en cierto modo. A mi padre le gustan las montañas y el senderismo, así que tomamos el tren-barco un par de veces, pero no nos detuvimos en Francia. Él quería llegar a Suiza lo antes posible. –Por alguna razón, James prefirió no mencionar sus vacaciones en el Tirol–. Realmente, no vi nada. ¡Al menos me ahorré la vergüenza de tener que practicar mi francés de colegial con los nativos!

–Siempre es arriesgado, y no estoy seguro de que la tan citada sabiduría de hablar alto y despacio sea realmente eficaz.

Nadie en el regimiento sabía mucho sobre Symonds, ni siquiera su edad estaba clara. Tenía arrugas alrededor de los ojos, grises, y su piel, que alguna vez había sido clara, estaba oscurecida por la exposición al sol, aunque eso valía para muchos antiguos miembros

del Octavo Ejército. Se sabía que en el desierto había habido tres tiroteos de tanques justo debajo de sus narices y que había salido ileso. Se oían rumores de locura, lo que podría explicar la falta de condecoración, y conversaciones acerca de una carrera aventurera antes de la guerra, con historias sobre que había sido jugador de cartas profesional en cruceros. Todo aquello lo hacía parecer un cruce entre Arthur C. Raffles y Simon Templar.

–Amo a Francia –dijo Symonds, con un tono mucho más serio de lo habitual–. París, por supuesto, pero también la costa. Pasé mucho tiempo en Deauville...

La voz del capitán se apagó. Parecía perdido en sus pensamientos. James había oído hablar de aquella ciudad turística y de sus famosos casinos, lo que encajaba bien con algunas de las historias sobre Symonds. El capitán parecía un hombre educado, bien hablado y elegante, que vestía su uniforme con un aire informal apenas aceptable, sobre todo por ser quien era. Los tipos del Octavo Ejército eran famosos por su vestimenta individualista y deliberadamente poco militar. Sin embargo, la impresión que todos tenían del nuevo capitán era que ya no se trataba de un hombre rico, o al menos no tenía buenos contactos, aunque nada de esto importaba porque ciertamente conocía su trabajo y caía bien a la primera.

–Es bueno estar de regreso –dijo Symonds en voz alta, rompiendo el silencio o al menos el constante tamborileo de las armas. Miró el reloj–. Debemos llegar a H + 120 como muy pronto. Aún queda otra hora y media.

–Tal vez. –El teniente de Marina parecía escéptico–. Nadie planeó este viento. Nos lleva cada vez más cerca de la playa.

Todavía estaban dando vueltas. El suyo era uno de la media docena de lanchones que esperaban su turno. En ese momento, se dirigían hacia la playa, pero pronto se alejarían. Delante de ellos había otra nave que transportaba al resto de la tropa de reconocimiento, uno o dos Sherman y algunos coches de exploración. Debían desembarcar y avanzar juntos, todos bajo el mando de Symonds, uniéndose a una compañía de infantería. Estos

últimos tenían que ir en bicicleta, añadiendo un toque extrañamente primitivo a los complejos barcos, equipos y maquinaria desplegados para la invasión. James todavía estaba sorprendido por esa parte de las órdenes. Podría pensarse que las fábricas de Gran Bretaña y Estados Unidos habrían sido capaces de idear algo mejor que tener que pedalear en un momento tan crítico.

Symonds hizo un gesto al marino.

–Bueno, ése era el plan, por si sirve de algo.

–Dígaselo al clima.

–Entonces, ¿debo suponer que daremos varias vueltas más alrededor del faro antes de que el hombre del megáfono nos diga que se nos acabó el tiempo?

El teniente sonrió.

–Algo así.

Dos chorros de agua blanca surgieron del mar a quinientos metros de distancia a estribor, justo delante de una línea de LCT que se dirigían a la playa. James apenas evitó soltar que algún maldito estúpido estaba fallando las rondas cuando se dio cuenta de la realidad. Se trataba del enemigo.

Cayeron otros dos proyectiles, esta vez detrás de los LCT, lo suficientemente cerca como para arrojar espray sobre uno de ellos. No sabía quién iba a bordo, si las compañías de apoyo de los batallones de asalto o las primeras de reserva. James tenía muchos amigos repartidos por el Ejército, algunos incluso de la infancia, especialmente de la antigua pandilla del pueblo. Sabía que dos de ellos, Mark Crawford y el viejo y sombrío Toby Judd, estaban en el mismo batallón. No creía que estuvieran con la división en Gold, aunque no estaba seguro.

La siguiente salva falló un disparo, pero un nuevo proyectil dio de lleno en la cubierta de una LCA. La pequeña embarcación se desintegró, y pedazos de metal y madera volaron por el aire junto con la espuma. Estaban demasiado lejos para ver a los hombres destrozados por la explosión, pero, en un instante, no quedó nada,

sólo pecio flotando en el mar agitado. Nadie dijo nada. ¿Qué había que decir? Un pelotón había desaparecido. Unos treinta hombres murieron al ser alcanzados por los explosivos y la metralla, o bien se ahogaron porque nadie pudo detenerlos o alcanzarlos a tiempo. Las otras lanchas de asalto siguieron avanzando entre las olas hacia la orilla, y los siguientes proyectiles no estuvieron tan cerca.

James enfocó los binoculares y no pudo ver ningún rastro, ni siquiera una mancha de aceite. No había nada. Tal vez alguno de sus amigos iba a bordo, y, si no, seguramente eran hombres muy parecidos a ellos, que vestían prácticamente los mismos uniformes. Miró hacia la costa y vio un LCT volcado hacia la playa, con un denso humo negro saliendo de la popa. Otro estaba parado, bastante lejos de la playa, ya sea por daños o por haber chocado con un banco de arena o algún otro obstáculo. En la misma arena vio las formas pequeñas y achaparradas de los tanques, aunque no pudo distinguir si eran Sherman o Churchill. Volvió a enfocar sus binoculares, y, cuando al fin pudo comprobar que uno de ellos era un Churchill, el tanque explotó con una llamarada vívida en medio de la oscuridad.

–Pronto será nuestro turno –dijo Symonds a su lado. No estaba mirando a la playa, sino hacia arriba, mientras otro par de cazas volaban por encima.

* * *

08:55 horas, en algún lugar de Sussex

El soldado raso 649 Judd tenía frío. Estaba tumbado sobre la hierba húmeda, con la culata de la ametralladora Bren cómodamente metida en el hombro. Su mano derecha descansaba en la empuñadura, y la izquierda sujetaba la parte superior del arma justo delante de la mejilla. El bípode que tenía delante estaba firme, y Griffiths, su número dos, estaba situado a su izquierda, listo para reemplazar el cargador, o incluso cambiar el cañón si seguían disparando y el metal se calentaba demasiado. A su izquierda estaban también los otros dos equipos Bren del Pelotón Nueve.

La llovizna no había cesado y Judd tuvo que parpadear para aclararse los ojos y asegurarse de que estaba alineado con el

objetivo. Su nombre de pila era William, normalmente, Bill o Billy en esos días, aunque en la escuela preparatoria había sido «Toby» Judd para los niños, a quienes no les preocupaba la estricta exactitud cuando se trataba de un buen apodo. Las orejas de Bill sobresalían de manera impresionante cuando era chico, y pasaron años antes de que su cabeza creciera lo suficiente como para alcanzarlas. Aun así, ya no quedaban muchos de aquellos muchachos, y probablemente serían aún menos a finales de año, a medida que la guerra se prolongara eternamente.

Judd apretó el gatillo y se relajó; lo apretó de nuevo y disparó tres ráfagas constantes que hicieron temblar el objetivo de lona cuando las balas dieron en el blanco. La Bren era una pieza precisa de maquinaria, y Bessie (el nombre que le había dado a la suya, aunque nunca lo había admitido ni lo admitiría ante nadie) se portaba especialmente bien. Los cartuchos de latón vacíos caían sobre la hierba desde debajo de la recámara. El cargador estaba vacío, y Griffiths debía de haber estado contando, porque lo sacó y colocó uno nuevo en su lugar, golpeando a Judd en el casco para indicar que el arma ya estaba cargada. Antes de que pudiera amartillar, sonó un silbato.

–¡Alto el fuego!

Griffiths quitó el cargador y lo reemplazó por uno vacío. Judd tiró de la manivela de carga para expulsar cualquier bala que quedara dentro, aunque no había ninguna. El sargento inspeccionó debidamente cada arma para asegurarse de que fuera segura y luego los dispensó para que se unieran al resto del Pelotón Nueve.

–Tomen un poco de té y un bollo, muchachos.

Había una camioneta estacionada en la parte trasera de la cocina, con un par de cocineros para servirlos.

–Ya están, muchachos –les aseguró uno de ellos mientras hacían cola–. Casi listos. Entraron al amanecer.

–Eso es lo que dijiste la semana pasada –le dijo Griffiths–. Y la semana anterior.

–¡Segundo Frente ahora! –gritó alguien con voz aguda, como uno de los oradores más locos de Hyde Park.

–La verdad del Evangelio –insistió el cocinero–. Oíste los aviones durante la noche.

Los habían oído, pero había tantas incursiones importantes que no tenía por qué significar gran cosa. Todos habían estado esperando durante tanto tiempo que cada vez era más difícil creer que el entrenamiento realmente llegaría a su fin.

–Muy bien, ¿dónde?, si eres tan listo –preguntó uno de los hombres.

–Han dicho Holanda –dijo el cocinero–. Al menos eso es lo que he oído. Saldremos pronto.

–Sí, sí. ¿Qué quieres decir con «saldremos»? –preguntó Griffiths–. No creerás que estarás en el frente...

–Conocí a una chica que estaba siempre en el frente –intervino alguien–. Nunca tuvo que usar las manos para abrir puertas.

–Estaremos contigo, chaval –prosiguió el cocinero, ignorando la interrupción–. Hasta el final.

Griffiths hizo una mueca.

–¡Dios! Como si luchar contra los alemanes no fuera suficientemente malo, encima tendremos que comer tu comida. Aun así, podría envenenarme y conseguir mi billete de vuelta de esa manera.

–¿Qué? –El cocinero agitó los brazos fingiendo ira, derramando té de la taza que sostenía–. ¿Éste es todo el agradecimiento que recibo tras haber trabajado en el Ritz?

–Así es. El Ritz Café de Bognor –sugirió alguien–. Dirigido por los Hermanos Plasta.

–La próxima vez le escupes en su té, buñuelo –dijo otra voz.

–No –dijo el primero–. Podría saber mejor.

–Vamos, vamos –ladró el sargento–. Daos prisa. Quince minutos para bajarlo y luego nos vamos.

Después de una hora en el campo de tiro, la Compañía A debía realizar una marcha de ruta.

Griffiths y Judd recogieron una taza y un sándwich de picadillo de carne, y los llevaron hasta donde el resto de los hombres de la sección estaban sentados sobre las mochilas para mantenerse alejados de la hierba mojada. Hablaron un poco de la invasión y de si estaba sucediendo o no, pero sobre todo charlaron y bromearon sobre nada en particular, y hubo más debate sobre lo que se proyectaba en el cine del campo esa noche que sobre la perspectiva de un Segundo Frente.

* * *

10:35 horas, a unos kilómetros de distancia

–«¡Arañas peludas trepando por tu trasero!» –cantaban las voces cuando las botas con clavos tocaron el asfalto de la carretera en el horario previsto.

El batallón del Regimiento de Glamorganshire todavía tenía un componente sustancial de Gales del Sur, testimonio de sus orígenes como unidad territorial, aunque, como la mayoría de los batallones en tiempos de guerra, ahora contaban con hombres de todo el país. Quizás eso le otorgaba al canto un aire de melodía, pero sólo un aire, y daba más la sensación de una multitud bulliciosa en un gran partido que de un coro entrenado.

–«¡Tuvimos que alistarnos! ¡Tuvimos que alistarnos!» –cantaban otra vez en coro, y Mark Crawford se mordió el labio para no unirse–. «¡Tuvimos que alistarnos en el Ejército del viejo Churchill!».

Las botas aporreaban la carretera. Nadie les ordenó marchar al mismo ritmo en un recorrido tan largo como aquél. Simplemente sucedió, según la costumbre de hombres reclutados y obligados a hacerlo todo al mismo tiempo, o rapidísimo, mañana, mediodía y noche, durante meses o años de su vida. Incluso los que se habían adelantado tendían a seguir el paso sin darse cuenta cuando caminaban uno al lado del otro. En marcha era más fácil y también ayudaba, porque, de lo contrario, uno fácilmente podría pisar los talones del que iba delante.

–«Diez chelines a la semana» –cantaban, y sus botas de combate repiqueteaban al tocar el suelo.

El ritmo era constante, casi hipnótico, y a medida que avanzaban, kilómetro tras kilómetro, lo único que se veía y oía era el grupo del hombre que iba delante y el ruido de las botas. Mark iba al lado de su pelotón, menos encerrado que ellos, pero, aun así, sentía el estado de ánimo casi de trance de una larga marcha. Ni siquiera los galeses hablaban mucho después del primer kilómetro y medio, así que cada uno tuvo que ponerse a pensar, hasta que incluso eso supuso demasiado esfuerzo.

–«¡Nada que comer, ni un puto coño!».

Las botas resonaban una y otra vez, y Kipling había acertado incluso aunque nunca hubiese marchado a ninguna parte: botas, botas, botas, kilómetros y kilómetros, hasta que no quedara nada más en el mundo.

–«Todos ampollados...».

Había un descanso cada hora, sólo uno breve, y luego seguían avanzando, kilómetro tras kilómetro.

–«¡Sobre los pies sangrantes!».

Una y otra vez, el interminable choque de botas como un reloj que avanza. Un hombre tenía que vaciar su mente para soportarlo, pero eso hacía que fuera demasiado fácil quedarse dormido, especialmente cuanto más se prolongaba la marcha y el cansancio los envolvía.

Mark notó que su ordenanza, el joven Evans, parpadeaba y tenía los ojos un tanto desenfocados.

–Siga el paso, Evans –gritó mientras los hombres tomaban aliento para el gran *crescendo* del final de la estrofa. El muchacho giró la cabeza, sorprendido, pero ya estaba despierto.

–«Churchill..., ¡eres un cabrón!».

A veces, en la cantina, Mark había oído al segundo al mando condenar airadamente a todo el Cuerpo de Educación como un

grupo de «malditos rojos», pero no creía que hubiera nada especialmente político en la canción. A veces no era la legitimidad del primer ministro la que era cuestionada, sino la de algún funcionario.

–«¡Tuvimos que alistarnos!».

En realidad, cantaban porque debían hacerlo si querían evitar dormirse. Un hombre que se desmayaba tenía suerte si simplemente se estrellaba contra la carretera, porque la mayoría de las veces, al caer, chocaba con el tacón de la bota de hierro del hombre que iba delante, y eso podía romperle la nariz o los dientes, o bien destrozarle la mandíbula. Mark lo había visto en alguna ocasión, y más de una vez él mismo casi había sido víctima de ello cuando realizaba su entrenamiento básico.

–«¡Tuvimos que alistarnos!».

Las palabras no importaban demasiado, y era más acordarse de algo gracioso y subversivo. Recordó a los viejos hablando sobre las palabras de los himnos de la última guerra: «Lávame en el agua con la que lavaste a tu sucia hija», y cosas por el estilo. «Simplemente, canta cualquier cosa, mantente despierto y sigue adelante».

Llegaron a la cima de una colina y el sol atravesó las nubes, bañando de luz los South Downs. Era una bonita escena, capaz de hacer que un hombre se detuviera allí en tiempos de paz, pero se trataba de una marcha de ruta, no de una caminata, y no debían tomar otro descanso hasta dentro de media hora.

–«Tuvimos que alistarnos» –cantaron, y las botas golpeaban el suelo una y otra vez.

Durante el desayuno, habían corrido rumores de que la invasión ya había comenzado, pero nadie sabía nada realmente y no había órdenes nuevas para ellos, por lo que la rutina continuaba. Semanas atrás, se habían trasladado a ese campamento de cabañas y tiendas Nissen, todas valladas y estrechamente vigiladas. Allí esperaron, entrenaron, y esperaron, con todos los permisos cancelados. Necesitaban uno especial para abandonar el campamento por cualquier motivo que no fueran ejercicios como ése. A primera hora

de la mañana, la noticia les había parecido fascinante y un poco desconcertante, pero los largos kilómetros y el choque de botas habían alejado todos aquellos pensamientos. Sin duda sabría mejor al final del día, y eso era bastante tiempo.

–«Churchill, ¡estás chalado!».

Mark parecía haberse perdido el último verso, y eso le hizo temer que podría desmayarse. Se detuvo y dejó pasar a su pelotón. Estaba muy orgulloso de todos ellos y estaba decidido a hacerlo lo mejor que pudiera cuando llegara el momento.

Allí estaba Dalton, su sargento de pelotón, en el lugar que le correspondía en la retaguardia, avanzando a zancadas como el compatriota que era, sin prisa visible, pero cubriendo el terreno rápidamente. El sargento era nuevo para ellos, un mando profesional que había servido en el primer batallón en Túnez y Sicilia, ganando la medalla militar en el proceso. Se suponía que debía llevar un subfusil Sten, como Mark y los demás oficiales y suboficiales de alto rango, pero en su lugar llevaba un rifle, uno de los viejos con la boca rechoncha y la larga bayoneta. Aquella pequeña cinta de rayas azules, blancas y rojas de la medalla militar en su guerrera le daba cierto margen de maniobra en cuanto a regulaciones, y su puntería en el campo de tiro era asombrosamente buena. Un Sten era feo, barato, pero muy eficaz a corta distancia. No estaba hecho para la precisión, pero Mark no era más que un tirador mediocre con cualquier cosa, aunque tenía una habilidad especial para lanzar una granada justo donde quería que fuera. Tenía que agradecérselo al críquet.

–«¡Tuvimos que alistarnos, tuvimos que alistarnos!».

Siguieron avanzando hasta llegar a un valle, donde debían dar la vuelta para regresar en paralelo al camino por el que habían venido, para finalmente volver al campamento. Sin embargo, la carretera principal que debían cruzar estaba llena de tráfico, con camiones avanzando constantemente hacia el sur. La compañía se sentó en el césped y los observó, feliz de poder descansar, especialmente ahora que el día se había calentado. Se burlaban de los hombres de los

camiones, quienes a su vez se burlaban de ellos, pero todos sabían lo que eso significaba. Lo que venía era de verdad.

* * *

12:25 horas, sector King, playa Gold

Era la tercera vez que el LCT intentaba hacer tierra. El primer intento, a la hora que debían entrar, había terminado cuando apareció una patrullera haciéndoles señales frenéticas para que dieran media vuelta.

–¡No hay sitio! –les gritó el oficial de la Marina a bordo, antes de hacer que la fila de LCT diera la vuelta y retrocediera. Los proyectiles cayeron entre ellos, sin hacer más que rozar las cubiertas.

–Date prisa y espera –dijo Symonds, con una sonrisa irónica.

Era un eslogan familiar en el Ejército, donde un hombre siempre parecía estar apresurándose para ponerse al día o dando vueltas sin que pasara nada. De alguna manera, James había esperado que una batalla fuera más eficiente, o al menos que respetara los tiempos. No es que la mayoría de los ejercicios hubiesen sido ninguna de esas cosas, pero todos los ejercicios para el cruce habían sido tan minuciosos que se preguntó por qué esta vez sería diferente.

Después de un rato, les indicaron que volvieran a entrar. Los proyectiles seguían cayendo, y un LCT que salía de la playa fue alcanzado y se incendió, girando de costado hacia la orilla y casi chocando con el que transportaba al resto de la tropa de reconocimiento. Pasaron rozándolo, con un chirrido de metal, sólo para toparse con algún obstáculo bajo las olas. Se produjo una explosión sorda y no especialmente fuerte, y el agua chocó contra la proa.

–La señal dice que la rampa está cerrada en forma de cuña –les dijo el teniente de la Marina mientras seguían avanzando, pasando más fácilmente por delante de las lanchas de desembarco en llamas que tenían delante.

–Tommy Price se enfadará –dijo Symonds, refiriéndose al alférez, que era el único oficial restante de la tropa de reconocimiento–.

Nunca ha sido el más paciente de los hombres.

–Al menos deberían estar bien –aventuró James, justo cuando un par de proyectiles cayeron sobre el LCT dañado, que ahora retrocedía en el agua muy lentamente.

Hubo una vibración. James se tambaleó y estuvo a punto de caer cuando su propia nave se detuvo bruscamente. Contuvo la respiración, esperando que la mina detonara, pero no pasó nada.

–¿Un banco de arena? –sugirió Symonds. Estaban a unos doscientos metros de la playa.

El oficial de la Marina se limitó a gruñir y ordenó marcha atrás.

–¡Muévete, perra! –murmuró el hombre al volante.

El motor se quejó estentóreamente, pero no se movieron. Un proyectil cayó justo detrás de ellos, y James sintió una oleada de miedo, ya que podría tratarse de un disparo a distancia. Pero no llegaron más, o al menos no hubo más disparos cerca de ellos. Más adelante, la playa estaba repleta de vehículos, algunos en llamas, otros volcados, y había mucha gente dando vueltas. No podía ver ninguna posición alemana que siguiera disparándoles, y se preguntó si todos los observadores capaces de llamar a la acción a la artillería y los morteros habían sido eliminados. A cada lado de la rueda del tanque había una sujeción con un cañón de fuego rápido de 20 mm, y los marineros que lo manejaban obviamente estaban ansiosos por soltarse. No pudieron ver ningún objetivo, aunque no fue por falta de búsqueda.

Tan repentinamente como había golpeado, el LCT se sacudió hacia atrás y James se tambaleó de nuevo, agarrándose al brazo de Symonds para evitar caerse.

–Lo siento, viejo amigo, mi carné de baile está lleno –dijo el capitán, arrastrando las palabras.

–Oh, bueno, la próxima vez.

–¡Malditos orangutanes canadienses! –dijo el oficial de la Marina, dando órdenes al timonel para que los llevara de regreso y luego virara más a babor para encontrar una ruta que estuviera despejada.

Esta vez entraron directamente, pasando junto a varias embarcaciones destrozadas o varadas en las vigas de hierro y otras defensas. Había restos en el agua, especialmente madera, cinturones salvavidas y algunas formas que sólo podían ser cadáveres o partes de cuerpos flotando en las olas.

–Ya casi llegamos –les aseguró el capitán.

–Entonces será mejor que nos pongamos en marcha –dijo Symonds, y estaba a medio camino de la escalerilla cuando se giró–. Gracias por traernos hasta aquí. Mire, esto es bastante vergonzoso, pero parece que me he olvidado la cartera en casa...

–¡Puto ejército!

La tripulación ya estaba a bordo de los tanques. El Stuart de Symonds (o Honey, como insistía en llamarlo, al igual que todos los hombres del Octavo Ejército) estaba solo en la proa; los demás, en parejas, detrás; primero los otros Stuart y luego los cuatro Sherman del Pelotón Tres. Mientras corría hacia delante, el capitán hizo girar el brazo para indicar a los conductores que arrancaran. No es que los conductores pudieran verlo, pero cada equipo tenía un hombre en la torreta que gritaba las instrucciones. Los motores tosieron, golpearon y chisporrotearon. Los Sherman de fabricación estadounidense corrían dulcemente una vez en marcha, más suaves y silenciosos que los tanques británicos, pero eran ruidosos en el arranque y negras nubes de humo de escape salían de los capós en la parte trasera de cada tanque. James casi sintió que volvería a enfermar, pero se contuvo.

Hubo otra sacudida, más ligera que la anterior, y el LCT se detuvo. James trepó usando la parte superior de la pista como punto de apoyo. Collins sonrió desde la escotilla de la torreta y luego se agachó hasta ocupar la posición del artillero. James subió al interior, cogió los auriculares y se los puso sobre la boina negra. Había un casco diseñado para operadores de tanques, pero era incómodo, y el suyo estaba guardado en la gran caja fijada en la parte trasera de la torreta, junto con los rollos de mantas y todas las demás provisiones y lujos que los de los carros de combate tenían la oportunidad de

llevar. Más adelante, la rampa estaba bajando. James tenía que esperar a que estuviera cayendo sobre la arena misma o al menos en agua lo suficientemente poco profunda como para que pudieran atravesarla, porque no podía ver. Encendió sus auriculares, pero de momento mantuvo una oreja al descubierto. Con la otra podía oír los familiares silbidos y clics de la estática, el compañero constante de un tanque en operaciones. Después de un largo ejercicio, pasaron días antes de que realmente sintiera que ya no los oía, pues persistían igual que el olor de los vehículos.

Symonds, desde la torreta de su Honey, hizo un gesto con el brazo para que siguieran adelante. Luego empezó a bajar por la rampa. Los otros cuatro tanques ligeros los siguieron uno por uno, con sus ruidosos motores y los gases de escape oscuros y apestosos. En 1941, el Stuart era un buen tanque, tan bien armado y blindado como cualquier otro tanque británico, y mucho más fiable. El diseño no había cambiado mucho y se parecía un poco a un Sherman en miniatura. Todavía era tan rápido como cualquier otra cosa sobre orugas, pero eso era todo lo que se podía decir de él, y ahora se usaba para reconocimiento, para encontrar al enemigo en lugar de luchar contra él. Y fue para esa tarea que le fueron asignados al Pelotón Tres, para ofrecerles un poco de músculo. James no estaba muy seguro de si se debía a un gesto de fe en él y sus hombres, o bien a una señal de que eran prescindibles. Conociendo al Ejército, quizá se debiera, simplemente, a que su turno había aparecido en alguna lista en el cuartel general.

–Conductor, avance –dijo James por su micrófono, cuando el último de los Stuart bajó la rampa–. Tómeselo con calma –añadió. Whitefield era un muy buen conductor, pero propenso a lucirse, y ése no era el mejor momento para golpearse contra el costado de la lancha, y mucho menos para salirse de la rampa.

Siguieron adelante, luego Whitefield bloqueó una oruga por un momento para girar y centrar el Sherman delante de la salida. Las orugas hacían ruido sobre la plataforma metálica y todavía estaban resbaladizas por el agua, pero el londinense iba bien, y treinta toneladas de tanque salieron limpiamente a la rampa y luego al

agua. Symonds y dos Stuart ya habían cubierto la corta distancia hacia la arena descubierta a través de olas, que no llegaban más arriba que las ruedas. James miró hacia atrás y pudo ver al siguiente Sherman siguiéndolo.

–¡Mierda! –Era Collins, con la cabeza fuera de la escotilla del artillero.

James se giró y vio que el Stuart que estaba justo delante de ellos se había ido un poco hacia la derecha, en lugar de seguir directamente al que iba delante. Ahora estaba en un ángulo extraño, inclinado unos treinta grados, con el lado derecho hundido en el agua. De repente, se cayó, como un hombre que resbala en el hielo, se abatió hacia un lado y casi desapareció en lo que debía de ser un cráter. El comandante se había metido en la escotilla en lugar de saltar, y se esfumó cuando el tanque giró por completo. Las orugas y las ruedas, que todavía giraban, fueron todo lo que quedó visible sobre el agua. Todos debían de haber pasado cerca del cráter, probablemente dejado por una bomba, porque era demasiado grande para haber sido provocado por los proyectiles de los cruceros, pero sólo ese tanque había avanzado más hacia él, de modo que la arena y los guijarros cedieron y se vino abajo.

–¡Siga moviéndose! –gritó un hombre con raya blanca alrededor del casco, que formaba parte de un grupo de playa–. ¡No pare! –añadió, haciéndoles señas para que siguieran.

Whitefield desplazó el tanque un poco hacia la izquierda para estar seguro, sin esperar la orden. Un hombre apareció en el agua junto al carro volcado, agitándose y respirando con dificultad. Los soldados corrieron para socorrerlo.

–¡Siga adelante!

James obedeció, y con un último chapoteo el Sherman salió del oleaje. Estaba tratando de recordar si el Stuart tenía una escotilla debajo del casco, como el Sherman, porque, de lo contrario, no se le ocurría de qué manera podría escapar el resto de la tripulación. Pero hizo lo que le dijeron y siguió a los cuatro Stuart restantes.

La playa era una mezcla entre un día festivo en Brighton, por la cantidad de gente, Piccadilly Circus en hora punta antes de la guerra, por el número de vehículos, y un apestoso vertedero de basura, pues alguien quemaba neumáticos de goma. La marea estaba bajando, pero el fuerte viento la frenaba, de modo que la franja de arena era estrecha, lo que la hacía aún más concurrida. Los ingenieros estaban trabajando en los obstáculos de la playa. A algunos de los hombres, el agua les llegaba hasta la cintura mientras desactivaban minas y colocaban cargas para demoler los marcos de las vigas destinadas a detener las lanchas de desembarco y los tanques. Había un puesto sanitario de campaña al resguardo de un fortín, con los lados de hormigón picados por la metralla, y no muy lejos, filas de cuerpos cubiertos con mantas, excepto las botas. Un grupo con gorras amorfas de color verde oliva se sentó, custodiado por un fusilero con la cabeza vendada. Por todas partes había hombres corriendo que gritaban órdenes y hacían preguntas, mientras los equipos de Oficiales de Playa intentaban mantener algún tipo de control sobre la situación. Cada cierto tiempo, caía algún proyectil que levantaba un chorro de arena. Los barcos disparaban tierra adentro y con menos frecuencia, y con la distancia el ruido era menor. De vez en cuando, el oído descubierto de James también captaba el sonido de armas pequeñas, pero siempre a cierta distancia e invisibles.

Esperaron mucho tiempo, haciendo cola detrás de los semiorugas, los camiones y los cañones autopropulsados de una batería de artillería, hasta que por fin los sacaron de la playa y los llevaron por una carretera que atravesaba el pueblo.

Así que aquello era Francia y, más específicamente, Normandía, y, a pesar de toda la confusión, habían desembarcado a pocos metros de donde se suponía que debían estar. Las sesiones informativas habían sido sorprendentes por su detalle, con mapas, mesas de arena, modelos de plastilina y docenas de fotografías. James recordó una en la que se veía a unos soldados alemanes corriendo muy nerviosos para cubrirse entre las filas de grandes vigas usadas como obstáculos para los desembarcos. Otras seguramente eran postales

o fotografías de vacaciones anteriores a la guerra. Reconoció sin problemas la hilera de casas por donde pasaban, como en una postal, salvo que a la del final le faltaba la mitad del techo. Todo estaba donde los informes habían dicho que estaría, y presumiblemente habían sido igual de precisos a la hora de marcar las posiciones enemigas.

–¡Que me jodan! Los japoneses están aquí –dijo Collins por el intercomunicador mientras pasaban junto a una fila de prisioneros con las manos entrelazadas detrás de la cabeza, desnuda.

Dos de ellos, que iban a la cabeza, eran claramente asiáticos y no tenían nada que ver con lo que se esperaba de la raza superior de Hitler. El resto de los hombres tampoco decían mucho. Parecían viejos o muy jóvenes, y llevaban uniformes tan holgados que les quedaban incluso peor que los que hacían las pesadillas del sargento mayor y que todos estaban acostumbrados a ver en el Ejército británico. Estaban cubiertos de polvo pálido, lo que aumentaba la sensación de edad y fragilidad. No parecían muy aterradores ni temibles, pero los cadáveres cubiertos con mantas con los que se habían cruzado en la playa contaban otra historia.

* * *

14:45 horas, detrás de la playa

Estaban a la espera de nuevo, con los tanques, cuatro Sherman y cuatro Stuart, estacionados (o acantonados, como decían en el Real Cuerpo de Blindados) en un campo amurallado a media milla tierra adentro. La infantería aún no había aparecido.

–Habrán tenido un pinchazo –comentó Symonds–. Aun así, debemos esperar un poco más por nuestras bellezas en dos ruedas... En el desierto yo habría... –Se fue apagando–. Bueno, eso no importa. Estemos preparados para cuando vengan, con el pelo peinado, los pantalones planchados, un ramo de flores en la mano y otros elementos esenciales en el bolsillo interior, por si resulta que no son chicas tan simpáticas como pensábamos. De cualquier manera, debemos lucir lo mejor posible.

Era una manera de decir que había que desmontar los tanques. Habían pasado días enteros a principios de mes impermeabilizando cada uno de los blindados y preparándolos para desembarcar en aguas mucho más profundas de las que realmente se encontraron. Los grandes capós sobre los escapes eran parte de eso, así como las informes cubiertas marrones sobre los manteletes de los cañones, protegiéndolos, pero al mismo tiempo bloqueando todas las mirillas y puertos de visión. Luego estaba el gel de resina, un material pegajoso y maloliente fabricado por Bostick que habían tenido que frotar en cada junta y en cada línea del metal para evitar fugas. Todos los tripulantes, incluido James, todavía tenían polvo negro arenoso adherido a las puntas de los dedos, ya que no se podía quitar, ni siquiera con gasolina. Parte del equipo de vadeo se desprendió rápidamente y salió volando cuando detonaron una pequeña carga explosiva diseñada para tal propósito, pero el resto tomó un tiempo, especialmente para asegurarse de que las cubiertas de los cañones se soltaran sin volcar. James se preguntaba si habría tiempo para comprobar que las miras estaban enfocadas con precisión, cuando apareció un oficial en la entrada del campo.

–¿Quién diablos son ustedes? –les gritó.

–El 165.º del Real Cuerpo de Blindados –respondió Symonds. El oficial era un mayor bastante corpulento, de rostro rojo y modales agitados, y con cantidades considerables de vegetación decorando la red de su casco–. Estamos tomando té, si le apetece –sugirió Symonds, con espíritu de hospitalidad.

El mayor no se movió y pareció quedarse sin palabras, hasta que finalmente logró graznar:

–¿No se dan cuenta de que están en un campo minado sin despejar?

–¡Y una mierda! –respondió Symonds. No solía decir palabrotas, pero nunca le impresionaba demasiado la autoridad, especialmente la desconocida.

James miró nerviosamente al suelo. Seguramente a esas alturas algo ya habría estallado, después de haber entrado y deambulado,

arreglando los tanques. Fueran minas ligeras que se disparan con una pisada o minas pesadas, de las diseñadas para esperar hasta que algo grande pase por encima, ya deberían haberse ido al traste si realmente hubieran estado allí.

–Y una mierda que sí. Lo dice mi maldito mapa. ¡Dejen el lugar!

Symonds vestía un jersey color caqui, pantalones de pana verdes y botas safari color beis, y no llevaba ninguna insignia de rango, aparte de sus modales y tono, lo que dejaba al mayor inseguro sobre su grado.

–Estamos esperando a alguien –explicó Symonds–. Recostados en una farola, digamos.

–Entonces puede llevar su maldita espera a otro sitio. Mis zapadores deben limpiar este parche y no se arriesgarán con ustedes aquí.

–Oh, bueno, cualquier cosa por complacerlo. –Symonds saludó al mayor con un gesto lánguido–. ¡Dios, Dios, la gente que uno conoce! –añadió en voz baja–. Sin atisbo de modales. Bueno, joven James, montemos y sigamos alegremente de cualquier manera. –Volcó la taza para vaciarla–. Despejemos y al tajo –ordenó a los tripulantes–. Y, para pisar sobre seguro, intente retroceder por donde vino.

Era más fácil decirlo que hacerlo, sobre todo porque el conductor no podía ver nada por detrás de él, con el tanque en el camino. Aun así, hicieron lo mejor que pudieron y no estalló ninguna mina, y en poco tiempo estaban de nuevo en el camino.

–Ese estúpido tiene el maldito mapa equivocado. –La voz de Symonds llegó por la radio antes de darse cuenta de que no sólo había hablado en voz alta, sino que su micrófono había cambiado a la configuración de grupo, en lugar de la comunicación interna en su tanque. Tosió–. Ah, quiero decir que un espléndido miembro de ese distinguido cuerpo, los Ingenieros Reales y comerciantes de fuegos artificiales de su majestad, ha actuado en beneficio de nuestros mejores intereses y en las mejores tradiciones del servicio. Espléndido.

–Es un número, ¿no? –Collins se había asegurado de estar en el enlace interno, para que sólo el resto de la tripulación pudiera oírlo.

James decidió dejar pasar ese comentario sobre un oficial superior.

–Ejem. Ítem a todas las estaciones –anunció Symonds formalmente–, nuestros compañeros sobre dos ruedas todavía no están aquí, por lo que no tiene sentido quedarse más tiempo. Haremos el trabajo nosotros mismos. Síganme.

James podía ver al capitán de pie, fuera de la escotilla de su Honey, de la cintura para arriba. La mayoría de los otros comandantes no sobresalían tanto, pero todos necesitaban ver, y los puertos de visión y el periscopio dentro de la torreta tenían una vista muy limitada. Cada miembro de la tripulación de un tanque tenía su papel y dependía de los demás para cumplirlo. James recordó que uno de los instructores había dicho que el comandante era los ojos y el cerebro, y también recordó el «Dios nos ayude» que surgió como un murmullo desde el fondo de la sala de conferencias.

Probablemente, Symonds tenía razón al seguir adelante. Su tarea era dirigirse hacia el interior durante algún tiempo y luego girar hacia el este, siguiendo una carretera con la esperanza de unirse con los canadienses que venían de Juno. Los enlaces principales estarían en otros lugares, pero ésa era una carretera decente según los estándares locales, y alguien había decidido que era mejor que no hubiera alemanes corriendo arriba y abajo entre las playas. Symonds probablemente tenía razón al seguir adelante, dadas las circunstancias, aunque habría sido bueno contar con apoyo de infantería. Si estaba bien o mal, era su decisión y no dependía de James.

–Ítem a Baker Tres. –Éste era el código de llamada de James como comandante de los tres pelotones del Escuadrón B–. Yo comenzaré con la misión de reconocimiento y ustedes se mantendrán cerca. Vayamos en piña. No quiero que nos dividamos en todo este tráfico.

La carretera estaba atascada con la batería RA[2] y todos sus vehículos, así como con transportistas, camiones y algunos de los grandes Churchill AVRE,[3] con morteros rechonchos del tamaño de un cubo de basura, en lugar de los cañones normales. Se mantuvieron en grupo, juntos, avanzando gradualmente. En el primer cruce ya había un miembro de la Policía Militar, con brazalete, polainas blancas y todo dirigiendo el tráfico. Por fin lo superaron y pudieron ir más rápido.

–Ítem a todas las estaciones, ojos abiertos, mis chupitos. Hay indios ahí fuera. Esas alimañas.

–Como una puta cabra –murmuró Whitefield con admiración.

Condujeron tierra adentro. El sol había salido, quedaban pocas nubes, y las alas y las capotas de los numerosos cazas aliados sobre sus cabezas brillaban cada vez que la luz los iluminaba.

* * *

17:30 horas, rancho, campamento B43, Sussex

Casi todos los oficiales de los Glamorgan que no estaban de servicio estaban apiñados en la cantina, escuchando la radio. Hubo mucha discusión y entusiasmo, aunque después de todas aquellas horas la BBC ofrecía pocos detalles. La invasión había comenzado, los aliados habían desembarcado en Normandía, con paracaidistas, planeadores y divisiones que llegaban por mar, y todo iba bien. Eisenhower había pronunciado un discurso, como muchos otros.

Tal vez las ediciones de la tarde de los periódicos serían diferentes, pero el resto había salido demasiado pronto para el anuncio, por lo que las portadas estaban llenas de la caída de Roma y del Quinto Ejército persiguiendo a los alemanes hacia el norte. Era maravilloso, pero, como tropas esperando embarcarse en apoyo a la invasión de Francia, aquellos acontecimientos les resultaban tan lejanos como Birmania. Mark había cogido el *Daily Mirror* sin concentrarse realmente en las noticias de Italia. En las páginas interiores, corría el rumor de que Roosevelt podría visitar pronto Gran Bretaña, y eso era bastante bueno, pero no parecía importante.

Aun así, hacia el final, Jane[4] se estaba desvestía en la viñeta del día para darse un baño, lo cual era agradable, y él podía concentrarse en eso, lo que hacía que valiera la pena haber cogido el periódico. Oficialmente, al batallón se le había dicho que no se haría ningún movimiento antes del mediodía del 11 de junio, por lo que no había prisa por hacer algo que no estuvieran haciendo ya. Así la vida continuaría con normalidad, al menos durante el resto de la semana.

Hubo correo, aunque, desalentadoramente, sólo dos cartas para él, ambas de su madre. Nada de Anne otra vez. Por lo que parecía, ésa sería la última entrega de correo por un tiempo, y, tan pronto como se le ocurrió, se arrepintió de la expresión. Sí, podría ser el último mensaje para él y para todos ellos... Aun así, no tenía sentido cavilar. Decidir cuándo se unirían a la gran expedición no dependía de él. Irían cuando se les ordenara, y eso era todo, pero, por si acaso, ahora estaban aislados del mundo exterior.

Durante dos semanas no se le permitió a nadie enviar nada fuera del campo, lo que al menos significó que Mark se libró de la tarea de censurar las epístolas de sus hombres. Ése era un trabajo desagradable; lo hacía sentirse sucio, casi como si estuviera escuchando conversaciones a escondidas. La mayor parte era aburrida, pero, para ser honesto, algunas de las ofrendas más apasionadas de un par de hombres casados resultaban inquietantemente francas. No siempre estaba seguro de haber entendido, pero suponía que esos asuntos eran de poca importancia para los quintacolumnistas y agentes enemigos. El cabo Brown era un hombrecito anodino, pero en sus cartas era Errol Flynn, no sólo para su esposa, sino para un par de amigas. Bastante buen cabo, sea como fuera su moral.

Mark dejó de lado esos pensamientos y se sentó en una silla lejos de la radio para poder leer sus cartas con un poco de paz. Su madre escribía sobre las pequeñas cosas habituales de la vida hogareña en el canal de Bristol. Todavía era una ciudad pequeña, e incluso con todas las idas y venidas de los tiempos de guerra, los barcos entrando y saliendo de los muelles de la ciudad y de Cardiff, y los otros puertos cercanos, todos parecían conocerse entre sí o, como

seguramente diría su madre, todos los que importaban, aunque, en su caso, se trataba menos de dinero o clase, y más de lo que ella consideraba apropiado y decente.

No había muchas noticias de sus hermanos. John era, indudablemente, prisionero de los japoneses, lo que al menos significaba que no lo habían matado, aunque las historias que se oían sobre el trato brutal a los prisioneros de guerra seguramente eran para preocuparse. Chris todavía estaba en el hospital, donde estaban haciendo todo lo posible para curarle la cara más de dos años después de que su caza Hurricane se incendiara. Aparentemente, todavía esperaba regresar al servicio activo, y su madre se debatía entre querer que estuviera lo suficientemente bien y temer por lo que podría pasar si lo estuviera.

Mark era el más joven, pero ni tan alto, ni tan guapo ni tan seguro de sí mismo como sus hermanos mayores. En las raras ocasiones en que su padre se molestaba en escribirle, animaba a su hijo que aún estaba activo a desempeñar su papel en favor del rey y el país, dejando siempre la impresión de que sus expectativas no eran altas. El señor Crawford estaba muy interesado en Inglaterra y el imperio, y le encantaba leer en los periódicos sobre las victorias. En la última guerra había vestido uniforme, pero nunca abandonó Gran Bretaña, aunque por la confianza con la que hablaba del mundo y de la guerra nadie lo habría adivinado. Su padre estaba impaciente por la victoria, y daba la impresión de que Mark y todos los demás no estaban haciendo realmente todo lo posible. Por el contrario, su madre le preguntaba por su salud, esperaba que se mantuviera abrigado y alejado de las corrientes de aire, y que defecara con regularidad.

Su madre también le daba noticias de sus amigos, aunque nunca había tenido muchos, al menos cercanos; simplemente, tipos que le caían bastante bien y a los que él les caía bastante bien. En lo profundo de su alma, Mark sentía que ese «bastante» resumía su vida hasta el momento. Era bastante bueno en la escuela, bastante agradable, bastante guapo (al menos según las madres, aunque no tanto según las hijas) y bastante bueno en los deportes. Era un

jugador de críquet decente, incluso más que decente, y había tenido la suerte de encontrarse con un grupo de jugadores realmente buenos, por lo menos para los estándares escolares. La escuela preparatoria de su ciudad era pequeña, con unos pocos alumnos internos entre los externos, pero durante un par de años habían vencido a todas y cada una de las escuelas más grandes, ya fueran públicas o privadas, ganando el trofeo regional. El bueno de Jimmy Taylor los había liderado, bateando de a tres y a menudo llevándose las vueltas, además de agregar un poco de astucia al ritmo tempestuoso de «Toby» Judd, que siempre había sido corpulento y alto para su edad. Algunas de las posesiones más queridas de Mark, expuestas en la pequeña repisa de la chimenea de su habitación, eran una miniatura del trofeo y una fotografía de todos ellos vestidos de blanco, chaquetas y gorras. En definitiva, nunca había sido más feliz y, ciertamente, nunca había tenido amigos mejores ni más cercanos que en aquellos días. Jimmy, Toby y Ed Fellowes compartían intereses comunes, además del deporte, y habían pasado mucho tiempo juntos.

Después, tomaron caminos separados; la mayoría, para internarse en partes remotas del país. James primero, junto con los otros chicos que estaban en la clase por delante de ellos. Mark había hecho un esfuerzo por mantenerse en contacto, escribiendo cartas breves y bastante ingenuas, y continuando con esa práctica hasta que los otros muchachos respondían. Su madre era buena para enterarse de las noticias, y él solía transmitirlas a todos los demás. La guerra llegó bastante pronto, y los temores iniciales de que terminaría antes de que tuvieran la oportunidad se convirtieron, con el tiempo, en la certeza de que desempeñarían su papel. Tenían que hacerlo, todos ellos, porque..., bueno, eran una panda de personas muy decentes.

La segunda carta de su madre lo informaba de que Naughton se había hundido con una corbeta en algún lugar del Atlántico y que Fellowes había desaparecido. Habían visto caer su bombardero sobre Alemania. Podría haber alguna posibilidad, aunque también podría

ser que no, y, según su madre, la familia se mostraba valiente ante todo.

Eso dejaba sólo a tres, Taylor, Judd y él mismo, como los únicos que quedaban de aquel equipo ganador de críquet del 37. Los demás habían puesto su granito de arena y, por lo que había oído (y sabía de ellos), lo habían hecho con valentía. Ahora se habían ido. Uno de ellos se había casado, pero no había tenido tiempo de tener hijos antes de que lo enviaran al extranjero y muriera de fiebre tifoidea en algún lugar de Birmania. Sus familias los lloraron y los recordaron, pero habían tenido muy poco tiempo para dejar una huella en el mundo. Mark intentó no preguntarse si él y los otros dos tendrían alguna oportunidad. Judd estaba en el batallón, paradójicamente, aunque en una compañía diferente, y como era soldado raso no les daban muchas oportunidades de mezclarse. Durante los permisos, era otro asunto, y Mark estaba seguro de que no había divisiones ni límites, ni siquiera cuando se trataba de tirarle los tejos a la encantadora Anne. Una parte mezquina de él se preguntaba si le habría escrito al soldado Judd cuando no le había escrito a él, pero luchó contra un pensamiento tan innoble. Anne estaba con los Wren,[5] por lo que seguramente estaba tan ocupada como ellos, y no les había dado ninguna señal especial a ninguno de los dos. Aunque lucía muy atractiva con su uniforme. Los Wren ciertamente tenían los uniformes más elegantes de todos los servicios femeninos.

Los llamaron para cenar, así que Mark dobló las cartas cuidadosamente y las guardó.

* * *

18:45 horas, tierra adentro desde playa Gold

Al principio, todo salió bien. Siguieron adelante. En ocasiones, junto a otras tropas que hacían lo mismo, cada una con sus propios objetivos. Incluso se cruzaron con algunas decenas de hombres en bicicleta, aunque no pertenecían a la unidad asignada para trabajar con ellos. Los mapas que les habían dado eran bastante buenos, especialmente las versiones finales publicadas en los últimos días, y

con los nombres reales, en lugar de las palabras clave utilizadas antes.

Lejos de la playa había menos señales de destrucción, y aquélla era una zona bonita, con campos verdes de trigo y cebada que maduraban, y muchos huertos amurallados, algunos todavía con rastros de flores marchitas. En cierto modo, a James le recordaba a Devon, no tanto a la costa norte montañosa, visitada con tanta frecuencia durante las vacaciones de verano, sino más al sur, donde era más plana. En general, no le parecía un lugar tan extranjero, y casi tenía la sensación de estar de nuevo en los ejercicios. Incluso los estallidos de la artillería y los chasquidos más agudos de los rifles y las ametralladoras hacían poco para romper el hechizo, porque todavía parecían estar siempre a cierta distancia. Casi esperaba ver a los oficiales con sus brazaletes, esperando para declarar una carretera bloqueada o un vehículo o unidad fuera de combate.

–Ítem a todas las estaciones, Edimburgo más adelante. –Ése era el nombre en clave del cruce donde debían girar hacia el este–. Parece que hubo algún problema. Mantengan los ojos abiertos. Fuera. –Era un mensaje sorprendentemente formal para Symonds.

James notó que los tanques ligeros delante de él estaban haciendo oscilar los cañones para cubrir arcos a ambos lados, aunque apenas podían ver por encima de los muros que bordeaban el camino. Aquélla era una ruta principal, lo suficientemente ancha como para que el tráfico pasara en ambas direcciones. Junto al muro de la derecha había un saco con ropa vieja. No eran simples harapos, sino lo que quedaba de un hombre, un alemán, por su uniforme gris. Al pasar, James vio su rostro. Era como una figura de cera con forma humana, pero completamente sin vida y con un tono verdoso. No había señales de ninguna herida, y era casi como si alguien hubiera arrojado un maniquí desde el escaparate de una tienda al borde de la carretera. Tenía la boca muy abierta; un círculo negro, como si estuviera encerrado en un último grito de horror o dolor.

–Ítem a todas las estaciones, cruzaré derecho. Able, vaya a la izquierda; Baker y Charlie, a la derecha. Deténganse y echen un vistazo alrededor. Baker Tres, usted quédese atrás. Cambio.

–Baker Tres a Ítem, recibido. Roger Tres, deténgase detrás de mí. –James cambió al intercomunicador interno del tanque–. Conductor, alto.

Se les había enseñado a no usar nombres en acción, sino a ceñirse a los roles. James estaba examinando lo que podía ver del cruce de caminos, mientras los Stuart se adelantaban, arrojando más polvo del habitual de sus orugas. Había una forma en el cruce, grande y cuadrada, y después de un momento se dio cuenta de que era uno de los Sherman DD, cuyas lonas de flotación, que estaban bajadas, le daban una forma agrandada y desconocida.

–Ítem a todas las estaciones, parece tranquilo. ¿Alguien vio algo?

Cada comandante, por turno, informó de que no había visto nada peligroso.

–Ítem a todas las estaciones, parece que la fiesta aquí ha terminado. Vámonos. Yo saldré a la cabeza de nuevo.

Los Stuart volvieron a ordenarse, y Symonds los condujo por el camino de la izquierda. James dirigía los tres pelotones detrás de ellos. Cuando llegaron al cruce, vio que el tanque DD estaba derribado, con un bonito agujero redondo en el costado de la torreta. Al otro lado del cruce había un camión alemán, con las ventanillas rotas, los laterales y la cabina llenos de agujeros y los neumáticos pinchados. A su lado había un par de cuerpos con el mismo tono ceroso. Detrás había otro vehículo igualmente baleado. Esto ya no era como un ejercicio, y algo le molestaba en el fondo de su mente, algo extraño y errado, y sólo cuando se giraron y leyó el nombre en el cartel de madera se dio cuenta.

–Señales de tráfico –dijo en voz alta, sin querer.

–Lo siento, señor, no entendí eso.

Collins estaba de nuevo dentro de la torreta, listo para disparar.

–Todavía tienen señales que indican el camino –explicó James. En casa, todo había sido desmontado al principio de la guerra. Todo se reducía a cortinas opacas y cristales de ventanas cubiertos con cinta adhesiva para evitar que se rompieran en caso de bombardeo; cosas a las que se había acostumbrado tanto que su ausencia resultaba inequívocamente rara.

–Es como si quisieran ser invadidos –dijo Albright, provocando la risa de los demás. El chico tenía don para la ironía.

Siguieron avanzando sin tregua por el camino. Éste era el borde mismo del sector Gold, y casi todos los demás estaban ocupados abriéndose paso hacia el interior, en lugar de dirigirse hacia el este. Symonds se detuvo cuando se acercaron a un puente; en realidad, poco más que una tajea, con algunas casas en la otra orilla. Ordenó a los tres pelotones que salieran de la carretera y entraran en un campo a la derecha, donde el terreno se elevaba ligeramente, para que pudieran ofrecer fuego de apoyo si fuera necesario. Sólo cuando estuvieron en su lugar se movió, cruzó el puente y pasó junto a la hilera principal de media docena de edificios. Había otra casa separada del resto, unos doscientos metros más allá.

–Baker a todas las estaciones, síganme –dijo Symonds después de un rato–. No hay problema aquí. Los nativos dicen que los tudescos se han marchado.

El puente era estrecho, pero demostró ser lo suficientemente fuerte como para soportar el peso de los Sherman, y se acercaron detrás de Symonds, que estaba charlando con un anciano bastante adusto que llevaba una gorra plana y un abrigo negro raído. Una de las casas tenía un gran corte en las tejas, presumiblemente por un disparo perdido de uno de los barcos, porque no había otros signos de daño. Eso probablemente explicaba por qué, aparte del anciano, todo lo que vieron fueron caras nerviosas en las ventanas.

–A todas las estaciones, vámonos –dijo Symonds, y luego se volvió para sonreír y saludar a James y a los otros comandantes de tanques. De repente, el cuello del capitán estalló en un gran chorro de sangre.

James vio, o creyó ver, un pequeño destello antes de que oyeran el estallido de la bala y el chasquido del rifle.

–Artillero, treinta grados a la izquierda, casa a la izquierda de la carretera. Francotirador en la ventana superior.

James realmente no estaba pensando, simplemente reaccionaba. Las palabras surgían como una fórmula, incluso cuando vio a Symonds caer por la escotilla, con la sangre todavía brotando del cuello. Los comandantes de los otros Stuart retrocedieron al mismo tiempo y la segunda bala rozó la cabeza de un sargento.

–Emplazados –informó Collins–. Tiro claro.

–Coaxial –ordenó James, queriendo asegurarse de que no estuvieran a punto de dispararles a los suyos.

El artillero tenía dos botones en el suelo frente a él, uno para el gran cañón principal de 75 mm y el otro para la ametralladora al lado y alineado con el mismo objetivo. Collins debió de haber pisado el arma equivocada, porque el cañón grande retumbó, sacudiendo al Stuart que estaba sólo a unos metros por delante. La puntería fue buena, y el proyectil atravesó la ventana abierta y luego explotó, arrancando ladrillos de la pared y derribando la mitad del techo. La ametralladora coaxial comenzó a traquetear cuando Collins se dio cuenta de su error, y la bala trazadora roja brillante se convirtió en polvo y humo.

–Dele otro para estar seguro –ordenó James–. Baker Tres a todas las estaciones –dijo cambiando a la cadena de radio–, creemos que lo tenemos, pero puede que haya otros. Extiéndanse por el campo a la izquierda y mantengan los ojos bien abiertos. Todas las estaciones deben responder. Cambio. –Una vez que informaron y comenzaron a moverse, James continuó–: Ítem, ¿cómo está Sunray? El extraño nombre en clave del Ejército para un comandante parecía aún más incongruente en aquel momento.

Se oyó un silbido y un ruido confuso en las ondas antes de que respondiera una voz escocesa.

–Mal señor, muy mal... ¡Oh, por Dios, abrácelo, hombre!

–Haga lo que pueda. Fuera.

No hubo más disparos ni señales de otros enemigos, y James tuvo que maravillarse ante el coraje o la locura de un soldado solitario dispuesto a enfrentarse a ocho tanques sólo con su rifle. Esperó y no pasó nada más. Aun así, no podían estar seguros.

–Páseme el Sten y un par de granadas –dijo por el intercomunicador–. Collins, haga lo mismo. Copiloto, suba y hágase cargo del setenta y cinco.

Estaba a punto de ordenar a algunas de las otras tripulaciones que desmontaran cuando vio a un cabo descender de uno de los Stuart, con una metralleta en la mano. Otros hombres en los otros tanques de reconocimiento estaban haciendo lo mismo, y ahora que estaban fuera no podía comunicarse con ellos por radio. En cambio, saltó para unirse a ellos, manteniendo el casco del Sherman entre él y la casa. Su espalda ya estaba resbaladiza por el sudor, porque la ropa se le había secado después del desembarco, y tener un mono encima del traje de batalla estaba demostrando ser muy caluroso. Se lamió los labios y se tocó el punto sobre el bolsillo del pecho, aunque, como tenía una granada Mills en la mano, no podía sentir nada más que el metal presionándolo.

Cinco minutos de cauteloso movimiento los llevaron a la puerta principal de la casa. Collins la abrió de una patada. James saltó, con el subfusil Sten listo, en lugar de una granada, porque había decidido que no había más enemigos y temía matar a civiles. Aplastó con las botas los cristales rotos de una ventana. El aire estaba lleno de polvo. No había nadie en el pasillo ni en ninguna de las habitaciones. Arriba, entre los restos de un dormitorio, estaba lo que quedaba del soldado alemán, al que le faltaba la cabeza, junto con el brazo derecho y la mayor parte del hombro. Las moscas ya zumbaban sobre él y sobre la sangre salpicada en la ropa de cama.

–Tenemos al alemán –dijo Collins, nervioso, mientras con la bota golpeaba la porcelana rota en el suelo desnudo. Al lado había una foto enmarcada de una pareja de aspecto bastante severo. Ninguno de los dos le había sonreído a la cámara mientras posaban.

James había visto casas bombardeadas durante el Blitz;[6] la destrucción, el hedor químico de los explosivos mezclado con el olor a humedad de los muebles y las paredes destrozadas, todo era muy familiar. Sin embargo, nunca antes había sido responsable de destrozar la casa de alguien. Ni siquiera ahora le parecía real.

–Bien, volvamos a los tanques –dijo a Collins y a los demás.

Uno de los hombres de los tanques de reconocimiento llevaba una funda de almohada rellena de objetos variados, y James supuso que debía detener cualquier saqueo, salvo que sabía que sería hipócrita después de ordenarle a Collins que disparara a la casa. No hizo nada, principalmente porque por fin se daba cuenta de la situación. Con Symonds caído, él estaba al cargo.

Symonds todavía estaba vivo, al menos hasta el momento, pero había perdido mucha sangre y probablemente seguía perdiendo más, a pesar de los dos vendajes que le habían atado alrededor del cuello. James hizo que lo pusieran en la popa de su Honey, con el cargador acunando al capitán en los brazos, mientras el artillero tomaba el mando y guiaba al conductor. Iban a gran velocidad, porque los Stuart tenían un motor originalmente diseñado para propulsar un avión de combate e, independientemente de lo que se pudiera decir sobre ellos, eran rápidos. Cuando desaparecieron por el camino, una columna de polvo marcaba su progreso, pero, en el mejor de los casos, andarían de cuatro a seis kilómetros antes de que encontraran un puesto sanitario de campaña, y tal vez tuvieran que regresar hasta la playa. Symonds estaba tan pálido, incapaz de hablar o moverse por sí solo, que era difícil verlo durar.

–Baker Tres a todas las estaciones, alinéense conmigo. Los tres pelotones detrás de mí, e ítem detrás. Será mejor que sigamos adelante. –James sentía que debía ir a la cabeza, aunque eso no era lo que le habían enseñado durante su formación. Podía sentir lo nerviosos que estaban todos. Symonds había dado la impresión de ser indestructible, y ahora se había ido, y todas sus vidas estaban en manos de un subalterno de veinte años–. Mantengan los ojos bien abiertos. Nos marchamos.

James había ajustado el asiento del comandante de manera que pudiera sentarse y que sólo la cabeza sobresaliera fuera de la escotilla. Un poco menos y habría sido difícil ver. También rescató su casco y se lo puso. Estaba diseñado para caber con auriculares puestos, pero aun así era pesado e incómodo. Al mirar atrás, notó que había varios más que los llevaban.

–Conductor, avance –ordenó a Whitefield.

El sol estaba más bajo en el cielo, pero estaban en junio y los días eran largos. Todavía había un par de cazas dando vueltas en el cielo por encima de ellos, aunque daba la impresión de que volaban más alto. Los tanques avanzaban de manera constante, más lentamente que antes; aun así, las orugas levantaban mucho polvo del camino sin pavimentar.

* * *

19:55 horas, campamento B43, Sussex

–¿Nos vemos allí, Billy? –preguntó Griffiths.

Judd asintió.

–Sólo quiero terminar mi té.

Estaban en la cantina de la NAAFI,[7] y el bullicio de las conversaciones en voz baja hablaba de hombres satisfechos después de una abundante cena y copiosas cantidades de té. Se podía decir lo que se quisiera del Ejército (y, si se les diera la oportunidad, la mayoría de ellos habría podido decir mucho), pero lo cierto es que los alimentaba. Uno de los principales recuerdos que Judd tenía de los años anteriores a su incorporación era el hambre: un hambre constante e insidiosa. Los soldados comían mejor que los civiles, al menos en términos de cantidad. No había mucho sabor en el huevo en polvo ni en los ingredientes misteriosos que habían en el pastel que habían comido aquella noche, pero había en grandes cantidades, y las patatas fritas estaban buenas. Eso era algo que ni siquiera los cocineros del Ejército podían estropear.

Judd se sentía satisfecho y bien. En general, después de más de un año de entrenamiento, era un poco más alto y ciertamente más

pesado, pero el peso era todo músculo. Dudaba que alguna vez hubiera estado tan en forma en su vida, y siempre se había tomado en serio el entrenamiento, ya fuera en críquet, tenis o, años más tarde, en boxeo. El descubrimiento de que tenía un buen historial en esos asuntos significó que el batallón lo pusiera a jugar al rugby, algo que apenas entendía, así como al fútbol y al hockey, que no entendía en absoluto. La lógica del Ejército era que si eras bueno en un deporte, seguramente debías ser bueno en todos los demás. No lo era, pero eso no parecía tener importancia, y aun así fue elegido sin importar lo mal que se desempeñó.

–Te veré allí –dijo Griffiths–. Tienes veinte minutos. No querrás hacer esperar a Rita, ¿verdad?

Judd sonrió obedientemente. En el cine se proyectaba algún nuevo musical americano, nada menos que en color. Seguramente estaría lleno de canciones sentimentales que los soldados rudos y licenciosos disfrutaban, y estaba protagonizada por Rita Hayworth. CFF, las tres letras que resumían las mayores preocupaciones del soldado británico, como había dicho alguien: comida, fútbol y, si se quería ser educado, féminas.

–Estaré contigo. Guárdame un asiento.

La NAAFI se estaba despejando y la mayoría se dirigía a ver la película. Otros se estaban agrupando en un rincón, empezando seriamente con la cerveza, pero todavía estaban bastante tranquilos y, por el momento, el lugar permanecía en calma. La paz, la tranquilidad y, aún peor, la soledad no eran asuntos en los que el Ejército destacara. A Judd le gustaban las películas, a pesar de que los musicales no eran sus favoritos y de que el humo de cigarrillo acumulado en el aire significara que todos miraban la pantalla a través de una neblina. Por el momento, si se esforzaba, casi podía ignorar el olor a tabaco de la cantina y el sonido metálico de la música de fondo, y disfrutar de toda la tranquilidad que era posible conseguir. Apreciaba esos momentos.

–Hola, Judd. –Una de las empleadas se acercaba para limpiar las mesas. Una mujer baja y regordeta que siempre estaba charlando y

de la que Judd no recordaba el nombre, aunque la conocía de vista–. ¿Has oído hablar de Evans? ¿El ordenanza de Crawford en la Compañía C? –El personal de NAAFI llegaba a conocer a las tropas en una base muy rápidamente.

Judd negó con la cabeza.

–Atrapado desertando... Pobre chico. No deberían alistar a esa clase de pequeñas insignificancias. Quiero decir, ¿cómo van a afrontar la lucha contra los alemanes? Es un escapista incapaz de salirse de dentro de una bolsa de papel. Y ahora estará en eso de justificarse... Oh, perdonadme por vivir... Estoy segura –dijo, mientras Judd se levantaba de un salto y se daba la vuelta.

–Lo siento, muchacha. Acabo de recordar que estoy de guardia –mintió.

–Ésta te la perdono. –Le dedicó una amplia sonrisa. Sus dientes no tenían buen color–. ¡Que no te metan a ti también en el trullo! –Se rio–. Esto está bien. ¡Judd en el trullo!

–Envíalo a ITMA[8] –sugirió Judd por encima del hombro, haciendo resonar las botas en el suelo pulido mientras se alejaba a toda prisa.

Estaba preocupado porque hacía unas semanas él y Evans habían coincidido en medio de la nada durante un ejercicio, con la tarea de custodiar un transportador de armas averiado. Se trataba de una tarea importante, porque sin duda en aquellos días prosperaba un mercado negro de Bren Carriers, y las órdenes eran órdenes, aunque quien las había dado se había olvidado rápidamente de ellas, de modo que no fue hasta el día siguiente cuando alguien apareció para relevarlos. Nunca había conocido a Evans antes, pero con tanto tiempo por delante inevitablemente habían hablado bastante, y gradualmente el muchacho se abrió y le contó a Judd cosas que nunca le había contado a nadie más. No pudo evitar pensar que la deserción podría tener algo que ver con algunas de las oscuras historias que el chico había contado.

Había grupos de soldados charlando y fumando fuera de la NAAFI, y Judd buscó en los rostros a la persona adecuada.

–Oye, Goma, ¿tienes un pitillo? –A Hutton, del equipo de entrenamiento, le gustaba la broma, además de ser alguien que siempre parecía saber lo que estaba pasando. Era perfecto y no necesitaba ningún estímulo para soltar la lengua.

–Que no, pendejo tacaño. ¿Has oído hablar de 374 Evans? Intentó una fuga. Bueno, no puedo echarle la culpa, con todo esto de la invasión. Has tenido que escucharlo en las noticias, ¿no? Todas esas bombas, todos esos barcos estallando en la costa. Coño, alguien podría salir herido. Lo curioso es que se llevó un revólver y una docena de balas.

–Tal vez no quería esperar a que nos enviaran –sugirió alguien–. Se va para desafiar a Hitler. –Había adoptado lo que le pareció que era un acento americano–. «Mira, amigo, este Berlín no es lo bastante grande para los dos. Ve a por tu fusca». –Imitó el acto de desenfundar rápido y bajó el pulgar unas cuantas veces, como si su mano fuera un arma; luego la levantó y expulsó el humo imaginario lejos de la punta del dedo–. Evans, el tirador más rápido de los valles.

Judd asintió e ignoró sus llamadas mientras se alejaba con rapidez. Sabía que tenía razón y que el muchacho no huía de nada, pero probablemente había querido hacer la cosa más valiente y terrible que pudiera imaginar.

Mark Crawford era un buen amigo, uno de los mejores, y un tipo decente. También era el oficial de pelotón de Evans, y ése era el punto. Mark era un oficial, mientras que Bill Judd era un humilde soldado, aunque nunca había dominado realmente la parte humilde. Oficiales y otros rangos, así funcionaba el Ejército, con una división casi tan fuerte como la de una casta hindú. En un mundo sensato y razonable, podría simplemente llamar a su viejo amigo, explicarle lo que sabía y ayudar a Mark a asegurarse de que las autoridades entendieran. En cambio, se trataba del Ejército y, aparte de eso, el mundo estaba ocupado en destrozarse, por lo que difícilmente podría calificarse de sensato.

El procedimiento adecuado era ver al sargento del Pelotón Nueve y solicitar ver al oficial, lo que lo llevaría a una entrevista con el teniente, una solicitud para ver al comandante de la compañía y, finalmente, obtener permiso para hablar con Crawford en la Compañía C. Probablemente sucedería, ya que la mayoría de los hombres involucrados eran sensatos y un soldado tenía sus derechos, pero, en el mejor de los casos, el proceso sólo comenzaría por la mañana y tomaría como mínimo horas, especialmente porque debían emprender otro viaje, otra marcha de ruta. Judd se preguntó qué hacer, y entonces vio una figura alta y majestuosa cruzando la pista delante de él.

A Judd le preocupaban muchas cosas, y una de ellas era si sería valiente o no cuando llegara el momento y si decepcionaría a alguien. Incluso a los diecinueve años, los sueños heroicos de la niñez ahora le parecían débiles e improbables. Sin embargo, de alguna manera avanzó, enderezó los hombros y convirtió la caminata en una marcha, antes de detenerse y ponerse firme.

–Permiso para hablar, señor.

Judd era un hombre que rezaba, al menos en algunos momentos de su vida, pero eso era como dar una palmada en el hombro a la divinidad con un cordial: «¿Cómo estás, viejo idiota?».

El sargento mayor del regimiento se detuvo y lo miró fijamente. Hubo un leve rastro de sorpresa y tal vez una ceja levantada, que era más emoción de la que una cucaracha del rango de sargento mayor de regimiento solía mostrar. Lo que estaba haciendo era una pura locura, y Judd sabía que temblaba mientras permanecía firme, mientras los músculos de sus muslos se contraían. Vio a Griffiths y a un par de personas más de la sección en la sombra junto a una cabaña Nissen. Tenían la boca abierta.

–Bueno, Judd, ¿qué tiene que decir?

Una cucaracha rara vez hablaba en voz muy alta, aunque se creía que su grito podía llegar a kilómetros de distancia y ser capaz de arrancar árboles de raíz. Judd intentó responder. Tenía la boca seca y la lengua como papel de lija.

–Sí, señor –graznó, esperando que lo acusaran o al menos le dijeran que, si no tenía nada mejor que hacer con su tiempo, el sargento mayor pronto encontraría algo para él. Tenía la visión de un cuchillo sin filo y una montaña de patatas, o un trozo pequeño de franela y órdenes de limpiar las letrinas.

–Suéltalo, muchacho.

–Señor, se trata de Evans, señor; 374 Evans, señor. Creo que sé de qué va esto. Por favor, señor. Es importante, señor. No es lo que todo el mundo piensa. –Estaba al borde de la histeria y se imaginaba más joven en el despacho del director del colegio–. Él no está tratando de escapar, señor.

–Sigue.

–No, señor. Lo único que quiere es matar a su padre.

La ceja se alzó una fracción de centímetro.

–¡Ven conmigo, muchacho, pero primero endereza tu maldito sombrero! Ahora, bien, un poco de marcha, izquierda, derecha, izquierda, derecha, levanta esos brazos... ¿A quién crees que estás saludando?

* * *

21:50 horas, tierra adentro desde playa Gold

El cielo hacia el oeste era un resplandor de rojos y dorados cuando el sol empezó a ponerse. Pronto oscurecería, aunque no estaban tan lejos de casa como para que esto sucediera demasiado rápido; la luz se apagaría gradualmente. Mark no podía recordarlo con certeza, pero pensó que esa noche no habría luna. Se suponía que los tanques no debían operar en la oscuridad. Durante el día ya era bastante difícil ver el exterior, incluso con las escotillas abiertas. De noche era imposible y, al mismo tiempo, los tanques eran grandes sombras, fáciles de detectar contra el cielo para cualquiera que anduviera a pie. Eran vulnerables, terriblemente vulnerables a una infantería con bazucas o lo suficientemente audaz como para trepar y arrojar una granada por una escotilla.

Su pequeña fuerza no había alcanzado el objetivo. No, decir eso no era del todo justo, porque James estaba a cargo y había decidido no intentarlo. Mientras lideraba la pequeña columna, habían llegado a una elevación y, justo cuando su Sherman la superaba, se oyó un chasquido en el aire sobre su cabeza y algo pasó a gran velocidad. Las balas golpeaban contra el mantelete del cañón, justo delante de él.

–Conductor, marcha atrás –ladró, agachando la cabeza, y sólo entonces oyó el estampido del cañón y el enloquecido y desgarrador sonido de las ametralladoras.

Whitefield debió de presentir la orden antes de que hablara, porque puso la marcha atrás y regresaron. Afortunadamente, todos mantenían las distancias adecuadas, por lo que había mucho espacio detrás de ellos. En cuestión de segundos, el Sherman estaba detrás de la baja elevación y James ya no podía ver la colina boscosa a media milla al norte de la carretera. Allí arriba había un cañón antitanque, junto con infantería, y había tenido suerte de que el enemigo disparara demasiado pronto, porque, si hubieran esperado, habrían tenido un objetivo mucho mejor.

La suerte sólo llegaba hasta ahí. El otro LCT llevaba un tanque de observación, con potentes radios para que el oficial de la Artillería Real que viajaba en él pudiera llamar a las baterías, pero no había llegado a tierra después de la colisión. No tenía ningún otro vínculo con los artilleros, y mucho menos con los cañones de los barcos, que fácilmente habrían podido pulverizar el bosque en el que estaba posicionado el enemigo. Se oían cazas en las alturas, menos ahora que el día estaba acabando, y ninguno de ellos parecía haberse percatado de la emboscada. Si hubieran llevado infantería con ellos, como había sido el plan, calculaba que habrían tenido muchas posibilidades de haber superado la cresta. Sin la infantería, todo era inútil, poco menos que un suicidio.

James renunció al objetivo. No tenía ni idea de si los canadienses habían llegado allí para recibirlos, porque a nadie se le había ocurrido darles una frecuencia común en las radios. Con suerte, no

habrían quedado aislados. Retrocedieron unos cientos de metros hasta un huerto amurallado y distribuyeron los tanques de modo que formaran una caja, con las armas sobre la parte superior del viejo muro de piedra. Los alemanes no los habían seguido, al menos no todavía, y no parecían tener morteros ni armas de fuego a su disposición. Un hombre de cada tripulación salió para actuar como centinela, cumpliendo un periodo de dos horas antes de ser relevado. A otro se le dio turno para dormir, mientras el resto se sentaba en sus posiciones dentro de los tanques, esperando en caso de ataque.

Iba a ser una noche larga y de nervios. Su propio Sherman estaba en el rincón del huerto más cercano al enemigo, mirando hacia un prado donde cinco yeguas pastaban y se revolcaban en el polvo. Mientras caía el crepúsculo, apareció otro caballo de alguna parte, un semental.

–Es enorme –comentó Whitefield–. Probablemente, un poco lento, pero podría ser decente clavándose. –James sospechaba que el londinense no podía distinguir un caballo de otro, y mucho menos una yegua de un semental.

Collins estaba tratando de dormir en la posición del conductor. Albright estaba de guardia afuera, por lo que Whitefield se había acercado para manejar el cañón con el copiloto Miller como cargador. Mientras observaban, el semental procedió a montar a cada una de las yeguas por turno y, aparte de murmullos de asombro y admiración, Whitefield dijo poco.

–Como un yanqui en Piccadilly después del anochecer –dijo, cuando todo terminó.

Fue una forma extraña de cerrar la primera noche de la invasión. Más tarde, con la oscuridad, llegaron los bombarderos alemanes, o al menos eso tuvo que suponer James. Detrás de ellos, la oscuridad sobre la playa Gold se llenó de trazadores que se elevaban hacia el cielo. No había forma de saber cuántos bombarderos había, si alcanzaban algo o si alguno había sido derribado. Aun así, fue una

exhibición más colorida y contenida que la cortina de fuego de la mañana.

D + 1, miércoles, 7 de junio
5:35 horas, Normandía

Una noche de junio era corta, incluso cuando uno tenía la suerte de dormir una hora, apoyado lo mejor que podía en el compartimento del conductor. Whitefield tenía la habilidad de inclinarse en una postura en la que podía relajarse y roncar hasta alcanzar la paz y la satisfacción, pero James no podía dominarla. Se obligó a quedarse allí cuando le tocó, preocupado de que levantarse daría a entender que no confiaba en el sargento Dove para vigilarlo todo, o que podrían llegar a creer que su teniente estaba inquieto y quisquilloso. Debió de haberse dormido un par de veces, porque se movió y se hizo una raja en la cabeza con una de las muchas piezas angulares de metal que hay dentro de un tanque. No podía haber sido por mucho tiempo y, en todo caso, se sentía aún más cansado y rígido cuando su reloj confirmó que la hora había terminado y que podía darle un turno a alguien más.

James sentía frío, a pesar del uniforme y el mono que llevaba encima. Cuando saltó del Sherman, le dolieron los pies al golpear el suelo. Los sentía entumecidos y era un esfuerzo no temblar. Normandía era tan fría como Inglaterra en las primeras horas, mientras hacían los ejercicios, si bien no tan fría como el norte de Gales. En otoño, él y muchos otros oficiales de regimientos blindados habían sido enviados a un curso con base cerca de Snowdonia, donde habían pasado semanas en marchas de ruta, cursos de asalto y carreras largas. Nadie explicó nunca cómo se suponía que esto los prepararía para controlar una tropa o más tanques en el campo, pero siempre estaba la cantinela de que «no les corresponde a ellos razonar por qué», etcétera. Afortunadamente, la noche había sido tranquila, por lo que tal vez los alemanes eran pocos o tenían órdenes de defender el sitio en lugar de atacar. De cualquier manera, si alguna patrulla había venido a mirar los tanques, lo había hecho bien y no había sido vista por nadie.

Antes del amanecer, James ordenó arriesgarse a ganar o perder, algo que normalmente se deja en manos de la infantería, que habría debido estar al frente de los tanques vulnerables. Durante una hora se mantuvieran todos despiertos; un tripulante, haciendo de centinela para ver mejor, y el resto, en sus posiciones.

Hacía frío. A fin de cuentas, un tanque era simplemente una gran caja de metal sobre orugas. James buscó en su cabeza las lecciones de ciencias de la escuela, en las que habían hablado sobre la calidad de conductor del metal. En términos prácticos, eso significaba que un tanque estaba condenadamente caliente bajo el sol y condenadamente frío en cualquier otra circunstancia. También eran estrechos e incómodos, y, aunque el Sherman estaba mejor diseñado que muchos, todavía había muy poco espacio. Albright y los demás operadores inalámbricos habían comprobado que todas las radios estuvieran en la misma red, y un crujido constante y un gemido ocasional llenaban los oídos mientras esperaban.

Lentamente llegó el día, de un rojo brillante al principio, cuando el sol salió antes de subir a las nubes bajas. Había llovizna en el aire y un denso rocío en el suelo. No era un buen día para batear, se encontró pensando James, a pesar de que trató de mantenerse concentrado en detectar cualquier amenaza antes de que estallara. Nadie hablaba mucho. Hubo una breve alarma cuando el sargento Dove informó de movimiento.

–Falsa alarma –anunció, unos momentos después–. Sólo uno de aquellos caballos.

–Maldita sea, ese cabrón lo ha vuelto a hacer –dijo Whitefield en el enlace interno–. Debería tener la mitad de su fuerza.

De hecho, a medida que la luz crecía, no había señales del semental, lo que sugería que el campo se abría a otro, tal vez en algún lugar más allá del punto donde el seto giraba y bloqueaba la línea de visión. El semental no estaba allí, ni, lo que era más importante, ningún alemán, y, cuando ya era de día y había pasado una hora, James les dio un respiro. Mantuvo tripuladas las torretas de la mitad de los tanques, con un centinela proporcionado por cada

una de las tripulaciones, mientras todos los demás comenzaban la rutina matutina. Algunos preparaban té o las últimas latas de sopa, que se calentaba sola, mientras otros comprobaban que todo estuviera en orden.

James no estaba seguro de qué hacer. Supuso que debía avanzar de nuevo, simplemente para asegurarse de si el enemigo seguía bloqueando el camino. Tal vez fuera posible flanquearlos, saliendo de la carretera y acercándose desde una dirección inesperada, porque después de todo los tanques fueron diseñados para cruzar campo a través. Sin embargo, eso significaría dejar la carretera abierta, y su trabajo era impedir que los alemanes la utilizaran. Con sólo siete tanques, realmente no quería dividir su fuerza. Al final todo se debía a la falta de infantería. Sin ellos, era difícil hacer algo.

Acababa de decidir moverse a las 6:30 y volver a liderar la columna, porque no creía que pudiera pedirle a nadie más que lo hiciera, dadas las circunstancias. A Dove no le convenció.

–No es su trabajo, señor. Si lo hierven desde el principio, ¿dónde estaríamos?

James sonrió.

–Bueno, quedaría usted a cargo, así que me arriesgaría a decir que la tropa estaría mejor.

Parte de su cabeza se preguntaba por qué los tanquistas británicos hablaban de un tanque destruido como de una infusión, la misma expresión que usaban para preparar té con agua hirviente. No podía entender por qué nunca se había fijado antes.

–No, señor –insistió el sargento Gordon de la tropa de reconocimiento–. Tengo experiencia, así que podría estar al mando. Pero también soy de reconocimiento, señor. Nuestro trabajo es ir al frente y salir rápidamente si tenemos problemas. Yo debería ir primero, unos buenos cien metros por delante. Para eso estamos entrenados.

Ninguno de los sargentos era veterano ni pertenecía al ejército regular, aunque ambos habían estado en el Ejército desde el

principio de la guerra y estaban con el regimiento desde que se formara por primera vez. James suponía que cada uno estaba en la mitad de los veinte años o un poco más, por lo que en realidad no eran mucho mayores que él, pero parecían mucho más sensatos, mucho más seguros. No sabía mucho sobre Gordon, pero sabía que Dove estaba casado, tenía dos hijas pequeñas y había trabajado antes de que lo llamaran a filas. Quizás eso explicaba el aire de capacidad que tenía. La responsabilidad no era nada nuevo para él, mientras que James nunca había sido realmente responsable de nada importante antes de ingresar en el Ejército. E incluso entonces era el Ejército quien te decía qué ponerte, qué hacer, y te inculcaba la rutina desde el principio.

–Muy bien –admitió James.

En ese momento, el sonido de motores y el ruido de orugas se acercaron a ellos por detrás antes de que estuvieran listos para moverse. No podían ver quién era, así que todos montaron y encendieron los motores. Estaban girando a dos de los Stuart para que miraran en esa dirección, cuando apareció un carro de exploración, de color verde apagado, con un hombre que llevaba una boina muy británica en la escotilla abierta. A medida que se acercaba, pudieron ver la insignia del zorro de su brigada y el número de unidad 998 pintado en la parte delantera de su casco. Detrás vino un Sherman, seguido de más.

James dejó escapar un suspiro de alivio. El regimiento lo había alcanzado. De alguna manera, incluso allí, en Francia, estaban de nuevo en casa.

* * *

9:35 horas, cerca del campo B43, Sussex

Judd y el resto de la Compañía A estaban en otra ruta de marcha. Había límites a lo que se podía hacer en materia de entrenamiento cuando todo el condado, y la mayor parte del sur de Inglaterra, estaba abarrotado de campamentos, depósitos y almacenes a la espera para apoyar la invasión. Los días siguientes estarían llenos de conferencias y sesiones de control de armas y equipos, porque

simplemente no había espacio para maniobras. También estaba el Cuerpo de Entrenamiento Físico, pero en realidad sólo estas marchas ayudaban a mantenerlos en cierta forma mientras esperaban la convocatoria a un puerto.

Durante el desayuno, se había hablado principalmente de la invasión, porque ese día los periódicos hablaban mucho de ello y había un poco más de información en la radio. Los aliados habían desembarcado en la costa francesa de Normandía y les iba bien; habían tomado tanto Bayeux como Caen. Aquella tarde iba a haber una sesión informativa para todo el batallón sobre el estado actual de las cosas allí, que habría de ser interesante. A Judd le llamó la atención el paralelo con el año 1066, porque parecía una conquista normanda realizada en dirección inversa. Aun así, Enrique V también había desembarcado en Normandía y todo había ido bien. Había visto la nueva película hacía apenas unas semanas y le había gustado el comienzo, como si todo pasara dentro del teatro. El resto de la sección, sentada a su lado, la había desestimado como un «montón de mariquitas revoloteando», pero a medida que avanzaba podía sentir que se involucraban en la historia.

La vida en el Ejército estaba llena de sorpresas, y una de ellas había sido escuchar a Griffiths charlar en detalle sobre toda la obra después, sobre los capitanes escoceses y galeses, Pistola y el resto.

–Es un poco como la música, ¿no? –había concluido Griffiths–. Las letras, quiero decir. No siempre las entiendes todas ni sabes lo que significan, pero de alguna manera llegan directamente al corazón.

A nadie pareció importarle tanto el forzado acento galés de Fluellen, que pensó que los habría molestado.

–Bueno, ¿qué esperas de los malditos ingleses? –fue todo lo que se dijo al respecto.

Sí, sus compañeros soldados a menudo lo sorprendían, ya fuera para bien o para mal. La historia de Evans fue una de las sorpresas malas, aunque trataba sobre la vida fuera, y no dentro, del cuartel. Le hizo darse cuenta de que, a pesar de todas las decepciones y dificultades de su vida, en muchos sentidos había tenido suerte.

La noche anterior, el sargento mayor lo había llevado a una de las cabañas utilizadas por la compañía del cuartel general, y lo había dejado allí para que se sentara y esperara, mientras él hacía que las cosas sucedieran. Nadie en el batallón, o probablemente en ningún batallón, podía hacer que las cosas ocurrieran tan rápido como su suboficial superior. Después de un rato, aparecieron los oficiales, primero Mark Crawford y el Mayor Jackson, comandante de la Compañía D, y luego, un momento más tarde, entró el propio comandante de pelotón de Judd, Buchanan, que le hizo un gesto con la cabeza y le dijo que estaba allí como «amigo del prisionero». Todos debían de proceder de la cantina de oficiales, que estaba en un edificio contiguo, pues ninguno llevaba gorra ni cinturón. El sargento mayor fue el último en llegar y permaneció en un segundo plano.

–Ahora, Judd, explique de qué se trata todo esto –le había pedido el mayor Jackson.

Judd tuvo dificultades al principio, no por toda esa autoridad, sino porque realmente era una historia espantosa. Evans provenía de Rhondda. Su padre era un sindicalista muy conocido y prominente en la mina local. Evans le había mostrado una fotografía familiar en la que aparecía un hombre bajito, inmensamente corpulento, con una amplia sonrisa en el rostro y la cadena de un reloj importante en el chaleco. La señora Evans era casi igual de alta, muy delgada de cintura y extremidades, y con una sonrisa aún más delgada. A su lado había un niño de diez años, presumiblemente el mismo Evans hacía algunos años, y una niña escuchimizada de aproximadamente la mitad de su edad. El cuadro y la familia no parecían tan inusuales, y debía haber miles de cuadros similares colocados en marcos en otras tantas casas. El señor Evans tenía ese cabello negro oscuro tan común en la zona y se lo había dejado crecer hasta formar una barba tan espesa que parecía casi victoriana.

El señor Evans también bebía, especialmente los viernes y sábados por la noche, lo que tampoco era nada inusual, y menos aún en aquellas comunidades donde tantos hombres trabajaban durante largas y muy duras horas en la penumbra bajo tierra. La

bebida lo volvía irritable y violento, y a veces peleaba fuera del pub o, más a menudo, volvía a casa enojado. Durante aquel largo día y aquella noche aún más larga vigilando el Bren Carrier, 374 Evans había hablado de su infancia en aquella pequeña casa de dos habitaciones arriba y dos abajo que su madre mantenía tan impecablemente limpia. Al menos una vez al mes, a veces más, su padre llegaba a casa y a la menor cosa –o sin motivo alguno– la golpeaba, o a los pequeños, si los veía. Luego se apareaba con ella, lo quisiera o no, sobre la mesa de la cocina, después de haber barrido con todo lo que había encima.

Bueno, esas historias también se podían contar de unos cuantos hogares, y así eran las cosas, incluso si en el fondo uno sabía que no deberían ser así. La vida era dura y, a veces, un hombre no era lo suficientemente fuerte para afrontarla y se volvía amargado y cruel. Sin embargo, era todavía peor. Cada pocos meses, el señor Evans traía a casa a un par de sus compinches bebedores y compañeros más cercanos de la mina. Luego observaba cómo los amigos se turnaban y violaban a su esposa en esa misma mesa de la cocina. Judd podía recordar la monotonía con la que 374 había hablado de ello, con los ojos vidriosos, sin emociones, explicando las súplicas y los gritos de la madre, que habían llegado hasta el pequeño dormitorio de arriba, y cómo había enterrado la cabeza bajo la manta. Una vez, cuando tenía unos doce años, había bajado las escaleras gritándoles que dejaran de lastimarla, viendo cosas que ningún niño debería ver. Su padre lo agarró y le dio una paliza con tanta fuerza que le hizo sangre, y luego lo envió a su habitación. A la mañana siguiente, el señor Evans parecía arrepentido, y su madre había hecho que el niño le prometiera solemnemente que nunca más volvería a bajar. «Dijo que era lo que hacen los mayores y que no había que preocuparse», había susurrado el soldado. «Que no tenía que preocuparme». Durante un tiempo, el señor Evans se había portado bien, pero no duró y pronto volvió a las andadas.

Evans había mentido sobre su edad para alistarse a los dieciséis años. «Es lo mejor que puedes hacer, amor mío», le había asegurado su madre. «Vete ahora». «Le preocupaba que el viejo hijo

de puta me convirtiera en alguien como él», le había dicho Evans a Judd. «Pensé que alistarme era más seguro. A mi padre no le importaba. No creas que realmente le gusto mucho».

Judd había contado a los oficiales todo lo que sabía, viendo en sus rostros su misma conmoción, incredulidad, y luego el puro horror cuando comprendieron la verdad de todo. Él había sentido exactamente lo mismo. Incluso el sargento mayor hizo una mueca, aunque Buchanan simplemente fumó su pipa y permaneció impasible. La repulsión del propio Judd no había disminuido con el tiempo. En todo caso, era peor, porque se había movido en círculos políticos, lo que para cualquier persona inteligente que viviera en Gales significaba diversas formas de socialismo y doctrinas aún más extremas. Le habían enseñado a poner a los mineros y a los buenos sindicalistas en un pedestal, como ideales de virilidad, lo que hacía que esto le pareciera aún más despreciable.

–Evans dijo que su madre estaba cada vez más preocupada por la hermanita –había concluido Judd–. Ahora tiene trece años.

El mayor dijo algo en voz baja, demasiado baja como para entenderlo, pero insultante por el tono que usó. Sacudió la cabeza.

–Bueno, Judd, tengo que darle las gracias. Esto le da un aspecto muy diferente a todo el asunto. Ahora, siga adelante. Me temo que se habrá perdido gran parte de la película, pero ahí está.

Mark permaneció inexpresivo, aunque tal vez fuera por la sorpresa ante la sombría naturaleza del asunto. Al pasar junto a Buchanan, el teniente se quitó la pipa de la boca, asintió brevemente y dijo:

–Bien hecho, hijo.

Aquella mañana sintió como si todo hubiera sido un sueño, porque estaba de regreso con su propio pelotón y compañía. Fuera lo que fuera lo que estuvieran haciendo con Evans, no había sido convocado para formar parte de ello. Buchanan no le había dicho nada inusual, simplemente dirigió al Pelotón Nueve en aquella marcha. Aun así, eso no era nada fuera de lo común, ya que el oficial era un hombre de pocas palabras. Era uno de los tres canadienses enviados al batallón como parte del CANLOAN, el plan

de voluntarios canadienses cedidos en préstamo a los británicos, porque el Reino Unido carecía de oficiales capacitados y Canadá tenía un excedente. El teniente Buchanan tenía treinta años o incluso más, una edad avanzada para ser un subalterno, y se decía que había bajado de rango para ofrecerse como voluntario, después de haber sido capitán de artillería. También se rumoreaba que había sido un policía montado, como en las películas, y, después de la noche anterior, Judd sospechaba que era verdad. En su limitada experiencia, los policías se sorprendían menos que el resto por la crueldad de los demás. Sin duda habían visto demasiado para que les quedaran muchas ilusiones.

Buchanan era alto, larguirucho y, si bien sus modales eran muy militares, quedaba un indicio en su forma de caminar que sugería que era alguien más acostumbrado a montar a caballo que a viajar en un automóvil. Eso, unido a una apostura que lo hacía parecerse bastante a Gary Cooper y la manera lacónica de hablar, pronto le valieron el apodo de «Coop». No se limitaba a decir «sí» y «no», pero no era un hombre que desperdiciara palabras. Cuando «Poli» decía algo al pelotón, sabían que valía la pena escucharlo atentamente y obedecer. Nunca los molestaba, nunca gritaba, a menos que fuera realmente necesario, y daba la impresión de que confiaba en que sus hombres lo seguirían y los respetaba. Todos en el Pelotón Nueve se habían encariñado con él muy rápidamente y estaban bastante orgullosos de su inusual oficial.

* * *

10:30 horas, campamento B43

Mark no estaba seguro de lo que sucedería. El coronel estaba fuera, citado para una reunión informativa, lo que significaba que el segundo al mando estaba a cargo, y el mayor Probert era conocido por ser un hombre severo, ferozmente disciplinado y bastante amargado, no dado a sonreír ni a mostrar simpatía hacia los demás. Esto contrastaba marcadamente con la actitud casi paternal del coronel hacia sus hombres.

Tuvieron que persuadir a Evans para que contara su historia. El soldado no parecía tener miedo de ellos ni del problema en el que se encontraba, sino que se mostraba resignado, casi vacío. Parecía incluso más joven de lo habitual, y era fácil creer que había ocultado su edad para alistarse. Mark no había prestado suficiente atención a los registros para saber que Evans era un voluntario, simplemente había asumido que había sido llamado a filas como casi todos los demás, aparte de los pocos reservistas supervivientes de antes de la guerra que todavía servían con ellos. Al final, Evans empezó a hablar, y, para sorpresa de Mark, fue Probert quien sacó el máximo provecho de él, tal vez porque el mayor no mostró ninguna emoción, ni simpatía ni enfado, aparte de alzar ligeramente la voz para exigir respuestas. La costumbre se hizo cargo y el joven soldado hizo lo que le decía la autoridad; nada más y nada menos. La historia era muy parecida a la que Judd les había descrito la noche anterior, y Mark se alegró de haber estado preparado para escucharla, porque era muy espantosa. Sería el primero en admitir que todavía tenía mucho que aprender sobre mujeres, y casi todo sobre el sexo, una palabra que rara vez se usaba en ese sentido, excepto por los novelistas y críticos más pretenciosos y de moda. Había tenido poca experiencia en lo primero y ninguna en lo segundo, y, hasta donde él sabía, lo mismo ocurría con la mayoría de sus amigos, aunque en general y, como él, aspiraban a aprender.

Mark había sido criado para reverenciar a las mujeres. Cuando era niño le habían inculcado que nunca nunca debía golpear a una niña, porque eran débiles, y, como varón, él era fuerte. Los niños y los hombres estaban allí para proteger al sexo débil, para hacer el trabajo duro y arriesgarse a correr peligro por ellas. Por eso habían ido a luchar en la guerra. No era que muchas chicas valientes como Anne no estuvieran desempeñando su papel y lo hicieran muy bien. La diferencia era la fuerza, no el coraje, y seguramente había existido un coraje poco común por parte de la señora Evans para sobrevivir a un comportamiento tan bestial y, aun así, proteger a sus hijos.

Para Mark, una mujer, sobre todo una verdadera dama, debía ser elevada a un pedestal, y si un tipo intentaba levantarle la falda cuando se presentaba la oportunidad, eso no significaba que no la admirara ni la respetara. Dependía de él ganarse su corazón y hacer lo decente. Recordaba que había algo que le habían dicho en la escuela y que parecía resumirlo todo bastante bien. Cuando se oía hablar de un compromiso, lo adecuado era desearle buena suerte a la novia, mientras se felicitaba al muchacho, porque era él quien había conseguido la captura, mientras ella sólo se dignaba aceptarlo.

La noche anterior, cuando supo por qué Evans había intentado irse sin permiso con un revólver, nada menos que el revólver de Mark, casi deseó que el chico se hubiera salido con la suya y hubiera matado a tiros a su padre. El señor Evans era vil, peor que un animal, y seguramente el mundo sería un lugar mejor si alguien le volara la cabeza. Incluso había tenido la loca idea de escabullirse, viajar a Gales y hacer el trabajo él mismo. Ese pensamiento volvió cuando Evans les dijo que había recibido una carta de su madre el día anterior.

–Está aterrorizada, señor, aterrorizada –explicó el muchacho, informando al mayor Probert como si estuviera hablando de algo rutinario–. Ha estado alardeando ante sus amigos de que nuestra Sal ya es una adulta. Y prometiendo que pronto, algún día, les permitirá intentarlo con ella.

–¿Y por eso cogió el arma y trató de volver a casa? –preguntó Probert.

–Sí, señor. Hay que pararlo. –De repente, Evans se derrumbó y comenzó a sollozar, con el cuerpo temblando como un niño.

–Muy bien. Puede esperar fuera, Evans. –El mayor hizo un gesto a los suboficiales para que ayudaran al chico a salir; luego se volvió hacia los otros oficiales sentados a su lado–. Creo que esto es algo que podemos mantener en el batallón –dijo.

No se trataba de un consejo de guerra, porque todavía no se había llegado a nada tan formal. Evans había sido atrapado en la caseta de vigilancia, donde había presentado una nota escrita a

mano y afirmaba que eran órdenes de enviarlo a la aldea más cercana a comprar para su oficial. No había sido la excusa más imaginativa, y luego el revólver cayó pesadamente en el suelo de madera cuando se le salió del bolsillo de su abrigo.

–Si la Policía Militar lo hubiera traído de vuelta –continuó Probert–, entonces habría sido otro asunto y estaría fuera de nuestras manos, pero, tal como están las cosas, podemos ser indulgentes y darle veintiocho días en la caseta de vigilancia, o la parte que le toque hasta que nos embarquemos. Después de eso, podrá quedar bajo arresto abierto. ¿Alguna objeción?

No las hubo, por lo que Probert ordenó que trajeran a Evans de regreso y lo informó de su castigo.

–¿Lo acepta?

Evans se puso en posición de firmes con cierta debilidad.

–Sí, señor. –En tanto prisionero, no llevaba gorra, por lo que no podía saludar. Tenía derecho a solicitar el juicio de una autoridad superior si se negaba a aceptar un castigo de ese nivel–. Pero, señor –suplicó–, ¿qué pasa con mi hermana?

–Haremos todo lo que podamos –dijo Probert; después relevó al soldado, que salió escoltado.

–Y lo único que podemos hacer es, probablemente, joderlo todo –dijo con amargura uno de los otros oficiales. Mark compartía el sentimiento.

–No podemos hacer más que lo mejor que podemos –dijo Probert, con tono gnómico–. Y, por muy espantoso que sea este asunto, aún queda una guerra por ganar. Así que, caballeros, será mejor que sigamos preparándonos para nuestro papel. –Se puso de pie–. Es hora de dedicarnos a nuestros deberes.

* * *

15.30 horas, Normandía

–Artillero, pivote a la derecha. Alcance de mil quinientos metros. El campo detrás de esos árboles. Ahí está. Correcto.

El seto frente a ellos era más bajo que algunos que habían visto, lo que permitía que el cañón lo atravesara, y estaban en una colina baja, lo que significaba que podían ver por encima de otro seto a mitad de camino hacia el objetivo. Aun así, era posible que Collins tuviera algunas hojas que obstruyan su línea de visión. Como comandante, con la cabeza apenas fuera de la escotilla abierta, James estaba más alto y podía ver con claridad.

–Carguen el obús y mantengan los ojos bien abiertos, pero esperen la orden. Allí también está nuestra gente, así que debemos ir con cuidado.

Por lo que todos sabían, había infantería alemana con un cañón o dos en el bosque y tal vez en el pueblo más allá. James no podía ver más que unos pocos tejados y la torre de una iglesia coronada por un campanario. Nadie había visto señales de tanques, pero la precaución nunca estaba de más. Un día después del desembarco, los alemanes sabían dónde habían atacado los aliados, por lo que seguramente querrían contraatacar mientras los invasores eran pocos y no estaban completamente preparados. Ahora era una carrera entre los aliados que enviaban todo a través del Canal y los alemanes que conducían y viajaban en trenes, o incluso caminaban, hacia la cabeza de playa.

James estaba de regreso con el regimiento, o al menos con parte de él, y eso era tranquilizador, y en general las noticias eran buenas, lo cual era aún mejor. Las cinco playas de la invasión habían sido tomadas, en algunos casos, después de encarnizados combates. Elementos de su propia brigada, con infantería de apoyo, casi habían llegado a su objetivo de Bayeux la noche anterior y ya deberían haber entrado. Los hombres de playa Gold se habían unido con los canadienses de Juno el día anterior, y ese día avanzaban más hacia el interior, incluso a lo largo de la carretera que habrían debido cubrir ellos el día antes. Los canadienses habían estado donde se suponía que debían estar y, para su gran alivio, no habían sido atacados.

Mientras sucedía todo esto, se había ordenado al Pelotón Tres que retrocediera y se reabasteciera de combustible y municiones. No necesitaban mucho de lo último y sólo un poco de lo primero, lo cual era mejor, porque la mayor parte del 165.º RAC todavía estaba desembarcando en la playa. Se suponía que habría tenido que llegar un día antes, pero la congestión en la playa y los fuertes vientos lo habían impedido. Aparte de la pequeña fuerza de Symond, sólo el Escuadrón C había desembarcado. James y sus hombres formaban parte del Escuadrón B, pero por el momento estaban asignados a la otra unidad y apoyados por la infantería encargada de limpiar aquella aldea y los bosques fuera de ella. Por lo que cualquiera podía ver, se trataba de una posición aislada; un grupo de hombres testarudos atrincherados y negándose a retroceder. A James le recordó al fusilero solitario que había disparado a Symonds.

El ataque venía desde el noreste, y la mayor parte del Escuadrón C y las unidades de reconocimiento estaban allí para ofrecer apoyo de fuego. James y el Pelotón Tres actuarían como un punto de anclaje, esperando para cubrir la probable línea de retirada de los alemanes si pudieran ser obligados a replegarse. Estaban en posición, con los motores apagados, y contaban con la seguridad de un par de pelotones de infantería para protegerlos. James una vez más se había quitado los auriculares de una oreja y, por el momento, estaba bastante tranquilo, aunque se oían disparos amortiguados desde el este. Por lo que parecía, los canadienses estaban teniendo una feroz pelea en esa dirección, aunque los sonidos eran demasiado distantes y confusos como para que él pudiera entenderlo.

Los proyectiles y las bombas de mortero empezaron a caer en el bosque. A través de sus binoculares, James vio temblar las copas de los árboles. El sonido les llegó más tarde, en forma de una serie de crujidos profundos. Había cañones de veinticinco libras apoyando el ataque, así como los propios morteros de la infantería, y durante veinte minutos golpearon el objetivo, hasta que se perdió de vista en una nube de humo oscuro. Luego todo se detuvo abruptamente, como si se apagara un interruptor, y a través de la red pudieron

escuchar al Escuadrón C ofreciendo fuego de cobertura mientras la infantería comenzaba su avance. La señal era intermitente, incluso a esa distancia, y no tenían ningún contacto con la infantería.

Los otros tres tanques del Pelotón Tres estaban alineados a lo largo del mismo seto, esperando para desempeñar su papel. No hubo mucha charla en el tanque ni ninguno de los comandantes llamó a James, así que esperaron. En cada tanque, el conductor y el copiloto se sentaban cerca de la parte delantera del casco, sin poder ver nada más que el seto que tenían delante. El cargador no estaba en mejor situación, porque los diseñadores del Sherman no habían visto la necesidad de dotarlos de un periscopio, ya que su trabajo consistía en alimentar el cañón y cuidar de la radio.

Esperaban. Sin la cortina de fuego, la batalla era menos ruidosa, y sólo de vez en cuando se podían oír los disparos de las ametralladoras o el chasquido del cañón de un tanque. A juzgar por la radio, el Escuadrón C estaba cambiando de objetivo y el ataque avanzaba.

James se despertó justo a tiempo para evitar golpearse la barbilla con el borde de la cúpula, donde estaba el periscopio giratorio que montaba los panoramas de visión que rodeaban la escotilla principal. Debió de haberse quedado dormido, aunque no pensó que fuera por mucho tiempo, probablemente sólo un instante. El día no era cálido, porque no había señales del sol, pero siempre le había resultado más difícil mantenerse despierto en los días poco brillantes que en los soleados. Olió a té y se dio cuenta de que Whitefield debía de haber preparado un poco usando una de las pequeñas estufas. Estaba estrictamente prohibido utilizarla dentro del tanque, pero pocos tripulantes prestaban mucha atención a esta orden.

–¿Quiere una taza, jefe? –preguntó el conductor.

–Gracias.

Esperaban. El té le había sentado bien y se sentía menos letárgico. Antes de incorporarse al Ejército, nunca le había gustado mucho el té, pero ahora lo necesitaba. Apoyó la taza en la parte superior de la

torreta para escanear el bosque y el campo detrás de ella. Todavía no había nada.

Diez minutos más tarde, James acababa de terminar el té cuando volvió a levantar los binoculares y vio movimiento en el campo. Trató de encontrarle sentido y pensó que veía pequeños puntos cuando los hombres salían corriendo del bosque.

–Baker Tres a Tres Baker, Able y Baker, la infantería objetivo que se retira del bosque se extiende a mil trescientos metros. Abran fuego –ordenó, y luego cambió al enlace interno–. Artillero, ambas armas, abrir fuego.

Collins presionó un botón y la ametralladora coaxial cobró vida. Había balas trazadoras en la cinta, y las motas brillantes parecían moverse lentamente mientras subían y bajaban hacia el objetivo distante. Una vez que el artillero estuvo satisfecho con su puntería, presionó el otro botón y el arma principal tronó. James a veces pensaba que podía ver el proyectil salir de la boca del cañón como una mancha negra, aunque eso podría ser su imaginación.

–Baker Tres a Tres Baker Charlie, manténgase atento a los avispones. Fuera.

Avispón era el código para tanques hostiles y cañones autopropulsados, y había estacionado el tanque del sargento Philips en el extremo izquierdo, mirando hacia el flanco para proteger a los demás. Que los informes no dijeran nada sobre tanques enemigos en el área no significaba que no hubiera ninguno ahí fuera y era mejor andar con cuidado.

Los tres tanques regaron con sus ametralladoras el campo, puntuándolo con proyectiles del 75. Los proyectiles que estallaban arrojaban columnas de humo y lodo. Después de cinco minutos, James les ordenó que cesaran el fuego y escudriñó el campo con sus binoculares. No había señales de movimiento. Volvieron a la espera, hasta que llegaron órdenes de trasladarse a la posición del Escuadrón C. Habían limpiado el pueblo y tomado el bosque, y presumiblemente eso significaba que se había liberado un poco más

de Francia. Había muertos y mutilados en el proceso, tanto alemanes como propios, pero no habían visto nada de eso.

Todavía se oía el murmullo de la batalla en el este, que se desvaneció a medida que conducían para unirse al Escuadrón C. Uno de los tanques había quedado destruido al perder una oruga, pero nadie resultó herido, y el Sherman debería ser reparado en unas horas, una vez que llegaran los instaladores. Pero un francotirador había matado a un cabo que estaba al mando de otro tanque.

* * *

20:30 horas, campamento B43, Sussex

Mark hizo todo lo posible por asimilar las noticias de la invasión. Ahora había más información. Los periódicos ofrecían mapas y detalles considerables, algunos de los cuales incluso podían ser razonablemente precisos. Recordaba haber leído que Napoleón había confiado en el *Times* para averiguar qué estaban haciendo sus propios ejércitos en España, y que el periódico londinense de sus enemigos recibía las noticias más rápido de lo que los despachos franceses podían llegar a París. En esos días, el Gobierno era mucho más cuidadoso y no se sabía realmente lo que había sucedido hasta mucho más tarde. Aun así, todo parecía ir bien. Los aliados habían desembarcado en cantidades considerables (unos ciento veinte mil, según los informes) y Mark sabía que debería sentirse más feliz. Fácilmente habría podido ser un desastre, o al menos mucho más difícil y mortal de lo que parecía, y no había sido. No lograba levantar el ánimo, y su mente seguía volviendo a Evans y su familia, a esa pequeña casa donde una mujer frágil esperaba con miedo, ya no por sí misma, sino por su hija, todavía una niña. Sintió que la ira amenazaba con desbordarse y el papel del periódico se rompió en sus manos apretadas. El mayor Jackson estaba sentado en un sillón cercano y enarcó una ceja con curiosidad.

–Lo siento. –Mark no estaba seguro de por qué se estaba disculpando, pero su educación la había convertido en una respuesta instintiva. Le preocupaba que no fuera algo bueno para un soldado y líder de hombres.

Jackson sonrió y se puso en pie.

–Pruebe esto –dijo, entregándole el *Daily Mirror*–. El *Times* parece sentarle mal.

–Gracias. –¿Qué más había que decir? Jackson comandaba una compañía de infantería, pero eso no significaba que pudiera cambiar el mundo.

–Bueno, no habrá descanso para los malvados –prosiguió Jackson–. Sin Jack Probert, estoy al cargo. –Notó la sorpresa e hizo un gesto que sugería que la estaba esperando–. Jack es un tipo raro, pero sabe un par de cosas. Ha ido a ver qué se puede hacer. Así que tenga paciencia, querido muchacho.

Jackson se alejó, y Mark hizo todo lo posible para animarse. En realidad, ¿qué podían hacer? Avanzó un tanto en su nuevo artículo, antes de que su mente volviera a divagar. La invasión parecía más lejana que nunca, aunque finalmente estaba en marcha. Jane volvía a la bañera en la viñeta, pero un casero regordete y lascivo se interesaba demasiado, lo que la hizo cerrar la puerta antes de desnudarse. Mark tampoco estaba seguro de cómo se sentía al respecto.

* * *

23:45 horas, cerca de Bayeux

–De manera que, caballeros, nos esperan unos días muy ocupados.

El coronel Leyne había reunido a los oficiales del 165.º RAC al abrigo de un granero. El regimiento finalmente había desembarcado y se había reunido en un solo lugar. Más de sesenta tanques y otros tantos vehículos estaban estacionados en un par de campos alrededor de aquella granja. Su brigada no estaba muy lejos, junto con varios batallones de infantería.

–La situación es esencialmente ésta –prosiguió el coronel–. Estamos en Francia.

La risa fue natural y no forzada. Tim Leyne era un hombre pequeño y apuesto que había sido teniente en Egipto cuando comenzó la guerra; capitán de un escuadrón improvisado cuando

Tobruk fue sitiado por primera vez; mayor en Alam Halfa, y desde entonces había regresado para comandar su propio regimiento. Tenía veintiocho años, una orden de Servicio Distinguido, una Cruz Militar y una barra, y el aire de un hombre al que le importaba un carajo cualquier cosa a menos que fuera importante o tuviera que ver con hacer de su regimiento el mejor que existía. Un fragmento de obús que lo hirió en Beda Fomm en el año 1941 le había dejado una cicatriz junto a la boca, que siempre parecía al borde de una sonrisa.

–La invasión ha comenzado –continuó, señalando un mapa–. Las cinco playas están aseguradas. Nuestro XXI Ejército ha unido sus tres playas y ahora estamos casi en contacto con el Primer Ejército estadounidense al oeste. Cada hora desembarcan más y más hombres y material. Es un buen comienzo, pero eso es todo. Como pueden imaginar, ¡el huno no está muy contento de vernos! –Esperó a que las risas se calmaran–. Atacará, porque eso es lo que siempre hace. Si se le lanza un ladrillo, carga como un toro. Y tiene que atacar, porque de lo contrario estará derrotado. Su trabajo es arrojarnos de nuevo al mar, y la única manera de hacerlo es apresurar a todos sus Panzer aquí y golpearnos antes de que seamos tan fuertes que no podamos ser derribados. Entonces, caballeros, vienen tan rápido como se lo permiten sus pequeñas botas y sus pequeños tanques. Lo intentaron el Día D y la Tercera División los detuvo. Hoy temprano detuvieron el avance de los canadienses hacia el este; luego intentaron hacerlos retroceder y fueron cortados en pedazos. Uno a cero para la hoja de arce. Seguirán atacando allí, y pronto atacarán aquí, porque éste es el mejor lugar para los tanques y saben que sólo sus Panzer pueden hacer el trabajo.

James se frotó los ojos. Tenía muchas ganas de dormir, pero eso era importante, y después aún quedaría mucho por hacer. De vuelta con el regimiento, los vehículos de apoyo estaban allí, y eso significaba que el Pelotón Tres podría reabastecerse con todo y los tanques se revisarían para asegurarse de que todo estuviera en funcionamiento. Cualesquiera que fueran las instrucciones que

recibieran los oficiales, tendría que transmitirlas a los comandantes de los tanques, al menos en lo que respecta a su papel en el plan más amplio. Pestañeó para concentrarse y se preparó para tomar más notas con su lápiz.

–Podríamos esperar al huno, pero eso le permite elegir el momento y el lugar de su ataque, y eso nunca es bueno. En definitiva, no creo que hagamos eso. –El coronel Leyne hablaba como si estuvieran discutiendo si ir o no al teatro–. No, vamos a golpearlo primero. De esa manera, no tendrá la oportunidad de organizarse. –Y continuó–: La BBC anunció que ayer tomamos Bayeux y Caen. Bueno, como siempre, están hablando por hablar. Una regla de guerra, caballeros: nunca crean nada de lo que dice la BBC hasta que tengan una docena de testigos independientes. –Hubo más risas–. Hoy tomamos Bayeux, como ustedes saben, y mañana nos dirigiremos hacia el sur. Toda la operación se está preparando mientras hablamos, pero esto es lo básico. Nuestra brigada, junto con un batallón de la División Cincuenta. Debemos conducir hacia el sur. –Señaló el mapa y siguió la ruta–. Dos columnas al frente. Estamos aquí a la izquierda...

James se obligó a concentrarse y anotar los detalles de rutas, las referencias de mapas, los tiempos, las órdenes de marcha y las fases, pero estaba tan cansado que lo hizo automáticamente, casi como si se estuviera observando a sí mismo desde algún lugar en las alturas.

D + 2, jueves, 8 de junio 10:00 horas, cerca de Bayeux

El regimiento estaba donde debía estar, pero, al parecer, otros aún no habían llegado, por lo que se pospuso el avance.

–No habrá movimiento antes de las doce cero cero –dijo James, pasando la orden al Pelotón Tres.

Se sentía renovado, a pesar de que no había dormido más de tres horas. Habían fijado una lona al costado del tanque, que ofrecía refugio, y el simple hecho de poder tumbarse había marcado la diferencia. La mañana era fría, la llovizna era débil pero persistente, pero, aun así, se sentía bien, sobre todo porque se había desnudado hasta la cintura para lavarse y luego afeitarse. Se sentía limpio, razonablemente descansado y contento de que durante un tiempo no tuvieran que hacer nada.

El correo había llegado junto con algunos periódicos del día anterior. Era sorprendente que todavía llegara alguno. Se los pasaron de mano en mano, y se sorprendió al ver cuántos hombres estaban entusiasmados al leer sobre la invasión.

–«El comienzo de una gran cruzada», anunció el general Eisenhower –había leído Collins en voz alta–. ¡Ése es usted, soldado Albright, así que posición de firme y trate de parecer un maldito cruzado!

Tenía dos cartas, obviamente de Penny, a juzgar por la letra redonda e infantil con la que estaban escritos los sobres, y las había guardado hasta ahora, cuando tenía tiempo para leerlas con tranquilidad. Volvió al tanque, se sentó en su petate, aceptó una taza de té de Whitefield y sacó la primera del bolsillo. Entonces sintió una presencia rondando cerca.

–Disculpe, señor, pero al mayor Scott le gustaría verlo en el cuartel general del escuadrón.

Hubo un cambio en el orden de marcha y la ruta hasta la línea de salida, algunos códigos adicionales para la red de radio y otros detalles menores. Treinta minutos más tarde, James volvió a sentarse, tomó unos sorbos de su té frío y empezó a leer: «Querido

mío, el más querido: espero que te encuentres bien. Tengo tu foto frente a mí mientras escribo, tu anillo en el dedo...».

El compromiso era reciente, de su última licencia hacía sólo seis semanas, por lo que todavía estaba medio sorprendido. Una parte de él se sentía culpable de no pensar en aquello ni en ella en cada momento de cada día, como ella le aseguraba en ambas cartas que era su caso. Había mucho sobre lo maravilloso que era, lo poco que ella lo merecía. James había usado un espejo cuando se afeitaba y no había logrado ver nada notable en su rostro. Cada carta tenía tres páginas, cada una llena de adoración, aparte de algunos fragmentos de noticias de casa. Penelope Stevens escribía como hablaba, sólo que exageradamente, y las palabras se esparcían atropelladamente. Tenía menos moderación en una carta, aunque podía imaginarla sonrojándose cuando escribía que deseaba que la estrujara en sus grandes brazos. En cierto modo, todo aquello era excesivo, casi falso, como una ópera cómica, si no la hubiera conocido. Era un diluvio de amor, un amor abrumador e incondicional de un tipo que no podía imaginar sentir nunca por nadie. A veces eso lo hacía sentirse culpable, incluso traicionero, como un libertino que intenta robarle la inocencia a una chica..., y de nuevo volvía a la ópera cómica o al melodrama, porque así era como Penny parecía ver el mundo.

Al leer las cartas ahora, en un campo rodeado de tanques y soldados, todos parte de la misma máquina militar, sintió una oleada de alivio al saber que le importaba a alguien, y que le importaba tanto. Si tenía suerte, habría tiempo para escribirle una breve nota a cambio. Se dio cuenta de que su mano estaba nuevamente sobre el bolsillo del pecho.

* * *

12:15 horas, campamento B43, Sussex

Judd se sentó en el suelo, con la venda en los ojos lo suficientemente apretada como para impedirle ver, pero sin darle mucha sensación de oscuridad. Sonó el silbato y sus dedos comenzaron la tarea familiar. «Encuentre el perno, tire de él hacia

atrás con un clic, apriete el gatillo para desactivar la acción, otro clic más fuerte, encuentre el pasador de bloqueo del cuerpo». Ésta no era una Bessie,[9] sino otra arma Bren utilizada para entrenamiento, y ensamblada y reensamblada con tanta frecuencia que probablemente se desmontara si la mirabas fijamente. Había que deslizar el grupo de culata hacia atrás, tirar del resorte de retorno hacia un lado, y salía el bloque de cierre y el pistón, todos en una sola pieza, y así sucesivamente, hasta que el arma quedaba colocada en pedazos sobre la lona doblada y colocada en el suelo para ese propósito.

–Bien hecho –dijo el sargento Holdworth un momento después. Es posible que Judd hubiera sido el primero de los tres en terminar, pero no fue por mucha ventaja–. ¿Listo?

Buchanan volvió a hacer sonar el silbato y Judd empezó a montarlo de nuevo: primero, el bípode y el cuerpo; luego, la tuerca cilíndrica. Todo estaba diseñado para ser simple, para que sólo encajara de una manera y en el orden correcto, y todo era muy familiar.

–Bien –anunció Holdworth–. Quítense las vendas, pónganselas al siguiente y levanten la mano cuando estén listos. –Una vez que lo estuvieron, sonó el silbato y el proceso comenzó de nuevo.

Bill Judd no se atrevió a pensar cuántas veces había desarmado y vuelto a armar una ametralladora Bren, o un rifle .303, o llenado y luego vaciado un cargador. Lo había hecho en salas de conferencias, en grandes tiendas de campaña, en el campo e incluso en el fondo de una zanja que acababan de cavar. Antes de eso habían sido las conferencias y las demostraciones, comenzando con los conceptos básicos laboriosos, casi destructores del alma, «el nombramiento de partes», como lo llamaban los instructores, repasando una por una cada parte del arma y diciendo a los reclutas cómo llamarla. Funcionó, tenía que admitirlo, y ahora no sólo hablaba, sino que incluso pensaba, sin que se lo pidieran, en términos de reguladores de gas, aros de pistón y eliminadores de chispas. Con los ojos vendados o no, de día o de noche, con los dedos entumecidos por el

frío o resbaladizos por el sudor, podía desarmar un arma tan rápido como casi cualquiera y armarla. Eso era lo que quería el Ejército, un soldado siempre capaz de hacer funcionar su arma en cualquier circunstancia, y en general eso era lo que obtenían. Luego hubo bloqueos. Ése era otro tipo de sesión, igualmente familiar, que casi inevitablemente seguía a la práctica de desmontar y ensamblar las armas. Aquel día no fue la excepción. Judd y los demás artilleros estaban detrás de cada Bren, y el sargento golpeaba el suelo.

–El arma dispara unas cuantas balas más y luego se detiene.

«Paso uno, tirar hacia atrás la manija de amartillar. Dos, quitar el cargador, el cargador con forma de riñón característico de la Bren. Tres, limpiar disparando. Cuarto, reemplazar el cargador por uno nuevo, no el que estaba antes del bloqueo. Cinco, amartillar y disparar».

Otro par de golpecitos en el suelo.

–El arma dispara algunas balas más y luego se detiene.

Eso significaba que no era algo simple, como un cargador vacío o mal lleno, por lo que el pistón debía cambiar la posición del regulador de gas y demás. Gran parte del Ejército se basaba en la repetición. Todo se reducía a la mínima expresión, se hacía lo más simple y mecánicamente posible, ya fuera en el cuadro de ejercicios, haciendo la cama, la raya en los pantalones o arreglando el equipo. Todo tenía que hacerse a la manera del Ejército, y se hacía una y otra vez, hasta que se convertía en un hábito. Judd estaba convencido de que tenía que haber una mejor manera de enseñar, pero había tenido la sensatez de no sugerírsela a nadie. El método del Ejército funcionaba y llevaba a todos, excepto a los chapuceros y a los inútiles (y, por lo general, había algunos en cada unidad), al nivel requerido, por lo que probablemente nadie tendría prisa por hacer cambios.

No parecía haber cambiado mucho desde la Gran Guerra, o probablemente desde Crimea o Waterloo. El Regimiento de Glamorganshire había estado en ambas, en la India, en África y durante toda la Gran Guerra. Se preguntó si aquellos hombres

habrían estado igualmente aburridos y hartos. Habría debido de sentir urgencia por todo eso ahora que la invasión había comenzado, un mayor sentido de propósito y la creencia de que el entrenamiento importaba y podría salvarte la vida. En cambio, todavía le parecía irreal; simplemente, una inútil tontería más del Ejército para mantener a los soldados ocupados y asegurarse de que nunca tuvieran tiempo ni energía para pensar por sí mismos.

–El arma dispara unas cuantas balas más y luego se atasca.

Esta vez, la rutina era quitar el cañón y reemplazarlo por uno nuevo. Judd realizó el proceso sin problemas y rápidamente, casi como si estuviera observando a otra persona hacer el trabajo. Su mente consciente estaba en otra parte, preguntándose por enésima vez si podría ser diferente en la Real Fuerza Aérea, o si no había pasado la selección para el nombramiento o el traslado al regimiento de paracaidistas. Cada vez, sus documentos habían recibido el sello de Devuelto a la Unidad de Origen. Así que ahí estaba él, el más bajo entre los más bajos, y no dependía de él lo que hacía cada día. Un hombre podía protestar y negarse, pero eso significaba ir a prisión, y ciertamente no le agradaba esa perspectiva.

Judd terminó de montar el arma de nuevo e informó:

–Arma lista.

Los demás hablaron casi al mismo tiempo.

–Abran fuego –ordenó Holdworth.

Judd apretó el gatillo y la acción funcionó suavemente con un clic decisivo en la recámara vacía. Por supuesto que lo haría, ya que, para empezar, no había nada que estuviera mal en esa arma.

–Alto el fuego. Pónganse a salvo. –Holdworth les hizo un gesto de asentimiento–. Bien hecho. ¡Ahora, los siguientes hombres, vengan!

Tres soldados más aparecieron para ocupar el lugar de los artilleros. Judd volvió a sentarse con el resto de su sección, todos ellos con las piernas cruzadas como colegiales. Después de esto, debían almorzar y luego habría más lecciones. Recordaba que una sería sobre granadas y otra sobre el fusil Sten, pero no estaba

seguro sobre qué vendría más tarde. De lo único que podía estarlo era de que no sería nada que no hubieran hecho antes.

* * *

14:15 horas, Normandía, entre Caen y Bayeux

–Conductor, avance –dijo James Crawford por su micrófono.

Whitefield tenía la escotilla abierta y el asiento ajustado para que su cabeza quedara fuera del casco del tanque. El Sherman era de fabricación estadounidense, lo que significaba que tenía el volante a la izquierda, a diferencia de los tanques británicos. El copiloto, Miller, estaba a la derecha, manejando una ametralladora Browning calibre .30 adicional. También tenía la escotilla abierta, aunque en su caso sólo se le veían los ojos y la parte superior de la cabeza entre el borde del tanque y el del casquete de tanquista en forma de molde de budín. Whitefield llevaba su boina negra del RAC. Collins, como artillero, no necesitó que le recordaran que tuviera cuidado y avisara antes de atravesar el arma, que estaba a sólo unos centímetros por encima de las cabezas de los otros dos. Si alguna vez eran alcanzados por fuego enemigo, una de las tareas del artillero antes de abandonar el vehículo era mover el arma para que el pesado cañón de 75 mm estuviera alejado de las dos posiciones inferiores. De no hacerlo así, ni el conductor ni el copiloto podrían levantar la escotilla lo suficiente como para abrirla y escapar. La orden suponía que el artillero no estaba muerto ni mutilado, ni tan aterrorizado como para no detenerse a pensar que, en cuestión de segundos, las municiones y el combustible podrían encenderse y convertir el casco metálico y la torreta en un horno. La sólida armadura que protegía a la tripulación era la misma que podía atraparlos si algo salía mal.

El tanque que tenía delante, el del sargento Dove, lanzó un chorro de agua turbia al atravesar un charco. Durante la mañana, se habían registrado varios aguaceros fuertes y el cielo sugería que se avecinaban más. De alguna manera, eso se sumaba a la sensación de que todo aquello era un ejercicio en Yorkshire Moors, como los planes que habían hecho en el invierno. Todo iba bien y la concentración del regimiento, no muy por debajo de sus efectivos,

de unos setenta tanques, daba una sensación de confianza y poder, reforzada por el conocimiento de que los otros dos regimientos de la brigada estaban cerca. Incluso el Pelotón Tres le parecía al propio Crawford como más formidable, ahora que estaba de vuelta con el resto del Escuadrón B.

Hacía una hora que habían cruzado la N13, la gran carretera que unía Caen con Bayeux. El 165.º RAC encabezó la columna de la izquierda de la brigada, con el Escuadrón B en la columna del medio. Mientras esperaban, un pelotón de infantería pasó junto a ellos en bicicletas, lo que le recordó el mismísimo Día D. La última noticia era que Symonds todavía estaba vivo, aunque nadie podía entender cómo, y que los médicos estaban al borde de un cauteloso optimismo. El capitán herido ya se encontraba de regreso en un hospital de Inglaterra, lo que demostraba que todo iba bien y que se encontraba lo suficientemente estable como para moverlo. Sin embargo, James ya había descubierto que no estaba pensando en Symonds en absoluto, a menos que le refrescaran la memoria. En las Fuerzas Armadas la gente iba y venía, y uno trataba con ellos sobre la marcha, casi como si todos los demás hubieran dejado de existir.

Siguieron conduciendo, ocasionalmente bajo un sol brillante, pero más a menudo bajo una densa nube. Hasta el momento, no habían oído ningún disparo ni visto señales del enemigo, aparte de algunos cadáveres que nadie había tenido tiempo de enterrar. Más temprano habían pasado junto a dos carros baleados y quemados, con los caballos de tiro muertos todavía unidos a las correas del arnés; tenían los vientres hinchados y cubiertos de moscas. El coronel Tim Leyne les había advertido que esperaran más oposición a medida que avanzaban.

–Los tipos de Inteligencia creen que la 21.ª División Panzer está más al este, frente a Caen. Conozco a la Veintiuno del desierto. Son buenos soldados, duros como cualquiera, pero bastante decentes para los estándares hunos. Puede que los encontremos o puede que no. Los de Inteligencia no lo saben todo y Caen no está muy lejos, tanto en línea recta como siguiendo la carretera en vehículos blindados. A Rommel le gusta hacer lo inesperado. Aun así –

continuó–, lo más probable es que nos encontremos con algunos chicos nuevos. Está la 12.ª División Panzer. Son de las SS y se hacen llamar Juventudes Hitlerianas, por lo que están repletos de jóvenes fanáticos con lo último en equipamiento. Algunos de ellos estuvieron aquí ayer, luchando contra los canadienses. En camino hay otra nueva formación, la Panzer-Lehr, la división acorazada de instrucción, pero ésos son diferentes. La división se formó a partir de todas las unidades de demostración en sus estaciones de entrenamiento. Esos individuos serán competentes, tendrán experiencia y mucha práctica y, nuevamente, tendrán todo lo más nuevo. Los alemanes son eficientes, y ésas son unidades superiores para los estándares alemanes. Eso significa que tenemos que ser aún mejores –concluyó el coronel–. Afortunadamente para nosotros, lo somos, pero, como somos ingleses, somos demasiado modestos para decirlo. ¡Soy medio escocés, así que es fácil para mí!

Las risas entre los oficiales habían sido sinceras y espontáneas, estuvieran o no convencidos, incluido el coronel. Los alemanes habían pasado los últimos años luchando contra un crudo invierno y contra rusos muy decididos en batallas cuya magnitud y horror parecían peores que cualquier cosa que pudiera suceder allí, peores incluso que las del Somme o Passchendaele en la última guerra. Muchos rusos estaban muertos, lo cual era terrible, al igual que muchos alemanes, lo cual era mejor, pero los que quedaban habrían presenciado muchos combates y se habrían vuelto bastante buenos en eso. Por lo que parecía, las unidades a las que se enfrentaban eran algunas de las mejores, y eso era suficiente para hacer pensar. James todavía se sentía confiado. El regimiento era bueno y estaba bastante seguro de que al final ganarían. Simplemente, dudaba de que fuera fácil. Sin embargo, cuando volvió a llover, las cosas iban tan bien hasta ese momento que tal vez el coronel tenía razón. El 165.º seguía una ruta con el nombre en código ISEL, en dirección a Brouay, que estaba escrita de forma diferente en sus mapas, pero claramente era el lugar correcto.

–El nivel educativo en las escuelas francesas no es alto –había explicado el coronel Leyne.

Después de eso, la siguiente etapa fue llevarlos al punto 102, en el que no vivía nadie, sólo era un punto de activación que marcaba un terreno elevado en un mapa. La otra columna se dirigía hacia el convenientemente denominado «Punto 103», dando coherencia a la operación. Después de eso, ambas debían avanzar hacia el sur, en última instancia, hacia Villers-Bocage, capturando todo el territorio que pudieran antes de que los alemanes estuvieran en el lugar para pararlos.

–Hasta ahora, todo bien –dijo James en voz baja, mientras cruzaban la vía del tren en las afueras de Brouay. A pesar de la espesa nube, la lluvia había seguido viaje y los cazabombarderos zumbaban sobre sus cabezas, en su mayoría dirigiéndose al sur para acosar al enemigo.

* * *

16:45 horas, cerca del pueblo de Putot, Normandía

–Baker Tres, aquí Baker. –Era el mayor Scott, comandante del Escuadrón B, llamando a James–. Suba a la derecha de Baker Dos. Cambio.

–Aquí Baker Tres. Preparado. Fuera.

Estaban en un amplio campo de trigo verde que conducía a un espeso seto y a un bosque a aproximadamente media milla de distancia. James y el Pelotón Tres habían cerrado la retaguardia del escuadrón, cuando se le ordenó que se dirigiera hacia el este, lejos de la línea principal de avance. Alguien de las tropas de reconocimiento se había topado con la infantería canadiense, que se enfrentaba a un gran contraataque alemán. El Escuadrón B fue enviado para ayudar, dirigiéndose hacia el pueblo de Putot. James no podía ver ninguna de las casas desde donde estaba, y había aún menos posibilidades cuando llevó sus tanques a unirse al final de la línea.

–Baker Tres a Tres Baker Able, tome posición en el extremo derecho, junto a mí. Tres Charlie, venga a mi lado. Tres Baker, a su izquierda, junto al tanque más cercano de Baker Dos. Cambio.

Los tres comandantes respondieron mientras conducían para tomar posiciones. El Escuadrón B tenía sus cuatro pelotones en línea de cara al seto y el bosque, con los tres tanques del cuartel general un poco detrás, junto con otro que llevaba un observador de artillería.

–Baker, aquí Baker Tres, estamos en posición –informó James.

La cúpula alrededor de la escotilla giraba, de modo que podía hacerla rotar para mirar a su alrededor sin girar toda la torreta, manteniendo al mismo tiempo las dos escotillas elevadas a cada lado como protección. El sargento Dove estaba en Tres Able, a la derecha de James. A la izquierda estaba el sargento Powell, en Charlie Tres, y detrás de él, el cabo Bell, en Tres Baker.

Había cuatro Sherman en cada pelotón. Dos eran iguales al suyo, armados con el cañón rechoncho de 75 mm que había estado en uso desde Alamein. Disparaba dos tipos principales de proyectiles: el obús, que explotaba destrozando y extendiendo una franja de metal irregular sobre una amplia zona, y el perforante blindado o AP. Éstos no explotaban, aunque en las películas todos los proyectiles, desde la época de las balas de cañón, siempre estallaban con gran fuerza. En cierto sentido, eran como los proyectiles esféricos de la época de Nelson y Wellington, porque eran trozos sólidos de metal pero tenían forma de bala. Viajando a gran velocidad, lo que les daba impulso, estaban destinados a estrellarse contra el blindaje de un tanque enemigo y, con suerte, atravesarlo, esparciendo fragmentos al rojo vivo de sí mismos, trozos de blindaje y cualquier otra cosa que se deslizara y rebotara en su interior. Se trataba de una combinación letal en un espacio tan reducido como el de cualquier tanque, repleto de municiones y combustible altamente inflamable, y de frágiles huesos y carne humana.

En 1942, el Sherman de 75 mm había sido un arma tan buena como cualquiera de las montadas en un tanque alemán, pero desde entonces los alemanes habían construido tanques de mayor envergadura y más pesados, con cañones más grandes. Para ayudar a lidiar con eso, a alguien se le había ocurrido la idea de tomar un

largo cañón antitanque de diecisiete libras y meterlo en la torreta de un Sherman. De alguna manera hicieron que encajara, aunque sólo extendiendo la torreta en la parte trasera para dejar espacio para el retroceso y para el aparato de radio. Otro sacrificio fue el copiloto, cuya posición fue eliminada para dejar suficiente espacio para almacenar los proyectiles mucho más largos y pesados que necesitaba el arma. El cañón de diecisiete libras, dos veces más largo que el de 75 mm, sobresalía mucho por delante del casco y necesitaba un contrapeso ponderoso en la parte trasera de la torreta para hacerlo manejable. Lo llamaron Sherman Firefly y era nuevo, tanto que habían empezado a llegar con los regimientos blindados en las últimas semanas antes de la invasión. James nunca había visto un incendio antes de llegar a Normandía, y todavía estaba por ver una toma de un tanque alemán. Aunque podía disparar un obús decente, su función principal era lanzar un proyectil AP pesado más lejos y con más fuerza que cualquier otra cosa que tuvieran, y dar a los Panzer una desagradable sorpresa. Era su arma secreta.

–¿Cómo puede ser un secreto un arma tan condenadamente grande? –había comentado Whitefield

Era tan nuevo y tan secreto que los conductores y comandantes todavía tenían que aprender con qué facilidad se doblaba el gran cañón si golpeaba un árbol, un poste de telégrafo o una pared mientras se movían. Los Firefly eran mucho más incómodos que los Sherman normales. En un nivel superior, todavía no existía una forma oficial de uso por parte del Ejército, en parte porque hasta ahora no todos los regimientos habían recibido la misma cantidad. En su brigada, los Dragones y los Yeomanry no habían recibido muchos, en parte porque el arma larga significaba que era imposible convertir un Firefly en uno de los DD flotadores. Los que tenían los habían agrupado en una tropa separada en cada escuadrón, reteniéndolos como reserva. El coronel Leyne tenía otras ideas, ya que tenía conexiones con las unidades de las divisiones blindadas que tenían prioridad para los suministros. Estaban añadiendo un Firefly a los tres Sherman ordinarios de cada pelotón, y eso es lo que había hecho el 165.º RAC. A los comandantes de pelotón, como

James, se les dio ese impulso extra y se confió en que lo sabrían aprovechar al máximo.

–Baker a todas las estaciones, hay infantería amiga a nuestra izquierda, cerca del pueblo. Hostiles delante de nosotros, tal vez cerca. Mantengan los ojos bien abiertos.

James miró hacia la izquierda, pero no pudo ver nada aparte de la fila de tanques, cada uno a unos treinta metros de distancia. Una ametralladora se abrió en esa dirección, el típico tap-tap-tap de una Bren, lo que significaba que era una de las propias. Se unieron más, al igual que los fusiles. Los morteros crujieron a lo lejos. El Sherman se balanceó hacia atrás cuando el suelo estalló justo a la derecha, entre ellos y el tanque del sargento Dove. Un pequeño terrón de tierra golpeó en la cabeza a James, que había renunciado al casco al comprobar que el peso hacía que su cabeza se moviera demasiado lentamente. Con sólo una boina podía esquivar y mirar rápidamente, como si estuviera de vuelta en la línea de bateo del críquet.

Más proyectiles cayeron a su alrededor, y el Sherman se estremecía cada vez que caían cerca. Whitefield y Miller cerraron las escotillas de golpe y ajustaron sus asientos, bajándolos. De ahora en adelante, sólo podrían ver a través de un estrecho puerto de visión, casi tan aislados del mundo como un caballero medieval con su casco.

–¡Maldita sea! Está lloviendo –se quejó Whitefield.

–¿Será por algo que dijimos? –preguntó Collins, y hubo risas.

James se agachó para que sólo sus ojos quedaran fuera de la cúpula. Un proyectil cayó justo delante, de modo que pudo ver el destello antes de que desapareciera en el humo oscuro. Por el sonido y el tamaño de la explosión, era mediano, aunque lo suficientemente grande para poder ser arrojado contra ellos y disparado por una batería de armas a kilómetros de distancia y fuera de la vista. Un observador los llamó para que retrocedieran de la avanzadilla y corrigieran la puntería, pero los alemanes todavía estaban atacando un área y no disparaban contra él ni contra su tanque específicamente. Aunque lo sentía como condenadamente

personal. Aun así, era poco probable que incluso un impacto directo atravesara el blindaje de un Sherman, aunque podría paralizar el tanque y causarles a todos un gran dolor de cabeza. El único peligro era que, por una casualidad entre un millón, un proyectil impactara en la escotilla abierta.

El tanque volvió a temblar, y James se agachó, cerrando las escotillas. Albright le dedicó una sonrisa, com el rostro apenas visible por encima del hueco del 75 mm. Podría haber sido más una mueca que una sonrisa, porque el joven lucía pálido. James se preguntó si él estaba aún más pálido, porque el corazón le aporreaba el pecho. Palpó el bolsillo de su guerrera. Collins tenía una pata de conejo colgada en la pared de la torreta, y la mayor parte de la tripulación, probablemente la mayor parte del regimiento, tenía sus amuletos de la suerte. Lo suyo era simplemente..., bueno...

–Baker a Baker Tres, avance cien metros y mire qué puede limpiar. Nosotros cubriremos. Cambio.

–Baker Tres a Baker, recibido. –James vaciló, planeando en su cabeza cómo hacerlo–. Baker Tres a Able, usted y yo lideraremos, Tres Baker y Charlie cubrirán. Tómeselo con calma y observe la hierba alta. Cambio.

–Es trigo, señor, no pasto –señaló el campesino Collins–. Por lo que parece, también es buen trigo. Debería ser una cosecha decente, si el tiempo acompaña.

–Tres Able, fuera. –El sargento Dove se adelantó.

–O si ningún idiota pasa su tanque por encima –intervino Whitefield.

–Hay que contar con esa posibilidad –admitió Collins–. ¿Quién invitó a los malditos ingleses a venir aquí?

–Cierren el pico –siseó James–. Conductor, avance.

Estaba tratando de observar el campo a través de su periscopio. La vista era estrecha y, al girar la cúpula para cambiarla, lo que consiguió fue que aún fuera más fácil pasar por alto algún trozo de

terreno. Con cierta reticencia, volvió a abrir las escotillas. Hacía uno o dos minutos que no oía ningún proyectil y quería asegurarse.

El tanque del sargento Dove abrió fuego con ambas ametralladoras, y la trazadora se hundió en el cereal a unos doscientos metros delante de él.

–Tres Baker Able a Baker Tres, he visto movimiento.

–Recibido, Tres Able. –James cambió al circuito interno–. Artillero, ¿puede ver algo?

–Nada. –Collins se había desplazado ligeramente, de modo que el 75 mm y la ametralladora coaxial cubrían el mismo lugar.

El aire sobre la cabeza de James se rompió cuando sintió una bala pasar a pocos centímetros de su boina. El ruido del disparo del rifle llegó sólo un momento después.

–¡Alemanes! –gritó Miller por el intercomunicador, y empezó a disparar su Browning desde el casco. De esta forma, regaba el trigo alto apenas a cincuenta metros a su izquierda.

James pasó a la red más amplia para advertir a Dove.

–Baker Tres a Baker...

Algo oscuro y una llama se abalanzaron sobre él.

–Oh, Dios... –gritó James, agachándose y agarrándose la cabeza con las manos.

El misil ya los estaba pasando, un cohete de una de las bazucas alemanas. Había fallado, porque no se estrelló ni hubo ningún fuego abrasador que atravesara el blindaje y penetrara en el tanque. Se atrevió a sentarse. Collins disparó el 75 mm, y el alcance estaba tan cerca que la ráfaga fue instantánea. James miró hacia arriba y vio un torso humano, con un brazo todavía unido, volando alto. Collins presionó el otro botón, añadiendo su ametralladora a la de Miller, y los otros dos tanques del Pelotón Tres se unieron, de modo que el trigo alto se retorció y se sacudió como si lo hubiera golpeado un ciclón.

Dos hombres se pusieron de pie de un salto, con sus cascos y chaquetas formando un patrón de camuflaje de puntos arremolinados. Corrían como conejos asustados, alejándose de la espantosa violencia desatada por los tanques. Uno cayó un momento después, con un gran agujero en la espalda. El otro parecía inmune, hasta que lo encontró el rastreador de dos ametralladoras. Como una marioneta con los hilos cortados, sus extremidades se agitaban cuando lo arrojaban de un lado a otro, hasta que su cadáver quedó hecho trizas. Si había otros alemanes en el trigo, se mantenían agachados y quedaban ocultos. Una ametralladora resonó desde el seto al otro lado del campo, y se oyeron pitidos cuando las balas estallaron en el casco del Sherman. James se agachó de nuevo, de modo que sólo sus ojos eran visibles, pero el ruido de los disparos había seguido adelante. Sonaban mucho más rápidos que cualquiera de sus propias armas.

–Baker Tres a Baker, estoy en posición. Nos hemos enfrentado a algo de infantería. El resto debe haberse escondido. Cambio.

–No los culpes –murmuró Collins.

–Bien hecho, Baker Tres. Deténgase allí y empujaré a Baker Dos hacia delante. Bonito y fácil. Nuestros amigos de infantería están escasos de efectivos para acompañarnos, así que debemos tener cuidado.

–Baker Tres, recibido. Fuera.

–Ah, Baker Tres, recuerde seguir el procedimiento correcto de Delimitación de Objetivo.

–Lo siento, Baker. Lo haré lo mejor que pueda.

–Pensé que había eliminado la religión.

–¡Ale-lu-ya! –dijo Whitefield por el intercomunicador.

–Escucha eso de un buen chico católico como tú –le dijo Miller–. Es un milagro que el rosario no se deteriore por la forma en que jugáis con él.

–¡Deberías preocuparte más por cómo se desgasta tu juguete favorito, amigo! –le aseguró Whitefield–. Es un milagro que todavía

no te hayas quedado ciego.

–¡Descarado!

James no les prestaba mucha atención. Consideró que una tripulación silenciosa era muy propensa a rumiar, y la charla no parecía impedir que ninguno de ellos hiciera su trabajo. Pensaba para sí que sólo unos momentos antes habían destrozado a esos alemanes y ahora estaban bromeando. Quizá fuera eso lo que había que hacer. Mejor que pensar en lo que podría haber pasado si el cohete hubiera impactado. Supuso que se trataba de una granada Panzerfaust, y que tenían un alcance corto y se dejaban caer una vez disparadas. Si los alemanes hubieran esperado hasta que estuvieran más cerca... Sí, era mejor no pensar.

–Pásame una manzana, ¿quieres? –dijo. Collins metió la mano en una bolsa en la que llevaban granadas y un par de manzanas–. Gracias. –Cambió la configuración del micrófono para avisar a Tres Baker y a Charlie, y ponerse al mismo nivel que ellos, y que todos mantuvieran una estrecha vigilancia.

Durante media hora, el Escuadrón B avanzó lentamente hacia el gran campo. A menudo, los atacaban con armas pequeñas y, con menor frecuencia, con salvas de armas medianas o morteros. De vez en cuando, veían movimiento y se dedicaban a enfoscar cada parcela de trigo que parecía sospechosa con todo lo que pudieran, sólo para estar seguros. Unas veces era simplemente el viento que agitaba el trigo; otras, los nervios, y a veces había granaderos Panzer con uniformes de camuflaje arrastrándose hacia delante, tratando de acercarse sigilosamente a los tanques. O no tenían muchos de sus Panzerfaust (James se preguntó por un momento qué quería decir la terminación alemana de la palabra, pero no podía recordar mucho de la escuela), o no podían acercarse lo suficiente para usarlas de manera efectiva.

Más cerca del pueblo, los alemanes atacaron en oleadas, en campo abierto, tratando de derrotar a la compañía de canadienses, que apenas lograban resistir. La tropa más cercana y algunos miembros del cuartel general acudieron a ayudar, masacrando al

enemigo con su potencia de fuego, respaldados por baterías de artillería solicitadas por el oficial observador. Los canadienses tomaron prisioneros y calcularon que se enfrentaban al menos a un regimiento casi diez veces superior en número, en su mayoría, de la División de las Juventudes Hitlerianas con algunos pocos del Panzer Lehr.

–¡Mierda! –dijo alguien cuando el mayor Scott pasó la noticia por la red. Quien se olvidó de apagar el micrófono permaneció en el anonimato, pero probablemente expresó el sentimiento general.

El teniente al mando del Pelotón Uno recibió un disparo en la cabeza mientras miraba desde la torreta y murió instantáneamente. Un sargento de otro pelotón estaba más alto o tuvo más suerte, porque la bala del francotirador lo alcanzó en el hombro, hiriéndolo en lugar de matarlo. Luego, en una ráfaga de disparos de mortero, el sargento Powell, en el Firefly del Pelotón Tres, fue alcanzado por metralla, y había muchas posibilidades de que perdiera un ojo. James envió a Collins para que tomara el mando del tanque Charlie y le pidió a Miller que se acercara para manejar el cañón. Su propia artillería estaba golpeando el seto y el bosque detrás de él, lo que parecía mantener a los enemigos con la cabeza gacha, porque no había fuego entrante mientras hacían los cambios, y un semioruga evacuó a Powell.

–Baker a todas las estaciones, nuestros amiguitos dicen que han visto un avispón enemigo husmeando por ese bosque.

Un Panzer. Ésa sería la verdadera prueba. Hasta ahora, se estaban manejando bastante bien con una infantería sin apoyo de blindados, pero a los alemanes les había ido muy bien en esos últimos años usando tanques, cañones e infantería todos juntos. Era la forma de la guerra moderna.

James examinó el seto con sus binoculares y, al principio, no pudo ver nada. Sin copiloto, tenían un par de ojos menos para vigilar el cereal y disparar a la primera señal de problemas.

–Artillero, pivote a la izquierda, junto al árbol alto. Creo que es un olmo. –Esperó a que Collins lo corrigiera, pero recordó que Miller

estaba en su lugar–. En posición. ¿Ve algo? –El periscopio del artillero era potente, probablemente mejor que sus prismáticos.

–Tal vez, señor. –Miller no parecía muy seguro, pero luego elevó el tono–. Sí, hay algo. –Eso fue todo lo que James pudo ver, algo que parecía recto y angular, algo no natural, sino hecho por el hombre.

–¿Con qué está cargado?

–Obús, señor –informó Albright.

–No importa. Sígalo con AP. Artillero, espere la orden. Luego coloque un marcador en ese lugar y dispare el setenta y cinco. –James ajustó el interruptor–. Baker Tres a Able, Baker y Charlie, avispón objetivo, mitad izquierda, junto al árbol alto en el seto. Observen mi fuego y luego disparen a voluntad. Fuera. –Volvió a cambiar al circuito interno–. Artillero, coaxial.

El pie de Miller pisó el botón y el brillante marcador se dirigió casi perezosamente hacia el objetivo. Siempre resultaba extraño la lentitud con la que parecía alejarse. Los 75 mm retumbaron y los otros tres tanques se unieron a ellos con ametralladoras y luego con sus cañones principales. El tronco del árbol se partió y cayó. Miller envió otro disparo, esta vez AP, porque Albright había cargado muy rápido. La explosión fue enorme. Una gran cantidad de llamaradas rojas y naranjas salió disparada desde detrás del seto.

–¡Que me jodan! –exclamó Miller.

Con toda seguridad, eso era demasiado para un tanque, incluso si todos sus proyectiles y gasolina explotaran en el instante.

–Debe de haber sido un camión de municiones –dijo James, preguntándose por qué alguien conduciría una carga tan peligrosa tan cerca del enemigo.

Miró alrededor de la tropa y por el rabillo del ojo, y pudo ver el más breve de los destellos desde un lugar en el seto a la derecha de la explosión. Vio, o creyó ver, el trigo separándose en una línea, dirigiéndose directamente hacia ellos. Entonces el Sherman se tambaleó cuando hubo un brillante destello de luz desde el interior

de la torreta, y sus piernas y estómago fueron salpicados por algo caliente y húmedo. El humo y el polvo lo hicieron toser.

–Échate atrás –gritó, esperando estar en el intercomunicador y no en la red.

Pero no hubo tiempo. Vislumbró a Miller a través de la oscuridad. El hombre todavía estaba sentado en el asiento del artillero frente a él, con los dedos alrededor de la empuñadura de la pistola que le permitía atravesar la torreta. Simplemente, ya no tenía cabeza.

James desenganchó el micrófono y salió de la escotilla. Albright estaba detrás de él, con el rostro blanco como una sábana, y James se agachó para ayudarlo. El chico se estremeció cuando lo cogió por el brazo. La mano de James estaba mojada con más sangre, porque el brazo derecho de Albright estaba cortado y sangraba profusamente, pero logró sacar al muchacho.

Los otros tanques estaban disparando a la línea del seto, tratando de localizar el cañón o el tanque o lo que fuera, pero más armas de alta velocidad les disparaban, y alguien tuvo la sensatez de empezar a soltar humo para ocultarlos hasta que pudieran ordenarse ellos mismos fuera. Apareció Whitefield, que tomó a Albright por el otro lado. Lograron bajarlo del casco hacia la parte trasera, manteniendo al Sherman entre ellos y el enemigo.

–¿Dusty? –preguntó Whitefield, porque Miller tenía su inevitable apodo.

James negó con la cabeza.

–Regresaremos en caso de que esto aumente.

Albright se los quitó de encima, decidido a caminar, por lo que Whitefield lo siguió como una madre ansiosa que observa a un niño pequeño dar sus primeros pasos. James señaló el extremo más alejado del campo.

–¡Tráiganlo de vuelta!

Corrió hacia el Firefly. Luego se arrojó al suelo cuando su propio Sherman estalló de repente, en el momento que una llamarada salió disparada de la escotilla abierta. Estaba a veinte metros de distancia

y sentía como si el calor le quemara la piel. La cortina de humo frente a ellos ahora era espesa, ayudada por el resto del escuadrón. El Sherman ardió y las llamas salieron de la escotilla de la torreta y de la escotilla del conductor que Whitefield había dejado abierta después de su fuga. Sobre las llamas había una densa columna de humo negro. En la caja de almacenamiento detrás de la torreta, y almacenadas donde habían encontrado un buen lugar, estaban la mayoría de sus posesiones y las de la tripulación, que ahora estaban siendo incineradas lentamente. Junto con los restos de Miller. La idea llegó repentina y traicioneramente, y James tuvo ganas de vomitar. Su mano apretó con fuerza contra el bolsillo de su pecho, y eso pareció ayudar.

James también quería ir con Whitefield, pero su trabajo era comandar el Pelotón Tres, y eso significaba estar en un tanque. También significaba desalojar a Collins, que era el comandante más joven e inexperto, por lo que era obvio que le tocaba ser reemplazado. A Collins no le entusiasmó la idea. Su renuencia a abandonar la seguridad que ofrecían ocho centímetros de acero endurecido era obvia. James sentía exactamente lo contrario: reticencia a volver a meterse en un tanque, al ver el último ardiendo tan ferozmente y tan cerca.

–Baker Tres, aquí Sunray. Ahora estoy en Baker Tres Charlie.

–Baker a todas las estaciones Baker, nos estamos retirando. La infantería ha hecho todo lo que ha podido, pero no puede resistir más contra estos números. Y sin ellos seremos blancos fáciles al aire libre. Retírense a la carretera. La artillería nos cubrirá.

James oía el silbido de los proyectiles pasando por encima de su cabeza. El humo todavía estaba entre ellos y el seto y el bosque, por lo que no podían ver el diluvio de balas que caía allí, pero la rápida sucesión de explosiones era fuerte incluso con los auriculares puestos. Caían tantos proyectiles que era casi como la cortina de fuego del día del desembarco. Mientras retrocedían, vio a Collins y Whitefield ayudando a Albright a subir a una de las ambulancias semioruga. Los dos hombres subieron a la estrecha parte trasera de

un coche de reconocimiento. Collins levantó un brazo, tal vez un saludo militar o simplemente una despedida, y James respondió de la misma manera. Media hora más tarde, se les ordenó regresar para unirse al resto del regimiento mientras continuaba su avance.

* * *

20:45 horas, campamento B43, Sussex

El comedor seguía siendo ruidoso incluso cuando los primeros entusiasmos provocados por la ausencia del coronel y del severo Probert habían amainado. Mark Crawford sintió algo extraño en el pelo y alzó la mano para sacar un trocito de pan, legado de un salvaje bombardeo de panecillos durante la cena. También se ocupaba de su pierna dolorida, cortesía de un partido de rugby bajo techo. Los periódicos ofrecían poca distracción, aunque estaban llenos de noticias sobre la invasión. Un grupo de subalternos cantaba a voz en cuello y mal en un rincón, mientras que en otro una escuela de póquer formada por los tres canadienses del campamento, a la que se habían unido algunos británicos con la voluntad de empobrecerse, parecía hacerse más ruidosa a cada minuto.

Mark nunca había pensado que echaría en falta la presencia del mayor Probert, pero la situación de Evans y su pobre madre llenaba su mente, haciendo difícil sentir interés por cualquier otra cosa. Jane, en el *Daily Mirror*, estaba toda vestida y no decía nada particularmente divertido ese día, por lo que tampoco ofrecía ninguna distracción real. El correo, tanto el que llegaba como el que salía, se reanudaría a partir del día siguiente, presumiblemente sobre la base de que, ahora que había ocurrido, la invasión el secreto ya no podía revelarse. Mark se preguntó si debería escribir a casa, y si sería demasiado atrevido escribirle a Anne, e incluso si constituiría un error hacerlo antes de que ella respondiera a su última carta. Sobre todo se preguntaba si la ausencia de Probert tenía algo que ver con Evans. ¿Verdaderamente se podría hacer algo? Todos estaban dedicados a la tarea de derrocar a un tirano y a un estado poderoso en Alemania; debía de ser más fácil aplastar a un tirano de poca monta en un pequeño pueblo galés.

–¿Absorto en grandes pensamientos, joven Mark?

El oficial ayudante había aparecido junto a su silla sin que Mark se diera cuenta. David Hopkins no era un hombre alto, pero estaba dotado de eficiencia e inteligencia militar, y era bueno en su trabajo de ser los ojos y oídos adicionales del oficial al mando y su burro de carga en general.

–¿Alguna noticia sobre nuestro traslado? –preguntó Mark.

–Nada nuevo. Supongo que el partido de críquet del domingo se cancelará porque estaremos en camino. Ojalá pudiéramos cancelar el torneo de fútbol del sábado. Siempre hay más bajas en el fútbol que en cualquier otra cosa, incluso que en el rugby. Aun así, todo eso de cuerpo sano y mente sana debe de ser cierto, incluso si el viejo Marcial probablemente no tuviera en mente la propensión a patear las espinillas del 916 Williams.

–Juvenal –dijo Mark sin pensarlo.

–¿De verdad sus padres lo bautizaron como Juvenal Williams? Eso no debe de haber caído bien en Maesteg. No es de extrañar que el tipo esté tan enojado. Querido, querido... De todos modos, eso no viene al caso. Tenemos un nuevo reclutamiento previsto para mañana, por lo que puede haber uno o dos cambios en su pelotón y en otros. Sólo quería avisarlo.

Mark asintió, aunque no le gustaba la idea de perder a alguien que conocía, ya que sería reemplazado por un extraño. Pero tenía otra preocupación. Cada batallón seleccionaba oficiales y soldados de cada compañía y los retenía como reservistas, quedando fuera de batalla. La idea era que las pérdidas iniciales del batallón pudieran ser reemplazadas por hombres que ya estuvieran familiarizados con la unidad y su forma de hacer las cosas. Unas semanas antes se había hecho la selección de esas reservas de primera línea, que fueron trasladadas de Glamorgan a una unidad de reserva. En aquel momento, a Mark lo aterrorizaba que lo eligieran como uno de los subalternos más nuevos del batallón. Parte de su preocupación era entusiasmo genuino, pero, sobre todo, el deseo de mantener el pelotón que conocía y tener al sargento Dalton a su lado. No le

apetecía esperar para ocupar el lugar de un hombre muerto, o de un hombre herido o hecho prisionero, en todo caso.

–Ah, y una cosa más. El coronel regresará tarde esta noche y me ha llamado para decirme que le gustaría hablar con usted por la mañana. A las diez.

Mark asintió de nuevo, aunque lo ganó el desánimo. Quizá, después de todo, habían decidido retenerlo. El ayudante se fue y Mark permaneció en su silla, con el periódico en alto frente a él. Realmente no veía las palabras ni las imágenes, mientras trataba de pensar si había algún indicio de que no sería elegido para el primer equipo, los que desembarcarían juntos. Sólo más tarde se dio cuenta de que había dejado de preocuparse por la señora Evans. Tenía remordimientos por esto, pero aun así era el miedo a quedarse atrás lo que lo consumía y le quitaba el sueño.

D + 3, viernes, 9 de junio 09:30 horas, al sureste de Bayeux, Normandía

El plan había cambiado, como lo hacen los planes, incluso en los ejercicios, donde los oficiales de maniobras sentían predilección por plantear un nuevo problema tan pronto como se completaran las primeras fases. James había logrado dormir casi tres horas, porque había mucho que hacer la noche anterior, cuando regresaron con el resto del regimiento. Hubo un Grupo O, operativo, explicando lo que había sucedido y lo que probablemente sucedería al día siguiente; luego, otra sesión justo después del amanecer de aquella mañana, para completar los detalles.

El avance hacia el sur, hasta el punto 102, había fracasado, bloqueado por fuerzas enemigas, demasiado fuertes como para abrirse paso, al menos rápidamente y sin grandes bajas. Sin embargo, hacia el oeste, la otra columna de la brigada estaba un poco mejor, y se dirigía al punto 103. Eso sugería que los alemanes eran más débiles en ese sector, por lo que el 165.º RAC y un batallón de infantería debían girar aún más hacia el oeste y flanquear el punto 103. Había mucho que planear, tanto con el batallón de infantería como con la artillería que los seguiría de cerca con sus cañones autopropulsados. James era demasiado joven para participar en todo eso, pero incluso los comandantes de pelotón necesitaban saber qué se había organizado y cómo encajaban sus tareas en el panorama más amplio. Había mucho que asimilar, mapas que marcar y horarios que establecer.

No había un nuevo Sherman disponible, aunque se prometió uno para la noche, junto con reemplazos para Miller, Albright y el sargento Powell. James decidió comandar el Pelotón Tres desde el Firefly, en lugar de alterar la composición de cualquiera de las otras tripulaciones. El Escuadrón B estaba a la cabeza de la columna, y el Pelotón Tres, en segundo lugar, detrás del Pelotón Uno y del cuartel general. El cabo Bell encabezaba la entrada de Tres Baker, el Firefly era el siguiente y el sargento Dove lo seguía.

Media docena de soldados de infantería se aferraban a la parte trasera de cada tanque, ya que el objetivo era ir más rápido de lo que los hombres podían caminar. La mayoría era gente de Newcastle, hombres fornidos que sonreían, fumaban y charlaban. La lluvia era constante y los soldados pronto se empaparon, al igual que James, que iba de pie. Llevaba medio cuerpo fuera de la escotilla abierta, en parte para ver, pero también para ser sociable con el alférez de infantería que viajaba con él y estaba ansioso por hablar. El cuello de su guerrera de batalla le raía la piel sin importar cuánto intentara ajustarse el pañuelo de seda. Su mono estaba tan manchado con la sangre y los sesos de Miller que se lo había quitado tan pronto como había podido. Habían ido a lavandería, pero esperaba no volver a verlos nunca más. Su equipo se había quemado junto con el tanque, y, aunque Pelotón Tres había hecho un buen trabajo buscando y pidiendo enseres de reemplazo para él, y para Collins y Whitefield, no había habido tiempo de conseguir mucho. Había dormido entre las mantas del sargento Powell y se había afeitado con una navaja prestada, pero, por el momento, en varios aspectos, sólo era dueño de lo que llevaba puesto. Mientras avanzaban, tenía las piernas calientes y bien acomodadas dentro de la anticuada torreta del Firefly, pero el torso estaba mojado y frío, y se le habían entumecido los músculos. No daba la sensación de que fuera verano, pero, aun así, él y el alférez de infantería hablaron extensamente sobre los méritos contrastantes del bateo diestro y del bateo por la izquierda, y la mejor manera de jugarlos.

El progreso era correcto, a pesar del tiempo, aunque pronto el tanque que tenían delante los salpicó con agua sucia. Ninguna carretera principal, ni siquiera una secundaria medianamente decente, iba en la dirección que querían, por lo que desde el principio siguieron caminos estrechos cuando pudieron, y más a menudo andaban por campo abierto, subiendo y bajando pendientes, cruzando zanjas y taludes. Fue un viaje lleno de obstáculos, y en bastantes ocasiones James pidió a la infantería que estuviera pendiente y fuera paciente, aunque todo aquello tenía un punto inmensamente emocionante. Los Sherman eran rápidos, para

los estándares de la mayoría de los tanques, y a veces parecía como ir de un punto a otro sobre una buena montura.

–Mi cabo acaba de decirme que lo considera una manera cauta de viajar –le dijo el alférez de infantería a James.

–¿Y eso es bueno o malo?

–El mayor elogio. Aun así, no cambiaría mi lugar con el de usted una vez que comience el tiroteo.

–No. –James se sorprendió–. Hay algo tranquilizador en estar detrás de una placa blindada. Esto –tiró de la guerrera húmeda y pegajosa– no detiene ni una bala.

El alférez golpeó con los nudillos la parte superior de la torreta.

–¡Ay, qué tontería acabo de hacer! –Se masajeó los dedos con la otra mano–. Todo muy bien, pero tienen que vernos para dispararnos. Es difícil esconderse en una de estas máquinas infernales. Y tienden a arrojarles proyectiles mucho más grandes que a nosotros. No, gracias, puede quedarse con sus latas.

–¡Latas! Éste es un mecano de la mejor calidad, todo atado con cordones para botas.

James tenía un oído descubierto y el otro lleno de silbidos y crujidos que se interrumpían durante las transmisiones periódicas. Hacía mucho que se había dado cuenta de que todos en el Ejército, aunque pudieran quejarse de su equipo y su función, nunca estaban dispuestos a intercambiarse con nadie más. Si le preguntaban, diría que era más feliz en un Sherman que en cualquier otro tanque, y sabía por experiencia que los que tripulaban los rápidos Cromwell o los lentos y fuertemente blindados Churchill sentían exactamente lo mismo con respecto a sus propios tanques. Los soldados de infantería siempre juraban que la idea de estar encerrados en un tanque los aterrorizaba, mientras que los tanquistas pensaban lo mismo ante la idea de caminar hacia el enemigo sin protección alguna. O el Ejército era muy bueno para encontrar a las personas adecuadas para cada función, o incluso un poco de tiempo en una unidad te convencía de que el que te había tocado era el mejor lugar

donde estar, dadas las otras opciones posibles. Por supuesto, muchos hombres bromeaban acerca de conseguir su billete para salir del Ejército o trasladarse a algún cómodo alojamiento a cientos de millas del enemigo, pero pocos hacían algo para que sucediera. Si era entusiasmo, permanecía bien escondido, y si era orgullo, entonces era un orgullo enojado, incluso hosco. No pudo evitar pensar que se trataba más bien de una terquedad innata.

–Bueno, como digo, sin ánimo de ofender.

James sonrió.

–¡Espere a la próxima, el siguiente tramo va a ser accidentado!

El tanque siguió al Sherman del cabo Bell por una pendiente muy pronunciada, sobre un muro bajo, ya medio demolido y aplastado por los vehículos que iban delante; luego subió otra ladera y pasó sobre un bancal bajo coronado por un seto. Al tener que subir abruptamente, el Sherman perdió el equilibrio por culpa del peso y se desplomó en el otro lado. Se dieron un golpazo contra el suelo, y uno de los soldados de infantería lanzó un grito al caer de espaldas. No resultó herido y corrió para alcanzarlos. Sus compañeros se reían y lo abucheaban mientras él los perseguía.

–Un poco como en las películas mudas de los Keystone Kops –sugirió el alférez.

La zona era mucho más cerrada que el campo abierto de la acción del día anterior, y era difícil ver a lo lejos en cualquier dirección. La mayoría de los carriles eran como túneles. Las copas de los árboles a ambos lados del camino se unían en lo alto. Los campos eran pequeños, cada uno rodeado por setos sobre un talud de tierra apisonada e incluso de piedra retirada de las tierras de cultivo a lo largo de los siglos. Algunos de esos bancales eran más altos que los tanques, aunque en la medida de lo posible los evitaban. Incluso los más bajos suponían que un tanque debía elevarse a medida que ascendía, exponiendo su parte inferior, el punto más vulnerable a causa del blindaje más delgado, ya que nadie esperaba que un enemigo pudiera dispararle allí. Afortunadamente, cada vez que sucedía no había ningún enemigo esperando para enviar un proyectil

a través del suelo del Sherman y mandarlos a todos a pudrirse en el olvido. De hecho, no había señal alguna del enemigo, ni siquiera de la guerra, porque esos campos no habían sido disputados ni bombardeados. Los Servicios de Inteligencia parecían haber acertado y allí no había tropas enemigas..., al menos no todavía.

El auricular cobró vida con un crujido.

–Ítem Uno a Sunray. –Ése era el Pelotón de Reconocimiento bajo su nuevo comandante–. Llegados a Morningside. No hay señales hostiles. –Morningside era el código para una línea de cobertura a unos mil metros del punto 103–. El terreno elevado parece despejado.

James le pasó la buena noticia al alférez.

–Pronto tendrá que empezar a caminar otra vez.

–Es probable. Hoy en día es difícil encontrar un taxi.

* * *

10:00 horas, campamento B43, Sussex

El coronel Davis era muy popular en el batallón. Era un galés bajo y fornido como tantos hombres del sur, pero no sólo se llevaba bien con los demás de la región; todos los hombres bajo su mando lo querían, porque, aunque era firme y podía ser ácido en sus críticas cuando no estaba satisfecho, era predecible, y eso era importante. Sabían que se preocupaba por su bienestar y sabían que los trataba con amabilidad paternal. También sabían que él deseaba que su batallón fuera el mejor, y trabajaba arduamente para lograrlo, animándolos cuando lo necesitaban, y sonsacando y embaucando a los poderes superiores para obtener pequeños beneficios.

Aquella mañana estaba tan elegante como siempre, salvo por su tupido bigote, que nunca obedecía las órdenes. En algunas partes, seguía siendo del negro azabache de su juventud, pero, al igual que el cabello, ahora estaba salpicado de gris. El efecto, combinado con su aire de agresión amistosa y entusiasmo, era propio de un terrier maduro. De hecho, era ambas cosas. Poco antes de cumplir cuarenta y seis años, era un exreservista que había formado parte

del batallón desde tiempos inmemoriales. Había entrado en acción en 1918. Llegó al frente justo a tiempo para las grandes ofensivas alemanas y había recibido menciones de elogio por su valor en combate dos veces. De alguna manera, había salido ileso, y luego había dejado el Ejército para estudiar la carrera de abogacía. Desde entonces, había desarrollado una práctica jurídica de gran éxito en Cardiff, mientras pasaba los fines de semana y los veranos con los voluntarios. No había muchos reservistas al mando de batallones en esos días, y él ya era viejo para los estándares del Ejército moderno, por lo que más de una vez habían aumentado los temores de que sería reemplazado. Sin embargo, todavía estaba allí, luchando por su batallón, cuidándolos a todos. Ayudó el hecho de que fuera muy persuasivo, porque era fácil imaginarlo hablando ante un jurado.

–Pase, querido amigo. –El coronel señaló la silla. No había nadie más en la pequeña habitación utilizada como oficina–. ¿Cómo están sus muchachos?

–Muy bien, señor. Aunque creo que estarán más felices una vez que nos vayamos.

El bigote de Davis se torció mientras sonreía.

–Sí, claro. Esperar es difícil para todos. –Hablaba galés y lo hacía lentamente y desde el fondo de la garganta, como muchos–. Ahora supongo que tiene miedo de que sea enviado a la RHU,[10] como refuerzo retenido.

Mark no pudo evitar saltar en el asiento. El coronel rio entre dientes.

–Bueno, no se preocupe. Como el resto de nosotros, tendrá la oportunidad de estar entre los primeros a quienes los hunos intenten resquebrajar. La división quería que tomara media docena de nuevos subalternos, en lugar de hombres ya establecidos, incluso en este último momento. –Davis mentía, pero entendía un par de cosas sobre los hombres–. Les dije, muy educadamente, por supuesto, que se fueran a freír espárragos. No tengo intención de perder a ningún hombre competente en esta última etapa. Dios sabe adónde lo

enviarían desde la RHU si acribillan a algún otro batallón de tontos. Así que, joven Crawford, aquí está y aquí se queda.

–Gracias, señor –logró decir Mark, mientras lo invadía el alivio.

Davis volvió a sonreír.

–¡Se lo recordaré cuando estemos en Francia siendo atacados con mortero! –Hizo una pausa y continuó–: No, no hay necesidad de que se preocupe. Quería verlo por dos razones, ambas relacionadas con el soldado Evans. Primero, darle la enhorabuena por haber descubierto lo que estaba pasando. En segundo lugar, transmitirle algunas noticias para que se las pueda contar al muchacho usted mismo. Creo que es mejor que vengan de usted.

»El mayor Probert fue a la casa familiar. Está en nuestra zona, por lo que el regimiento tiene amigos, y yo también, al igual que el mayor y varios otros. Llevó a un par de parlamentarios, arregló las cosas con el juez de paz local y la policía, y fue a visitar a ese tal Evans. Le dijeron que estaban buscando a su hijo, que había desertado, y que tenían una orden judicial para registrarlo todo. Llegaron tarde y el tipo estaba medio cruzado, y, si conozco al mayor, fue deliberadamente provocador. El resultado fue un policía con un ojo morado, y el señor Evans con un brazo roto y arrestado por agredir a un policía. Los magistrados son amigos y, con suerte, lo condenarán a seis meses.

»Mientras tanto, han llevado a la señora Evans y a su hija a casa de mi padre, en Gower. Necesitan ayuda desesperadamente, como todo el mundo hoy en día, y es una casa grande, por lo que han contratado a la madre como ama de llaves. La hija puede ganarse unos cuantos chelines como empleada doméstica y, si quiere, terminar sus estudios. Podría ayudarla a tener una vida mejor. De cualquier manera, están fuera de esto, en algún lugar seguro y lejos de ese canalla.

Davis frunció el ceño como si estuviera sorprendido de haber usado esa palabra. Mark luchó por encontrar las palabras adecuadas.

–Gracias, señor –tartamudeó–. Esto es maravilloso.

–Bueno, la ayuda le llegó muy tarde a esa pobre mujer. Apenas puedo imaginar por lo que ha pasado. Y, en cuanto al agradecimiento, quien más se lo merece es el mayor. Lástima que no haya podido simplemente dispararle a ese cabrón, pero ni siquiera yo puedo pensar en una manera de torcer la ley para hacerlo legal... Y se supone que es por las leyes, la decencia y todo eso, por lo que estamos luchando, después de todo. Pero esto es lo mejor que pudimos conseguir. Un regimiento es como una familia. Los hay buenos y malos, como las familias, pero la mayoría son bastante buenos e intentan cuidar de los suyos. Nunca olvide eso. Ahora, le sugiero que informe a Evans. Y dígale al muchacho que vendrá con nosotros cuando vayamos, arrestado o no.

Mark se puso de pie y se puso firme.

–Gracias, señor.

–Bueno, puede irse. Ah, joven Mark...

–Señor.

–Trate de no dejar su revólver tirado por ahí en el futuro.

–Señor.

* * *

12:30 horas, punto 103, Normandía

James estaba de espaldas al seto, indicándole al Firefly que se acercara. Croucher, el conductor, tenía la cabeza fuera de la escotilla para ver, porque era delicado si querían evitar la zanja lateral. La lluvia había cesado, pero la hierba estaba resbaladiza bajo los pies y el campo estaba hecho un lodazal, empeorado por el movimiento de las orugas.

En el último minuto, James se apartó del camino, dejando que el tanque se acercara lo más posible a la esquina del campo. El terreno estaba en pendiente, lo que significaba que el largo tubo del cañón de diecisiete libras limpiaba el follaje sin tener que abrir un hueco en él. Delante, los campos de Normandía se extendían, subiendo y bajando, en un mosaico de campos y boscaje, con algunas granjas y algunos pueblos rodeados de huertos. Estaban en la esquina

suroeste del terreno elevado llamado «punto 103», cerca de una zona de campo más abierto. El escuadrón estaba en posiciones defensivas, listo para que llegaran el combustible y los refuerzos, y para que la brigada planificara el siguiente paso en el avance. Hasta entonces, esperarían y verían si los alemanes estaban dispuestos a aparecer.

Primero sonó el silbido, y James corrió, saltando por la parte delantera inclinada del tanque hasta la torreta. El primer proyectil estalló antes de que él llegara allí, a cincuenta metros de distancia, de modo que el impacto de la explosión no fue más que un suave puñetazo. Aun así, pequeños trozos de metralla rebotaron en la cubierta trasera del casco. James subió al tanque, y vio a Dove y Bell haciendo lo mismo, ya que ambos comandantes habían desmontado para guiar sus tanques hacia delante. Un rápido intercambio por radio confirmó que nadie había resultado herido. Luego todos se sentaron, con las escotillas cerradas, durante cinco largos minutos, mientras los proyectiles sacudían los tanques.

–Pobre pintura... –dijo el cabo Greene cuando se oyeron pequeños golpes contra la armadura. Era el artillero y estaba sentado frente a James. Flynn, el cargador, estaba al otro lado de la inmensa recámara y la torreta parecía aún más estrecha que un Sherman normal.

–Podría ser peor –dijo Flynn.

–Bueno, todavía es temprano. Deles tiempo. Sólo estoy preocupado por Mickey.

Todos los tanques del regimiento tenían marcas de la brigada en la parte baja delantera y trasera del casco, junto con el número del regimiento. A cada lado de la torreta había un cuadrado hueco de color azul oscuro para el Escuadrón B. Cerca de la parte trasera del casco estaba el número de serie del tanque y más adelante su nombre. Los tanques del Escuadrón B en el 165 tenían nombres que empezaban con H. El Firefly era Hopeful; el sargento Dove comandaba el Halifax, y el cabo Bell estaba en el Hythe. La antigua montura de James había sido Hector. Antes de cruzar el Canal, se

habían hecho con tiza muchas marcas adicionales relacionadas con el peso y la carga, y todavía estaban más o menos en su lugar. Sin embargo, en el LCT James se había fijado que el Hopeful también tenía una pequeña pintura de Mickey Mouse frente al cartel táctico. La había visto, pero luego decidió que se trataba de algo que era mejor no notar formalmente, así que no dijo nada. Una vez más, sintió que gran parte del trabajo de un oficial consistía en no ver ni reaccionar ante las cosas de acuerdo con las regulaciones. Esperaba que esta convicción no lo convirtiera en un mal oficial.

–Es una caricatura. Se puede retocar al pequeño cabrón si tiene un arañazo –insistió Flynn–. Eso si los alemanes no lo utilizan como diana. Algún artillero podría disparar un 88 directamente a tu ratoncito y a tu maldita cabeza justo detrás de él.

–No, lo verán y se reirán. A todo el mundo le gustan los dibujos animados. Incluso a los alemanes.

–Sin embargo, no creo que sea ario –interrumpió Croucher–. Eso no les gustará.

No hubo bombardeos durante unos minutos, y James decidió abrir las escotillas nuevamente. Miró hacia fuera, respirando profundamente. El aire olía a hierba mojada, a barro y a vapores de gasolina con un ligero toque de cordita, pero era mucho mejor que el aire rancio del interior del tanque.

–¿Le importa si vacío el beque, señor? –preguntó Flynn. La tripulación del Firefly todavía no lo conocía bien ni estaba segura de su talante, por lo que tendían a ser formales.

–Está bien.

El cargador abrió la escotilla cuadrada encima de su posición y apareció sosteniendo con cuidado un casquillo de latón. Estaba vacío. Le habían disparado el día anterior o antes, y ahora se utilizaba para orinar cuando era demasiado arriesgado salir del tanque. Flynn levantó teatralmente un dedo para probar el viento, sonrió porque no hacía calma, y arrojó el contenido por la borda. Le dio la vuelta al casquillo y golpeó el fondo para expulsar las últimas gotas.

–«Abajo, en la alcantarilla, paleando estiércol...» –cantó Greene por el intercomunicador.

Hasta el momento no habían tenido que hacer nada más que orinar en el casquillo vacío. Aun así, la orina se sumaba al hedor a grasa, sudor, traje de batalla de lana húmedo y pura humanidad hacinada dentro del tanque.

James vio algo en un valle, aproximadamente a una milla y media de distancia, así que levantó los binoculares y ajustó el enfoque.

–Baker Tres a Baker, hay movimiento hacia el suroeste.

Cogió su mapa y dio una referencia de cuadrícula. Otros puestos llamaron para decir que podían ver algo, pero no estaban seguros de qué era. La intensa lluvia hacía que no hubiera polvo que delatara a los vehículos que circulaban a gran velocidad, pero no debería haber ninguno amistoso por allí.

–Baker Uno a Baker, puedo ver tanques. Cifras uno cero. Alcance de tres mil. Repito, tres mil metros, en dirección noroeste.

–¿Orientación, Baker Uno?

–Lo siento, Baker. Oh, están al suroeste de nosotros en este momento. Orientación, oh..., ¿doscientos veinte grados?

Era Charlie West, comandante del Pelotón Uno, que siempre sonaba como un personaje secundario de una comedia musical ambientada en una casa de campo. James no podía ver los tanques porque su vista en esa dirección estaba bloqueada por una hilera de árboles.

–Baker a todas las estaciones Baker, sean más precisos en los informes. Ahorra tiempo.

–Lo siento.

James siempre esperaba que West siguiera cada comentario con un «¿Alguien para jugar al tenis?», pero el teniente no lo complació.

El mayor Scott debió de haber hablado con el observador de la Artillería Real, porque pronto el FOO[11] ordenó una cortina de fuego para golpear el área. Así continuó el día, más oído que visto,

mientras llegaban informes de movimientos enemigos sospechosos y la artillería respondía. A veces, James podía ver los proyectiles haciendo erupción en la distancia, y otras veces no. De vez en cuando, los alemanes respondían con cañones o morteros, y a veces las salvas impactaban alrededor del Pelotón Tres, y otras no. El escuadrón estaba disperso, y todos, salvo unos pocos tanques, estaban ocultos tras pliegues del suelo, setos y árboles. Las conversaciones por radio eran casi constantes, ya que el regimiento estaba en un solo lugar, lo que significaba que casi siempre alguien tenía algo que informar.

En la medida de lo posible, James mantuvo las escotillas abiertas, queriendo ver tanto como fuera posible, sólo agachándose y cerrándolas cuando los proyectiles estaban cerca. Eso funcionaba bien con los grandes cañones y su distintivo silbido al acercarse. Los morteros eran más toscos: lanzaban bombas a gran altura que caían suavemente, casi sin hacer ruido. Una aterrizó entre su tanque y el del sargento Dove cuando ambos comandantes estaban de pie, ocupados mirando a través de los binoculares. La explosión no fue tan fuerte como la de un proyectil, y el desprendimiento de tierra, más pequeño, pero tan repentino que James entró en pánico, deslizándose hacia abajo y tirando de la escotilla con tanta fuerza que el pesado acero le golpeó la cabeza. Si lo hubiera atrapado una fracción de segundo antes, podría haber roto hueso, pero, tal como estaba, atrapó la banda de sus auriculares y simplemente lo empujó con fuerza contra su asiento. Parpadeó, tratando de centrarse. Era como si un gorila le hubiera machacado la cabeza.

–¿Se encuentra bien, jefe? –preguntó Flynn. La informalidad era una señal de su preocupación.

–Un pequeño golpe en la cabeza. –James logró sonreír–. Al menos no es en un lugar demasiado importante.

Le palpitaba la cabeza y esperaba que los alemanes siguieran disparando durante algún tiempo y le dieran la excusa para quedarse sentado allí un rato.

Después de otras seis explosiones, los morteros se detuvieron, pero a partir de entonces eso se convirtió en la norma. Ráfagas repentinas de fuego, uno o dos disparos de cada cañón o tubo, primero en un lugar, luego en otro, palpando y sondeando la pendiente frontal del punto 103, como los dedos de un ciego buscando algo. Los alemanes disparaban siguiendo el mapa, incapaces de ver las posiciones británicas, simplemente intentando averiguar dónde podrían estar. De vez en cuando, se oía una explosión en el aire de un cañón más grande, un chasquido terriblemente fuerte, cuando la espoleta detonaba el proyectil antes de que golpeara el suelo para que esparciera fragmentos perversamente afilados sobre una amplia zona.

A James todavía le dolía la cabeza, y sospechó que le quedaría un chichón y le dolería aquella zona durante días, pero de alguna manera se volvió más confiado tan pronto como las cosas se calmaron. Había infantería en algún lugar, pero no podía verlos, y el campo al otro lado del seto eran pasturas, con la hierba demasiado baja para esconder a un hombre, por lo que los alemanes no podían acercarse sigilosamente con facilidad. Aun así, necesitaba ver e informar, y detectar cualquier amenaza a tiempo de hacer algo. Sus ojos seguían siendo atraídos hacia un campo, a casi mil seiscientos metros de distancia al frente y en una ladera, el verde interrumpido por pequeños puntos blancos mientras el ganado pastaba. Con sus binoculares podía verlos como animales de juguete, aparentemente indiferentes a la locura de los hombres. Media docena de proyectiles de mortero cayó a cierta distancia a su izquierda, y unos momentos más tarde los alcanzaron los sordos estallidos.

–Baker, aquí Baker One. –Ése era el distintivo de llamada de Charlie West, pero no era su voz–. Por favor, envíe ayuda. Sunray caído. Fuera.

Unos minutos más tarde, los proyectiles cayeron más atrás, detrás de la cresta. Luego fueron los morteros otra vez, y de alguna manera James sintió lo que se les venía encima y se agachó para que su cabeza quedara debajo del borde de la cúpula. Las bombas

cayeron justo delante de ellos, frente al seto, y sólo unos pocos fragmentos alcanzaron el mantelete del cañón.

Si los alemanes fueran listos, podrían cambiar el patrón y dejar caer más en el mismo lugar después de una breve pausa, por lo que James esperó un poco más antes de volver a levantar la cabeza. No pasó nada, lo que no significaba que la próxima vez no serían listos. Vio más movimiento en la distancia e informó. Los mensajes por la red dejaban claro que los alemanes se estaban moviendo con pujanza y con abundante blindaje hacia el noroeste, lejos del punto 103. Si seguían avanzando, podrían ponerse detrás de la brigada y amenazar toda la posición. Se suponía que había infantería en el camino, por lo que era de esperar que detuvieran a los Panzer.

Por el momento, los alemanes no atacaban de frente al punto 103, sino que seguían bombardeando la zona, mientras que los británicos devolvían aún más proyectiles a cualquier lugar donde pensaban que el enemigo se estaba moviendo o concentrando. No había señales de la RAF ni de aviones estadounidenses, lo que podía significar que la fuerte lluvia aún no había amainado en Inglaterra. James escaneó el terreno delante de él, regresando como siempre al campo de vacas. Le pareció que estaba sonriendo, porque había algo tranquilizador en una escena tan pastoral. Un proyectil estalló entre los puntos blancos; luego otro, levantando grandes desprendimientos de tierra. No sabía si los proyectiles eran británicos o alemanes, si los cañones estaban desgastados, las cargas defectuosas, o si el número uno al mando de cada cañón no estaba prestando atención o el oficial en el puesto de mando tenía su mapa al revés. Cuando el polvo se disipó, la mitad de los puntos ya no se movían. James suspiró.

* * *

14:45 horas, campamento B43, Sussex

–No se puede esperar que el mundo sea perfecto –explicó el funcionario de Educación, colocándose las gafas con montura de concha en el puente de la nariz.

¿Por qué casi todos los funcionarios de educación no sólo usaban gafas, sino que vestían con el mismo estilo y tenían rostros delgados y mal definidos, como una caricatura de un maestro de escuela en la revista *Punch*? Presumiblemente, cuando llamaban a filas, el Ejército echaba un vistazo y enviaba a todos los que eran así al Cuerpo Educativo del Ejército. ¿O tal vez la culpa fuera de las universidades? Sea lo que fuere, y aparte de quién resultara ser el responsable, era una sorpresa que los agentes del Cuerpo Educativo no se parecieran al señor Crenshaw, no tuvieran un aire desdeñoso ni ideas políticas inclinadas a la izquierda.

Judd no ponía objeciones a ninguna de estas características en sí mismas. Sería el primero en admitir que estaba lejos de ser clásicamente guapo, y sabía que su pelo tendía más naturalmente a la forma de un pajar arrastrado por el viento que a cualquier otra cosa. Llevaba gafas, aunque sólo fuera para leer; era eso, o sostener un libro con el brazo extendido. Sospechaba que si las hubiera necesitado para ver el resto del tiempo, entonces no sería soldado de infantería: señalizador, ingeniero, tanquista, tal vez, empleado o almacenista, ciertamente, pero casi nunca se veía a alguien en un pelotón de fusileros que llevara gafas. Era diferente para los oficiales, como lo eran tantas cosas, y en esos días había algunos que llevaban gafas.

Judd anhelaba ir a la universidad. Había muchas cosas en la escuela que no le habían gustado; en primer lugar, la mezquindad y las regulaciones, aunque resultó que eran una preparación maravillosa para las Fuerzas Armadas. A Judd le encantaban los libros, la lectura, las ideas y los argumentos. La historia era su pasión, común a amigos como Crawford y Taylor, seguida de la poesía y Shakespeare. En la escuela preparatoria habían tenido maravillosos maestros de literatura e historia, hombres que hacían que ambas cosas cobraran vida. Todavía recordaba la emoción de las clases en las que se turnaban para representar los papeles de todas las grandes obras.

Los recuerdos de la escuela secundaria eran menos amables. Se les había acabado el dinero y no pudo ir al internado. Como alumno

recién llegado, despertaba enemistad, y su tristeza por tantas cosas lo había vuelto volátil y resentido a la vez. Rompió las reglas, fue atrapado y castigado, y no hizo amigos cercanos. Al alivio de su abandono de los estudios a los quince años le siguió una profunda decepción cuando empezó a trabajar en la oficina de un abastecedor de buques en los muelles de Cardiff. Estuvo la emoción del Blitz, la visión de los barcos mercantes maltrechos y llenos de cicatrices que llegaban, pero en general había trabajo pesado y aburrimiento. Listas y cuentas, más listas y más documentos para copiar, y el control opresivo de los severos ancianos que dirigían el lugar y no tenían tiempo para la charla de un chico. Ellos tenían la autoridad, y él no, y su madre necesitaba la miseria que ganaba para ayudar a pagar el alquiler y comprarles lo suficiente para comer, una lucha incluso con el racionamiento. Así que todos los días iba en bicicleta al trabajo, pasaba largas horas en la oficina polvorienta y fría, a menos que sonara la sirena y se trasladaran al refugio, y al final de cada largo día volvía a casa en bicicleta.

–El mundo no es perfecto –insistió Crenshaw, repitiendo su proposición–. Si uno señala los aspectos más brutales del régimen soviético, debe verlos en su contexto. Éste es un Estado nacido de la revolución y la guerra civil, un Estado que tuvo que luchar por su existencia misma.

–Señor, ¿no enviamos a algunos de nuestros muchachos para ayudar en la lucha contra los rojos? –preguntó un soldado.

–Sí, lo hicimos. El regimiento estaba allí –confirmó otro.

–Lacayos imperialistas –intervino Douglas, aunque más por costumbre que por compromiso. Era un hombre mayor, de al menos treinta y cinco años, y se rumoreaba que había servido en la Brigada Internacional en España–. Pisoteando a los oprimidos.

–Bueno, es una manera de decirlo.

Crenshaw esbozó una sonrisa mostrando los dientes. Quería desesperadamente fomentar el humor en esas sesiones, sintiendo que un tono más ligero animaba a su audiencia a reaccionar y a pensar más profundamente sobre los temas en cuestión.

Lamentablemente, las cosas que lo hacían reír rara vez parecían tocar la misma fibra sensible en los demás.

El viernes por la tarde era uno de los momentos de la semana más amables del Ejército. Siempre que estaban en el campamento, era un momento para conferencias y discusiones, ya fueran dirigidas por oficiales del Cuerpo Educativo o por subalternos nerviosos y preparados apresuradamente, y se les permitía fumar y sentarse cómodamente a todos los que estaban dentro. El Departamento de Guerra fomentaba ese tipo de cosas como buenas para el alma y tal vez para la moral, y los temas eran muy variados, desde la religión hasta la política, la industria y la economía, los planes para un Reino Unido mejor después de la guerra y, sobre todo, las razones por las que se luchaba y se prevalecería al final. El tema de aquella tarde era «Nuestros amigos los soviéticos». Crenshaw empezaba a lamentar su elección, sobre todo porque Judd estaba allí, y aquel maldito soldado hacía demasiadas preguntas.

–Como señala el soldado Douglas, aunque lo haga un poco a bocajarro –la risa esperada no llegó–, nadie está libre de pecado o mancha. Después de todo, el imperio cubre una cuarta parte del mundo, más o menos. Los británicos somos imperialistas porque tenemos un imperio, y no todos los que viven dentro de ese imperio están automáticamente contentos con la situación.

–Pero Stalin hizo un trato con Hitler para repartirse Polonia allá por el año 39 –señaló Judd.

–Sí, sí, pero eso fue antes de que comprendiera la verdadera naturaleza de los nazis. Y antes de que los rusos estuvieran listos para luchar. Como nosotros, apaciguaron para ganar tiempo, y, como no estamos libres de pecado, no debemos arrojar piedras. –Crenshaw era ateo, pero tendía a volverse bíblico cuando estaba a la defensiva. Simplemente, ese lenguaje poseía cierto poder.

–Pero fue duro para los pobres y malditos polacos. Y son buenos muchachos –dijo alguien.

–Y vaya si pueden beber –añadió otro.

Crenshaw se recuperó.

–Pero las fronteras de los países de Europa central eran fluidas, producto de la política posterior a la Gran Guerra y no de lo que la gente realmente quería. Algunos de ellos simplemente no querían pertenecer al Estado que se les había impuesto. Así que no es simple, sino muy complejo...

Se detuvo, sintiendo que eso era un punto débil.

–Señor, ¿no es eso lo que dijo Hitler sobre los alemanes étnicos en otros países? –preguntó Judd.

«El muy cabrón», pensó Crenshaw. Y se preguntó si utilizar su rango para cerrar el debate antes de decidir no hacerlo. Podía no ser lo que él quería, pero la idea era hacer que los hombres hablaran y pensaran. Las cosas serían mucho peores si los soldados reunidos simplemente se sentaran en silencio mirándolo hasta que terminaran las dos horas. En cambio, les sonrió como si estuviera encantado por esa muestra de conocimiento.

–De hecho, ésa es la excusa que usaron los nazis para sus conquistas, lo que ilustra que debemos tener cuidado con las afirmaciones hechas por cualquier Estado. Y...

–¿Incluido el nuestro, señor? –Judd intentó que la pregunta pareciera lo más inocente posible.

–¡Eso es! ¡A por él, soldado Judd! –llegó por lo bajo desde algún lugar en la parte de atrás.

–No... Bueno, sí, pero para eso tenemos elecciones libres, para elegir a nuestros líderes.

–Pero no todos podemos votar –dijo alguien que, como muchos de ellos, tenía menos de veintiún años.

–No, pero...

Durante un rato, mientras otros tomaban el relevo, Judd no dijo nada. Una parte de él sentía lástima por el señor Crenshaw, que era un hombre bastante decente, a su manera, y se limitaba a hacer su trabajo. Aun así, era parte del Ejército, de los poderes que gobernaban sus vidas; definitivamente, uno de los otros y no de ellos. Más que nada, le gustaba discutir, y se había convertido en un

hábito profundo, aunque no era tan tonto como para intentarlo cuando estaban haciendo algo serio. El viernes por la tarde era un momento para relajarse, y la mayoría de los hombres se contentaban con dejarlo así, soñar despiertos y sentarse en silencio por un rato. Sólo unos pocos eran serios y unos cuantos más simplemente querían ser inoportunos.

Judd era ambas cosas. Su madre era una devota asistente al servicio religioso. Su padre la había amado tanto que había hecho todos los signos abiertos de adhesión y participación en la vida del Salón del Evangelio. Judd no estaba seguro y nunca habían tenido la oportunidad de hablar como adultos el uno con el otro, pero sospechaba que sus creencias eran más vagas, aunque también muy profundas. Su padre había dicho una vez que había visto demasiado en la vida como para no esperar que hubiera una gran fuerza para el bien detrás de todo y algo mejor por venir, lo que significaba que había elegido creer en Dios. A Judd le hubiera gustado conocer mejor a su padre, pero al final la tuberculosis se lo había llevado, desgastándole lentamente los pulmones y matándolo desde dentro.

La fe de su madre se mantuvo firme a través de todas las pruebas y dolores; no ese tipo de fe satisfecha y complaciente de aquellos a quienes nunca les había sucedido nada malo en sus vidas, pero de todos modos era profunda. Judd no podía igualarla. Le costaba creer y estar tan seguro de algo, porque el mundo parecía estar fuera de su control. Había asistido a la capilla y a la escuela dominical, y más tarde a varios clubes y servicios juveniles. Cantaban, hablaban, sobre todo escuchaban, y jugaban al tenis de mesa cuando llovía o hacía frío, y practicaban deportes al aire libre cuando hacía mejor tiempo. Proporcionaba mucho entretenimiento y, a medida que crecieron, hubo muchas niñas. Los padres de Mark Crawford eran incondicionales del lugar, mientras que su severo padre era una autoridad aún más severa en la Asamblea. Incluso James Taylor se unió a muchos de los clubes para practicar deportes y pasar el tiempo con algunas de las chicas. Había dos pares de hermanas, en particular, que lo atraían a él y a muchos otros por las emociones que ofrecía el tonteo seguro. Sin embargo, Judd no podía evitar

hacer preguntas cada vez que había una oportunidad y sin importar realmente si creía o no en lo que decía. Le gustaba descubrir cómo se las arreglaban, especialmente los hombres que hablaban como si tuvieran respuesta a todo, o los que le decían simplemente que creyera y no pensara. Hubo quejas y lo expulsaron de una o dos reuniones. El viejo señor Rawlings, capitán de barco retirado, fue quien persistió con él, escuchándolo, respondiendo y razonando con la paciencia de un verdadero santo. Judd a menudo se sentía culpable al recordar la auténticamente jodida imparcialidad con la que interrogaba al anciano, tratando por todos los medios de no estar de acuerdo.

A los quince años, con la muerte de su padre todavía como un recuerdo fresco y los bombarderos sobrevolándolos durante muchas noches, Judd decidió que no podía creer en un dios que dejara morir a tanta gente de manera tan horrible. También sorprendió a algunos de sus compañeros de escuela más piadosos al desafiar sus ideales, y disfrutó con ello. Cuando dejó la escuela y empezó a trabajar, ya había decidido que la política ofrecía mejores esperanzas para el futuro que la religión. Frecuentó la biblioteca y leyó todo lo que tenían, incluso profundizó en Marx, y eso llamó la atención de la señorita Prentice, que trabajaba en su oficina. Era alta, con la constitución de un jugador de hockey, un rostro estrecho, casi afilado, con el pelo rubio oscuro corto y recogido con alfileres para mantenerlo bajo control. Habló con él varias veces y luego lo llevó a las reuniones del partido.

Judd se enamoró. Clara Prentice no era una persona que vistiera con estilo, pero, evidentemente, se trataba de una mujer inteligente y culta que lo tomaba en serio. Durante un tiempo se portó muy bien, escuchando, empezando a hablar en algunas de las sesiones, pero siempre diciendo lo que sabía que querían oír. Hablaron de cambio, de un mundo mejor, donde los trabajadores fueran respetados y tratados justamente, y donde las decisiones se tomaran por el bien de la sociedad en su conjunto, y no sólo de los ricos y privilegiados. Clara a veces usaba pantalones, en lugar de un vestido o una falda, y eso le parecía maravilloso. También fumaba,

no sólo cigarrillos, sino también, de vez en cuando, puros largos. No se parecía a ninguna mujer que hubiera conocido, aunque había que reconocer que el campo de su experiencia era estrecho, e incluso cuando ella se burlaba de él continuaba siguiéndola como un cachorro. Se entendía con uno de los hombres mayores, mucho mayor que ella y más a menudo ausente que presente, pero una o dos veces, con el aliento oliendo a ginebra, había abrazado a Bill Judd dejando que la tocara.

Judd estaba enfadado, porque la causa lo exigía, y feliz al mismo tiempo. Sin embargo, después de un año empezó a hacer preguntas nuevamente. No podía entender por qué los sindicatos, y menos aún el partido, no apoyaban de todo corazón la guerra contra los fascistas. Alguien más planteó la cuestión de la alianza entre Stalin y Hitler, y luego leyó todo lo que pudo, tratando de entenderlo. El interrogador era un veterano que había perdido el brazo en España, por lo que se trataba de un hombre que había demostrado su devoción y no podía ser desestimado fácilmente, pero eso no impidió que lo intentaran. Hombres demasiado valiosos para el partido como para que se les permitiera ofrecerse como voluntarios para aquella guerra u ocupar puestos de reserva le aseguraron que era parte de un panorama más amplio: que el mundo no era perfecto, tal como Crenshaw les estaba diciendo ahora.

Por una vez, Judd había decidido no decir lo que se esperaba. Argumentó que el pacto estaba mal, que Stalin era tonto y que el sistema que lo rodeaba era despiadado y cruel, y que sólo él tenía la culpa de haber estado tan cerca de ser invadido por los nazis, ya que, para entonces, la invasión de Rusia por parte de Hitler ya había comenzado. No contribuyó a su popularidad, pero seguía asistiendo y hablando.

En una reunión, recibió un puñetazo que lo tomó por sorpresa y lo derribó. Se levantó y devolvió los golpes con más fuerza y habilidad, pues iba dos veces por semana al gimnasio a hacer boxeo siempre que podía. Clara se rio. Esa noche, ella le pidió que la acompañara a casa para ayudarla a redactar algunos folletos. Su casera estaba fuera, pero aun así fueron a la habitación de Clara a trabajar. Le

sirvió una copa, lo que lo hizo toser, y no le gustó, aunque hizo lo posible por ser educado y acabársela. La actitud de Clara era extraña; terminó la botella mientras él trabajaba en el texto. De repente, se inclinó hacia delante, lo besó y le rodeó la cintura con los brazos, acercándolo, y el mundo se volvió maravilloso para un chico que aún no había cumplido los diecisiete años. A veces se sentía como en una lucha libre, porque ella era sólo un poco más baja que él y también era fuerte, y pasó un rato antes de que ambos se quitaran los pantalones.

Dos veces más lo invitó a ayudarla con un folleto, hasta que volvió su casera. Judd todavía tenía esperanzas, pero entonces el hombre de Clara regresó de dondequiera que fuera por asuntos del partido, y algo pareció haber cambiado; ya no volvería a ser como antes. Ya no se sentaba cerca de él, evitaba tocarlo y apenas le hablaba. En el trabajo era la personificación de la formalidad, incluso de la frialdad. Al cabo de unas semanas, casualmente se quedaron solos en una oficina lateral durante la hora del almuerzo, cuando todos los demás habían salido. Estaba ordenando un jarrón de flores colocado encima de una estantería llena de libros de contabilidad.

–Hace semanas que están muertas –se dijo, dándole la espalda. Llevaba un vestido rojo intenso, largo y pasado de moda. Judd se acercó suavemente por detrás y le deslizó un brazo alrededor de la cintura, acercándola.

–Cariño –dijo con un jadeo. Su otra mano cogió el vestido y comenzó a levantarlo. Le quedaba ceñido y no subía fácilmente, y él era poco más que un niño, torpe y sin práctica.

Clara arqueó la espalda, pero no dijo nada. Ahora lo estaba haciendo mejor, levantando el dobladillo del vestido y su combinación sobre las medias de lana color verde oliva. Con el racionamiento, no podía permitirse nada mejor, pero la oficina insistía en que una mujer se cubriera las piernas. Cualquier otra cosa era poco apropiada para una dama y bastante inadecuada para la reputación de la empresa. Los dedos de Judd tocaron la piel cálida. Llevaba combinación, pero parecía que no llevaba nada más debajo.

Podía olerla. Comenzó a emitir pequeños gruñidos que no podía imaginar en ninguna otra situación. Clara levantó la jarra y le vertió el agua sucia sobre la cabeza. Él saltó hacia atrás, sorprendido, sin estar seguro de si eso era algo que hacían los amantes.

–Nunca más –le dijo–. Nunca.

–Pero te amo –dijo, suplicante, con toda la inmensa autoestima de un adolescente, abalanzándose hacia delante.

Ella lo abofeteó muy fuerte en la cara.

–Pero...

Había desprecio en sus ojos, y le hizo lo peor que alguien podía hacer a un chico como Judd. Se rio de él. Una mujer de veintitrés años burlándose de un chico de dieciséis. La amargura seguía siendo fuerte, incluso después de todo aquel tiempo, cuando pudo entender que su breve relación era lo que era: una joven aburrida, bastante furiosa y solitaria que buscaba una breve distracción. ¿Qué era lo que Kipling había dicho: «Y aprendí sobre las mujeres gracias a ella»? Lo había hecho, aprendiendo de la manera más difícil, en amargas noches de insomnio y autocompasión. No lloró. Había llorado durante días cuando murió su padre y se prometió a sí mismo que nunca más lloraría por un dolor menor.

Judd todavía tenía mucho que aprender, pero al menos tenía esos pocos recuerdos de su pasión. No la echaba de menos, ni siquiera creía que le agradaría mucho si se conocieran ahora, pero estaba el recuerdo de la sensación de su cuerpo, de la maravillosa liberación cuando se unieron. No era de extrañar que muchos otros poetas dedicaran tanto tiempo a hablar de ello, o al menos de las etapas que los llevaron hasta allí.

–... Así que espero que esto responda satisfactoriamente a todas sus preguntas –finalizó Crenshaw en lo que, en su mayor parte, había sido un largo discurso. Judd no había estado prestando atención porque su mente había divagado. La lujuria y su satisfacción eran un buen recuerdo, y el resto ya estaba lo suficientemente lejano como para no molestarlo demasiado–. Confío

en que esté de acuerdo, soldado Judd. –La mayoría de los oficiales no insistían en utilizar el rango de un soldado en cada oportunidad.

–Sí, señor. Absolutamente, señor –dijo Judd, en tono entusiasta. Crenshaw se quedó mirándolo por un momento, preguntándose si sería sarcasmo mientras, al mismo tiempo, decidía no darle importancia.

* * *

17:10 horas, punto 103, Normandía

Los informes y las órdenes a través de la red de radio eran constantes, ya que con el regimiento en un mismo lugar había sesenta o setenta estaciones diferentes en red. Los hombres superponían sus mensajes, eliminando ambas comunicaciones, y en otras ocasiones la señal era débil y la mitad de las palabras ininteligibles. Ningún ejercicio había sido nunca tan confuso y difícil de seguir.

Durante la última hora, además de las periódicas ráfagas de proyectiles y morteros, los alemanes habían comenzado a apuntar con cañones de alta velocidad a las suaves crestas que formaban el punto 103; munición asesina de tanques, del 75 o incluso del 88, alguna de ellas. Tenían armas remolcadas, algunas en chasis con orugas y otras en tanques. Los Panzer estaban allí, a distancias de entre kilómetro y medio y tres kilómetros, y buscaban objetivos. Cada bando intentaba ver al otro primero. A esa distancia, un tanque era algo diminuto, y la mayoría de los cañones aún más pequeños.

–Baker Tres Baker a Tres Baker, hay algo en el borde de aquel huerto.

–Baker Tres Able a Baker Tres, creo que puedo verlo. Donde la pared se hunde un poco.

El sargento Dove siempre había tenido muy buena vista.

Se oyó un chasquido en el aire y un zumbido cuando un disparo sólido pasó entre el Firefly y el Sherman de Bell, para hundirse profundamente en la tierra, en la suave pendiente detrás de ellos.

–Atrapé al cabrón –dijo Dove–. Disparen para marcar el objetivo.

–Artillero, observe la caída del tiro –dijo James. El cañón inmensamente largo ya estaba atravesado para cubrir el lugar.

Delante del huerto se elevó una pequeña nube de humo a lo lejos.

–Tres Baker Able, soy demasiado bajo.

–Oh, no creo que el sargento Dove sea demasiado bajo –dijo Croucher por el intercomunicador–. El hombre tiene una espléndida figura.

–Cualquiera le parece alto, pelele.

–Baker Tres a Tres Baker, pruebe un disparo –dijo James durante la charla.

A aquella distancia, era poco probable que un proyectil AP de un Sherman de 75 mm sirviera de mucho. En lugar de eso, disparaban obuses, lo que podría ser suficiente para masacrar el equipo de un cañón o incluso un cañón autopropulsado con tapa abierta. Era poco probable que causara molestias a un tanque, a menos que alguna casualidad derribara una antena o rompiera un visor.

James enfocó los binoculares en el objetivo. Podía ver el muro y distinguir el lugar donde una parte del coronamiento estaba roto, la depresión que había visto Dove. ¿Había sido un destello? Un instante después, el proyectil de Bell estalló justo en la pared y el polvo flotó en el aire. Pero, antes de eso, una mancha oscura se precipitó hacia ellos, golpeando el frente inclinado del Sherman de Dove, arrojando chispas antes de volar alto en el aire.

–Artillero, ¿ve el lugar? Dispare cuando esté listo.

–Había algo allí. James miró hacia la derecha, más allá del tanque de Bell, y vio a Dove levantando el pulgar. Luego se volvió, concentrándose en el humo que se desvanecía junto a la pared. Algo no estaba bien, algo que recordaba a medias.

El cañón de diecisiete libras disparó en ese momento con un destello tan repentino, tan vasto y tan vívido que James no pudo ver el seto de enfrente temblar ni las hojas que caían, arrancadas de las

ramas con la explosión. Sintió como si le hubieran dado un puñetazo en ambos ojos a la vez. En el ejercicio les enseñaban que el artillero y el comandante del Firefly cerraran los ojos un segundo antes de disparar, pero lo había olvidado.

–¡Diana! –Ésa era la voz de Bell. Estaba tan emocionado que había olvidado el procedimiento.

–Tal vez –admitió Dove.

–¡Lo hice! Mire, hay humo.

James podía ver luces intermitentes y no mucho más. Con un fuerte golpe, algo aterrizó justo delante del seto. El destello del cañón debió de ser visible para cualquiera que estuviera mirando. Parpadeó y empezó a vislumbrar el entorno. Llegó otro disparo, esta vez alto, aunque lo suficientemente cerca como para sentir su estela al pasar.

–Conductor, marcha atrás. Llévenos de vuelta.

Croucher siguió recto y James recordó que no podía ver nada por detrás de ellos, así que se giró para comprobar que no estaban a punto de atropellar a nadie. El campo estaba vacío. Podía ver eso.

–Baker Tres Able a Baker Tres, parece un éxito, señor. Jodidamente maravilloso.

–Bien hecho, Greene.

–Quizás habían destruido un tanque o un cañón autopropulsado, o habían dañado uno. Aun así, a esa distancia, ¿quién podría decirlo realmente? El humo oscuro podría ser tanto el humo de escape de un tanque que se está alejando como de uno que se está quemando.

–Les dije a todos que Mickey tendría suerte –dijo Greene alegremente.

–Baker Tres a Able y Baker, cambiaré de posición al otro lado de Able. Sospecho que tendré que moverme cada vez que dispare.

Cinco minutos de cuidadosas maniobras los llevaron a otro lugar donde el seto estaba lo suficientemente bajo como para que el

cañón pasara por encima. Una vez más, en la última parte, James salió a la escotilla y guio a Croucher a su posición. En ese momento, comenzaron a caer bombas de mortero. James se sumergió en el casco del tanque hasta que se detuvieron.

–Pensé que lo habíamos perdido, jefe –dijo Greene cuando regresó a la torreta.

–Me temo que no hubo tanta suerte. ¿Qué dicen de la mala hierba?

–Es Mickey. Tendrá suerte.

James se relajó, de pie en lugar de sentado, porque eso hacía que fuera más fácil agacharse en la torreta. Se desabrochó el botón del bolsillo del pecho y palpó lo que había dentro. Esperaba que los hechizos funcionaran.

No les dispararon más durante un tiempo. Por la radio oyeron que un tanque del Pelotón Dos había sido alcanzado y que había perdido una oruga. Nadie había resultado lastimado. La tripulación lo había abandonado hasta que pudiera ser reparado, pero, aunque hubo algunos disparos más, ninguno lo alcanzó. Un poco más tarde, un disparo sólido decapitó al sargento del Pelotón Dos, pero en el intercambio de disparos que siguió calcularon que habían derribado al menos un cañón enemigo.

Poco después, el Escuadrón C avanzó con infantería para tomar el pueblo de Saint-Pierre, que se encontraba frente a la posición. La mayor parte del regimiento se había movido para poder ofrecer apoyo de fuego desde terreno elevado, pero los del Pelotón Tres se quedaron para vigilar el otro flanco, lo que significaba que James no podía ver nada de la acción. Simplemente oía fragmentos de comunicaciones de radio, a menudo distorsionados porque estaban algo lejos y otras estaciones también estaban hablando.

–Charlie Dos a Charlie Dos Able y Baker, dispárele a ese seto...

–... ahí, casa roja en la esquina, ventana superior...

–Avispón enemigo. ¡Mierda! Es un Panzer Tiger.

–Nos van a golpear...

–¡Tengo al cabrón! ¡Charlie Tres Able, hemos volado un autopropulsado!

Parecían estar progresando, pero luego el Pelotón Tres fue atacado nuevamente y estaban demasiado ocupados para pensar en nadie más.

D + 4, sábado, 10 de junio 8:00 horas, punto 103, Normandía

James estaba en un tanque nuevo, el Hector II, con el casco ya pintado para cuando el Pelotón Tres regresó de pasar la noche en el campamento protegido por los acorazados y de reabastecerse de municiones y combustible. Whitefield volvió a ser el conductor, y Collins, el artillero, con dos hombres de la reserva: Blamey para cargar y Thomson como copiloto. El sargento Martin había llegado para hacerse cargo del Firefly y James se alegró de eso, recordando el espantoso destello cada vez que disparaba el gran cañón. Había oído que algunos regimientos habían puesto a los comandantes de cada pelotón en un Firefly, pero no creía que fuera el mejor lugar donde estar. Necesitaba dirigir los cuatro tanques, no simplemente el gran cañón. Además, disparar esas cosas lo asustaba muchísimo.

–Pobres cabrones –dijo Collins.

Atravesaron el 75 mm para cubrir el pueblo de Saint-Pierre en el terreno más bajo delante de ellos. Los alemanes estaban golpeando toda el área con artillería y morteros ligeros y pesados mientras se preparaban para lanzar un contraataque.

James tenía la cabeza al aire, pero la mayor parte del tiempo observaba sin la ayuda de los binoculares, ya que era difícil ver algo, y, aparte de eso, la lluvia seguía empañando las lentes. Sus ojos no estaban mucho mejor, y habría estado bien tener un sombrero con visera en lugar de la boina de tanquista. Aunque se encontraban más arriba y podían ver a lo lejos, a varios kilómetros de distancia, el terreno entre ellos se hundía y oscilaba, lo que habría ocultado gran parte de la vista incluso sin los inmensos setos, árboles y huertos. Podía ver algunos de los tejados de Saint-Pierre, en ocasiones la mayor parte de una casa, y percibir más vagamente el pueblo de

Tilly, su vecino más cercano al oeste, a la derecha, desde su punto de vista.

La lluvia no daba señales de amainar. En el Grupo de Comando de aquella mañana, el mayor había bromeado diciendo que, como galés, Taylor parecía haber traído consigo su propio clima. James realmente no se consideraba galés. Había nacido y crecido en Gales, y vivió allí hasta que se fue a un internado. Amaba el lugar y todavía lo consideraba su hogar; sin embargo, su padre, como tantos otros, había ido allí por trabajo, y era el tipo de ciudad donde nunca se oía hablar galés, y muchos de los nombres y caras tenían un aire anglosajón, y la mayoría tenía raíces al otro lado del canal de Bristol. El carbón, el hierro y la industria manufacturera los habían atraído por decenas de miles, año tras año, cambiando la naturaleza misma de Gales. Muchos trabajaron duro; unos pocos se hicieron ricos y prosperaron bastante más. Había calles llenas de propietarios de barcos e inversores, y otras menos grandiosas con capitanes de barcos y muchos otros conectados con el mar, todos viviendo cerca de Cardiff sin estar realmente en la abarrotada ciudad. El padre de James era médico, y su madre, enfermera. La práctica tuvo buenos resultados, al menos lo suficiente como para pagar la educación de su único hijo, y lo había traído hasta aquí, a cargo de cuatro tanques Sherman. Con suerte, todo había valido la pena, aunque, traicioneramente, le vino a la mente la frase de que «dos mil libras de educación equivalen a un *jezail*[12] de diez rupias».

James era británico, y tal vez las escuelas habían tenido algo que ver con eso, también su familia y la Iglesia en Gales, o simplemente crecer en una tierra donde se asumían estas cosas. Su padre había estado en Galípoli, Egipto y Palestina, por lo que después de todo aquello no se hacía muchas ilusiones y estaba lejos de ser patriotero. Su patriotismo era tan silencioso como seguro. James había crecido con la sensación de que ser británico era un privilegio como ningún otro en el mundo, y que, en general, un país de piratas y conquistadores había hecho mucho más bien que mal al mundo. El bueno de Bill Judd, que siempre lo cuestionaba todo, a veces se convertía en el perfecto sofista; cambiaba de un día para otro a

puntos de vista opuestos. Judd dudaba de todo, con inmensa energía y determinación. Dios le diera paciencia a quien lo tuviera en su pelotón. Mark, el siempre fiable y predecible Mark, había escrito para decir que estaban en el mismo batallón, pero nunca había mencionado mucho más sobre su viejo amigo.

Aun así, no creía que ninguno de sus amigos se hubiera preocupado demasiado por ser galés, ni tampoco los demás, ni siquiera los que realmente lo eran. Bill Judd los había denunciado una vez a todos como demasiado burgueses para admitir la verdad en una de sus diatribas más apasionadas (y rápidamente olvidadas). Cosas así simplemente no parecían importar mucho, lo que no significaba que no sufrieran una tensión nerviosa prolongada cada vez que Gales jugaba contra alguien al rugby, y mucho menos en un partido contra Inglaterra. Eso era diferente, algo parecido a un deber sagrado de llevar al equipo local a una victoria gloriosa. James nunca se había opuesto a que se usara el término «inglés» como sinónimo, ya que la mayor parte del mundo agrupaba a todos de esa manera, como *les anglais* de los franceses o cualquiera que fuera la palabra que eligieran. Otros sentían lo contrario. Buena suerte para ellos. Después de todo, era un país libre... y, en definitiva, ¿no era eso lo importante de ser británico o inglés? Bueno, Bill Judd sin duda tenía una opinión diferente, y podría volver a tener otra esa misma noche. James sonrió cuando la lluvia le hizo parpadear.

La familia de Penny era conscientemente inglesa, y su padre, genuinamente inglés. Después de veinte años en la zona, todavía no podía pronunciar la doble «l» en los topónimos. Si alguna vez se recreaba la historia de Shibboleth[13] en el sur de Gales, entonces el señor Stevens estaría en serios problemas. La señora Stevens era local y tenía uno de esos rostros que uno fácilmente imagina con el sombrero negro, el chal y la capa roja tradicionales, pero se tenía por la perfecta dama inglesa. James no creía que Penny pensara mucho en esos asuntos. De hecho, nunca dio la impresión de pensar mucho en nada, aparte de sus libros de poesía y sus sueños de romance artúrico. Leía poco más y tenía una sensibilidad victoriana sobre muchas cosas. Al menos eso era lo que James siempre había

pensado. Sus cartas más recientes y ese último encuentro sugerían algo bastante diferente.

–Charlie Tres a Baker Tres, veo tanques moviéndose. Al suroeste, el alcance es de unos quinientos metros. Moviéndonos hacia la derecha en el límite del pueblo. Cambio. –Ése era Martin en el Firefly.

Los campos que se alejaban de la cresta eran más grandes y más abiertos allí.

–Recibido, Charlie Tres. Es el Escuadrón C.

James podía verlos y no necesitaba los binoculares para reconocerlos como Sherman. Aparte de eso, el tráfico de radio, aunque parcial, era suficiente para hacerles saber que se estaban moviendo para apoyar mejor al destacamento de Infantería Ligera Durham.

–Procedo, Tres. Fuera.

James no estaba seguro de qué hacer con Martin. A primera vista, parecía salido directamente de esa misteriosa fábrica del Departamento de Guerra que fabricaba maravillosos suboficiales, todos tan capaces, sabios, duros e impecablemente acabados como cualquier otro. Aquella mañana había estado hablando por radio mucho más de lo que parecía necesario. James se preguntaba si no estaba seguro de sí mismo como comandante de pelotón, y quería asegurarse de informar de absolutamente todo. Tal vez, aunque podrían ser nervios. Era fácil olvidar que, a pesar de su formidable exterior, el sargento Martin nunca antes había oído un disparo hecho con ira. No todos se las arreglaban bien. Aquella misma mañana, un conductor del Pelotón Cuatro se había roto una mano cuando la escotilla le cayó encima. Ocurrían accidentes. Los tanques Sherman eran un pedazo de maquinaria, pesados e implacables, y se habían producido algunas lesiones graves durante los ejercicios. Por otra parte, podía no ser una casualidad. Dependía de si alguien sentía que los dedos destrozados y rotos, tal vez incluso la necesidad de una amputación, era un precio que valía la pena pagar para ser enviado de regreso a Inglaterra.

El bombardeo alemán sobre Saint-Pierre se redobló con furia durante unos minutos y luego cesó.

–Hola a todas las estaciones, soy Sunray. –La voz del coronel Leyne era tan clara como la de un locutor de la BBC–. Nuestros amigos del pueblo informan de que los avispones y la infantería enemiga están avanzando. El Escuadrón Charlie está apoyando. El resto mantengan los ojos abiertos por si alguien intenta rodear los flancos.

En el Grupo O, el coronel había tratado de darles una idea del panorama general.

–Es fluido, como era de esperar –había explicado–. Los hunos quieren arrojarnos de nuevo al mar. Cuanto más terreno podamos conquistar, más difícil les resultará concentrarse para atacar. Llegar al punto 103 los ha desequilibrado. Nos tienen que despistar, por eso se han retirado de ese ataque que vimos ayer pasando por delante de nosotros hacia el oeste. Así que aguantaremos aquí y en Saint-Pierre; mientras, la Yeomanry y la infantería intentarán darles más en que pensar avanzando hacia el oeste, hacia Tilly. Los Dragones y otro batallón van al este para apoderarse de Cristot y del punto 102. –Como de costumbre, enfatizó cada punto pegando en el mapa grande con la fusta–. La idea es que el huno no puede ser fuerte en todas partes, no en esta etapa inicial. Los inmovilizamos aquí, los atraemos hacia nosotros y los retenemos; mientras, el resto de la brigada empuja por los flancos en busca de otro punto débil. Si nos retienen, lo intentamos en otro lugar, si logramos abrirnos paso, entonces el huno tendrá algo más de que preocuparse y enviará Panzers allí en lugar de reunirlos a todos para su gran ataque.

James podía ver el sentido a esto, aunque siempre se había preguntado por qué los rangos superiores tendían a referirse al huno o al teutón en singular, como si sólo hubiera uno. Le evocaba la imagen de un único monstruo, enorme en tamaño y fuerza, malvado en su astucia y totalmente malévolo, esperando detrás de cada cresta o seto. Excepto que estaba tan oscuro que podría haber sido un dragón de una de las ridículas historias de Penny.

–Ya no somos sólo nosotros y los canadienses –había continuado el coronel, con su entusiasmo contagioso–. Mi antiguo regimiento, la Séptima División Blindada, ha desembarcado. Mientras empujamos aquí, están a punto de hacer un gran pavoneo hacia el oeste. Se extenderán, pasarán a los estadounidenses, luego irán hacia el sur y después rodearán a las fuerzas que tenemos delante. Una vez más, el huno tendrá que correr contra ellos si no quiere permitir que esto suceda. Tal vez eso lo debilite y podamos seguir adelante, o tal vez simplemente detenga su gran ataque. Si no puede montarlo, entonces hará lo que siempre hace y retrocederá para formar otra línea de defensa, treinta, tal vez cincuenta kilómetros atrás. Eso nos da más tiempo para que lleguen refuerzos. –El coronel Leyne usó la mano libre para ahuyentar una mosca imaginaria y luego les sonrió–. Entonces ataca y lo detenemos en seco. Eso si es que no ha perdido ya su oportunidad mientras todavía éramos débiles, o se retira para luchar de nuevo, y podremos enfrentarlo con todos nuestros efectivos la próxima vez. De cualquier modo, al final Fritz pierde.

James le creía, o al menos quería hacerlo. Todos sabían que el peligro estaba al principio. Al igual que en 1918, los alemanes tenían que ganar con su gran ofensiva. Esta vez tenían días, tal vez semanas, para hacer retroceder la invasión al mar. De lo contrario, los números estaban en su contra y nunca mejorarían, por lo que al final los aliados ganarían y Hitler perdería. Era tranquilizador, siempre y cuando pudieran estar seguros de que al final seguirían allí para presenciarlo.

¿Cuál era el final? Penny seguía escribiendo sobre el fin de la guerra y la vida en común. James realmente no podía imaginarlo: estar casado, tener un trabajo adecuado (adecuado en el sentido de que fuera mundano y la vida de nadie dependiera ya de tus decisiones), y mucho menos comprar una casa o tener hijos. Obviamente, Penny pensaba mucho en esas cosas, y daba la impresión de pensar en cortinas y alfombras, en la ropa que usaría para las tareas del hogar y los vestidos especiales que se pondría antes de que «su héroe» regresara a casa. A veces era «su príncipe» o «su señor». Si era sincero, nada de eso le sonaba muy parecido al

viejo y sencillo Jimmy Taylor, que era un buen jugador de críquet, un pasable jugador de tenis y, a su manera, un tipo bastante agradable.

Un crujido en el oído y de nuevo se interrumpió su ensoñación. Realmente necesitaba concentrarse mejor.

–Charlie Tres a Baker Tres, no veo nada en mi arco delantero. Cambio. –Era el sargento Martin otra vez. La voz era muy segura, muy precisa, de modo que tal vez el hombre era simplemente obsesivo.

–Baker Tres a Charlie Tres, recibido.

¿Debería decir más?

–Baker a todas las estaciones –comenzó el mayor Scott antes de que James pudiera decir algo–, manténganse fuera del aire a menos que tengan algo vital que decir. Es probable que sea un día ajetreado, por lo que debemos mantener la red despejada para las cosas esenciales.

Aquello era un reproche, tanto para él como para el sargento, ya que al fin y al cabo Martin formaba parte de su pelotón. No tenía sentido disculparse. Con suerte, Martin sentaría la cabeza.

–Oh, casi lo olvido –comenzó Scott de nuevo–. ¡Feliz cumpleaños, Wallace! Veintiuno, ¿eh? –Eso era típico del mayor, que se interesaba profundamente por sus hombres.

–¿Wallace? –preguntó Whitefield.

–Lo conoces –respondió Collins–. El pelirrojo que conduce el tanque Baker en el Pelotón Uno. Un chico flaco.

–¡Oh, él! También forma parte del Sindicato de Conductores y Asistentes de Burdeles. Bien por él. Pero no parece tener veintiún años. Igual que el capitán.

–Tiene razón –le aseguró James–. Eso es porque mentí sobre mi edad para alistarme. En realidad, tengo cinco años.

Collins se giró y le sonrió.

–Eso explicaría muchísimas cosas.

James oyó el silbido y se agachó. Los proyectiles cayeron justo detrás de ellos. Después cayeron mucho más cerca, y los fragmentos impactaron en el costado del tanque.

–Sunray a las estaciones Able y Baker, esto es sólo para que mantengamos la cabeza gacha. La infantería informa de que se avecinan fuertes ataques contra la aldea.

Después de unos minutos, el bombardeo cesó tan abruptamente como había comenzado. James asomó la cabeza. Caía una fina lluvia que parecía distorsionar el sonido de los combates que llegaba desde el pueblo. Distinguió armas pequeñas, disparos de cañones de alta velocidad y artillería de morteros. Luego se oyeron silbidos, muchos, que venían de detrás de ellos, y algunos tenían ese sonido distintivo de los grandes cañones navales. Una enorme andanada británica cayó más allá del pueblo. Algunas de las ráfagas fueron más altas que los árboles que protegían a quienquiera que estuviera allí abajo.

Thomson, el nuevo copiloto, silbó.

–¡Hay que verlo!

–Nada especial –le dijo Collins, porque habían pasado largos días desde su propio asombro ante la magnitud de fuego del Día D–. Hay muchos malditos alemanes ahí abajo.

–¿Ha oído hablar de las Juventudes Hitlerianas, jefe?

–Niños. Apenas han terminado la escuela.

–¡Mire quién habla! –intervino Collins.

–Son unos cabroncetes despiadados –prosiguió Whitefield, con el mal genio que lo distinguía–. Han estado matando prisioneros. Canadienses, en su mayoría. Les atan las manos, y bala en la nuca. Bang, bang, bang. A los heridos también. Malditos canallas. Peor que los malditos japoneses.

–Es un rumor –dijo Collins, aunque no parecía muy seguro.

–Los canadienses con los que hablé lo creían. Dijeron que era así y que ellos tampoco tomarían prisioneros, no de las Juventudes

Hitlerianas. Cabrones. Te diré una cosa, soldadito –le dijo al copiloto, que manejaba la ametralladora Browning en el casco–: si ves a algún tipo con chaqueta de camuflaje, es SS. Entonces, aprietas el gatillo y lo mantienes apretado hasta que le hayas volado la cabeza ensangrentada. Manos arriba o no.

–No disparamos a los prisioneros –dijo James, tan firmemente como pudo–. Somos británicos –añadió, como si fuera un argumento indiscutible en sí mismo–. Si ya no son un peligro, no los matamos. Ésa es la regla y la cumplimos.

Una transmisión interrumpió la conversación cuando un mensaje distorsionado se hizo claro.

–Charlie Cuatro y Charlie Cuatro Able, ambos cocidos.

–Tres Charlie a Baker Tres, puedo ver humo negro. Allí, cerca del huerto. –Esta vez Martin al menos había visto algo.

* * *

10:14 horas, campamento B43, Sussex

La lluvia era constante. Tenían los uniformes empapados y caían gotas del borde de cada casco. Como nadie podía garantizar que sólo pelearían cuando hiciera buen tiempo, el entrenamiento continuó. Normalmente, Mark habría ordenado a su Pelotón Diecisiete que se sentara, pero eso sería aún menos cómodo con ese clima, por lo que se quedaron de pie en un semicírculo.

–Hay cinco tipos de formaciones –dijo, alzando la voz para ser escuchado–. Cada uno tiene ventajas y desventajas. El primero es de escaramuza, con todos en grupos de dos o tres y grandes espacios entre cada grupo. Esto ofrece una mejor posibilidad de ocultación si hay mucho cobijo. –Sintió que le entraba tos y levantó la mano para taparse la boca. El gesto era simplemente una costumbre–. El segundo es de fila india o fila de batalla –continuó–. Esto significa uno detrás del otro para ustedes. –Hubo algunas sonrisas, aunque muy débiles–. Esto puede resultar útil para seguir una línea para esconderse, como un seto o un muro, pero tiene la desventaja de ser vulnerable al fuego enemigo y no permite

responder con eficacia. El tercero es la fila suelta... –continuó, usando las palabras del manual tan bien como podía recordarlas después de leerlo una docena de veces aquella mañana.

Ya sabían todo eso; al menos ya se lo habían dicho una y otra y otra vez. Pronto se dispersarían y practicarían cada formación, moviéndose a través de un campo tan abierto y plano como una cancha de bolos, practicando el cambio de una a otra, en respuesta a señales dadas con la mano o cuando Mark hiciera sonar un silbato. La única diferencia era que hoy llevaban palas de tamaño completo recién recibidas, o, para uno de cada cuatro hombres, un pico. La herramienta de atrincheramiento estándar se doblaba cuidadosamente para guardarla en las correas debajo de la gran mochila que llevaban a la espalda. Claramente, alguien pensó que necesitarían cavar más profunda y más rápidamente cuando llegaran a Normandía. Si no para otra cosa, al menos los ejercicios los ayudarían a decidir cuál era la mejor manera de llevar el nuevo equipo.

–La cuarta formación es la cuña, irregular para evitar ser demasiado visible desde el aire. –No era que ningún huno fuera tan tonto como para volar en un día como ése, con las nubes tan bajas–. Esto permite un despliegue rápido en cualquier flanco, pero es más difícil controlarlo. Finalmente, tenemos la columna...

¿La repetición tenía éxito en que las lecciones les quedaran en la cabeza? Sin duda, Judd tendría una opinión firme al respecto. Al recordar la escuela, Mark supo que mucho de lo que los maestros le habían dicho había pasado inadvertido sin echar raíces. No tenía la menor idea de cuándo utilizar el punto y coma, una desventaja que, al menos hasta el momento, no había encontrado significativa. Más concretamente, había muchas matemáticas y química que no tenían el más mínimo sentido para él, por mucho que se explicaran muy bien y a menudo.

Mark nunca había querido ser profesor y no creía que fuera bueno. En el entrenamiento básico, y luego en la selección de oficiales y todo lo que siguió, había prestado atención porque quería

un nombramiento y estaba desesperado por hacerlo bien. La mitad del material parecía tan útil como el punto y la coma o las ecuaciones de segundo grado, pero había estudiado, recordado y aprobado. Su pelotón no tenía el mismo incentivo. Tenían esa conocida mirada resignada, sabiendo que no tenían otra opción y lo que pensaban era «acabemos con esto de una vez». Probablemente, resumía su actitud hacia la guerra, al menos de la mayoría de ellos. Era simplemente un trabajo desagradable que había que hacer. Sólo unos pocos estaban interesados. Aun así, en la escuela era lo mismo: uno seguía adelante, lo hacía lo mejor que podía, pero no armaba ningún escándalo.

–En todas las formaciones, excepto en las de escaramuza, debe haber cinco metros entre cada hombre –les aseguró Mark–. No se conviertan en un blanco fácil –añadió–.

Eso no estaba en el manual, aunque quedaba implícito y seguramente era el propósito de todo. Esperaba que no sonara como si estuviera fingiendo tener experiencia. Por un momento, se preguntó cómo lo veían aquellos treinta y cinco hombres que miraban porque tenían que mirar.

En la escuela conocían y se burlaban de cada capricho y peculiaridad del habla, la vestimenta y los movimientos de un maestro. Algunos ejemplos: la forma en que la voz del viejo señor Graham se quebraba cada pocas frases y dejaba escapar un chillido. En los últimos meses de la preparatoria, habían tenido una nueva profesora de francés, madame De Marbot. Mark la había observado como un halcón. Estaba justo en la edad en la que de repente las chicas se convertían en una fuente de fascinación sin fin, y allí había una mujer, de mediana edad, eso sí, pero una mujer al fin, que llevaba vestidos y faldas ajustadas y unos tacones que repiqueteaban cuando se paseaba frente a la pizarra. Lamentablemente, poco después lo enviaron al internado, donde todo el personal estaba compuesto por varones, excepto una matrona que bien podría haberlo sido. Después de un año, el bedel de su residencia tenía una esposa amable y moderadamente

atractiva, pero la mayor parte del tiempo parecía un ambiente aún más masculino de lo que el Ejército iba a demostrar.

–Las órdenes se pueden dar mediante gestos. Por ejemplo, formar columna. –El sargento Dalton hizo el gesto, con los brazos extendidos y uno de ellos sosteniendo el rifle–. Cuña. –Dalton echó los brazos hacia atrás formando un ángulo detrás de él.

Mark siempre había sido propenso a las risitas nerviosas, especialmente cuando se suponía que debía hablar en serio. Creció la necesidad de decir algo tonto, y tal vez el recuerdo de De Marbot y la tímida señora Prentice, con sus vestidos bastante severos en el internado, le hizo querer decir «medias de seda» o «bragas con volantes». Probablemente, llamaría la atención, pero sería todo un desafío volver a abordar después la conferencia sobre el tema adecuado. Mejor no, y en lugar de eso intentó pensar en todas las cosas que todavía recordaba de la escuela. Eso no fue de mucha ayuda, porque primero fueron las lecturas de Shakespeare con el señor Thomas, y luego, las lecciones de historia con el señor Hardwicke. Sus lecciones eran buenas, porque tenía un vivo sentido del humor y hacía reír a todos, aunque fuera por lo más obvio, como cuando decía «echemos un vistazo al viejo nabo» antes de consultar su reloj de bolsillo. Hardwicke había sido herido en Passchendaele y todavía tenía un bulto en el cuello, y con unas pocas e ingeniosas preguntas e indicaciones por parte de los niños siempre estaba dispuesto a contarles historias de la última guerra.

Bueno, la instrucción estaba completa, así que era hora de practicar.

–Bien, repasémoslo de verdad. Se forma una sección a la izquierda, dos secciones a la derecha, el cuartel general en el medio y tres secciones en reserva.

Comenzaron a moverse, rígidos, probablemente medio dormidos y muy mojados, y a alejarse arrastrando los pies.

–¡Vamos, muévanse! –La voz de Dalton se transmitió fácilmente, aunque no gritó–. Se moverán bastante rápido cuando sea real.

«Eso debería ser pronto», pensó Mark. Durante el desayuno había corrido el rumor de que el traslado se había retrasado, quizá veinticuatro horas o incluso más. Por lo que parecía, el mal tiempo estaba frenando el desembarco de hombres, equipos y pertrechos en Normandía. Esperaba que el rumor fuera falso, porque toda esa espera y esa rutina aburrida no le hacía ningún bien al espíritu de nadie. La lluvia lo empeoraba todo.

Efectivamente, el correo se había reanudado y había una carta de su madre, aunque todavía nada de Anne. Una rápida mirada cuando llegaron los periódicos reveló que Jane estaba mostrando un poco de pierna ese día, después de un par de días aburridos. No era mucho, pero era algo.

–Bien, avanzaremos por el campo y daré las órdenes. Luego daremos la vuelta y los jefes de sección usarán señales para cada cambio. –Hizo sonar el silbato–. ¡Columna!

Dalton les metía prisas.

–¡Vamos, vamos! ¡Mantengan esos espacios! ¡Cinco metros!

* * *

12:45 horas, cerca de Saint-Pierre, Normandía

El Escuadrón C había perdido dos tercios de los tanques restantes y fue retirado. Se ordenó al Escuadrón B que descendiera para apoyar a la Infantería Ligera Dunham, que había perdido el centro de la aldea, pero todavía se aferraba obstinadamente a su extremo norte. La artillería amiga rugía en el aire, y James y el Pelotón Tres condujeron al escuadrón a lo largo de la carretera principal, tal y como estaba. No podía ver gran cosa, con bancales empinados coronados por setos y unos cuantos árboles a cada lado. El Sherman del sargento Dove le bloqueaba gran parte de la visión que tenía delante. La boina del sargento era una mancha negra justo encima de la cúpula, y James supuso que él tendría el mismo aspecto desde el punto de vista del cabo Bell, que lo seguía. El sargento Martin y el Firefly iban detrás. Las calles estrechas serían difíciles de maniobrar para el tanque con su largo cañón y, aparte de eso, quería mantener su carta de triunfo en reserva, ya que se hablaba de muchos

avispones enemigos. El sargento parecía haberse calmado y ya no enviaba mensaje tras mensaje.

Dove se detuvo.

–Baker Tres Able a Baker Tres, las primeras casas están cien metros más adelante. Casi puedo verlas a la vuelta de la esquina.

–Entre despacio, Tres Able. La infantería no cree que los enemigos estén tan avanzados, pero no pueden estar seguros. Haré todo lo posible por cubrirlo.

–Recibido, Baker Tres.

El Sherman de Dove avanzó a paso rápido y dobló la esquina. James lo siguió.

–Artillero, ¿está cargado con obuses?

–Sí, señor.

–Bien. Pivote a la izquierda. Está bien, adelante.

No podían ver gran parte de la casa más cercana a través de los árboles, pero incluso una fracción de segundo podría ayudar. Llegaron a la esquina y Whitefield bloqueó la oruga de la izquierda por un momento para girar. Tres Able estaba delante, a la vista. Habían pasado todo el tiempo que pudieron uniendo ramas a la torreta y al casco para ocultar su forma, al menos desde la distancia. El follaje parecía apagado en ese entorno, con casas de color gris pálido a ambos lados. Eran altas, lo que hacía que incluso el alto Sherman pareciera pequeño. Una tenía un cartel descolorido que anunciaba Cinzano pintado en la pared en blanco. Había poco más de uno o dos metros entre el tanque y las casas a ambos lados. Dove se detuvo por un momento.

–Conductor, alto –llamó James por el micrófono interno–. No, avance.

Tres Able se movía de nuevo.

James estaba entre las casas del fondo, girando la cúpula para mirar hacia sus oscuros tejados de pizarra y las habitaciones superiores. La de su derecha tenía contraventanas de color verde

intenso, sujetadas con barras y abiertas. No había señal de vida. Una ametralladora, una Spandau enemiga, con una velocidad de disparo increíblemente rápida, cobró vida con estrépito. No pudo verla, ni tampoco a la Bren, que respondió con su ritmo más lento.

Tres Able siguió adelante, con más casas a ambos lados del camino y la torre de la iglesia de piedra un poco más adelante. De repente, las ametralladoras del tanque de Dove abrieron fuego. James no pudo ver el objetivo, pero el sargento siguió avanzando.

–Baker Tres Able a Baker Tres, infantería en casas más adelante.

El 75 mm retumbó y el ruido resonó a lo largo de la calle estrecha. El proyectil impactó en una casa a la izquierda, abriendo un gran agujero y levantando nubes de polvo y humo. Aun así, Dove siguió avanzando. James estaba buscando en las ventanas a ambos lados. Todavía no había podido localizar a ningún enemigo. No había la más mínima posibilidad de acercarse al Sherman que iba en cabeza, y ninguno de los espacios entre las casas era lo suficientemente ancho como para rodearla.

James vio un rayo de llamas que venía desde abajo, a la izquierda, presumiblemente alguien escondido en la esquina de uno de los edificios. El cohete Panzerfaust impactó en el costado del casco del Tres Able, aproximadamente a la altura de la posición del conductor. Salía humo de la torreta cuando Dove salió, seguido rápidamente por dos miembros más de su tripulación. Saltaron a la carretera, sólo para ser derribados cuando una llamarada salió disparada de la escotilla abierta, llegando incluso más alto que las casas. El fuego empezó a lamer alrededor del anillo de la torreta, donde se unía al casco.

–¡Cristo Todopoderoso! –exclamó Whitefield.

James miró horrorizado. El Sherman ardía muy rápido. No había señales del conductor ni del copiloto, pero los otros hombres parecían ilesos y se pusieron de pie, medio tambaleándose, medio caminando en dirección a su tanque.

–¡Vuelvan con la infantería! –gritó James.

Dove miró hacia arriba, con los ojos en blanco, pero él y los otros dos se alejaron corriendo. James miró hacia delante. Todavía no podía ver a ningún enemigo.

–Conductor, prepárese para dar marcha atrás. Yo guiaré. –Cambió al canal externo–. Baker Tres a Baker, han hervido mi tanque líder. Está ardiendo y no hay forma de pasar. El camino es demasiado estrecho.

–Recibido, Baker Tres. Retroceda y encontraremos otro camino.

Todavía no había señales de ningún alemán, pero de repente estallaron proyectiles que rompieron el techo de la iglesia y derribaron parte de la torre.

–Conductor, marcha atrás. Continúe directo. Ahora suavemente. –James estaba observando detrás de ellos mientras retrocedían. Sólo de vez en cuando miraba hacia el furioso infierno del Halifax de Dove mientras ardía, con un humo negro y sucio sobre las llamas que aún alcanzaban lo alto–. Artillero, cúbranos. Dispare a todo lo que se mueva. –Estaban haciendo buenos progresos, así que gracias al Señor por los ingenieros de Detroit que habían construido el Hector II y por Whitefield, que tenía un toque tan delicado con la máquina de treinta toneladas incluso cuando conducía completamente a ciegas–. Esquina a diez metros, cinco, detenga la oruga derecha ahora, gire, gire, engrane la oruga, ahora recto durante cien metros.

* * *

14:10 horas, afueras de Saint-Pierre, Normandía

Otro pelotón dirigió el siguiente sondeo hacia el pueblo, pero fue objeto de intenso fuego por parte de una unidad de artillería autopropulsada que nadie podía ver correctamente. No perdieron a nadie, pero aquel carril también quedó bloqueado. El mayor Scott los llevó a través de los campos del lado norte, con la esperanza de rodear y acercarse a la carretera principal desde la otra dirección. El progreso fue lento. Los campos eran pequeños, a menudo sólo tenían una salida que los conectaba entre sí y no conducían al camino que querían. Cada doscientos metros había un seto

empinado que sortear. No se apresuraron. Un pelotón entraría en un campo y un tanque se acercaría al seto mientras los demás tomaban posición para disparar en apoyo. Luego atacaría el seto y se abriría paso, trepando por la orilla. Scott dirigió dos pelotones hacia el norte, mientras que el resto se quedó más cerca de la aldea, y el Pelotón Tres se encontró a la cabeza de ese grupo.

James los condujo a través de un huerto. Se turnaban para atravesar cada barrera primero. No quería que el cabo Bell corriera todos los riesgos y mantenía a Martin y al Firefly atrás. Al sargento no parecía importarle. Los manzanos eran bajos y el carril entre dos hileras apenas era lo suficientemente ancho para el tanque. Las ramas tiraban de la torreta a medida que pasaba, y James mantuvo las escotillas abiertas porque, de lo contrario, se habrían cerrado de golpe. Las hojas caían sobre él, al igual que las manzanas.

–¡Eh! –Collins gritó, sorprendido–. ¿Quién me está tirando fruta?

–No les gusta su actuación –afirmó Blamey–. Parece que son buenas manzanas.

–Usted es de ciudad, ¿qué va a saber?

Se reían casi histéricamente, y todo era muy ridículo, siempre y cuando no se amontonaran y atascaran el pivote o algo igualmente peligroso.

Llegaron al otro lado y a una puerta de campo estrecha, demasiado estrecha para un Sherman.

–Siga recto, Whitefield –le dijo James.

La pared era una albarrada bastante destartalada. Whitefield aceleró y las puertas cedieron. La mayor parte del muro a ambos lados se derrumbó y las orugas treparon fácilmente por lo que quedaba. Estaban en otro campo, pero podía ver edificios a la izquierda. En el seto más alejado sólo había un estrecho hueco y no había otra salida del campo. En el medio yacía una vaca muerta, con el vientre hinchado por los gases y las cuatro patas erguidas como los tubos de los cañones antiaéreos. Eso y la estrecha entrada sugerían que se trataba de un pastizal que nunca había sido visitado

por vehículos, lo que significaba que la única salida era atravesar el seto.

Se oyeron crujidos agudos por encima del ruido más amplio de la batalla en algún lugar delante de ellos. El sonido del cañón de un tanque o de un antitanque no se parecía a nada en el campo de batalla.

–Tres Baker a Baker Tres, puedo ver humo delante de nosotros, dos columnas. Parecen tanques cocidos. Cambio.

–Los veo –respondió James. Al igual que el sonido, las estrechas y densas columnas de humo eran fáciles de reconocer.

El mayor Scott salió al aire.

–Baker a todas las estaciones, a Baker Uno lo han cocido dos tanques. Parecen armas antitanque en un bosque, pero no podemos localizarlas. Baker Tres, ¿cuál es su situación?

–Baker Tres a Baker, estoy cerca del pueblo. Veré si el siguiente campo tiene una entrada. Cambio.

–Hágamelo saber. No entraremos ni saldremos de esta manera.

Esta vez lideró Bell, atacando el seto siguiente, y subiendo por el bancal y atravesándolo.

–Baker Tres a Tres Baker –informó el cabo un momento después–, de este lado está más abierto y hay un carril más adelante. Más lejos, parece haber una granja.

El Sherman de James siguió a Tres Baker a través del hueco. Dos vacas muertas más y algunos troncos cortados era lo único que había en el campo más grande, que, como había informado Bell, daba a un camino. Más adelante había edificios.

–Tres Baker, yo lideraré. Tres Charlie, siga a Tres Baker.

Whitefield esquivó a los animales muertos sin que se lo ordenaran, y James se alegró. No es que las vacas pudieran sentir algo ya, pero le habría parecido una profanación. A ambos lados del camino se encontraban los habituales setos altos. No estaba pavimentado. La lluvia había convertido el barro en cieno y las orugas lo revolvían

aún más. A la izquierda había un edificio de madera, intacto durante la guerra, aunque aparentemente bastante abandonado en tiempos de paz. Parecía abrirse a un patio, con una casa y establos o algo así a los lados. James pensó que podía ver tejados más allá.

–Baker Tres a Baker y Charlie, voy a acelerar. En caso de problemas, hagan un seguimiento lento –le dijo James al resto de la tropa–. Conductor, cuando diga que vamos, lo pone a todo rendimiento. Artillero, dispare a todo lo que se mueva. ¡Vamos!

Los motores gemelos del Sherman rugieron y cargó a lo largo del carril, salpicando agua sucia como para pintar el frente y los lados del tanque de color marrón, incluso aunque la lluvia se lo llevara. El patio de la granja parecía precipitarse sobre ellos. Los edificios con entramado de madera se volvían agrietados y descoloridos, y la pintura de puertas y ventanas, opaca. Había los desechos habituales de una granja en funcionamiento, un viejo tractor en un cobertizo abierto, herramientas y un arado tirado por caballos con aspecto oxidado y sucio. No había personas, ni siquiera animales que pudiera ver.

–Reduzca la velocidad. Llévenos al camino del otro lado –dijo por el intercomunicador, y después pasó a la radio–. Baker Tres a Baker y Charlie, parece despejado. El camino de delante gira hacia el pueblo. Únanse a mí aquí y seguiremos adelante.

Quizás era el turno de Bell, pero James sentía que era él quien debía liderar el camino. Esta vez se lo tomó con calma, y Whitefield condujo el tanque hasta donde el carril giraba hacia la izquierda. Una vez allí, pudo ver que se unía a una carretera que iba directamente al pueblo. Unos cincuenta metros más adelante había casas, y detrás de ellas se podía ver la torre de la iglesia destrozada, a la que le faltaba la mayor parte de la techumbre.

James informó dónde estaban al mayor Scott y le dijeron que siguiera adelante.

–Conductor, avance. Manténgalo estable. Artillero, espere la orden de disparar. No queremos agitar nada antes de que estemos listos. Copiloto, lo mismo. No sabemos qué hay ahí abajo.

Su tanque, el Baker Tres o Hector II, o como quisieran llamarlo, dobló la esquina y salió a la carretera, seguido por el cabo Bell. James tuvo que suponer que el sargento Martin los seguía. El camino era casi tan ancho como el que habían usado antes, y, aunque las casas más cercanas tenían pequeños jardines delanteros, por lo que no se cernían sobre él, todavía no había espacio para que otro tanque se acercara.

Como tantas veces, su cabeza de chorlito buscó una frase para describir la situación, y se le ocurrieron las historias de Gerard, de Conan Doyle. ¿Cómo era? Algo así como «la caballería ligera siempre estuvo a la cabeza del Gran Ejército, los Húsares de Conflans estaban a la cabeza de la caballería ligera, y yo, Etienne Gerard, estaba a la cabeza de los Húsares». Algo así. Mientras a su mente se le ocurrían esos pensamientos estúpidos, sus ojos buscaban las casas, los jardines con muros bajos y el camino más adelante. Había un cruce no muy lejos, probablemente atravesando la calle principal. No había alemanes.

Sí, los valientes, vanidosos y muy estúpidos pero afortunados Etienne Gerard y James Robert Alexander Taylor eran como dos gotas de agua. «¡Oh, mierda!», pensó James.

–Baker Tres a Baker y Charlie, unos cien metros más adelante está la carretera principal que atraviesa el pueblo. No hay señales del enemigo. Fuera.

Tan pronto como pronunció la palabra, un vehículo pasó por la carretera principal viniendo de su derecha y dirigiéndose hacia la izquierda. Tenía orugas, media docena de pequeñas ruedas redondas, grandes ruedas motrices en cada extremo y corredores en la parte superior. El casco era bajo, no tenía torreta y estaba completamente cerrado, y delante llevaba un cañón con compensador de gases en la boca del tubo. Todo estaba pintado de color arena, con patrones arremolinados de verde y marrón para darle una apariencia moteada. Había cajas, lonas y ruedas de repuesto, y Dios sabe qué más, que se amontonaban en la cubierta trasera, y en el costado había una cruz negra y el número 324 en

rojo bordeado de blanco. Incluso bajo la lluvia torrencial todo estaba más claro que cualquier fotografía.

Era un blindado de asalto alemán, un Stug III, que se distinguía por sus ruedas y que tenía montado un cañón de 75 mm al menos tan bueno como el del Sherman. Un hombre con un uniforme verde oliva estaba en la escotilla abierta y no parecía darse cuenta de su presencia, mirando hacia delante y hablando por un micrófono. Había pasado en un momento, expulsando humo sucio de los escapes.

–¡Dios mío! –exclamó Collins–. Un maldito huno.

James sintió el mismo *shock*. Era la primera vez que alguno de ellos veía un vehículo blindado de combate enemigo tan cerca y con tanta claridad. Detrás iba un soldado de infantería, con el distintivo casco como un cubo de carbón levantado en la parte posterior de la cabeza y un rifle al hombro. Llevaba un poncho de camuflaje que le llegaba hasta la cintura y del que goteaba lluvia. Lo seguía otro, y luego otro y otro, y había más al otro lado de la carretera, para dejar espacio para el paso de los vehículos.

Apareció un segundo Stug, éste de forma cuadrada, porque a cada lado tenía una gran pantalla como escudo contra las bazucas. Su comandante también estaba erguido y miró hacia la izquierda. James vio la boca del hombre abrirse.

–Artillero, objetivo: el autopropulsado. ¡Fuego!

James cerró los ojos, porque aún lo perseguían los recuerdos del destello abrasador del Firefly. Collins pivoteó rápidamente, presionó el botón y el 75 mm rugió. El proyectil, un obús cargado hacía algún tiempo, alcanzó el objetivo en una fracción de segundo y explotó, rasgó el faldón lateral y lo retorció hasta darle una forma extraña. La metralla del proyectil y la gruesa pantalla metálica atravesaron a los soldados de infantería, y Thomson abrió fuego con su Browning.

–¡Cargue perforante y dispare!

El Stug se hizo a un lado debido a la explosión, pero continuó por la carretera. Su comandante había desaparecido; era imposible

saber si estaba muerto, herido o simplemente aterrorizado. El cañón de asalto también casi había desaparecido detrás de la casa de la esquina, pero Blamey fue rápido y había metido el proyectil en la recámara; la cerró y le dio un golpecito a Collins en la pierna para decírselo. El cañón de 75 mm volvió a disparar y el proyectil sólido dejó un agujero brillante mientras atravesaba el fino blindaje de la parte trasera del casco, justo encima de las orugas. El Stug se detuvo.

–Otro perforante para estar seguro –dijo James. La infantería había desaparecido, salvo dos sacos desordenados de ropa vieja tirados en la calzada.

Collins volvió a disparar. James recordó que no tenía que parpadear, y luego se preguntó por qué no se había estremecido cada vez que se disparaba el arma y la recámara retrocedía con una fuerza atroz, a sólo unos centímetros de sus entrañas. Siempre se había estremecido en el entrenamiento.

Otro agujero limpio, cerca del primero, brilló intensamente por un momento. Collins era un buen artillero, aunque había que reconocer que se trataba de un disparo desesperadamente cercano. Del Stug salía humo negro y algunas llamas brillaban cuando el combustible del motor empezó a arder. No se parecía en nada al volcán cercano del Sherman de Dove, pero el cañón de asalto estaba claramente terminado.

–Baker Tres a Baker, nos hemos acercado a la calle principal. Se han avistado dos avispones enemigos y hemos hervido uno. Cambio.

–Buena exhibición, Baker Tres... Continúe... –El resto de la transmisión del mayor Scott fue demasiado confusa para seguirla. Las casas debían de haber bloqueado la señal.

–Conductor, háganos avanzar suavemente; será mejor que veamos lo que podemos ver. Artillero, mire a la izquierda y adelante. Copiloto, cubra la esquina derecha. No esperen la orden.

El Stug estaba ardiendo con más determinación, recordándole a James las tabletas de hexamina en las pequeñas cocinas preparadas para la invasión.

–Alto.

Estaban a veinte metros del cruce. Seguramente, el Stug, noqueado, estaba bloqueando el camino hacia la izquierda, lo que significaba que el primero en pasar tendría dificultades para alcanzarlos. Podía ser que hubiese otros siguiéndolo, escondidos a la vuelta de la esquina de la derecha. James no tenía intención de avanzar lo suficiente como para darles una oportunidad de tiro. Que se acercaran a él, y si había más Stugs con sus cañones fijos, debería poder apuntarles antes de que pudieran hacerlo con su propia arma. Los soldados de infantería eran más peligrosos, porque ellos se encontraban dentro del alcance de un Panzerfaust.

La Browning de Thomson cobró vida con un parloteo y la trazadora se dirigió hacia la casa de la esquina, marcando los ladrillos y arrojando pequeños fragmentos. James no había visto a nadie, pero la ametralladora debería de disuadir a todos menos a los más valientes. Algo se movía justo delante, en el camino opuesto. Era otro vehículo, pero mucho más grande. A unos ciento cincuenta metros de distancia, apareció un tanque a lo largo de la carretera bordeada de árboles. Tenía orugas anchas. James vislumbró brevemente hileras de grandes ruedas redondas antes de que girara bruscamente y todo lo que quedara a la vista fuera el frente. El casco era ancho y la placa plana del blindaje estaba inclinada hacia atrás. Encima había una torreta achaparrada y cuadrada, y un cañón muy largo ligeramente atravesado hacia la derecha, presumiblemente para ver a la vuelta de la esquina cuando habían girado. Era un Mark V. Un Panther. Aparte del Tiger, la bestia más aterradora de la selva.

–¡No me jodas! –exclamó Collins, con un tono de leve sorpresa.

–Artillero, pivote a la derecha, adelante. –El cañón de 75 mm estaba casi alineado con el tanque alemán–. Alcance de cincuenta metros. Objetivo: avispón, ¡Fuego!

El cañón retumbó, el proyectil salió recto y certero, e impactó a plomo en el centro de la placa frontal del casco. Luego chispeó y voló casi hacia arriba en el aire, desviado por el blindaje.

–Listo –dijo Collins, momentos después.

–¡Fuego!

¡Bum! James oyó o imaginó el silbido del disparo corriendo por el aire, luego las chispas y nuevamente el rebote. La torreta del Panther giraba lenta e inexorablemente, y el cañón ya no parecía tan largo porque apuntaba casi directamente hacia ellos.

–Cargue obús y dispare –dijo James.

Blamey casi tenía la punta pintada de negro de un proyectil perforador en la recámara, pero, después de verificarlo, lo dejó y cogió un obús con tapa verde.

El compensador del brocal del Panther parecía oscuro e inmenso incluso a aquella distancia. Desapareció por un instante en llamas cuando el arma disparó. James sintió un puñetazo salvaje en el aire cuando la bala pasó a sólo un metro de la torreta del Sherman. Gracias a Dios, su artillero no era tan bueno como Collins. Sus propios 75 mm resonaron de nuevo y la parte delantera del Panther estalló en una explosión.

–Conductor, marcha atrás, lo más rápido que pueda, hacia atrás.

Whitefield cambió de marcha y los motores rugieron cuando el Sherman retrocedió. James había olvidado ordenarle a Bell que se retirara, pero se sintió aliviado al ver que el cabo ya estaba en camino. El vuelo de un proyectil de alta velocidad por la carretera concentró, naturalmente, la mente.

–Baker Tres a Baker, hay otro avispón, un Panther, e infantería en la calle principal. No me imagino con fuerzas sin nuestra propia infantería.

James giró la cabeza para ver detrás de él. El Panther parecía haberse marchado, sólo quedaban unas pocas volutas de humo donde había estado. Ciertamente no habían causado ningún daño, aunque lo cierto es que no había esperado que un obús causara mucho daño contra un blindaje tan grueso. Eso significaba que todavía estaba ahí fuera, esperando, y tal vez hubiera más.

–Conductor, deténgase. –Casi estaban de vuelta en el camino que conducía a la granja–. Vaya despacio, listo para bloquear la oruga derecha cuando lo diga.

–Se refiere a la izquierda, señor, ¿no? –preguntó Whitefield.

James se dio cuenta de que estaba pensando como si el tanque estuviera avanzando y había confundido su izquierda con su derecha.

–Lo siento, sí, ahora... Hemos dado la vuelta, engrane la oruga de nuevo.

* * *

18:55 horas, Saint-Pierre, Normandía

–Artillero, coaxial a las ventanas superiores. Manténgalo alto.

Estaban detrás de un seto y un talud, en un lugar donde el terreno descendía lo justo como para que desde la torreta pudieran ver el campo siguiente. Había una casa de dos pisos en el extremo más alejado del campo, y más allá, un camino lateral que conducía al pueblo. Un humo blanco floreció en el campo cuando el mortero del pelotón de infantería lo cubrió con bombas. No se propagó tan fácilmente como en un día seco, pero dificultó la visión.

–Siga disparando, pero sólo el piso superior –ordenó James.

Si Collins no alteraba el ángulo, las balas deberían ir muy por encima de la infantería que atacaba. Las Bren agregaron su propio fuego. A James le habían llamado la atención los exteriores apagados y descuidados de muchas casas francesas. Se dio cuenta de que no contribuían mucho. Vagamente, porque el humo se dirigía hacia ellos, vio las siluetas de la Infantería Ligera Durham avanzando a toda velocidad hacia la casa. Casualmente, se trataba del mismo pelotón que había llevado en la carrocería del tanque durante el avance. Fue agradable ver que el alférez seguía en pie.

Alrededor de la casa explotaron granadas. James no podía ver ni oír ningún disparo de respuesta, pero era muy difícil estar seguro. Ciertamente, había alemanes dentro hacía una hora.

–Alto el fuego.

La infantería estaba demasiado cerca de la casa ahora para quedar a salvo incluso cuando apuntaban alto. Aquél era el momento en que un enemigo oculto, inmovilizado o escondido hasta entonces, aparecería y dispararía con todo lo que tenía. Vio al alférez, con su cuerpo larguirucho y su distintivo andar desgarbado, haciendo señas a sus hombres para que lo siguieran. Más granadas, esta vez colocadas a través de las ventanas, y luego ráfagas de fuego Sten. La casa estaba despejada. El oficial apareció en la ventana superior y saludó.

La mayor parte de Saint-Pierre estaba controlada por los alemanes, y cada intento del 165.º RAC de entrar en las casas o rodearlas terminaba en fracaso, a veces con la pérdida de uno o dos tanques. El Escuadrón B se había reducido a doce tanques en pleno funcionamiento. James no sabía cuántos tripulantes estaban muertos o heridos y cuántos a salvo. Sin embargo, el Durham aún controlaba el extremo norte de la aldea, después de rechazar ataque tras ataque y soportar intensos bombardeos. Sus pérdidas habían sido cuantiosas, pero no se movían. De hecho, estaban empezando a retomar algunas casas y campos perdidos ese mismo día, y el Escuadrón B ofrecía apoyo de fuego. Aquella casa era una de ellas, liberada el día anterior, retomada a última hora de la mañana y ahora nuevamente en manos de los aliados. No habían tenido que usar el cañón de 75 mm, por lo que, aparte de las cicatrices de las granadas y las armas pequeñas, estaba razonablemente intacta, al menos mientras los alemanes no intentaran recuperarla o bombardearla hasta convertirla en cenizas.

* * *

21:35 horas, campamento B43, Sussex

Judd se tumbó sin botas en la cama y trató de leer. Todo el mundo esperaba el traslado al día siguiente, y ahora había rumores de retrasos. Eso no le preocupaba demasiado. A nadie le gustaba esperar, pero su tiempo en el Ejército le había proporcionado un enfoque filosófico de esas grandes cosas que no podía controlar. Se

lo dirían cuando lo consideraran oportuno, y harían con él lo que les pareciera más indicado. No tenía sentido preocuparse por eso.

Más inquietantes fueron las dos conferencias a las que les habían ordenado asistir al final de aquella tarde de fútbol bajo el agua y en el barro. Judd había sido elegido para jugar en la compañía, como siempre, y, a pesar de toda la experiencia, 716 Williams estaba en el lado contrario, por lo que, naturalmente, le dolían las piernas y las tenía magulladas. La primera charla había sido un especial del Cuerpo de Educación del Ejército sobre la invasión y la justicia de la causa aliada. Dudaba de que alguien estuviera en desacuerdo con lo que se dijo; simplemente, no parecía necesario decirlo, especialmente cuando podrían haber estado tomando té o viendo una película.

Siguieron cosas peores, porque, después de celebrar la gran causa, con la implicación de que eran personas espléndidas para liderar el camino, asistieron a una conferencia de una hora sobre enfermedades venéreas. Y no sólo eso. El caso es que la charla no la dio su instructor habitual, un jovial irlandés que era un artista nato –incluso los oficiales que no tenían que estar allí usualmente aparecían para sus charlas, que siempre comenzaban con «Ahora esperaba mostrarles la película que les enseñan a las chicas de la Armada Real, pero el cuartel general se la ha incautado en su propio beneficio...»–, sino que en su lugar había venido alguien de arriba. Nada menos que un coronel con todas las letras, de pelo gris y rostro casi igualmente gris, que hablaba en un tono monótono y con detalles atroces, ilustrando cada punto con imágenes y diagramas. A Judd le dio la impresión de que pensaba que todos los hombres de la sala violarían cualquier cosa que tuviera pulso tan pronto como llegaran a Francia, o bien que frecuentaban burdeles con tanta asiduidad como tomaban una taza de té. Al principio, fue casi divertido, y hubo muchos murmullos groseros y bromas:

–Oye, ligón, te está mirando a ti.

Pero, poco a poco, la avalancha de diapositivas de genitales gravemente enfermos se cargó el humor y el ánimo. De los cruzados

que liberarían al mundo pasaron a ser unos pervertidos destinados a un dolor agonizante y, eventualmente, a la ceguera, la locura y la muerte. Al cabo de media hora, el primer soldado salió corriendo a vomitar en el césped, fuera del vestíbulo. Pronto lo siguieron otros. Judd tampoco duró hasta el final. La charla les había dejado un sabor profundamente desagradable que resultó suficiente para advertir a la mayoría de que no pensaran demasiado en la fornicación, al menos aquella noche, cuando las oportunidades para tales cosas eran nulas. Después no hubo muchas bromas al respecto, aunque sí muchas palabrotas. En general, parecian aturdidos.

–¡Dios mío, ya le pusieron bromuro al té! ¿Qué más quieren? –fue uno de los pocos comentarios divertidos.

Sólo más tarde los ánimos volvieron a algo parecido a la normalidad. El Ejército era así, golpearte en la cabeza con disgustos e incomodidades, ya fueran grandes o pequeñas, o simplemente tonterías. Tan pronto como terminaba, había que aprovechar al máximo el tiempo libre que uno tenía, porque nunca se sabía cuándo llegaría la próxima oportunidad.

A Judd le habría encantado estar solo en una habitación, con una silla cómoda y una buena luz para leer, pero, como nada de eso iba a suceder, la tenue luz eléctrica de la cabaña y el jergón de paja de aquel catre plegable tendría que ser suficiente. La mitad de los hombres que vivían allí estaban fuera, la mayoría en el cine, en la cantina o de servicio, y el resto no hacía demasiado ruido para los estándares del Ejército. Al fondo, un par de aspirantes a tenores cantaban *Allá lejos y hace tiempo*, de la película que habían mostrado. Se sabían la mayor parte de la letra y bastante de la melodía, y aquél no sería un regimiento galés si nadie cantara. Otros hablaban, silbaban y se ocupaban de sus equipamientos, y algunos leían libros o escribían cartas.

Jeffreys, un joven de un pueblo del valle de Glamorgan, estaba concentrado en un ejemplar maltrecho de *No hay orquídeas para miss Blandish*, con la lengua entre los dientes como señal de

concentración. Judd lo había leído, pero por su vida no podía recordar si el personaje principal alguna vez recibió un nombre de pila en la historia. Tampoco era una historia feliz, ya que dejaba un sabor un poco amargo, porque siempre esperabas un final mejor. Unas cuantas camas más allá, Franklin, un muchacho de Newport, tenía una revista con *pin-ups*, viñetas y artículos sin duda edificantes. Probablemente, le iría mejor con eso que con el suspense. Ciertamente, de vez en cuando soltaba un silbido o una carcajada chirriante, y luego insistía en mostrárselo y explicárselo a Prentice, que estaba en el camastro de al lado.

No era un ambiente tranquilo, ni mucho menos, pero lo haría servir. Todo se había vuelto tan familiar desde aquella primera noche, hacía más de un año, en que William Judd se había convertido en el soldado Judd, cuando su pelo corto había sido afeitado y se había puesto firme, algo incómodo, desde las botas hasta el uniforme, que parecía diseñado para no encajar en ningún lugar, mientras un sargento diminuto, erizado de fervor marcial, les gritaba y los reprendía cada vez que no comprendían algo que aún no les habían explicado. Bueno, eso no era del todo cierto. Había servido en la Guardia Nacional en su lugar de origen, así que sabía un poco de ejercicios, y al menos sabía que los pantalones y el resto se podían arreglar y hacer que quedaran cómodos. Algunos de los muchachos que lo rodeaban no habían tenido ninguna preparación, lo que debió de haberlo hecho todo aún más aterrador. Se alistó en Cardiff, por lo que, naturalmente, le dieron una autorización ferroviaria y le dijeron que se presentara en un depósito en Durham, donde había hombres de todo el país y de todos los sectores sociales, temblando con el frío de febrero. El entrenamiento básico fue frío y húmedo, y deliberadamente desagradable, durante seis semanas enteras.

Los recuerdos se habían desvanecido y sólo por unos momentos acudían a su memoria: la sensación de estar acosado y agotado, de doblarse por todas partes, y de correr por laderas desoladas bajo aguanieve y nieve; conocer a tantos hombres, no simplemente extraños, sino totalmente extraños en su forma de vida y de habla.

Había un muchacho de Glasgow al que Judd nunca pudo entender, y el pobre, al que le gustaba hablar, tampoco podía entender lo que Judd decía. Había un puñado de hombres educados y, junto a ellos, analfabetos. Estaba el hombre que nunca podía mover el brazo derecho cuando su pierna izquierda se movía para marchar, y cuyo brazo y pierna parecían tan unidos como un osito de peluche. Y también los aspirantes a matones, y los rezongos y las peleas que les ponían fin.

Judd había decidido rezar todas las noches y hacer un espectáculo, arrodillándose en el suelo, con los codos sobre la cama, los ojos cerrados y las manos entrelazadas. No podía afirmar que su motivo fuera muy cristiano. Era más como el pistolero de una película que se echa hacia atrás el faldón de su abrigo para mostrar la culata de su Colt. Había risas, chistes y burlas. Es cierto que era un país libre. El hombre sentado en la cama junto a él, un individuo de Mánchester de rostro duro y mayor que la mayoría de ellos, había ido más lejos. Sopló el cigarrillo hasta que la punta se calentó, luego se inclinó y lo empujó contra el pie descalzo de Judd.

Lo que siguió fue más que nada suerte. Judd era bastante grande, aunque no tan musculoso como después de los entrenamientos. Había practicado boxeo y tenía mal genio. Giró sobre sus rodillas y convirtió el giro en un puñetazo que golpeó al de Mánchester bajo la barbilla. El ángulo debía ser el correcto y la fuerza inusual, y Judd sabía que nunca podría volver a hacerlo, pero el puñetazo levantó al hombre en el aire y lo arrojó de la cama. Aterrizó en el suelo con fuerza e inconsciente, y alguien le echó agua del cubo de la limpieza para despertarlo. Para sorpresa de Judd, el de Mánchester no tenía ninguna mala voluntad.

–Muy bien, amigo, la próxima vez habla bien de mí –fue todo lo que dijo.

No se hicieron amigos, ni mucho menos, y apenas intercambiaron una palabra más, salvo en el cumplimiento del deber. Las amistades que se desarrollaban eran más por conveniencia que cualquier otra cosa, ya que las probabilidades jugaban en contra de ser destinado a

la misma unidad que cualquiera de los demás en el futuro. A fin de cuentas, se llevaban bastante bien, insultándose mutuamente, quejándose y bromeando juntos cada vez que tenían energía. Día tras día de entrenamiento físico, instrucción sobre armas y limpieza, y pulido de todo lo que se pudiera limpiar y pulir, lo necesitara o no realmente. Y siempre estaba la plaza de armas.

Los instructores, por no hablar de los suboficiales, forzaban el inglés de múltiples maneras, alargando algunas palabras y acortando otras. La mayoría tenía el don de la cháchara y de los chistes, que hacían que todo fuera un poco más manejable. «Madre de Dios, si los sesos fueran pólvora, no tendría ni para volarse el sombrero», había quedado grabado en la mente de Judd como uno de los insultos favoritos que había recibido.

Judd disfrutaba del entrenamiento, especialmente porque todos mejoraron y lo sabían. Había una gran sensación de unidad en ello, algo muy raro y atractivo para un hombre solitario, y para él el choque de botas y el golpe de las palmas contra las culatas de los rifles tenía algo profundamente conmovedor. Era casi como una danza.

Los días eran muy largos, ya que el Ejército no estaba dispuesto a ceder ante la corta luz del día invernal del norte de Inglaterra, y estaban cansados, pero el tiempo finalmente pasó. Aprendieron a hacer las cosas a la manera del Ejército y los trucos que lo hacían más fácil, como poner pequeñas pesas en los dobladillos para que sus pantalones cayeran bien sobre las polainas, o colocar una toalla húmeda sobre los mismos pantalones para hacer una raya más pronunciada con una plancha caliente.

Muchos de los recuerdos eran de olores: de betún para botas, de latón, de aceite para armas y de las piezas de madera que salían sucias y resbaladizas al tirar del cañón de un rifle durante la limpieza. Sobre todo, el olor de los jóvenes encerrados como gallinas. Era el olor de los uniformes de lana húmedos, del barro que se limpiaba de las botas y del hedor de docenas de pares de gruesos calcetines de lana empapados cuando todos en una cabaña se

quitaban las botas después de una larga marcha o un día en el campo de asalto. Muchos roncaban, mucho más de lo que esperaba y mucho más fuerte. Algunos, aunque más de los que hubiera esperado, parecían estar siempre hurgando bajo las mantas. De vez en cuando, aparecía otro recuerdo: el de alguien que te sacudía el hombro cuando te habías quedado dormido, exhausto, para preguntar: «¿Quieres comprar un acorazado?». Y esperar hasta que el tipo volviera a roncar antes de despertarlo para preguntarle de qué color era. Muchos eran muy jóvenes, lo que parecía añadir una acritud particular al sudor y, ciertamente, más que una pizca de estupidez a su comportamiento. Incluso en el quinto año de guerra, para muchos de los jóvenes existía la sensación de que todo era un juego. Los hombres de más edad no eran así, porque todos los mayores diligentes hacía tiempo que habían pasado por el sistema y sólo quedaban los reacios, cargados de ocupaciones previamente exentas del servicio.

Las cosas mejoraron después del entrenamiento básico, cuando los destinaron a un regimiento de verdad, pero muchas cosas siguieron siendo iguales mientras entrenaban y entrenaban, y la guerra pasaba de largo. Diferentes campos, diferentes lugares, pero el mismo batallón, incluso después de haber sido destinado fuera un par de veces y luego haber regresado a la unidad. Los hombres probablemente se parecían mucho a cientos de miles de otros uniformados de todo el país, tanto los bajos como los altos, vestidos con los uniformes más baratos de todas las naciones aliadas. Eran sabios y tontos, ágiles y desmañados, y podían ser amables y crueles, y muchos eran una mezcla de todas esas cosas. Judd consideró que había aprendido más sobre la naturaleza humana en el Ejército que en sus amados libros. Necesitaban a un Dickens que les diera vida en toda su gloria estridente, hosca, oprimida y orgullosa, pero de alguna manera dudaba de que alguna vez consiguieran uno.

–«... los cielos están encapotados, pero ahora las nubes han pasado» –cantó el melódico de turno–, «pero ahora por fin estás aquí...» –se interrumpió, inseguro de lo que seguía.

Ésa había sido otra sorpresa, al menos al principio, porque ahora parecía algo natural. Ya sea en la pantalla, en la radio o en esas actuaciones de dormitorio, al Ejército le encantaba poner a los soldados en escena; le gustaban sus chistes verdes, y le gustaba que pensaran y hablaran sobre mujeres. Había *pin-ups* en todas las etapas de vestimenta y desnudez decorando las taquillas de la cabaña. Algunos se jactaban de sus hazañas con las chicas, y probablemente no exageraban mucho. Hablaban de «hacerlo», pero también usaban expresiones más directas del anglosajón. Los lemas de la radio, las melodías tontas como *Las yeguas comen avena* que circulaban en ese momento eran bastante populares. Sin embargo, lo que los conmovía, lo que los animaba a pedir más, era a menudo una pieza de música orquestal o una canción tan sentimental que casi resultaba almibarada. Hombres que imprecaban con tanta facilidad como respiraban, que se emborrachaban, que peleaban entre sí y con los de la Policía Militar, y que siempre estaban fuera de los límites y visitaban burdeles, a menudo se sentaban, con los ojos vidriosos, a escuchar versos románticos. Les gustaba escuchar cantar a una mujer, incluso a una niña, pero un disco de Beniamino Gigli o de Richard Tauber los conmovía profundamente, y no sólo a ellos, también al resto.

Judd se ajustó las gafas e inclinó el libro para iluminar un poco más la página. Su hermano mayor se lo había regalado cuando ambos lograron estar de permiso al mismo tiempo unos meses antes. Paul era ingeniero de vuelo en los Halifax y había realizado dieciocho viajes en su primer periodo de operaciones; bueno, ahora ya eran veintidós, según su última carta. Judd había querido volar, a pesar de que su hermano había intentado disuadirlo.

–Eres demasiado alto y demasiado gordo. No hay mucho espacio en un avión –le había dicho.

Paul medía un metro setenta y ocho, era delgado, rubio y guapo; la viva imagen de su difunto padre cuando tenía la misma edad. Este último había volado en los Sopwith Pup y luego en los Camel en la Gran Guerra, y cerca del final contrajo una gripe que le provocó tuberculosis y una muerte lenta y cada vez más desagradable. Judd

había querido volar, pero a la Real Fuerza Aérea no le gustaban los hombres con gafas, aunque sólo fueran para leer, y a él no le apetecía vestir de azul militar ni trabajar en tierra en algún alojamiento seguro. La idea de convertirse en empleado militar y vestir un uniforme de batalla en lugar de un traje lo había horrorizado. Y también la idea de hacerse a la mar, porque temía ahogarse y el más suave oleaje le provocaba mareos. Había decidido alistarse en el Ejército y estaba decidido a hacer el verdadero trabajo como soldado de infantería. Su padre no le había hablado mucho de Flandes ni de volar, y Judd llenó su imaginación leyendo todo lo que pudo sobre los ases de la aviación y los aviones de la última guerra.

–Aquí tienes –le había dicho Paul–. Me costó diez libras, así que cuídalo muy bien. –El libro era *Winged Victory,* de V. M. Yeates.[14] La cubierta de cartoné estaba desgastada y manchada, y estaba claro que había tenido muchos dueños–. Esto es lo único bueno que se ha escrito sobre los vuelos de guerra. El resto es pura pavada –le había asegurado Paul.

Judd ya lo había leído entero y estaba inmerso en él por segunda vez, y tuvo que darle la razón. No es que fuera alentador, al menos no de una manera sencilla. Allí estaban todos luchando contra los alemanes una vez más, con armas aún más devastadoras que la última vez, aunque nadie estaba usando gas mostaza. No por el momento.

–«Tengo tiritona en la espina» –cantaron–. «La lámpara de Aladino es mía...».

Judd tampoco estaba seguro de lo que aquello significaba, pero la melodía era bonita.

D + 5, domingo, 11 de junio 3:55 horas, cerca de Saint-Pierre, Normandía

El teniente coronel Tim Leyne parecía tan fresco como si hubiera dormido durante días en el más suave de los lechos de plumas.

–A la Séptima de Blindados le está resultando lento el avance. Bueno, todos hemos visto lo que es este país. ¡Vaya uno a saber por qué los agricultores de Normandía no han pasado siglos preparándose para la llegada de nuestros tanques! Una maldita negligencia de su parte. Es un campo tras otro, y, mientras que en el Matilda II[15] se podía ver a kilómetros de distancia hasta que llegaba la neblina del desierto o una tormenta de arena, aquí tienes suerte si ves a cincuenta metros. Por eso la Séptima no ha llegado tan lejos como había planeado, y nuestro ataque hacia el este contra Cristot fue un fracaso, porque no tomamos la plaza ni el punto 102. Los que participasteis lo sabéis todo.

James luchó por reprimir un bostezo. Se había afeitado, y eso lo había ayudado, pero aquellas cortas noches de verano eran agotadoras. En poco más de media hora el regimiento estaría listo, esperando en posición en caso de que se produjera un ataque cuando se acercaba la primera alba. Era algo que hacía el Ejército británico y tenía mucho sentido, aunque no lo tornaba más fácil en el día a día.

–Todo esto suena decepcionante –prosiguió el coronel– hasta que se mira desde el punto de vista de Fritz. Tiene una parte de Saint-Pierre, pero no puede ocuparlo todo. Tampoco puede llegar hasta el punto 103. –Con el crepúsculo de la tarde, el regimiento se había retirado a posiciones escondidas entre los campos en la ladera delantera de la cresta–. Esto significa que nuestros artilleros pueden ver y los suyos no. La Séptima de Blindados no ha logrado avanzar y se ha topado con una dura oposición, pero pueden seguir avanzando y al mismo tiempo girar más hacia el oeste. Esto hará que Fritz se extienda, y todavía hay una buena posibilidad de encontrar un hueco donde no tengan hombres; una muy buena posibilidad, por cierto. Todavía hay mucho en juego. Ése fue el genio de Rommel en el

desierto: siempre encontraba un flanco y una forma de rodearlo, así que será amable devolverle el cumplido –añadió, con una sonrisa taimada. El bostezo luchaba por abrirse paso hacia la superficie. James levantó un puño como para frotarse la cara. El coronel lo miraba fijamente. Leyne esperó un momento y luego le guiñó un ojo–. Y, por supuesto, el panorama general es que los estamos manteniendo demasiado ocupados como para que se dirijan a las playas. Esto sigue siendo lo que realmente importa. Tenemos a la Panzer Lehr delante de nosotros, al 12.º de las SS a nuestra izquierda. Ambos están dispersos, aquí y allá, tapando huecos en la línea, tratando de recuperar lo que hemos tomado. Este terreno tampoco es fácil para ellos, tanto si se trata de atacar como de defender. Sí, no podemos verlo, pero él tampoco puede vernos a nosotros, y eso es un gran obstáculo para sus grandes cañones. ¡Bueno, éste es el gran panorama y mi pequeña oportunidad de hablar como Napoleón! Esto es lo que nos importa. La brigada se está consolidando para hacer frente a los ataques que seguramente seguirán llegando. Hoy formaremos la reserva de la brigada en la cresta. Los escuadrones A y C llegarán allí a las 6:30 horas. B volverá a avanzar para apoyar a la infantería ligera Durham en Saint-Pierre. Se retirarán una vez que Yeomanry los releve. Está previsto que lleguen a las 10:00 horas. Peter –le hizo un gesto con la cabeza al mayor Scott–, lo querré a la izquierda, justo detrás de donde estará en el pueblo. Se lo mostraré en detalle en el mapa en un minuto. Bien, ¿alguna pregunta?

Hubo algunos asuntos menores, consultas sobre tanques de reemplazo y tripulación. El Escuadrón A tenía sólo nueve tanques en funcionamiento, y el C, once. La tropa de reconocimiento estaba a tope de rendimiento, pero no tenían un gran papel en aquel momento.

–Conseguiremos algunos, pero probablemente no hasta esta noche –les dijo el coronel–. Todo el mundo ha perdido tanques, por lo que los estantes parecen un poco vacíos, pero estoy seguro de que el repartidor llegará pronto. ¿Algo más?

James esperó, pero cuando nadie tenía nada práctico que arreglar decidió preguntar:

–Circulan historias sobre las Juventudes Hitlerianas fusilando a prisioneros. No estoy seguro de qué decirles a mis hombres.

–Dígales que es muy cierto –dijo el coronel, con franqueza–. Ha habido varios incidentes que conocemos. No sé si es oficial y toda la 12.ª División SS es así, o si son unos cuantos huevos podridos. No importa. Dígales a los muchachos que se lo piensen dos veces antes de levantar las manos si esos cabrones están en la zona. –Giró la cabeza y miró a cada uno de ellos por turno–. Lo que hagan no importa porque jugamos el juego a nuestra manera. La mayor parte del tiempo no es nuestro trabajo hacer prisioneros. Déjelo en manos de la infantería, que puede cuidarlos. Pero no disparamos a banderas blancas ni a hombres con las manos en alto, a menos que sean ellos los que empiecen a hacerlo. Claro.

Hubo asentimientos, algunos inseguros, otros dudosos y la mayoría simplemente resignados.

* * *

10:00 horas, campamento B43, Sussex

El traslado estaba en marcha, al menos eso decía todo el mundo. Se empacaron y almacenaron los equipos, se entregaron raciones y municiones, y todas las compañías desfilaron en orden de servicio completo a las 11.00 horas para partir a las 12.00 horas. El campamento era un hervidero de actividad, toda llevada a cabo con un punto de agitación. Incluso el sol hizo una breve aparición, antes de que las nubes volvieran a cerrarse a su alrededor, pero estaba seco y había un propósito simple en la vida de todos. Alguien había ordenado a la banda que los inspirara, porque iban a seguirlos en el transporte de reserva, que zarpaba de Londres, en lugar de Newhaven. A medida que el batallón se reunía, tocaron *Men of Harlech* y todas las demás marchas asociadas con el regimiento. Después de un tiempo, cambiaron a algunas melodías galesas más suaves. A las once en punto, el batallón se cuadró en el campo de

instrucción en respuesta a la atronadora voz del sargento mayor del regimiento.

–¡Ningún traslado antes de las 13:00 horas! Desfile, descanso.

No se les permitía ir a ninguna parte, pero se quitaron las mochilas y se sentaron sobre ellas. Llegó un camión para servir té.

–He oído que han liberado a 374 Evans del trullo –dijo Griffiths, con un cigarrillo en la mano mientras le daba una calada. Estaban esperando el turno del Pelotón Nueve para levantarse a tomar el té.

–Bien –dijo Judd.

El humo del tabaco era otro olor de la vida en el servicio, aunque, para ser honesto, lo mismo sucedía en gran parte del país. Las iglesias y las capillas, al igual que los museos, eran raros paraísos sin humo. Judd estaba acostumbrado, pero todavía seguía haciéndolo feliz el no participar. El resto de la sección, a su vez, se alegraba de tener su paquete de cigarrillos, lo que significaba que todos estaban contentos.

–Y ha aparecido «Rusty» Reade, del Pelotón Diez. Dijo que había oído que nos íbamos y que no quería perdérselo. –Reade era uno de los personajes malos del batallón, un ladrón, frecuentemente borracho y desordenado, a menudo ausente sin permiso. Era de Leeds, de la reserva, y de alguna manera había encontrado su camino hacia un regimiento galés, incluso si pasaba casi tanto tiempo en una prisión militar u otra como en la unidad.

–¿Lo van a dejar venir, a ese imbécil perdido? –preguntó el soldado «Sandy» Moore. Era uno de los hombres de Cardiff.

–Puede ocupar mi lugar –ofreció el soldado Davison. Era un chico de Port Talbot, con el pelo negro, espeso y rizado, y la tez de un italiano.

–Sí. Dicen que el coronel está contento –agregó Griffiths.

Nunca estaba del todo claro a quién citaba con esos impersonales que usaba con tanta frecuencia, pero lo cierto es que acertaba más veces que las que se equivocaba. Se giró ligeramente para poder estirarse, con la cabeza apoyada en la mochila.

–Oiga, sargento, ¿qué está pasando?

–Parece que hay una guerra, soldado Griffiths –dijo Holdworth, enfatizando la diferencia de rango–. ¿No se ha enterado?

–Me preguntaba qué era todo ese ruido.

Holdworth parecía a punto de seguir caminando cuando se volvió para mirarlos.

–Ahora, como todos ustedes parecen no saber qué hacer, supongo que podría... –Sonrió burlonamente.

–Estamos ocupados, sargento, muy ocupados.

Holdworth resopló.

–Bien, eso es lo que un sargento quiere oír de su pelotón, aunque es muy fácil encontrar algo que hacer. He oído que es necesario desplazar un piano. Aun así, no estoy seguro de que sean del tipo musical. ¿No son generosos con sus pitillos?

–Joder con el cabrón –dijo Griffiths, extendiendo un paquete.

–Gracias. No falta mucho. Los TCV estarán aquí a las doce cuarenta y cinco.

Judd suspiró. Un TCV era un vehículo de transporte de tropas o un camión para cualquiera que no tuviera una mentalidad militar. ¿Por qué tenían que complicarlo todo y crear su propio lenguaje? El Ejército parecía vivir y respirar de siglas. Griffiths inclinó la cabeza hacia atrás sobre la mochila, mirando al cielo.

–¡Dios, qué guerra! Jodidos sargentos que te sisan el tabaco. Te lo digo: cuando el Departamento de Guerra mira el informe de alguien y ve que está escrito «maldito cabrón» en la parte inferior, inmediatamente lo asciende a sargento.

–El que esté buscando pitillos no significa que sea un cabrón –señaló «Sandy» Moore.

–Sí, pero es sargento y se deletrea C-A-B-R-Ó-N.

–Tengo un motivo legítimo –entonó Judd, reviviendo un chiste muy antiguo en el pelotón.

–¿Quién es un cabrón? –Todos gritaron y se echaron a reír.

«Coop» Buchanan pasó junto a ellos, esbozando una pequeña sonrisa para demostrar que lo había oído y luego girándose deliberadamente para demostrar que no se había dado cuenta oficialmente.

Los hombres se relajaron. Muchos de ellos se pusieron cómodos para estirar las piernas y usaron sus mochilas como cojín. Luego esperaron, como habían hecho una y otra vez desde que los reclutaran.

–¿Y qué dijo el Coop? –susurró Griffiths.

–¡Sí! –corearon todos.

* * *

17:00 horas, punto 103, Normandía

Un gran ataque venía desde el suroeste, aunque ni James ni el resto del Pelotón Tres podían verlo todavía. El parloteo por radio informaba de una docena o más de tanques y cañones de asalto, aunque algunos llegaban hasta los veinte o treinta, y afirmaban que los Tiger y Panther formaban parte del contingente, y mucha infantería que los acompañaba. Aquél era el lugar más abierto de ese país, con un par de enormes campos de trigo subiendo gradualmente hacia el final de la cresta. Un escuadrón y parte del B ya estaban alineados contra los setos en el borde del terreno elevado que dominaba ese acceso, y estaban siendo minuciosamente azotados por la artillería alemana. James acababa de ser convocado desde su posición orientada al sur, y se le había ordenado ver si podía encontrar una línea defensiva y una buena posición de fuego a la izquierda de la línea principal de los Sherman.

Llegaron a un campo y se dieron cuenta de que no había otra manera de entrar o salir, por lo que James llevó al Pelotón Tres sobre el seto inclinado en el otro extremo, esperando que su memoria fuera precisa y que hubiera al menos un campo más allá. La perspectiva de aparecer ante todos esos Panzer no era atractiva. A

través de los auriculares, escuchó los mensajes crepitantes y trató de entender qué había sucedido.

–Sunray a todas las estaciones, Shelldrake dice que se acerca el bombardeo.

Sunray y Shelldrake eran el comandante del regimiento y el oficial superior de artillería, respectivamente. Quienquiera que hubiera ideado las palabras en clave debería estar en Colney Hatch, en el asilo para lunáticos.

James levantó la vista mientras los conducía hacia el hueco en el siguiente seto. Creyó ver motas oscuras de obuses volando por el aire.

–¡Puñeteramente maravilloso! ¡Puñeteramente maravilloso! –gritó alguien.

–Sunray a todas las estaciones, observen el procedimiento inalámbrico correcto.

El ruido fue espantoso, a pesar de que James todavía no podía ver el impacto y de que tenía los auriculares puestos y estaba en un tanque corriendo ruidosamente por un campo fangoso.

–Conductor, deténgase junto a la puerta.

Las tablas de la puerta yacían aplastadas en el suelo, pero Whitefield lo vio y se detuvo suavemente. James quería ver hacia delante, y rápidamente se dio cuenta de que aquello daba a otro campo, uno que era largo y se extendía a ambos lados, pero estrecho y de apenas treinta metros de ancho. Había una puerta todavía en pie, lo cual era extraordinario, hacia la izquierda, pero ésa era la dirección equivocada.

–Baker Tres a Baker y Charlie, esperen mientras echo un intuito. –Era extraño cómo se aprendía esa extraña mala poesía del Ejército, una mezcla de acentos de toda Gran Bretaña y muchas palabras mal pronunciadas del imperio–. Conductor, gire a la derecha y llévelo hasta la esquina más alejada.

Según lo que se oía de la charla, la infantería alemana estaba marchitándose bajo el fuego, masacrada o caída. Los Panzer seguían

llegando. Un disparo de alta velocidad atravesó el aire.

–¡Lo tengo! ¡No! ¡Rebotó!

–Able Dos a Pelotón: concéntrense en los de la derecha.

–Joder, Able Cuatro la ha palmado.

–Bien hecho, Baker Uno Able, lo has hervido.

Un par de columnas de espeso humo negro se elevaban desde la derecha, detrás de un seto demasiado alto para ver por encima. Había otras columnas más adelante, lo que sugería que ambos bandos estaban perdiendo tanques.

–¡Siguen viniendo!

–Able a Tres Able, cálmese y concéntrese en disparar. Fuera

–Eso es, artillero. ¡Dispare perforadores de alta velocidad!

Una voz comenzó a gritar a través de la red en lugar del intercomunicador, borrando todas las demás transmisiones.

–Dispara de nuevo. ¡Oh, Dios, es como una culebrina! ¡De nuevo! ¡De nuevo! Cargador, más rápido. Su torreta nos apunta. ¡Fuego, malditos, por Dios, fuego! Nos han dado.

Tal vez fue todo imaginación, pero James creyó oír un suave zumbido. Ciertamente, vio las llamas dispararse más alto de lo que había visto jamás. Quienquiera que fuera había estado cerca del seto que bordeaba aquel campo. Se oyó un grito, absolutamente aterrorizado, agonizante y prolongado, que duró más de lo que parecía posible. Luego se detuvo.

–¡Oh, me cago en Dios! –murmuró Blamey–. ¡Pobres diablos!

–Conductor, deténgase. –James salió de la pesadilla. Estaban un poco lejos del seto y buscó cualquier lugar lo suficientemente bajo como para poder ver por encima. No había nada–. Thomson, listo conmigo para limpiar algunas de las ramas. Necesitaremos las hachas. Conductor, le mostraré a dónde ir.

Salió gateando, subió al casco y luego saltó, resbalando y cayendo para agregar más barro a sus pantalones ya sucios. Eligió un lugar donde el seto parecía menos tupido e hizo una señal a Whitefield

para que avanzara. Thomson tenía la escotilla abierta. Levantó la vista, como un hombre que se preguntara si era probable que lloviera y si debería llevar un paraguas. Sólo había proyectiles en el aire y los disparos de perforantes se perdían de vista.

James se dio cuenta de que debería haber llamado al resto de la tropa, pero ya era demasiado tarde, y despejar una posición de fuego era más importante. Él y Thomson se detuvieron en la pendiente delantera y cortaron las ramas. Ya podían vislumbrar más allá un amplio campo verde atravesado por trazadores, devastado por granadas y lleno de tanques, algunos en movimiento, otros inmóviles y otros humeantes. Sin los auriculares, el ruido de la batalla era espantoso. El trabajo era duro y estaba sudando, especialmente en la línea de la columna. Un golpe mal calculado partió un tallo dentado que voló hacia atrás y le cortó la frente. No le dio importancia y siguió cortando. Thomson trabajaba con más precisión y habilidad.

–¡Ya está bien! –Collins estaba en la cúpula, señalándoles con el pulgar hacia arriba.

–Aquí, déjeme llevarla a mí –dijo Thomson, agarrando el hacha de James.

–Gracias.

James usó el cañón del 75 mm para ayudarse a subir a la torreta. Collins sonrió.

–Si su pobre madre pudiera verlo ahora –dijo, y luego volvió a meterse en la torreta.

La sangre le goteaba sobre un ojo. James se la enjugó. De nuevo en su asiento, conectado nuevamente al transmisor, observó la escena. Los Panzer se estaban desplazando más hacia la izquierda, alejándose de él. Los más cercanos al frente estaban a seiscientos o setecientos metros de distancia. Reconoció la forma angulosa y depredadora de los Panther, cada uno con un arma tan larga como un poste de telégrafo. Había otros tanques, con torretas planas de lados redondos y lados rectos. Tal vez fueran Tiger o Mark IV con pantallas laterales adicionales, como el cañón de asalto Stug. A él le

parecían más pequeños que los Panther, pero quizá fuera simplemente la distancia.

–Artillero, pivote a la derecha. Alcance de quinientos cincuenta metros. Adelante. Apunte al Panther, pero espere la orden. Sígalo a medida que avanza. –Accionó el interruptor para hablar con el resto de la tropa–. Baker Tres a Tres Baker y Charlie: enemigo a la vista. Continúe a mi izquierda por ese seto. Tendrá que limpiarlo, pero podemos ver al menos diez avispones delante de nosotros. Fuera.

La frente le sangraba profusamente, lo que lo hizo parpadear. Buscó un trapo que no estuviera sucio de aceite y porquería. Su pañuelo no estaba mucho mejor.

El Panther avanzaba con cautela, adelantándose unos cuantos metros para luego detenerse, y disparaba varias veces antes de seguir adelante. Era un tanque grande, con la pintura de color arena veteada de marrón y verde. No podía ver mucho del costado, y los recuerdos de sus proyectiles rebotando en la placa del blindaje frontal a una distancia mucho más corta que ésa le hicieron querer darle en el costado. Todos los tanques tenían un blindaje más delgado en los costados, porque la mayor amenaza siempre venía del frente y había una cantidad limitada de peso que cualquier motor podía mover.

James quería disparar contra el costado, y realmente deseaba que sus otros dos tanques dispararan al mismo tiempo. No era probable que los alemanes los descubrieran hasta que abrieran fuego. Aun así, cualquier espera significaba que otros del regimiento luchaban y morían sin ellos. El Sherman de Bell se acercaba rápidamente. Vislumbró el Firefly en la puerta de entrada. Luego no pudo verlo porque el corte seguía sangrando. Se desabrochó el bolsillo de la guerrera, buscó dentro, sacó la seda, limpió vigorosamente la herida y la volvió a meter en el bolsillo.

–Blamey, ¿tenemos un vendaje de campaña a mano?

El cargador se giró con el ceño fruncido, pero luego vio el largo corte en la frente de James. Momentos después, sacó la venda; para entonces, James ya se había quitado la boina. Se ató el vendaje,

trató de no dar importancia al extraño bulto que ahora tenía encima de los ojos y se volvió a poner los auriculares. La batalla todavía estaba en pleno apogeo. Los comandantes, frenéticos, casi se gritaban los informes entre sí.

El Tres Able de Bell estaba en posición a veinte metros a su izquierda. Mientras observaba, despejaron un hueco para disparar a través del seto, completando el trabajo más rápido de lo que él y Thomson habían logrado. James buscó el tanque del sargento Martin y no pudo verlo.

–Baker Tres a Baker Tres Charlie, ¿dónde está?

–Colocándome en posición, Baker Tres.

Otras estaciones gritaban órdenes y advertencias, y la red estuvo demasiado ocupada durante más de un minuto.

–Tres Baker a Tres, estamos listos para disparar.

–Recibido, Tres Baker. Baker Tres Charlie, no puedo verlo. Cambio.

Se oyó un crujido de voces cargadas de estática y distorsionadas, tal vez varias personas tratando de hablar a la vez. James se preguntó a qué diablos estaba jugando Martin. Se lo había preguntado todo el día, teniendo la sensación de que en cualquier situación el sargento estaba más atrás de lo que se esperaba, sólo un poco, pero era bastante obvio. Parecía extremadamente cauteloso. Ahora, el muy jodido había desaparecido por completo. Bueno, no tenía tiempo de encontrarlo. Los Panther y otros tanques se acercaban paso a paso. Se cocinó otro Sherman, aunque, cuando pudieron informar de que estaban abandonando el vehículo, parecía que la tripulación estaba bien.

Podía ver el costado del Panther, casi leer su número a través de los binoculares: 214 en figuras negras delineadas en blanco.

–Tres Baker, apunte al que está detrás. Nos encargaremos del líder.

–Recibido, Baker Tres.

James estuvo a punto de decirle a Bell que esperara hasta disparar, y que luego se abriera y siguiera disparando, pero la red era un caos de informes superpuestos y no podía esperar más. Bell sabría qué hacer.

–Artillero, objetivo Panther. ¡Fue...!

Antes de que completara la orden, una racha de color naranja brillante se estrelló contra el casco del Panther, detrás de la torreta. James vio que el tanque se estremecía como un perro que se sacude para secarse. Pequeñas llamas brotaban de la cubierta del motor y figuras con uniformes oscuros saltaban de las escotillas. Collins pisó el botón de todos modos, ya fuera por sorpresa, anticipación o minuciosidad, y su proyectil golpeó el tanque ya derribado y arrancó una de las ruedas grandes.

Bell disparó, su proyectil pasó de alguna manera entre las escotillas delanteras y el cañón del segundo Panther sin tocar nada. Luego hubo otro golpe salvaje en el costado del casco y el tanque alemán se detuvo. Bell acertó con su segundo disparo, sólo para que la munición de alta velocidad apenas rozara y se alejara sin penetrar. De nuevo llegó el martillazo en el costado y, poco después, un tercero. El Panther explotó, su torreta se desprendió y se elevó.

–Baker Tres Charlie a Baker Tres, dos avispones destruidos. Fuera.

James buscó otros objetivos, pero los alemanes retrocedían siempre que era posible para mantener su blindaje más grueso de cara al enemigo. Los morteros arrojaron ráfagas de humo frente a sus propios Panzer para protegerlos, lo que se sumó al polvo y al humo más oscuro de los tanques en llamas y los campos de trigo incendiados.

Una vez más, todos los británicos intentaron hablar al mismo tiempo, y pasó un rato antes de que terminara la confusión.

–Sunray a todas las estaciones, bien hecho. –La voz del coronel Leyne sonaba como la de alguien entregando premios en una asamblea escolar.

* * *

19:15 horas, punto 103, Normandía

–Conductor, gire a la izquierda. Eso es, todo recto. Llévenos por la puerta del fondo.

Whitefield cambió de marcha, y el Sherman avanzó. Estaban en una parte diferente de la cresta, en un campo largo y bastante estrecho. El terreno era ondulado, de modo que el tanque rebotaba mientras avanzaba. Acababan de entrar desde un campo adyacente. James se aferró al borde de la cúpula con una mano, y a la escotilla izquierda con la otra para estabilizarse. El Tres Baker de Bell estaba en la esquina, disparando a través de un hueco en el seto a los tanques alemanes que se acercaban por un camino sinuoso. James no podía ver sus objetivos, pero quería cubrir el flanco en caso de que el enemigo hubiera entrado en los campos a su derecha. De esa dirección venía humo, la densa y aceitosa nube negra de un Sherman en llamas.

–¡Tengo uno! –gritó Bell, con la voz casi chirriante de emoción.

–Tres a Tres Baker, ¡bien hecho! Estoy en posición de cubrirlo.

El campo al otro lado de la puerta era más grande. Descendía antes de volver a subir, de modo que no podía ver nada más allá del seto más alejado. No había alemanes, sólo los restos en llamas del Dos Baker. James luchó por recordar el nombre del comandante. Era algo extraño, empezaba con H o K. Hanks, eso era. Cabo Hanks. Lo habían noqueado hacía apenas cinco minutos y nadie había salido. La torreta yacía boca abajo, a diez metros del infierno del casco. Las municiones y el combustible debieron de explotar casi de inmediato; la fuerza de la explosión había desgarrado la torreta como el corcho de una botella de champán..., y cinco hombres habían desaparecido. Quienquiera que lo hubiera hecho probablemente todavía estaba por allí.

James intentó ver algo poco normal, algún ángulo agudo o brillo de metal detrás del seto más alejado. Estaba a menos de cien metros de distancia. Un disparo sólido pasó a su lado.

–Ahí está –gritó Collins por el intercomunicador, y comenzó a pivotar el cañón antes de que James diera la orden.

La dirección le daba una pista, pero incluso a tan corta distancia no podía ver nada, excepto hojas y ramas que, junto con el glacis, debían de alcanzar unos buenos cinco metros de altura. Los 75 mm retumbaron y se estrellaron contra el seto casi justo enfrente de ellos. Los arbustos temblaron. Se oyó un disparo, esta vez salvaje y un metro más lejos, y esta vez James vio el destello amarillo y naranja. Los cañones alemanes no parecían brillar tan intensamente como los suyos. Collins volvió a disparar y el tiro rompió una gran rama que cayó. Se levantó un poco de humo sucio, no mucho, y el alemán no volvió a disparar.

–Dele un par más –dijo James, olvidándose del procedimiento.

Collins obedeció y los proyectiles arrasaron el trozo de seto, rompiendo más ramas y formando una hendidura en la línea, que por lo demás era bastante regular. Deberían haber visto un tanque allí, tal vez incluso un cañón de asalto bajo como un Stug, pero no había señales de ninguno de los dos.

–Creo que se ha escapado –dijo Collins.

James asintió para sí mismo. Aun así, permanecerían en posición por si regresaba algún alemán.

–Tres Baker a Tres: se cocinó un Tiger. Ha bloqueado el carril y el resto se ha retirado.

–Tres a Tres Baker: buen espectáculo. Mantenga los ojos abiertos.

Blamey silbó entre dientes.

–Tiger, ¿eh? Eso es bueno. Se supone que tienen un blindaje como el de un acorazado.

Ese día se había informado sobre muchos tanques Tiger, que tal vez estaban allí o tal vez no. Dadas las circunstancias, no había mucho tiempo para estudiar al enemigo ni para recordar las conferencias sobre los blindajes enemigos. Sin embargo, era alentador que un Sherman pudiera hervir un Tiger. James recordó sus proyectiles rebotando en aquel Panther, y los Panther eran sólo tanques medianos, no pesados como los Tiger. Lo importante era

que Bell estaba de una pieza y había noqueado al enemigo y detenido ese avance.

–Cargador, ¿cómo estamos de proyectiles?

Sin pausa, Blamey dio la respuesta, la marca de alguien muy bueno en su trabajo.

–Veinticinco perforadores y catorce obuses, señor. Hemos usado aproximadamente la mitad.

Como la mayoría de los equipos, Blamey y Collins habían agregado un poco más al suministro recomendado.

–Recuérdemelo cuando estemos por debajo de un tercio.

–Lo haré, jefe.

Aquél estaba resultando un día largo, muy largo, y faltaba mucho para que terminara, aún quedaban unas cinco horas o más de luz. Estaba muy cansado, e incluso si su tripulación era mucho más fuerte y dura que él, y eso era algo que creía con toda su alma, ellos también tenían que estar cansados, aunque no lo demostraran.

–Tres a Tres Baker y Charlie: ¿alguna señal de problemas?

–Tres Baker a Tres: nada por el momento, pero había al menos dos avispones más por ahí.

–Algo de movimiento en el bosque, en la cima –informó el sargento Martin. El Firefly estaba colina arriba detrás de ellos, capaz de ver más lejos desde una posición en la esquina de un campo–. Pero nada más hasta el momento. Tres Charlie, fuera.

Antes, el sargento había hecho un buen trabajo militar y había seguido adelante, suponiendo que había otro campo donde podría conseguir un mejor ángulo de tiro. Nadie iba a quejarse con dos Panther hervidos como resultado. James realmente no sabía qué hacer con Martin. Se agachó mientras las bombas de mortero caían y explotaban en el campo, justo enfrente. La siguiente andanada vino de detrás de él. Cerró las escotillas cuando llegaron tres proyectiles más. Uno impactó de lleno en el casco delantero, sacudiendo el tanque y provocando una avalancha de palabrotas. Al

menos, James asumió que todo era obsceno o blasfemo. En momentos de gran tensión, tanto Whitefield como Collins salían con algunas expresiones que nunca antes había oído, ni siquiera en los entrenamientos. Todavía no estaba seguro de lo que significaban, aunque la esencia estaba bastante clara.

–¿Todos bien? –preguntó James, una vez terminada la diatriba inicial.

El MO, el oficial médico, seguía diciéndoles que cualquiera que tuviera la energía para armar un gran escándalo probablemente no estaría tan gravemente herido. Aun así, el médico enfatizó el «probablemente».

–Aún veo estrellas, jefe –dijo Thomson–. Ah, y Whitey necesita uno o dos minutos para arreglarse el maquillaje.

Nadie resultó herido y nada parecía roto. Una bomba de mortero, probablemente de 81 mm, ya que era la que los alemanes tenían en mayor número, no contenía mucho explosivo, ciertamente no el necesario para penetrar el blindaje frontal de un Sherman. Al menos eso es lo que decían todos los manuales e instructores. Nunca se sabía hasta probarlo.

–También me hice una carrera en la media –añadió Whitefield, con la voz un poco distorsionada–. Y yo sin cupones. –Sonó como si escupiera–. Me rompí el labio. Esos jodidos...

James estaba contento de que su conductor y los demás se desahogaran. Estaba mirando a través del periscopio, observando el seto más alejado, por si el mismo tanque u otro regresaba al amparo del bombardeo. No vio nada y no pasó nada, así que siguió observando y, después de unos minutos, volvió a abrir las escotillas con cautela y se asomó.

En el aire se percibía un fresco hedor a cordita, y pudo ver una mancha oscura en la pintura monótona de la placa frontal del blindaje del Hector II. Echó un vistazo al reloj. Eran sólo las 19.50, las ocho menos diez en los lugares civilizados. Eso significaba que había estado despierto durante más de dieciocho horas, la mayor parte del tiempo en la torreta, aunque de vez en cuando

desmontaba para los grupos de comando o para echar un vistazo a su alrededor y guiar al Sherman a una mejor posición. Hasta el momento, no había tenido que bajar con una pala para realizar sus funciones naturales. Había usado el casquillo vacío muchas veces, como todos los demás, pero ahora le parecía lo más natural del mundo desabrocharse los pantalones y orinar en un tubo de latón delante del resto. Sus tripas no parecían interesarse por la vida y tampoco recordaba haber ido el día anterior. Había esperado que el miedo tuviera el efecto contrario, pero, hasta el momento, ése no parecía ser el caso, y ciertamente se había sentido aterrado.

Sin embargo, todo se estaba desvaneciendo. Los hechos, que a veces parecían meras fracciones de segundo, tenían una claridad abrumadora en el momento en que sucedían, y luego desaparecían, seguidos por una espera y una calma tensas, o por otro momento de violencia y terror. James empezaba a preguntarse si los periodistas o los historiadores alguna vez darían una imagen real de lo sucedido. Hasta el momento, había vivido el día a día, pero no podía recordar más que fragmentos de todo aquello, y no estaba seguro del orden en que aparecían.

Lo primero que había hecho el Escuadrón B había sido bajar para apoyar a los Durham en Saint-Pierre. Habían pasado horas allí abajo, en los campos, huertos y senderos, y, a veces, en los límites del propio pueblo, disparando a la infantería alemana cuando atacaba, acechando y tratando de no ser acechados por los tanques y los cañones de asalto. James y su tripulación habían estado a punto de fallar un par de veces y habían añadido su fuego a otros dos Sherman para derribar un tanque Mark IV que avanzaba demasiado audazmente ante su vista. El tanque alemán había ardido, pero mucho más lentamente que un Sherman. Sólo un hombre había salido y había sido abatido por el artillero de proa de otro tanque británico. Al coronel Leyne no le gustaba que dispararan a los soldados que abandonaban un vehículo, porque ésa no era la costumbre de la mayoría de los veteranos del desierto, pero James dudaba de que se pusieran peros. Uno: el Escuadrón C había informado de que dos de sus tripulaciones habían sido ametralladas

el día anterior. Dos: casi tres años después de la guerra sin odio de Egipto y Libia, las cosas eran diferentes.

Sus pensamientos eran vagos, y ciertamente no sabía cuántas veces habían caído sobre ellos fuertes bombardeos, al igual que sobre la pobre y ensangrentada infantería en sus trincheras. En un momento dado, un capitán de la Durham le había pedido subir a la cubierta trasera para ver mejor; eso era lo más extremo que un capitán podía pedirle a un segundo teniente, pero ambos eran británicos. El hombre había dicho que se arriesgaría entre machaqueos, la jerga que usaba la infantería para un gran bombardeo. Era una buena palabra.

No obstante, sólo le quedaban recuerdos difusos. El chasquido de un disparo sólido cortando el aire una y otra vez como la bala de un rifle. Si lo habías oído, probablemente significaba que había pasado y no te había alcanzado, lo que no detenía el terror que te recorría el cuerpo. Recordó a la infantería ayudando a retroceder por un carril a un comandante de tanque herido, hasta que el capellán apareció en un *jeep* y se llevó a la víctima. El capellán aparecía por todas partes esos días, con una presencia mucho mayor de la que había tenido nunca en Inglaterra.

Un proyectil había impactado en una pared detrás de ellos, bañándolo con polvo de ladrillo rojo. Durante un tiempo, la tripulación lo apodó Gran Jefe Boina Negra, hasta que la avalancha de nuevas emociones y de horror los hizo olvidar. A su vez, derribaron una casa, porque la Durham calculó que había un francotirador en una buhardilla. Era una casa bastante bonita, más ordenada y mejor mantenida que muchas, con las contraventanas y la puerta de un tono azul intenso. Tres obuses del 75 la dejaron en ruinas, sin techo y sin la mayor parte de la pared frontal.

La Durham resistió. El Escuadrón B perdió un par de tanques y a dos comandantes que mostraron demasiado de sí mismos desde la torreta. Uno de los tanques estaba en un campo que daba a un carril y lo pasaron varias veces. No se incendió como tantos, pero el conductor estaba muerto o lo habían abandonado con otros

supervivientes, y debió de dejarlo en transmisión automática con el motor encendido y la oruga izquierda trabada. Giraba y giraba en círculos lenta e interminablemente, como una cochinilla gigante con las piernas heridas. Debía de tener mucho combustible porque siguió funcionando. Hubo bromas acerca de la reducción progresiva de los círculos hasta su destino final. Thomson se ofreció a ir y ver si podía conducirlo para llevarlo con el resto del regimiento. James estuvo tentado de dejarlo. Luego fueron llamados para ayudar en otra parte del perímetro. Después de eso, ya no vieron el tanque dando vueltas, y él se alegró. Había algo extraño, incluso inquietante, en ello.

La Yeomanry llegó alrededor de las diez, y, media hora más tarde, el Escuadrón B, ahora con diez tanques, se retiró al punto 103. Después de eso, vinieron los periódicos estallidos de odio por parte de los cañones y los morteros alemanes. Al principio, los blindados alemanes se habían mantenido a distancia, disparando como lo habían hecho desde el principio. Poco a poco empezaron a acercarse cada vez más. Parecían ser muchos, aunque el terreno los obligaba a dividirse y a operar de uno en uno, de dos en dos y de tres en tres, igual que los británicos. Se produjeron ataques y las laderas inferiores de la cresta de ambos flancos quedaron más o menos perdidas. Los alemanes siguieron avanzando, pero hasta el momento no habían podido llegar a la cima y permanecer allí. Ambos bandos perdieron tanques, especialmente en aquel gran ataque que los alemanes habían realizado desde el suroeste.

Durante todo el día, James había percibido que las voces en la red del regimiento estaban mucho más excitadas y nerviosas que antes, y se preguntaba si su voz sonaba igual. Fue agradable escuchar las tranquilas palabras y el humor sardónico del coronel Leyne. También aparecía de vez en cuando en su Sherman, aparentemente guiado por el instinto de dónde vendría el próximo ataque. Un intercambio por radio quedó grabado en su mente, convencido de que no lo olvidaría jamás.

–Sunray a las estaciones Able Dos, estoy avanzando por la izquierda para flanquearlos. –Había cuatro avispones atravesando

uno de los campos más grandes–. Detenga el fuego hasta que esté en posición. Cambio.

–Están jodidamente cerca, Sunray. Cambio.

–Sin embargo, ya casi estamos allí. Ahora.

James había estado lo bastante cerca como para oír los crujidos del tiro sólido, a pesar de que eso estaba sucediendo en el extremo izquierdo, muy lejos de su posición.

–Buen tiro, Able Dos.

–¡Tengo al hijo de puta!

–Sunray a todas las estaciones: observen el procedimiento correcto de transmisiones de radio... Pero, sí, tienes al hijo de puta.

–Que alguien detenga al último. ¡Está corriendo! –La voz sonó como un agudo del coro de una catedral por su emoción.

–¡Es mi chica, creo! –Entonces el coronel olvidó cambiar correctamente el micrófono al circuito cerrado–. Artillero, dispare a aquel cabrón. ¡De puta madre! Justo en el trasero. De nuevo. Hermoso. Reilly, será un cazador furtivo maravilloso cuando vuelva a la civilización. O un pistolero, si lo prefiere.

–Mientras pueda disparar contra los ingleses, señor.

–De verdad, Reilly, oh, eso es bastante bueno. Bueno, estoy seguro de que usted lo sabe mejor. ¿A qué está apuntando? ¿Qué he hecho qué? Bueno, estoy jodido... –Hubo una tos–. Sunray a todos los puestos Able: ¡bravo! Cuatro Mark IV vencidos por goleada.

* * *

20:55 horas, Newhaven

El buque de asalto anfibio parecía estar por encima de ellos, a pesar de que había barcos mercantes más grandes que cualquier nave de infantería de desembarco esperando atracar y lo eclipsarían. Por fin, después de mucho esperar, los Glamorgan se embarcaban hacia el Segundo Frente.

Mark esperaba con su pelotón en el muelle. Estaba cansado después de pasar tantas horas sentado en la cabina del camión.

Había sido un largo día, y quería que todos subieran a bordo y luego sentarse o, mejor aún, dormir. No tenía hambre, aunque probablemente comería algo y diría a sus hombres que consiguieran algo de comida, porque eso era lo que debía hacer un buen oficial.

El viaje no debería haber durado tanto. En tiempos de paz, podrían haber recorrido aquella distancia en menos tiempo en bicicleta. En cambio, los TCV llegaron tarde, con dos horas y media de retraso, y, una vez que hubieron subido, esperaron otros cuarenta minutos antes de partir. Se les había asignado una ruta estricta, ya que eran sólo uno de los muchos convoyes que se dirigían hacia o desde los puertos. El suyo era, en buena medida, el camino más largo, y muchas veces se detenían y esperaban, a veces durante mucho tiempo, antes de reanudar el viaje.

Sin embargo, todos estaban alegres. Los civiles –y todavía había unos cuantos, incluso en las zonas parcialmente despejadas para uso militar– los saludaban y vitoreaban al pasar. Mark había esperado que todos dieran por sentada la invasión a esas alturas, pero todavía había una fuerte agitación. Los soldados les devolvían el saludo y gritaban chistes. En una ocasión, se detuvieron al lado de una cafetería en la calle principal de un pueblo. Estaba cerrada porque ya era de noche. Aun así, apareció una pareja de ancianos, presumiblemente los propietarios, y, ayudados por sus vecinos aún más ancianos, trajeron tazas de té para todos los que ocupaban el vehículo de tres toneladas. Afortunadamente, esa demora duró lo suficiente como para que pudieran terminarse la bebida y devolver las tazas de porcelana a los ancianos, que rechazaron todas las ofertas de pago.

–Buena suerte a todos, muchachos –había dicho el hombre. Parecía demasiado mayor para la Gran Guerra, pero nunca se sabía.

–Escribid a casa siempre que podáis –les había dicho su esposa–. Estarán rezando por vosotros en todo momento. Todos lo haremos.

–Buena suerte, muchachos, buena suerte. –Otro veterano había aparecido para añadir sus mejores deseos. Éste parecía que hubiera estado en Waterloo.

Después, los camiones arrancaron de nuevo. El conductor murmuró que era una lástima que no se hubieran detenido junto a un pub, pero nadie más parecía quejarse. El sargento Dalton se sentó con él en la cabina, pero durmió la mayor parte del viaje. Mark seguía asombrado por el veterano, y nunca estaba muy seguro de qué decirle en ambientes menos formales, por lo que sintió una especie de alivio. Aun así, le habría gustado aprender mucho más de aquel hombre.

La gente seguía saliendo a la calle o a sus jardines para verlos pasar. La visión de cualquier mujer, incluso poco atractiva, generaba la mayor emoción en la parte trasera de cada camión, mientras los soldados se esforzaban por ver a través de las lonas desabrochadas en la parte trasera. Había civiles, ocasionalmente ATS del servicio femenino de auxilio territorial, algunas Land Girls[16] en los campos y de vez en cuando algún viajero. Una señora corpulenta del WVS, el servicio voluntario de mujeres, de cara redonda, gafas y edad suficiente para ser la madre de cualquiera del pelotón, incluido el propio Mark, esperaba en un cruce de caminos montada en su bicicleta mientras pasaban. Se puso de pie, lanzó un beso a cada camión, y ellos gritaron y silbaron como si fuera una estrella de cine. Algunas de las mujeres militares estuvieron a la altura de los provocativos elogios, silbidos e invitaciones que recibieron, y a veces los superaron, lo que provocó grandes carcajadas de los Glamorgan.

Al final llegaron a Newhaven. Hicieron cola para dirigirse a los muelles y esperaron. Después salieron de los camiones, esperaron un poco más y marcharon hacia el muelle. Esperaron de nuevo y finalmente comenzaron a subir por la pasarela. Mientras tanto, vieron a algunas de las mujeres de la Real Armada. Una de ellas era una muchacha regordeta del West Country que coqueteaba de manera ostentosa, dado que estaba en el otro extremo del muelle. El pulso de Mark se aceleró al ver aparecer a una segunda oficial que las ahuyentó. La estatura y la figura eran las de Anne, y se la veía elegante y atractiva con su uniforme, pero cuando volvió el rostro hacia ellos vio que no era ella, aunque también era una joven muy bonita con buenas piernas.

–Mantenga a sus soldados en orden, teniente –le gritó, con voz llena de petulancia.

Mark se mordió el labio para no gritar. Maldita mujer, ¿qué esperaba? Nadie estaba haciendo ningún daño. Sus puños se cerraron y abrieron. Estaba enfadado porque aquella mujer no era Anne; porque Anne no le escribía y tal vez no le importaba. No, algo tenían que haber significado aquellos besos y todas sus charlas, y el tiempo que pasaron juntos. Ciertamente, para él, habían significado mucho.

–¿Haciendo amigos, señor? –preguntó Dalton en voz baja.

La frustración de Mark disminuyó. Le preocupaba parecer nervioso, incluso histérico, y que su sargento y el resto pensaran que estaba asustado. Estaba nervioso, obviamente, seguramente todos lo estaban, pero no era algo de lo que quisiera hacer alarde.

–Esa oficial de la armada me ha recordado a alguien.

–¡Espero que su muchacha esté un poco menos enojada! Esa chica tiene la lengua larga. Me recuerda a mi esposa cuando llego a casa piripi. ¡Mucho más aterrador que los alemanes!

Sonó como si realmente pensara que Mark estaba preocupado. Aun así, le gustó el sonido de aquellas palabras: «Su muchacha». Estaba seguro de que Anne lo sería algún día.

–¿Cuánto tiempo ha estado casado? –preguntó.

–No sé. ¿Cuándo liberaron a Mafeking? –Dalton soltó una risa profunda y muy natural–. Es una buena chica, mi Sarah. ¡Y me mantiene como un buen chico, me guste o no!

Como no había novedades, buscó en el bolsillo y sacó una fotografía. Era pequeña, tenía los bordes arrugados y un ligero desgarro. Allí estaba Dalton, con aspecto severo, como solía lucir la gente en las instantáneas, con dos chiquillos delante, una niña y un niño, y una mujer de cabello claro y cara redonda. Era difícil saberlo, pero la imaginación llenaba aquellas mejillas sonrosadas de la chica de campo que sin duda era. Mark no habría dicho por la foto que fuera bonita, hogareña y amable tal vez, pero no bonita. Dalton se

quedó mirando la imagen durante mucho tiempo como si fuera un icono.

–¿Le preocupa tener que dejarlos atrás para ir a la guerra? –preguntó Mark, sorprendido de sí mismo.

Dalton se encogió de hombros.

–Me preocupo por ellos, pero ¿qué se puede hacer? Alguien tiene que hacer el trabajo, ¿no?

Mark se sintió como un niño al lado de un anciano sabio.

–Sí –dijo después de un rato.

–Me alegro de que tenga una chica, señor, pero es bueno que no esté asentado todavía. Le da algo que esperar. Vencemos a Hitler, luego regresa y se casa con su oficial de la Armada, y tiene muchos soldaditos, o marineritas, si lo prefiere. –Sonrió–. Así de simple.

Mark se rio, y de repente se sintió muy feliz.

* * *

21:55 horas, punto 103, Normandía

–¿Cree que han terminado por hoy?

El reverendo Joseph Dobbs estaba a lomos del Hector II y contemplaba el Sherman quemado, con su torreta al lado, en el campo contiguo. El padre quería comprobar cómo estaba la tripulación, no porque hubiera alguna esperanza para cualquiera de los cinco hombres, sino para ver si los cuerpos podían ser trasladados fácilmente o al menos coger sus placas de identidad. El Ejército había conseguido que las placas fueran inmunes al fuego. Era una pena que no pudiera hacer lo mismo por sus soldados.

–Es difícil saberlo –dijo James.

–Me arriesgaré antes de que se vaya la luz –dijo Dobbs. Dio unos golpecitos en el bolso que llevaba colgado al hombro y algo sonó dentro.

–¿Qué tiene ahí? –preguntó James, incapaz de evitarlo.

–Los implementos para la comunión –mintió Dobbs.

–¿Quiere que le eche una mano? –A James no le gustaba la perspectiva de ver los restos que había en el tanque destruido, pero se sintió obligado a ofrecerse.

–Muy amable, pero no, gracias. –Dobbs tenía una cara delgada, dientes prominentes y una nariz chata, lo que significaba que sus gafas siempre se resbalaban. En apariencia y modales era más bien el clérigo del escenario, el que se escandalizaba ante la más mínima cosa, por error, si la obra era una comedia–. Sin embargo, le agradecería que me cubriera. ¡Eso si no se opone a recibir asesoramiento militar de un simple clérigo!

–Por supuesto que no, padre.

James lo vio irse, aliviado de no estar con él, pero preocupado por su seguridad. Dobbs entró en el campo, caminando directamente hacia el tanque. No llevaba bandera blanca ni brazalete de médico, lo que significaba que no había ninguna razón particular por la que un alemán con un arma no debería dispararle.

No pasó nada, por lo que los alemanes no estaban allí o reconocieron que no se trataba de una expedición marcial ni de ninguna amenaza para ellos. Dobbs fue el primero en llegar a la torreta desprendida, pero no permaneció mucho tiempo allí. Luego se dirigió al casco, subió al anillo abierto de la torreta y lo examinó todo de cerca. La mayor parte del tiempo no podían verlo, hasta que aparecía. De repente, lo vieron sosteniendo un martillo y un cincel en la mano, sin duda de su juego de comunión. James se estremeció al pensar en lo que estaba haciendo con él y agradeció nuevamente no estar ayudando.

Después de diez minutos, Dobbs regresó con una bolsita en una mano.

–Pobres muchachos –fue todo lo que comentó por un momento. Rechazó la oferta de una bebida de cantina y simplemente se alejó para continuar su trabajo en otro lugar, con un sencillo–: No hay descanso para los malvados.

D + 6, lunes, 12 de junio 10:30 horas, frente a Newhaven

Más de la mitad del batallón estaba en el buque de asalto; el resto, en un buque similar junto con la mayor parte del cuartel general de la brigada. Se suponía que sus vehículos, portaaviones, camiones, *jeeps* y un puñado de cañones antitanque estaban en otro barco que zarpaba de Londres.

Una vez que los subieron a bordo y los amontonaron bajo cubierta, nadie parecía tener prisa por llevarlos más lejos. Ambos barcos se balanceaban anclados cerca de la entrada del puerto, a merced de un considerable oleaje. Judd yacía en una litera, deseando que el mundo se acabara. Ya había vomitado varias veces. Otros también se marearon, aunque pocos tanto como él. En el otro buque, Mark se las arreglaba, ayudado por la posición de esa nave, protegida de un costado por un gran mercante. Nadie parecía saber cuándo partirían. El capitán simplemente anunció que era necesario cargar otros barcos y preparar la escolta. Había globos de barrera sobre todos los barcos, cañones antiaéreos en todos ellos, incluidos los buques de asalto, y había más en tierra. No porque los alemanes se pusieran de manifiesto; era de suponer que las playas principales ofrecían mejores ganancias.

* * *

11:40 horas, punto 103, Normandía

Hasta el momento, los alemanes no habían lanzado más ataques con tanques. James y el Pelotón Tres, recuperado de nuevo con el regreso del sargento Dove y otro Sherman, vigilaban Saint-Pierre. Todavía había bastante fuego de mortero, listo para bajar a los incautos que salieran de sus tanques. Los disparos de artillería eran menos frecuentes y era más fácil oír los proyectiles abrirse paso.

El sol apareció en el cielo, y decidió quedarse. Pronto, el interior del Hector II estaba lo suficientemente caliente como para hacer sudar a todos, lo que se sumó a los olores mecánicos y a todo el aire viciado de los cuerpos humanos, la orina y los gases de los proyectiles. Apestaba tanto que todos lo notaron, a pesar de haber vivido dentro del Sherman durante los últimos días.

Los intestinos de James habían decidido funcionar nuevamente y recuperar todo el tiempo perdido. Tres veces había puesto ya a Collins al mando y había nombrado a Thomson como artillero para poder coger una pala y hacer lo que había que hacer en una de las esquinas traseras del campo. Una vez, los morteros llegaron antes de que pudiera regresar y se quedó tendido, con los dedos arañando la tierra mientras las bombas estallaban a su alrededor. Al final, lo único que le había costado fue su dignidad, y eso ya no le importaba mucho. De regreso al tanque, se sentía sucio, y no simplemente porque se le había acabado el papel que acompañaba a sus raciones; se había visto obligado a recurrir a un pañuelo, ya desechado, para limpiarse. Había logrado afeitarse todos los días, una tarea sencilla, ya que su pelo pálido era fino y no crecía rápidamente, y era menos perceptible. Cada vez se sentía un poco mejor, pero la falta de sueño y los días de aburrimiento, seguidos de actividad frenética y de miedo, le estaban afectando. Especialmente con el calor, todos parecían lentos. Aun así, se sentaron y esperaron, y se cerraron cuando los proyectiles estuvieron cerca. James se miró las manos, cada línea de la piel claramente definida por la grasa y la suciedad. De vez en cuando golpeaba el bolsillo de su túnica de batalla, pero nunca lo abría. Simplemente se sentía demasiado sucio para eso.

Pasaron las horas y el enemigo permaneció en silencio, al menos allí en la cresta. En Saint-Pierre, más bombardeos.

* * *

14:30 horas, frente a Newhaven

Ambos buques de asalto levaron anclas, prendieron los motores y se movieron. Al cabo de media hora, después de delicadas maniobras, se detuvieron y volvieron a fondear. A Judd no le importó, y Mark empezó a arrepentirse de haber almorzado.

* * *

18:45 horas, en el canal de la Mancha

Por fin partieron, aunque no hacia Francia, sino para encontrarse con más barcos frente al Solent antes de cruzar durante la noche.

Judd se sentía menos al borde de la muerte, y la oscilación de un barco en movimiento era un poco más fácil de manejar que cuando estaban amarrados. Mark subió a cubierta y lo encontró todo estimulante. Un destructor pasó a toda velocidad junto a ellos, con la insignia ondeando al viento, y no pudo evitar sentirse orgulloso. Tenía diecinueve años y aquélla era una aventura extraordinaria.

* * *

21:15 horas, afueras de Saint-Pierre, Normandía

El Escuadrón B fue enviado para cubrir a la Durham mientras se retiraban de la aldea. No estaban siendo reemplazados ni los alemanes los estaban expulsando. La división había decidido que, por el momento, Saint-Pierre estaba demasiado avanzado y demasiado expuesto para aguantar allí, por lo que se estaban retirando a una línea que corría a ambos lados del punto 103. El terreno elevado era importante, y nadie había preguntado a los de la Durham qué pensaban, así que, después de muchos días y mucho derramamiento de sangre para tomar y mantener el lugar, debían abandonarlo.

El coronel Leyne se lo había explicado todo a los oficiales del regimiento, un grupo más pequeño que unos días antes, en un encuentro operacional a primera hora de la tarde. Descartó algunos de los murmullos.

–He luchado en el desierto viendo tanques arder, hombres morir y la infantería siendo bombardeada y destrozada por Stukas en extensiones de tierra baldía que nunca podrían valer nada para nadie. Sólo rocas y arena. Hicimos nuestro trabajo, al igual que la Durham y los demás batallones. Pillamos a Fritz con el paso cambiado, dimos lo mejor que teníamos y más, y ahora el plan se desarrolla. La Séptima de Blindados aún no ha encontrado el punto débil, por lo que se están retirando y harán un gancho aún más amplio hacia el oeste. ¡No se lo digan a nadie, pero se habla de que la brigada nos obligará a nosotros y a los demás regimientos a regresar durante uno o dos días para reacondicionar y pulir nuestras botas!

Esa noticia los animó a todos y nadie se quejó después. Era un asunto inquietante cubrir a los Durham, porque era el momento perfecto para que los alemanes atacaran y crearan el caos. James esperó, temiendo el sonido de la artillería o, peor aún, el latigazo de los proyectiles perforadores dirigidos a ellos mientras los tanques conducían a la infantería hacia delante. Los alemanes no aparecieron, por lo que debieron de haber tenido otros problemas o no se dieron cuenta de lo que estaba pasando. Ninguno de los miembros de la Durham ni ningún tanque se perdió en la retirada.

De vuelta en la cresta, James sólo quería dormir, y los minutos que pasaban hasta que llegara el atardecer eran un tormento para él. También lo era el tiempo para hacer todas las cosas que la tripulación de un tanque necesitaba hacer al final del día, unido a sus deberes como comandante de tropa. Era medianoche cuando se metió en las mantas recién entregadas junto al Hector II. Se quedó dormido casi al momento.

D + 7, martes, 13 de junio 12:30 horas, cerca de Bayeux, Normandía

El agua caía a chorros, no estaba tibia, pero tampoco fría como una piedra, y se sentía como en el paraíso. James se revolcó en la ducha, desnudo por primera vez desde hacía nueve días y limpio por primera vez, también, desde lo que parecía un siglo. Si bien era cierto que se trataba de una tienda de campaña montada junto a una unidad de baño móvil, seguramente ni siquiera Luis XIV había sido mimado hasta ese punto. Probablemente, así era ser una estrella de cine.

La brigada los había hecho retroceder, junto con los otros dos regimientos blindados, aunque su Regimiento de la Artillería Real quedó detrás de las líneas para disparar en apoyo de otras formaciones. Ésa era la suerte del artillero: permanecer más tiempo en acción, pero normalmente evitando acercarse mucho. Los tanquistas regresaron para recuperarse, y comenzar a reemplazar las pérdidas y reparar los vehículos averiados.

James no quería pensar, aunque sabía que su turno en la ducha casi había terminado. Era uno de la media docena de subalternos de los tres escuadrones del 165.º RAC, todo lo que quedaba de los que habían desembarcado el Día D o el D + 1. El resto ya habían sido asesinados o habían quedado heridos. Eso incluía a un par de reemplazos. En una semana de acción, habían perdido a nueve comandantes de tropas, más de uno por día. Casi la misma cantidad de comandantes de tanques también habían desaparecido, la mitad de ellos muertos. Si no asomaban la cabeza por la torreta no podían ver, y lo más probable era que el tanque fuera destruido por un enemigo invisible. Si vigilaban, eran presa de francotiradores, proyectiles y de cualquier otra persona con malicia y un arma. Aquello no era el desierto, y ya nadie iba a mantenerse con la cabeza bien alta, pero, aun así, no se podían operar los tanques correctamente si uno permanecía inhibido, así que los comandantes morían o resultaban heridos, y lo más probable era que eso siguiera pasando.

Además de todo aquello, el regimiento había sufrido otras cuarenta bajas, tal vez una docena de ellas muertes, cuando los tanques resultaban hervidos o los hombres atrapados fuera por los proyectiles, o cuando un camión utilizado por los instaladores pasaba por encima de una mina y se quemaba casi tan rápido como un Sherman atropellado por un perforador de blindados. Una semana, y la familia del regimiento, con un gran número de hombres que habían estado juntos durante los años de entrenamiento, ya estaba empezando a cambiar.

Los otros regimientos habían sufrido tanto o más, y cada uno de ellos había tenido que afrontar las mayores pérdidas el mismo Día D, cuando lideraron los ataques. Nadie se preocupaba demasiado por los tanques que se perdían, porque lo que importaba eran las tripulaciones, y, si escapaban, con el tiempo se les proporcionarían monturas nuevas. La Yeomanry había perdido a dos oficiales al mando y a varios hombres del cuartel general, por lo que tenían que lidiar con todo eso. También había partido el brigadier, gravemente herido por metralla en los últimos días.

Sin duda, los poderes superiores compararían todo eso con las pérdidas infligidas al enemigo, con el terreno ganado y mantenido, y con los objetivos que no se habían alcanzado o que debían ser abandonados. A James realmente no le importaba nada de eso, aunque una pequeña parte de él se preguntaba si debería preocuparse. Sospechaba que la mayor parte del regimiento sentía lo mismo. La sensación era que el regimiento había entrado en acción por primera vez y había hecho un trabajo decente; en realidad, más que decente.

Nadie lloró las pérdidas, al menos no abiertamente. Simplemente, no era así como se hacían las cosas, pero estaba resultando mucho más fácil de lo que James esperaba. No es que no le importara. Todavía no había perdido a ningún amigo muy cercano; en parte, porque no tenía ninguno dentro del regimiento. Había mucha gente que le agradaba, y algunos habían caído. Más bien se trataba de que le costaba recordar lo que había sucedido horas antes, y mucho más días antes. Sólo existía el presente, y en el presente estaba

demasiado cansado, o demasiado asustado u ocupado para pensar mucho en algo.

Eso podría cambiar ahora que estaban fuera del frente, si empezaba a sentirse normal otra vez. No, ésa no era la palabra ni el sentido correcto. Como un niño desconcertado al ver que sus zapatos parecían seguir encogiéndose y lo que antes le quedaba bien comenzaba a pellizcar, James sintió que él era el mismo mientras el mundo seguía cambiando. Al principio, todo parecía irreal, casi como un sueño. Ahora no estaba seguro de si estaba despierto o no.

Nada de eso importaba realmente, ya que alguien gritó que se les había acabado el tiempo. Estaba libre de suciedad y mugre, y a punto de recibir un uniforme nuevo, desde ropa interior hasta arriba. Eso era suficiente felicidad y satisfacción por el momento.

* * *

16:30 horas, frente a playa Gold

El Pelotón Nueve tuvo su primera baja antes de llegar a Francia. El cabo Fuller, líder de la sección de Judd, había estado tan mareado como cualquiera durante todo el viaje. Al segundo día, sus gemidos se hicieron más fuertes y se quejó de fuertes calambres en el estómago y en el costado. Aquella mañana, sentía un dolor punzante y llamaron al oficial médico (él mismo tenía el rostro gris y estaba débil). Le diagnosticaron apendicitis aguda, tal vez ya peritonitis. Lo operaron, y había muchas posibilidades de que el cabo se recuperara, pero ciertamente no estaba en condiciones de invadir la Europa ocupada en el futuro inmediato. Como resultado, el soldado de primera Price fue ascendido a cabo y Griffiths, por su parte, recibió un galón como experimento temporal. Cornelius O'Connor, de la Compañía del cuartel general, llegó a ellos para ser el número dos de Judd en la Bren.

–¿Quieres tener cuidado? –declaró O'Connor cuando apareció para darle la noticia a Judd.

Judd gimió, aun sin querer mostrar mucho interés. Si se acostaba y cerraba los ojos, el mareo remitía. Se sentía tranquilo, relajado y

más cerca de estar cómodo que en cualquier otro momento desde que habían subido a aquella lata flotante. El agua fría de mar lo golpeó en la cara cuando O'Connor volcó un cubo sobre él. Los hombres que tenía al lado gritaron sorprendidos. Algunos se rieron. Judd se puso en pie de un salto. Atacó, resbaló y falló. O'Connor lo agarró del brazo. Judd luchó e intentó lanzar un mejor golpe con su mano libre. O'Connor lo esquivó y usó el movimiento para hacerlo girar y sujetarlo, usando una de las tomas que todos habían aprendido como parte del combate sin armas.

–¿Estás bien ahora?

–¡Malnacido! –gritó Judd. Era lo más lejos que solía llegar cuando se trataba de insultar, al menos en voz alta, e incluso eso era raro. O'Connor le presionó los brazos, provocando que una ola de dolor le recorriera el cuerpo.

–Eso no es cierto, y deberías saberlo. Mi madre y mi padre habían estado ante un sacerdote años antes de que yo llegara, aunque mi padre no se quedó mucho tiempo una vez que estuve allí. Pero, si fuera un hombre cabreado, podría ofenderme por ese insulto a mi pobre madre–. Volvió a apretar la mano–. Ahora cálmate, muchacho.

Nadie interfería y las risas iban en aumento. Obviamente, era una cuestión entre los dos y no tenía nada que ver con nadie más. Que lo solucionaran ellos. Si Judd no podía valerse por sí mismo, entonces era su problema. Siseó de dolor, hasta que se dio cuenta de que no era tan fuerte. O'Connor había relajado su agarre.

–¿Estamos más tranquilos? –preguntó, y luego, sin esperar respuesta, lo soltó y le dio un suave empujón hacia delante–. ¿Seguimos con el viejo *mal de mer*..., o no sabías que recibí una educación?

O'Connor tenía el rostro delgado y una sonrisa fácil, la viva imagen del irlandés de pelo negro de las películas o los cuentos, salvo por su acento de Grangetown. Era un auténtico muchacho de Cardiff de pies a cabeza. Tenía encanto y mucha experiencia, ya que había servido en otro batallón en Francia allá por 1940, y más tarde en Túnez. Se rumoreaba que también había luchado en España, aunque

en un batallón de los nacionales, formado por voluntarios católicos al servicio de Franco, por lo que no estaba en el lado que Judd acostumbraba a ver como el camino de la rectitud. No llevaba mucho tiempo con ese batallón de Glamorgan, pero lo habían aceptado de buena gana. Era querido, respetado y nadie se había mostrado dispuesto a meterse con él.

Judd respiró hondo y escupió un poco de agua de mar. Luego volvió a respirar y se dio cuenta de que el mareo había desaparecido. Ya estaba mejor, o quizá la conmoción y la ira repentina habían disipado preocupaciones menores. O'Connor lo miró fijamente por un momento, como si leyera sus pensamientos, y luego asintió. Judd supuso que tendría unos treinta años, pero no sabía mucho más sobre él que lo que circulaba en forma de rumores, por lo que no tenía ni idea de si estaba casado y tenía familia, o por qué seguía siendo un soldado raso a pesar de su historial.

–Bueno, muchacho, a partir de ahora seremos colegas y no puedo permitirte que te quedes holgazaneando. Mi plan es pasar por todo esto de una sola pieza, lo que significa que no voy a dejar que ningún estúpido cabrón haga que me maten. Especialmente, tú. –Avanzó con un dedo extendido para golpear a Judd en el pecho–. ¿Entendido?

Judd asintió, tal como había hecho O'Connor. El público, al que se le había negado el espectáculo de una pelea o de una discusión a gritos para romper la monotonía, perdió el interés y volvió a charlar, a jugar a las cartas, a fumar o, simplemente, a sentirse mal.

–Bien.

D + 8, miércoles, 14 de junio 5:45 horas, playa Gold, Normandía

Mark se apoyó en la barandilla y quedó maravillado. A su derecha, quizás a un kilómetro y medio de distancia, había un puerto. No el pequeño puerto de un pueblo pesquero francés, sino un complejo de hormigón y metal construido la última semana. Había viejos barcos hundidos o anclados como rompeolas exterior e hileras de enormes bloques grises, presumiblemente hundidos, ya que seguramente no podían flotar, unidos por calzadas metálicas. Podía ver barcos amarrados al costado, hombres y cargamentos desembarcando, y camiones avanzando por las carreteras sobre los grandes bloques y hacia la playa.

–Lo llaman Mulberry –les había dicho un suboficial–, y es un puto milagro. Les ruego que me disculpen. Los yanquis también tienen uno, más arriba en la costa. Lo mejor que tenemos hasta que tomemos Cherburgo o Le Havre.

El puerto móvil era sólo una parte de aquella maravillosa escena, porque el mar estaba repleto de barcos y lanchas de desembarco, algunos anclados, otros en movimiento, y todos, presumiblemente, siguiendo un patrón vasto y complejo más allá de su comprensión. Sobre él estaban los globos de barrera. Los había visto antes, por supuesto, porque desde que comenzó la guerra los grandes globos grises habían sido tan familiares como el racionamiento, la escasez y los artículos que explicaban a la gente cómo juntar pequeños trozos de jabón viejo para hacer un pastilla nueva. Simplemente, algo que se aceptaba y de lo que uno apenas se daba cuenta. También los había visto sobre barcos, en los muelles de Cardiff y en otros puertos, pero nunca había podido contemplar tantos.

Era como si una pequeña ciudad se hubiera establecido frente a la costa de Normandía. Encima de ella, incluso a esa hora tan temprana, estaban ya los primeros aviones aliados, volando de un lado a otro, mostrando las franjas blancas y negras cada vez que se inclinaban. No descendían mucho, desconfiados de los globos y muy probablemente del gatillo fácil de alguno de los artilleros de los

barcos. Había habido una alerta de ataque aéreo durante la noche, y el ruido de los cañones antiaéreos de la flota al cobrar vida había sido asombroso. Nadie parecía haberle dado a ningún objetivo, pero tampoco ninguno de los barcos había sido bombardeado, así que fue un intercambio justo.

–¡El próximo grupo está listo!

Un joven arrogante estaba a cargo de embarcar a la Compañía D, y el Pelotón Diecisiete de Mark sería el siguiente. No le gustaba la perspectiva, no porque no estuviera ansioso por entrar en acción, sino porque se trataba de una lancha de desembarco y tendrían que descender por una red de cuerdas hasta la pequeña LCA que se balanceaba arriba y abajo en el agua junto a ellos. El maravilloso puerto de Mulberry era para otros, para vehículos y cajas de provisiones, y quizá para humanos más favorecidos. Los Glamorgan entraban en buques de asalto, y casi dos días más tarde de lo previsto, porque todo había tardado más de lo planificado. Al echar otro vistazo a la flota, Mark pudo entender fácilmente por qué. Era sorprendente que las cosas se desarrollaran tan fluidamente como lo hacían. Evans estaba a su lado, con la piel pálida y sus numerosos granos más brillantes y amoratados que nunca. El muchacho había estado tranquilo desde su liberación y estaba haciendo su trabajo con gran eficiencia, como un niño pequeño que recibe una advertencia y hace alarde de ser bueno.

–¡Bien, primeros hombres a las redes!

Mark se aseguró de moverse antes que los demás. Ése era su trabajo. Ir primero, mostrar el camino y demostrar que era seguro. Fue complicado, cargado con todo el equipo y el subfusil Sten que insistía en descolgarse de su hombro, pero lo logró y los pies encontraron las cuerdas fácilmente. Los pantalones le quedaban un poco ajustados, lo que los hacía incómodos. Dado que había muchas posibilidades de que hicieran tierra en las olas y vadearan hasta la orilla, a todos se les habían entregado pantalones de mezclilla para que los usaran en lugar de su traje de batalla. El material era más

tosco, y eso ya era mucho decir, y normalmente se reservaba para uniformes de fajina.

La subida fue más fácil de lo que esperaba, aunque miró varias veces alrededor para juzgar hasta dónde había llegado. Debajo de ellos, la LCA corcoveaba como un caballo salvaje mientras el oleaje la golpeaba. Evans estaba a su lado, insistiendo en permanecer cerca de su oficial. El rostro del chico estaba atrapado en un rictus de puro terror, y varios hombres no se quedaban atrás. Mark pensó en los pobres diablos que habían hecho aquello el mismo Día D, sabiendo todo el tiempo que después de aquel peligro todavía estaban los alemanes esperándolos en la orilla, con los dedos listos para apretar los gatillos.

–Bien, muchachos. Esperen, esperen. –Los marineros de primera que los guiaron hasta la lancha de desembarco eran de Sunderland y arrastraban el sonido de las vocales–. Esperen, esperen. ¡Ahora! ¡Salten!

Mark aterrizó bien y Evans patinó por un momento mientras bajaba, así que lo agarró para estabilizarlo. Hubo un destello de irritación en los ojos del chico. Claramente, no quería que lo ayudaran, pero no estaba dispuesto a quejarse ante un oficial, y mucho menos ante su oficial. El resto del pelotón lo siguió. El soldado Jenkins (seguramente, era 562 Jenkins) perdió el equilibrio y de alguna forma terminó colgando boca abajo, con las rodillas sobre la red que lo mantenía. El rifle se le resbaló del hombro (debía de ser el único que no se lo había puesto al cuello, a la espalda) y cayó al agua, salpicando. Jenkins no gritó ni chilló. En realidad, nunca lo hacía cuando su torpeza provocaba otros percances. Simplemente, quedó colgado allí, balanceándose un poco hasta golpearse contra el casco, y esperando que alguien resolviera el misterio irresoluble que había causado que todo aquello sucediera. Los hombres lo ayudaron y sólo entonces comenzó a hablar, reprendiendo a cualquiera que lo agarrara demasiado fuerte.

–¡Quédate quieto, imbécil!

–¡Cuidado por dónde me empujas!

–Vamos, Jenks, te tengo. Saca la pierna.

–Cuidado, mi mochila se está resbalando.

–¡Oh, mierda!

La mochila se unió al rifle en su tumba de agua. Los broches que la sujetaban a las correas eran fuertes y no deberían haberse roto, aunque eso era así para gran parte de la propiedad del rey destrozada o destruida por el soldado Jenkins. Para ser un joven tan bajo y de complexión delgada, tenía una fuerza extraordinaria cuando la empleaba en el lugar equivocado y en el momento equivocado.

Mark vio al mayor Jackson mirando hacia abajo desde el buque de desembarco y suspiró para sus adentros. Hasta entonces, el Pelotón Diecisiete lo había estado haciendo todo bien. El mayor no dijo nada, con la sensatez de darse cuenta de que era poco probable que una voz adicional ayudara a arreglar la situación, al menos hasta que la demora se hiciera demasiado larga. Jackson también entendería que ese tipo de cosas sucedieran alrededor de Jenkins con terrible regularidad. No es que el hombre fuera estúpido, ya que el 562 podía convertirse en un fluido protestón cuando quería. Como cualquier pelotón, el de Mark era un grupo heterogéneo, con algunos hombres tremendamente inteligentes y cultos, a menudo mucho más inteligentes, políticamente, que él, aunque fuera por una inclinación particular. Había un par que en un buen día podrían calificarse simplemente como imbéciles, pero en general causaban menos problemas que Jenkins, siempre y cuando evitaras dejarlos solos con cualquier tarea complicada.

–Esto ha sido culpa tuya –se quejó Jenkins, una vez que lo liberaron y lo llevaron a la LCA. Tenía un gran desgarro en la pernera izquierda del pantalón. Al menos ésos eran sólo los pantalones de fajina, por lo que pronto serían reemplazados.

El resto del pelotón descendió. La LCA estaba llena, y, a una señal, el timonel puso en marcha el motor y dirigió la embarcación para que la siguiente ocupara su lugar en el fondo de la red.

–Si tan sólo me dejaran ir a mi propio ritmo –explicó Jenkins a una audiencia indiferente. Estaban acostumbrados a él y eran indulgentes. En lo que respectaba al 562, ninguna desgracia era jamás su responsabilidad, sino algo causado por los errores de otros.

–¡Cierre el pico! –gruñó el sargento Dalton, en un raro momento de ira–. Ahora –añadió, alzando la voz– revisen los equipos.

* * *

7:20 horas, playa Gold

Judd descubrió que el movimiento rápido y rebotante de la LCA no le causaba ninguna molestia real. Arrancaron, chocando contra las altas olas de la marea cambiante, que los cubrió de espuma. El olor del agua salada y los toques de algas le recordaron su hogar y todos aquellos largos días de verano explorando acantilados y senderos, pescando cangrejos y nadando en las aguas sucias del concurrido canal de Bristol. Un toque de petróleo en medio del olor del mar le parecía natural, y había mucho en aquella concurrida extensión de agua frente a la playa del desembarco. Para ellos era como tomar un trolebús, pero todos debían estar pensando en los soldados que habían abierto el camino para el asalto real.

Había varios pecios, uno de ellos, un LST grande, de los que llevaban tanques, con los costados chamuscados y negros, que debió de haber quedado atrapado en los obstáculos de la playa y luego habría sido bombardeado. Estaba de lado en la orilla, de modo que las embarcaciones tenían que pasar por ambos costados. Había otros restos de naufragios, en su mayoría LCA más pequeñas, como la suya, y en los guijarros delante de ellos había tanques quemados, uno o dos volcados de lado. Piezas de equipo, salvavidas, cajas rotas, rifles destrozados y otras cosas imposibles de reconocer flotaban entre las olas. Había algo más, algo vestido de color caqui, flotando junto a ellos. La forma no parecía humana, ni tampoco la extraña masa pálida que sobresalía de lo que alguna vez podría haber sido una chaqueta. Judd quiso mirar hacia otro lado y no pudo, hasta que finalmente aquello quedó atrapado en una corriente diferente y lo dejaron atrás.

La LCA llegó a la playa. La rampa bajó, y Buchanan agitó el brazo y abrió el camino a través de ocho centímetros de agua espumosa. El pelotón lo siguió, murmurando que era típico del maldito Ejército decirte que tienes que vadear y luego aterrizar en seco. Como de costumbre, la opinión expresada abiertamente no era que se tratara de un golpe de buena suerte por su parte, sino de desprecio por los tontos de arriba, que nunca sabían lo que hacían. A Judd le sorprendía el tiempo que muchos de los adultos de la oficina donde había trabajado pasaban quejándose y criticando a las autoridades. Sin embargo, ni siquiera eso lo había preparado para la energía que los soldados ponían en quejarse. Tal vez se equivocara, porque había muchos regimientos en el Ejército, pero sospechaba que los galeses lo habían convertido en un arte. Mientras desembarcaban en tierra con apenas las botas ligeramente húmedas, maldijeron a los generales, a Churchill y al rey. Alguien incluso lo intentó con Vera Lynn[17] y Tommy Handley.

La playa estaba atestada. Algunas zonas todavía estaban acordonadas porque aún no las habían despejado. Hombres con cascos con bandas blancas alrededor gritaban instrucciones. Las voces se superponían mientras uno llamaba a una unidad y otro a la siguiente. También había carteles con símbolos de unidades y siglas.

–Compañía A, por aquí –gritó el mayor.

–Pelotón Nueve, síganme –llamó Buchanan, sin alzar la voz, pero con la suficiente claridad para que todos lo oyeran.

Marcharon desde la playa hacia el interior, y el número de carteles de unidades iba proliferando a medida que avanzaban. Una hora más tarde, los condujeron a un campo y fueron los últimos miembros del batallón en llegar.

–¡No me jodas! ¿Qué está pasando? –preguntó «Sandy» Moore.

El batallón se estaba desvistiendo. Primero se quitaban las mochilas y las correas, luego las guerreras, y finalmente se soltaban los tirantes para poder prescindir de los pantalones de fajina. Había cientos de hombres en faldones de camisa, algunos con ropa interior

y otros sin ella, mientras se preparaban para ponerse los pantalones del uniforme de campaña.

–Es una nueva orden, muchacho. Entra en la batalla en pelotas para asustar al espantoso huno. Órdenes directas de Monty.

–Podría ser la tradición –sugirió Judd–. Los antiguos celtas solían ir desnudos a la batalla y son nuestros antepasados. Estimaron que asustaban a los romanos. Polibio dice eso que impedía que se les enganchara la ropa cuando corrían entre los arbustos espinosos.

–¿Quién era ése?

–Un famoso historiador griego.

–¡Qué tipo más estúpido, por Dios...! ¿Quién iba a correr desnudo entre espinas?

–Dije que era griego.

–Ahora, sigamos adelante. –Al sargento Holdworth no le impresionaron semejantes especulaciones históricas–. Quítense los pantalones.

–Apuesto a que eso fue lo que les dijo a esas chicas del Ejército que trabajan en agricultura –susurró Moore.

Davison estuvo de acuerdo.

–Y las asustó tanto como a los malditos romanos.

–¡Muévanse, vagos! –Holdworth tenía una gran voz y el pelotón sabía que su paciencia tenía un límite–. ¡Deprisa y corriendo, izquierda, derecha, izquierda, derecha, pantalones bajados! –Era evidente que el sargento se estaba divirtiendo–. ¿Cuándo van a recibir otra orden como ésa? Que sea algo para contarles a sus nietos. –Y todos hicieron lo que les ordenaron.

–¡Maldito Ejército! –murmuró Moore.

–¡Las cosas que hacemos por el rey y por la patria! –declaró Judd, y obtuvo algunas sonrisas, pero Holdworth les ordenó que siguieran adelante, y estaban demasiado ocupados para pensar en otra cosa.

* * *

12:30 horas, cerca de Bayeux

James había dormido bien una noche más a pesar del ruido. Había un regimiento de artillería de campaña con sus cañones de veinticinco libras desplegados en un campo adyacente, y dos veces durante la noche habían realizado varias misiones de fuego, disparando durante unos buenos veinte minutos cada vez. Pero no se había despertado. Las bombas arrojadas sobre la artillería por un bombardero alemán errante tampoco habían interrumpido su descanso, ni siquiera cuando hizo estallar un polvorín preparado. James siguió durmiendo, al igual que su tripulación, y todos quedaron asombrados cuando a la mañana siguiente alguien les habló del ataque aéreo. Decidieron que de ahora en adelante cavarían una zanja poco profunda, luego pasarían el Sherman sobre ella y todos dormirían debajo del tanque para protegerse.

El descanso y la interrupción de la toma de decisiones que podrían costarle la vida a él o a otros habían contribuido, en gran medida, a restaurarlo. Se sentía bien y tenía mucha energía. Cuando volvió a salir el sol, se respiraba un aire de campamento de verano en torno al vivac de blindados del regimiento. Sin embargo, el hecho de sentirse mejor y más fresco también permitió que comenzara a pensar nuevamente en algo más que las decisiones vitales e inmediatas. Había deberes que cumplir, y el más difícil era escribir cartas a los familiares de los hombres que había perdido en el Pelotón Tres. Hubo tres muertos, uno de su tanque y dos del sargento Dove. Si no hacía nada para evitarlo, rápidamente le volvía la imagen del torso destrozado y sin cabeza de Miller. Al menos con la madre de Albright podía decir que las perspectivas eran buenas y que su hijo se recuperaría.

No podía decirle nada parecido a la tía de Miller, que lo había criado, ni a los familiares de los otros dos. Querían palabras de consuelo, no la triste verdad de que sus buenos, alegres y brillantes muchachos habían desaparecido en un abrir y cerrar de ojos. Al menos podía decir con toda honestidad que el final había sido rápido y que no habían sufrido. ¿Era cierto esto último? La mutilación de Miller fue horrible. Le vino a la mente un verso: «La monstruosa ira

de las armas». Era espantoso: carne y huesos desgarrados y violentados; trozos de un hombre esparcidos por todos lados. James temía que durante un instante se hubiese producido la agonía, un dolor espantoso y omnipresente que al pobre Miller tal vez no le había parecido un instante.

Querida señora Miller:

Con gran tristeza escribo estas líneas... Su hijo era un chico maravilloso, querido por todos. Sirvió en mi propio tanque, como asistente del conductor, por lo que llegué a conocerlo muy bien. Sé que quizá no le sirva de consuelo, pero le puedo asegurar que el final fue instantáneo y que su Jack no pudo haber conocido ningún dolor. Apenas un momento antes, nos estaba haciendo reír y nos animaba, y al siguiente ya no estaba... Echaremos de menos a Jack, pero estamos orgullosos de haberlo conocido y de haber servido con él. Si hay algo más que le gustaría saber, o algo que pueda hacer...

James se quedó mirando las cartas. Cada una era más o menos igual a la otra, porque no se le ocurría otra forma de expresar lo que había que decir. Era sincero y ocultaba sólo lo que podía molestar, y aun así parecía un ejercicio escolar para un ensayo de primaria: «Escribe una carta imaginando que deseas consolar a alguien por una pérdida». Esto parecía irreal, escrito por alguien demasiado inmaduro para comprender asuntos tan profundos.

Se le ocurrió otra frase, esta vez de una película, *La escuadrilla de la aurora*, una de las favoritas de Bill Judd. Recordó que Basil Rathbone empezaba a quebrarse y hablaba con el ayudante sobre las cartas de condolencia, algo así como: «Escribe lo que quieras; de todos modos, le romperá el corazón». Al menos, Rathbone era un adulto y tenía experiencia. El actor seguramente había estado en la Gran Guerra, por lo que sabía algo sobre todo eso de verdad y no sólo por la pantalla grande. James Taylor había estado en la batalla, había luchado y matado (o al menos había recibido las órdenes que conducían a la muerte), y había sufrido la muerte y el daño de algunos de sus hombres. Sabía que podía funcionar, dar órdenes y no entrar en pánico, y no dudaba de que podría volver a hacerlo.

Estaba menos seguro de estar haciéndolo bien, de que sus errores no hubieran causado las muertes. Todo parecía demasiado serio e importante, y se sentía como un niño pequeño que se pone el traje de su padre y finge ser un adulto.

James recogió las tres cartas una por una. Incluso su letra parecía juvenil e inadecuada. Suspiró, selló las cartas y las dejó a un lado para entregarlas más tarde. Luego cogió otra carta, con una escritura aún más infantil que la suya.

¡¡¡Mi querido, querido, queridísimo caballero del brillante tanque Sherman!!!

Perdona la pequeña broma, pero los periódicos dicen que ésta es una gran cruzada, y por eso mi señor se ha ceñido su espada y se ha despedido solemnemente, con el talismán de su dama siempre cerca de su corazón como muestra de amor puro y eterno. Espero profundamente que esto sea así, que mi pobre adoración pueda ayudarte con esta dura tarea, que la prueba permanezca inmaculada, y que tú permanezcas íntegro y a salvo a través de toda la vorágine.

James a veces se preguntaba si Penny realmente sabía lo que significaban la mitad de las palabras que usaba. Sin embargo, nadie podía dudar de su entusiasmo.

Príncipe mío, mi Roldán, mi Héctor, mi magnánimo sir Galahad.

No te preocupes si no tienes tiempo para pensar en una muchacha tonta sentada en casa, hilando sus tejidos como lo hacía una Penélope más famosa, aunque no para ahuyentar a los pretendientes.

James la imaginó chupando la punta de su lápiz, preguntándose si debería asegurarle que muchos otros la adoraban por su belleza, pero que ella era devota de su veneración a él, o temía que él pudiera ponerse celoso.

Ésa es, por supuesto, mi broma tonta, porque ¿cómo podría cualquier otro no palidecer hasta convertirse en invisible al lado de mi amado?

Bueno, sin duda eso era una decepción para Errol Flynn.

Los estadounidenses, por supuesto, silban y hacen sugerencias inapropiadas, pero son inofensivos, poco más que niños, en realidad [una palabra tachada con fuerza], niños, y no les presto atención, aunque algunos vienen a tomar el té los domingos. Les muestro tu foto y les hablo de ti.

James esbozó una sonrisa irónica. Apostaba a que eso les encantaba.

Y, por supuesto, están los aviadores, especialmente cuando se acercan al final de su entrenamiento y obtienen más pases.

Esa última palabra era desafortunada, aunque lo más probable es que ella no entendiera por qué. Los Stevens mantenían jornadas de puertas abiertas para los militares, como lo hacían tantas familias, en la medida de sus posibilidades.

Son buenos chicos, pero parecen simples niños comparados contigo y no me tomo en serio sus bromas.

Dios mío, si eran más jóvenes que él, todavía debían de usar pañales. ¿Debería estar celoso de los «chistes»? Quizá, si tuviera la energía o entendiera lo que realmente sentía por Penny, podría estarlo. Aun así, seguramente era inofensivo, aunque no podía estar seguro, porque la sorpresa de cómo había estado ella durante aquel último día de permiso seguía siendo fuerte.

Terminó la carta y luego empezó a escribir una respuesta.

Mi queridísima:

No sé qué más decir, porque esa simple palabra resume todos mis sentimientos.

Si al menos fuera cierto. No sabía cuáles eran realmente sus sentimientos hacia ella, y la idea del matrimonio era tan irreal como pretender comandar a los hombres en la batalla. James escribió el tipo de carta que sentía que un amante apasionado debería escribirle a su prometida, aunque controló un poco parte de la pasión. La censura a la que tenía que someter las cartas de sus hombres había enriquecido significativamente su ingenio a ese

respecto. Al igual que las condolencias, se parecía a un ejercicio, con frases construidas en lugar de naturales. Al menos ésta era más fácil que las otras cartas. «Después de la guerra» era un concepto demasiado vago e irreal como para marcar una gran diferencia. Por el momento, era agradable sentir que su destino le importaba a una joven atractiva de su país. Incluso la idea de que lloraría por él y se sentiría desconsolada si lo mataban le ofrecía un consuelo extraño y egoísta, porque significaría que él importaba. Le importaba, aparte de a sus padres, quienes no tenían otra opción, ya que era su hijo.

Penny no tenía por qué amarlo; de hecho, le desconcertaba saber por qué debería hacerlo. Quería casarse con él, quería que él la llevara al lecho conyugal y le hiciera el amor, con un entusiasmo rayano en la impaciencia, a juzgar por sus cartas y otras cosas. Que cualquier chica bonita, y una chica decente además, estuviera dispuesta a dejarse hacer era una idea muy agradable. Muchos oficiales tenían sus aventuras, incluidos algunos casados, y al menos unos pocos se aprovechaban más o menos abiertamente de los lugares donde las mujeres hacían esas cosas con fines comerciales. Esa idea lo repugnaba. Cuando estaba con una mujer, quería importarle, quería ser amado. Bueno, Penny le estaba prometiendo de eso en abundancia, y ahora que él estaba allí, su admiración se sentía menos agobiante, independientemente de que más adelante intentara o no estar a la altura de sus expectativas.

James escribió la carta evitando hablar de la batalla. Estuvo medio tentado de decir que había recibido una herida después de haber sido atacado por una rama hostil. A Penny le encantaría pensar en una cicatriz estéticamente agradable, por lo que no tenía sentido aumentar sus expectativas por un simple rasguño, ya casi curado. Aparte de eso, probablemente no le gustaría enterarse de que había usado la prenda de su dama para limpiar la sangre, o tal vez eso le resultaría desesperadamente romántico. La limpieza era un problema, por lo que por el momento la sangre coagulada permanecería en la seda.

Terminó lo que esperaba fuera una carta de amor divertida y adorable, incluso si las palabras y la forma de las letras todavía le

parecían bastante ingenuas. Bastaría. Tendría que bastarle, porque tenía deberes que cumplir. James selló esa última carta y puso la dirección. La carta de amor para complacer a una joven fantasiosa saldría junto con las notas que ofrecían un parvo consuelo al dolor de otros hogares. A su lado, la artillería de campaña cobró vida con un rugido. No le prestó atención. Era simplemente uno de los sonidos de Normandía.

D + 9, jueves, 15 de junio 12:35 horas, cerca de Brouay, Normandía

Visto de cerca, el Panther era enorme. El nombre era apropiado, porque se trataba de una bestia, en todos los sentidos de la palabra, diseñada para cazar y matar. El informe decía que pesaba un cincuenta por ciento más de lo que pesaba un Sherman, y James podía creerlo fácilmente. Era más ancho y más largo, el casco y la torreta eran igualmente planos, y el inmenso tubo del cañón se extendía hacia delante en busca de presas. Sin embargo, no era tan alto como un Sherman. A pesar de su tamaño, a una pantera le resultaría fácil esconderse entre los bosques y setos de Normandía. Eso, en un campo espeso; en los campos abiertos, más comunes cuanto más se acercaban a Caen, ese cañón largo podía matar a un hombre a un par de kilómetros de distancia.

Incluso noqueado y abandonado por su tripulación, ese Panther irradiaba amenaza. La mayoría de los comandantes de tanques del Escuadrón B habían ido a ver el vehículo, puesto fuera de combate en los primeros días por los canadienses y desde entonces utilizado como diana. Los Panther podían ser eliminados. El 165.º RAC lo sabía por experiencia, y por la evidencia de ése y otros despojos esparcidos alrededor de la cabeza de playa. Sin embargo, James también recordaba haber visto los proyectiles de 75 mm rebotar en uno de ellos en aquel primer encuentro. Al mirar ese ejemplar, pudo entender por qué. La parte delantera del casco, el glacis, estaba inclinada en un Sherman, pero no era nada comparado con el ángulo de un Panther, y eso resultaba aterrador. Si una placa blindada estaba inclinada, aumentaba las posibilidades de que un proyectil fuera desviado. Más aún, un proyectil disparado de plano y nivelado tenía que atravesar una mayor profundidad de acero que contra una placa plana. A todos los efectos, hacía que el blindaje fuera más grueso de lo que realmente era, y el del Panther era lo suficientemente grueso, para empezar.

El sargento Dove parecía pensativo mientras metía un dedo en una hendidura del glacis del Panther. No era profundo. Era poco más que una abolladura en la placa blindada. Alrededor había un círculo

de pintura roja para mostrar que aquello había sido hecho con un arma de 75 mm de un Sherman a quemarropa. Había casi una docena de impactos con la misma marca. Ninguno había penetrado el blindaje, y era poco probable que alguno hubiera hecho mucho para alterar a la tripulación que estaba dentro. Los ataques con cañones antitanque de seis libras, marcados con un círculo verde, no fueron mejores. La conclusión era sencilla. En las distancias más cercanas, el cañón estándar de los Sherman, los Churchill o los Cromwell no podía atravesar la parte delantera del casco de un Panther, incluso cuando el Panzer estaba estacionado y no contraatacaba como ése, al que usaban como diana. Los cañones de seis libras tenían munición nueva que funcionaba mejor, aunque eso no era una gran compensación para un tanquista.

–Bueno, supongo que no debemos disparar al casco –concluyó Dove, pero la parte delantera de la torreta era sólo un poco más alentadora.

El mantelete que montaba el largo 75 mm del Panther era curvo, como medio tambor apuntando hacia fuera. Estaba hecho de acero más grueso que cualquier parte del blindaje de un Sherman, pero uno o dos de los golpes habían sido profundos, tal vez lo suficientemente profundos como para arrojar rocalla al rojo vivo desde la pared interior de la torreta.

–Creen que el truco consiste en golpear la mitad inferior –continuó Dove, haciendo todo lo posible por parecer confiado–. Mire aquí. –Señaló una marca muy abajo–. Éste rebotó, pero cayó hacia la placa junto a la escotilla del conductor. –El blindaje allí se había abierto.

–Hay que acercarse para hacerlo –dijo Bell dubitativamente.

–Siempre estamos muy cerca en el boscaje –señaló Dove–. Pero ése es el lugar, si aciertas.

–Mejor aún, deslizarse por el costado. –James sintió que debía tratar de alentarlos. Ése era el propósito de aquella excursión en un camión prestado del Escalón A, la sección de apoyo cercano del regimiento que hacía las reparaciones más sencillas y los abastecía.

James los guio alrededor del tanque.

–¡Miren esto! –El lado izquierdo del Panther estaba contra una pared, pero el derecho quedaba expuesto al campo abierto y estaba plagado de agujeros, muchos de ellos marcados en rojo y verde.

–He oído que guardan las municiones en el costado –les dijo Dove.

–Y esto es también el motor y el combustible –añadió James–. Golpeemos allí o por detrás, y tendrán problemas.

–Aunque no arderá tan rápido como un Ronson. –El sargento McDonald tenía a su cargo el tanque Charlie en el Pelotón Dos y rezumaba toda la dureza de un verdadero Highlander. El apodo de Ronson ahora lo usaban mucho las tripulaciones. El anuncio de los mecheros Ronson proclamaba que se encendían a la primera, y muchos tanquistas estaban dispuestos a creer lo mismo del Sherman–. Aun así –añadió McDonald, como si estuviera sopesando una gran pregunta–, los demonios arderán. Ya lo hemos visto.

–Y usted tiene un gran cañón de diecisiete libras, viejo cabrón pesimista –señaló Dove.

–Sí, pero sigue siendo un Sherman.

Pasaron largo rato trepando al tanque enemigo y entrando. James se alegró de ver que no había rastro de su antigua tripulación, aparte de un olor rancio y un montón de carteles de chicas ligeras de ropa. Debían de estar fijados con algún adhesivo fuerte, porque uno o dos estaban rotos, pero ninguno se había despegado.

Dove olfateó.

–Creía que habías dicho que eran las Juventudes Hitlerianas. Esperaba que sólo tuvieran fotografías de Adolf para calentar sus corazoncitos.

–¡Maldita sea! Es un pensamiento desagradable –dijo Bell–. ¡Fotos del Führer en bikini! ¡Joder!

–¡O con medias y ligas!

–Gracias por las pesadillas –dijo James, y salió de la escotilla de la torreta para que otros pudieran tomar su turno.

Se detuvo un momento en la cúpula, tratando de imaginar cómo sería comandar una de esas cosas. Se preguntó si tenían alguna debilidad, como una visión limitada en alguna dirección. Sacudió la cabeza y salió. Hasta donde él podía ver, el tanque estaba bien diseñado; tal vez no era tan cómodo como un Sherman, pero sí lo bastante bueno. Los informes de Inteligencia decían que los motores eran temperamentales y que todo era muy difícil de mantener en funcionamiento y reparar. Bueno, eso estaba bien a su manera, pero probablemente no ayudaría mucho cuando uno se topara con una o más de esas putas cosas. Además, el Tiger era incluso más grande y desagradable que el Panther.

Un motor rugió cuando un camión avanzó por la carretera angosta más próxima a una velocidad vertiginosa, levantando grandes nubes de polvo. El ruido no era lo suficientemente alto como para enmascarar la avalancha de airadas protestas de los hombres acampados en el vivac que estaba más allá. El alboroto duró hasta mucho después de que el camión, el ruido y el polvo desaparecieran. Cuando se calmó, se oyó el débil sonido de un canto mientras una columna de infantería se acercaba. Sólo Dios sabía cómo los había adelantado el camión, porque el camino era estrecho.

James bajó del Panther y notó que el sargento Martin estaba enfrente, mirando las marcas dejadas por los disparos. Los impactos de los diecisiete libras estaban pintados con círculos amarillos y eran mucho más alentadores.

–A veces en el casco y casi siempre en la torreta –señaló James–. Esto debe hacerte sentir un poco mejor.

–Aun así, tengo que golpear primero y rápido –dijo Martin. Se frotaba la barbilla como un mecánico a punto de darle una mala noticia al propietario de un coche en reparación–. No importa el alcance para él. Nos golpea en cualquier parte, de frente, de costado, en el puerto de la pistola, y estamos hervidos.

La infantería marchaba junto a ellos, invisible detrás del seto, aunque sus voces transmitían el familiar canto decidido y no demasiado musical de los ejercicios realizados a lo largo de tantos

años. Había algo diferente, sin embargo, aunque no estuviera prestando mucha atención.

–Tiene dos en su haber –señaló James al sargento.

Martin asintió lentamente y luego volvió a alisarse la barbilla.

–Los vi antes de que ellos pudieran verme a mí, señor. Supongo que eso es lo que realmente importaba. Nosotros los vimos primero y disparamos primero. Y desde el costado.

–Fue un gran trabajo –dijo James, y luego se preguntó si no sonaba demasiado arrogante, como sugiriendo que se cargaba esos grandes tanques todo el tiempo.

–Tal vez sí, tal vez no. Estoy aquí, que es lo principal. Pero se trata tanto de ver como de disparar; más bien de ver, en realidad. Y cuando ellos atacan, tenemos más posibilidades. Mire uno desde un lado y podrá atraparlo. Si ve uno de frente, quizá sea mejor alejarse y esperar hasta verlo de lado, especialmente si viene con sus compañeros. Pero, cuando atacamos, ellos son los que esperan, observan...

Martin miraba fijamente al tanque, pero sus ojos parecían estar enfocados en una distancia lejana.

–Por eso trabajamos en equipo –dijo James. Los demás estaban todos dentro del tanque o alrededor de la parte trasera, y ésa era la primera oportunidad real que había tenido de hablar con Martin a solas. En el campamento siempre había alguien que podía oírlos–. Necesitamos ser un equipo y confiar los unos en los otros. Esto es cierto cuando defendemos y doblemente cierto en el ataque. Debe confiar en que yo tomaré las decisiones correctas, y yo debo confiar en que usted seguirá las órdenes, y todos debemos confiar unos en otros, saber que el resto siempre nos respaldará.

Lo había dicho, aunque, como tantas veces, las palabras parecían inadecuadas, casi escasas. Lo de confiar los unos en los otros era bastante cierto. James estaba menos seguro de que todos debieran confiar en él para tomar la decisión correcta en cada situación. Al

principio, Martin pareció no haberlo oído, porque siguió mirando, hasta que por fin suspiró.

–No está casado, ¿verdad, señor?

–Recientemente comprometido –dijo James.

Martín asintió.

–Sí, eso he oído. Dicen que es una mujer despampanante.

¿Eso decían? James se preguntó cómo lo sabían. Tenía una fotografía, pero no recordaba haberla mostrado a nadie, ni siquiera en el comedor.

–Creo que sí –dijo, al fin.

–Bien por usted, señor, bien por usted. –Por fin, Martin se volvió hacia él y lo miró fijamente. La intensidad de la mirada era desconcertante–. Estoy casado... Siete años ya. Dos chavales y un tercero en camino. –Sonrió–. Consecuencia de mi último permiso.

–Tiene mucha suerte –dijo James, y se sorprendió porque realmente lo decía en serio.

–Tal vez. Pero le da al hombre unas responsabilidades. Ethel y los niños dependen de mí. La vida es dura, y muchísimo más para una viuda con niños pequeños, o para una esposa cuyo marido aún vive, pero al que le faltan las piernas, los brazos o los ojos. ¿Me entiende? No se ofenda, señor, pero lo dudo. Espere algunos años y tal vez sea marido y padre, y entonces lo sabrá.

James no respondió, sintiéndose incluso más niño de lo habitual en comparación con esos adultos. Martin tenía unos veintiocho años.

–Yo aportaré mi granito de arena –le dijo el sargento–. Hay que parar a Hitler. Todo el mundo lo sabe.

Era raro escuchar a alguien hablar de la guerra, a menos que lo hiciera el Cuerpo Educativo del Ejército. En lugar de eso, la mayor parte del ejército la aceptaba como se acepta el resto de la vida. Casi todos eran reclutas, por lo que no habían tenido muchas opciones. Sin embargo, Martin tenía razón: casi todo el mundo entendía que era necesario limpiar a los nazis. Simplemente, no

querían hacer una canción y bailar alrededor de ella, o decir que era genial ser parte de la causa. Hacer el trabajo sucio e irse a casa era la actitud de la mayoría, y esos días James estaba empezando a compartirla. El glamur del servicio había desaparecido, aunque todavía existía la sensación de que luchar en una guerra era más sencillo que empezar en la vida normal.

–Entonces yo aportaré mi granito de arena –prosiguió Martin–. Pero no haré más, señor. Y no estoy asumiendo riesgos que no sean necesarios. ¿Entiende, señor? Planeo regresar a casa y llevar a mi equipo a sus hogares también.

–¡Oye, funciona! –El cabo Bell salió deslizándose desde debajo del Panther–. Hay una trampilla abajo, como la nuestra.

Los demás estaban saliendo y charlaban entre ellos, lo que evitó que James tuviera que responder al sargento. No había mucho que pudiera decir, y ciertamente no podía ordenarle a Martin que fuera un héroe y esperar que lo obedeciera. James sintió que ahora entendía mejor al hombre y podía dar sus órdenes en consecuencia. El miedo de cualquier subteniente era decirle a un hombre que hiciera algo y que le dijeran que se fuera al infierno, en la práctica, si no en palabras. Martin no sería audaz, pero parecía que continuaría peleando y peleando bien en las circunstancias adecuadas. Eso al menos era algo.

–Podría ser peor –dijo James, hablando en voz alta sin querer. La columna de infantería había pasado, el canto era débil, pero por fin había reconocido la melodía. Su cabeza le dijo que las palabras también se habían acercado bastante a la versión oficial.

–Lo siento, acabo de darme cuenta de qué estaban cantando. Sonaba como un himno. Normalmente, rayan en la indecencia, ¿no?

Martín se encogió de hombros.

–Todos necesitamos toda la suerte que podamos tener.

Pronto regresaron a través de la concurrida cabeza de playa. Tuvieron que esperar unos diez minutos en un cruce mientras una columna, aparentemente interminable, de camiones y armas pasaba

por la carretera principal. Un miembro de la Policía Militar, impecablemente uniformado, los dirigía. No era el mismo hombre que había estado allí cuando llegaron antes. Al costado del camino había un cráter y junto a él una masa informe bajo una manta. Sólo la bota que sobresalía mostraba que los restos habían sido humanos.

La espera fue difícil, con un cartel que rezaba «El polvo trae la muerte» justo al lado de ellos. El convoy levantaba una gran nube de polvo y el agujero del proyectil sugería que los alemanes habían calculado muy bien el alcance.

–¡Gracias a Dios! –dijo el conductor cuando por fin los llamaron.

D + 10, jueves, 15 de junio 10:00 horas, al suroeste del punto 103, Normandía

El regimiento volvió a estar cerca de los combates anteriores, ayudando a la infantería que se había quedado rezagada a abrirse camino hacia delante y a aferrarse a lo que ya habían tomado. Eso fue una pausa para el alto mando y una serie de luchas a vida o muerte para los hombres involucrados, incluso si ninguna de las pequeñas y desagradables acciones iba a cambiar el curso de la campaña en sí misma. El intento de gancho de derecha de la Séptima División Blindada se había encontrado con los alemanes que venían en dirección contraria.

–Oí que un Tiger se colocó detrás del regimiento líder –dijo Blamey, el cargador, a la tripulación–. Condujo por una carretera y los tomó a todos por sorpresa: bang, bang, bang, y veinticinco tanques hervidos por el maldito Tiger. Luego aparecieron más y noquearon al resto del regimiento. Sus proyectiles simplemente rebotaban como pelotas de tenis. Las Ratas del Desierto también, así que no lo tuvieron chupado.

–No fueron veinticinco tanques –intervino Whitefield–. También había semiorugas y camiones. ¿Cómo iban a detener un tanque, y mucho menos un Tiger?

James esperó antes de intervenir. El coronel Leyne había sido muy claro al respecto la noche anterior, presintiendo que circulaban historias descabelladas.

–Whitey tiene razón. Los pillaron en fila. Mala suerte, más que nada. Pero ese Tiger derribó un cargamento de transporte..., y la mayoría de los tanques eran de la Tropa de Reconocimiento.

–¡Pobres desgraciados! –interrumpió Whitefield–. Enfrentarse a un 88 con sólo un 37. Mierda, quiero decir...

–De nuevo, correcto. Los tanques que realmente derribó eran los del cuartel general, algunos de ellos de la Artillería Real, con cañones de madera. Y nadie estaba listo, y la mitad de las tripulaciones desmontaron. Y después nuestros muchachos hirvieron al Tiger y a un par más. Y surgieron muchos más alemanes. Fue un gran combate que duró dos días, y las Ratas del Desierto dieron todo lo que pudieron. El coronel había dejado claro ese punto. Las pérdidas habían sido cuantiosas en ambos bandos. Sí, el ataque había sido bloqueado, pero también cualquier ofensiva alemana en aquella zona. Eso significaba que había que fortalecer la línea del frente y prepararse para un ataque mayor a medida que más divisiones llegaran a tierra. El coronel no quería que nadie entrara en pánico por los Tiger. Se les podía derrotar, como a cualquier otro tanque. James quería creer que era cierto.

Aquella mañana, el Escuadrón B fue agregado a un batallón de infantería encargado de ocupar una aldea. El sargento Dove estaba de regreso con ellos en un Sherman nuevo, Haymarket, esta vez un diésel, que algunos decían que era menos propenso a incendiarse que las versiones de gasolina. Sin embargo, no había suficientes tanques disponibles en los aparcamientos de vehículos para llevar al regimiento a su máxima capacidad. Por el momento, el Escuadrón B estaba operando con tres pelotones en lugar de cuatro, y el de James era el único con su dotación completa. Cada día estaban asignados a una unidad de infantería diferente, lo que significaba que era difícil acostumbrarse unos a otros y trabajar bien juntos. Ese batallón era mejor que la mayoría y no esperaba que los tanques hicieran lo imposible.

James estaba apoyando a su compañía en el flanco izquierdo, comandada por un capitán, ya que el mayor había sido herido por

una bomba de mortero hacía unos días. Los preparativos habían sido minuciosos y el bombardeo de artillería que golpeó las posiciones enemigas fue impresionante. Los Sherman se mantuvieron en el flanco, dejando que la infantería siguiera adelante a través de los campos de trigo. Una Spandau abrió fuego y el trazador apartó el maíz a un lado al pasar. Su propia infantería desapareció y se sumergió en el cultivo alto. James recordó lo difícil que había sido ver a los granaderos Panzer en aquel primer combate. Ahora era igualmente difícil ver a su propia infantería.

–Baker Tres a Tres Able y Baker, disparen hacia el borde del bosque delante de nosotros. Tres Charlie, vigile nuestro flanco por si acaso aparecen avispones.

James no podía ver los destellos de la Spandau, pero la dirección del rastreador le daba una idea clara de dónde estarían, y, aparte de eso, la línea de árboles era la cobertura obvia.

–Artillero, trabajemos desde la izquierda. Fuego coaxial. Eso es todo. Mándele un obús.

Su propio trazador, rojo en lugar de amarillo verdoso como el enemigo, serpenteó hacia el bosque. A veces las líneas se cruzaban y las explosiones de los proyectiles se producían muy juntas. James todavía no podía ver a ninguna infantería, y como sus radios estaban en una longitud de onda diferente, no podía hablar con ellos. Sí podía oír al resto del escuadrón, y parecían estar avanzando constantemente hacia la derecha, pero no podía verlos porque los setos separaban ese campo del resto.

–Artillero, alto el fuego. Tres Able y Baker, alto el fuego. –Habían aparecido pequeñas figuras al borde del bosque, lanzando bombas y corriendo hacia delante. No podía ver ningún fuego de respuesta del enemigo.

Una espesa columna de humo negro surgió de repente al otro lado del seto.

–¡Baker Dos Able la ha palmado!

–Avispón enemigo a la derecha. Y otro. Es...

Con un chasquido seco, la emisora salió del aire. Apareció otra columna de humo, cerca de la primera. Oían un combate que no podían ver, mientras buscaban peligros en su propio frente. Al cabo de unos minutos, el enemigo había sido destruido o se había retirado con el coste de un tercer Sherman hervido. Sin embargo, la infantería había ocupado el pueblo y los bosques y huertos circundantes. El mayor Scott hizo avanzar los tanques restantes para ayudar a defenderse del contraataque.

* * *

14:35 horas, un campo en Normandía

Los Glamorgan estaban a unos tres kilómetros tierra adentro desde la playa y unos cuantos kilómetros atrás de los combates. Así como habían esperado tanto tiempo en Sussex, y menos cómodos a bordo de los buques de asalto, ahora esperaban en Normandía hasta que alguien decidiera asignarlos. Fueron el primer batallón de su brigada en llegar, y los otros dos acababan de unirse a ellos. Los vehículos de cada unidad todavía estaban en alta mar, esperando su turno, y las otras dos brigadas de su división, junto con todas las unidades de apoyo, todavía estaban en Inglaterra.

No había sitio para entrenar, pues apenas había espacio para vivaquear. Todos los demás campos estaban llenos de suministros y soldados, con unidades preparándose o retiradas para descansar y reacondicionarse. Luego estaban las baterías, medianas y pesadas, autopropulsadas y remolcadas, con líneas de artillería y puestos de mando, todos listos para cobrar vida de día o de noche. Era como vivir en medio de un campo de tiro, y, aparte de los cañones en tierra, los barcos a menudo añadían sus proyectiles al odio enviado en dirección al enemigo. Hasta el momento, los Glamorgan no habían sido alcanzados por ningún fuego de respuesta, aunque durante la noche algunos de los bombarderos solitarios se acercaron, palpitando en lo alto con ese extraño y asíncrono gemido que era distintivamente alemán. Hubo cortinas de fuego. Durante el día, sus propios aviones sobrevolaron el cielo, caían chubascos, a veces fuertes, y de vez en cuando decidía aparecer el sol. Los

Glamorgan esperaban. Y lo hacían bastante bien, porque era la cosa que mejor hacía el Ejército en el entrenamiento de la tropa. Algunos de ellos observaban a los ingenieros, que estaban limpiando el terreno para construir una pista de aterrizaje cerca de su campamento.

Hubo un breve entusiasmo por la emoción de estar en un país extranjero, y para la mayoría del batallón, incluidos Mark Crawford y Bill Judd, aquélla era la primera vez en la vida. Hasta ahora no parecía ni se sentía muy diferente. Habían dejado un condado del sur repleto de soldados, provisiones, tanques, armas y todo lo necesario para la invasión, y ahora estaban en Normandía, rodeados de muchas de las mismas cosas y de gente que había sido transportada al otro lado. El único pueblo lo suficientemente cercano como para llegar fácilmente había sido destrozado y sólo tenía unos pocos habitantes. Si al principio habían dado la bienvenida a los aliados, ahora estaban demasiado ocupados intentando salvar lo que pudieran de sus vidas y cuidando de los animales supervivientes como para prestar mucha atención a los soldados. Había tantos animales muertos que habían tenido que retirar una docena o más de vacas tiesas para preparar su propio campamento. Había bovinos, caballos, ovejas y cerdos muertos por todas partes. Probablemente, también había gente muerta, pero lo único que habían visto eran tumbas, por lo general con un rifle y un casco marcando el lugar. Normandía olía diferente a casa, y era el olor pesado, dulzón y enfermizo de la muerte y la putrefacción.

Los rumores se difundían más rápido de lo habitual, porque había mucho tiempo que perder y mucha gente nerviosa. Uno de ellos era que estaban siendo retenidos para hacer una última defensa cuando los Panzer atacaran. Esa historia tuvo éxito porque era muy sombría, aunque estaba claro que los alemanes todavía estaban a kilómetros de distancia. Estaban siendo retenidos para liderar el siguiente gran avance, uno en el que la matanza convertiría el Somme en un pícnic. Una vez más, la naturaleza deprimente daba a esa historia un atractivo especial. Las más salvajes rara vez disfrutaban de una vida larga, incluso si lo que recibían como atención era más de lo que

merecían. Una era que a todos se les entregarían uniformes de GI y se les introduciría furtivamente en el sector estadounidense por la noche, para que el enemigo no se diera cuenta de que la gran acumulación estaba allí. Los franceses seguían siendo un enigma.

–Todos colaboracionistas –afirmaban algunos–. Dieron la bienvenida a los alemanes y les fue bien vendiéndoles comida.

–No, son tan pocos porque el resto ha matado a todos los colaboracionistas. Fingían hacerse amigos y luego se acercaban sigilosamente a ellos por la noche. Usaban cuchillos. Los destripaban uno por uno. Eso hacían. Y mandaban a las mujeres a los burdeles.

La última frase tendió a despertar el interés de algunos. Hasta el momento no habían visto a ninguna mujer menor de setenta años, y la mayoría parecía mayor.

–Algunas estaban follando con los alemanes. Enamoradas también las había. Había una docena de francotiradoras y tuvieron que matarlas a todas.

–Oí que el Día D unos canadienses encontraron a una colaboracionista y la arrastraron detrás de un *jeep*, sujetándola por el cabello.

O'Connor no quedó convencido.

–Todo el mundo dice tonterías la mayor parte del tiempo durante una guerra.

–¿Y en tiempos de paz? –preguntó Judd.

–Entonces no se detienen en absoluto. Ahora levántate y echemos un vistazo.

–No es un espectáculo bonito, ¿verdad? –dijo Moore. Estaba acostado junto a ellos, fumando alegremente.

–Oh, no lo sé, muchacho –intervino Davison. Estaba a cargo de la pequeña estufa y preparaba el té. Venía ya mezclado, con sustituto de leche, azúcar y todo, y el agua sabía al cloro usado para potabilizarla, pero aun así era reconocible como té–. No, su belleza

es de un tipo poco común; como un Picasso, ya sabes, nariz grande y ojos divertidos, todo en el lugar equivocado.

Como tantas otras veces, Judd se sorprendió por los conocimientos de algunos de sus camaradas, aunque nunca por su sentido del humor. Hizo la peineta con la mano izquierda. Davison sacudió la cabeza decepcionado.

–¡Oh, qué impactante!

–Ha estado mezclándose con soldados groseros –añadió Moore–. Y eso que también es un buen monaguillo. Horrible.

–No tiene que verse bonito, sólo ayudarnos a todos a mantenernos con vida –dijo O'Connor–. Y vosotros también podéis aprender de esto, así que prestad atención. Ésa es su cincha. Mirad la mía y veréis la diferencia.

–¿Ganaremos un premio? –preguntó Davison, pero O'Connor no le hizo caso.

–¿Las bolsas? –aventuró Judd. O'Connor tenía cinchas especiales como número 2 en la Bren, con las dos largas bolsas de munición estándar a la cintura y dos más arriba. Las que estaban en su cinturón estaban desplazadas hacia atrás para que la distancia entre ellas fuera más amplia.

–Bien. Tienes que arrastrarte, ¿no? Querrás estar lo más pegado al suelo que sea posible, pero también cómodo, porque quizá tengas que mantener la cabeza gacha durante mucho tiempo. Retíralas con suavidad, no las separes demasiado o se interpondrán con los brazos. No puedo hacer mucho con estas de más arriba, pero las he subido un poco más y he aflojado un poco las cinchas de los hombros. Ahora, vacía las bolsas.

Judd obedeció. Tenía un par de cargadores a la derecha y otro a la izquierda, junto con un par de barras de chocolate, unos caramelos y una granada de humo.

–¿Sin pitillos? Bueno, haz como te plazca... Soy diestro, así que necesito todas las cosas importantes en mi bolsa derecha. Esto es, munición: primero y siempre munición. Coloca tantos cargadores

como puedas. Y en la izquierda. El chocolate es rico y dulce, pero no es esencial, así que ponlo en otro lugar. ¿Entendido?

Judd asintió. No pudo evitar pensar que ése era el tipo de instrucción que le hubiera gustado recibir en Gran Bretaña.

–Soy zurdo –anunció Davison.

–No me sorprende –respondió O'Connor–. Siempre pensé que había algo de torpeza en ti. Entonces, ¿qué significa eso?

–He puesto la munición a la izquierda.

–Bien hecho, te has ganado un plátano.

–En tiempos de guerra tendrás suerte –dijo Moore–. Después de todo, los plátanos no crecen en los árboles.

–¡Ja, ja, puñetero...! –dijo Davison, pero todos estaban prestando atención.

O'Connor volvió a sus instrucciones.

–Tienes tu humo, pero necesitas un par de granadas 38. Mira dónde tengo las mías. –Se giró, un poco como una chica mostrando un vestido nuevo. Un par de granadas estaban sujetas a su cinturón cerca de la nalga derecha. Había ensanchado mucho los pasadores para asegurarse de que no se engancharan en algo y se dispararan solas–. Querrás tener a mano un vendaje rápido por si lo necesitas. –Se dio unas palmaditas en la guerrera–. El mejor lugar es aquí, dentro de tu chaqueta. ¿Qué pasa con los cargadores Bren? Supongo que todos en la sección tienen uno o dos.

Asintieron.

–Eso pensé, es lo que dice el libro de entrenamiento. El problema es que es la Bren quien los necesita, y, cuando realmente los necesitemos, habrá tanta mierda en el aire que lo último que querrás hacer es venir corriendo a entregárnoslos. Ahí es donde entra esto en juego. –Se quitó una mochila del hombro. Dentro había una caja de hojalata con tapa–. Aquí es donde van. Durante la marcha compartimos el peso, pero, en acción, los cargadores están aquí conmigo y con el arma. *¿Mallum?*

Asintieron. Estaban lo bastante familiarizados con el Ejército como para conocer la palabra indostaní que significa «comprender». Al menos, eso es lo que querían decir los viejos reservistas. Sólo Dios sabía qué habría pensado un indio sobre la pronunciación o el sentido.

–¿Y el cabo está contento con esto? –preguntó Moore.

El cabo Price se acercaba a ellos.

–¿Quién creéis que me pidió que hablara con vosotros? –les dijo O'Connor–. ¿No es así?

–Lo es, al menos mientras haya una taza de té y un pitillo para mí –dijo Price.

D + 12, domingo, 18 de junio 14:35 horas, un campo en Normandía

–Esta vez cógelo por las piernas –le dijo Judd a O'Connor–. Yo lo cogeré por los hombros.

No había cabeza, simplemente un muñón de cuello por encima de la gola gris de campaña.

El batallón había avanzado más cerca de la línea, y había rumores de que entraría en acción al día siguiente o al otro. Por el momento, habían excavado algunos restos poco profundos de casquillos en caso de bombardeo, y una vez hecho esto se dedicaron a ordenar su nueva posición. El olor a descomposición era tan fuerte como en cualquier otro lugar, y, aparte de las vacas muertas, había una veintena de cadáveres de alemanes entre los árboles llenos de cicatrices de un bosquecillo. Parecían haber sido alcanzados por un proyectil de artillería, mediano, por el tamaño de los cráteres y, una de dos, o todos habían muerto, o el resto había huido del diluvio y no había regresado. Ninguna de las unidades británicas que debieron de haber pasado por el lugar se había mostrado dispuesta a ocuparse de los cadáveres ni había tenido tiempo para dedicarse a ellos.

Judd y O'Connor estaban con los cincuenta voluntarios enviados para limpiar, todos ellos elegidos por el sargento mayor, quien los informó de su decisión. La mayoría de los hombres estaban cavando bien y profundamente, tanto por el convencimiento de que un hombre de cualquier ejército merecía un entierro adecuado como por la idea de que los rumores podrían ser erróneos y los Glamorgan podrían estar en esa posición durante algún tiempo.

El sol había salido, algo bastante raro en los últimos días, y su calor había vigorizado a las moscas hambrientas, que zumbaban en el aire y se arrastraban sobre los muertos. Todos los voluntarios se habían atado a la boca una bufanda de camuflaje o un pañuelo sencillo como protección contra el hedor y los insectos. No era suficiente, y Judd deseó haberse puesto la máscara antigás, por muy asfixiante que hubiera sido. Formaban parte de los soldados elegidos

para llevar los cadáveres a las tumbas, donde el capellán los esperaba para decir unas palabras.

O'Connor se agachó y cogió al soldado muerto por las piernas. No usaba las botas militares de las películas, sino botas cortas y polainas muy parecidas a las suyas. Judd dobló las piernas y buscó un punto de apoyo debajo de las axilas del hombre. La carne debajo de la áspera chaqueta de lana se movía bajo sus dedos de una manera profundamente desagradable, pero, cuando sus manos la sujetaron, el agarre pareció bastante firme.

–Listo entonces –dijo O'Connor–. A la de tres... Uno, dos, tres. –Levantaron el cadáver. Al igual que los demás, se sentía más pesado de lo que Judd había esperado, sobre todo porque no tenía cabeza. Judd retrocedió, dando pequeños pasos–. Un poco a la izquierda, muchacho. Así es, tómatelo con calma –dijo O'Connor para guiarlo.

–Hay espacio para uno más arriba –dijo uno de los sepultureros–, o debería decir abajo. Caray –añadió, notando el estado del alemán–. Y no podrás recuperar tu centavo si falta la tapa.

O'Connor sacudió la cabeza.

–¡Malditos comediantes! ¿Listo, muchacho?

Dejaron al hombre con cuidado junto al hoyo y regresaron a por otro. Los sepultureros empujaron con los pies, haciendo rodar el cadáver. La primera vez, Judd había querido decir algo, pero no tuvo valor. Era un trabajo desagradable y todos querían terminarlo lo antes posible.

El siguiente estaba más íntegro, pero las moscas arrastrándose por la boca abierta y el lugar donde se habían colocado los ojos hacían que tuviera sus pros y sus contras. Como de costumbre, cambiaron de posición, y esta vez Judd cogió las piernas.

–A la de tres... Uno, dos, tres.

Lo levantaron, aferrándose firmemente a las extremidades, y el cadáver cayó en pedazos; las piernas se desprendieron en las manos de Judd y el estómago se abrió de golpe cuando el torso golpeó el suelo. Judd vomitó dentro de la bufanda y tragó un poco de vómito

porque no había sitio para tanta materia. Arrancó la tela empapada y se dobló, vomitando una y otra vez.

D + 14, martes, 20 de junio 4:50 horas, referencia cartográfica 859620, Normandía

Mark hizo todo lo posible por no temblar. Pensó en su entrenamiento básico y en un suboficial que aseguraba a todos los reclutas que tener frío era un estado mental. No le había creído entonces y todavía no le creía. Por encima de él, las poderosas ráfagas de viento sacudían los árboles, haciendo difícil oír mucho. No había señales de que el vendaval amainara. Había soplado la mayor parte del día anterior y durante toda la noche. Las pausas eran raras y de corta duración. Las nubes cruzaban el cielo hacia el sur, lo que al menos significaba que las salvajes tormentas de lluvia nunca duraban demasiado. Sin embargo, había sido suficiente para empaparlos a todos mientras se agazapaban en la parte trasera del transporte que los llevaba de camino hacia esas posiciones avanzadas.

Había sido un viaje lleno de baches, evitando las carreteras tanto como fuera posible porque estaban muy transitadas y porque los alemanes habían apuntado los cañones y los morteros sobre ellas, especialmente en las encrucijadas y las intersecciones. Había carteles por todas partes: «El polvo trae muerte» y «El polvo significa muerte». La lluvia había humedecido un poco el ambiente, pero todos los vehículos, y especialmente los que tenían orugas, solían anunciar su presencia por el ruido, los gases de escape y toda la suciedad, y el polvo que levantaban detrás de ellos. Un transporte parecía un pequeño tanque con la parte superior abierta, pero el blindaje era tan fino como el papel y, en el mejor de los casos, podría detener una bala; si había suerte, claro.

Los Glamorgan debían relevar a ese batallón del área avanzada en veinticuatro horas. Al parecer, no había líneas de frente en esa guerra, no como las trincheras y la tierra de nadie de Flandes. En su lugar, estaba el área avanzada, donde una unidad sabía que delante de ellos, en algún lugar, estaba el enemigo. Ambos bandos tenían mucho cuidado para no ser vistos, porque ser visto invitaba al enemigo a convertir el lugar en polvo y cenizas. Ese batallón, una unidad del norte de Inglaterra, ocupaba posiciones entre un mosaico

de pequeños campos cercados, huertos y bosques, donde el terreno elevado era poco más que suaves pliegues en el suelo. No había una trinchera continua, y los soldados estaban dispersos en pequeñas zanjas de dos o tres hombres, cubiertos y camuflados, si era posible. Los alemanes estaban en algún lugar, a ochocientos metros o más de distancia.

–La mayoría son granaderos Panzer –explicó un capitán del otro batallón, alzando la voz lo suficiente como para que se le oyera por encima del viento. Al menos, el ruido no debería llegar mucho más lejos–. Alguna infantería sencilla y corriente a la izquierda.

–¿Blindados? –preguntó el mayor Jackson.

Su Compañía D, incluido el pelotón de Mark, debía hacerse cargo de esas posiciones. Había presentado al sargento mayor y a Mark como comandante de pelotón, y junto con el teniente coronel Davis y representantes del resto del batallón habían llegado en vehículos para echar un vistazo al terreno que debían defender.

–De vez en cuando, pero creo que piensan lo mismo que nosotros –dijo el capitán. Era el oficial a cargo en funciones de la compañía que debían relevar–. Si aparece un tanque, dispara al enemigo y se siente muy bien consigo mismo. Pero el enemigo lo ve y se pone a disparar. Para entonces, el tanque se ha marchado a buscar té y pasteles, y los pobres tipos de la infantería se quedan con todo el odio de la artillería. Por eso preferimos que los tanques se mantengan alejados, y los alemanes parecen pensar de la misma manera.

El batallón permanecía quieto, esperando y observando. Mark no podía verlos porque todavía estaba oscuro, aunque tenía una idea aproximada de todo a partir del mapa. La tendría más clara cuando saliera el sol. La Compañía D se haría cargo de las posiciones, aunque el capitán les advirtió que tendrían que cavar un poco.

–Habíamos perdido una cuarta parte de nuestras fuerzas antes de llegar aquí.

–¿Y desde entonces? –preguntó Jackson.

–Alrededor de una docena de la compañía. Probablemente, lo mismo que los demás. Sobre todo por morteros y malditos francotiradores. No es prudente moverse al aire libre, no a la luz del día.

–¿Y todas las posiciones conocidas están en el mapa?

–Sí, señalaré lo que pueda cuando haya luz. Aunque se mueven un poco, no hay mucho patrullaje... Creo que están tan cansados como nosotros.

Mark podía sentir a Jackson enfureciéndose en la oscuridad. El mayor era un firme defensor de las patrullas agresivas. Si el capitán se había dado cuenta, no tuvo ninguna reacción. Tenía el acento familiar y burlón de tantos oficiales británicos. También parecía muy cansado.

–Aun así, es difícil saber algo en este país. Hace una semana estábamos más al oeste. Tenía un puesto de escucha en la esquina de un campo. Pasaron tres días hasta que nos dimos cuenta de que los alemanes tenían uno propio al otro lado del seto, en la misma esquina de ese campo. –Se rio entre dientes.

–¿Y qué pasó?

–Oh, ya sabe, granadas y disparos, y todo eso, y ambos bandos regresaron a las posiciones principales. Creo que todo el asunto fue de cagarse en los pantalones... Pero se pierde el sentido de la orientación, entre los setos. Hay que estar en guardia todo el tiempo. Ayer por la mañana un par de hunos entró en el corral donde se habían instalado los cocineros. Debe de estar unos ochocientos metros atrás y en un pequeño valle. Afortunadamente, sólo querían entregarse a alguien, pero de alguna manera lograron atravesar las posiciones de la brigada sin ver a nadie ni ser vistos. –Se rio más fuerte–. Por lo que parece, el mayor de los desertores quiere una medalla.

–Bueno, salvó la sopa –reconoció Jackson–. Debe contar para algo. Y, como decía Napoleón, un ejército marcha con el estómago.

–Es cierto, y nunca más cierto aquí –dijo el capitán enérgicamente, poniéndose serio una vez más–. Los francotiradores son infernales. No hay que moverse en absoluto durante el día, a menos que sea necesario. Y, cuando lo sea, gatear boca abajo o correr si la distancia es corta. Ah, y un consejo para los sabios: es mejor no seguir las regulaciones del rey aquí. Quiero decir, sé que todos somos fiables y muy queridos por su majestad, pero no hay nada que les guste más a los hunos que un oficial que observa la etiqueta. Los verán desde un kilómetro de distancia o más a través de sus pequeñas lentes Zeiss. Detectarán una corona en la solapa o algunas pipas en el hombro, un estuche para mapas, unos binoculares o un revólver, y..., bueno, eso es todo, otra tumba solitaria en las colinas.

–¿No es importante que los hombres puedan vernos? Y necesitamos mapas para hacer el trabajo. –Jackson era en todos los aspectos un hombre y un soldado de la vieja escuela.

–Dese el gusto. Hágalo discretamente, si quiere durar.

El día había comenzado, desde el gris crepúsculo hasta los rojos y rosas, y luego el gran círculo del sol saliendo. Se ordenó retirarse y los hombres se relajaron. Aunque era de día, lo único que Mark podía ver era el extraño movimiento de una cabeza con un casco sobre una trinchera. El capitán señaló sus propias posiciones y luego lo que se sabía del enemigo. Mark intentó concentrarse, pero se sentía entumecido por el frío y la luz del sol aún no era lo suficientemente cálida como para devolverles la vida a las extremidades. Quería ponerse de pie y patear, con la esperanza de que su circulación volviera a funcionar. Pero, por todo lo que había dicho el capitán, aquella no parecía una buena idea, ni siquiera entre los árboles.

–¿Algo más? –les preguntó el capitán. Había completado su sesión informativa apresuradamente y parecía tener prisa.

El mayor Jackson preguntó sobre los objetivos registrados por la artillería.

–En el mapa, pero, para ser precisos –el capitán empezó a señalar–, allí, allí, allí y allí. Nuestros morteros cubren el mismo lugar y algunos más. –Una vez más, el dedo señaló sucesivamente una serie de puntos de referencia–. Pero sin duda sus compañeros querrán solucionarlo por sí mismos. –Sonrió–. Ahora puede quedarse más tiempo, si lo desea, pero yo quiero ponerme en marcha. Son casi las 6:00 horas, y durante los últimos dos días Fritz ha descargado sus morteros en este punto del bosque a esta hora. Es un tipo metódico, así que lo más probable es que lo vuelva a hacer.

Para gran alivio de Mark, Jackson estaba contento, así que siguieron al capitán arrastrándose por el camino que habían seguido para llegar hasta allí. Sólo se pusieron de pie cuando estuvieron al otro lado del bosque. De repente, el capitán pareció alarmado.

–¡Corran! –gritó, y comenzó a correr pendiente abajo.

–¡Qué diablos...! –exclamó Jackson.

La primera bomba explotó en el bosque detrás de ellos. La siguieron media docena más casi al instante. Corrieron detrás del capitán, pero, antes de que pudieran alcanzarlo, Jackson empujó con fuerza a Mark por la espalda y cayó. Dos bombas explotaron muy cerca de ellos, cubriéndolos de tierra. El resto cayó en el bosque. Durante dos minutos más, siguieron cayendo bombas, más grandes y ruidosas que las de tres pulgadas utilizadas por los Glamorgan. Luego todo acabó. El capitán apareció y les hizo una seña.

–Deben de tener el reloj adelantado. Metódicos y rutinarios, pero no cien por cien fiables –dijo, y luego levantó la vista. Se oyeron silbidos en el aire cuando los proyectiles pasaron volando por encima de sus cabezas–. Y éstos son los nuestros respondiendo. Son casi tan predecibles como los malditos alemanes.

D + 15, miércoles, 21 de junio 5:35 horas, cerca del mapa de referencia 859620,Normandía

–Retírense.

La orden se siseó en torno a la posición de la Compañía A. Judd se relajó. Dejó la Bren en su bípode, apuntando cuesta abajo hacia el valle amplio y poco profundo, y luego se sentó. O'Connor hizo lo mismo. Estaban a la derecha de la fila de trincheras de la sección, y el Pelotón Nueve estaba a la derecha de la posición de la compañía. Había un espacio de unos cientos de metros hasta los refugios periféricos del batallón vecino, pero detrás de ellos, a unos cuatrocientos metros aproximadamente, había un par de cañones antitanque de seis libras del Glamorgan. Judd no podía verlos, pero seguramente ése era el punto.

–¿Quieres un cigarrillo? –O'Connor le tendió un paquete abierto–. ¿No? Como gustes.

Ahora que el sol estaba alto, era seguro encender una cerilla con su luz traicionera. El irlandés de Cardiff solía ofrecerle cigarrillos a Judd. Parecía divertirlo, a menos que fuera simplemente una costumbre. La mayor parte del batallón y del Ejército fumaba, y, en ocasiones, Judd se había sentido tentado de hacerlo simplemente para encajar. Hasta el momento, se había resistido. O'Connor maldijo en voz baja cuando la cerilla se negó a encenderse. Incluso en la trinchera, con sus lados protectores, el viento seguía siendo fuerte. Al final lo consiguió. Dio una calada para ponerlo en marcha, y su rostro adoptó esa expresión de alivio que todo fumador tenía cuando aspiraba las primeras caladas. Judd siempre había pensado que tenían la mirada feliz, casi extasiada, de un hombre que llega al baño justo a tiempo.

De repente, Judd saltó cuando el ruido de una explosión tronó en dirección a ellos. Se levantó bruscamente, miró por encima del parapeto y vio una serie de explosiones en un bosque más arriba, a su izquierda. Había visto bombardeos de mortero y fuego de artillería durante los ejercicios, y eso no era muy diferente, excepto

que estaba en las posiciones del batallón. Otros hombres tenían la cabeza en alto y miraban fascinados.

–¡Bajen sus putas cabezas! –bramó Holdworth.

Judd volvió a esconderse en la trinchera. O'Connor no se había movido y estaba allí en cuclillas, resoplando alegremente. Su cabeza se inclinó un poco hacia un lado y miró fijamente a Judd sin decir nada.

Un proyectil explotó por encima de ellos y un poco por detrás; el ruido fue terriblemente repentino y fuerte. Un pedazo de metralla retorcida voló por el aire hasta la trinchera y se clavó en la pared lateral. Hubo otro crujido cuando se produjo una segunda ráfaga de aire, esta vez justo frente a ellos. Judd esperó el ataque, oliendo ya el agrio hedor químico de los explosivos en el aire, pero no se produjo. Había silencio.

–Ahora nos tienen entre corchetes –dijo O'Connor, como si estuviera hablando del clima–. Saben que pueden golpearnos cuando quieran. Supongo que en este momento no quieren hacerlo. Dio una larga calada al cigarrillo. Por cierto, ése fue un 88. Los usan mucho, tanto contra artillería como contra aviones y tanques. Los tuve en España y todavía están bien.

–¿Deberíamos movernos?

O'Connor olisqueó con desprecio.

–¿Adónde? Estamos aquí para ocupar este lugar. Con suerte, tal vez sólo quieran mantener aquel asentamiento –explicó, apuntando el cigarrillo casi terminado en dirección al enemigo–. Ellos aguantan allí, nosotros aguantamos aquí, nos bombardeamos de vez en cuando y, después de uno o dos días, nos vamos a otro lugar y no sufrimos ningún daño.

–No tiene sentido.

–Habla con Churchill. Lo que hemos aprendido es que pueden vernos si nos movemos. Entonces, ¿qué hacemos, en opinión de tu majestuoso intelecto?

Judd se encogió de hombros.

–No nos movemos.

–Así es, y espero que sus observadores se distraigan en otro lugar y traten de volarles la cabeza a otros pobres desgraciados. Ahora, encendamos la estufa y preparemos un té.

* * *

12:30 horas, al oeste del punto 103, Normandía

–«Me chifla el café, me chifla el té, me chifla el *java jive,* y él se chifla por mí». –Thomson tenía la costumbre de cantar por lo bajo, para sí mismo.

Nadie hablaba mucho. El sol ya había salido, y aunque las corrientes de viento entraban por las escotillas abiertas, hacían poco para refrescar o enfriar la atmósfera sofocante y fétida del interior del Hector II. El Escuadrón B, que volvía a tener una docena de tanques después de las pérdidas de los últimos días, estaba alineado detrás de un largo seto, con vistas a un bonito y pequeño pueblo. No sucedía gran cosa y no había señales evidentes del enemigo, que se creía que estaba ocupando las casas. Por otro lado, era muy posible que hubiera una línea de Panzer o de artillería autopropulsada escondida allí, a la espera, tal y como el Escuadrón B estaba esperando aquí.

El mayor Scott había sido alcanzado por una bomba de mortero cuando regresaba a su tanque después de una reunión operativa. La metralla le había salpicado la cara, el cuello y la espalda, por lo que había sido evacuado. El capitán Robertson estaba a cargo mientras tanto. La Unidad Tres de James era la única que todavía tenía toda su fuerza de cuatro tanques. El cabo Bell había pasado por una mina hacía un par de días, rompiendo la oruga y una de las ruedas dentadas, pero Tres Baker ya estaba reparado y regresaba con ellos; por lo demás, habían tenido suerte. A Tony Lightfoot le quedaban tres Sherman en una Unidad Uno improvisada, y el sargento Rawson estaba al mando de la Unidad Dos con tres más, uno de ellos prestado por el cuartel general.

Era el día más tranquilo en mucho tiempo, una vez que se abandonaron los planes de un ataque de batallón a la aldea que

tenían delante. La operación tenía como objetivo preparar el camino para la siguiente gran acción, que también se había pospuesto. El coronel les había dicho que el mal tiempo estaba haciendo estragos en el calendario de desembarcos, sin que nada ni nadie desembarcara en los últimos días. Eran malas noticias, porque los alemanes venían en tren y por carretera, no en barco, y existía un peligro real de que pudieran tomar la delantera en su urgencia por enviar refuerzos a Normandía. La RAF y los aviadores estadounidenses estaban haciendo lo que podían, pero aquel clima también los limitaba severamente. Debido a todo eso, el Cuerpo y el Ejército se contentaron con ralentizar el ritmo de todo por un tiempo, y esperaban que el enemigo no arruinara ese plan.

James se alegró. Habría sido una pena dispararle a aquel bonito pueblo.

–«Café y té, y el *java* y yo, una taza, una taza, una taza, una taza, ¡tíiiooo!». –Thomson prolongó la última palabra de la canción.

–Hablando de eso, ¿qué tal si tomamos un té, jefe? –preguntó Whitefield.

–De acuerdo.

* * *

11:55 horas, en algún lugar delante de la referencia cartográfica 859620, Normandía

Mark Crawford estaba perdido e intentaba, desesperadamente, mantener la calma. Sólo hacía treinta minutos que habían abandonado las posiciones de la compañía, solamente ellos cuatro, y al principio la espesa nube les había parecido una bendición, bloqueando la luz de la luna y protegiéndolos de miradas hostiles. Ahora era una maldición, como el viento que azotaba los altos cultivos. Había estudiado la ruta en el mapa, y a través de los binoculares anotó los puntos de ruta, trazando un camino que los mantendría lo más resguardados posible, zigzagueando entre los pequeños campos.

Llegaron a un arroyo. No era muy ancho. Estaba en un barranco, pegado al bancal de un seto alto, e incluso después de las lluvias de los últimos días no llegaba más que hasta las rodillas. El problema era que no debería estar ahí. La única agua marcada en su mapa estaba a kilómetros de distancia, y su reloj luminoso confirmó que no podrían haber ido tan lejos, ni siquiera si hubieran corrido todo el camino. Así que presumiblemente se trataba de un trozo de agua demasiado insignificante para marcarlo en el mapa, y los árboles que se alzaban sobre el seto frente a ellos le recordaron el bosquecillo a unos doscientos metros al este del corral que se suponía que debían explorar. La cuestión era si debía seguir adelante bajo esa suposición o debía intentar volver sobre sus pasos y regresar a un punto de referencia definido.

Mark deseó haber traído a Dalton, en lugar de a uno de sus cabos y dos soldados, uno de ellos el ansioso Evans. Todos portaban subfusiles Sten y bolsas llenas de granadas, aunque la intención era evitar disgustos con algún enemigo. Aquélla era una patrulla de reconocimiento, y una patrulla de combate enviada para hacer daño sólo la seguiría si encontraban algo que valiera la pena atacar. Miró hacia atrás. Evans y el soldado Goodhall estaban agazapados en la zanja, cada uno con la mirada perdida para cubrir un arco de fuego, tal como los habían entrenado. El cabo Finch estaba enfrente.

Se oyó un chisporroteo y delante de ellos una bengala naranja se tambaleó mientras ascendía desde algún lugar cercano a los árboles. Estalló y la luz los deslumbró con su brillo, proyectando largas sombras a su alrededor, que temblaban por el soplido del viento. Los cuatro presionaron sus cuerpos hasta aplanarse contra el costado del pequeño barranco sin necesidad de ninguna orden. El corazón de Mark latía con fuerza. Una ametralladora abrió fuego y las balas llegaron tan rápido que el sonido fue como si se rasgara una tela gruesa. No pudieron ver el destello del trazador, por lo que presumiblemente estaba más allá del seto a su lado. Los Glamorgan habían enviado otras patrullas, una de las cuales debía de haber chocado contra el enemigo. Estalló otra bengala justo cuando la luz de la primera se estaba apagando. Una segunda ametralladora se

unió a la primera y luego ambas guardaron silencio. Mark y sus hombres se agacharon lo más que pudieron y esperaron.

D + 16, jueves, 22 de junio 00:20 horas, un campo en Normandía

Mark pisó tan suavemente como pudo. Las ramas del seto lo rozaron porque iba lo más pegado posible. Había dejado a los demás en la zanja y les había hecho señas de que esperaran. Habían pasado unos buenos quince minutos desde que se apagara la última llamarada, y las ametralladoras habían permanecido en silencio aún más tiempo. Había decidido que no sería prudente seguir adelante, pero quería echar un vistazo a través del hueco en el seto al otro extremo de aquel campo. Uno podía ver tan bien como cuatro, y ese uno bien podía ser él, así que dejó atrás a los demás y a su subfusil Sten. Era una cosa menos que enganchar en algo, y las armas tenían fama de dispararse cuando no querías.

Quería darse prisa y, con todo el ruido del viento entre los setos y las ramas, el riesgo era mínimo. La idea de que sus hombres pudieran verlo y juzgarlo miedoso era lo que no lo detenía y lo hacía avanzar con paso firme. Mark sabía que tenía miedo. No quería hacerlo; deseaba escabullirse y volver al campo lo más silenciosamente posible, pero no quería tener que decirle al mayor Jackson que la patrulla no había logrado nada. Ambos temores lo empujaban de un lado a otro, ganando el más fuerte, por lo que se acercó a la brecha en el seto.

El viento amainó un poco, aunque todavía soplaba lo suficiente como para silbar entre los cultivos y los arbustos. El hueco se convertía en un camino, y al otro lado había otro seto alto y otro hueco, un poco a su derecha, con la forma de los árboles justo detrás. No había señales del enemigo. Mark sacó su revólver. El peso en la mano lo tranquilizó, y no le había ido mejor ni peor en el campo de tiro que con cualquier otra cosa. Como un niño jugando, lo levantó para apuntar al hueco del otro seto. Quería regresar, pero todavía tenía muy poco que decir, y una ojeada a su reloj le mostró que había dejado a los demás hacía apenas cuatro minutos. Le había susurrado al cabo Smith que lo esperara quince minutos y que regresara al origen si no había noticias de él en ese tiempo.

La lluvia empezó a caer, golpeando las hojas. Mark se agachó y anduvo hacia el camino. El barro era suave, profundo y plagado de las huellas de grandes ruedas u orugas. En el siguiente paso, su bota se hundió tan profundamente en el lodo que fue difícil liberarla, y casi perdió el equilibrio en su postura de Cuasimodo. Saltó para desenganchar el resto y aterrizó con un fuerte chapoteo. De repente, se quedó congelado, temiendo que alguien lo hubiera escuchado.

Cada vez llovía más intensamente y el viento se había levantado de nuevo, empujándolo desde la espalda. Mark llegó a la abertura del seto y miró a su alrededor. El bosque estaba un poco más lejos de lo que esperaba y los árboles eran tan altos que los había juzgado más cerca. Había una forma más oscura y recta a un lado que supuso era uno de los edificios de la granja. Su reloj le decía que había tardado tres minutos en cruzar el camino pequeño y no podía entenderlo. Significaba que debía regresar pronto, en caso de que le tomara tanto tiempo volver como llegar hasta allí. Sólo necesitaba una excusa, descargar su conciencia de manera que le demostrara que no era un cobarde ni un fracasado.

Hubo movimiento entre los árboles. Podría ser el viento o algún animal de la granja que siguiera vivo a pesar de todos los disparos. Mark retrocedió lo más lentamente que pudo para llegar detrás del seto. Con un repentino estallido de llamas, una ametralladora abrió fuego, a unos trescientos metros de distancia. Escupió una rápida ráfaga de balas trazadoras en la noche y luego quedó en silencio. Supuso que estaba frente a la finca y a su izquierda, tal vez en una trinchera, porque parecía disparar desde cerca del suelo. Se preguntó por qué el enemigo había disparado, aunque, si hubiera tenido la oportunidad, se lo habría agradecido, porque le daba algo concreto de lo que informar.

Parpadeó. Todavía tenía pequeños destellos en los ojos, y por casualidad la lluvia paró como si hubieran cerrado un grifo. Oyó pasos. Tragando saliva, Mark dio un lento paso hacia atrás, manteniéndose junto al seto. Una vez más, su bota se hundió profundamente en el barro. Su oído no estaba fallando, pues el ruido

se acercaba cada vez más. Volvió a tragar saliva y levantó el revólver para cubrir el hueco en el seto. Quería correr, pero no podía, y el brazo le temblaba sin que importara lo que hiciera para controlarlo. Los pasos estaban muy cerca ahora. Se detuvieron, y durante lo que parecieron ser segundos, o incluso días, hubo silencio, aparte del suspiro del viento. Entonces los pasos se acercaron y una forma apareció frente a él, con los ojos brillando suavemente. Mark apretó el gatillo y no pasó nada, y recordó que todavía tenía puesto el seguro. Mientras tanto, una cara larga lo miraba fijamente. Era una vaca. Dejó escapar el aliento, jadeando para recuperarse y apoyándose contra el bancal. Su corazón seguía latiendo como un bombo. Un segundo animal apareció detrás del primero, apretujándose hacia el camino. Dios sabía de dónde venían y cómo habían logrado escapar de morir en los combates o a manos de algunos soldados hambrientos.

Después de un rato, Mark se sintió lo suficientemente bien como para moverse y regresó. Esta vez quiso darse prisa, y se dio cuenta de que no era porque deseara terminar las cosas de una vez, sino por una extraña euforia. No había muerto y su mente parecía decirle que eso se debía a que, obviamente, no podía morir. Con un esfuerzo, redujo la velocidad.

El resto de la patrulla se había ido. Había estado fuera más de veinte minutos, así que era bastante justo, pero significaba que ahora estaba solo, a menos que los demás se hubieran detenido en el punto de encuentro de emergencia que él había señalado durante la aproximación. También se suponía que Mark podría encontrar el camino hasta allí. Aun así, el primer tramo fue fácil, siguiendo el pequeño barranco con el bancal y el seto a un lado. Luego, al llegar a la esquina, trepó bajo los arbustos, donde había un poco de espacio, y bajó por el parapeto hasta el siguiente campo. Y después avanzó en línea recta hasta un único árbol y giró a la derecha, donde siguió un camino entre dos amplias parcelas de maíz hasta una senda hundida.

Mark hizo buenos progresos, pero no había nadie en el punto de encuentro de emergencia y no tenía sentido esperar, ya que

seguramente habrían llegado antes que él. La lluvia había vuelto, mucho más intensa, y pronto quedó empapado. Todavía seguía agarrado a la pistola, a la que encontraba extrañamente tranquilizadora, y sólo ahora comprobó que el seguro todavía estaba puesto y la volvió a poner en la funda.

Un destello y una explosión sorda, cercana, en el otro extremo del siguiente campo, dividieron la noche en dos. No estaba muy lejos. Un hombre empezó a gritar y luego se detuvo abruptamente. Mark trepó a gatas por el parapeto y atravesó una abertura en el seto, la misma por la que habían pasado antes. Después avanzó lentamente, agachándose de nuevo. En lugar del revólver, sacó una granada 38, lista para lanzarla y luego huir si había problemas. Se oían voces hablando, y algo en ellas le resultaba familiar y amistoso, incluso antes de que pudiera distinguir las palabras. Se acercó. Alguien sollozaba.

–Lo siento, cabo.

–Está bien chico, está bien, te recuperarás.

Ése era Evans, aunque su voz sonaba firme y amable, y más segura de lo que nunca había sonado antes.

–¡Quatre! –gritó.

–¿Qué diablos?

–No, es Bra... Bra –dijo Evans–. Ése es el señor Crawford.

Crawford sonrió. El mayor Jackson había ideado la contraseña inspirándose en uno de los honores de batalla del regimiento, que, junto con Waterloo, se habría celebrado en junio en tiempos normales. Tenía la virtud de ser inusual, algo que no era probable que un enemigo adivinara, y no importaba mucho si los hombres no pronunciaban Quatre Bras[18] correctamente.

Se acercó a ellos. Un hombre estaba en el suelo.

–Es el cabo Smith, señor –explicó Evans–. Una mina. No puede caminar, señor. –De tan serio, logró que su voz fuera casi jovial–. Pero está bien, Smitty, te llevaremos, muchacho. –Incluso en la oscuridad, el pequeño cuerpo de Evans parecía hincharse.

–¿Qué pasa con las otras minas? –susurró Goodhall.

–Síganme –dijo Mark–. Yo lideraré, así que vayan justo detrás. Atravesaremos los cultivos. No habrá minas allí, sólo en los lugares abiertos. –Tenía un vago recuerdo de alguien que había dicho algo así en una conferencia, o tal vez lo había leído en alguna parte, pero, fuera cierto o no, era algo positivo y no se le ocurría otra cosa que hacer–. ¡Vamos!

Los dos soldados lograron levantar a Smith, que, a pesar del dolor, pudo pasar los brazos sobre los hombros de sus compañeros. Mark comprobó que estaban listos y se dio cuenta de que el cabo tenía un muñón donde debería estar su bota derecha.

–¿Se ha puesto un torniquete? –preguntó en voz baja.

–Sí, señor –dijo Evans.

Partieron. Los primeros pasos fueron nerviosos para todos ellos, especialmente para Mark. Se abrió paso entre el trigo, forzando un corredor. El suelo no explotó debajo de él. El pobre Smith gemía y de vez en cuando siseaba o maldecía por el dolor, y con la misma rapidez se disculpaba y les estaba agradecido. Otra llamarada se elevó hacia el cielo, pero estaba muy lejos, a la izquierda, al igual que los disparos que provocó, por lo que no se detuvieron. El terreno iba ascendiendo, lo cual era buena señal, y al cabo de media hora estaban de nuevo con la compañía.

* * *

16:30 horas, posiciones de la Compañía A,cerca del mapa de referencia 859620, Normandía

Buchanan tenía un plan, y Judd fue uno de los elegidos para participar en él, lo que significó que antes de que amaneciera completamente una docena de hombres del Pelotón Nueve había abandonado sus trincheras y regresado a otras posiciones más atrás, lejos de las miradas indiscretas de los francotiradores y observadores alemanes. Un par de veces cayó sobre el sector una ráfaga de bombas de mortero, dirigidas con el mapa y el buen juicio, en lugar de apuntadas a simple vista. Ninguno de los soldados del pelotón

resultó herido, aunque un señalizador del cuartel general del batallón fue gravemente dañado, con ambas piernas destrozadas por los fragmentos de metal que giraban.

Se unió al lento goteo de bajas sufridas por los Glamorgan. Un francotirador disparó a un teniente de la Compañía C, la única vez que el hombre disparó en todo el día. Su víctima estaba muerta antes de tocar el suelo, y nadie vio ningún destello ni pudo determinar dónde acechaba el enemigo invisible. Habría cambiado pronto de posición tras el éxito, por lo que se perdió cualquier pequeña oportunidad. Smith había regresado, primero al puesto de socorro del regimiento y luego a un hospital de campaña. Su guerra había terminado, y lo mismo ocurrió con el hombre que recibió un disparo en el cuerpo cuando la otra patrulla había sido alcanzada por las ametralladoras alemanas. La metralla de los morteros hirió a media docena más, aquí y allá en las posiciones del batallón. A menos que fuera realmente serio, los hombres se vendaban o eran ayudados por sus compañeros, y esperaban hasta que oscureciera para regresar al puesto de socorro.

Poco después del mediodía, se lanzó una sola bomba a gran altura y cayó sobre las posiciones de la Compañía A. Los morteros no eran instrumentos precisos, pero el azar es inconstante, y la bomba de 120 mm cayó limpiamente en una trinchera. Poco quedaba de los dos hombres sentados en el interior. A cambio, la sección de francotiradores de Glamorgan se cobró dos muertes durante el transcurso del día, y los morteros del batallón habían disparado más de cien bombas, que podían haber herido a alguien, o no.

El señor Buchanan tuvo la idea de hacer algo más, porque durante una patrulla de reconocimiento durante la noche se había acercado a una patrulla alemana que regresaba a casa. El canadiense estaba seguro de que el enemigo no lo había visto, y su aire de confianza era contagioso. También había descubierto rastros que mostraban que el enemigo había avanzado un poco, explotando la brecha entre los Glamorgan y el batallón vecino, y calculó que eso era algo que hacían la mayoría de las noches. Podría explicar por qué el cuartel

general de la brigada, a casi un kilómetro y medio de sus posiciones, seguía recibiendo disparos de mortero con asombrosa precisión.

Judd percibió que la mayoría de los hombres se excitaban mientras los informaban y ensayaban la patrulla de combate que Buchanan lideraría esa noche. Era algo al estilo de Davy Crockett o Hawkeye. Además, contaban con tiempo para relajarse en un área tranquila y dormir, ya que iba a ser una noche intensa. El viento había amainado, había salido el sol y, tumbado en el fondo de una trinchera estrecha, Judd se sintió bien con el mundo. Ni siquiera los ronquidos de O'Connor le impidieron quedarse profundamente dormido.

D + 17, viernes, 23 de junio 4:35 horas, fuera de la posición del batallón, Normandía

Las estrellas se estaban apagando. La noche había sido despejada y la delgada luna creciente había hecho poco para disminuir el brillo de los pequeños puntos de luz. Judd yacía en la hierba, con la Bren delante de él y suficiente pasto apartado o aplastado como para permitirle ver con claridad. O'Connor estaba a su lado, a la izquierda, y detrás de él había otro equipo de ametralladoras de otra de las secciones. El sargento Holdworth se encontraba al otro lado, y todos observaron el camino que, Buchanan estaba seguro, tomarían los alemanes. Eso en el caso de que tuviera razón y los alemanes hubieran regresado de la noche a la mañana. Hasta entonces no habían visto nada, y el día no estaba lejos. Judd se acordó de que hacía un par de días había sido el solsticio de verano. No había tenido tiempo de darse cuenta.

Llevaban cuatro horas en posición, al igual que, presumiblemente, el teniente y el grupo aislado que formaba la otra parte de la emboscada. Buchanan calculó que los alemanes habrían llegado a medianoche, y sospechó que era más probable que fueran más descuidados en el camino de regreso que en el de ida, por lo que esperó y luego los condujo a sus posiciones, dejando a Holdworth a cargo de ese grupo. Se dispuso fuego de mortero por si necesitaban ayuda, y tanto el oficial como un sargento llevaban una pistola de bengalas para dar la señal. Así que esperaron, como matones en un callejón decididos a asesinar.

Aparte de la tarea, fue una noche agradable, más cálida que los últimos días. Al principio, la mente de Judd se aceleró, preguntándose si mataría o podría matar a alguien. Ciertamente, no quería morir, y el Ejército lo había entrenado para disparar y hacerlo bien. No estaba ansioso y no tenía sentimientos del tipo que imaginaba que debía tener un cazador entusiasta. Siendo un hombre que analizaba minuciosamente todos los aspectos de su vida, casi le molestaba no sentir emociones y conflictos más fuertes sobre un asunto tan importante.

A medida que pasaban las horas, descubrió que pensaba y sentía aún menos al respecto. La gran lucha era permanecer despierto, con sólo un prado vacío al que mirar, pero teniendo que permanecer quieto. Esa noche habían comido abundantemente: un estofado caliente y bastante fresco preparado por los cocineros y algunas raciones enlatadas. Sin embargo, además de cansancio, sentía un hambre voraz. No podía decidir si ansiaba más una buena comida de la cantina o una cama y un sueño reparador. Una vez casi se había quedado dormido, pero O'Connor pareció percatarse y le dio un codazo. Le había sonreído en agradecimiento. Los otros hombres probablemente estaban desesperados por fumar, así que al menos aquél era un tormento del que se libraba. Llevaban el equipo básico y tenían la cara pintada con una crema de camuflaje verde y marrón que, en el caso de Judd, parecía atraer a los insectos como si fuera miel. Había hierba y hojas en las redes de sus cascos, y tenían que quedarse quietos y no llamar la atención. En una noche tan tranquila como ésa, cualquier ruido, y mucho más cualquier chispa de luz, anunciaría su presencia en un instante. Se trataba de silencio, espera e inmovilidad, y habían practicado estas cosas muchas veces durante el entrenamiento, pero en la guerra no era lo mismo, y sólo O'Connor lo había hecho todo antes, aunque Buchanan pudo haber estado cerca durante su época en la Policía Montada. Todo el pelotón creía fervientemente que Coop podía hacer cualquier cosa.

O'Connor se movió ligeramente y Holdworth un momento después. Sin necesidad de verlo, Judd se dio cuenta de que ambos hombres estaban alerta. Luego oyó el más leve de los tintineos: alguna cosa de metal tocando algo que también era metal. Eso había sido un descuido. Antes de que saliera la patrulla, Buchanan y Holdworth habían hecho que todos los soldados saltaran delante de ellos para asegurarse de que ninguno de sus equipos hiciera el más mínimo ruido.

El terreno descendía suavemente durante cuarenta metros y luego se hacía más pronunciado hacia un pequeño valle. Apareció una forma, moviéndose ligeramente de un lado a otro: la cabeza de un hombre que se giraba para buscar en la oscuridad. El resto de su

figura se levantó mientras caminaba lentamente hacia delante y salía a campo abierto. Su silueta era clara, recortada contra lo que quedaba del cielo nocturno. El casco era más redondo, menos plano que el suyo, y llevaba los pantalones recogidos dentro de unas botas altas. Otro hombre lo siguió, unos pasos por detrás y ligeramente hacia un lado, y luego otro. No dudaron y mantuvieron su progreso constante. Después del tintineo anterior, ahora estaban casi en silencio.

O'Connor se estiró hacia atrás con gran lentitud y sacó una granada de su cinturón. Con cuidado, ajustó el pasador doblado para asegurarse de poder deslizarlo hacia fuera. El alemán más cercano estaba ahora a apenas treinta metros de distancia. Había cuatro hombres más en campo abierto detrás de él y un sexto justo sobre el borde. O'Connor le dio un codazo a Judd, señaló al enemigo y asintió. Bill Judd miró hacia el otro lado y Holdworth agitó la palma de la mano hacia abajo, diciéndole que esperara. El sargento también llevaba una granada en la otra mano.

–*Häde hoch!* –gritó Holdworth–. *Hände hoch!*

El líder alemán se lanzó hacia delante. Los demás vacilaron y después empezaron a dispersarse. O'Connor quitó el seguro de la granada y la sostuvo por un momento. Holdworth estaba luchando por armar su propia bomba, y, sin pensarlo, Judd apretó el gatillo y la Bren disparó. El destello del cañón lo deslumbró con su brillo. Todavía pudo ver a una de las figuras oscuras tambalearse, sacudiéndose hacia un lado, y se dio cuenta de que las siguientes dos rondas iban demasiado altas. El alemán que iba delante respondió con un subfusil, y las balas resonaron sobre sus cabezas. La otra Bren abrió fuego con su tranquilizador golpeteo a repetición. La granada de O'Connor aterrizó y explotó casi de inmediato, y se oyó un grito de dolor. Holdworth arrojó la suya, pero debía de tener una mecha de ocho segundos, porque no estalló de inmediato. Judd buscó objetivos para otra ráfaga. Creyó ver movimiento y disparó cinco balas en esa dirección, pero no pudo comprobar si había alcanzado algo o no. El alemán volvió a disparar, esta vez más bajo, porque Judd pudo sentir una bala golpeando el aire justo encima de

su cabeza. Alguien gruñó, como un hombre al que golpean con fuerza en un partido de rugby. La segunda granada explotó, seguida casi inmediatamente por otra bomba lanzada por O'Connor. El alemán en tierra dejó de disparar, pero Judd descargó un par de ráfagas hacia donde creía que estaba por si acaso. Volvió a apretar el gatillo y el arma simplemente hizo clic. «El arma dispara unas cuantas rondas más y luego se detiene». Éstas palabras acudían a su mente por pura costumbre. O'Connor ya había quitado el cargador viejo y estaba colocando uno nuevo. Judd no podía creer que hubiera vaciado el primero, pero todo había sucedido muy rápido.

–Alto el fuego –gritó Holdworth. Alguien en el prado se quejaba.

Una granada explotó a la izquierda, y luego se oyó el distintivo ruido metálico de los subfusiles Sten. Los alemanes debieron de haber huido y corrido en dirección a Buchanan y al grupo aislado colocado allí por esa misma razón. Explotaron más granadas y hubo más disparos, algunos de ellos alemanes. Después de un rato, se hizo el silencio.

Un silbato sonó con dos pitidos distintos. A Buchanan le gustaba usarlo para hacer señales, lo que en el pasado había provocado muchos comentarios de «típico de un puto poli».

–¿Bairns? –El otro artillero de Bren sacudía a su número dos–. ¡Oh, Dios bendito!

–¿Qué pasa? –susurró Holdworth–. Puede que todavía haya más enemigos ahí fuera.

–Está muerto, señor. Jimmy está muerto. Le han dado en la cabeza.

Judd oyó suspirar a Holdworth.

–Mantengan la cabeza gacha mientras echo un vistazo.

El sargento se puso en pie y avanzó. El gemido era más suave ahora. Holdworth dio una patada a algo que había en el suelo donde había caído el líder alemán. El cuerpo no se movió. Un poco más adelante, Holdworth se agachó sobre algo.

–Water –gritó una voz desde la oscuridad.

–Loo –respondió Holdworth. Los Glamorgan se apegaban a sus honores de batalla como contraseñas, por el momento.

Buchanan trajo a sus hombres, que caminaban erguidos. Los acompañaban otras dos figuras, con las manos en la cabeza. Holdworth no se levantó; parecía estar haciendo algo. El oficial no lo detuvo y, en cambio, se agachó para ayudar.

Judd se sentó. Bairns estaba boca arriba, con el casco casi plano en el suelo y el rostro mirando al cielo. Judd vio, o creyó ver, una clara mancha oscura en medio de su frente. Una bala no apuntada directamente, sino rociada en una ráfaga para mantener sus cabezas gachas, había dado en el blanco tan claramente como podría haberlo hecho, con su mira telescópica, cualquier francotirador. O'Connor le dio un codazo y le tendió un cargador lleno. Judd lo cogió y lo deslizó en su bolsa. El artillero siempre debía llevar tantos cargadores listos para disparar como fuera posible. O'Connor ya había guardado el vacío en su propia bolsa para rellenarlo más tarde.

–Judd, mire qué puede encontrar en ése –ordenó Buchanan en voz baja, señalando el cadáver del líder alemán.

Judd se levantó, dejando la Bren. O'Connor la cogió y se dio la vuelta para cubrir el suelo detrás de ellos. Apareció una bengala, luego otra, ambas a cierta distancia. El lugar de la emboscada había sido elegido porque no era visible desde las posiciones alemanas. Se dispararon ametralladoras, británicas y alemanas, cuando algunos soldados, nerviosos y cansados, se sobresaltaban por las sombras, a menos que hubiera alguien más allí fuera y tramando hacer daño.

La luz iba en aumento, aunque todavía no era suficiente para que Judd pudiera distinguir con claridad el rostro del alemán muerto. La chaqueta estaba desgarrada y rota, y tenía el pecho mojado de sangre. Judd podía oler el fuerte aroma penetrando en su nariz. Había leído que el olor era metálico, pero no le parecía así. Tratando de recordar su entrenamiento, le palpó los hombros y le quitó las charreteras, aun con cierta dificultad. Los bolsillos estaban vacíos, lo

que significaba que al menos alguien estaba haciendo las cosas según las reglas y no llevaba nada que pudiera ser útil al enemigo: ni mapas ni órdenes; ni siquiera la conmovedora fotografía de su novia o de su esposa y sus hijos, que era tan habitual en el cine. La manga izquierda tenía algo alrededor. Judd buscó su navaja. Como artillero Bren, no llevaba bayoneta, aunque tampoco le habría servido de mucho, ya que el pincho no era más que una púa sin filo y sólo podría ser de utilidad para perforar un agujero del tamaño de una bala en un objetivo de un campo de tiro si querías ayudar a un compañero con la puntuación.

Con un poco de esfuerzo, le quitó la insignia de rango del puño. En su pecho había más insignias o medallas, pero Judd las dejó, y, en cambio, buscó dentro de la bata y la guerrera del hombre para encontrar su disco de identidad. Los alemanes eran grandes y de metal, y lo partió por la mitad para llevárselo. Eso debería darles información sobre él. La otra mitad podía quedarse con él, para que el cadáver pudiera ser identificado cuando alguien se dispusiera a enterrarlo.

El amanecer casi estaba sobre ellos. Por el momento, estaban escondidos de la vista, pero en el camino de regreso había un corto tramo que no estaba cubierto por tierra, árboles ni setos, y necesitaban moverse. Cuatro hombres llevaron a Bairns para que pudiera ser enterrado adecuadamente. A los dos prisioneros se les dijo que ayudaran al alemán herido vendado por Holdworth. El sargento cerraba la retaguardia junto con Judd y O'Connor mientras la patrulla regresaba a las posiciones del batallón.

* * *

10:30 horas, dentro de las líneas del batallón, Normandía

Judd estaba cansado, pero no podía dormir. Cada veinte minutos, aproximadamente, los alemanes enviaban una docena de bombas de mortero, muy probablemente en represalia por el hecho de que su patrulla no regresara. De los seis hombres a los que habían tendido una emboscada, uno era un observador, y otro, su operador de

radio. El batallón estaba satisfecho con el trabajo de aquella noche, al igual que Buchanan.

–Bien hecho, muchachos. Los tengo a todos, y la brigada dormirá mejor por la noche una vez que hayan movido sus posiciones de donde están las que los alemanes habían delimitado. Son las Juventudes Hitlerianas, de las que tanto hemos oído hablar. Y esa insignia del puño pertenecía a la Leibstandarte Adolf Hitler, la guardia personal del Führer. Eso significa que era un veterano de Rusia enviado para enseñar a luchar a esos niños de las Juventudes Hitlerianas.

Para los estándares de Buchanan, eso fue una oración shakesperiana, y luego agregó sus comentarios habituales, cosas que habían hecho bien y cosas que necesitaban mejorar. Esa noche, la compañía le había pedido que guiara a una patrulla de reconocimiento. Sólo se necesitaban unos pocos hombres, pero, para sorpresa de Judd, el teniente le preguntó si le importaría acompañarlo. Era un cumplido, supuso, una señal de fe, y no entendía cómo se lo había ganado. O'Connor no iría con ellos, pero «Coop» Buchanan quería el peso extra de una Bren por si acaso.

–Por supuesto, señor. –Bueno, ¿qué otra cosa podía decir? Después de todo, realmente no podía pedir una noche libre ni decir que la perspectiva de arrastrarse en la oscuridad infestada de enemigos lo asustaba muchísimo–. ¿A qué hora debemos partir?

–Puede descansar por la mañana, hijo. Haremos un ensayo a las 15.00 horas y estudiaremos los mapas. Día tranquilo hasta entonces, así que intente dormir un poco.

Judd lo intentó, pero no pudo. Había visto al alemán herido de cerca porque, cuando regresaban, el sol ya había salido en lo que prometía ser un día brillante. Había recibido un disparo en los pulmones. Cada respiración era un esfuerzo sibilante, y los vendajes atados al pecho ya estaban empapados. Judd supuso que él era el soldado al que le había dado y que había visto tambalearse, de modo que seguramente era su bala la que estaba allí. Sin embargo, en realidad, no sintió nada, ni satisfacción, ni culpabilidad, ni

arrepentimiento, ni el más mínimo atisbo de justicia por el muerto Bairns, alguien a quien conocía desde hacía meses y que le caía bastante bien. Las novelas tendían a mostrar héroes que masacraban a su antojo sin el menor pensamiento por quienes agonizaban. ¿No pasaba el Paul de Remarque páginas enteras con su estado de ánimo oscilando como un péndulo después de apuñalar a un francés y verlo morir? ¿Había hecho Remarque exactamente eso, experimentar toda esa euforia y angustia juntas, o se lo había inventado todo? Judd siempre había leído mucho sobre los ases de la última guerra, y algunos, como McCudden, habían expresado su sorpresa al darse cuenta de que había hombres dentro del avión al que estaban destrozando. Mannock se aplicaba en matar al enemigo y sufría pesadillas al respecto. Richthofen había tenido sus trofeos de caza..., y otros, como el padre de Judd, rara vez decían nada al respecto.

Los prisioneros alemanes parecían bastante normales. Tenían runas de las SS en el cuello, símbolo de todo lo que Judd odiaba, de todo lo que consideraba malvado, y los hombres procedían de una división que se rumoreaba que había asesinado a muchos prisioneros. Los hombres del Pelotón Nueve no fueron amables, excepto con el herido, el comunicador del grupo, pero tampoco se enojaron ni fueron brutales por el simple hecho de serlo. Pronto alguien ofreció cigarrillos a la pareja ilesa. Uno de los alemanes se negó bruscamente y lo tildaron de gilipollas, de ser un coñazo, mientras que el otro aceptó con entusiasmo de cachorro y luego tosió hasta las tripas. Tenía diecisiete años, según su disco de identidad, pero aparentaba unos doce años. Tenía la cara redonda, la nariz chata y el cabello pálido, casi blanco.

Judd probó su alemán de colegial y le pareció entender que el otro decía que el Ejército alemán no les daba tabaco porque eran jóvenes, sino que los proveía de dulces en su lugar. Entonces sacó una barra de chocolate que había llevado consigo y luego se había olvidado de comer, a pesar del hambre. El rostro del muchacho reflejaba una batalla interna entre el orgullo y el desprecio por el decadente enemigo británico y, muy probablemente, la lujuria por el

regalo. Al final, el prisionero lo cogió, aunque no parecía muy contento con ello, y les fruncía el ceño entre mordisco y mordisco. Era más cómico que irritante.

A Judd realmente no le importaba. Siempre podía cambiar los cigarrillos de su ración por algo más atractivo. Su padre había trabajado durante un tiempo como representante de ventas, el proverbial viajante comercial, para un fabricante de chocolate, y siempre traía a casa muchas muestras. A los diecinueve años, Judd todavía tenía un antojo infantil por todas las cosas dulces y una dentadura postiza, cortesía del Ejército, que le había quitado la verdadera porque estaba arruinada y sin posibilidad de reparación.

Los alemanes parecían jóvenes, aunque no mucho más que él. Dejando a un lado el idioma, ya que sus conocimientos rudimentarios sólo lo llevaban hasta allí, no sentía ningún fuerte deseo de conocer a los prisioneros antes de que los llevaran a toda prisa al cuartel general del batallón. Era lo más sorprendente. De una forma u otra, no le importaban mucho, y dispararle a un hombre, tal vez fatalmente, porque la herida era grave, realmente no le molestaba mucho. A Judd le preocupaba que hubiera algo profundamente errado en él, en su carácter o incluso en su alma, a falta de una palabra mejor. En ese momento, no había nada que le importara, aparte de si existía la posibilidad de sentirse cómodo y si alguien lo estaba obligando a hacer algo o no. El peligro se había desvanecido por el momento, y seguramente volvería a desaparecer mientras sobreviviera a cada amenaza. Hasta ahora, todo bien. Estaba vivo, a Buchanan se le veía satisfecho con el pelotón y la compañía parecía contenta con Buchanan. Las cosas podrían ser peores, y tal vez no tardasen en serlo, por lo que preocuparse por todo aquello parecía demasiado esfuerzo. Eso no era lo que esperaba.

Por otra parte, nadie más parecía más animado u hostil hacia el enemigo, ni tampoco abiertamente entristecido por la muerte de Bairns. Aun así, eran británicos, y así eran las cosas, aunque los galeses tendían a disfrutar de la tristeza. Sin embargo, ninguno de los demás habló de nada de eso, y se limitaron a charlar, fumar,

holgazanear y comer como de costumbre. La mayoría de ellos se quedaron dormidos después de un rato, y pronto pudo escucharse el sonido del sueño profundo de O'Connor.

Judd yacía allí, preguntándose si fumar realmente ayudaba a pasar el tiempo. La revelación le llegó de repente. No podía creer que hubiera hecho algo especial en la patrulla o, en general, algo que mereciera los elogios de Buchanan. Sin embargo, con Bairns muerto y el otro artillero bien entrenado del Pelotón Nueve todavía en las trincheras avanzadas, él era la única y obvia opción. No ser visto como especial fue un consuelo. A los pocos minutos, estaba profundamente dormido. Dos horas más tarde, se despertó y le dijeron que los Glamorgan estaban siendo relevados y que la patrulla había sido cancelada.

–Nos tienen reservado algo mucho más desagradable que eso, ya lo verás, colega –le aseguró Davison–. Mucho peor.

* * *

19:15 horas, cerca de Putot, Normandía

El 165.º RAC estaba concentrado una vez más, y habían llegado tanques y tripulaciones de reemplazo para llevarlos hasta las tres cuartas partes de su fuerza total. El Escuadrón B continuaría operando con tres unidades, en lugar de cuatro, pero todos tenían cuatro Sherman. Los tanques estaban repartidos por aquel amplio prado, porque estaban de vuelta en el campo más abierto, mientras las tripulaciones los atendían, ayudados por los hombres del Escuadrón A, el elemento de apoyo avanzado del regimiento. Se revisaron las ruedas, la suspensión y las orugas; se modificaron cuando fue necesario; se desmontaron, limpiaron y engrasaron las ametralladoras Browning; se cepillaron los cañones grandes, y se comprobó que las miras se alinearan con el arma. Luego había cinturones de munición que llenar, proyectiles que reapilar dentro de los tanques, armas pequeñas que controlar, combustible que reponer y raciones que repartir. Se requería mucho trabajo para mantener los tanques funcionando correctamente, y todos estaban ocupados y

alegres, porque ése era el día más tranquilo que habían tenido desde hacía mucho tiempo.

James ayudó en todo lo que pudo con el mantenimiento del Hector II, porque era bueno echar una mano, aunque lo llamaron para una reunión del Grupo O y para sesiones informativas en las que estudiaron mapas y fotografías aéreas. Se preveía un gran ataque para los próximos días, y se les dio una idea de su papel en él, aunque habría más información más tarde, esa misma noche o al día siguiente. Probablemente, habría un reconocimiento de la ruta, y a James lo habían advertido de que tal vez fuera uno de los subtenientes más experimentados del grupo. ¡Dios! Aquello era una idea, tras menos de tres semanas de campaña. Incluso se había confirmado su ascenso a teniente titular.

El tiempo contribuyó al buen humor, ya que había una mezcla de sol, nubes y un calor agradable. La mayoría de los hombres iban en mangas de camisa o chaleco, y unos cuantos llevaban el torso desnudo. No había nada tan lujoso como una unidad de baño cerca, pero disponían del agua del arroyo y todos se sentían mejor y moderadamente limpios. A su alrededor, todo estaba ocupado con baterías de artillería instalándose y otros regimientos de tanques preparándose para la batalla. Una división de tanques completamente nueva, la 11.ª División Blindada, estaba cerca, preparándose para su primera batalla propiamente dicha. Todo se había retrasado por el mal tiempo, pero ahora estaban casi listos.

Bueno, en lo que a James concernía, el «casi» le venía bien. No tenía prisa. Un bastante buen amigo, Keith Turner, había aparecido para hacerse cargo de la tropa comandada por el sargento, y fue agradable charlar con él un rato antes de que ambos fueran llamados. Sospechaba que hacía unas semanas había tenido la misma impaciencia por partir que ahora irradiaba Keith, que se había sentido muy decepcionado por ser dejado fuera de la batalla para la invasión. Parecía que no tenía mucho sentido intentar advertirlo, y, en los pocos momentos de conversación seria, intentó transmitirle los consejos más útiles: «Mantén la cabeza gacha, pero acércate sólo cuando sea necesario», «Tómatelo con calma», «Sal y

encuentra el mejor camino, en lugar de simplemente cometer errores», «Guía el tanque hacia delante», «Cuidado tanto con las bazucas y los cañones antitanque como con los tanques». James tuvo que detenerse porque estaba a punto de contar cada pérdida que habían sufrido.

Keith fue educado, pero parecía demasiado emocionado para prestar atención. Había algo diferente en él, un poco de arrogancia adicional, además del entusiasmo por ver acción después de tanto entrenamiento. Turner era como muchos de ellos, feliz de dejarse llevar en el lío, rebosante de confianza en los diversos planes, e ingenuo y tímido en muchos otros aspectos cuando se trataba de la vida real.

Cuando llegó la citación para romper su pequeño *tête à tête*, Keith bajó la voz y mostró una sonrisa conspiradora e inmensamente orgullosa.

–¿Sabes esa mujer de la que te hablé? ¿Carlotta?

James asintió. En otros tiempos, Keith rara vez hablaba de chicas, pero de vez en cuando empezaba con un entusiasmo que sugería que siempre las tenía en mente. La señora en cuestión era unos años mayor que ellos y estaba casada, pero con un marido que servía en Italia.

–Sí.

Por un momento, Keith pareció como un niño demasiado emocionado para encontrar las palabras.

–Carlota... Logré salir del campamento y verla.

James intentó aligerar el ambiente.

–¡Dios mío! Espionaje, charla imprudente y toda la pesca. ¿Ya tenéis a la Policía Militar detrás?

Keith no parecía escuchar.

–La vi. Dos veces. –Respiraba agitadamente–. ¡Lo hicimos! ¡Ella me dejó hacerlo! Y dice que, si puedo obtener permiso, ¡podemos hacerlo de nuevo!

James supuso que Keith tenía que decírselo a alguien o estallar de turbación.

–¡Felicidades! –Eso fue todo lo que se le ocurrió decir.

Las preguntas sobre cómo había sido parecían tontas y sórdidas, y era poco probable que Turner deseara discutir la moral del adulterio. Estaba radiantemente feliz, enamorado de la vida y del sexo, y emocionado de ir a la batalla. Dados los riesgos que pronto afrontaría –que todos ellos afrontarían–, James no le envidiaba nada de eso. Sólo esperaba que el asunto no hiciera que su amigo se descuidara, como si nada malo pudiera pasar después de un descubrimiento tan maravilloso.

–Lo siento, viejo, será mejor que me vaya –dijo, en cambio, y se alejó rápidamente, dejando a Turner con una expresión atontadamente feliz en el rostro.

D + 19, domingo, 25 de junio 3:58 horas, Normandía

Mark Crawford echó otro vistazo a su alrededor para comprobar cómo estaba su pelotón. Al frente había dos secciones, formas borrosas con trigo a la altura del pecho, cada una de nueve o diez hombres desplegados en una formación de cuña, con cuatro o cinco metros de distancia entre cada soldado. Si se hubieran arrodillado, todos habrían desaparecido. En cambio, esperaron, algunos quietos, otros arrastrando los pies o jugueteando nerviosamente con el equipo.

A su alrededor estaba el pequeño cuartel general, un par de hombres con el mortero de dos pulgadas, otro par con un lanzagranadas PIAT, el arma voluminosa en el hombro de uno y el otro con dos cajas de bombas. Evans esperaba, leal y dedicado como un perro, y el sargento Dalton estaba a un lado, con su viejo rifle de culata redondeada colgado del hombro. La tercera sección estaba detrás de ellos, para actuar como reserva, y eran poco más que formas un poco más oscuras en la noche.

Con su Sten bajo el brazo, Mark consultó el reloj. Faltaba un minuto más. Tosió para aclararse la garganta.

–¡Fijen las bayonetas!

El mayor Jackson le había dicho a cada comandante de pelotón que diera la orden justo antes de la Hora H, considerando que eso daría un impulso a los hombres. Había algo depredador en el raspado de metal contra metal cuando los hombres colocaban las bayonetas en su lugar, incluso si eran poco más que púas rechonchas. La antigua hoja de Dalton era mucho más intimidante.

Mark se humedeció los labios porque los tenía muy secos. Justo a tiempo, a las 4:00 horas exactamente, el cielo detrás de ellos se iluminó cuando cientos de armas abrieron fuego. Pronto llegaron sibilantes proyectiles sobre sus cabezas, elevándose hacia el enemigo invisible. Ante ellos surgieron destellos, explosión tras explosión, breves pero terribles en su pura violencia, incluso a aquella distancia de trescientos metros. Parecía como si toda la tierra estuviera siendo destrozada.

Mark levantó la mano en el aire. Su Pelotón Diecisiete estaba en el extremo izquierdo; la Compañía D, a su derecha o detrás de ellos, y la Compañía B, más a la derecha. El resto del batallón estaba de apoyo, y otro batallón de su brigada se encontraba a poca distancia, a la izquierda. Eso era parte de la operación Martlet. No es que asuntos tan importantes le interesaran mucho a un humilde subteniente. El resto de la división no había llegado, retrasada por la tormenta y los cambios de prioridades, por lo que su brigada solitaria y huérfana había sido asignada a otra división para esa ofensiva. Lo que le interesaba al Pelotón Diecisiete, y a la Compañía D, en general, era avanzar primero para despejar un huerto amurallado y luego un brazo de una pequeña aldea que tenían delante. Una vez hecho esto, la Compañía C los superaría y lideraría el asalto a una segunda aldea, algo más grande, ochocientos metros más adelante. Había tanques Churchill y otros vehículos blindados de apoyo, aunque Mark no podía verlos en ese momento. Durante la sesión informativa, había esperado escuchar que conseguirían ayuda del 165.º RAC. Habría sido bueno ver a James Taylor y saber cómo le iba.

Mark se volvió ligeramente para mirar detrás de él y luego consultó el reloj. Eran casi las cinco y media, la hora de inicio. Algo revoloteó en la oscuridad, e instintivamente levantó su mano izquierda para apartarlo, nervioso incluso cuando se dio cuenta de que era sólo una polilla. Su mano derecha tembló, y, si había sido el sudor de su palma o simplemente mala suerte, Mark nunca lo sabría, pero el Sten cayó al suelo.

Un subfusil Sten no era un arma elegante ni sofisticada. Había sido concebido, diseñado y fabricado a bajo precio cuando una Gran Bretaña desesperada necesitaba armas, cualquier arma, tan rápido como pudiera conseguirlas. Para hacerlo más seguro, se retiró el cerrojo y se presionó en el metal. Cuando el subfusil de Mark cayó al suelo, la culata de acero golpeó la tierra dura, y el cerrojo rebotó e inmediatamente chocó hacia delante. La primera bala de 9 mm se elevó en ángulo y se estrelló en la boca de Dalton; la siguiente le entró en el cuello, y luego cuatro más se clavaron en su pecho, casi

abriéndolo y destruyéndole el corazón y los pulmones. Entonces el arma se detuvo, porque los Sten nunca eran predecibles, y cayó al suelo.

La ráfaga de fuego había sido espantosamente estridente, incluso se había oído por encima del bombardeo de artillería. Nadie dijo nada, nadie maldijo, simplemente miraron mientras el sargento parecía doblarse sobre sí mismo.

–¡Oh, Dios! –jadeó alguien por fin. A Mark le tomó un momento darse cuenta de que había sido él. Dalton había muerto en un instante por un accidente.

–¿Qué está pasando? –El mayor Jackson salió corriendo de las sombras–. ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡No pierdan el bombardeo!

Mark no podía hablar.

–¿Qué diablos le pasa? –gruñó Jackson mientras corría–. Póngase en marcha.

Mark lo observó fijamente, y Jackson miró el cadáver y a los hombres que lo rodeaban.

–¡Pelotón Diecisiete, prepárense para avanzar! –Bajó la voz–. ¡Váyase, Crawford, ahora!

–Lo he matado yo –tartamudeó Mark–. He dejado caer mi Sten y...

–Y no puede traerlo de vuelta –dijo Jackson con brutalidad–. ¡Avancen! –gritó al Pelotón Diecisiete–. ¡Sigan el bombardeo! Quédense cerca.

Los hombres empezaron a moverse a sacudidas, como marionetas, pero no avanzaron. Jackson puso su mano sobre el hombro de Mark.

–Guíelos. Si no lo hace, ya encontraré a alguien que lo haga, pero ahora necesitan un líder.

Mark logró asentir.

–Iré –jadeó. Su sección de retaguardia estaba casi a su nivel.

–Bien. –Jackson le dio unas palmaditas y luego apartó la mano–. Lo que importa es lo que sucede ahora. El pasado se ha ido. ¡No

pierda el bombardeo!

Mark asintió. Entonces vio al cabo Thomas, un comandante de sección.

–Thomas, ahora es sargento en funciones. Reece, está a cargo de la sección. Elija a alguien como soldado de primera.

Era más fácil actuar que pensar. Mark corrió hacia su cuartel general. Thomas trotó con él. La pistola Sten yacía donde había caído, y Mark no quería tener nada que ver con eso. A la luz parpadeante de las explosiones, pudo ver el pelotón a su derecha, un poco por delante de sus propios hombres.

–Tenga cuidado aquí –le dijo a Thomas, y luego corrió a apremiar a sus secciones para que aceleraran.

Eso era lo que llamaban una andanada progresiva, y cada pocos minutos los artilleros ajustaban la inclinación del cañón y el tamaño de la carga, de modo que el punto de mira se desplazaba hacia delante cien o doscientos metros. Un enemigo bien preparado y atrincherado era difícil de matar, sin importar cuánto explosivo se arrojara en un terreno. La mayoría sobreviviría, aturdida y apaleada, pero sobreviviría. El truco consistía en mantenerlos cautelosos y con la cabeza gacha hasta que la infantería atacante estuviera encima de ellos. Eso significaba que los líderes tenían que mantenerse cerca de los proyectiles que estallaban, tan cerca que algún trozo de metralla seguramente caería entre ellos y la explosión se sentiría como si les hubieran dado un fuerte puñetazo en la cabeza y el pecho. Si algún disparo se quedaba corto, porque los ajustes eran incorrectos, el tubo del cañón estaba demasiado desgastado o la carga no era tan fiable como de costumbre, seguramente se les caería encima. La teoría era que las bajas arriesgadas de esa manera deberían ser menores que las que se producirían si la infantería se quedaba atrás y daba tiempo a los defensores para manejar sus ametralladoras.

Mark no quería seguir adelante a la par de las secciones de vanguardia. Incluso a esa corta distancia, los proyectiles que explotaban parecían mucho más fuertes y los destellos más

brillantes. Cada ola de explosión que regresaba sobre ellos era como la ráfaga de una tormenta.

–¡Sigan el ritmo! –gritó–. Sigan adelante.

Un hombre en la sección de su derecha tropezó y cayó.

–¡Déjenlo! –gritó Mark. Su voz se hacía cada vez más aguda y seguramente debía de sonar juvenil–. Déjenlo para los camilleros.

–Estoy bien. Vamos, muchacho –le dijo el soldado al compañero que estaba sobre él.

La amistad era una cosa, pero el instinto de ayudar, combinado con la excusa de regresar, podía significar que, por cada hombre golpeado, dos, tres o cuatro quedaran fuera de combate ayudándolo a escapar.

–¡Sigan adelante! –Mark se acercó corriendo al hombre caído, cuyo muslo había sido gravemente cortado por un trozo de metralla.

–Estoy bien, señor. Está bien.

El soldado jugueteaba con un vendaje, y, aunque Mark quería hacerlo por él, sabía que no podía parar. Su cuartel general ya se estaba acercando. Vio a Jackson y se preguntó si el mayor lo estaba vigilando, por lo que volvió a la línea de ataque.

–¡Vamos, sigan adelante! –gritó. Su voz era ronca, y el hedor de los explosivos, asfixiante y pesado en el aire, pero se obligó a gritar–. ¡Sigan adelante! ¡Sigan adelante! No piensen. No se detengan. Simplemente, sigan moviéndose.

Un proyectil estalló justo detrás de él. Nadie pareció caer. Evans apareció a su lado.

–No es necesario que esté aquí arriba, Evans –le gritó. Era la única forma de ser escuchado.

–Soy su ordenanza, señor. Es mi trabajo.

–Entonces, quédese conmigo. –Mark consultó su reloj–. ¡Deténganse! ¡Deténganse!

Hubo un desplazamiento de un minuto antes del siguiente avance del bombardeo. Sin órdenes, los hombres se agazaparon o se

arrodillaron, a la espera.

Hubo una pausa, un silencio extraño e incómodo. Más proyectiles cayeron de nuevo detrás de él. Oyó al mayor Jackson gritar algo. Se giró y pudo verlo, y entonces hubo una explosión de llamas y un montón de tierra fue arrojada hacia lo alto. El mayor no estaba allí cuando despejó. Los proyectiles empezaron a golpear los setos y los árboles doscientos metros más adelante.

–¡Bien, levántense, muévanse! –Algunos obedecieron de inmediato, otros después de dudar–. ¡Muévanse! ¡Muévanse! ¡Pónganse en marcha! –gritó Mark.

El resto se puso en pie y empezó a caminar de nuevo.

* * *

5:55 horas

La Compañía A estaba en reserva y sólo siguió adelante cuando las tropas líderes avanzaron. Algunos hombres ya habían regresado, cojeando o llevados por los camilleros. Aparte de eso, tenían poca idea de cómo iban las cosas. Luego, casi veinte soldados regresaron corriendo en grupo. Parecían confundidos. Buchanan les gritó que se detuvieran. Holdworth también lo hizo, y luego se unió la gran voz del comandante sargento mayor de la Compañía A. Se detuvieron y el CSM los guio hacia delante nuevamente. Ninguno de ellos parecía tener mucha idea de lo que estaba sucediendo, ni saber realmente por qué habían huido, excepto que todos los demás estaban haciendo lo mismo.

Judd no se sintió mucho más iluminado, ni siquiera cuando empezaron a avanzar. La nube había regresado, espesa y melancólica, de modo que no era un día brillante. Delante de ellos, el bombardeo concentrado de la fase inicial había cesado hacía tiempo. Todavía se oían muchas armas disparando, tanto propias como del enemigo, pero había un patrón menos obvio, y la sinfonía de los proyectiles se elevaba y descendía hasta formar una melodía que él no conocía ni entendía. En algún momento se habían disparado granadas de humo, desprendiendo nubes de niebla espesa

y sucia, lo cual se sumaba al humo y el polvo arrojados por tantos miles de explosiones en un área tan pequeña.

El Pelotón Nueve avanzó hacia una niebla más espesa y nociva que cualquier sopa de guisantes de la cantina, y el aire calmo hizo poco para cambiarla. Judd pudo ver a O'Connor a su lado, a uno o dos más de la sección del otro lado, y eso fue todo. Los siguió, esperando que ellos, a su vez, pudieran ver a los demás y que de alguna manera todos se mantuvieran juntos y fueran en la dirección correcta. De vez en cuando oía a Buchanan o a Holdworth decirles que siguieran adelante.

* * *

7:45 horas

Los hombres de Mark fueron inmovilizados por las Spandau, con sus ráfagas de fuego increíblemente rápidas. Se quedaron tendidos en el suelo, con los cuerpos lo más cerca posible de la tierra, mientras las balas resonaban sobre sus cabezas y cortaban las espigas de cereal, arrojando los trozos de plantas como una lluvia sobre ellos. Mark se puso cuerpo a tierra con ellos. Había intentado dos veces que se movieran poniéndose de pie, lanzando una granada de humo hacia delante e instándolos a seguir adelante. Evans siempre saltaba detrás de él, al igual que uno o dos más, pero luego los artilleros alemanes ajustaron su puntería. La ráfaga de balas siseó a través del campo y todos volvieron a descender. Ni siquiera estaba seguro de dónde estaban las ametralladoras. Había dos, tal vez más, pero quedarse de pie para detectarlas seguramente habría sido un suicidio.

Se oyó un ruido de orugas y el rugido de un motor detrás de ellos. Con suerte, amistoso. El tanque se detuvo, y otro, más alejado, empezó a avanzar. Se dispararon ametralladoras, con el ritmo lento y constante de un arma aliada, y luego estalló un cañón. Mark se arrodilló. Luego se enderezó y trató de mirar hacia fuera. La pared del huerto había quedado destrozada en dos sitios distintos, y el trazador se movió para levantar más polvo al impactar. Detrás de él había un par de tanques Churchill, de aspecto bastante anticuado,

más bajos que un Sherman, con cascos más largos, como algo sacado de la Gran Guerra, y una torreta cuadrada en la parte superior. Mark se puso de pie.

–¡Vamos! –gritó tan fuerte como se lo permitió su voz, reseca. Habían pasado sólo unas horas del ataque y ya había vaciado su cantimplora–. ¡Vamos, Pelotón Diecisiete!

Evans, el fiable Evans, estaba a su lado. Su cabeza parecía más pequeña que nunca bajo el sombrero de hojalata, pero su rostro era decidido y su rifle estaba listo. Empezaron a aparecer más hombres, y las Spandau dejaron de disparar. Mark corrió hacia el huerto, confiando en que los hombres del tanque lo verían y no lo derribarían. Tenía el revólver en una mano y lo agitaba en el aire.

–¡Vamos Pelotón Diecisiete! ¡Vamos! ¡Síganme! –Tropezó en el cereal y se tambaleó, pero consiguió recuperar el equilibrio. Siguió adelante y salió a la hierba cubierta de maleza justo delante de la pared.

–¡Señor! –gritó Evans para advertirlo.

Tenía una granada en la mano y la lanzó por encima del muro. Cada vez se les unían más hombres, y cuando sonó con un estruendo sordo, ya casi la mitad del pelotón estaba allí. Treparon por un gran corte en la piedra causado por uno de los proyectiles de los Churchill. A unos metros de distancia, un alemán yacía tendido en una postura extraña y desgarbada, como si le hubieran desaparecido todas las articulaciones. Estaba cubierto de polvo, con los ojos mirando fijamente al cielo. Había un olor extraño que se sumaba al hedor a cordita y muerte, algo que Mark nunca había olido antes. Además del cadáver, había montones de casquillos de balas vacíos, un casco tirado en el suelo y un rifle con la culata rota.

Thomas apareció sonriendo y levantando el pulgar. Había unos veinte hombres del pelotón. Estaban todos agrupados, y parecían aliviados de estar vivos y de haber llegado tan lejos. Mark se volvió para saludar a los comandantes de los tanques. Mientras lo hacía, algo cruzó el campo desde la izquierda y golpeó el casco del tanque más cercano. Empezó a salir humo de allí, y los hombres se

apresuraron a salir. El otro Churchill dio marcha atrás y disparó bombas de humo con su disparador para esconderse del cañón enemigo, que era invisible.

–¡Pónganse a cubierto! –les gritaba Thomas, y Mark oyó el silbido de los proyectiles.

Cuatro grandes explosiones atravesaron las hileras de manzanos, arrancando ramas y destrozando algunos de los troncos. Trozos dentados de madera y metal se agitaban en el aire. Momentos después, llegaron otros cuatro proyectiles. Mark y su pelotón tuvieron suerte, porque la mayoría cayó cerca del centro del huerto y ellos estaban en el borde. La tercera salva fue más salvaje que las demás y un proyectil cayó casi encima de ellos. Un soldado fue cortado en dos y sus entrañas se derramaron en la tierra. A su lado yacía un cabo de primera. No tenía ningún rasguño, pero había muerto por la explosión. Tres hombres más resultaron heridos, sangrando por las astillas que se les habían introducido en la carne.

Después de aproximadamente un minuto, Mark se puso en pie y observó la destrucción. Escupió porque tenía la boca llena de tierra y le costaba hablar.

–Tenemos que irnos. ¡Vayan al otro lado! –Señaló la pared del fondo–. ¡Muévanse! ¡Muévanse!

–Vamos, ya han oído al oficial. ¡Póngase de pie! –Thomas sonaba cada vez más como un sargento.

Evans le ofreció a Mark una cantimplora.

–Charlie ya no la necesitará –explicó, y Mark cayó en la cuenta de que debía de haberla obtenido de uno de los muertos. Esas cosas ya no parecían importarle y tomó un largo trago. Se sintió mejor.

–Vamos –dijo–. Tienen este lugar en el punto de mira, así que no nos quedaremos aquí. Arnold. –Miró al menos herido de los heridos, un hombre con metralla en la pierna, pero aún capaz de ponerse en pie–. Haga lo que pueda y espere a que lo recojan.

Arnold asintió. Tenía el rostro un poco pálido.

–¡Vamos!

Mark sintió una oleada de energía, como si lo que contenía la cantimplora en realidad fuera algo más fuerte. Corrió hacia el otro lado del huerto, saltando sobre las raíces de los árboles que encontraba en su camino y agitando el brazo derecho para llamar a los demás. Había una puerta de hierro en la pared del fondo y estaba abierta. Más allá había una carretera, y a continuación, los muros bajos de los jardines de un par de casas de piedra. Mark se asomó para poder ver mejor. Había un cobertizo en cada jardín y tal vez diez metros de huertos. Las casas tenían dos pisos y buhardillas en sus altos tejados de tejas. Una bala se estrelló contra la pared justo al lado de su cabeza, levantando una nube de polvo. Mark se escondió detrás de la pared. Sus hombres se acercaban a él, con Evans a la cabeza.

–¡Mantengan la cabeza gacha! –gritó Thomas cuando una ráfaga de fuego salió de las ventanas superiores de una de las casas. Un hombre cayó, pero acababa de patinar y resbalarse en el barro. Con los ojos desorbitados, se arrastró para unirse a ellos.

–¿Alguien tiene bombas de humo? –preguntó Mark.

Thomas sacó una y un cabo tenía otra.

–Bien. Cuando les diga, tírenlas por encima del muro.

Mark contó y comprobó que tenía trece hombres. Se preguntó si eso sería mala suerte, y luego recordó que con él eran catorce. No tenía ni idea de a dónde había ido el resto del pelotón. Ciertamente, no había visto a tantos heridos. Había dos equipos Bren.

–Esa esquina –dijo, señalando a uno de ellos. Luego se giró y envió al otro al lado opuesto de la puerta–. Cuando estemos listos, abran fuego contra las ventanas. Bajen las cabezas tanto como puedan. ¿Comprendido? Bien.

Otra ráfaga de granadas se acercó y estalló en el otro extremo del huerto. Mark pensó en sus hombres heridos. Estaba preocupado, pero no podía hacer nada por ellos. Lanzaron las granadas de humo y esperaron. Oyeron el chisporroteo cuando la nube blanca empezó a florecer.

–¡Ahora, fuego! –gritó a los equipos de artilleros de Bren, que iniciaron su ritmo constante de proyectiles.

Respondió una Spandau, rompiendo fragmentos a lo largo de la parte superior de la pared. Un equipo retrocedió, maldiciendo, pero el otro siguió disparando.

–¡Síganme! –gritó Mark tan alto como pudo, atravesando la puerta abierta y dirigiéndose directamente hacia el muro del jardín.

El humo blanco lo rodeaba y tosía mientras corría. No miró atrás y sólo esperó que lo siguieran. Se oyó el ruido de botas chapoteando en los grandes charcos del camino embarrado, los disparos de Bren y de Spandau, y el chasquido de los rifles. Mark ya casi había llegado. Una bala rompió el aire al pasar. Alguien gruñó y algo pesado cayó. Él estaba contra la pared, respirando con dificultad, como si hubiera corrido un kilómetro y medio. Se agachó detrás de los ladrillos. Evans se acuclilló a su lado, con los ojos brillantes. El joven tenía un subfusil Sten en las manos, en lugar de su rifle. Thomas entró por el otro lado, con un ferviente «¡Oh, Señor!» de alivio. No había nadie más. Mark volvió a mirar el humo a la deriva. Había una forma oscura tendida en el barro, pero no había señales de nadie más. Ambas Bren disparaban de nuevo. Había fusiles y los alemanes respondían.

Mark se dio cuenta de que tenía las manos vacías. Sacudió la cabeza, desconcertado, y cogió una bomba Mills. No tenía sentido quedarse donde estaban, y tal vez los alemanes tendrían problemas para dispararles ahora que estaban cerca.

–¿Listo?

Evans tragó saliva y logró asentir. Thomas exhaló. Articuló algo que probablemente era «oh, carajo», pero la Spandau traqueteaba como loca y las palabras se perdieron.

–¡Vamos! –gritó Mark, confiando en que lo entenderían si no podían oírlo. Se puso de pie de un salto y rodó para saltar el muro del jardín.

Las balas volaron a su alrededor, tantas que no pudo contarlas, pero ninguna lo alcanzó. Empezó a correr, pero se enganchó el pie en una red de alambre. Consiguió liberarlo y corrió hacia la puerta, saltando sobre hileras de coles. De alguna manera, estaba vivo. Se aplastó contra la pared entre la puerta trasera de la casa y una ventana a la que le faltaban casi todos los cristales. Sacó la clavija de la granada, trató de recordar la longitud de la mecha, contó hasta dos y luego, presa del pánico, le dio un revés a través de la ventana. Momentos después, estalló con un estruendo sordo, arrojando hacia fuera lo que quedaba del cristal. Sacó su última granada.

Mark estaba vivo y solo. Podía ver la parte superior de los cascos de los demás junto a la pared. El humo casi se había disipado y el resto de sus hombres seguían en el huerto, aunque el fuego parecía haber perdido fuerza. Envió su segunda granada por la misma ventana y sacó su revólver. Después del segundo estallido, saltó hacia delante y pateó la puerta, que se abrió de golpe; obviamente, estaba entreabierta.

–¡Vamos! –gritó, y corrió hacia la habitación.

Era una cocina. La mesa y las sillas tenían marcas causadas por las granadas y estaban volcadas. Cruzó la estancia. La puerta del pasillo estaba abierta. Apareció un alemán, con el uniforme de camuflaje y el casco blancos por el polvo de yeso, y una metralleta en las manos. Mark tenía su pistola a la altura de la cintura. Apretó el gatillo, sin apuntar, sin pensar. Para su sorpresa, se disparó y el ruido resonó con fuerza en el estrecho pasillo. Para su asombro, el alemán se dobló y dejó caer el arma. Mark disparó un segundo tiro, de nuevo sin pensarlo, y el rostro del alemán que caía desapareció en una mancha de sangre.

Thomas entró, con Evans detrás de él. Mark había pasado por encima del alemán moribundo. No había nadie en las habitaciones delanteras y laterales de la casa. Señaló las escaleras. Thomas pasó a su lado y Mark estuvo tentado de no dejarlo. Se sentía invulnerable porque todo aquello era tan irreal como estar en una película. Se oyó un fuerte clic cuando el sargento en funciones

amartilló su Sten. Las escaleras eran cerradas y estrechas, y Thomas avanzaba lentamente, equilibrando su peso con mucho cuidado a cada paso. Dobló una esquina y disparó una ráfaga mientras las balas picoteaban la pared enlucida detrás de él. Con un rugido como el de un animal. Subió los peldaños restantes. El arma volvió a sonar y se oyó un grito ahogado. Luego oyó el estallido de una granada, y el polvo y el yeso cayeron en cascada sobre ellos mientras el techo se balanceaba. Mark lo alcanzó mientras Thomas recargaba tranquilamente, guardando con cuidado el cargador vacío y colocando uno nuevo.

–Casa despejada, señor –dijo en tono monótono, por hábito, porque eso era lo que les enseñaban a decir durante el entrenamiento.

Thomas estaba en la puerta de la habitación interior. Un alemán estaba muerto, además del que había matado en lo alto de las escaleras. Dos más habían sido chamuscados y salpicados con fragmentos de metal de la granada. Su ametralladora yacía entre ellos, una de las Spandau más nuevas, una MG 42. Había decenas de casquillos vacíos en el suelo, pero quedaban muchos cinturones llenos.

–Gracias, sargento –dijo Mark, con la sensación de que las palabras las había pronunciado otra persona, como si procedieran directamente de un guion decidido a mostrar a los flemáticos británicos siempre rígidos y formales.

–¡Cuidado, imbécil! –le gritó Thomas a Evans, que se había acercado a la ventana. En lugar de responder, el chico abrió fuego con su Sten.

Mark fue hacia la otra ventana y vio que el chico estaba disparando a media docena de alemanes que se retiraban de la casa de al lado hacia la calle de enfrente. No había casas delante, sólo un amplio estanque que lindaba con campos y árboles al otro lado. El resto del pueblo estaba por el camino de la derecha.

Uno de los alemanes tropezó y un camarada lo ayudó a levantarse, pero la mayoría de las balas de Evans iban demasiado

altas cuando el Sten reculaba. El chico mantuvo el dedo en el gatillo hasta que el cerrojo hizo clic porque el cargador estaba vacío. Mark disparó una vez, dos veces con el revólver, y si se tratara de una película, en lugar de la vida real, sin duda el vaquero o el gánster le habría dado a dos de ellos. En cambio, los alemanes siguieron corriendo y desaparecieron en los campos.

–Será mejor que vuelva a buscar a los muchachos, señor.

Mark no tenía idea de cuánto tiempo había estado de pie junto a la ventana antes de que Thomas lo avisara. Dio un paso atrás rápidamente y le indicó a Evans que hiciera lo mismo.

–Sí, gracias –logró decir por fin Mark, con un jadeo.

Thomas asintió y se fue.

–Comprobaré que la puerta de al lado esté despejada, señor –declaró Evans.

–Bien.

Mark luchaba por pensar. Apenas escuchó al sargento en funciones murmurar:

–Más putos héroes.

* * *

10:37 horas, extremo occidental del pueblo

Se suponía que la Compañía B despejaría el sector derecho de la aldea y luego actuaría con firmeza, preparada para defenderla, mientras la Compañía A la cruzaba para encabezar el ataque a la siguiente aldea. Se esperaba que las Compañías D y C harían lo mismo en la izquierda. Pero no había ocurrido. La mayoría de los hombres se habían perdido en el humo y el polvo, y se habían colocado detrás del bombardeo progresivo, y, en lugar de un ataque coordinado con tanques que apoyaban a la infantería, todo había ido poco a poco.

A medida que la Compañía D avanzaba, los proyectiles cayeron sobre el pelotón líder, matando al subteniente y al sargento en un abrir y cerrar de ojos. Un hombre salpicado de sangre se sentó con

las manos sobre los ojos, aullando como un niño. Otro se dio la vuelta y huyó, seguido por dos más. Al cabo de un momento, la mayor parte del pelotón estaba corriendo y el resto se acurrucaba en el suelo. La mitad de cada uno de los pelotones de apoyo se unió a la huida.

El teniente coronel Davis estaba observando y corrió hacia delante, agitando su revólver y amenazando con disparar a cualquiera que no se detuviera. Su enojo creció porque el brigadier estaba mirando sin decir nada. Casi todos se detuvieron, y, después de veinte minutos de gritos y persuasión, se reanudó el avance. Sin embargo, el ataque fracasó, sobre todo porque los alemanes defendieron con gran habilidad y determinación. Las ametralladoras cortaban los campos de cereal y los morteros; la artillería fustigaba a los soldados que estaban cuerpo a tierra para cubrirse, y de vez en cuando emergían tanques y la artillería autopropulsada de los SP, que disparaban algunas rondas y luego se retiraban para cubrirse. Los tres Churchill de apoyo fueron noqueados directamente, y uno de ellos seguía ardiendo horas después. A la Compañía B sólo le quedaba un oficial en pie, un subteniente, que con sus hombres estaba inmovilizado en un pequeño campo cerca del pueblo. El CSM lideró la compañía, haciéndola llegar tan lejos como pudo, ya que los otros pelotones apenas podían moverse sin recibir un abrumador fuego enemigo. La mitad de la fuerza de la compañía se había perdido y no habían logrado nada.

El teniente coronel Davis se había movido al otro flanco y ordenó a la Compañía A avanzar para restaurar el impulso del ataque, pero la combinación de polvo y humo de las casas en llamas creó prácticamente la misma confusión. Un pelotón llegó a la Compañía B y pronto quedó tan inmovilizado como el resto. Otro encontró un campo minado en su camino y tuvo que retroceder y girar más hacia la derecha. Por suerte, por criterio o por algún misterioso instinto de hombre de la frontera, el Pelotón Nueve de Buchanan se dirigió mucho más hacia la derecha, abriéndose camino a lo largo de barrancos, detrás de setos y a través de bosques. El destino estaba con ellos, porque cada vez que tenían que cruzar un terreno abierto

más de la mitad del mismo estaba cubierto por un humo sucio. Llegaron a la carretera que salía del pueblo y encontraron un garaje con un patio vallado y surtidores de gasolina vacíos, a poco más de cincuenta metros de la casa del final de la calle principal.

Buchanan envió un mensajero de regreso a la compañía, que informó por radio al batallón, y Davis modificó su plan. El comandante de la compañía se unió a ellos, trayendo consigo a un capitán de artillería como observador avanzado. Había más apoyo en camino, del otro pelotón, el pelotón de transporte de Glamorgan, cañones antitanque y tanques. La sección de Judd fue a proteger al oficial de observación y a sus operadores de radio mientras subían a una elevación boscosa detrás del garaje. No encontraron ningún enemigo, y el simple hecho de que se hubieran infiltrado hasta allí sugería que había bastantes menos alemanes en la aldea y sus alrededores de lo que todos parecían suponer.

–Batería de artillería, ¡fuego...!

El observador comenzó a apuntar los cañones hacia objetivos probables en la aldea. Judd y O'Connor yacían en el césped, con las armas preparadas y un par de cargadores nuevos colocados uno al lado del otro para tenerlos a mano. Los proyectiles comenzaron a estallar entre las casas.

* * *

12:20 horas, lado izquierdo del pueblo

Mark y lo que quedaba de su pelotón estaban de regreso en el huerto. Diez hombres se habían unido a él en las casas y comenzaron a prepararse para la defensa, amontonando muebles en barricadas en medio de las habitaciones superiores, para poder permanecer a cubierto y aun así ver y disparar. Rompieron los cristales que quedaban en las ventanas, porque nadie quería que volaran por ahí cada vez que los alemanes dispararan o bombardearan el lugar. Durante un rato estuvo en silencio, aparte de los disparos cuando alguien mostraba demasiado de sí mismo a alguien que miraba por las ventanas. El francotirador debía de haber estado en uno de los árboles, a juzgar por el ángulo. Hubo casi

aciertos, pero ningún impacto, y después de disparar algunos cargadores de las Bren al bosque se dieron por vencidos. El francotirador parecía tranquilo y a Mark le preocupaba que gastaran demasiada munición. No había habido contacto con nadie más durante horas.

El primer disparo a alta velocidad abrió un agujero en la esquina de una de las casas, llenando el piso de arriba de un espeso polvo. Cuando se aclaró, pudieron ver la forma baja de una unidad de artillería autopropulsada apretujada contra el costado del bosque. Estaba al menos a ciento cincuenta metros de distancia, demasiado lejos para el PIAT que habían cargado todo el día. No había forma de pedir artillería, y menos aún de uno de los cazabombarderos que podrían estar dando vueltas en círculos por encima de las nubes. La autopropulsada tembló mientras cambiaba de objetivo. Una oruga se congeló, de modo que la otra giró todo el vehículo y permitió que el Stug apuntara. En el segundo disparo, Mark se dio cuenta de que era inútil.

–¡Salgan por atrás! –gritó.

Nadie necesitó que insistiera, y las botas retumbaron en las escaleras y salieron. Thomas estaba sacando a los hombres de la otra casa al mismo tiempo. No había ningún tipo de posición que tomar en los pequeños jardines, por lo que corrieron hacia la pared del huerto. Siguieron seis proyectiles más, que derribaron la mayor parte de la casa en la que había estado Mark y abrieron grandes agujeros en la otra. Eso pareció satisfacer al cañón de asalto enemigo, ya que no volvió a disparar.

Las casas estaban en ruinas, pero Mark no creía que los alemanes hubieran venido a ocupar lo que quedaba. Tampoco estaba dispuesto a seguir adelante en caso de que la artillería autopropulsada retomara su trabajo. Por el momento, ninguno de los lados podía verse. Les dijo a sus hombres que cavaran detrás del muro y que él mismo se turnaría con la pala. Thomas usó un pico para romper algunas de las piedras y hacer aspilleras en la parte baja de la pared. Esperaron allí sin saber qué estaba pasando en

ningún otro lugar, aunque el intenso fuego de artillería y las ráfagas de armas pequeñas dejaban claro que había muchos combates.

* * *

15:25 horas, dentro del pueblo

Se había necesitado mucho tiempo para planificar y organizar el nuevo ataque y para que todos estuvieran en su lugar. Finalmente, estuvieron listos. Debilitada por una sucesión de bombardeos, gran parte de la aldea cayó rápidamente, y los defensores se retiraron, en lugar de luchar. Algunos eran testarudos, o estaban atrapados, y defendían una casa hasta que eran destruidos por los tanques o hasta que infantería se acercaba lo suficiente como para bombardear su interior.

La sección de Judd se quedó atrás en la línea de abetos al principio, y sólo se les pidió que avanzaran cuando las cosas se ralentizaron. La calle principal del pueblo estaba en manos británicas, pero, al final de una segunda carretera que formaba un ángulo recto, el enemigo aún resistía, especialmente en la sólida escuela del otro extremo. Al menos dos Spandau disparaban contra cualquier cosa visible en la calle, y los morteros caían con asombrosa precisión.

Los intentos de rebasar la escuela habían fracasado. Los únicos accesos estaban demasiado abiertos a las ametralladoras y los tanques alemanes en las afueras de la otra aldea, a poco más de un kilómetro de distancia. El Pelotón Nueve estaba encomendado a la tarea de despejar el edificio. Estaban agazapados junto al cruce en forma de T, ocultándose detrás de los muros y esperando a que se acercara un Churchill, conduciendo con cuidado porque la carretera, ya de por sí estrecha, estaba atravesada por disparos de artillería y bloqueada en algunos lugares por montones de escombros. El tanque parecía un pesado leviatán mientras se acercaba y giraba bruscamente para mirar hacia el otro extremo de la carretera. Una Spandau abrió fuego y las balas rebotaron en el grueso blindaje del tanque. Éste no era un Churchill cualquiera, ya que arrastraba un remolque provisto de ruedas, con un tubo grueso que llegaba hasta

el tanque. Lo llamaban Cocodrilo, aunque ése en particular tenía el nombre bastante inofensivo de Littlehampton pintado a ambos lados del casco. Judd había oído que los tanques llevaban un lanzallamas, pero nunca había visto ninguno en acción. Una vez que el tanque y el remolque estuvieron en la calle, Buchanan señaló a la sección de Judd.

–Vamos. Quédense detrás del tanque.

El oficial canadiense corrió a través de un patio a campo abierto hasta que estuvo protegido por el tanque. Griffiths llevó a Judd y O'Connor tras él. Una bala rebotó en el asfalto entre ellos, pero todos se pusieron a cubierto. El resto de la sección los siguió, de modo que todos estaban acurrucados detrás del remolque. Judd no pudo evitar pensar que si un proyectil cayera sobre ellos probablemente nunca lo sabrían. El remolque seguramente estaba lleno de todo tipo de productos químicos volátiles.

El Cocodrilo Churchill avanzaba ruidosamente por la carretera. Estaban a ciento cincuenta metros de la escuela, ciento treinta, ciento diez, cien. El tanque se detuvo bruscamente. Buchanan levantó la mano para indicar a los hombres que esperaran. Delante, un cohete sibilante se precipitó sobre la carretera, pero mucho antes de llegar al tanque ya estaba perdiendo velocidad y simplemente golpeó el costado de una casa, arrojando chispas. Hubo una especie de tos líquida, luego otra, y seguidamente un sonido suave, como un cruce entre papel grueso rasgándose y un sifón de soda, mientras un chorro de fuego salía de la pistola lanzallamas en el casco en dirección a la escuela. Un humo negro espeso y aceitoso se elevaba en una densa nube sobre él. El hedor era espantoso, como nadar en gasolina. Incluso a esa distancia oyeron los gritos. El Cocodrilo disparó otra larga ráfaga de fuego. El motor rugió y el tanque volvió a cobrar vida, avanzando. Judd y los demás lo siguieron con cautela. Todos los cañones alemanes estaban en silencio.

Cuando estuvieron más cerca, Buchanan señaló a Judd. Estaban a punto de pasar por un camino de entrada entre dos casas y señaló la pared de la siguiente. Judd corrió, seguido por O'Connor, y se

colocaron con la Bren apoyada en la parte superior de la pared. Era demasiado estrecha para que el bípode se mantuviera equilibrado, por lo que Judd tendría que sujetarlo firmemente cuando disparara.

No fue necesario. El tanque se detuvo a menos de cincuenta metros de la escuela en llamas. Judd observó, listo para cubrirlos, mientras Buchanan en persona guiaba al resto de la sección hacia delante. Una figura con forma de hombre, pero completamente en llamas, apareció en la puerta principal. Resultaba difícil creer que alguien pudiera vivir tanto tiempo en semejante agonía. Judd quiso disparar, pero descubrió que no podía apretar el gatillo, a pesar de que seguramente sería un acto de misericordia. El alemán cayó de rodillas. Griffiths apuntó con cuidado y le disparó un tiro en la cabeza con su Sten.

Buchanan envió a los hombres a ambos lados de la escuela incendiada y se volvió para hacer una señal al equipo de Bren para que se uniera a ellos. Formaron una línea en el borde del patio, esperando una respuesta del enemigo. El hedor era horrible. Los productos químicos se mezclaban con la carne chamuscada. Judd recordaba la fetidez de las bombas incendiarias durante el Blitz, pero aquello era mucho peor. Tuvo que poner toda su voluntad para no temblar de repulsión y horror. Rezó para que los alemanes no tuvieran nada parecido a aquel lanzallamas.

El Cocodrilo siguió avanzando, hasta que un disparo AP llegó desde cierta distancia y rebotó en la carretera justo delante del casco del tanque. Éste empezó a dar marcha atrás, algo nada fácil con el remolque detrás. Las escotillas de la torre se abrieron y el comandante sacó la cabeza y miró hacia atrás para guiar al conductor. Otro proyectil pasó patinando, abrió un agujero en la pared de una casa y salió por el otro lado. A trompicones, el tanque se retiró y luego desapareció.

Judd deseó no tener sentido del olfato y trató de pensar en historias de dragones. Lo que acababa de ver había añadido un horror completamente nuevo a aquellos antiguos temores.

* * *

17:03 horas, sector izquierdo de la aldea

A Mark y sus hombres se les unieron gradualmente otros Glamorgan, incluidos algunos rezagados de su propio pelotón. Más tarde, unos soldados bajaron por la carretera principal para asegurar aquella parte del pueblo. El día estaba lejos de terminar, pero era obvio para todos que el batallón ya estaba agotado y que no había la más remota posibilidad de avanzar hacia el objetivo de la otra aldea. Lo que importaba era no perder nada de lo que habían ganado, así que la clave era profundizar y mantenerse firme.

El mayor Jackson había muerto por la explosión de un proyectil al principio del avance. Mark se dio cuenta de que debió de haber visto lo que sucedió cuando el mayor desapareció. El capitán Price estaba a cargo de lo que quedaba de la Compañía D, y quería que Mark y el Pelotón Diecisiete permanecieran donde estaban y ayudaran a anclar la posición en el flanco. Eso era bueno porque significaba que no tendrían que moverse y empezar a cavar de nuevo, pero malo porque todavía estaban en el huerto, con todo el riesgo que suponía la metralla. Thomas animó a los hombres cansados a cavar más profundamente.

Mark luchó por mantenerse quieto. Debería estar cansado y en cambio sintió que quería correr y saltar. No quería descansar y pensar, porque eso significaba recordar a Dalton y afrontar lo que había hecho. ¿Cómo podría escribirle a la viuda? «Estimada señora Dalton: Me temo mucho que dejé caer torpemente mi arma y corté a su marido en dos...». Lo que había sucedido aún le resultaba difícil de creer: aquel veterano tan seguro de sí mismo y aparentemente indestructible estaba muerto, muerto en un estúpido accidente..., y lo había matado él.

Apareció un ordenanza que lo convocó a una reunión del Grupo de Operaciones de la compañía. Lo sintió como un bendito alivio. Mark se apresuró a llegar allí y Evans hizo todo lo posible para seguirle el ritmo.

* * *

20:05 horas, afueras de la aldea

–Objetivo Mike, referencia cero siete ocho...

Judd y O'Connor estaban detrás de una cama inclinada en la habitación trasera de una de las casas adosadas, la única que aún conservaba la mayor parte del techo. Había otra ventana a través de la cual el oficial observador vigilaba al enemigo y solicitaba misiones de fuego.

–Objetivo Mike significa que queremos una concentración de fuego de todos los cañones de nuestro regimiento. –El capitán de la Artillería Real estaba acompañado por su ordenanza, que parecía tener poco que hacer pero a quien sí le gustaba charlar.

Judd intentó recordar:

–¿Qué es eso? ¿Veinticuatro cañones?

–Sí. Si llamamos Uncle al objetivo, eso significa todos los cañones de la división: tres o cuatro regimientos. Objetivo Victor significa todo lo que tenga el cuerpo. Sólo lo he visto una vez. –Era obvio que el artillero se enorgullecía mucho del poder destructivo que su oficial podía convocar.

–Y después de Victor, ¿qué? –preguntó O'Connor.

–Que me jodan si lo sé. Supongo que es el Comando de Bombarderos.

Los alemanes habían atacado dos veces, pero sólo una vez Judd pudo ver cabezas asomando entre el cereal a aproximadamente ochocientos metros de distancia. Había disparado la Bren y O'Connor lo había maldecido porque no había ajustado la mira y disparaba corto. Fue un error tonto. Nunca había hecho algo así durante los entrenamientos. Todos los demás también habían estado disparando: Bren, rifles y las Vickers que habían traído para ayudar en la defensa. Judd no tenía idea de si había alcanzado a alguien o no, pero, una vez que movió la mira, sus disparos ciertamente iban al área correcta. De cualquier manera, el ataque se extinguió. A juzgar por el sonido y lo que pudo oír por la radio del artillero, el otro ataque había sido igualmente tentativo.

Más tarde, los alemanes hicieron un esfuerzo mayor, al menos dos compañías de infantería y media docena de tanques avanzando por el frente derecho. El capitán de la RA llamó a un Objetivo Uncle. La respuesta fue asombrosa en todos los sentidos de la palabra. Proyectil tras proyectil, pulverizaron los campos que utilizaban los alemanes. El ataque fracasó antes de llegar al pueblo.

Al cabo de media hora, llegó una tormenta de verano con relámpagos y truenos que avergonzaron al mezquino poder de la humanidad. Llovió durante horas, empapándolos a todos. Judd se alegró de estar dentro de la casa, porque estaban casi secos. Por lo demás, era una bendición estar en uno de los pocos edificios más o menos intactos, con vistas al enemigo. Los supersticiosos podrían decir que el lugar tenía suerte; los estadísticos sin duda responderían que finalmente alguien conseguiría un impacto directo.

D *+ 20, lunes, 26 de junio 2:00 horas, cerca de Bretteville-L'Orgueilleuse, Normandía*

–Conductor, deténgase.

James exhaló un suspiro de alivio. Conducir un tanque a cualquier parte en medio de la oscuridad era una tarea angustiante, y más aún cuando tantas unidades cambiaban de posición. Whitefield era capaz, pero incluso los mejores poco podían hacer ante el riesgo de deslizarse por una zanja o un cráter, ambos igualmente difíciles de detectar en las sombras.

El 165.º RAC había sido enviado para reforzar al cuerpo vecino para algún gran espectáculo. Por extraño que pareciera, los habían llevado a la misma zona más al este donde habían estado en los días inmediatamente posteriores a la invasión. Al menos eso ayudó, porque James tenía una idea de la ruta que podía añadir a lo que veía en el mapa.

–Operación Epsom –anunció el coronel Leyne al grupo operativo, que había sido convocado en cuanto se detuvieron–. El objetivo general del Ejército es avanzar hacia el sur y rodear la ciudad de Caen, en lugar de tomar el toro por los cuernos y atacar de frente. La ofensiva por el este no nos concierne, pero llegará al este del río Orne. Somos parte de la ofensiva occidental. La infantería entra primero, la columna Jock de la 15.ª División. Debe comenzar a las 6:00 horas. Todos lo sabrán cuando oigan el bombardeo, ya que dicen que será algo especial. Una vez que hayan logrado abrirse paso, la 11.ª División Blindada se los cruzará y girará hacia el sureste. Estamos unidos a ellos para darles un poco más de fuerza si lo necesitan. Éste es el eje de avance previsto, pero tendremos tiempo hasta que el cuerpo tenga una mejor idea del progreso inicial. Mientras tanto, ordenen, revísenlo todo y prepárense para partir con cuatro horas de antelación.

James salió de la granja, cuya sala principal habían utilizado para la reunión operativa. La llovizna le golpeaba la cara. Habían oído la tormenta la noche anterior y habían visto los destellos, pero estaba un poco lejos y no había hecho nada para aclarar el aire por allí.

Seguía siendo pesado y cerrado. Antes, James había tenido tendencia a los dolores de cabeza punzantes en días y noches como aquélla. Ahora, de alguna manera, no parecía el momento para inconvenientes tan triviales.

–Apasionante, ¿no? –dijo Keith, acercándose–. Hazañas enérgicas para ganar el imperio y todo eso.

–Por lo que he oído, a nosotros no nos toca hasta dentro de un día o dos. –James se estiró para bostezar. Por mucho que le agradara Keith, en realidad no estaba de humor para conversar. Todo lo que quería era transmitir las órdenes, hacer cualquier otra cosa que fuera necesaria y luego dormir. Aun así, un amigo era un amigo y había que esforzarse–. ¿Cómo te va con tu tropa?

–¡Maravillosamente! Supongo que son los mejores, si me perdonas. Los veteranos están tratando de enseñarnos a los nuevos a cogerle el tranquillo.

Por lo que James podía ver, todo el mundo de Keith era maravilloso. Era realmente sorprendente lo que había logrado con el cumplimiento de sus sueños de adolescente. No había ninguna sensación de miedo ni de preocupación, y eso parecía aún más insólito y peligroso.

–El sargento Finch es uno de los mejores –dijo James–. Te echará un ojo, tal como lo hace Dove conmigo. –Se sorprendió al pronunciar esas sílabas sin error. Estaba tan cansado, tan extraordinariamente cansado..., y ni siquiera habían comenzado todavía esta nueva operación.

–He recibido carta suya –dijo Keith, apenas capaz de contener la emoción. Se carcajeó–. Si no fuera tan divertido estar aquí, probablemente atravesaría el canal de la Mancha a nado y correría hasta su casa.

–Elama –dijo James, sin pensar realmente.

–¿Qué?

–E-L-A-M-A –deletreó James–. Lo verás en algunas cartas de los soldados como SCUBA.

–Conozco ese «sellado con un beso amoroso».

–Es lo mismo, sólo que significa «espérame lista arriba, mi ángel». Aunque algunos dicen que la ele es por lasciva.

Keith echó la cabeza hacia atrás y rugió.

–Me gusta –dijo, cuando por fin se recuperó–. Sí, me gusta. Aunque lo de lasciva... –Se detuvo, dándose cuenta de repente de que estaba hablando en voz muy alta.

–Duerme un poco –le dijo James–. Es un bien escaso. Esto es algo que aprenderás rápidamente.

«O date una ducha fría», añadió para sus adentros. Penny le había escrito de nuevo, pero aún no había tenido oportunidad de leer la carta. Al carecer del ardor de Keith, James estaba contento con guardar la carta para un momento mejor. Dormir era todo lo que ansiaba en ese momento.

* * *

6:05 horas, al norte de Rauray

La Compañía A había sufrido menos que el resto de los Glamorgan, por lo que se les congregó y se les dio un trabajo. El batallón de reserva de la brigada había pasado por el pueblo y debía avanzar hacia Rauray, el pueblo más grande que se encontraba más adelante. Para ayudarlos, la Compañía A y una unidad de tres Churchill debían tomar un corral amurallado a la izquierda.

Hacia el este se oyó el tronido de la artillería. Buchanan les había dicho que allí también había un gran ataque, y el ordenanza del capitán de la RA le había advertido a Judd que muchos de los materiales importantes se estaban alejando de ellos para apoyar aquella operación.

–Buena suerte, amigo –había añadido mientras se marchaban.

Como el día anterior por la mañana, se arrodillaron en un campo de trigo, a la espera. Uno de los tanques estaba justo a la izquierda. Buchanan hizo sonar su silbato y les hizo señas para que siguieran adelante. Judd se puso en pie y los demás se levantaron a su

alrededor. La lluvia había cesado, pero aún quedaba ese olor a tierra húmeda en el aire. El bombardeo principal sobre Rauray no debía realizarse hasta dentro de unos veinte minutos, cuando comenzara el ataque. No había nada que los cubriera, aunque el capitán de la RA y su equipo estaban con el cuartel general de la compañía algo detrás de ellos.

No es que nadie pudiera ver mucho. Aquella mañana no era el humo, sino una niebla espesa y lechosa que hacía difícil ver más allá de veinte metros. Incluso el Churchill no era más que una forma oscura y ruidosa. A la derecha había un seto, y, si lo seguían, llegarían a la granja que no podían ver. Se decía que una patrulla había estado allí y calculaba que los alemanes no tenían más que un Panther en posición.

Judd tenía la Bren acunada en los brazos, lista para moverla y disparar desde la cadera si fuera necesario. Había que mentalizarse para hacerlo y no caerse, pero había un truco especial, y era otra cosa que le gustaba mucho del arma. Bessie lo vería bien. Estaba mojado. Tenía el uniforme empapado por la lluvia y la espalda resbaladiza por el sudor. El aire era húmedo y pegajoso, pero era más que eso. Nunca en su vida había sentido más miedo. Caminaban hacia lo desconocido, casi hacia la nada. Podría ser que no hubiera nadie allí, o que hubiera docenas de ametralladoras listas para disparar en líneas fijas y cortarlos en tiras, fueran visibles o no. Rezó en silencio para sí mismo, y con más devoción y desesperación que nunca, excepto cuando le había rogado a Dios que no dejara morir a su padre.

Judd dio otro paso adelante. La poesía volvió a él: «Como a un hombre con grilletes, a quien no le gusta ir, / los ponen en marcha en compañías, sumamente rígidas y lentas». Kipling de nuevo. Ese hombre había escrito algunas tonterías, pero también escribió muchas cosas más que quemaban el corazón. Dios mío, no le gustaba ir y sus piernas no querían trabajar.

Los altos tallos de trigo resistían y había que derribarlos, y estaban dos pasos más cerca. Miró a ambos lados. O'Connor estaba un poco

atrás, con el arma colgada y la mochila con la caja de munición lista. Moore estaba al otro lado y, como el resto, tenía el rifle en alto, con la bayoneta calada. No podía leer sus rostros ni conocer sus pensamientos. Seguramente, debían de estar asustados, e incluso los menos religiosos se la jugarían a hacer una oración o dos. Aun así, ¿por qué debería Dios escuchar a alguien, incluido él? ¿Qué hacía que valiera la pena conservar a William Judd? «Querido Dios, si debe suceder, hazlo rápido. Un chasquido de dedos y desaparecer, sin sangrar con el cuerpo hecho trizas o en llamas como el pobre diablo de ayer. Y los ojos no, Señor, por favor. No podría vivir sin ver».

La silueta de la granja surgió de la niebla. Estaban cerca, muy cerca, y el mundo aún estaba en silencio, ya que el distante estruendo de las armas parecía pertenecer a otra realidad. Una mancha verde se precipitó hacia él y se oyó el sonido como de un hacha hundiéndose en algo pesado pero blando. Moore jadeó y cayó hacia delante. Todos los demás se tiraron de cabeza mientras las balas crujían en el aire. A través de un agujero practicado en la pared del corral, salían los destellos del cañón de una Spandau. Judd vaciló y alzó el arma preparada. Estaba a punto de disparar cuando comprendió su estupidez. Se tiró al suelo y siguió adelante, entre las gavillas de cereal. Un momento después, las cabezas de las espigas llovieron sobre él, cercenadas por las balas. No podía ver nada; no podía disparar desde allí abajo. Se obligó a arrastrarse hacia delante. Alguien gritó «Buchanan», y estalló una granada. Los hombres vitorearon. Sonó de nuevo el salvaje desgarro de la ametralladora alemana, pero nada pasó por su cabeza. Alguien gritó.

Judd se levantó y vio que una de las otras secciones había cargado y había ganado la mitad de la distancia antes de volver a agacharse. La Spandau apuntaba en esa dirección, enviando más trazadores verdes a través del trigo. Judd abrió los pies y disparó cinco tiros a la aspillera. El soldado Franklin estaba de pie, gritando algo y lanzando una granada por encima del muro. Un solo disparo y Franklin se desplomó, soltando el rifle y llevándose las manos al

pecho. Judd disparó de nuevo otra ráfaga corta. Una nube de polvo se elevó desde la pared enlucida alrededor de la aspillera.

–¡Vamos, muchachos!

Buchanan volvió a ponerse en pie. Los hombres se levantaron a su alrededor y se dirigieron hacia la pared. Apareció Holdworth, agitando su Sten por encima de la cabeza. Los hombres estaban en la pared, fuera del arco de la ametralladora alemana, que seguía disparando. Uno de los hombres que cerraba la marcha recibió tantos impactos en su cuerpo que giró sobre sí mismo antes de caer.

El tanque disparó por encima de sus cabezas, derribando parte de la granja a la izquierda mientras el trazador atravesaba la pared. Un alemán cayó por una ventana. Los disparos provenían de allí arriba. El Churchill envió otro obús al edificio y algunos escombros cayeron ruidosamente al patio. Judd corrió hacia delante, regateando hacia un lado. Había más hombres con él. Los alemanes estaban cambiando la puntería, pero los británicos estaban tan cerca que salieron de su arco de fuego. Griffiths estaba a su lado y sonrió. Había una puerta a su lado. Griffiths asintió, y Judd se acercó y la pateó con fuerza, rompiendo una de las tablas casi podridas. La puerta no se abrió. Judd logró liberarse y volvió a patear, y esta vez la hizo salir de sus goznes. Griffiths saltó y giró el Sten hacia la izquierda. Judd lo siguió. Dos alemanes estaban tendidos en el suelo, muertos o heridos. Dos más estaban con la Spandau, pero enseguida la soltaron y levantaron las manos.

–*Kamerad!* –La voz vaciló y repitió, tratando de sonar más segura–: *Kamerad!*

Judd suspiró y se relajó. Griffiths miró fijamente a los alemanes y luego hacia atrás, al lugar por donde habían venido, aunque no podía ver nada con el muro en el camino. Quizás estaba pensando en Moore y Franklin. O tal vez no. Se volvió hacia los alemanes. El Sten cobró vida y los dos hombres que se rendían se retorcieron cuando las balas impactaron en ellos. Griffiths vació el cargador, luego lo quitó y puso uno nuevo.

–Demasiado tarde, amigo –murmuró.

Buchanan y el resto atravesaron la puerta de entrada.

–Bien hecho, cabo. –Buscó por el corral. La casa grande estaba destrozada y en silencio, pero había un establo, un granero y varias dependencias más–. Holdworth, tome esta sección y limpie el granero. Griffiths, Judd, Morgan, síganme. ¡Tres secciones extendidas hacia la derecha! ¡Ya!

Todos obedecieron las órdenes, y Judd y los demás siguieron a su oficial. Los establos estaban delante de ellos: una hilera de boxes con puertas holandesas. Antes de que Buchanan pudiera lanzar una granada a uno de ellos, apareció una bandera blanca, seguida por un nervioso sargento que parecía tener unos cincuenta años. Lo seguían cuatro hombres más, todos igualmente tímidos.

–Revíselos en busca de armas, documentos o cualquier otra cosa útil. Yo lo cubriré.

–No es necesario. Soy polaco –dijo el sargento en un inglés claro pero con acento–. Todos lo somos. No queremos pelear.

–Polacos o no, ahora sois prisioneros –les dijo el canadiense.

Apareció O'Connor. Judd lo vio quitarle la pistola al sargento.

Los polacos estaban felices de hablar. Eran reclutas, poco dispuestos, pero no tenían voz ni voto en el asunto. Odiaban a los alemanes y no querían luchar contra los aliados. También pertenecían a una unidad de artillería, por lo que hasta ese día se habían sentido bastante felices dirigiendo fuego de artillería contra esos mismos aliados.

–Acompáñelos –le dijo Buchanan a Griffiths.

Judd lo vio alejarse y se preguntó si los prisioneros llegarían al batallón o no. Recordó a su amigo derribando fríamente a los dos soldados que se rendían sin más emoción que alguien aplastando una mosca. Aun así, aunque iba en contra de todo lo que les habían enseñado, Judd tuvo que hacer un esfuerzo por condenarlo. Después de todo, los alemanes habían matado hasta el último minuto, y luego esperaban vivir. No creía que hubiera hecho lo mismo que Griffiths, pero no podía estar seguro.

El bombardeo se abrió sobre Rauray. No era tan pesado como el ataque del día anterior, pero tampoco mucho más calmado. Con suerte, eso mantendría a los alemanes demasiado ocupados para bombardear o contraatacar aquella granja.

* * *

17:00 horas, cerca de Bretteville-L'Orgueilleuse, Normandía

El 165.º no se había movido y, después de revisar todos los tanques una vez más, había poco que hacer. Para sorpresa de James, algunos hombres tenían la energía para patear una pelota de fútbol. Se dio cuenta de que Keith se había unido a ellos en algún momento, lo cual fue menos sorprendente. Seguramente, tenía que hacer algo o reventaría.

James leyó la carta de Penny y se preguntó si ella era de ese tipo. No por estilo, por supuesto, porque era esquelética, mientras que Keith era grandote y rebosaba de energía muscular. Por supuesto, Penny no hablaba del proverbial y místico «eso», al menos no directamente.

Mi amado más amado, mi caballero, mi héroe: te echo de menos en cada momento de cada día, niña egoísta que soy. Quiero estar contigo, escuchar tu voz y sentir tu tacto.

Las últimas palabras estaban un poco borrosas; no estaba seguro si por el sudor o las lágrimas.

Guardo todas tus cartas bajo llave, para mantenerlas a salvo, en ese pequeño joyero que me regalaste por mi cumpleaños. Todas sin excepción, salvo una, la que sea más reciente, porque sé que la has tocado.

«Al igual que unos cuantos soldados y carteros sucios antes de que llegue a ti, muchacha», pensó James.

La sujeto para estar lo más cerca posible de ti. La llevo conmigo dondequiera que vaya y la mantengo cerca. ¿Te digo dónde? Tal vez no debería, porque me sonrojo.

«Y suelta una risita tonta, estoy seguro».

Digamos simplemente que está lo más cerca posible de mí. ¡¡¡No podría estar más cerca!!! Mi único deseo es que estuvieras lo más cerca posible. Un día, cariño, un día.

Con respecto a esto, mamá logró encontrar algo de seda blanca; probablemente, sea mejor no preguntar de dónde viene.

Antes de dedicarse a lo mundano, había un estallido más de entusiasmo.

Seda, estos días, ¿te lo puedes creer? Me encanta la seda, por su brillo y su suavidad. Tan parecida a la piel, me gusta mucho. Hay de sobra para el vestido y para..., bueno, ¡el novio debe descubrir qué más en su momento!

Después de eso fue un catálogo de noticias locales. La pasión furiosa se apagó casi por completo. Menos mal. En el estado en el que se encontraba, tener una carta como aquélla a menos de un kilómetro de distancia de Keith probablemente haría que el hombre estallara. Sí, la pasión se manifestaba en diversas formas, pero había muchas cosas parecidas entre Penny y su amigo. En comparación, sus propios deseos parecían modestos, casi mojigatos. En el fondo, Whitefield había comenzado una de sus historias más lascivas, incitado por el resto de la tripulación y algunos visitantes.

–Nunca lo creerías –explicaba el londinense a su absorto público–. Allí estaba yo en mi escalera...

Ah, era uno de sus días como limpiador de ventanas en Mayfair, antes de la guerra. James había visto suficientes casas grandiosas como para no tener ganas de trepar por el costado de ellas, pero, según las historias de Whitefield, todo había sido un juego maravilloso y obsceno con material suficiente para llenar una docena de bolos más para George Formby.[19] Eso suponiendo que algo de lo que decía pudiera pasar la censura.

–¡Oh, Dios, me aterrorizó! Había un tipo grande y gordo, completamente desnudo, aparte de sus zapatos y calcetines, y agitando un plumero. ¡Y perseguía a su mujer, aún más gorda que él, y ella no llevaba nada más que el sombrero! ¡Dios todopoderoso,

fue un espectáculo! ¡Entonces me vieron y querían que me uniera a ellos!

El público aulló con una risa casi histérica. James supuso que era una simple liberación. Blamey estaba tirado en el césped, con la cara roja.

–¿Y qué hiciste, Whitey? –preguntó alguien.

–¿Hacer? ¡Bajé por esa maldita escalera más rápido que un bombero de su poste! ¡Nunca me pagaron, pero no iba a volver allí!

–Háblanos de la joven viuda rica –pidió Thomas.

–¿Cuál?

–La rubia.

–¿Qué rubia?

Volvieron a reír a carcajadas.

James nunca sabía cuánto creer cuando escuchaba historias como ésa. Whitefield era un tipo bastante anodino, aunque no era lo que uno esperaría de un Casanova. Aun así, nunca se sabía, y James no podía evitar sospechar que una buena parte del mundo vivía vidas mucho más interesantes que la suya.

Bueno, que se divirtieran, al menos de momento. Que la mayor parte del Ejército alemán intentara matarlo era lo bastante interesante en lo que respectaba a él. El resto de la vida podía esperar, suponiendo que viviera, claro está.

James dobló la carta y la puso con las demás, preguntándose si enviarlas todas de vuelta con su equipo, almacenado en el escalón de retaguardia, o mantenerlas en el tanque. Decidió quedárselas. Varias se habían quemado con el Hector hacía casi quince días. Mejor que hubieran ardido las cartas y no él. Quizá su talismán (la prenda de amor de su dama, si ella insistía) le trajera buena fortuna. James no pensaba que ella realmente creyera en hechizos de ningún tipo ni en que la suerte pudiera controlarse de alguna manera; sin embargo, no podía hacerle ningún daño, y si el deseo y la adoración contaban para algo, entonces Penny lo estaba dando todo por él.

Guardó las cartas y metió la mano en el bolsillo. Tenía razón. La seda era casi tan suave como la piel. También era fría, como si estuviera muerta, y la sangre seca todavía estaba allí.

* * *

21:01 horas, valle del Odón

Judd estaba cansado y parecía como si el día también lo estuviera, porque las nubes se habían acumulado y oscurecía mucho antes de lo habitual. O'Connor estaba dormido en el fondo de la trinchera. El hombre parecía tener la envidiable habilidad de dormir en cualquier lugar y en cualquier momento, aunque fuera por unos minutos. Pero Judd deseó que no roncara tan alto.

La Compañía A se encontraba en un campo delimitado por grandes setos, aunque a su derecha éstos se confundían con una zona de bosque desordenada. Se suponía que ése era un sector tranquilo, y sólo habían sido atacados con mortero un par de veces durante el día. Sólo un hombre por sección estaba de guardia, en cada caso manejando la Bren de la sección. Cuando asumió el control, Judd la comprobó con gran cuidado para asegurarse de que ningún maldito tonto hubiera jugado con la suya; para su alivio, Bessie estaba tal y como la había entregado. El arma estaba frente a él, apoyada en su bípode, apuntando a los árboles.

Hubo movimiento. Judd se inclinó hacia delante y se llevó el arma al hombro. Le pareció oír moverse a otro centinela. Una cabeza apareció detrás de un árbol, con el cuerpo aún escondido entre los arbustos. El jefe llevaba un casco cubierto de red y decorado con hojas, pero todavía era inconfundiblemente un casco alemán. A su lado había una mano en alto, tal vez con una granada. Detrás venía otro alemán. Una de las otras Bren abrió fuego con su fiable repiqueteo sordo, y Judd apretó el gatillo. El primer alemán se estremeció por el impacto y cayó. El segundo se lanzó al suelo.

–¡Maldita sea! ¡Dejen de disparar a mis putos prisioneros! –La voz era estadounidense y muy familiar.

–¿Eres tú, Paul? –llamó Buchanan.

–¡Hasta Dios lo sabe!

–Entonces, por Dios, ¿cuál es la maldita contraseña?

–¡Mierda! ¡Quiero decir Ink! ¡No, Inker!

Buchanan se rio entre dientes.

–La respuesta es Man,[20] así que entra.

El teniente Kowalski era uno de los oficiales de CANLOAN. Originario de Nueva Jersey, había cruzado la frontera y se había alistado en los canadienses en 1940. Nadie estaba muy seguro de si era por un sentido de aventura o por miedo a las autoridades de su país, pero había demostrado ser un excelente soldado y era sargento en la época de Dieppe. Le fue bien allí y lo enviaron a casa (o al menos a Canadá) para su puesta en servicio. Al igual que a Buchanan, a menudo lo enviaban a patrullar.

Ahora estaba enfadado, con uno de sus tres prisioneros gravemente herido y los otros dos aterrorizados. Un hijo de Nueva Jersey sabía expresar perfectamente su mosqueo. Incluso O'Connor, despertado por el tiroteo, quedó impresionado, pero Buchanan mostró poca simpatía.

–La próxima vez haz que se quiten los cascos. Y las manos en el aire, no detrás de la cabeza.

La discusión todavía estaba en pleno apogeo cuando los Glamorgan fueron relevados por otro batallón y se les permitió retirarse.

D + 21, martes, 27 de junio 9:45 horas, un campo en Normandía

Judd estaba tumbado contra el bancal, con la Bren lista y la boca de fuego apuntando a un espacio cercano entre las ramas más bajas del seto. Estaba observando el grupo de árboles cerca de la esquina del campo. Buchanan calculó que los alemanes estaban allí: dos o quizá tres. El canadiense estaba en la hierba alta, haciendo sus cosas de último mohicano. Griffiths estaba con él, y presumiblemente estaba haciendo lo que los hombres de Rhondda hacían cuando intentaban moverse con sigilo.

Los Glamorgan habían sido retirados casi un kilómetro y medio de las líneas del frente durante la noche, relevados por otro batallón ahora que Rauray había sido capturada. Se les daría un respiro de uno o quizá dos días, lo que les permitiría ordenarse y traer reemplazos. Se rumoreaba que la brigada, y especialmente el brigadier, no estaban muy contentos con ellos. Era un hombre austero del Ulster, sin miedo, por lo que era incapaz de comprenderlo en los demás. Según todos los indicios, había disfrutado inmensamente de la Primera Guerra Mundial, y sobrevivió, a duras penas, a los amargos años de paz destinado en la frontera noroeste y en cualquier otro lugar con buenas posibilidades de que alguien lo disparara.

Los Glamorgan tenían la impresión de que nunca le habían gustado. Una historia contaba que, cuando alguien le aseguró que los galeses eran excelentes soldados, él respondió diciendo que eso era cierto, pero sólo si servían bajo el mando de oficiales blancos. Judd no tenía ni idea de si esa historia era cierta o no, aunque podía intuir que los rangos superiores del batallón se sentían maltratados. «Que se joda» era el comentario más cortés que Judd había oído sobre esto cuando cualquiera en las filas se había molestado en tomarlo en cuenta. El batallón había tenido veintiséis muertos y tres veces más heridos en su primera acción... ¿No debería ser eso suficiente para el más sanguinario de los comandantes? Aparentemente, no lo era, y el cuartel general hablaba de los

Glamorgan como cobardes, incluso poco fiables. Sentía que los oficiales y suboficiales superiores estaban descontentos.

Quizá por eso Buchanan se había enfadado tanto cuando un par de fusileros empezaron a disparar en las casas y edificios agrícolas donde el batallón se estaba instalando para pasar un día tranquilo. El grito de «¡Francotiradores!» se elevó inmediatamente, aunque nadie había resultado herido. El canadiense no estaba impresionado por la puntería enemiga, aparte de estar inquieto y decidido a hacer algo al respecto. Pidió voluntarios para ir de caza, y, para su propia sorpresa, Judd dio un paso adelante. O'Connor lo miró fijamente, como si estuviera enfadado, lo fulminó con la mirada durante un rato y finalmente avanzó también.

–¿Eres un maldito estúpido o qué? –había dicho el viejo soldado en cada oportunidad que se le presentaba desde aquel momento.

No eran muchos, porque pronto estaban acechando a los intrusos. Otro equipo de Bren, con Holdworth y algunos fusileros, estaba en el campo contiguo, esperando para cortar el paso a los alemanes si intentaban retirarse. Entre la hierba asomaba un casco, redondo, con borde y muy británico, a pesar de estar cubierto de follaje. Sonó un rifle y el casco cayó. Judd creyó ver un pequeño destello en el verdor del árbol más cercano. Dejó escapar el aliento. Antes de disparar, hubo otro chasquido fuerte, esta vez desde la hierba alta, definitivamente, un .303. Una silueta cayó de otro árbol, agitando brazos y piernas, y luego se detuvo abruptamente, suspendida de una cuerda. No era el árbol al que apuntaba Judd, y otro alemán disparó, así que apretó el gatillo y descargó cuatro balas en el lugar donde creía haber visto un destello. Empujó ligeramente el costado de la abertura con la mano para cambiar la puntería y disparó otra ráfaga corta. Un hombre con un uniforme de camuflaje cayó y se estampó contra en el suelo. Judd quedó tan sorprendido que su dedo permaneció en el gatillo. Cambió la puntería y le dio al cuerpo, vaciando el cargador. Estaba tan cerca que podía ver el cadáver temblar con cada disparo.

Se hizo un silencio, roto sólo por O'Connor disparando un cargador lleno. Los casquillos vacíos que habían salido de la parte inferior del arma rodaron por el bancal, y Judd se movió porque estaban calientes.

–¡Cuidado! Puede que no esté muerto –gritó Griffiths desde el campo.

El fusil Lee-Enfield volvió a disparar, tres tiros en rápida sucesión, como podría hacerlo alguien bueno con el antiguo SMLE. Un tercer alemán cayó de otro árbol.

–¡Son tres! –gritó Buchanan–. Pero manténganse agachados.

El canadiense apareció entre la hierba. Se arrodilló, observó, y sólo al cabo de un rato se puso de pie y se acercó a los árboles. Empujó los tres cadáveres alemanes y luego hizo una señal al resto de la patrulla.

* * *

10:38 horas, regreso a la posición del Glamorgan

Obviamente, el teniente Buchanan estaba satisfecho consigo mismo y con los soldados mientras los conducía de regreso a la zona del batallón. El sol había salido de detrás de las nubes y el aire estaba lleno de pájaros e insectos. Más arriba, podían verse los cazabombarderos y, un poco más lejos, un bombardeo. Judd no pensaba mucho en nada. El peligro había pasado y estaba abrigado y preparado para asearse, comer y tal vez leer o escribir una carta, o simplemente echarse una siesta, si tenía la oportunidad. Estaba cansado como nunca lo había estado al principio del día.

Había grupos del Glamorgan repartidos por los campos, patios y edificios. También había muchos vehículos, tanto camiones como transportes de tropas de su propio batallón, los pequeños cañones de seis libras del pelotón AT, y, más allá, en la carretera principal, la mayor parte de una batería de la Artillería Real equipada con cañones de diecisiete libras remolcados, que eran mucho más grandes, más largos y más pesados. Había esa sensación de pausa de los ejercicios. Todos estaban felices de tomarse un descanso,

porque sabían que eventualmente alguien comenzaría a acosarlos para que se apresuraran. No había mucha actividad ni mucho ruido, y los que charlaban lo hacían tranquilamente.

Al regresar con el resto del batallón, Judd tuvo la misma sensación de comodidad que se experimenta al regresar a casa después de un largo día en la oficina. Eso le habría hecho pensar hacía apenas unos días. Ahora, lo único que realmente quería era sentarse o acostarse y tomar una taza de té. O'Connor tenía esa mirada furtiva que significaba que quería escabullirse y buscar comida. Hasta el momento, Judd se había negado a acompañarlo, más por falta de energía que por otra cosa. Algunos tanques se acercaron rugiendo por el camino. No era una gran carretera. Tenía poco más que un carril, pero servía a esa pequeña comunidad que ni siquiera merecía un nombre en el mapa. Judd se alegró de que estuvieran caminando penosamente sobre la hierba húmeda de un campo, en lugar de hacerlo por la carretera, mientras las orugas de los tanques levantaban grandes columnas de agua fangosa. Uno de los miembros del pelotón AT lanzó un grito de ira a medias cuando cada tanque, por turno, roció su transporte con estiércol.

Había algo tranquilizador en el tamaño y la potencia de los tanques, media docena de ellos enormes pero bajos, con el frente y los lados del casco y la torreta en ángulo, y cañones inmensamente largos, tan grandes como los de diecisiete libras. Probablemente, eso era lo que eran. Ciertamente, no eran Churchill, y recordaba que los Sherman tenían torretas más redondas y en forma de cúpula. Cuatro tanques ya estaban muy por delante. El primero, cerca de la casa utilizada por el cuartel general del batallón; el quinto los estaba adelantando, y el sexto los seguía. Su comandante estaba erguido, con más de la mitad del torso fuera de la cúpula. Vestía un uniforme oscuro, casi negro, muy adecuado para cualquiera que pasara mucho tiempo en vehículos, y en lugar de la boina llevaba una gorra baja con visera.

Buchanan se detuvo en seco a la cabeza de la fila de soldados. El sexto tanque estaba casi a su altura, a no más de veinte metros de distancia en el camino. Era de un color extraño, arenoso con franjas

extendidas de verde intenso y marrón oxidado por todas partes, y una pulcra cruz negra fileteada en blanco cerca de la parte delantera del casco.

–¡Mierda! –gritó Buchanan.

* * *

10:41 horas, a unos cientos de metros de distancia

Mark tuvo un breve descanso, y estaba tratando de escribir una carta a casa, sentado en una caja vacía que alguna vez había contenido bombas de mortero de dos pulgadas. Sintió que le debía una a la familia, aunque fuera simplemente para asegurarles que todavía seguía vivo. Sin embargo, después de las banalidades convencionales y las garantías de que no había que preocuparse, no supo qué decir. Supuso que debía incluir alguna mención de los combates. Su padre siempre se había deleitado con las descripciones de metralla, bombardeos y heroísmo, y sin duda se consideraba forjado en el molde heroico, aunque privado de su oportunidad de gloria, porque deberes apremiantes lo habían mantenido en casa durante la última contienda. ¿Tal vez una modesta charla sobre sangre y agallas haría que el viejo le mostrara un poco de respeto? Al recordarlo, Mark se estremeció ante los recuerdos. Hubo horror y culpa por haber matado a Dalton, y luego asombro ante lo que había hecho, arremetiendo como un loco. Entonces no lo había sentido como valor, y tampoco lo sentía ahora. Sólo eran cosas que habían sucedido.

Mark temía no poder afrontar la situación la próxima vez. Dejar caer el Sten y hacer que esa maldita cosa se disparara y matara lo había dejado vacío. Si el mayor Jackson no hubiera aparecido y le hubiera gritado que avanzara, Mark sospechaba que se habría rendido. Tal vez se habría vuelto loco y habría aullado al cielo. Después de eso, ya no pensó ni sintió gran cosa. Simplemente, lo hacía todo mecánicamente. Es cierto que había culpa, cómo podía no haberla, pero Mark no creía que hubiera intentado enmendarse haciendo que lo mataran. No había querido morir, y tampoco quería morir ahora.

El camión del rancho para oficiales se había salido del camino principal y entraba en el campo en dirección al cuartel general. Era difícil decir si algo de su generosidad llegaría a meros subalternos como él. Por un momento, se atascó en el barro, con las ruedas traseras agitándose y lanzando salpicaduras. Después de una lucha, y de algunos estímulos obscenos por parte de hombres que no estaban dispuestos a ofrecerse como voluntarios para empujar, los neumáticos quedaron libres. Entonces el camión explotó y el tanque de gasolina se encendió con un gran estruendo. Incluso a esa distancia el calor de las llamas era salvaje.

Mark se lanzó al suelo, esperando que llegaran más proyectiles. No podía oír ninguno, pero sí el sonido de grandes motores cerca. Al lado del carril estaba la batería de la RA. Repentinamente, sus hombres cobraron vida como un hormiguero sacudido con un palo y corrieron hacia los grandes cañones colocados en los dos camiones. Las balas levantaban chorros de barro y agua y destrozaban cuerpos, haciéndolos girar y caer.

Detrás del camión en llamas apareció la boca de un arma. Brilló, y las llamas salieron disparadas hacia delante y hacia los lados desde el freno de boca, emitiendo un crujido asombroso. Uno de los camiones de artillería cayó de costado, estrujado y humeando. Las ametralladoras volvieron a chirriar y las trazadoras de color amarillo verdoso hicieron trizas a los artilleros. Después del larguísimo cañón venía un tanque grande, con la placa frontal del casco en un ángulo pronunciado. Se detuvo y masacró metódicamente a los artilleros. Otro enorme tanque depredador entró en el campo, a la derecha del primero.

Mark tenía la cabeza descubierta y se apretaba el cráneo con las manos, como si así pudiera protegerlo. El tanque líder disparó su arma principal. Luego el segundo hizo lo mismo, y el alcance era tan corto que el chasquido de la descarga y la explosión de los proyectiles fueron casi instantáneos. Cuatro artilleros habían levantado las orugas de un cañón de diecisiete libras del gancho de remolque y luchaban por arrastrarlo para enfrentarse al enemigo, cuando el obús los arrojó por el aire, con los cuerpos destrozados.

Otros estaban recogiendo munición de un camión cuando fue alcanzado, y los proyectiles estallaron un instante después, disparando llamas. Sin embargo, los artilleros no se dieron por vencidos. Intentaron poner sus armas en acción, a pesar de que era una carrera que no podían ganar. Mark observó, demasiado aterrorizado para moverse, cómo los tanques castigaban la batería con fuego y luego avanzaban para acabar con ellos. Un tanque pasó por encima de uno de los grandes cañones antitanque y un hombre herido gritó por un momento mientras las grandes orugas pasaban también sobre sus piernas. Los artilleros fueron abatidos, muertos o heridos, y no dispararon un solo tiro.

Había caos por todas partes. Otros grandes tanques merodeaban por la posición. Transportistas, camiones y *jeeps* volaron por los aires, quedando aplastados o acribillados a balazos. El calor y el hedor a gasolina y caucho quemado estaban por todas partes. Sólo unos pocos de los que estaban a la vista habían escapado, alejados por los más ingeniosos o escondidos de la vista detrás de los árboles o de los restos de los destrozos. Mark se apretó contra el suelo y trató de hacerse lo más pequeño posible.

* * *

10:50 horas, cerca del camino

En diez minutos, los seis tanques Panther habían sembrado la ruina, la destrucción y la muerte a lo largo del camino y en los campos a ambos lados. Sin embargo, no había sido un ataque propiamente dicho, o, si lo había sido, entonces los alemanes habían cometido un error, porque no estaban preparados adecuadamente y no había infantería para seguir a los Panzer y acabar con la resistencia.

Cualquier cosa lo suficientemente grande como para ser visible a través de las rendijas de visión de uno de los tanques era inmediatamente atacada con explosivos potentes y balas de ametralladora. Lo mismo ocurría con cualquiera lo suficientemente audaz como para ser visto. Los seis tanques se habían desplegado causando caos, pero sin un objetivo claro más allá de la destrucción. La batería de la RA había desaparecido; las armas y los vehículos

estaban destruidos, y los artilleros supervivientes, escondidos fuera de la vista. Los Glamorgan también se escondían, pero, a medida que pasaban los minutos, la conmoción del repentino ataque comenzaba a desvanecerse.

–¡Ahora! –gritó Buchanan, dirigiéndose a Judd y O'Connor.

Judd levantó la Bren y la dejó encima del muro bajo. Había un Panther a no más de cincuenta metros de distancia, en ángulo con respecto a ellos, y la torreta giraba lentamente en busca de nuevas presas. La ametralladora le golpeó el hombro cuando apretó el gatillo, ya que no la había equilibrado correctamente. Los disparos volaron por encima de la torreta. La escotilla estaba abierta, pero no podían ver la cabeza del comandante y querían que la mantuvieran así. Judd se agachó y cambió de posición la culata del arma para que encajara correctamente en su hombro. La siguiente ráfaga arrojó algunas chispas a la cúpula. Siguió disparando y las balas cayeron a pocos centímetros una de otra.

Buchanan estaba más adelante, detrás de un tractor medio cubierto con una lona. Usó su rifle y apuntó al mismo lugar que Judd. Griffith se arrastró a su lado, lejos del tractor, con un PIAT en brazos. Bajó la única pata y levantó la mira. Se oyó un crujido sordo, casi suave, cuando la bomba voló tambaleándose por el aire. Golpeó el frente del Panther y pasó volando para explotar sin causar daño.

–¡Madre de Dios! –siseó O'Connor mientras cambiaba el cargador.

La torreta del tanque había girado y el equipo de Bren se lanzó justo antes de que la ametralladora coaxial barriera la parte superior de la pared. Judd avanzaba arrastrándose frenéticamente. Esperaba que O'Connor estuviera siguiéndolo o yendo en dirección contraria, pero entonces, con un gran rugido, el mundo explotó a su alrededor, y trozos de piedra y tierra volaron por todas partes, medio enterrándolos.

* * *

10:59 horas, al otro lado del camino

Mark se irguió un poco para poder ver fuera de la zanja, pero se agachó inmediatamente, arañando la tierra con los dedos, por si esto pudiera acercarlo más a la pared de la acequia. Había un Panther a sólo veinte metros delante de ellos, de costado, pero con el arma apuntando en su dirección. No hubo fuego de represalia. Thomas se arrastró por la zanja hacia él, llevando una caja de bombas PIAT. Sin nada que las disparara, equivalían a trastos viejos.

–Tengo granadas, señor –dijo Evans con entusiasmo.

–No están suficientemente cerca –le contestó Mark–. Todavía no.

Intentó parecer más seguro de lo que se sentía. La mayor parte del batallón debía de estar escondido, tal y como estaban ellos, repartidos por los edificios y los campos. Algunos contraatacaban, porque se oían disparos y de vez en cuando el ruido de un PIAT. Hasta el momento, no parecía haber ninguna diferencia, y los tanques alemanes traqueteaban, disparando a voluntad, pero eran como elefantes que intentaran atrapar torpemente a docenas de gatos.

Mark, junto con media docena de hombres de su pelotón y algunos otros extraviados, se mantuvo agachado en aquella zanja que bordeaba uno de los campos principales y conducía a acequias más profundas, a ambos lados del camino principal. También estaba embarrado y en el fondo había unos treinta centímetros de agua, pero era suficiente para ocultarlos.

–¡Por ahí! –dijo Mark, señalando hacia el camino.

Más vehículos de Glamorgan estaban estacionados allí. Tal vez pudieran encontrar más hombres, más equipo y alguien que supiera qué diablos estaba pasando. Fueron lo más rápido que pudieron, resbalando y cayendo al agua fangosa. Se oyó un nuevo sonido, el estallido de los disparos de alta velocidad, menos fuerte que el de los grandes cañones de los tanques, lo cual añadió una nota nueva al fuego de las ametralladoras y a las detonaciones de municiones en los vehículos en llamas. El arma más ligera disparó de nuevo; luego, otra similar, y Mark vio una bala avanzar por el camino como una mancha oscura. Una lluvia de balas de ametralladora respondió

al desafío, y el marcador verde brillante se elevó en el aire. Estaban cerca de la carretera, y las orugas y las grandes ruedas redondas de un Panther llenaron la vista de Mark mientras pasaba sorprendentemente rápido. Por encima de él, el tanque parecía inmensamente enorme.

El Panzer disparó con un ruido espantoso, y luego pareció balancearse sobre sus ancas. Se abrió una escotilla redonda en la parte trasera de la torreta, y un hombre con uniforme negro cayó a medias sobre la cubierta trasera del tanque. Otro hombre salió de la escotilla principal seguido de un tercero. Sus ropas estaban chamuscadas. Mark levantó su pistola y quitó el seguro. Antes de que pudiera disparar, un Sten parloteó junto a su oreja, casi ensordeciéndolo. Thomas estaba a medio camino del bancal. Sus primeros disparos derribaron al hombre, le dieron por la espalda. Desde algún lugar, una Bren abrió fuego contra los otros dos.

–¡Vamos! –gritó Mark, aunque todavía le zumbaban los oídos y no sabía si hablaba en voz alta o para sus adentros.

La zanja se unía a la que había al lado del camino. Delante del Panther en llamas había un cañón de seis libras, y a su alrededor, cuatro hombres yacían muertos o heridos. No había ningún transporte, lo que significaba que debieron de haberlo empujado hasta allí para enfrentarse a los tanques. Más atrás, a unos setenta metros aproximadamente, había otro cañón antitanque, esta vez parcialmente detrás de una pared de ladrillos al otro lado del camino. Disparó y la bala atravesó el aire al pasar. Se oyó el estruendo y el estrépito de otro Panzer, que disparó el proyectil demasiado alto y partió un árbol en dos, a cierta distancia detrás del cañón.

Mark los condujo hacia la izquierda, por el lado opuesto de la carretera, pero más cerca del cañón. Miró por encima del hombro. El otro Panther se había detenido. Un proyectil de seis libras golpeó el glacis delantero del casco, rayando la pintura antes de volar hacia un lado. El fuego de ametralladora levantó polvo de la pared de

ladrillos. Un artillero se alejó tambaleándose, con el rostro ensangrentado.

Estaban casi a la altura del cañón cuando el Panther disparó su largo cañón de 75 mm. Nuevamente, el disparo fue largo, pero más cercano, y esta vez había disparado AP. El disparo sólido alcanzó a un artillero a la altura de la cintura, partiéndolo en dos y lanzando su torso hacia arriba. El tanque alemán avanzó, el conductor redujo la velocidad y se desplazó hacia la derecha, tal vez queriendo convertirse en un objetivo más difícil. Las ametralladoras del casco y de la torreta seguían disparando, y los proyectiles impactaban alrededor del cañón, de modo que columnas de polvo de ladrillo rojo flotaban sobre él. Otro chasquido y el cañón de seis libras disparó, emitiendo un chillido agudo cuando golpeó el frente del casco y rebotó.

–¡Así hay que hacerlo! –gritaba alguien–. ¡Déjeme ayudar!

Mark reconoció la voz del coronel, y nunca antes lo había oído tan animado.

Con un gruñido, el Panther avanzó de nuevo, y Mark pensó que estaba girando hacia la derecha, hasta que se dio cuenta de que el costado del camino estaba cediendo y el gran tanque se deslizaba hacia un lado, directamente hacia la zanja. El motor aceleró y chirrió en señal de protesta, pero el Panzer siguió avanzando, inclinándose casi hacia un lado, y la oruga derecha dando vueltas y vueltas en el aire.

–¡Ja, ja! –El teniente coronel Davis gritaba como un colegial cuyo equipo estuviera ganando.

Desde ese lado, Mark y sus hombres sólo podían ver la parte inferior del tanque y dejaron que otros se encargaran de la tripulación. Mark subió por el bancal y cruzó corriendo la carretera hacia el cañón. Sólo quedaba uno del equipo adecuado. El capataz estaba sentado en su silla a la izquierda y Davis tenía un proyectil en la mano, listo para cargar.

–¿Podemos ayudar, señor? –preguntó Mark.

–¿Hay algún artillero con usted?

–Yo lo era, señor –espetó Thomas, antes de que Mark pudiera preguntar.

–¡Entonces échenos una mano y atrapemos a otro de esos cabritos! Pero necesitamos proyectiles. –Le dedicó una sonrisa a Mark–. Le agradecería que pudiera traerme algunos. Allí donde están no sirven de nada. –Señaló con la cabeza una hilera de vehículos en llamas estacionados a cien metros de distancia.

–Debería haber proyectiles preparados en los remolques –dijo el soldado de primera–. Allá atrás, en alguna parte.

–¡Pivote a la derecha! ¡Pivote a la derecha! –gritó Thomas mientras hacía señas.

Otro Panther husmeaba en los campos de donde habían venido y giró temblorosamente en dirección a ellos. Mark cogió una oruga con la ayuda de Evans. Otros soldados aferraron la otra y la levantaron, girando el cañón para enfrentarse a esa nueva amenaza.

–Jodidamente maravilloso. ¡Ahora, muévanse, muchachos, muévanse! ¡No podemos hervir a ese cabrón sin munición! ¡Así que corran! –les gritó Davis, para que lo oyeran por encima de todo el ruido.

–¡Vamos, señor! –Fue Evans quien lo instó a seguir, golpeando ligeramente a Mark en el hombro.

Corrieron y, mientras lo hacían, oyeron el chasquido del cañón de seis libras como un látigo al disparar.

–¡Maldición! ¡Maldita vergüenza! –gritó el coronel, alentándolos–. No importa, será el siguiente.

El humo negro y denso de los vehículos destrozados y en llamas llenaba el campo. Las ráfagas de armas pequeñas se dispararon desde el interior de la parte trasera de un camión, dando vueltas, de forma impredecible y alarmantemente cerca. Mark se alejó, pero la esbelta figura de Evans continuó con brío.

–¡Aquí, señor! ¡Un transporte!

Algo hizo que Mark se volviera antes de seguir al muchacho. El cañón de seis libras disparó de nuevo, rozando el costado de la torreta del Panzer. Momentos después, las balas de ametralladora castigaban a la tripulación del cañón. Vio a Davis tambaleándose, a Thomas agarrándose la garganta con las manos y la plataforma del cañón desplomada hacia delante, con un brazo sobre el escudo bajo. Un disparo de obús explotó encima del cañón y la explosión arrojó a los hombres a un lado como muñecos de trapo.

–¡Oh, Dios mío! –dijo Mark, jadeando.

* * *

11:05 horas, de vuelta al campo

Griffiths no falló esta vez. La bomba del PIAT voló, engañosamente lenta en el aire, y golpeó la parte trasera del casco del tanque, justo debajo de una de las cajas de almacenamiento, dejando un agujero brillante en el metal.

–Péguele de nuevo –le dijo Buchanan, poniendo la bomba en la bandeja.

–El muy jodido no se ha amartillado –gruñó Griffiths.

Se suponía que el gran resorte que lanzaba la bomba utilizaba la presión de un disparo para enrollarse hacia atrás y mantenerse listo para disparar nuevamente. No siempre funcionaba. Griffiths rodó sobre su espalda, impulsando el artilugio con forma de tubería hacia abajo para poder usar sus pies para empujar, ya que el resorte era poderoso. El PIAT parecía como si hubiera sido diseñado y fabricado en el garaje trasero de alguien con accesorios de baño. Sin embargo, funcionaba si podías acercarte lo suficiente, y la prueba de ello llegó cuando llamas anaranjadas surgieron de las rejillas de ventilación en la parte trasera del Panther. El tanque que había matado a Davis comenzó a arder y los tripulantes se esparcieron, con la ropa humeando, pero con las manos en alto tan pronto como pudieron.

–Dispara a esos cabrones –siseó O'Connor, pero Judd no le hizo caso.

El teniente Buchanan estaba de pie, apuntando con el rifle, pero gritándoles que se agacharan.

–Vigílenlos, muchachos.

–Son unos putos SS, señor –dijo alguien.

–Son nuestros prisioneros –afirmó el teniente, sin ninguna emoción.

–Déjalo, Frankie –se dijo Griffiths a sí mismo, renunciando a intentar amartillar el PIAT.

Cinco de los Panthers habían sido noqueados: uno por el cañón, otro por conducir hacia la zanja, y el resto, desgastados por un golpe tras otro de los PIAT. A cientos de metros de distancia, el sexto aceleró por el camino y se alejó de ellos. Nadie a pie iba a alcanzarlo pronto.

–Escóltelos –le dijo Buchanan a Griffiths. Y sonrió–. Se ha ganado un descanso. Los demás, adelante. Hagamos una redada del resto de esos cabrones.

Judd respiró hondo, cogió la Bren y lo siguió. Se preguntó por Griffiths. Su viejo colega había escoltado a los prisioneros de regreso ilesos el día anterior, a pesar de sus temores y de haber matado a tiros a los dos que intentaron rendirse.

* * *

15:45 horas, Cheux

Seguramente, Cheux había sido un lugar pequeño y bonito hasta hacía apenas unos días, pero cuando el 165.º RAC intentó atravesarlo se encontró con una ruina. A casi ninguna de las casas le quedaban tejas, y la mayoría ni siquiera tenía techo. Eran cascarones, algunos aún con huellas de haber sido un hogar: cuadros en las paredes dañadas, muebles volcados y camas cubiertas de polvo en habitaciones que no tenían más que la mitad del suelo.

Whitefield y Thompson tenían las escotillas abiertas y, para variar, Collins había salido de su pequeña celda de artillero y estaba detrás

de la torreta. De repente, se rio lo bastante fuerte como para que se le oyera por encima del motor. James se volvió, desconcertado. Collins no podía hablar, sólo señaló uno de los edificios en ruinas, al que le faltaba un lado por completo, de modo que parecía una casa de muñecas para niños, aunque diseñada por un loco. Finalmente, Collins se recuperó y se inclinó hacia delante para asegurarse de que James pudiera oírlo.

–Me recuerda a cuando los alemanes bombardearon Bristol por primera vez. Mi madre estaba allí, por trabajo, y la casa en la que se hospedaba quedó arrasada. Fuimos a ayudarla con las pocas pertenencias que le habían quedado. Recuerda el bombardeo, ¿no, señor?

James asintió.

–Bueno, era así, sólo que entonces era una novedad. Una casa arrasada, el resto, en buen estado, o una calle desaparecida, y la siguiente intacta. De todos modos, caminamos con mi madre hasta la estación, y a medio camino ella se detuvo y se quedó mirando durante mucho mucho tiempo, una casa así, abierta por un lado. «¿Qué pasa, mamá?», preguntamos. «¿Conocías a esa gente?». Y ella siguió sin decir nada antes de negar con la cabeza. «No», dijo. «No los conocía. Nunca he estado aquí antes. Pero no me gustan esas cortinas». Eso fue todo. ¡La casa entera volada en un montón de mierda, las calles en llamas, y ella fijándose en las putas cortinas!

–¡Mujeres, ¿eh?! –dijo James, incapaz de pensar otra cosa.

–¿Qué es eso? –intervino Whitefield por el intercomunicador–. No he visto ninguna. ¿Qué me he perdido?

James volvió a contar la historia no muy bien, pero Collins no quería volver a entrar todavía, a pesar de los chorros de agua que salpicaban el tanque. En primer lugar, los escombros habían obstruido los desagües que Cheux había tenido. Los tanques, las semiorugas y los camiones muy cargados habían revuelto las carreteras, y la lluvia de la noche anterior había dejado grandes charcos en casi todas partes. La mayoría de las veces se detenían, esperando que la columna que los precedía siguiera adelante. Por lo

que todos sabían, no eran los alemanes los que retrasaban el paso, sino el tráfico. Aun así, al menos seguían adelante. El coronel Leyne les había dicho esa mañana que los peces gordos estaban animados. El día anterior no estuvieron satisfechos con el progreso, pero ese día habían logrado algún avance, o al menos lo habían olfateado, por lo que los tanques iban a explotarlo. Avanzar, cruzar el río Odón, luego girar hacia el sureste, muy por detrás de Caen, y cruzar el Orne hacia el este de la ciudad, rodeándola por completo. Ése era el gran plan. El plan inmediato, el que realmente importaba, era avanzar y estar listos para partir una vez que la infantería hubiera abierto un hueco.

Eso era más fácil decirlo que hacerlo. Las carreteras de aquella parte de Normandía discurrían entre Caen y las grandes ciudades, especialmente Bayeux, u otras más pequeñas como Villers-Bocage. No iban por el camino que los británicos querían: hacia el sur y luego hacia el sureste. Después de toda la lluvia, había aún menos posibilidades de que el transporte sobre ruedas pudiera ir por algún otro camino que no fuera la carretera, y no era mucho más fácil para los tanques, debido a los pequeños campos y los setos. Todo el mundo tenía que utilizar las carreteras y nadie podía ir directamente a donde quería ir. Además, los preparativos de artillería para los ataques del día anterior y de ese día habían arrasado pueblos y carreteras. En el campo, eso implicaba unos cuantos cráteres grandes en las carreteras y los caminos, y árboles derribados que era necesario mover. En los pueblos, como Cheux, significaba escombros, inundaciones y más cráteres.

Doblaron una esquina, y el Sherman que iba delante de ellos se hundió repentinamente, con el agua surgiendo sobre él como si fuera un destructor atravesando el Atlántico en un noticiero. Debió de haber descendido un buen metro y medio antes de comenzar a ascender de nuevo, por un enorme agujero dejado por un proyectil, muy probablemente disparado por la armada. Avanzaba lentamente. Las orugas luchaban por agarrarse al costado del cráter porque el agua y el paso de tantos tanques lo habían convertido en un tobogán.

–¡Malditos cabrones! –gritó Whitefield, sumergiéndose en el tanque y cerrando la escotilla tras él–. No se olvide del conductor, señor.

Thomson también desapareció.

–¿Quiere entrar? –le preguntó James a Collins.

–Podría ser prudente, señor.

James le dijo a Whitefield que esperara mientras salía para dejar entrar a Collins, y luego volvió a entrar. El otro Sherman, el Baker Tres de Bell, ya se había levantado y había salido, y ellos lo siguieron. James supuso que sólo debían de enviar tanques por esa ruta y el resto debía utilizar una vía lateral, suponiendo que la hubiera. Nada más lo lograría, e incluso un gran camión se inundaría. Estaban justo atravesando el cráter inundado, con todas las escotillas cerradas, cuando Baker Tres, delante de ellos, de repente disparó su cañón de 75 mm. El obús pasó rozando otro tanque que estaba delante y se estrelló contra un edificio.

–Lo siento... Quiero decir, aquí Baker Tres Baker: hemos tenido un accidente.

Las ondas se ahogaron por la ira desenfrenada. Finalmente, Bell explicó que un proyectil suelto en el suelo de la torreta había rodado hasta el botón de disparo con fuerza suficiente para empujarlo hacia abajo.

–Que les den una maldita Cruz de Hierro –sugirió alguien. La estación no se identificó, pero James sospechó que era el sargento Rawson.

El tanque frente a Bell también era un Firefly.

–Baker Dos Charlie a Baker Tres Baker, si este camino fuera más ancho, me adelantaría y lo herviría yo mismo.

–Lo siento –se disculpó Bell nuevamente.

–¿Sabe?, esta guerra se está volviendo muy peligrosa –dijo Blamey.

* * *

18:25 horas, valle del Odón

La tropa de reconocimiento no había tenido un buen día. Habían salido bien temprano y cerca del mediodía se detuvieron para descansar, comer y preparar té. Un tanque alemán, algunos decían que era un Tiger, aunque nadie lo vio con claridad, los divisó a ochocientos metros de distancia, donde todavía había un terreno elevado en manos alemanas. Les envió un proyectil, si no de 88 mm, algo casi tan rápido y letal. Dos de los tanques livianos Stuart estaban aparcados uno al lado del otro y el proyectil los atravesó a los dos, prendiendo fuego a ambos. Un sargento que dormía en su asiento era la única persona a bordo, y debió de morir instantáneamente. El alemán, sin duda satisfecho, no volvió a disparar.

Un par de horas más tarde, estaban de nuevo en movimiento, e iban bien hasta que un tanque o un cañón antitanque, de nuevo nadie lo vio, lanzó un proyectil que atravesó el delgado blindaje del tanque líder. Uno de los tripulantes murió, dos más resultaron heridos, y el tanque no se quemó y permaneció allí, en un tramo de la carretera donde el camino estaba a la vista a doscientos metros. Los alemanes estaban a un par de kilómetros de distancia, lo que significaba que con velocidad y suerte otros vehículos podrían pasar ilesos por el lugar. El resto del batallón de reconocimiento ya lo había hecho, al igual que casi la mitad del regimiento. Ahora le tocaba el turno al Escuadrón B, y, hasta el momento, todo iba bien. Los alemanes habían disparado algunos tiros y siempre habían fallado. Afortunadamente, el camino era lo suficientemente ancho como para pasar junto al accidente sin tener que reducir la velocidad. Aun así, los alemanes estaban adquiriendo mucha práctica y la ley de las estadísticas estaba de su lado.

Pasaron de uno en uno, para que, en caso de que alguno se detuviera o fuera alcanzado, así atraparan a menos tanques. Bell todavía lideraba al Pelotón Tres, y cuando se acercaba al Stuart abandonado una bala perforadora se estrelló contra los restos del vehículo, haciéndolo temblar. Aun así, no se incendió, a pesar de que

se abrió un gran agujero alrededor del motor. El insignificante cañón de 37 mm apuntaba al cielo.

–¿Listo? –preguntó James.

–Sí. Ahora sé cómo se siente un pato en un campo de tiro –dijo Blamey.

–No sé nada de patos –comenzó a decir Whitefield mientras ponía en marcha el tanque–, pero me vendría bien un... –Dejó la frase en puntos suspensivos, concentrado en la conducción. Volvió a abrir la escotilla, a pesar del riesgo–. Ave María, llena eres de gracia –añadió entre dientes.

El Sherman corría, y James, con la cabeza fuera, podía sentir el viento y le preocupaba que fueran demasiado rápido para pasar los restos del vehículo sin chocar. Whitefield lo puso a toda marcha, haciéndolo temblar y provocando un coro de insultos y protestas. Los dos cascos chocaron entre sí, pero Hector II no disminuyó la velocidad. Los alemanes dispararon de nuevo, pero una vez más alcanzaron al Stuart, y el Sherman corrió hacia la protección de los árboles que estaban más adelante.

James exhaló.

–Creo que he envejecido cinco años –dijo.

Collins se rio entre dientes.

–Otros diez y tendrá que afeitarse, jefe.

–Sí –convino Blamey–. Siga al pie de la letra al de Londres y todos seremos viejos antes de tiempo.

El sargento Martin salió al aire.

–Baker Tres Charlie a Baker Tres, creo que hay un desvío. Debería mantenernos fuera de la vista. Cambio.

–Negativo, Tres Charlie. No hay tiempo y el suelo de los campos es demasiado blando. Espere a que pase Tres Able y luego sígalo.

–Lo siento, Baker Tres, ya estoy en el campo.

James giró la cabeza y vislumbró la forma de un Sherman de largo cañón a la izquierda de la carretera, antes de desaparecer detrás de

la cresta. Mientras tanto, el sargento Dove rugió a través de la brecha y el tanque líder del Pelotón Tres se acercaba. James no podía quedarse ahí y crear un atasco.

–Baker Tres Charlie a Baker Tres, lo siento, pero nos hemos estancado. Cambio.

«¡Maldito tipo!», pensó James.

–Baker Tres a Baker, permiso para salir de la carretera e intentar sacar a Tres Charlie.

–Negativo, Baker Tres. Déjelo para el cuerpo de ingenieros. –El mayor Scott parecía resignado y James podía imaginar su expresión, una mezcla de frustración e impaciencia–. Baker Tres Charlie: espere en posición y póngase al día tan pronto como pueda. Lo necesitaremos. Fuera.

Scott había regresado con la cara cubierta de tiritas, como si se hubiera afeitado en la oscuridad, pero decidido a volver al deber. Muchos otros habrían permanecido en el hospital durante semanas, pero el mayor no.

–Baker Tres Charlie a Baker, recibido. Fuera.

«Y a la mierda tú también», quería decir James. En cambio, siguió adelante.

–Conductor, avance.

* * *

19:45 horas, junto al río Odón

Los Argyll habían tomado un puente.

–Bueno, los putos Campbell robarían cualquier cosa –dijo el capitán Fraser, del Escuadrón A, cuando el coronel dio la noticia.

–Sin duda –dijo Leyne, con una sonrisa, pero impaciente. Su conductor había logrado fallar al cruzar una alcantarilla sobre un arroyo, de modo que el Sherman del oficial al mando se encontraba ahora en medio del lecho del río, esperando a que lo remolcaran. El coronel Leyne estaba de regreso en un Stuart, como en sus días del desierto, y estaba impaciente–. Lo que significa es que hemos

llegado al río. Con suerte encontrarán uno o dos puentes más, pero, incluso si no lo hacen, estamos en camino. Si miran sus mapas, verán que pronto el terreno se vuelve más abierto hacia el sur. Espléndido reino de tanques. Así que hacia allí vamos. Primero, al sureste. –Siguió la línea de las carreteras, inevitablemente una ruta irregular a contrapelo del territorio–. El siguiente punto clave es aquí, el terreno elevado en la colina 112, luego alrededor de Caen y hasta Orne. Así que pongámonos en marcha.

Lo hicieron tan rápido como el tráfico y las carreteras lo permitieron, y a partir de ese momento sólo bombardeos ocasionales les recordaron que los alemanes estaban ahí fuera. El sargento Martin no reapareció. El hombre podía luchar, como había demostrado en el punto 103. Simplemente, no quería correr ningún riesgo, y eso ponía en peligro al resto de la tropa. En cierto modo, era una preocupación menos no tenerlo con ellos. Sin embargo, James sospechaba que en el tanque Charlie iban a necesitar ese cañón de diecisiete libras.

D + 22, miércoles, 28 de junio 3:30 horas, al norte de la Colina 112, Normandía

James estaba cansado y sabía que eso era sólo el comienzo. Había visto a Keith brevemente en el Grupo O de la mañana e incluso él había estado luchando por no bostezar. Tan cerca del pleno verano las noches seguían siendo muy cortas. Habían esperado hasta que oscureciera antes de retroceder un poco y concentrar el regimiento en el campamento de tanques, porque de lo contrario sería pedir que el enemigo los detectara y bombardeara. James y el Pelotón Tres fueron algunos de los últimos en llegar, guiados por las vías del tren que discurrían frente a la posición elegida. Ya habían pasado las 23.00 horas y se había desatado una lluvia torrencial cuando todos se instalaron, y era casi medianoche cuando el Escalón A apareció con sus camiones y trajo combustible, municiones y comida.

–Me dijeron que mantuviera la iglesia a mi izquierda mientras pasaba por Chou –explicaba el cabo Wilkins a su viejo amigo Collins. James supuso que el hombre de Somerset se refería a Cheux–. Sólo

que no se veía ninguna maldita iglesia por ningún lado. Casi atropellé a un policía militar en la oscuridad.

–Fue demasiado rápido para ti, ¿verdad? –preguntó Whitefield–. No importa, la próxima vez... ¿Dónde está esa puta gasolina?

Podía ser que los más afortunados hubiesen dormido dos horas cuando todo el trabajo estuvo terminado. James apenas logró pasar una hora descansando, y tuvieron que despertarlo cuando se convocó la conferencia de oficiales. Así como no podían correr el riesgo de ser vistos concentrándose durante la noche, también necesitaban dispersarse antes de que saliera el sol si no querían ser alcanzados por los cañones alemanes. Dos escuadrones debían avanzar, con el pueblo de Baron a la derecha hasta donde el terreno comenzaba a inclinarse hacia la zona elevada de la colina 112. La colina en sí recibió el nombre en clave de CONDESA.

El Escuadrón B avanzó en la oscuridad, formando una línea aproximada en la mejor cobertura que pudieron junto a Baron. Los informes sugerían que el lugar había quedado casi tan destrozado como Cheux, pero la infantería estaba allí, vigilando el flanco y la retaguardia. Las cosas no iban tan bien en el flanco izquierdo, que todavía estaba en el aire y probablemente lleno de alemanes furiosos, y más adelante sólo había alemanes, aunque aún estaba por ver cuántos. El coronel Leyne les había advertido de que el enemigo seguramente vería la amenaza y enviaría refuerzos al lugar. Y esto se añadiría a las tres divisiones Panzer de primera línea que ya habían encontrado. Por tanto, al menos cinco más estaban en camino. No era un pensamiento reconfortante.

La lluvia amainó y luego se desvaneció mientras James y su tripulación esperaban en posición. Pronto el cielo se volvió gris en lugar de negro.

–«Cuando las golondrinas regresen a Capistrano...» –canturreó Thomson, suavemente. Quizá lo ayudaba a mantenerse despierto–. «Ése es el día que prometiste volver a mí».

* * *

5:30 horas, frente a la colina 112

–Baker a todas las estaciones Baker, prepárense para avanzar detrás de los tanques Ítem. –Tres de los Stuart restantes del cuerpo de reconocimiento debían guiarlos mientras se acercaban a la colina–. Baker Tres lidera, lo sigue Dos, cuartel general, luego Cuatro, luego Uno. El Escuadrón Charlie en posición para cubrirnos.

–Aquí vamos, jodidos –murmuró Blamey–. Lo siento, jefe, quise decir: «¡Vamos otra vez contra esos bestiales hunos!».

–Gracias, cargador, es bueno ver entusiasmo. Tome, tenga una medalla.

–Gracias.

Hubo rezongos del resto.

–Corrupción capitalista –les dijo Whitefield.

Fueron guiados hacia la derecha, zigzagueando por las calles destrozadas de Baron, buscando protección entre las ruinas. Había algunos árboles fuera del pueblo que ofrecían un poco más de abrigo; luego, el terreno abierto a ambos lados del ferrocarril, antes de girar a la izquierda, sumergiéndose en un hueco y siguiendo la pendiente. James no podía ver mucho, a pesar de que el día prometía ser brillante, pero al menos eso tendría que significar que nadie debía de verlos.

El coronel tenía razón: aquél era un terreno mucho más abierto, con amplios campos de trigo y cebada maduros. Ese cambio parecía haberse producido casi de la noche a la mañana, porque, en lugar de verdes, los cultivos eran claramente amarillos. James calculó que en un día o dos serían mares de oro. Delante de ellos, el terreno elevado no parecía muy impresionante, sólo una suave elevación que un excursionista o incluso un ciclista apenas notaría. Sin embargo, era un ascenso largo, lo cual significaría que tendrían las piernas cansadas antes de llegar a la cima. El camino que lo subía era casi perfectamente recto, lo que hizo que James se preguntara si lo habían hecho los romanos. No le habría sorprendido. Normandía parecía vieja, como gran parte de Gran Bretaña.

El escuadrón se desplegó formando una línea irregular antes de que el terreno comenzara a ascender. Esperaron y observaron, y un poco más tarde comenzaron a avanzar. James tenía al sargento Dove a la izquierda y al cabo Bell a la derecha, y había unos cincuenta metros entre ellos. Su propio tanque estaba en el hueco, aproximadamente a la misma distancia. Martin aún no había reaparecido, por lo que se quedaron clavados con sólo tres tanques. Se movería un pelotón a la vez, mientras los demás le brindaban apoyo cercano.

* * *

7:05 horas, colina 112

–Baker a Sunray, hemos alcanzado a la condesa –informó el mayor Scott.

–¿Alguna vez alcanzaste a una condesa, Whitey? –preguntó Thomson.

–No sé si a una condesa –dijo Whitefield–, pero hubo una duquesa y un par de damas que no eran demasiado finas. Podría contar algunas historias...

James estuvo tentado de hacerlos callar, pero sospechaba que el silencio sería peor. Avanzaban lentamente y con cuidado. Hasta el momento se habían producido algunos disparos a lo lejos. El Pelotón Uno de Tony Lightfoot se había quedado con un tanque fuera de combate por una oruga rota. También afirmaban que habían destruido un avispón, aunque a esa distancia seguramente era muy difícil saberlo. El fuego había venido del suroeste, no de la colina misma, y allí arriba todo estaba en silencio. Podría significar que casi no había nadie o simplemente que los cañones estaban dispuestos y esperando hasta que los Sherman se acercaran.

El avance metódico continuó. Algunos proyectiles volaron y cayeron entre los tanques a su izquierda. Nadie informó de ningún daño. James y el Pelotón Tres corrieron hacia delante doscientos metros y luego se detuvieron, listos para cubrir a los demás. Los artilleros alemanes centraban su atención en las tropas de apoyo, que estaban cuesta abajo. Las ondas crepitaron. Alguien intentó

hablar, pero no pudo pronunciar las palabras. Se hizo silencio por un momento.

–Sugar Uno, necesito un robador de inmediato. –Era el distintivo de llamada del cuartel general del regimiento.

–¿Qué es un «robador»? –preguntó Blamey.

–¡Oh, maldita sea, querido! –le dijo Thomson–. ¿No lo sabes? Es el RAMC, el cuerpo médico... Significa que quieren un semioruga de la Cruz Roja para ayudar a algún pobre desgraciado.

–«R» de «robador», «r» de «RAMC» –explicó Whitefield–. Como en «Robar a mis camaradas».

–A todas las estaciones, Sunray está herido.

–¡Oh, Dios, el coronel, no! –exclamó Whitefield, con sorprendente amargura.

–Espero que no esté mal –añadió Collins.

James supuso que el fuego de artillería había caído alrededor del cuartel general, tal vez cuando el coronel Leyne y otros estaban fuera de sus tanques, planificando. La tripulación guardaba silencio, algo poco común en ellos, y nadie parecía estar de humor para bromear.

–Entonces, conductor, cuéntenos algo sobre esa duquesa –dijo James después de un rato–. ¿Había un plumero en juego?

–No –dijo Whitefield, tardíamente.

–¿Saben?, creo que estamos corrompiendo al pobre muchacho –les dijo Collins–. Era puro como la nieve antes de conocernos, especialmente a ti, Cockney.

–El chico tiene que aprender, ¿no? No quiero que decepcione a su mujer cuando se casen.

James no recordaba haberles contado nada sobre su compromiso; los soldados, y especialmente los tripulantes de los tanques, tenían el don de enterarse de todo.

–Bueno, no voy a llevarme un plumero a mi luna de miel, se lo aseguro.

–¡Qué cosas dice! Decadente, eso es lo que es –dijo Thomson.

–El típico chico de colegio de pago –añadió Blamey.

–Si puedo decir una palabra –interrumpió Whitefield– y contar mi historia como me pidió el buen oficial..., no, no era un penacho de plumas para la duquesa. A la duquesa le gustaba la fusta, como las que llevan la mitad de los oficiales.

–Siempre se necesita algo que blandir –les aseguró James–. Mostrarle al viejo tanque quién manda.

–¿Estás llamando tanque viejo a tu chica? –preguntó Collins.

–¿Me dejaréis terminar...? –dijo Whitefield, con fingido enojo–. Sois una panda de niños. Ahora la duquesa me dice: «Mi hombre...».

–Baker a Baker Tres, repito, avance. Cambio.

James no había estado prestando la debida atención.

–Disculpas, Baker. Baker Tres a Tres Able y Baker, avancen al nivel de la señal de tráfico.

* * *

9:00 horas, falda de la colina 112

El Pelotón Dos de Keith Taylor había perdido su primer tanque, que ardía alegremente a su derecha. El Pelotón Uno de Tony Lightfoot había perdido dos, de los cuales sólo uno se había quemado, aunque afortunadamente después de que toda la tripulación hubiera escapado. Los disparos procedían de algún lugar en la cima de la colina. El mapa de James mostraba un huerto con una distintiva forma de diamante. Desde allí parecía simplemente el mayor de varios grupos de árboles. También había algunas paredes bajas pero suficientes para ayudar a ocultar un cañón antitanque o un tanque atrincherados. James no lograba localizar al enemigo, ni nadie más en el Escuadrón B, y el avance se había detenido porque cualquier tanque que avanzara se convertía inmediatamente en un objetivo. La radio le dijo que el Escuadrón C estaba atacando objetivos a una

distancia de entre tres y cinco kilómetros, y que ninguno de los bandos causaba demasiado daño.

El regimiento envió hacia arriba un pelotón de artillería con cañones de diecisiete libras montados en torretas abiertas. Se los conocía como M10 o Aquiles, por usar algo un poco más fácil de recordar que la designación estadounidense, y se basaban en el casco de un Sherman, pero con un blindaje más ligero para mantener el peso bajo. Los artilleros intentaron encontrar objetivos y dispararon unas cuantas ráfagas hacia donde suponían que podría estar el enemigo. James observó los grandes destellos cuando las armas disparaban y recordó su tiempo en el Firefly, lo que a su vez le recordó la continuada ausencia del sargento Martin.

El fuego alemán no disminuyó y, a medida que los proyectiles se acercaban, la artillería retrocedió cuesta abajo para ponerse a cubierto. James no podía culparlos. El Aquiles no estaba diseñado para liderar el avance y, a pesar de su fragilidad, el Sherman estaba mejor preparado para ese papel. Para no ser derrotada, la artillería de campaña tomó el control y un oficial de observación comenzó a concertar una serie de ataques contra el huerto y otros objetivos. Mientras caían los proyectiles, los alemanes dejaban de disparar. Tan pronto como los artilleros terminaban, el fuego se reanudaba. Un tanque del Pelotón Uno recibió un disparo sólido que destrozó una de las orugas y quedó varado hasta que la tripulación pudiera repararlo o alguien viniera a remolcarlo.

En lo alto, los cazabombarderos de la RAF volaban en círculos como aves de presa que revolotean en las corrientes térmicas. Nadie podía hablar con ellos directamente, pero estaban esperando para atacar tan pronto como encontraran un objetivo. El oficial de artillería tenía cañones de campaña cargados con proyectiles de humo rojo y atacó las posiciones enemigas sospechosas. Una ronda salió corta, cayó y burbujeó en medio del cuartel general del Escuadrón B.

–¡Oh, mierda! –Se oyó la voz de Scott en el aire–. Quiero decir, Baker a todas las estaciones Baker, saquen un poco de humo

amarillo. Fuera.

–¿Tienes la granada? –le preguntó James a Blamey.

Cogió la bomba de humo, sacó el pasador y levantó la mano para tirarla a un lado, para que no oscureciera demasiado la vista. Comenzó a arder, quemándole los dedos, y la dejó caer dentro de la torre. Un humo amarillo lo envolvió, seguido de una avalancha de quejas y juramentos violentos. Tosiendo, se agachó, incapaz de ver bien.

–¿Dónde está esa puta cosa? –jadeó.

–Que me jodan si lo sé –respondió una voz, probablemente la de Blamey.

Había humo amarillo brillante surgiendo por todas partes a su alrededor, saliendo de la escotilla de la torreta y de las dos escotillas delanteras, porque Whitefield y Thomson habían saltado, temiendo que el tanque hubiera sido alcanzado y estuviera a punto de explotar. Alguien puso el bote de la bomba en las manos de James, que se levantó de nuevo y lo arrojó.

Whitefield y Thomson lo miraron fijamente y luego se partieron de risa.

–Alto Mandarín a cargo –ambos se inclinaron–, los honorables soldados Pequeño Auxilio y Culo Grande envían honorables saludos al jefe del Ejército chino.

James tenía un mal sabor químico en la boca que sólo empeoró cuando se lamió los labios.

–¡Oh, Dios! –Blamey levantó la cabeza, jadeando por respirar.

La boina, la piel y la guerrera estaban amarillas, y James se dio cuenta de que su aspecto era igual de malo o peor. El humo tardó un poco en disiparse. Ningún alemán les disparó, lo que significaba que estaban fuera de la vista, que las nubes de humo confundían al enemigo o que, contrariamente a todos los rumores, los alemanes realmente tenían sentido del humor.

James y su tripulación oyeron, más que vieron, a un par de cazabombarderos Typhoon caer en picado y disparar ráfagas de cohetes contra el humo rojo del huerto, pero los pilotos no podían ver ningún objetivo claro, por lo que pronto se dieron por vencidos. Unos minutos más tarde, un proyectil perforador dio en el blanco en un semioruga más abajo de la pendiente. Se detuvo, con el motor hecho trizas.

–Baker a Baker Tres, si ya ha terminado de hacer el tonto, avance hasta el cruce. Fuera.

–Bueno, al menos no dijo chop chop –reconoció Whitefield.

Siguieron más allá, con la calzada romana recta a la izquierda. Más adelante la cruzaba otro camino más pequeño, y junto a él había un pequeño santuario, un Calvario cuidadosamente tallado y pintado de colores brillantes. Le recordó a James que ya no estaba en Gran Bretaña, aunque presumiblemente esas cosas habían sido comunes en la Edad Media.

A medida que avanzaban, su vista mejoró radicalmente. El terreno elevado tenía una cima bastante plana, y aunque no parecía mucho desde la distancia, era una maravilla hasta qué punto podía ver en todas direcciones. Había un seto bajo y una mata de álamos bordeando la carretera lateral. Tenían al Pelotón Tres detenido detrás de ellos. Poco a poco, el resto del escuadrón se fue acercando. El Escuadrón C también avanzaba, y la compañía motorizada de infantería salía de sus semiorugas y portaaviones, y se preparaba para asaltar el huerto. El Hector II se estremeció cuando algo se estrelló contra su costado derecho, muy abajo, y el motor se paró. El corazón de James latía con fuerza y estaba a punto de saltar antes de que estallara el fuego, pero se detuvo. No hubo fuego. Habían sido alcanzados, pero el proyectil no había penetrado. Se levantó un poco.

–Han golpeado una rueda. La han roto, por lo que puedo inferir.

–Echaré un vistazo, jefe –dijo Whitefield. Abrió la escotilla y salió antes de que James pudiera decir nada.

–Artillero, pivote a la derecha. –James no podía ver nada, pero supuso que de allí había venido el disparo.

El sargento Dove disparó, y el gran cañón de 75 mm retumbó, pero era difícil decir si la acción se había basado en un avistamiento o en un mero optimismo.

–Creo que funcionará –gritó Whitefield–. De todos modos, le ha dado lo suficientemente atrás como para que sea más fácil llevarla al taller.

–Baker Tres a Baker, voy a retirar mi tanque para repararlo.

James quería tenerlos mejor cubiertos antes de hacerse cargo de otro tanque. Luego, por el rabillo del ojo vio un Firefly que subía la pendiente hacia ellos. El hijo pródigo había regresado.

–Baker Tres a Tres Charlie, deténgase en posición.

Whitefield dio marcha atrás y, aparte de algunos chirridos más y una marcha desigual, el Sherman se movió de buena gana. Los llevó junto al Firefly. James le dijo a Martin que se hiciera cargo de su tanque y lo llevara a un lugar seguro. El sargento lo miró con expresión resentida. James se sorprendió, había pensado que el hombre querría cualquier excusa para quitarse del camino.

–Prefiero quedarme con mi tripulación, señor.

–Necesito que lleve mi tanque a un lugar seguro y que lo repare tan pronto como pueda.

–Señor. –Martin salió de la torreta algo rígido y saltó al otro tanque–. Los alemanes están muy animados, ¿verdad?

–Un poco. Buena suerte –dijo James, y saltó al Firefly.

Mientras regresaba con Dove y Bell, el Sherman herido se giró y descendió inestablemente colina abajo.

* * *

10:50 horas, colina 112

La infantería de la Brigada de Fusileros había tomado el huerto, ayudada por un bombardeo de la artillería de campaña y fuego de

apoyo de la 165.ª. El Escuadrón B fue enviado hacia delante, a su derecha, para ayudarlos a mantener la posición.

–Conductor, vaya poco a poco –dijo James–. Tranquilo, tranquilo. Alto.

El Firefly se detuvo bruscamente. Desde la escotilla abierta tenía una magnífica vista de la cima de la amplia colina y mucho más allá. Los manuales de entrenamiento enseñaban que la mejor posición para un tanque era con el casco hacia abajo, lo que significaba que hacia el frente sólo debía ser visible la torreta. Entonces el tanque podría atacar al enemigo con su armamento principal, ofreciendo al mismo tiempo el objetivo más pequeño posible para devolver el fuego. Casco abajo significaba que estaba oculto, lo cual era sencillo cuando había una cresta fácilmente definida, o el talud de un seto de boscaje, o una pared de tamaño adecuado. El terreno elevado alrededor de la colina 112 se curvaba sólo suavemente, y eso hacía muy difícil saber qué sería capaz de ver un artillero enemigo distante y qué no. Dove y Bell detuvieron sus Sherman a ambos lados, aproximadamente al mismo nivel, lo que sugería que su criterio era el mismo.

–Tres Baker a Baker Tres, veo rastros de polvo, a las diez en punto, unos quinientos o seiscientos metros más allá.

–Los veo, Tres Baker.

James se humedeció los labios. Los productos químicos de la bomba de humo se los habían dejado aún más secos de lo habitual.

–Artillero, pivote a la izquierda, adelante. Algo se mueve allí. Cargue AP.

–Ya lo he hecho, señor.

Delante de las estelas de polvo, tres tanques avanzaban rodando entre la hierba alta. Tenían placas redondas alrededor de las torretas y dos tenían grandes placas laterales cuadradas a cada lado del casco. El otro debió de haberlas perdido, porque el casco era visible. Eran Mark IV y trataban de llegar al huerto desde el flanco.

–Artillero, apunte al tanque más cercano. Alcance de quinientos cincuenta metros. Dispare cuando esté listo.

James parpadeó antes de que el salvaje destello saliera disparado de la boca del cañón y el tanque se balanceara hacia atrás con el retroceso. Tanto Dove como Bell estaban disparando, al igual que el Pelotón Dos de Keith, a la derecha. Por el momento, el resto del escuadrón no podía ver al enemigo. El Panzer que iba en cabeza casi pareció tambalearse, tumbándose hacia un lado cuando varios disparos dieron en el blanco. La torreta empezó a girar hacia ellos, hasta que otro disparo la alcanzó. Salió humo negro de las tapas del motor mientras la tripulación saltaba. El siguiente tanque fue alcanzado y se desprendió un gran trozo de la placa de la torreta, que voló por los aires. Empezó a dar marcha atrás. El tercero ya se había marchado, tal vez golpeado, pero seguía avanzando y desapareció detrás del pliegue por el que había aparecido. El otro también desapareció, dejando un rastro de humo. A la derecha de James, uno de los Sherman del Pelotón Dos explotó y la torreta voló alto en el aire antes de caer. Otro se estremeció cuando lo golpearon y comenzó a arder, y la tripulación se escondió entre la hierba alta.

–Baker Dos a todas las estaciones, he perdido al resto del pelotón. Pienso que el fulano que nos dio está allí, a la una en punto, a dos mil metros. Me acoplo.

James escaneó la dirección con sus binoculares. Le pareció ver un destello.

–Artillero, pivote a la derecha. Alcance de dos mil metros, a mitad de camino a lo largo de esa línea de árboles. Eso es todo. Adelante. Baker, Tres Able y Charlie, observen mi disparo.

–¡Dios mío, me han dado! –anunció Keith con lo que sonó como una leve sorpresa–. Me echo atrás.

–¡Fuego! –gritó James, y sólo entonces se dio cuenta de que estaba gritando y cerró los ojos justo a tiempo. El arma grande tronó y el disparo cortó el aire. Los de diecisiete libras eran poderosos, pero había oído que su precisión disminuía a distancias

tan largas. Aun así, si impactaba, todavía era un gran proyectil que iba muy rápido y le arruinaría el día a cualquiera.

Un disparo sólido atravesó el aire entre su tanque y el de Bell.

–Conductor, marcha atrás. Tres Able y Baker, marcha atrás treinta metros.

El Sherman del cabo Bell recibió un golpe tan fuerte que tembló, y James pensó que lo habían hervido. Había humo y polvo por todas partes, pero, cuando se disipó, el tanque todavía estaba funcionando. Por alguna extraña casualidad, el proyectil había impactado en el tubo del cañón, partiéndolo en dos y dejando fragmentos irregulares al final de un muñón cortado.

–¿Están bien, Tres Baker?

–Un dolor de cabeza de mil demonios –respondió Bell–. Y Pearson está inconsciente. –Era su artillero–. Todo lo demás sigue funcionando.

–Vuelva, Tres Baker. Aquí ya no sirve de nada.

* * *

14:00 horas, colina 112

Más de la mitad del Escuadrón B había desaparecido, incapacitado o tan dañado que tuvieron que abandonarlo o retirarse. Los escuadrones A y C no corrieron mejor suerte. El terreno abierto que el coronel Leyne había previsto que era bueno para los tanques también incluía a los tanques alemanes con sus cañones más grandes. Era difícil saber cuántos había, pero el número parecía haber aumentado a lo largo del día, y también había cañones de 88 mm en alguna parte. La cima de la colina era una trampa. Cualquiera de ambos lados que avanzara demasiado se hacía visible y pronto quedaba noqueado o, si tenía suerte, retrocedía con el rabo entre las piernas. El truco consistía en avanzar lo más que se pudiera en un tanque, luego sobrepasar la cresta difícil de distinguir, atacar al enemigo y después alejarse antes de que tus amigos te vieran. Pasaron horas haciendo esto, escondiéndose en el humo, acurrucándose detrás de los escombros, logrando algunos éxitos

claros y muchos más que requerían el ojo de la fe para ser juzgados como tales.

Mientras tanto, la artillería británica buscaba las posiciones alemanas ocultas y los cañones alemanes intentaban limpiar la colina de su enemigo. La brigada de fusileros del huerto se llevó la peor parte, pues fue atacada una y otra vez. Algunos de los proyectiles eran grandes, y otros, enormes, provenientes de los morteros de múltiples cañones, cuyos proyectiles propulsados por cohetes gemían, casi sollozaban, cuando entraban. Una y otra vez, James sintió que el Firefly se balanceaba por las explosiones. De algún modo, él y el sargento Dove seguían intactos en su Sherman, a pesar de unos cuantos errores de blanco casi accidentales. Era como el punto 103 en algunos aspectos, pero mucho peor, porque ningún lugar parecía ser verdaderamente seguro durante un período prolongado.

Un tercio del regimiento estaba fuera de combate, y los que quedaban tenían poca munición para los grandes cañones. Las ametralladoras no servían de mucho, ni siquiera para apuntar, a ese tipo de distancias.

–Sunray a todas las estaciones, vamos a ser relevados. Los RTR[21] se acercan para hacerse cargo.

–¡Gracias a Dios! –exclamó alguien, sin darse cuenta de que estaban transmitiendo.

–¡Amén! –dijo otra voz.

–Sunray a todos, observen el procedimiento de radiotransmisión correcto.

El mayor Scott estaba ahora al mando del regimiento, porque el segundo comandante había muerto en la misma explosión que hirió al coronel. Fue agradable escuchar su voz, aunque le recordó a James que era el único oficial del Escuadrón B que todavía estaba en un tanque. Tony Lightfoot había sido herido cuando le hirvieron el tanque, y no estaba seguro de lo que le había pasado a Keith después de que se retirara, o a ese nuevo compañero en el Pelotón

Cuatro cuyo nombre no recordaba. El Pelotón Cuatro estaba compuesto exclusivamente por reemplazos, lo que parecía una tontería. Era mejor tener un toque de experiencia.

–Baker Tres a todas las estaciones Baker, falta poco. Manténgase alerta.

¡Santo Dios! Sonaba trillado. Todos los demás comandantes eran suboficiales mayores que él en años y mucho más en sabiduría.

–Baker Uno Able a Baker Tres, puedo ver un par de avispones al frente, a mi derecha. Me vendría bien una mano.

–En camino, Uno Able. Baker Tres a Tres Able: usted entra por la derecha de Uno Able, y yo entraré por su izquierda. Hágalo rápido, entre y luego regrese. Cambio.

–Recibido. Fuera.

–Cargador, ¿cuántas rondas nos quedan?

–Quince perforadores y un par de obuses.

James apenas recordaba haber disparado tantos en las últimas horas.

–¿AP en la recámara?

–Sí, señor.

El Firefly cobró vida con un rugido, levantando una lluvia de barro mientras giraba. Era un riesgo ir tan rápido, porque el movimiento llamaba la atención, pero Uno Able estaba más abajo y la pendiente podría ocultarlos. Llegaron al lado del Sherman del Pelotón Uno.

–Conductor, alto. Artillero, pivote a la derecha. Alcance de seiscientos metros, eso es todo.

Había tres Panzer Mark IV, uno detrás del otro, y probablemente pensaban que habían encontrado una ruta cubierta alrededor del flanco británico. No podía ver sus orugas, sólo las pantallas laterales y las torretas, pero parecían estar subiendo muy lentamente.

–Baker Tres a Uno Able: coja el del medio. Tres Baker, coja el que va a la cabeza. Me quedo con el de atrás. Dispare a mi orden.

Ambos se dieron por enterados.

–Artillero, sígalo mientras se mueve.

«Espera», se dijo James, «espera». El Panzer que iba en cabeza era más fácil de ver ahora, por lo que había acertado en cuanto a la forma del terreno.

–¡Fuego! –No fue limpio. Fueron tres disparos a la vez, pero llegaron en rápida sucesión.

–¡Mierda!

El Firefly había fallado y el artillero no estaba contento. El Mark IV que iba en cabeza giró hacia la izquierda. El segundo iba demasiado rápido y estuvo a punto de chocar contra la parte de atrás del líder. Luego el segundo explotó, las escotillas se abrieron y las llamas brotaron de ellas. El tercero se detuvo y la torreta empezó a girar. James calculó que las torretas alemanas eran mucho más lentas de pivotar que las del Sherman y que era bueno tener algo contra esos cabrones.

–¡Sí! –El artillero lanzó un grito triunfal mientras disparaba un proyectil que penetró directamente en el interior de la torreta, a través de la endeble pantalla lateral que la rodeaba.

–Uno más por si acaso –dijo James–. Conductor, prepárese para sacarnos de aquí. Dé una vuelta completa cuando se lo diga y luego ponga el pie en el acelerador.

El tanque alemán restante, el que iba en cabeza, intentó salir de la emboscada. Los otros dos Sherman lo golpearon casi en el mismo lugar y se detuvo. Un tripulante camuflado salió saltando de la torreta. El Firefly remató el tanque más rezagado y le prendió fuego.

–¡Bien, conductor! ¡Vamos, vamos! –James se dio cuenta de que gritaba por la emoción–. Baker Tres a Tres Able y Uno Able, bien hecho. Retrocedan antes de que los alcancen.

Los tres Sherman bloquearon una oruga para girar lo más rápido que pudieran. El manual decía que había que mantener la armadura frontal, la más gruesa y la mejor, hacia el enemigo, para que fuera mejor retroceder cuando hubiera una amenaza. A los cañones

alemanes no les preocupaba demasiado dónde impactaran en un Sherman, y James consideró que la velocidad era una mejor opción. Un proyectil sólido abrió un surco en la tierra a su izquierda, pero un fallo seguía siendo un fallo. Todos se escaparon.

Media hora más tarde, los restos del Escuadrón B se retiraron cuando el nuevo regimiento tomó el control.

D + 23, jueves, 29 de junio 12:00 horas, al norte de Rauray

Los Glamorgan estaban volviendo a una posición de avanzada. El mayor Probert había ocupado brevemente el mando tras la muerte de Davis, pero había llegado un nuevo coronel, un guardia muy alto y bastante delgado llamado Dorking-Jones. Nadie estaba muy seguro de qué pensar de él, aunque los galeses decían que un compatriota no podía ser del todo malo.

–A menos que sea del norte de Gales, por supuesto. –Mark reconoció la voz de Evans y la risa de aprobación de un grupo de chicos de Valleys que estaban cerca.

–Os aseguro que hará que nos maten a todos. –Era la voz de Peterson, que acababa de ser nombrado soldado de primera. Era del oeste de Gales, por lo que inevitablemente se le consideraba extraño–. Lo hará, ya veréis. Los guardias son demasiado valientes para su propio bien. Mi padre estaba en la Guardia Escocesa en la última partida.

–¿Escoceses?

–Sí, bueno, tenía una bicicleta.

–Y vivió lo suficiente para engendrarte, por lo que no lo mataron.

–Sí, el viejo señor Peterson está a gusto en Carmarthen, o en la mierda de cerdo o comoquiera que llamen a ese lugar, y se está peleando con tu madre.

Mark se preguntó si sería necesario intervenir. A veces, las cosas podían salirse de madre. Afortunadamente, el espíritu esencialmente benévolo del soldado británico apareció.

–Probablemente, hizo su guerra fuera del palacio, presentando armas.

–Consiguió la orden MCD a la cortesía y disciplina.

–¿Por qué? ¿Por vigilar el palacio? Jodidamente exorbitante.

–Entonces, era tan valiente como feo. Lástima que no se haya dedicado más a los placeres solitarios. Nos habríamos ahorrado escucharte.

–¡Que os den! –les dijo Peterson, poniendo fin al debate.

Los Glamorgan no tenían que moverse antes de las 22.00 horas para la marcha inicial y luego relevar al otro batallón al amparo de la oscuridad. Les daba tiempo para prepararse, para absorber los otros reemplazos que habían quedado fuera de la batalla al comienzo, y para que las compañías de apoyo y el cuartel general ordenaran todos los vehículos de reemplazo.

El brigadier estaba contento, lo cual era bastante raro. Incluso se había dignado elogiar a los Glamorgan. Todos parecían muy impresionados por la historia de la repentina aparición de los Panther entre ellos, y por el hecho de que no hubieran entrado en pánico y finalmente noquearan a cinco de seis. Mark no estaba muy seguro de no haber entrado en pánico. El caos repentino ciertamente lo había aterrorizado, y pasó un tiempo antes de que fuera capaz de hacer algo. Aun así, por el momento parecía que su augusto líder ya no los consideraba inestables. Se habló de una medalla póstuma para Davis, que era lo menos que merecía. Mark esperaba que el rumor fuera cierto porque necesitaba buenas noticias.

Habían llegado cartas, dos de ellas de su madre. El silencio de Anne ya no era sorprendente ni demasiado inquietante. En la primera carta (la costumbre de su madre de poner un número en el sobre era muy útil) había muchas noticias nimias de la casa. Leyó las páginas sin prestar mucha atención. Poco de eso le parecía próximo o real, estando sentado en un campo en Normandía. Era como intentar leer a Dickens cuando estabas demasiado cansado para prestar atención o preocuparte demasiado. La segunda carta tenía noticias de Anne.

Anne Saunders estuvo en casa de permiso durante el fin de semana y trajo a su prometido para poder presumir. Parece un buen chico, y nada descarado, como se suele esperar de los estadounidenses. Su nombre es Charles Montagu III y es capitán en su Fuerza Aérea. Parecen muy felices juntos, así que le transmití tus mejores deseos. Sé que siempre has adorado a Anne y que ella fue

buena contigo cuando eras más joven, pues te llevaba de excursión cuando yo estaba ocupada.

Mark suspiró. «¡Malditos yanquis! Sobrepagados, sobrealimentados, sobresexuados y sobre nosotros. Cabrones. Cabrones ricos y ostentosos». Había oído los chistes: «Ella usa las nuevas bragas Servicio Público. ¡Un yanqui, y se las quita!». Arrugó las páginas de la carta hasta formar una bola y la tiró como un niño petulante. ¿Cómo podía hacerle eso? Sabía que era un poco más joven, pero ella no encontraría a ninguno más devoto. Y no era tan mal parecido. Volvíamos al pobre Mark Crawford, bastante bueno, pero no lo suficiente como para ganar el premio. Apostaba a que ese fulano ni siquiera era piloto. Sólo un tipo de escritorio con todo el tiempo del mundo para hacer perder la cabeza a chicas inocentes, sobornándolas con chocolate y medias de nailon. ¡Bastardo!

No es que Anne fuera tan inocente, y menos ahora. Siempre había sido inteligente, probablemente la persona más inteligente que conocía, y eso incluía a Jimmy Taylor y Bill Judd. Siempre parecía haberlo leído todo, y si alguien mencionaba un libro o una idea, tenía opiniones, y, por lo general, mucho mejor razonadas que las de los demás. Incluso Judd apenas se defendía con ella cuando se trataba de debates. Anne siempre había tenido la expresión divertida de alguien que había radiografiado el mundo y entendía el chiste que había detrás. Entrar en la Marina había ampliado aún más su perspectiva. La historia de su primer permiso había corrido como la pólvora por el barrio y por media ciudad. Muy recatada y discreta con un vestido en lugar de su uniforme, y toda la familia vestida con sus mejores galas dominicales para el almuerzo, pero no había logrado atraer la atención de su padre, por lo que soltó un: «¡Te he dicho que me pasaras la puta sal, gilipollas!». No sabía lo que significaban las palabras, simplemente las había aprendido de las otras chicas. Al menos eso era lo que todos decían. Mark pensó que con Anne nunca se podía estar seguro.

Suspiró y empezó a reír. No había estado allí, pero la escena estaba grabada vivamente en su mente. La conmoción, la indignación, las hermanas menores preguntando qué significaba

«gilipollas»... Anne había capeado todo aquello con su gracia habitual. Quizás ella era demasiado para él. Sería como desear casarse con una estrella de cine. «Bueno, buena suerte para ti, Charlie Montagu, porque tendrás las manos ocupadas con esto. Eso no significa que me caigas bien, cabrón».

Al no tener nada vital que hacer y no estar de humor para escribir una respuesta, Mark se dirigió al comedor de campaña, un regalo del nuevo coronel que era un reemplazo para el camión comedor. Como no había ningún vehículo del Ejército disponible, de alguna manera, Dorking-Jones había conseguido un autobús alemán capturado, presumiblemente reclutado a la fuerza en Inglaterra o requisado en Francia. Estaba pintado del color arena habitual de los hunos, verde y marrón, pero ahora tenía un gran círculo rojo, blanco y azul en el techo con la esperanza de disuadir a los pilotos aliados de dispararle. En el interior había muchos asientos, dispuestos en filas. Algunos hombres estaban allí charlando, otros leían periódicos en medio de una nube de humo de tabaco.

Mark se animó y buscó entre los periódicos que ya habían descartado. El más reciente era de un par de días atrás y contaba mucho sobre lo que estaba sucediendo en Normandía, mucho más de lo que sabían, suponiendo que la prensa realmente supiera de qué estaba hablando. A los yanquis les iba bien y habían tomado Cherburgo. Bien por ellos, incluso si hubieran traído a cabrones como Montagu en el contingente. Sin embargo, por lo que parecía, algunos parlamentarios y periódicos criticaban a Montgomery por demorarse. Mark no se molestó en seguir leyendo. «Dejemos que los cabrones vengan y lo prueben ellos mismos, si están impacientes». Después encontró algunos ejemplares del *Daily Mirror*. En una de las viñetas, podía verse algo de la parte superior de las medias de Jane cuando ésta se caía tratando de poner en marcha el motor de una camioneta con una manivela; por lo demás, la rubia tenía el control total de su ropa. ¡Malditas mujeres! Simplemente, no se podía confiar en ellas.

* * *

16:55 horas, al noroeste de la colina 112

El Escuadrón B volvió a tener una fuerza de nueve tanques y, sorprendentemente, James todavía era el comandante en funciones. Había organizado dos pelotones de cuatro, con el sargento mayor Robertson a cargo de uno y Keith Turner al frente del otro, mientras él estaba de regreso en el Hector II reparado, ya que el mayor Scott se había llevado el suyo con él.

La mañana había sido tranquila, sin que fuera interrumpida por los bombardeos, no porque estuvieran fuera de alcance, sino porque el enemigo tenía muchos otros objetivos a los que bombardear. Por lo que decían, había sido bastante infernal para los tanques y especialmente para la Brigada de Fusileros en la colina. Otro regimiento de tanques había avanzado por la derecha, tratando de aliviar la presión junto a la cresta cercana al punto 113. El estallido de los proyectiles y los distantes chasquidos de los cañones de los tanques fueron casi constantes durante toda la mañana. James descubrió que apenas lo notaba. No estaban involucrados, estaban bastante seguros y le resultó sorprendentemente fácil relajarse.

Hubo media hora conmovedora cuando el capellán de la Brigada de Fusileros celebró un funeral para cinco hombres que murieron cuando su semioruga fue alcanzado por el fuego enemigo. Nadie dijo ni ordenó nada, pero casi todos los del 165.º, que no estaban obligados a hacer nada, se acercaron formando filas en silencio. Cantaron *Abide with me* y escucharon las palabras del servicio y las oraciones, y un corneta tocando el *Last Post*. Fue muy inglés, muy tranquilo y profundamente sentido. Antes de ingresar en el Ejército, James a menudo había pensado profundamente sobre la vida, la muerte y Dios. Toda esa seria discusión parecía irrelevante en ese momento. Lo que sentía era una emoción profunda y no necesitaba definirla; de hecho, intentar hacerlo sería antinatural, casi ofensivo.

Tres horas más tarde volvieron a la acción, atravesando los escombros de Baron y más allá para desplegarse en las afueras de Gavrus, otro pequeño lugar en ruinas por la guerra. Había infantería atrincherada en los jardines y entre las casas destrozadas, pero

estaban sufriendo cada vez más presión por parte de los alemanes apoyados por tanques. El mayor Scott había esbozado la situación en un apresurado grupo operativo. El avance había llegado a la colina 112, pero la resistencia se había intensificado tanto que no podía verlos yendo a ninguna otra parte. Nadie podía mantener la cima de la colina, porque estar allí significaba convertirse en blanco de cada cañón dentro de su alcance. Eso era cierto tanto para los alemanes como para ellos. Todo indicaba que las nuevas divisiones Panzer informadas por los Servicios de Inteligencia estaban entrando en línea. Lo más probable era que fuese suficiente para detenerlos, y tal vez también para llevar a cabo una gran contraofensiva dirigida al mar. Si a los hunos se les daba la oportunidad de organizarse. En ese momento, el 165.º, con los demás regimientos, se encontraba al frente de un largo corredor que se adentraba en las líneas alemanas. Estaban amenazados desde el frente y desde ambos flancos. Aguantaban y seguirían aguantando, y, cuanto más pudieran centrar la atención de los alemanes en detener ese avance, menos posibilidades tendría el viejo Fritz de alinear sus Panzer y cargar hacia la costa.

Ése era el panorama general, o probablemente parte del panorama general, y todo estaba muy bien, pero, en lo que a James concernía, su guerra se reducía a los campos, setos y bosques al sur de Gavrus. Los campos eran más pequeños y menos abiertos a miradas hostiles que el terreno en la colina 112 y sus alrededores, aunque tan pequeños como el verdadero boscaje que habían visto. Lo único que significaba eso realmente era que la amenaza era diferente y que había más posibilidades de que un enemigo se acercara antes de que lo descubrieran.

–Baker a Baker Uno, empuje hacia el seto de la derecha. Nosotros lo cubriremos. Cambio.

–Baker Uno a Baker, recibido. Fuera.

El sargento mayor Robertson nunca desperdiciaba palabras. James observó cómo el pelotón *ad hoc* maniobraba, con cuidado, dos tanques estacionarios y listos para disparar mientras los otros dos se

movían, superando los casi cuatrocientos metros que los separaban de la línea del seto. Una vez que estuvieron todos en posición, con las armas apuntando por encima del seto bajo, envió al pelotón de Keith, que incluía a Dove y Martin, hacia la derecha, donde había un grupo de edificios agrícolas y algunos sotos aislados para ofrecer cobertura. Luego se trasladó al frente para estar entre las dos unidades.

–Baker Uno a Baker, creo que están tramando algo. Hay movimiento en el bosque frente a mí. Cambio.

–Recibido, Baker Uno, me acerco a usted para echar un vistazo.

James se agachó cuando las bombas de mortero comenzaron a explotar a su alrededor. Eran cohetes ligeros, no muy grandes, y no representaban ningún riesgo real para un tanque. Aun así, se dio cuenta de que estaba encorvando los hombros, como si pudiera hacer su cuerpo más pequeño y de alguna manera eso significara que la bomba entre mil que podía caer directamente en la escotilla quedase descartada.

–Baker Uno a Baker, cuento cinco, repito, cinco avispones, con infantería.

–Alto al conductor. –Whitefield los había llevado junto a un camino hundido que se dirigía hacia el enemigo. Estaban al final del seto que protegían los tanques de Robertson–. Los veo, Baker Uno. No disparen hasta que se acerquen.

Existía la posibilidad de que los alemanes no supieran que los estaban esperando. Gracias al seto, sólo la torreta era visible, y cada Sherman la tenía cubierta con ramas, redes de camuflaje y, para los más afortunados y mejores gorrones, seda verde sacada de paracaídas, la cual ocultaba su forma. Vio las siluetas cuadradas que surgían entre el maíz alto. Eran Stug bajos con cañones fijos. A su alrededor había pequeñas masas de cabezas con cascos mientras los granaderos Panzer los acompañaban.

–Artillero, objetivo derecho. Artillería autopropulsada. Alcance de cuatrocientos metros.

–Listo –informó Collins, con la bota apoyada sobre el botón de disparo.

–Baker a Sunray, avispones e infantería avanzando a través del campo. –James tenía el mapa frente a él en la parte superior de la torreta y leyó apresuradamente la referencia del mapa–. Solicito misión de fuego. Cambio.

–Sunray a Baker, veremos qué podemos hacer.

–Baker a Baker Uno, dispare cuando lo haga yo. Cambio. –James volvió al intercomunicador–. ¡Artillero, fuego!

El gran cañón de 75 mm rugió en el mismo momento en que una bomba de mortero aterrizó junto al Sherman, lo que hizo que James se encogiera de miedo dentro de la torreta mientras pequeños fragmentos de metal pasaban zumbando por su cabeza. Una de las escotillas cayó con estrépito. Blamey ya había recargado y Collins volvió a disparar sin esperar órdenes.

–Baker Dos a Baker –la voz de Keith llegó a través de los auriculares, tan entusiasta y parecida a la de un cachorro como siempre–, creo que puedo subir por el carril y colocarme en el flanco. ¿Permiso para intentarlo?

James luchó por pensar. Los otros Sherman estaban disparando. Un Stug estaba ardiendo, otro había sido alcanzado y daba vueltas y vueltas en pequeños círculos como un insecto herido. Aquel al que Collins estaba disparando se había detenido y aún no había respondido. El Sherman a su izquierda (para su vergüenza, no podía recordar quién estaba en él) estalló en llamas, y un humo negro se elevó en apenas un momento.

–Adelante, Baker Dos. Baker Uno, esté atento a la estación amiga que avanza por nuestra derecha.

Un proyectil grande cayó en medio del campo, levantando barro y polvo.

–Baker a Sunray, sobre el objetivo. Fuego graneado. –El Stug que se había detenido disparó de repente y el proyectil por poco no alcanzó la torreta del Hector II.

–¡Cabrón insolente! –gritó Collins mecánicamente, casi por reflejo. Respondió al disparo, pero era difícil ver si había acertado o no. Amplias zonas de los cultivos estaban en llamas, lo que aumentaba el humo y dificultaba ver algo con claridad.

James tuvo una idea.

–Baker a Baker Dos, manténgase alejado del campo. Se acerca una pedrada cojonuda. Cambio.

–Baker Dos a Baker, recibido. Fuera.

Esperó, pero los proyectiles no llegaban. Era normal que hubiese un retraso mientras James se lo decía al cuartel general, y ellos, al oficial de observación, que, a su vez, llamaba a la acción a la batería. Aun así, aquello parecía excesivamente largo. El Stug se estremeció cuando le dieron desde un costado. Inmediatamente, comenzó a retroceder, y luego otro proyectil perforador se estrelló contra él, lanzando un espeso humo negro que se sumó a la neblina.

–¡Le di al cabrón! ¡Le di al cabrón! –gritaba Keith como un colegial emocionado, sin darse cuenta de que estaba transmitiendo y bloqueando la longitud de onda–. ¡Allí! Ametrallen a esos tipos. ¡Ja, ja! ¡Así se hace! ¡A raudales! Tenemos más. Quiero decir, pivote a la derecha, doscientos cincuenta metros. Vamos, Pelotón Dos, reviéntenlos bien. –James intentó transmitir y decirle a aquel tonto que saliera del aire, pero Keith estaba demasiado emocionado para darse cuenta–. ¡Vamos! Mátenlos, mátenlos a todos! ¡Querido Dios, mira al frente! ¡Alcance de treinta metros, nada más cerca! ¡Oh, dulce Jesús! Tienen una bazuca... ¡Dios mío...! –Se oyó un clic áspero y luego silencio en el silbido estático.

Un espeso humo negro apareció sobre los árboles que bordeaban el camino.

–Baker a las estaciones Baker Dos, ¿qué está pasando?

–Dos Able a Baker, el artillero roció el seto... Lo siento, Dos Able informando. Baker Dos está ardiendo. ¡Oh, mierda! Se han hervido a Dos Baker.

James vio una llamarada cerca del humo negro.

–Retírese, Baker Dos. Salga de ahí. Cambio.

–Lo hago lo mejor que puedo, Baker.

Los proyectiles estallaron en el campo de trigo, media docena o más, y de gran calibre, a juzgar por el sonido. Los tres Sherman a su izquierda seguían disparando, por lo que James decidió controlar al Pelotón Dos, y guio a Whitefield fuera del seto y luego alrededor del patio de la granja. El sargento Martin ya estaba allí, con el casco del tanque cubierto detrás de una pocilga y el largo tubo del cañón de diecisiete libras apuntando hacia la boca del camino. Dove apareció momentos después con la cabeza vuelta hacia atrás para poder guiar a su conductor mientras el Sherman daba marcha atrás. Había varios hombres detrás de la torreta. Dove se puso en contacto por la radio.

–Dos Able a Baker, hay mucha infantería ahí arriba con bazucas. Bajaron a los demás. Dos Baker se cocinó de inmediato. Dos heridos y otro de Baker Dos. –La voz normalmente tranquila del sargento temblaba.

James vio que Keith estaba en la parte trasera del Sherman. Su pierna derecha terminaba en un muñón justo encima de la rodilla y manaba sangre incluso cuando intentaban hacerle un torniquete. El rostro era una mancha de sangre y su guerrera estaba desgarrada. El brazo izquierdo de otro hombre colgaba inútilmente. Lo que se podía ver del rostro de Keith estaba muy pálido, y miraba fijamente sin ver.

–Baker a Sunray, por favor, envíe al robador con urgencia.

* * *

20:00 horas, al norte de la colina 112

El 165.º RAC se estaba retirando junto con todos los demás. Cuatro regimientos blindados y la infantería de apoyo habían ganado la colina 112, pero, si permanecían allí, sólo serían reducidos a polvo sin ninguna ganancia. Las pérdidas eran cuantiosas. Ya nadie pensaba en rodear Caen y llegar al Orne. En cambio, la división, el cuerpo y probablemente el Ejército al completo se estaban

concentrando en las aproximadamente siete divisiones Panzer que intentaban aglutinarse contra ellos.

–Hay todo un cuerpo Panzer SS de dos divisiones que luchaban en Rusia el Día D y ahora están aquí, o lo estarán pronto –explicó el mayor Scott–. Ahora, el coronel Leyne –a quien le estaba yendo bien y, según todos decían, era un paciente condenadamente incómodo– y cualquiera de los otros veteranos del desierto les dirá que el terreno en sí no vale nada. La colina no sirve, a menos que sea útil para nosotros, y por el momento no lo es, así que nos estamos retirando. La Undécima División Blindada y los escoceses y el resto establecerán una sólida línea defensiva en el valle de Odón. Dejemos que los cabrones intenten desenterrarlos. Francamente, lo mejor que podría pasar es que los hunos ataquen aquí, donde todavía están al alcance de la armada, por no hablar de todas las baterías que lleguen a tierra.

–¿Y nosotros, señor?

–De vuelta a la brigada. Todavía están apoyando a la infantería en el lado occidental del avance. Es tan probable que Fritz ataque allí como en cualquier otro lugar, por lo que parece que estaremos ocupados. Nos retiraremos durante la noche, con el Escalón A al frente, luego el Escuadrón C, el cuartel general, el Escuadrón A y el Escuadrón B en la retaguardia. Eso debería mantenerlo ocupado, Frank.

El capitán Frank Harding, recién llegado con tanques y tripulaciones de repuesto, había asumido el mando del Escuadrón B. Había mucho que hacer, pero había tiempo para enterrar a Keith, que se había desangrado antes de que llegara el semioruga del cuerpo médico. Lo pusieron junto a las tumbas de los fusileros, pero no había ningún clarín que sonara. Al mirar los rostros, James se dio cuenta de que era el único comandante de tropa que había desembarcado el Día D o D + 1 y que todavía estaba con el regimiento. Mientras el capellán hablaba, y hablaba bien, James no podía concentrarse en las palabras. Keith, el excitable, el entusiasta

Keith, estaba muerto. Había cumplido su deseo y «lo había hecho», y ahora se había ido.

James se culpó a sí mismo. No debería haber enviado al pelotón hacia delante cuando la artillería estaba en camino para romper el ataque. Los tanques no podían maniobrar en una calle estrecha, y ciertamente no podían ver a la infantería hasta que estuvieran dentro del alcance de los mortíferos Panzerfaust. Su mente buscó refugio en trivialidades. ¿Cuál sería el plural correcto: Panzerfausten? Puños de tanque. ¡Estúpido nombre de mierda! Y estúpido de mierda Keith, también, por liderar y por emocionarse tanto, deleitándose con la carnicería que estaba causando. Debería haber tenido más cuidado y más suerte. Nunca volverá a «hacerlo». Él nunca «lo había hecho». ¿Debería importarle? ¿Penny le habría dejado si lo hubiera intentado? Penny, la inocente, caprichosa y romántica. ¿Era como una de las conquistas de Whitefield, ella, jadeando por «hacerlo», como solía decir Cockney? ¿Quería que ella fuera así? ¿Era eso lo que había detrás de su silencioso desdén por sus fantasías? ¿Realmente quería a la otra Penny, la que había vislumbrado?

El capellán puso la mano sobre el hombro de James y éste se estremeció.

–Lo siento, muchacho. Pero ya está hecho y no tiene sentido darle más vueltas.

Los demás ya se habían separado para dedicarse a sus asuntos. James se encogió de hombros.

–Realmente, no estaba pensando en él –confesó.

–Todos tenemos muchas cosas en la cabeza. No creo que el viejo Keith nos envidiara eso. Era un buen chico.

–Uno de los mejores –dijo James.

Como tantas otras veces, sintió que tenía que seguir el juego y decir las palabras que todos esperaban. En realidad, Keith había sido bastante corriente, igual que James, Mark Crawford o Bill, a pesar de todas sus pretensiones de pensamiento profundo. No había nada

especial en ninguno de ellos, nada en absoluto. James sabía que los ojos se le estaban poniendo vidriosos, y no era por el pobre Keith.

–Tal vez le vendría bien un descanso –dijo el capellán en voz baja–. Ha estado en movimiento más tiempo que nadie. ¿Quizás uno o dos días con el Escalón B? Duerma lo suficiente. Podría decir una o dos palabras, si quiere.

–No –gruñó James.

Estaba enfadado y no entendía por qué. Le costó esfuerzo no golpear al capellán. Recordó cuando en el entrenamiento básico se cayó y se torció el tobillo de modo que cada paso le dolía. Alguien lo había visto avanzar a duras penas y se había ofrecido a cargar con su rifle, pero la sensación de humillación se había convertido en rabia, una rabia que lo había llevado a finalizar la marcha y luego a una semana en la enfermería.

–Lo siento, padre. –James hizo todo lo posible por sonreír–. De verdad, lo siento. Pero no. Por favor, no diga nada. Puedo ser más útil aquí.

El capellán lo observó durante un rato. Los ojos de James volvieron a estar claros, al menos sin lágrimas. El trabajo de un comandante de tanque implicaba mantener la cabeza fuera del tanque, expuesta al viento, la lluvia y las nubes de polvo y lodo. El blanco de sus ojos estaba enrojecido y dolorido, y los anillos de alrededor eran de un rojo muy muy profundo. Además de todo eso, su piel todavía estaba decididamente amarilla por el bote de humo.

–Muy bien, muchacho, hágalo a su manera. Pero, recuerde, esta guerra no terminará rápidamente. No puede atravesarla corriendo. Nadie tiene la fuerza ni la resistencia para eso. Todos necesitamos parar de vez en cuando para recuperar el aliento.

James sonrió.

–Listo para los próximos turnos.

–Ahora, ¿qué sabe un sureño como usted sobre críquet? –dijo el capellán, y hablaron durante bastante tiempo sobre los partidos

contra equipos en gira, y la rivalidad de los Roses y el mejor equilibrio para un bando.

D + 24, viernes, 30 de junio 3:00 horas, al norte de la colina 112, Normandía

Por fin estaban en marcha. James se sintió mucho mejor después del paseo y la conversación con el capellán, pero luego hubo una larga espera. Antes de que pudieran retirarse, los dos regimientos de tanques que tenían delante tuvieron que regresar de las colinas 112 y 113. Ambos habían perdido mucho, al igual que la brigada de fusileros que los acompañaba. Todos estaban más cansados que entumecidos, y las columnas debían tener cuidado porque los conductores y comandantes se estaban quedando dormidos y había riesgo de colisión. Estuvieron a punto de sufrir algunos accidentes, pero, de alguna manera, se evitaron los más graves, a pesar de que era una noche oscura y todos conducían en medio de la niebla de polvo de los otros vehículos.

Los alemanes no hicieron nada, por lo que no sabían o estaban demasiado cansados para preocuparse. Una vez que las otras unidades terminaron, el 165.º comenzó su propia retirada. Incluso eso pareció llevarles una eternidad.

–Baker a Baker Tres, puede empezar. Cambio.

Habían llegado suficientes reemplazos para reforzar el Pelotón Tres, aunque sólo estaba formado por James, Dove y Martin. Bell y su tripulación todavía estaban esperando a que repararan el tanque o que se les entregara otro en sustitución.

–Recibido, Baker. –James guio a los demás, no porque tuviera prisa por irse, sino porque sentía que debía ser él quien diera el ejemplo manteniéndose despierto y sin perder de vista el tanque que tenían delante.

Fue trabajoso, y la noche se hizo larga. En una ocasión, James casi metió a Whitefield en una zanja. Por suerte, pudo verla en el último momento. Le dolían los ojos por el polvo y el esfuerzo de mirar en la oscuridad. Pasaron por Cheux temprano en la mañana, y el lugar no parecía menos abandonado y desolado bajo el primer sol. Una y otra vez se detuvieron y esperaron antes de seguir adelante,

como solían hacerlo las columnas del Ejército, sin descubrir nunca qué había causado el retraso.

* * *

19:15 horas, a media milla de Rauray

Buchanan levantó la mano para detenerlos. La patrulla se arrodilló inmediatamente. Aquélla era tierra de pastos, pero la media docena de vacas que aún quedaban en el campo estaban muertas e hinchadas, y la hierba había crecido rápidamente y les llegaba hasta la cintura. Estaban cerca del seto, a su sombra, y eso era agradable, porque el día se había vuelto caluroso. Judd, que estaba agachado, apoyó la Bren en las rodillas y esperó, mientras Buchanan subía para unirse a Griffiths, que estaba en una patrulla de exploración.

Unos minutos más tarde, Buchanan señaló a cada hombre por turno y les mostró dónde los quería. Judd y O'Connor fueron enviados a la izquierda, y el otro equipo de Bren a la derecha, junto a Griffiths. Todos se tumbaron, pues aquel seto no era uno de esos grandes setos de boscaje montados en un bancal, sino un seto espeso como los que podían verse en casi cualquier lugar de Gran Bretaña. Había, aproximadamente, un pie de ramas retorcidas debajo de las hojas y muchos espacios. Desde el otro lado, la hierba casi tocaba el borde, lo cual dificultaba que alguien pudiera verlos.

El teniente se quedó junto a Judd y la Bren. El canadiense le dedicó una sonrisa voraz y señaló con el dedo. En el campo del otro lado, pudo ver un borroso camino abierto entre la hierba. No era lo suficientemente profundo como para haber sido hecho por vacas, y, aparte de eso, todos los animales estaban muertos o habían desaparecido hacía mucho tiempo. El campo era pequeño, casi un camino ancho que conectaba algunos de los más grandes, pero con curvas y vueltas. Seguirlo hacia el norte conduciría a una elevación baja justo enfrente de las posiciones británicas. Estaban en la parte del seto donde se curvaba, de modo que tenían vistas hacia un tramo abierto. Esperaron. Se suponía que los Glamorgan iban a tomar las posiciones de otro batallón la noche anterior, pero, conociendo al Ejército, nada resultaba sencillo y se habían producido

retrasos. Al final, sólo apareció la Compañía A, que se hizo cargo de las trincheras en el flanco de la posición. El resto de los Glamorgan estaban en camino, e incluso podrían estar ocupando las posiciones menos visibles en aquel momento. Los alemanes no estaban cerca de allí, aunque las tropas a las que estaban relevando estaban convencidas de que se estaban concentrando a aproximadamente un kilómetro de distancia, y en gran número.

El mayor había enviado a Buchanan con una patrulla para intentar conseguir un prisionero o al menos información. El canadiense parecía ser elegido con bastante frecuencia, y Buchanan tendía a llevarse a los mismos hombres con él. Ésa era nuevamente la mentalidad del Ejército. Si demostrabas talento, te utilizaban una y otra vez hasta que parecías menos capaz o te mataban. El teniente estaba bien, muy bien, pero quizá su nacionalidad y su aire de fronteras habían impresionado demasiado a los de arriba.

Judd movió ligeramente las piernas. La derecha le picaba, justo en la corva, e hizo todo lo posible por ignorarlo. Tenía un forúnculo en el cuello, que la tosca tela del uniforme de batalla frotaba sin piedad si giraba la cabeza demasiado repentinamente. Al menos no tenían problemas con los piojos. Cada vez que veía de cerca a prisioneros alemanes, todos parecían estar llenos de alimañas. Alguien había dicho que lo primero que hacían al llegar a las jaulas de los prisioneros de guerra era despiojarlas. La picazón se negaba a desaparecer, así que se reclinó y trató de rascarse. No podía alcanzar el punto que escocía y no quería levantarse. Buchanan se dio cuenta. Arqueó una ceja y sonrió. Entonces la nariz del teniente se torció. Judd también lo olió. Era un olor rancio, como de moho, y llegaba hasta allí, llevado por el viento. Los prisioneros alemanes olían así, y en cualquier lugar donde hubiera estado el enemigo en algún momento permanecía el rastro de ese olor durante días después de su partida. Era el olor del Huno, de Jerry o de Fritz, y si era absurdo que a mediados del siglo xx, con su su gran guerra industrial, algo tan primitivo como el olor avisara cuando el enemigo estaba cerca, eso no significaba que fuera menos verdad.

El viento soplaba hacia ellos, llevando la huella del enemigo, y hasta ese momento Judd no se había dado cuenta. Se preguntó si Buchanan los había puesto allí para asegurarse de que estuvieran a favor del viento. Probablemente, lo había hecho. El oficial sacó una granada y se la mostró a los hombres que estaban a su lado. Ellos asintieron y cada uno sacó otra de su bolsa. El canadiense dejó la suya en la hierba junto a él, para tenerla a mano, y luego colocó el rifle en posición de disparo. Los demás asintieron nuevamente e hicieron lo mismo.

Apareció un soldado alemán con una subametralladora MP40 corta. La actitud del hombre era despreocupada, pero sus ojos registraban el camino que tenía delante. Las botas eran invisibles en la hierba, pero, cuando pisó, Judd pudo ver que eran las cortas con polainas. El soldado llevaba pantalones y bata de camuflaje, y en lugar de casco tenía una gorra de visera, de esas que Judd siempre asociaba con los noticiarios que mostraban a los alemanes en África. Tenía un águila cosida en el costado, en lugar de en el frente, y eso y las lengüetas del cuello mostraban que el hombre era SS. Otro soldado apareció un par de metros detrás de él, vestido de manera similar, excepto porque llevaba un casco cubierto de tela.

El primer alemán levantó la mano y se detuvo. Detrás de él, el segundo se hundió en la hierba tal y como lo había hecho poco antes la patrulla británica en respuesta a la señal de Buchanan. El líder de la patrulla examinó el seto donde se escondían, y Judd sintió que los ojos del hombre estaban fijos en él. Contuvo la respiración, sabiendo que era una tontería, pero incapaz de evitarlo. Un gesto con la mano indicó a la patrulla que volviera a avanzar. Eran cinco, todos camuflados. Ninguno se había untado crema oscura en la cara, algo que los Glamorgan tampoco se molestaban en hacer. Buchanan les había dicho que esperaran hasta que no pudieran fallar. El canadiense tenía el dedo índice izquierdo levantado, apuntando hacia arriba. Bajarlo era la señal para que Judd disparara y todos los demás abrieran fuego. No sabía qué encontraría la patrulla, ni si encontraría algo, pero sus instrucciones habían sido claras. Judd se atrevió a exhalar. El líder de la patrulla ya estaba cerca, por lo que

podía ver una barba oscura incipiente en la barbilla del hombre. Eso le pareció incorrecto, y esperaba que los alemanes fueran más distinguidos, especialmente la élite de Hitler. Aun así, la piel era morena, más italiana que la clásica aria, y quizá simplemente fuera uno de esos tipos desafortunados a quienes el afeitado no les duraba mucho tiempo.

La Bren apuntaba directamente al hombre, que tenía el rostro claramente a la vista. El dedo de Buchanan se movió hacia delante, y en ese mismo instante el alemán vaciló. Judd apretó el gatillo y la cabeza del alemán explotó como una calabaza demasiado madura, con fragmentos ensangrentados volando en todas direcciones. El segundo disparo de Judd impactó en el desastre que quedaba, y el tercero siguió de largo antes de que el cuerpo comenzara a caer y fuera a dar por debajo del casco y en la frente del granadero Panzer que estaba detrás. Siguieron dos disparos más que destrozaron el resto de la cara del soldado. Los otros Glamorgan estaban disparando. El Lee-Enfield de Buchanan dio un fuerte golpe de retroceso a su lado, y los Sten parloteaban, al igual que la otra Bren. Todo terminó al cabo de unos instantes, con una fina madeja de humo flotando por el prado. Los alemanes estaban tumbados y quietos. Alguien gemía.

–Quédense y cúbrannos –susurró Buchanan a Judd y O'Connor–. Vamos –dijo a los soldados que estaban al otro lado, y todos se abrieron paso a través del seto.

Un alemán que estaba cerca del fondo se sentó, aturdido, con una granada en forma de huevo en una mano. Judd movió la Bren y disparó, y el otro equipo debió haber hecho lo mismo, porque el hombre se estremeció cuando dos ráfagas de balas le alcanzaron el torso y abrieron agujeros en la bata moteada y en la carne. Nadie más se movió, pero los gemidos continuaban. Griffiths fue el primero en acercarse a aquel tipo. Le quitó algo de la mano de una patada y luego se agachó para echarle un vistazo. Era el único que seguía con vida. Había recibido dos disparos en el pecho, y le abrieron la bata y la guerrera para colocarle vendajes. Sin gemir más, el alemán los miró fijamente con los ojos llenos de odio y desprecio. Se movieron

rápidamente, registraron los cuerpos, quitaron las insignias Hohenstaufen de los puños y rompieron parte del disco de identidad de cada hombre. Luego regresaron, aún cautelosos y por un camino diferente al de ida.

* * *

21:45 horas, Rauray

El pelotón de Mark y el resto de la Compañía D estaban en la reserva del batallón, en la ladera trasera de la colina baja que rodeaba el pueblo. Estaban cerca del cuartel general y vieron llegar el coche explorador. Se apearon un capitán y un teniente; sus boinas negras los distinguían claramente como hombres tanque. El teniente llamaba la atención por una guerrera teñida de un amarillo descolorido y un rostro casi del mismo tono.

Mark se rio de pura alegría y corrió hacia él.

–¡James!

James Taylor parpadeó cuando un suboficial de infantería se abalanzó sobre él, agitando los brazos como un maníaco.

–¡James!

–¡Oh, eres tú! –exclamó James sonriendo. La fatiga hacía que fuera incapaz de aguantar el ataque de entusiasmo de su amigo–. Había olvidado que estabas con este lote.

–Por este lote entiendo que te refieres al mejor regimiento del Ejército británico.

James se encogió de hombros.

–He oído que eran un montón de ladrones galeses.

–Ambas cosas no son incompatibles, viejo –señaló el capitán Harding.

James hizo las presentaciones.

–Iba a la escuela con este paisano –explicó en tono de disculpa.

–Los accidentes ocurren –añadió Harding, impasible–. Pero será mejor que cumplamos con nuestros deberes y nos reunamos con los

eminentes del cuartel general. Podrán charlar después.

–Me preguntaba si me encontraría contigo en algún momento –dijo Mark más tarde, como si estuviera hablando de un viaje a Londres.

–¿Bill Judd está bien?

–Tan pesimista como siempre, así que sí. Piensa demasiado. Esos hombres son peligrosos. Me acuerdo de que ya lo hacía en la escuela. –James asintió–. Está en la Compañía A –prosiguió Mark–. Están en el frente y a la izquierda, al lado de los Borderers escoceses.

–Lo recuerdo –dijo James en voz baja. El grupo operativo había recorrido todas las posiciones de los Glamorgan y había hecho las extravagantes y habituales exigencias que hacían los batallones de infantería a los blindados. Los informes sugerían que podía haber muchos alemanes por allí y muchos Panzer. Las patrullas habían identificado elementos de la 2.ª División Panzer SS y de la 9.ª SS. No era un panorama alentador, especialmente después de la terrible experiencia en la colina 112. El 165.º RAC todavía estaba falto de fuerzas, y los hombres eran nuevos y poco experimentados, o viejos y cansados como James. Harding estaba esperando junto al coche explorador–. Será mejor que me vaya –dijo. Se estrecharon la mano con un gesto ligeramente artificial, pero menos que un saludo militar.

–Ha sido maravilloso verte, realmente maravilloso –dijo Mark, y fue totalmente sincero.

–Sí, deberían montar una guerra más a menudo –replicó James. A Mark le hizo mucha gracia.

D *+ 25, sábado, 1 de julio 00:11 horas, posiciones de la Compañía D, cerca de Rauray*

Mark fue sacado de su sueño por el ruido de unos proyectiles de mortero que cayeron a unos doscientos metros de distancia, cerca del extremo norte del pueblo. Eso estaba muy cerca del cuartel general de la compañía, y todos los que estaban allí cobraron vida, recogieron el equipo y salieron corriendo o se alejaron. El Pelotón Diecisiete, lo suficientemente lejos como para no correr riesgo, y por el momento incapaz de dormir, observó con cierta atracción cómo los destellos dividían la oscuridad.

Después de un rato, y de algunos gritos impresionantes por parte del nuevo coronel, cuya voz era mucho más poderosa de lo que sugería su cuerpo enjuto, el cuartel general se colocó detrás de la Compañía D y dio marcha atrás. En el lado opuesto, invisibles debido a la elevación del terreno, las posiciones avanzadas dispararon bengalas Verey al aire para que fuera más fácil detectar a los alemanes que intentaban deslizarse hacia o a través de las posiciones del Glamorgan.

* * *

4:55 horas, Compañía A

Judd estaba rígido. Tenía frío y estaba cansado. Habían hecho guardias de dos horas durante toda la noche. Él, O'Connor y Griffiths se turnaban, pero habían empezado tarde porque habían pasado algún tiempo mejorando la estrecha trinchera antes de que ninguno de ellos durmiera. Había muchos cráteres repartidos alrededor de la posición de la compañía que abogaban a favor de un agujero más profundo. Era sorprendente que los ocupantes anteriores no hubieran cavado más, hasta que uno pensaba en todos los cráteres y se daba cuenta de que cualquier movimiento o actividad a la luz del día probablemente habría atraído una gran cantidad de fuego.

Varios cañones antitanque de seis libras nuevos, proporcionados para reemplazar los aplastados o destrozados por los Panther, estaban atrincherados dentro del perímetro de la compañía. Los artilleros habían utilizado cargas para abrir agujeros en la dura tierra

lo más rápido que pudieron, y luego los habían mejorado con picos y palas. En general, era una buena posición, y todos estaban cómodos y protegidos tan bien como el tiempo lo permitía. El batallón estaba preparado, todos despiertos y listos, mirando la oscuridad, que comenzaba a desvanecerse. Buchanan se presentó varias veces para advertirlos de que ese día podría haber un gran combate.

–Panzer otra vez, muchachos. Tienen que atravesarnos si quieren llegar al mar, sólo que esos tontos no saben que no nos atravesarán. Tenemos nuestros propios tanques ahí atrás –añadió, señalando con el brazo la elevación que había tras ellos–. Y esos cañones son de seis libras. Además, tenemos suficiente campo y suficientes medios a nuestro alcance para hundir la Gran Flota. Se lo mostraremos.

El Pelotón Nueve de Buchanan todavía tenía tres secciones, pero cada una se había reducido a sólo seis hombres, y el cuartel general estaba formado por apenas cuatro, con Buchanan, Holdworth y un equipo PIAT. Su mortero de dos pulgadas había sido atropellado por uno de los Panther y aún no había llegado el nuevo. La mayoría de los Glamorgan se encontraban en un estado similar. Los pelotones contaban con aproximadamente dos tercios de sus efectivos. Un par estaba al mando de sargentos, pero Buchanan explicó que intentaban evitar ese arreglo.

–En comparación, nosotros, los oficiales, quedamos mal.

El sol estaba saliendo y el día habría sido claro si no fuera por la niebla que se levantaba del suelo, espesada por las granadas de humo disparadas por los alemanes. Con una serie de crujidos y choques distantes, los proyectiles de mortero comenzaron a caer hacia la derecha, probablemente entre la Compañía C. Las ametralladoras alemanas iniciaron su ritmo maníaco.

Un poco más tarde, empezaron a caer bombas alrededor de la Compañía A. Al mismo tiempo, la artillería británica atacaba posiciones enemigas sospechosas. Buchanan había regresado a su trinchera y ya no tenía ganas de dar vueltas por ahí. Judd se agachó cuando la caliente onda expansiva de una explosión lo alcanzó y trozos de tierra cayeron a su alrededor.

* * *

7:00 horas, Compañía D

Mark oyó el ruido de una batalla que no podía ver. Su pelotón estaba cerca del cuartel general de la compañía, por lo que pudo escuchar algunos de los mensajes que llegaban y tratar de dar sentido al trueno de la artillería, los choques más ligeros de los morteros y las granadas, el ruido de las ametralladoras y las armas pequeñas, y los nítidos chasquidos de los tanques. Los alemanes habían tendido una cortina de humo y estaban bombardeando las posiciones avanzadas del Glamorgan, mientras los Panzer y la infantería se acercaban a ellos. La Compañía C fue golpeada primero, y en ese momento la B estaba bajo presión. Por lo que parecía, había muchos más tanques que la media docena que había cogido al batallón por sorpresa.

El sargento Jenkins, conocido por sus amigos como «Taffy»[22] incluso en un regimiento galés como aquél, había llegado para ocupar el lugar de Thomas. Mark esperaba que el sargento de su tercer pelotón tuviera mejor suerte que los demás, y ciertamente parecía saber lo que hacía. Era un hombre menudo que seguía impecable incluso en una trinchera, y destilaba autoridad y competencia. Lucía un pequeño bigote negro con mechones grises, como su pelo, y era de constitución cuadrada, lo que le había valido el apodo de «Adolf», que sólo se usaba a sus espaldas. Uno de los reservistas originales, había quedado fuera de batalla hasta entonces, y Mark se sintió afortunado de tenerlo. Si ésa era la primera vez que Jenkins oía disparos iracundos, y lo era, nadie lo habría adivinado.

–Iré a ver cómo están los muchachos, señor –anunció el sargento.

–Por supuesto.

Jenkins salió de la trinchera con sorprendente facilidad para un hombre de su altura, y dejó a Mark y Evans con sus pensamientos. Un sonido extraño, como el de un gigante sollozando y vertiendo grandes lágrimas, se hizo mucho más fuerte de repente. Mark se echó al suelo con las manos presionando el casco contra la cabeza, y Evans permaneció en el fondo de la trinchera con los ojos

desorbitados. Media docena de explosiones estallaron en la posición del cuartel general detrás de ellos. Las siguieron unas cuantas más. Los extraños gemidos continuaron creciendo hasta que las bombas estallaron y todo el suelo tembló, incluso a aquella distancia. Cuando dejó de hacerlo, Mark jadeaba como un asmático. Todavía se oían muchos disparos a distancia, pero se percibía como si hubiera silencio.

* * *

07:40 horas, Compañía A

Con un aullido interminable, las grandes bombas de mortero propulsadas por cohetes se extendieron sobre el campo en una fila de espantosas detonaciones. El mismo suelo tembló, y enormes terrones cayeron desde los bordes de la trinchera. Judd sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho o lo hubieran golpeado con una pelota de críquet. Luchó por respirar, acurrucándose y abrazándose las rodillas para hacerse lo más pequeño posible. O'Connor, el veterano de muchas guerras anteriores a ésa, estaba a su lado, temblando como si tuviera fiebre y tapándose las manos con los ojos. Griffiths, tan duro como un clavo, se protegía la verija con las manos.

Los terribles sollozos comenzaron de nuevo y hubo más explosiones. Los gritos surgieron de una de las trincheras. Buchanan gritaba. Judd se dio cuenta de que el teniente estaba corriendo y no fue capaz de entender como alguien podía obligar a sus extremidades a moverse en una tormenta de fuego y acero como aquélla.

El bombardeo cedió y los artilleros distantes cambiaron su puntería hacia otro objetivo. En cambio, se oyó el rugido de los motores de los tanques desde el frente. Los tanques alemanes siempre sonaban más ruidosos y enojados que los británicos.

Buchanan les había asegurado que había tanques detrás de ellos, listos para ayudar cuando llegara el momento. También había tres Sherman en ese gran campo de la Compañía A. Eran Sherman muertos, con armaduras perforadas y quemadas hacía

aproximadamente una semana en los combates anteriores. El canadiense había conseguido que camuflaran los tanques casi tan bien como si todavía estuvieran en acción. Judd había ayudado y había podido oler el hedor nauseabundo del interior de uno, con un toque a carne carbonizada y podrida. Él y los demás habían hecho un buen trabajo y se sorprendieron cuando el oficial los regañó.

–No queremos los tanques escondidos, sino casi escondidos.

La treta parecía haber funcionado, porque el más cercano emitió un gran eco cuando una bala perforadora alemana se estrelló contra su torreta. No ardió, porque en el Sherman no quedaba nada que pudiera quemarse o explotar. Llegó otra bala, y otra. Los alemanes tenían buena puntería, ya que acertaron golpe tras golpe mientras intentaban acabar con un tanque que ya estaba muerto.

Judd no podía ver mucho. Todos estaban en un campo amplio, con una forma extrañamente irregular, ya que tenía cinco lados. El terreno ascendía suavemente en dirección al enemigo y el frente del campo estaba marcado por un seto empinado. Delante de éste, había un camino hundido. Los Panzer estaban en algún lugar más allá y podían ver la alta torreta del Sherman, pero no a los hombres en las trincheras. A su izquierda, uno de los cañones antitanque de seis libras yacía destrozado, con un neumático pinchado y desinflado, y el cañón casi caído porque el soporte se había roto. La tripulación, más frágil que el sólido metal, se encontraba en peores condiciones. Un hombre estaba muerto, y el resto, heridos, excepto uno. Buchanan estaba haciendo señas para enviarlos a la retaguardia. Por lo visto, una de las secciones delanteras se encontraba en un estado similar. Otro cañón de seis libras estaba en la esquina derecha del campo, y, mientras Judd observaba, el cargador colocó un proyectil en la recámara y la cerró de golpe.

El comandante del destacamento señaló, por encima del seto, un punto situado a un par de metros delante del parapeto de protección. Dispararon, con un sonido de látigo agudo, sólo para que la bala se enterrara en el bancal de tierra y arrancara un trozo del seto. Judd se dio cuenta de que, aunque la tripulación podía ver por

encima del seto, el arma en sí estaba unos centímetros más baja para poder disparar con claridad. Los artilleros cogieron los armones divididos y los juntaron. Después sacaron el arma larga del foso, la giraron y la llevaron hasta el seto, de modo que el cañón quedara por encima. Los armones se abrieron de nuevo. El personal del cañón ocupó sus posiciones y colocaron una nueva ronda de proyectiles perforadores en la recámara. Gritaron, como siempre hacían los artilleros, y enseguida se oyó otro crujido al disparar.

* * *

8:15 horas, en apoyo a los Glamorgan

–Artillero, pivote a la derecha. Bien. ¡Ya! –dijo James por el intercomunicador–. Enfoque el tanque. Alcance de ochocientos cincuenta metros. –El Panzer era una forma lejana y achaparrada, medio oculta detrás de un pliegue en el suelo y sólo visible de forma intermitente en medio de la neblina de polvo y humo–. ¡Fuego!

El cañón de 75 mm retumbó y la pesada recámara generó una coz repentina, expulsando el casquillo vacío y aumentando los vapores nocivos dentro del tanque. Incluso con sus binoculares, James no pudo ver si habían dado en el blanco o no. Fuera, había al menos media docena de Panzer, en su mayoría Panthers, y eso era sólo en el frente del Pelotón Tres. El resto del Escuadrón B estaba disperso y reportaba veinte o treinta tanques al frente.

James había llevado sus tres Sherman y los había colocado en fila, con el casco escondido detrás de un grueso bancal con un único seto desordenado en la parte superior. Era una buena posición, un campo de tiro decente, y sólo sus torretas estaban a la vista del enemigo distante. Por el momento, no había nada que pudiera hacer para dirigir a los demás; simplemente, estaba al mando de su propio tanque.

–Nuevo objetivo. Pivote a la izquierda.

El primer Panzer se había marchado, tal vez dañado, o simplemente porque había decidido que su posición actual no era segura. James dirigió a Collins hacia otro. Las ráfagas regresaban hacia ellos, y varias se dirigían hacia el frente del parapeto, pero por

el momento los Panzer estaban ocupados con objetivos más cercanos.

Algo lo golpeó en la parte superior de la cabeza y le arrancó los auriculares. James se hizo pequeño, siguiendo el instinto de un animal asustado, y se agachó dentro de la torre. Una segunda bala rebotó en una de las escotillas abiertas. Se quitó completamente los auriculares y la boina, y se palpó el cuero cabelludo. Le dolía y había un leve rastro de sangre en sus dedos. Blamey lo miró por encima de la recámara con cara de preocupación. Collins también se volvió.

–Bueno, ¡que me jodan! –dijo, mientras veía a James pasar su dedo índice por el agujero hecho en la boina, sacudiendo la cabeza con incredulidad–. ¡Creo que nació predestinado, señor!

James exhaló. Se metió la boina en el bolsillo del pantalón. El arco de los auriculares estaba doblado, de modo que en realidad sólo podía sostener un auricular en su lugar a la vez.

–Baker a todas las estaciones Baker, la infantería informa de que el enemigo se está infiltrando entre sus posiciones. Las Compañías B y C, prácticamente rodeadas. La Compañía A, bajo fuerte ataque. Cuidado con los francotiradores y las ametralladoras.

–No está bromeando, ¿verdad? –dijo Collins, con más acento del West Country de lo habitual.

James hizo todo lo posible para ver a través de un puerto de visión en la cúpula, girándolo para escanear el suelo delante de ellos.

–Artillero, pivote a la izquierda. Alcance de doscientos cincuenta. ¿Ve dos árboles muy juntos?

–Sí, señor.

–Dele a ese seto una cinta entera de coaxial.

La Browning parloteó mientras la trazadora roja puntuaba una hilera por el seto.

* * *

9:20 horas, Compañía D

Alguien tendió una cortina de humo sobre la Compañía D justo después de que un par de transportes del pelotón de acarreadores pasara traqueteando, cargados con municiones para los cañones. Otros transportaban .303 a las compañías de avanzada, suponiendo que pudieran llegar hasta ellas. El teniente coronel Dorking-Jones ordenó a la Compañía D que enviara un pelotón para ocuparse de los infiltrados cerca de Rauray. Y, como el Pelotón Diecisiete de Mark estaba en reserva, era la elección obvia. Cuando llegaron las órdenes, sintió que su corazón se hundía por un momento. Todavía caían suficientes proyectiles como para que su estrecha trinchera pareciera el pequeño hogar más acogedor del mundo. Una vez que estuvo fuera, en realidad fue un alivio estar haciendo algo.

Avanzaron a través de la neblina de humo. En lugar de optar por tres secciones pequeñas, la Compañía D había reorganizado sus pelotones para tener dos secciones, cada una con nueve o diez hombres. El sargento Jenkins llevaba a uno y al equipo PIAT a través de los campos a la izquierda de la carretera, mientras Mark y los demás avanzaban a lo largo de la zanja poco profunda, caminando a ambos lados de la misma. Poco a poco, el humo se fue disipando, aunque seguía siendo difícil ver a más de cien metros. Avanzaban de manera constante y, como no podía verlo, tenía que confiar en Jenkins para seguir el ritmo. El camino se curvaba suavemente al entrar en el pueblo. Había una cabaña aislada y una forma oscura más adelante. Algo brilló desde abajo, una MG 42 disparada por encima del muro del jardín. Columnas de polvo brotaron por todo el camino. Mark se lanzó al suelo junto con todos los demás.

–¡Bennett, suelte humo, suelte humo!

Bennett era el número uno en el mortero de dos pulgadas; un hombre achaparrado, de brazos largos y excepcionalmente peludo de los muelles de Cardiff. Mark lo había dejado atrás con el pequeño mortero rechoncho. No tenía patas de apoyo como los más grandes, y era sólo una placa base ancha y un simple tubo de unos sesenta centímetros de largo. Eso significaba que era fácil de configurar y disparar, pero estaba lejos de ser preciso. El humo les daría la oportunidad de retroceder y flanquear la posición. Los alemanes

seguían disparando, y las balas pasaban no muy por encima de ellos. El mortero estalló. Aquel sonido siempre le había recordado a Mark el pistoletazo de salida en un día de deportes escolares. Había esperado el sonido ahogado de una bomba de humo, pero en lugar de eso se oyó un estallido, como el de una granada. La Spandau se quedó en silencio. Mark se arriesgó a echar un vistazo rápido, justo cuando un segundo obús cayó de lleno en el muro del jardín y explotó.

–¡Vamos! –gritó alguien desde la otra zanja, saltando por el camino, cargando y disparando su Sten a medida que avanzaba.

Los hombres estaban saliendo detrás de Mark, y él cedió y los siguió. Se arrojó una granada en el jardín y desde el flanco dispararon contra la planta de arriba de la casa. Mark oyó al PIAT disparar y enviar una bomba a través de una ventana.

Todo terminó en segundos, cuando aparecieron cuatro alemanes camuflados, con las manos en alto. Dos más habían muerto y otro resultó herido, acribillado por fragmentos de la granada.

–*Je suis français* –insistió uno de los prisioneros–. Alsacia.

Las insignias de los brazaletes proclamaban que pertenecían al Regimiento del Führer, fueran franceses o no. Todos eran jóvenes, casi niños, para alguien como Mark, y parecían indefensos y asustados.

–¿Glamorgan? –gritó una voz desde un refugio delante de ellos. El acento sonaba claramente de Tyneside, en el noreste de Inglaterra, pero nunca se sabía.

–Sí. ¿Quién eres tú?

–De la Durham.

–¿Cuál es la contraseña?

–¿Cómo diablos voy a saberlo? –El regimiento vecino era de una brigada diferente.

–Creo que sois aptos, muchachos –gritó Jenkins, haciéndoles señas.

El sargento y sus hombres regresaron del campo satisfechos de sí mismos, al igual que todos los demás. Para entonces, los prisioneros fumaban cigarrillos británicos o bebían de cantimploras británicas. Todos tenían muchas ganas de agradar. El herido fue vendado y se preparó una tosca camilla con sus rifles, sin cerrojos, y sus ponchos de camuflaje. Una rápida conversación con el sargento de la Durham confirmó que habían recorrido la zona y se habían ocupado de los pocos alemanes que habían llegado hasta allí. Eso pareció suficiente para que Mark llevara al Pelotón Diecisiete de regreso a la compañía.

* * *

10:05 horas, en reserva cerca del cuartel general del batallón

–La Compañía B está inmovilizada –explicó el capitán Price–. Los Durham están tratando de llegar a las ametralladoras que lo están provocando, pero no es fácil. Aun así, resisten, pero necesitan más hombres y, sobre todo, más municiones. El Pelotón Diecisiete los ayudará. –El capitán tenía que gritar por encima de los morteros de tres pulgadas que disparaban desde los fosos de armas junto a ellos–. El sargento mayor está trayendo munición ahora. Si logran abrirse paso, enviaremos un transporte con más.

Mark asintió. Después de todo, el Ejército no querría perder un costoso transportador cuando él y sus hombres estaban allí para actuar como canarios en la mina de carbón. Había un campo largo y ondulado que se elevaba hasta una cresta baja, pero lo suficientemente alta como para ocultar a un hombre. Luego descendía y volvía a elevarse nuevamente hacia las trincheras de la Compañía B. Mark no estaba seguro de lo visible que era para el enemigo. Llegó el sargento mayor y con él vinieron hombres con té y municiones.

–Tómese esto. –El sargento mayor Samson era un personaje que se salía de lo corriente, jovial y feroz a la vez. Mark tomó un sorbo de una taza y tosió. El té contenía una gran dosis de ron. Pudo ver a sus hombres animándose, comenzando a sonreír mientras cogían las bandoleras y las cajas de balas–. Tal vez quiera éstas. –Samson no

era alto, pero tenía la constitución de un horno de ladrillos. Tenía una Bren en cada mano.

–Preciosas –dijo Jenkins, arrojando su Sten del portafusil–. ¿Sabe cómo usar una de éstas, muchacho? –le preguntó a Evans.

–Sí, *sarge*.

–*¿Sarge?* Escúchenlo, y apenas ha dejado los pañales. Cójala, entonces, chaval. –Le arrojó una ametralladora Bren a Evans, que se tambaleó hacia atrás cuando la atrapó. Luego tomó la otra él mismo–. Cojamos algunos cargadores.

El sargento se volvió expectante hacia Mark, que reconoció la expresión. Era la típica de un suboficial: «Señor, estoy diciendo esto como una sugerencia, pero ambos sabemos que no lo es y que tengo razón, y sería usted un maldito tonto si dijera que no». Jenkins habló:

–Una sección por cada seto. Nosotros nos quedamos atrás y seguimos por el medio, con el mortero, estas Bren y el PIAT. De esta manera, si golpean a algún grupo, los otros dos podrán cubrirlo.

–Buena idea. –Lo era–. Justo lo que estaba pensando hacer.

Al cabo de diez minutos estaban listos para partir. Cinco minutos más tarde, todos se abrazaron al suelo mientras las ráfagas de mortero estallaban en el campo. Cuando el humo se disipó, empezaron a avanzar de nuevo, hasta que las ametralladoras empezaron a cortar la hierba alta. No apuntaban de cerca, sino que disparaban a gran velocidad, lo que significaba que ser alcanzado o estar a salvo era, en gran medida, una cuestión de suerte. A partir de entonces, se arrastraron, centímetro a centímetro, y se aferraron a la tierra para salvar la vida cada vez que las balas se acercaban.

Apareció un transporte corriendo hacia ellos desde donde pensaban que estaba la Compañía B. Mark asomó la cabeza y vio el pequeño vehículo volcado de costado a causa de un disparo. Empezó a arder. Ninguno de los hombres que estaban dentro se movía. Luego, una ráfaga de ametralladora apartó la hierba justo delante de él, y presionó el rostro contra el suelo.

* * *

10:50 horas, Compañía A

Los proyectiles británicos volaron por encima de ellos y estallaron fuera de la vista, detrás del espolón frente a su posición. A la izquierda, un par de Panzer se encontraban entre el cereal y rociaban lo que quedaba de la Compañía A con fuego de ametralladora, añadiendo un proyectil cada vez que les apetecía. Había más Panzer detrás de ellos, parte del duro golpe que había hecho retroceder a algunos de los Borderer escoceses. Otros estaban rodeados, aferrándose al terreno de una forma u otra. Al otro lado, de vez en cuando, un solo Panther pasaba por encima de la cresta, disparaba un poco y luego retrocedía hasta perderse de vista. Los tanques británicos dispararon contra él cada vez, razón por la cual no se quedaba, pero hasta el momento no habían logrado persuadirlo de que no regresara.

No había contacto con la Compañía B, y la línea de regreso al cuartel general había sido cortada, de modo que el teléfono de campaña quedó inservible, mientras que el aparato de radio estaba plagado de metralla, por lo que también era inútil. El único vínculo era el equipo del capitán de la Artillería Real, por lo que los mensajes al batallón debían transmitirse por posta y tomaban tiempo en llegar y regresar. No es que a nadie le importara, porque sólo los bombardeos habían detenido a los alemanes..., al menos hasta ese momento. Había muchos alemanes detrás del seto delantero y de la cresta, fuera de la vista, y sin duda tramando fechorías.

Judd aún tenía que disparar, pero se encontró vaciando nerviosamente un cargador y luego recargando las balas una por una. Apenas habían visto alemanes, pero habían sido aporreados una y otra vez por morteros, proyectiles y los Nebelwerfer, y rozados por las balas. Ambos cañones de seis libras habían sido destruidos. El Pelotón Siete había estado en el frente izquierdo de la posición, hasta que los alemanes los abrumaron. Ahora estaban de vuelta en la retaguardia. Al menos un soldado de primera y cinco hombres

llamados al Pelotón Siete estaban cavando desesperadamente en el otro extremo del campo. El Pelotón Ocho había desaparecido. Había sido asesinado o capturado, o quizá había logrado escapar; nadie lo sabía realmente.

Una salva de artillería mediana estalló en el aire y los grandes trozos irregulares de los proyectiles cayeron como una lluvia. O'Connor gruñó y se quedó mirando su brazo izquierdo, porque la mano había sido cortada y colgaba de una fina tira de piel.

–Me han dado –dijo.

Judd había observado que los hombres casi siempre decían eso cuando estaban heridos. No parecía algo real, no era lo que esperaba, pero eso era lo que decían. Aplicó un torniquete en la herida.

–Será mejor que regreses, amigo –dijo Griffiths.

Ayudaron a O'Connor a salir de la trinchera y observaron como pasaba por delante del cuartel general de la compañía medio trotando y medio tambaleándose. Judd contuvo la respiración, temiendo otra tanda de proyectiles, pero no llegaron, y O'Connor desapareció de la vista. Un momento después, las Spandau comenzaron a ocupar su posición, dos disparando desde la derecha y otra desde la izquierda, y los Panzer se sumaron al fuego. Judd se acurrucó contra el costado de la trinchera y oyó las balas pasar por encima de él. Los hombres gritaban, un grito extraño e irreconocible, y las ametralladoras por fin cedieron. Las granadas estallaron, una cerca de ellos, pero de alguna manera Judd se obligó a agacharse y agarró la Bren.

Había una docena o más de hombres corriendo hacia ellos desde el frente, disparando metralletas o lanzando granadas de palo. La Bren replicó. Judd se detuvo, cambió de objetivo y volvió a apretar el gatillo. El Sten de Griffiths emitió un estrépito agudo. Otros disparaban. Los hombres de uniformes camuflados y cascos empezaron a dar vueltas y caer.

–¡Cuidado, Judd! ¡Vigila la izquierda! –La voz de Buchanan transmitía la confusión y el combate.

Judd miró a la izquierda. Vio a cinco hombres que venían por ese lado. Levantó la Bren, se la llevó al hombro en lugar de estabilizar el bípode. Disparó tres balas al líder, que cayó, pero el que venía detrás estaba disparando y las balas volaron desviadas. Alguien gruñó y el alemán se dirigió directamente hacia él, a sólo unos metros de distancia, con la boca abierta mientras gritaba. Parecía medir tres metros de altura y tener la constitución de Goliat. La Bren se había detenido porque había luchado por sostenerla mientras disparaba. Judd se tomó sólo un instante, que le pareció una eternidad, luego se estabilizó y apuntó antes de disparar. Las balas seguían de largo. Un hongo rojo brillante brotó en la bata del SS, luego otro y otro. Agitó los brazos como en un espasmo, pero siguió corriendo y gritando. Más balas impactaron en él, desgarrándole el cuerpo, pero aun así siguió adelante. Judd lo vio venir hacia él, volando por el aire y aterrizando. El impacto hizo que cayera al suelo de la trinchera. Oyó el estallido de una granada muy cerca y le zumbaron los oídos. Tenía el rostro cubierto de sangre, la guerrera mojada, y apestaba. El alemán no se movió.

–¡Ayúdame! –gritó a Griffiths, pero no hubo respuesta.

Luchó por empujar al alemán, pero el peso muerto lo presionaba y no se podía mover. Los disparos disminuyeron y luego se extinguieron. Ya nadie gritaba.

–Vamos, amigo, quítamelo de encima –suplicó Judd. Nadie respondió, y él yació allí, sin poder moverse.

Al cabo de un rato, alguien empezó a levantar al SS muerto. Judd empujó. Sintió que el cuerpo se movía, así que lo giró hacia un lado para poder salir, con la espalda presionada contra el costado de la trinchera.

–¡Vaya! Es un hijo de puta muy grande –exclamó Buchanan. Una vez que Judd recuperó el aliento y pudo moverse más fácilmente, de alguna manera lograron levantar el cadáver y arrojarlo sobre la hierba.

Griffiths estaba sentado en el otro extremo de la trinchera. En medio de su frente se veía un agujero que parecía pequeño y poco

impresionante, y sus ojos miraban fijamente lo que sea que miraran los muertos. No había mucha sangre, mientras que Judd estaba bañado en ella, como un carnicero en un matadero.

–Bueno, los hemos contenido –dijo Buchanan.

* * *

11:55 horas, en apoyo a la Compañía D

James se sentía desnudo al aire libre. Ninguno de los proyectiles cayó cerca en ese momento, pero había suficientes cráteres para mostrar que la situación podía cambiar fácilmente. Hizo una seña a Whitefield y fue hacia atrás, guiándolo. Sólo había una estrecha zona de campo donde podrían estar fuera de la vista de los tanques alemanes. Detrás de Whitefield iba Martin, con Dove cerrando la marcha. James no quería que el Firefly se quedara atrás, así que lo puso en medio. Ahí estaba. Levantó las manos y, una vez que el Sherman se detuvo, subió al frente y entró en la torreta.

–Baker Tres a Tres Able y Charlie, estamos en un terreno muerto aquí, pero una vez que pasemos aquel árbol pueden vernos. Los alemanes están lanzando otro ataque. Hay entre doce y quince avispones a setecientos metros a nuestra izquierda, pero no saben que estamos aquí. Así que vamos rápido. Cuando me detenga y gire a la izquierda, hagan lo mismo. Estaremos justo en su flanco. Denle cinco rondas de AP y luego nos iremos lo más rápido que podamos. ¿Comprendido?

Los dos sargentos confirmaron la recepción.

–Conductor, avance lo más rápido que pueda.

–Bien, jefe.

–«Por estos dones que vamos a recibir» –entonó Thomson un verso de la oración de Acción de Gracias.

El Sherman se sacudía mientras corría a unos buenos cincuenta kilómetros por hora por el campo. Whitefield siempre parecía capaz de convencer a los motores para que dieran un poco más de sí.

–¡Ahora, a la izquierda! –El Hector II se dio la vuelta.

–¡Mierda! –susurró Collins, aunque le habían dicho qué debía esperar.

Al menos un escuadrón de Panther avanzaba para atacar a los Glamorgan. Sin embargo, a pesar de toda su sorpresa, siguió mecánicamente su tarea, apuntando el arma incluso antes de que James diera la orden de disparar. Pisó el botón coaxial y el trazador se dirigió hacia uno de los tanques alemanes más cercanos. Se quedó corto, así que lo ajustó y, una vez que estuvo en el Panzer, presionó el otro botón y el 75 mm se estrelló. Martin y el tanque Charlie dispararon al mismo tiempo; Dove, un poco más tarde.

James contaba mentalmente y cada disparo parecía tomarse una eternidad. Los alemanes reaccionaron dispersándose. Algunos se detenían y otros giraban todo el tanque o sólo la torreta hacia la nueva amenaza. Uno fue más rápido que el resto, y James observó como el trigo alto se partía tras el veloz proyectil, que se hundió en el suelo y lanzó una lluvia de tierra unos veinte metros delante de ellos. Collins disparó el quinto tiro.

–¡Conductor, gire a la izquierda y sáquenos de aquí!

Otro proyectil perforador se acercó a ellos, y su punta brillante pasó entre el Firefly de Martin y el Sherman de James. Luego volvieron a perderse de vista.

–Señor –empezó Whitefield–. Tal vez tenga que advertirlo de que este tipo de cosas van en contra del Sindicato de Conductores, Copilotos y Trabajadores Asociados.

–Gracias, lo tendré en cuenta.

El sargento Dove interrumpió las conversaciones.

–Tres Able a Baker Three, permiso para quedarme aquí. Creo que puedo hacer algo bueno. Cambio.

James dudó antes de responder. Se suponía que los oficiales debían ser decisivos y tener todas las respuestas, pero necesitaba un momento.

–Baker Tres a Tres Able, repita la solicitud. Cambio.

–Tres Able a Baker Tres, solicito permiso para quedarme aquí. Puedo avanzar de vez en cuando y hacerles la vida más difícil, cambio.

–Permiso concedido, Tres Able. Pero venga cuando lo llame. Es posible que lo necesitemos... Y mucho ojo. No estoy seguro de que vuelvan a caer en la trampa.

* * *

12:15 horas, posición de la Compañía A en el campo pentagonal

–Esto es un objetivo Uncle –dijo Buchanan, con la voz llena de admiración. A lo lejos se elevaba humo, señal del diluvio de grandes proyectiles de toda la artillería de un cuerpo de ejército cayendo a la vez. Estaban atacando las zonas de concentración alemanas, y eso era bueno, pero no era probable que diera un resultado rápido.

–¿Echa de menos ser artillero, señor? –preguntó Judd. El comandante de su pelotón se había quedado con él en la trinchera, porque «bien podría estar aquí como en cualquier otro lugar». Habían sacado a Griffiths con bastante más respeto que por el alemán, pero lo habían hecho para darse espacio.

–Ésa es una pregunta extraña, hijo... No, no, no está fuera de lugar. Simplemente, es extraña. ¿No debería ser oficial?

–La junta encargada no lo cree así, señor. Rechazado y devuelto a la unidad de origen. –Judd se rio entre dientes al recordarlo. Regresar a la unidad no parecía importar mucho en ese momento–. No les gustó que dijera que no cuando me preguntaron si siempre obedecería y daría órdenes sin hacer preguntas.

–¡Realmente temían que fuera un perro amotinado que pretendía propagar la revolución!

–Dije que dependía de la orden. Si alguien me dijera que cubriera una puerta y disparara a cualquiera que saliera, y luego apareciera una mujer con un bebé en brazos, ¡por supuesto que no obedecería!

–Tribunales de selección...

–¿Están mejor en Canadá, señor?

«Coop» Buchanan esbozó una lenta sonrisa.

–No –dijo.

–¡Oh! ¿Sabe lo del apodo?

–Sí.

–¿Y no le importa?

–Algunas de las cosas que llaman a los oficiales son mucho peores. Serví bajo las órdenes de un mayor conocido como Gilipollas Dickens. Además, me gusta Gary Cooper. –El teniente sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció uno a Judd, que sacudió la cabeza–. ¿No? Bien por usted. ¿Tiene novia, Judd? Sé que no le escribe a nadie.

–No, en realidad, no. –Judd pensó en Anne, en las pocas noches que habían salido, en aquellos titubeos en los que la ansiedad de ella se disipaba mucho más rápido que la de él y le dejaba las cosas claras. Sin embargo, era una mujer hermosa y tal vez la persona más inteligente que jamás había conocido–. No. Algún día, espero. Si... –No tenía sentido terminar la frase.

–Si...

Buchanan guardó silencio durante un rato, disfrutando de su cigarrillo. Sus ojos nunca dejaron de moverse, aunque no era difícil pillar la pequeña posición que ocupaba el Pelotón Nueve.

–Debería formar una familia. Los niños simplemente... Bueno, hacen que todo tenga un sentido. El trabajo... Hasta la guerra, supongo. –Buscó dentro de la guerrera y sacó una fotografía de su esposa y sus tres hijos, uno de ellos un bebé en brazos.

–Unos niños encantadores –dijo Judd después de mirar por un momento. La mayoría de los niños le parecían iguales y miraban fijamente a la cámara–. Y su esposa es muy atractiva. –Eso no era mentira, porque tenía los ojos oscuros y una expresión vivaz poco común en las fotografías.

–¡Oiga, encuentre a su propia chica! –Buchanan aceptó de vuelta la fotografía, la miró con cariño y reverencia por un momento, y luego la guardó con gran cuidado–. Queremos más niños, algún día. Tal vez seis o siete, incluso diez. –Resopló–. Supongo que Rosie hace todo el trabajo, pero es tan entusiasta como yo. –Notó la expresión de Judd–. Sí, el nombre de mi esposa es Rosemary y, sí, yo pertenecía a la Policía Montada. Volveré también..., después. Pero no, ninguno de nosotros sabe cantar, y su familia es irlandesa, no india.

–Tiene mucha suerte, señor.

Coop sonrió.

–Sí –dijo.

Una oleada de bombas de mortero los hizo encorvarse. Las siguieron los motores de los tanques, acercándose a cada momento. Había cinco Panther pasando por la izquierda, con las cimas de las torretas apenas visibles por encima del seto y levantando polvareda con sus anchas orugas. De repente, dieron la vuelta y se aproximaron a ellos. De cerca, sus armas largas sobrepasaban el seto. El equipo PIAT se armó y lanzó una bomba que explotó en el seto sin alcanzar el grueso blindaje del tanque. Un momento después, las balas de ametralladora destrozaron la cara del artillero e hicieron girar su cargador. Con un gran destello, las siguió un proyectil de 75 mm y la explosión los destrozó. Otro tanque se detuvo junto al seto, bajó el arma y disparó a tan corta distancia que los sonidos se fusionaron en uno solo. Tres hombres de la sección delantera murieron en un instante cuando el obús explotó dentro de su trinchera. Buchanan tenía una granada de humo y la arrojó. Holdworth gritaba. Tenía otra granada en la mano, hasta que desapareció cuando el proyectil arrasó su trinchera, pulverizando al sargento y al ordenanza que estaban a su lado. Hacía un momento estaban allí y al siguiente ya no.

–¡Vuelvan! –gritó Buchanan a lo que quedaba del Pelotón Nueve–. ¡De vuelta a los árboles!

Judd vaciló, inseguro sobre si debía quedarse con el oficial o dejarlo ir primero.

–¡Maldita sea! ¡Corra! –gritó Coop, y salió de la trinchera.

Judd no tenía su mochila y no se detuvo para recuperarla. Agarró a Bessie la Bren, apuntó con el arma y la arrojó fuera de la parte trasera de la trinchera. Luego salió y empezó a correr, agarrando la ametralladora por el cañón mientras avanzaba, con la culata rebotando contra la hierba. Un proyectil explotó a su izquierda, bañándolo de tierra. La explosión lo hizo tambalearse hacia un lado y dejó caer la Bren. Las balas de ametralladora, dirigidas por una trazadora verde, volaron hacia él. Gritó como un niño y se agachó, casi cayendo de nuevo en una trinchera. Corrió hacia delante sin mirar hacia atrás. No pensaba en otra cosa que en zigzaguear. Algunos hombres que conocía corrían con él, delante, al lado y detrás, pero ni siquiera se miraban. Iban con los ojos desorbitados y la boca abierta para tragar aire, y sólo eran conscientes de su terror y del impulso de huir. Pocos conservaban las armas, y ninguno, sus pequeños fardos. Unos cuantos se desabrocharon los cinturones y trataron de quitarse las correas y las bolsas. Se desviaron hacia la izquierda, sólo porque los árboles estaban más cerca, ya que ansiaban esconderse.

–¡Deténganse! ¡Formen aquí!

Ninguno de ellos prestó atención a la voz. Simplemente, corrieron y corrieron, con el corazón acelerado.

–¡Deténganse o disparo!

Siguieron corriendo y quienquiera que fuese el que les gritaba no abrió fuego.

* * *

12:45 horas, cerca de las posiciones de la Compañía B

Mark y sus hombres habían avanzado poco a poco a través del extenso campo. Disparaban siempre que podían. Bennett disparó todas las rondas de obuses para el mortero de dos pulgadas, y luego comenzó a lanzar las rondas de humo sobre el enemigo. Algunos de

los cañones alemanes guardaron silencio. Comenzaron a avanzar de nuevo sin seguir las tácticas aprendidas en el entrenamiento, sino arrastrándose, disparando y encogiéndose en el suelo, mientras, con suerte, alguien más disparaba. Luego volvían a arrastrarse, y así sucesivamente. Finalmente, se encontraron a no más de veinticinco metros del seto enemigo.

El sargento Jenkins lanzó un par de granadas con gran precisión. Mark pensó que sería un buen lanzador en el campo abierto de críquet. A partir de ahí, sólo pudo admirarlo, porque Jenkins se puso de pie, con la Bren sujeta por una correa en el hombro y sostenida con ambas manos, y comenzó a caminar hacia delante, disparando ráfagas cortas a medida que avanzaba. Las balas pasaron a su lado y por encima de su cabeza, y cayeron al suelo, a sus pies. El sargento siguió caminando, disparando balas hacia la base del seto.

–¡Acuérdense de La Albuera! –gritó–. ¡Vamos los Glams!

Bennett estaba cerca de Mark y se volvió para mirar al oficial.

–¿Qué diablos está haciendo?

–¡Vamos, muchachos!

Ninguno de los muchachos se levantó, pero quedaron maravillados, y todos los que pudieron dispararon tan rápido como les fue posible. Jenkins estaba a medio camino del seto, todavía gritando, hasta que el cerrojo simplemente hizo clic hacia delante. El sargento desenganchó el cargador vacío, lo dejó caer y puso otro, agitándolo un poco para asegurarse de que estuviera en su sitio. Una granada de palo pasó volando por encima del seto, pero quien la había lanzado no pudo verla o no calculó bien, porque pasó por encima de la cabeza del sargento y cayó muy detrás de él, detonando con un suave estruendo. El sargento amartilló la Bren y abrió fuego de nuevo, y luego reanudó su camino.

–Deme el arma –le dijo Mark a Evans. Seguía negándose a llevar un Sten y no era probable que su revólver fuera de mucha utilidad.

–¿Señor? –Mark se la quitó y sintió que le ardía la piel, porque el cañón estaba caliente. El rostro del chico mostraba molestia y

resentimiento, pero ya nada de lo que ocurría era real.

Mark Crawford se levantó.

–¡Vamos! –gritó a sus hombres. Sin mirar si obedecían, corrió detrás del sargento.

Jenkins se abría paso a través del seto. Desapareció, pero Mark oyó algunos disparos más de la Bren. Corrió más cerca y, al tropezar con una raíz, chocó contra el seto con el hombro. Derribándolo con el arma y empujándolo con todas sus fuerzas, logró pasar, a costa de rasgarse los pantalones. El sargento estaba arrodillado, cubriendo el lado derecho, porque había un campo estrecho con otro seto alto frente a ellos. Jenkins lo miró y luego vio algo.

–¡Detrás de usted, señor!

Mark se volvió. Los granaderos Panzer habían aparecido por una esquina a la izquierda. Estaban tan sorprendidos como él, aunque dudaba de que pudieran estar tan asustados. Bajó la Bren, se metió la culata bajo el brazo y apretó el gatillo. El arma disparó una ráfaga larga. La boca saltó tan alto que roció el aire por encima de los cascos alemanes, y éstos dieron media vuelta y corrieron. Jenkins se puso de pie de un salto y corrió tras ellos. Cuando llegó a la esquina, disparó cinco balas, inspiró y soltó otras dos ráfagas. Luego regresó.

–Los tengo –dijo, con tono natural, pero su rostro brillaba de pura alegría. A Mark le pareció desconcertante.

–Será mejor que levante a los muchachos –prosiguió el sargento–. Ah, y coja ese cargador vacío que dejé en el campo. Puede que lo necesitemos.

* * *

13:30 horas, cerca de las posiciones de la Compañía B

Al sargento Dove le estaba yendo bien. A través de la red había informado de que había derribado un Mark IV y un autopropulsado. Por lo que James podía ver, el sargento y su Sherman todavía seguían ilesos, acechando en el terreno muerto y luego avanzando sigilosamente para atacar y hacer correr al enemigo. Tres Able estaba haciendo un gran trabajo, pero lo hacía por su cuenta, así

que, cuando llegó la orden de que el Pelotón Tres ayudara a las compañías B y D de los Glamorgan, sólo estaban los dos tanques para responder a la llamada. El problema eran unas cuantas ametralladoras alemanas que estaban escondidas en los setos de la esquina del campo y los mantenían a todos con la cabeza gacha. Todos los intentos de suprimirlos habían fracasado porque eran un blanco pequeño para los morteros, y las ametralladoras debían estar tan excavadas en el bancal debajo del seto que no les molestaban mucho las armas pequeñas.

De todas los hombres posibles, fue Mark el enviado para mostrarle a James el objetivo. No es que hubiera tiempo para decir mucho. El subteniente de infantería lo guio arrastrándose para mantenerse debajo de un pliegue en el suelo, hasta que pudieron asomarse por encima del borde, y James pudo ver el objetivo. El camino de vuelta pareció durar una eternidad, y todos los músculos de las piernas, brazos y vientre de James protestaron. Después de eso, tenía que encontrar la mejor ruta para sus tanques. Había muchos Panzer por ahí, e incluso si el alcance era largo, un disparo de un cañón alemán era generalmente suficiente para hervir un Sherman. El Escuadrón B había podido hacer buen uso de una posición decente y mucha cobertura para atacar a los Panzer y contenerlos. Aun así, habían destruido dos Sherman. Uno de ellos ardió tan rápido que nadie había podido salir.

Todo tomaba tiempo, lo cual significaba protegerse de las bombas de mortero que caían de vez en cuando. Finalmente, a James se le ocurrió un plan. Mark se despidió de él y se arrastró hacia sus hombres, que estaban excavando frenéticamente junto a la Compañía B. James lideraba, y no simplemente porque no confiaba del todo en que el sargento Martin avanzaría con la audacia necesaria. El Firefly llevaba obuses, pero nadie tenía en mucha estima ese proyectil. Ése realmente era un trabajo para un Sherman común y corriente, y el Hector II era el único que tenía.

Whitefield los hizo avanzar. Al principio, se cubrieron en un pliegue del suelo; luego, en un seto alto, en una zanja, en una arboleda y en otra zanja más larga, y finalmente giraron y se acercaron a

trescientos metros del nido de ametralladoras. Collins descargó una ráfaga contra el seto y luego lanzó tres proyectiles de alto poder explosivo. Martin no se había unido a ellos.

–Tres Charlie a Baker, hay un avispón a novecientos metros de su flanco. Entro en combate. Fuera.

James oyó el ruido del cañón grande y, mientras retrocedían por donde habían venido, notó que el Firefly apenas había salido a la superficie.

* * *

14:45 horas, en las posiciones de las compañías B y D

Mark tenía la ventaja de estar en una trinchera profunda excavada por la Compañía B. Uno de los ocupantes anteriores todavía estaba allí, un cabo al que le faltaba la mitad de la cabeza. Las moscas se arrastraban sobre los sesos y la sangre expuestos sin que les importara nada de lo que Mark hiciera. Evans compartía la trinchera, pero el chico había seguido adelante, llevando una bandolera con municiones .303 a los hombres de la Compañía B. Mark estaba ocupado llenando un cargador Bren, e insertaba las balas una por una. Cuando tuviera listo un par, esperaría un momento de tranquilidad y luego correría hacia su sección delantera para entregárselos. Les había dado la Bren que él y Evans habían usado para reforzar su potencia de fuego. Jenkins parecía inclinado a quedarse con la suya.

El cartucho estaba lleno, y Mark lo metió en una mochila para que fuera más fácil de transportar. Toda la Compañía D estaba ahora delante, apoyando los restos de la Compañía B. La Compañía C había recibido una paliza y se había visto obligada a retroceder, pero todavía se mantenía justo enfrente de la aldea. La Compañía A había desaparecido. De vez en cuando se tomaba un momento para desear que Judd estuviera bien, pero realmente no tenía mucho tiempo para pensar. Se sentó de espaldas al fondo de la trinchera y luego se enderezó, asomando la cabeza por encima del borde. Había descubierto que eso era mejor que mirar desde el frente. La cabeza quedaba menos expuesta y podía ver más.

La delgada figura de Evans salió corriendo de una trinchera y se sumergió en otra. Estaba de regreso y pronto estaría allí. Había un montón de Panzer a unos ochocientos metros delante de ellos, repartidos por los campos de trigo de una manera aparentemente desordenada, y al menos una docena más que giraban alrededor de su flanco izquierdo a una distancia similar. Otros estaban a su derecha. Disparaban ametralladoras y obuses cuando les apetecía, y se les unieron más Spandau, disparadas por la infantería que se escabullía entre los setos y los campos. Los Glamorgan respondían cuando podían, aunque no parecía importar mucho.

La Artillería Real los estaba salvando. Hora tras hora, cientos de cañones respondieron a la llamada y arrasaron los campos que tenían delante. Algunas veces cayeron justo delante, y en una ocasión llegaron encima de la posición cuando una oleada de granaderos estuvo a punto de sobrepasarlos. Se había sentido como el fin del mundo. La violencia y el calor de las explosiones fueron tan espantosos que Mark quedó paralizado, luchando por respirar e incapaz de pensar. Sin embargo, todavía estaban allí. Sin duda, los alemanes seguirían llegando, pero, mientras los cañones siguieran matándolos, los Glamorgan podrían resistir. Siempre que quedara alguno. Los alemanes tenían sus propios cañones y también morteros, y, aunque carecían del número y el suministro inagotable de proyectiles de los aliados, seguían siendo mortíferos.

Mark observó como Evans saltaba desde otra trinchera y corría para sumergirse en la suya.

–Bien hecho, muchacho –le dijo.

Unos segundos más tarde, un proyectil entró rápidamente en la trinchera que el joven acababa de abandonar y estalló en llamas, acompañadas de un espeso humo negro. Los dos hombres que estaban dentro no tenían ninguna posibilidad. Mark se preguntó si había habido tiempo para el miedo o para el dolor antes de que se convirtieran en un manojo de vísceras. Los cadáveres que había visto en las últimas semanas, los hombres con el estómago del revés y los cuerpos desgarrados y aplastados por los proyectiles o los

tanques no se parecían a las pinturas ni a las fotografías que veía. Para ser franco, parecían profanaciones de la vida, sucias, desordenadas e incluso viles. Le costaba creer que semejantes montones de estiércol hubiesen podido contener un alma alguna vez.

* * *

16:55 horas, cerca del cuartel general del batallón

Los supervivientes del Pelotón Nueve y el resto de la Compañía A fueron llamados a reunirse en el batallón y se les dijo que descansaran en los huecos dejados por la Compañía D. No quedaban muchos, aunque se rumoreaba que algunos habían logrado unirse a los Borderer escoceses. Por alguna deprimente casualidad, quedaban nueve hombres del Pelotón Nueve. Habían sido diez, pero un soldado, uno de Newport de rostro sombrío y duro como unas botas viejas, se había derrumbado en lágrimas. Se había acurrucado en el suelo sin dejar de sollozar, hasta que finalmente lo llevaron al cuerpo médico para que le diera una inyección de algo. Judd se alegró, no por el hombre en sí, sino porque le preocupaba que si lo oía durante mucho más tiempo se uniría a él.

–Podría estar bien dentro de uno o dos días –dijo Buchanan a los demás, antes de salir a buscar armas y equipo para reemplazar lo que se había perdido.

Judd se preguntó si era posible que volviera a estar bien algún día. Algunos de los subordinados del intendente aparecieron con un carrito y sirvieron tazas de té humeante. Judd bebió con avidez, casi ahogándose, pero logró contener el líquido. Debía de haber algo de ron en el té, aunque no mucho. Lo apuró hasta los últimos posos y sintió más calor por dentro. Le ardía la garganta.

El viento traía consigo un olor a llamas y a quemado, en gran proporción, junto con un olor químico que recordaba muy bien. Una tropa de Cocodrilos Churchill, los tanques lanzallamas, había llegado para apoyar a los Glamorgan. De una forma u otra, los alemanes habían sido retenidos, y ahora el batallón estaba contraatacando para recuperar el terreno perdido. El coronel apareció, hizo un rápido

escaneo de los restos de la Compañía A y siguió su camino. Un poco más tarde, llegó alguien más pidiendo voluntarios para ayudar a los camilleros. La mente de Judd quería decir que sí desesperadamente, pero su boca no emitía ningún sonido y sus piernas se negaban a moverse. Se quedó mirando a la nada y el hombre se fue sin ayuda. Después de un rato, Judd se quedó dormido.

D + 28, martes, 4 de julio 17:35 horas, valle del Odón

Los Glamorgan avanzaban, y una vez más Mark estaba con un grupo enviado para familiarizarse con las posiciones que ocuparían. La situación de aquel batallón era idónea, ya que la mayoría de sus posiciones estaban en la pendiente inversa de una colina y no bajo observación directa del enemigo. Realmente era una sensación agradable poder caminar a la luz del día sin miedo a francotiradores o proyectiles, aunque eso cambió a medida que se iban acercando a las posiciones avanzadas y los puestos de escucha en la pendiente delantera. La mayoría de ellos estaban ocultos por arboledas, pero pronto todos tuvieron que arrastrarse para encontrar un buen camino. La hierba estaba húmeda por la lluvia, por lo que acabaron mojados y embarrados. Aun así, todo daba la impresión de ser un lugar mejor que muchos otros, y sólo eso ya era un buen cambio.

Mark estaba cansado, pero todavía le resultaba más fácil concentrarse que en los primeros días. Tenía una mejor idea de lo que era importante y lo que no, así que guardó su energía para lo primero. En definitiva, consideraba que tenía una buena idea de la posición. El batallón ocupante despreciaba al regimiento de infantería al que se había enfrentado, y esa impresión se vio reforzada cuando trajeron a algunos prisioneros, vestidos con uniformes que no les quedaban bien y con expresiones de derrota. Uno de ellos estaba herido en una pierna y yacía en una carretilla empujada por los demás. Después de un breve interrogatorio, un cabo los condujo de regreso a la brigada, partiendo un poco antes de que el grupo de avanzada de los Glamorgan regresara por el camino principal a través del bosque.

Un Sten emitió su distintivo ruido metálico en algún lugar bastante cercano, pero no demasiado. Cuando Mark y los demás llegaron a los transportadores, el cabo regresaba en dirección a ellos empujando la carretilla vacía. Tenía el casco echado hacia atrás sobre la cabeza y fumaba un cigarrillo con una expresión de profunda satisfacción en el rostro. Llevaba un Sten colgado del hombro. Nadie dijo nada, y Mark no rompió filas. Algunos batallones eran extraños; familias que podían pelearse entre sí, pero que cerraban filas contra los forasteros. Aparte de eso, Mark no había visto nada más. Existía la posibilidad de que el cabo hubiera encontrado a otra persona para llevar a los prisioneros hasta su destino o de que la ráfaga de fuego no hubiera tenido nada que ver con él. La conciencia de Mark insistía en que ninguna de las dos cosas era muy probable. Pero no le hizo caso, ya que estaba más preocupado por conseguir algo de comer antes de que trajeran a los Glamorgan a aquella posición.

* * *

19:30 horas, cerca de Bayeux

James estaba sentado dentro de la casa de campo que se usaba como cantina y volvió a llenar su copa de vino. Bebía mucho, más que nunca, aunque se resistía al feroz Calvados, lo que los normandos llamaban, entre risas, sidra. Un dedal lleno de esa sustancia lo dejaría boca arriba, roncando. El vino sabía mejor y era más suave en el olvido pasajero que ofrecía. El 165.º RAC había regresado del frente, pero nadie parecía saber por cuánto tiempo. Ciertamente, no había señales de que los alemanes se retiraran pronto. Era bueno estar fuera de la torreta, y estar limpio y seco mientras durara. James bebió a grandes tragos y pronto la copa volvió a estar vacía.

D + 30, jueves, 6 de julio 14:45 horas, Bayeux

Judd tomó un sorbo de café. Resultó ser bastante bueno, mejor de lo que esperaba después de todas las historias sobre el racionamiento en la Francia ocupada. Quizás el 21.º Ejército lo había traído consigo o, si eran realmente sensatos, habían intercambiado algo con los estadounidenses para conseguir un suministro y luego alguien había hecho un trato con el dueño de la cafetería. La magnitud y seguramente el coste de la guerra a menudo lo asombraban. También la cantidad de despilfarro y corrupción.

Meses y meses atrás, en otra vida, lo habían enviado a un depósito después de fallar en la junta de cargos. Estaba lleno de los típicos personajes atraídos por esos lugares, y, aunque lo único que se esperaba que hiciera era buscar y cargar, descubrió que estaba involucrado en algo más. Una noche, lo mandaron con un veterano y una carga de tres toneladas de cajas. Habían salido del campamento y se dirigieron a un garaje en un pueblo, donde los esperaban otro par de soldados. La mayoría de las cajas fueron a parar a un par de cobertizos, y el resto a una furgoneta civil. El dinero cambió de manos, fajos de grandes billetes blancos de cinco libras. Le ofrecieron su parte, pero se negó. El ambiente se puso feo y uno de los hombres cogió el astil de un pico. Querían saber si los iba a denunciar. La idea nunca se le había pasado por la cabeza. La vida escolar le había inculcado que chivarse era un crimen espantoso que nunca debía contemplarse ni perdonarse. Dijo que no era un soplón, ya que «informante» no le parecía la palabra adecuada para aquella compañía. No diría nada y no quería nada. Les dijo que le traería mala suerte y que con la invasión inminente necesitaba toda la que pudiera tener. Le creyeron, al menos por el momento, y afortunadamente llegó su destino y ya estaba fuera del campamento a la tarde siguiente. Los malhechores seguramente habrían desplumado a una docena más de camiones desde entonces o estarían cumpliendo condena en la prisión militar. De cualquier manera, no le importaba.

Judd se reclinó en la silla, otro gran pecado en la escuela preparatoria, al menos en lo que respectaba a los maestros. En ese

día glorioso, el sol calentaba y le agradaba sentirlo en el rostro. Notó el silencio después de un rato, pues en realidad no había estado prestando atención. Mark Crawford hacía la mayor parte del trabajo. Charlaba, estaba ansioso por agradar y compartía todas las noticias que podía.

–¿Tienes pensamientos profundos, William? –preguntó James Taylor–. ¿De los que sólo los de rango elevado se atreven siquiera a contemplar, mientras que nosotros, simples mortales, nos escabullimos en las sombras?

El soldado de primera Judd sonrió.

–No, sólo estaba pensando que hace un hermoso día y que este café es bueno.

–Sabiduría, Mark, ¿lo oyes? Sólo los pensadores más profundos entienden las cosas simples con tanta claridad.

–Aristóteles y yo –dijo Judd, cruzando los dedos–. Somos así, sólo que yo soy el inteligente.

–También modesto –dijo Mark–. Tendré que guardar mis laureles. ¡Hoy es un simple soldado de primera, pero seguramente con un bastón de mariscal en la mochila!

Bill Judd se rio con ellos. Todavía no estaba acostumbrado al cambio. Hacía unos días se había escapado y se había asustado muchísimo, y la respuesta había sido ascenderlo. Bueno, en realidad no era un ascenso, ya que el de soldado de primera era un nombramiento, no un rango formal, lo que conllevaba un poco de responsabilidad adicional, muy poca autoridad y ningún aumento salarial. Ahora era cabo de una sección, la mayoría de cuyos miembros eran completos desconocidos.

Un capitán de uniforme inmaculado los fulminó con la mirada al pasar, sin duda cumpliendo alguna tarea vital y peligrosa que sólo conocía el Cuerpo del Ejército. Bayeux estaba lleno de los de su categoría, en su mayoría británicos, algunos canadienses, algunos estadounidenses y Dios sabe qué más; las armas de apoyo, los administradores y abogados del Ejército de Liberación Británico y los

peculiares ciclistas. También estaban los soldados, una raza completamente diferente, ya fueran los que todavía esperaban entrar en acción, pero sabiendo que el momento se avecinaba, o el resto, que la habían visto y sobrevivido hasta ese momento. Ese ejemplar en particular evidentemente desaprobaba que dos oficiales compartieran mesa con alguien sin rango y lo trataran como a un igual. Sin duda era perjudicial para la buena disciplina.

James se puso de pie y levantó su copa de vino.

–Mi querido amigo, ¿se unirá a nosotros? Éste es Mark Mignon, de las Mujeres Francesas Libres, y éste, mi hermano gemelo Augustus Dobbin, que está en el Servicio Secreto y es muy silencioso. Lo acaban de condecorar por limpiar ventanas bajo fuego. En realidad, es mi gemelo idéntico, pero va disfrazado.

El capitán se quedó allí, parpadeando.

–Y yo –añadió James agitando su copa y derramando la mitad del contenido sobre los demás– soy el conde de Montecristo, a su servicio. –Hizo una reverencia y perdió la mayor parte del vino.

–Está loco –dijo al fin el capitán–. Pero buena suerte. Buena suerte a todos –dijo, y se alejó.

–¡Muy bien, caramelito! –le gritó James. Sólo iba por su tercera copa, pero estaba actuando como algunos de los hombres de Judd cuando un granjero les dio Calvados, o al menos como actuaron antes de desmayarse.

–No creo que quisiera hacer ningún daño –dijo Mark, con cara de preocupación.

El rostro de James era beligerante.

–Bueno, que le den. ¿Por qué no podía tener la cortesía de ser un verdadero zepelín reaccionario, en lugar de un tipo bastante decente a su manera...? ¡Gilipollas! –añadió al cabo de un momento.

Ése no era el viejo amigo, capitán del equipo de críquet y aspirante a escritor que recordaba Bill Judd. Se había topado con los otros dos en la calle y lo habían presionado para que se uniera a

ellos. Hasta ese momento, el ambiente había sido alegre, lleno de risas y alejado de la guerra.

–*Garçon!* –llamó Mark al camarero–. Dos vasos más... Quiero decir, *deux tas*. No, no, que es vidrio. ¡Oh, diablos...! –Mostró su propia copa y levantó dos dedos de la otra mano–. ¿Quieres otro café, Bill? ¿No? ¿Estás seguro?

Judd hizo señas al camarero y le explicó que con una *demi-bouteille* estaría bien.

–Oh, bueno, si vas a recordar tu vocabulario... –dijo Mark alegremente–. Sabes que eso no es más que presumir.

James estaba apretando y aflojando la mano izquierda, pero tenía el rostro menos tenso. Definitivamente, había cambiado, incluso más que Mark, y más que él mismo, supuso Judd. Le vino a la mente una frase del libro *Winged Victory*, sobre ver a un joven comandante de batallón con sus oficiales. Algo así como «había trabajado en un banco antes de la guerra y parecía que después les robaría». James siempre había parecido un alma gentil y generosa, competitivo como cualquier hombre en el campo de críquet y tan amable como el verano el resto del tiempo. Hasta donde podía recordar, James Taylor nunca había tenido una pelea en la escuela, porque su encanto y buen carácter implicaban que nunca había necesitado pelear. Ahora no había duda de que podía luchar. Había estado en eso más tiempo que los demás, pero el tiempo ya no parecía importar.

–Lo siento –dijo James por fin, como si notara su presencia por primera vez–. Sorprendentemente, en mala forma. Creo que me he acostumbrado a solucionar todos mis problemas con unas cuantas rondas de obuses o un cinturón de la Browning. –Se encogió de hombros–. Vamos, Mark, debe de haber noticias de casa. La gata de alguien tuvo gatitos, ese tipo de cosas... Cuéntanos todos los detalles sórdidos, si el seductor es el gato atigrado o el gato negro.

–Mucho me temo que no. Las acciones de la población felina se les han escapado a mis corresponsales. Oh, he oído que un

sinvergüenza llamado Jim Taylor se ha comprometido con la señorita Penelope Stevens, la solterona de la parroquia.

James se tocó la nariz con un dedo.

–Sí, ese tipo es un sinvergüenza, y no me equivoco. Probablemente, tuvo que proponerle matrimonio... No, eso es de mal gusto. Anula eso.

–Muchas felicidades –dijo Judd, extendiendo la mano para estrechar la de su amigo–. Es realmente maravilloso.

–No parece real, para ser honesto.

–Bueno –continuó Mark, sintiendo que James no deseaba decir más–, el otro conjunto de amonestaciones es bastante más decepcionante para los señores Crawford y Judd. ¿Habéis oído que Anne Davis está comprometida con un yanqui?

–No. Ah, bueno. –Judd no se sorprendió mucho. Sabía que sus perspectivas allí no eran buenas. Uno o dos años de diferencia eran mucho cuando la mujer era la mayor. Eso era difícil de superar, y tampoco era que él tuviera mucho que ofrecer–. Bravo por el yanqui. Estará muy ocupado.

–¡Querido muchacho, te estás poniendo vulgar! –dijo James. Había llenado su copa y ya estaba cerca de hacerlo otra vez. Estaba empezando a arrastrar las palabras–. Ella es una muchacha grande, y no te equivoques. Está en la Armada, por supuesto, y este chiste es sobre las chicas de la reserva del Ejército, pero estoy seguro de que se aplica. ¿Sabes en qué tallas vienen los sujetadores de las reservistas?

–Me temo que esa información se me ha escapado –respondió Bill Judd.

James les sonrió. No había duda de que estaba actuando. Judd supuso que todos lo hacían de diferentes maneras. Fingían no tener miedo para que todos los demás pensaran que eran el único y de alguna manera todos seguían adelante. Ése era James fingiendo ser el joven y atrevido oficial de caballería.

–¿Te rindes? ¿Y tú, Mark?

–Ni idea.

–Bueno, parece que tienen cinco tallas, y el intendente mira a la chica y elige: «¡Pequeña, mediana, grande, gran escocesa y vaya por Dios!».

Se rieron cortésmente, aunque James no pareció darse cuenta. Se puso en pie.

–Necesito estar en contacto con la naturaleza –anunció–. ¡Dios mío, esta cosa se me ha atravesado! –Cuando se hubo ido, Judd se inclinó hacia Mark.

–Creo que será mejor que lo lleves de vuelta. –Habían hablado de ir todos a un concierto de la Asociación Nacional de Entretenimiento, pero era poco probable que su amigo estuviera en condiciones de hacerlo.

Mark asintió.

–Su regimiento está en un campo de descanso, como nosotros, pero creo que han estado intentando darle un descanso más largo. Dijo que existía la posibilidad de que lo enviaran de regreso a Inglaterra para seguir un curso.

–Bien.

–Eso parece, pero dice que no puede irse. No tan pronto, y menos cuando otros tienen que quedarse. –Mark bajó la voz–. Si me preguntas, creo que lo desea desesperadamente y por eso no puede ir. Por algo de lo que dijo antes de encontrarnos contigo, que se siente muy responsable de su tropa. Supongo que son las decisiones que tienes que tomar. Dile a un hombre que vaya allí, y se encuentra con una bomba, o se aleja de ella. Es... Bueno, no lo sé. –Mark también había cambiado, más de lo que Judd se había dado cuenta. El viejo Mark ni siquiera habría pensado así, y mucho menos lo hubiera dicho.

–Perdón por lo de Anne –dijo Judd para cambiar de tema. No se ganaba mucho hablando de esas cosas–. Si te sirve de consuelo, cada vez que salía con ella, se pasaba la mitad del tiempo preguntando por ti.

–Ah, bueno, si al menos hubiese sido las tres cuartas partes del tiempo, podría haber tenido una oportunidad. Aun así, si hubiera recibido la noticia en Inglaterra, creo que me habría desconsolado. Aquí fuera..., bueno, aquí no parece importar mucho, en realidad. No parece real... No es que piense que volveré y la tomaré en mis brazos, no. Es todo eso: hogar, chicas guapas... Ya no es real. Tal vez algún día. –Judd sonrió y levantó su copa casi vacía.

–¡Aquí está el tal vez!

–¡De juerga, ya veo! –declaró James cuando regresó–. Soldados rudos y licenciosos en carne y hueso... ¡Y es tan bueno veros a ambos!

Judd se había acostumbrado a los borrachos desde que se unió al Ejército, pero estaba feliz de dejar que Mark lo manejara. Se despidió de ellos y salió a la calle. Había soldados y vehículos por todas partes, y entre ellos, algunas muchachas militares, enfermeras y oficinistas. Al igual que las mujeres civiles, siempre eran el centro de atención entre las grandes multitudes de hombres. Bayeux estaba lleno de actividad, un mar de color caqui con destellos en los hombros, y tocados y gorras con insignias de docenas de regimientos y cuerpos. Era extraño que incluso hombres desesperados por descansar se tomaran la molestia de emperifollarse antes de hacerlo. Tal vez sus unidades habían insistido, pero Judd había tenido mucho cuidado con su apariencia, cosiendo todas las insignias en su guerrera de batalla recién recibida. Nadie se lo había dicho, aunque sospechaba que probablemente lo habrían hecho de no haberlas cosido. No necesitaba que se lo dijeran, simplemente lo hacía por hábito. Una muestra de hasta qué punto el Ejército le había metido sus garras... En realidad, a todos ellos.

Se encontró con Davison, el muchacho de Port Talbot, y poco después se toparon con Douglas, excombatiente de la Brigada Internacional, cuando regresaba pasando una larga cola en dirección a una casa que mostraba una luz roja.

–Tal vez necesite ver al médico cuando regrese –les dijo–. ¿Tienes fuego? –Davison le ofreció una cerilla y encendió otro cigarrillo. Judd negó con la cabeza.

–En momentos así, extraño al viejo Cornelius. ¡Miserable imbécil! –A pesar de que habían luchado en bandos opuestos, existía un vínculo entre los dos veteranos de España, y de vez en cuando se habían embarcado juntos en una larga jornada libertina.

Le explicaron que iban al espectáculo, y Douglas se unió a ellos. Fuera de servicio, en lo más cercano a un permiso durante la campaña, los tres hombres caminaron marcando el ritmo sin siquiera darse cuenta. Lo mismo hacían casi todos los demás grupos que pasaban.

El espectáculo fue lo de siempre: el inevitable comediante obsceno, el viejo tocando el acordeón, algunos trucos de magia y un par de bailarinas de muslos poderosos que daban muchas patadas altas y poco más. No importaba, porque el público estaba feliz de comerse con los ojos sus piernas. Aparte del acordeón, había un piano, tocado por un hombre desdentado que parecía un párroco excomulgado. No es que la calidad importara. Nunca lo hacía. Al Ejército le encantaban sus conciertos, y la mayoría de las veces encontraba voluntarios, hombres dispuestos a aceptar ser voluntarios. En el pasado, Bill Judd había perpetrado graves daños a varios monólogos del cómico Rob Wilton, e incluso se había hecho un lío con sus líneas en una interpretación de *El tren fantasma*.

Había tres cantantes, ninguno con nombres conocidos, aunque se rumoreaba que el famoso George Formby Jr. vendría en aproximadamente una semana. Primero salió un tenor, inmensamente gordo, a pesar de años de racionamiento, y con una voz decente, aunque demasiado tensa. Mantuvo el tono sentimental todo el tiempo, y eso les gustaba a las filas de soldados. Un poco más tarde, apareció una cantante romántica, con un ceñido vestido rojo con largas aberturas a los costados, que imitaba el acento americano y coqueteaba con los soldados mientras cantaba a todo pulmón *Begin the Beguine* y *Over the Rainbow*, y cosas por el estilo.

Incluso cantó *Allá lejos y hace tiempo* para estar al día. Les encantó, y silbaron y agitaron las gorras en el aire.

Justo antes de que todo el elenco se reuniera para el final, salió una joven. Debía de tener edad suficiente para que le permitieran unirse a la asociación, pero aparentaba dieciséis años o incluso menos. El público se quedó en silencio. Cantaba canciones sencillas, tan llenas de sentimiento que parecían empalagosas, algunas muy inglesas y otras al estilo de la canadiense Deanna Durbin. Todos estaban absortos, inmóviles y absolutamente silenciosos. Cuando terminó con *Beneath the Lights of Home*, Douglas sollozaba con el rostro escondido entre las manos, y no era el único. Aquello había sido una muestra de algo diferente, algo difícil de definir y algo que muchos, la mayoría, nunca habían conocido realmente y que nada tenía que ver con la guerra. Cuando la última nota se desvaneció de la voz más bien débil de la chica, aplaudieron y patearon pidiendo más. Parecía casi avergonzada cuando hizo una pequeña reverencia, con el rostro ruborizado y los ojos modestamente bajos, como la hermana pequeña favorita de todos.

Después, cuando aún faltaba media hora para que llegaran los camiones para llevarlos de regreso al campamento, Douglas declaró que se iba a mojar de nuevo el churro y les preguntó si querían acompañarlo. Davison miró el reloj y dijo que no. Judd también, aunque se preguntó si la tentación habría sido más fuerte si no fuera por el concierto.

–Como queráis –les dijo Douglas–, pero podría ser vuestra última oportunidad. –Volvió a la carrera justo cuando los camiones estaban listos para partir, aproximadamente media hora más tarde, con un alegre–: ¿Alguien tiene un cigarrillo?

Regresaron al lugar donde estaban acampados los Glamorgan. No quedaba lejos, sólo a unos tres kilómetros, pero todo estaba tan lleno que les tomó una hora. Incluso en comparación con el día que llegaron a tierra, la campiña normanda estaba repleta de camiones y tanques, cañones y vehículos de transporte, semiorugas y *jeeps*, depósitos de municiones, depósitos de combustible y depósitos de

suministros, y soldados por todas partes. El frente no había avanzado lo suficiente para seguir el ritmo del flujo que salía de los barcos.

–Los muy cabrones pronto volverán con lo mismo –dijo Davison, con toda la melancolía de un galés del sur.

D + 34, lunes, 10 de julio 5:00 horas, valle del Odón, al norte de la colina 112

El sol era una bola roja en el este, incendiando el cielo y las nubes en arreboles tan maravillosos que verlo equivalía a sentir toda la alegría y la tristeza del mundo. Era un amanecer tan perfecto que, si algún pintor hubiera tenido el genio para capturar cada aspecto de él, entonces el ojo no lo aceptaría y lo descartaría todo como falso y exagerado.

En aquel momento, más de mil cañones británicos dispararon contra objetivos previamente registrados en el lado sur del valle. Había cientos de cañones de veinticinco libras de la artillería de campaña, y, con diferencia, de ellos salían la mayoría de los proyectiles que volaban contra el enemigo. Luego estaban los cañones medianos de 4,5 pulgadas, que lanzaban un proyectil con más del doble de peso, y los cañones de 5,5 pulgadas, cuyo proyectil era cuatro veces más pesado. Sin embargo, el mar todavía no estaba muy lejos, por lo que el *HMS Rodney* añadió proyectiles de 16 pulgadas, que pesaban unas dos mil libras, a la avalancha que cayó donde los aliados creían que se escondían los alemanes.

–¡Dios! –exclamó el soldado Kennedy, con la boca abierta y protegiéndose los ojos con las manos.

El suelo tembló, el aire parecía palpitar y los sentidos se embotaron por el ruido de tantos misiles lanzados sobre sus cabezas. Davison dio una calada a su cigarrillo, con la espalda apoyada en una pared baja, y dejó claro que no estaba impresionado.

–¿Cómo puede quedar algo vivo bajo eso? –preguntó «Nobby» Clarke.

Davison se permitió el lujo de lanzar un resoplido burlón.

–Sólo alégrate de que estemos en reserva, chaval.

A lo largo de un amplio tramo del Odón, se iniciaba una nueva ofensiva, pero, por el momento, eran los otros dos batallones de la brigada los que debían liderar y apoyar. Se decía que era poco

probable que entraran en combate aquella mañana, y tal vez no lo hicieran hasta el día siguiente.

–¿Eso es humo? –preguntó Kennedy. Estaban en el linde del área de concentración de los Glamorgan, en el borde de una colina, y podían ver dónde se producía el bombardeo.

–¡No, es nieve! –espetó Davison–. ¿De dónde diablos os han sacado? Por supuesto que es puto humo. Los pobres diablos llegarán pronto. Siéntate, tío, por el amor de Dios. ¡Tú también, Nobby! ¡Eres más ruidoso que los putos cañones!

Los dos hombres se sentaron y trataron de parecer tan desinteresados como Judd, Davison y los otros veteranos, que estaban haciendo todo lo posible para que pareciera que habían visto todo aquello antes. En verdad, Judd estaba casi tan asombrado como los jóvenes. El bombardeo antes de su primer ataque había sido grande, pero ése era mucho mayor. Si el humo y el polvo llegaban muy lejos en su deriva, probablemente taparían el sol y harían que sintieran frío. Había oído a algunos soldados decir que, cuando la RAF bombardeó Caen unos días atrás, parecía invierno, ya que la nube de polvo ocultó el sol y todo quedó en penumbra. El norte de la ciudad quedó finalmente en manos británicas, más de un mes después del Día D y después de pulverizar la mitad de las calles.

Desde lo ocurrido en Rauray, los Glamorgan se habían reorganizado. Todos los hombres que quedaban en las bases de operaciones habían sido reclutados como reemplazos, junto con docenas de otros regimientos, a quienes rápidamente se les entregó una nueva insignia de gorra. Aun así, simplemente no había suficientes fusileros para reemplazar las pérdidas, porque todas las demás unidades comprometidas estaban perdiendo hombres a un ritmo similar. En lugar de tener compañías muy pequeñas, Dorking-Jones decidió pasar de cuatro a tres, dejando de existir, por el momento, la Compañía A, cuyos miembros reforzaron a las demás. El Pelotón Nueve de Buchanan estaba ahora en la Compañía D, aunque mantenía resueltamente su número anterior. Judd estaba a

cargo de la Sección Tres, y Davison era el único otro hombre con experiencia. Además, tenía a Clarke y Protheroe con las Bren, y a Kennedy y Button como fusileros. Todos eran nuevos y parecían muy jóvenes.

Judd se preguntó si debería intentar enseñarles todo lo que pudiera, incluso en esa etapa avanzada, pero decidió no hacerlo. Probablemente, los preocuparía más de lo que podría ayudarlos, y lo principal que había aprendido era que la suerte significaba más que cualquier otra cosa. Buchanan era un buen oficial, y eran afortunados de contar con él. Las otras dos secciones eran similares en tamaño y composición. Todavía no tenían un mortero de dos pulgadas ni un PIAT propio, aunque Coop había dicho que un equipo traía uno de la compañía del cuartel general. Había veinte hombres en el Pelotón Nueve, el último era el recién ascendido sargento Reade, el «Rusty» Reade de largas hojas de cargos y frecuentes deserciones que había aparecido antes de que embarcaran y había demostrado ser un excelente soldado desde entonces.

–Desayunen algo, muchachos –les dijo Reade, recorriendo el pelotón–. Seguramente, será un día largo y será mejor que les den de comer. Coman todo lo que puedan y, cuando ya no tengan hambre, coman un poco más. Lo necesitarán. –Su piel, cetrina y marcada por una vida dura y agitada, nunca parecía realmente limpia, y sus dientes estaban amarillos.

Reade no era alguien a quien fuera fácil estimar, y Judd se preguntó si se lo habían mandado a Buchanan porque pensaban que el canadiense era lo suficientemente duro como para controlarlo.

–Cabo Judd.

–¿Sí, sargento?

–Coja dos hombres y recoja algunas granadas más. Mueva el trasero y póngase en marcha.

–Sí, sargento.

–Protheroe, Button, vengan conmigo. –Se sintió raro al dar una orden, incluso una tan simple como ésa.

Los dos recién llegados se marcharon charlando entusiasmados. Pasaron por el Pelotón Diecisiete de Mark Crawford y el Pelotón Dieciocho, comandado por el sargento mayor Wentworth. Antes de que pudieran regresar, se oyó un único disparo. Alguien de la Compañía C se había pegado un tiro en la mano izquierda.

* * *

17:00 horas, puesto de observación,a ochocientos metros al norte de la colina 112

El ataque se había estancado. A lo largo de toda la línea, los batallones habían avanzado a la Hora H, abrazando el bombardeo lo más cerca que podían, con los tanques Churchill como apoyo. Caminaron hacia una tierra devastada de cráteres y árboles caídos. Los ataques directos a las trincheras alemanas dejaron cadáveres y pedazos de ellos esparcidos por todas partes. Sin embargo, no todos los alemanes estaban muertos, heridos o enloquecidos por el diluvio de proyectiles. Habían techado sus refugios con madera y varios metros de tierra, y, a pesar del horror, unos cuantos todavía estaban allí cuando se levantó el bombardeo. Las Spandau fueron colocadas de nuevo en su lugar, se revisaron los cinturones de carga, se retiraron los cerrojos y luego se las volvió a empujar hacia delante, y, tan pronto como las sombras oscuras aparecieron en el humo, las ametralladoras comenzaron a derribarlas. Los rifles chasquearon, los morteros pronto agregaron sus bombas, se llamó a la artillería y los refuerzos avanzaron para afrontar el ataque.

Los británicos siguieron adelante. Los hombres se perdían entre el humo y, en la mayoría de los casos, pasaban sin darse cuenta junto a los refugios alemanes. De repente, grupos de soldados se encontraron recibiendo disparos tanto por detrás como por delante. Casi todo el pelotón murió o resultó herido cuando una salva de una batería de 5,5 se quedó corta y cayó directamente sobre ellos. Hubo avances, pero fueron lentos. Había que luchar por cada campo, cada boscaje y cada huerto devastados, cada casita de cada pequeña aldea, y luego luchar de nuevo cuando llegaban los inevitables

contraataques, mientras las casas quedaban reducidas a ruinas y las unidades de ambos bandos se marchitaban en la tormenta.

–Caballeros aquello es la colina 112 –dijo Dorking-Jones al grupo operativo de los comandantes de su compañía, a los indispensables artilleros y tanquistas del Escuadrón B del 165.º RAC.

James era uno de estos últimos, al igual que el coronel Leyne, y todos se sentían mejor con él nuevamente a cargo. Se habían aproximado a un puesto de observación cerca del cuartel general de uno de los batallones líderes, y se había enviado a dos para apoderarse de la colina, pero lo más cerca que lograron llegar, antes de que el peso del fuego alemán los inmovilizara, fue a unos quinientos metros.

–Les echaron todo encima –explicó Dorking-Jones–. Nebelwerfer, cañones medios, morteros, artillería autopropulsada, tanques..., muchos Tiger, absolutamente todo. En su mayoría, de la 10.ª División Panzer SS, pero también algunos de esos cabritos de la 12.ª SS. Bueno, no importa quiénes sean. Son unos cerdos, huesos duros de roer, eso lo sabemos todos, y hay que desenterrarlos uno por uno, volarlos en pedazos o enterrarlos. Sin embargo, la división considera que los ataques de hoy han atraído a todos los refuerzos a esta zona del bosque. Les damos una noche y serán más, porque pueden apostar su vida a que esos demonios se apresurarán a concentrarlo todo en este lugar mientras hablamos. Pero eso significa que tenemos una oportunidad, un momento en el que podemos entrar y tomar el terreno elevado. Ahí es donde entramos nosotros. Los Glamorgan deben avanzar y tomar la colina 112, y luego mantenerla.

El sonido de fondo era de combate constante y algunos ruidos venían de no muy lejos, pero aun así James sintió que el grupo se había quedado en silencio. Aquél era el primer día de la operación Jubileo. ¿Por qué se les ocurrían nombres tan extraños? Hasta el momento no había mucho que celebrar. Esta vez, los nombres en clave de todos los lugares eran pueblos y ciudades, e incluso había

un Cardiff entre ellos, aunque no estaba seguro de que alguien pudiera llegar tan lejos.

La colina 112 no había cambiado mucho en un par de semanas. Los campos abiertos que ascendían suavemente, con la calzada romana atravesando el centro, seguían allí. James enfocó sus binoculares en el cruce y pudo ver que el pequeño santuario todavía estaba allí. Sin embargo, los campos estaban marcados con algunos cráteres y había huellas a través del trigo alto donde había sido aplastado por las orugas de los tanques. Los tanques también estaban allí arriba, restos quemados de Sherman, Churchill y Panzer. No podía determinar cuál había sido el de Keith; las cosas no se veían exactamente iguales desde allí abajo, pero el terreno no había cambiado. Seguía dominando el huerto y los grupos más pequeños de árboles.

–La Hora H son las veinte treinta –continuó Dorking-Jones, empezando a entrar en detalles.

–Lo siento, pero es poco probable que mis muchachos lleguen a tiempo –dijo Tim Leyne–. Perdón por interrumpir, pero, cuando digo improbable, quiero decir que es imposible. Menos atravesando todo este tráfico.

El coronel se levantó la venda que le cubría el ojo y se la ajustó. James había notado que lo hacía con bastante frecuencia. Sólo el Escuadrón B estaba asignado a los Glamorgan, por lo que, estrictamente hablando, no había ninguna razón para que Leyne estuviera allí. Sin embargo, todos sabían que, dado que una tropa de tanques normalmente estaba adscrita a una compañía de infantería y un escuadrón a un batallón, el oficial superior de los tanques tenía que ser inferior a su homólogo de infantería. Los soldados de infantería a menudo no entendían y querían cosas ridículas e irrazonables, por lo que James supuso que el coronel se había acercado para exponer su caso con más fuerza.

Dorking-Jones se frotó la barbilla.

–No se puede hacer nada. –Se volvió hacia su ayudante–. John, vaya a la brigada y vea si el Real Regimiento de Tanques puede

dejarnos algunos Churchill mientras tanto. Hablaré con el brigadier una vez que lo haya encontrado –suspiró–. ¿Cuándo cree que podrán llegar sus muchachos, Leyne? –Leyne lo consideró por un momento.

–En el mejor de los casos, a las veintiuna cero cero, más bien veintiuna treinta.

James sintió un escalofrío. Todo ese plan parecía temerario: lanzar un batallón contra el punto clave de terreno elevado en el área, y esperar a que los alemanes les permitieran tomarlo y luego conservarlo. Aquello se estaba acercando a la carga de la Brigada Ligera, especialmente para los Glamorgan. Los pobres Mark y Bill se enfrentarían a la situación, sin lugar a dudas. Al menos el Escuadrón B no iría con ellos en la primera carga. Aun así, llegar tarde era apenas un poco mejor. A James no le gustaba la idea de quedarse abandonado en aquellas laderas abiertas en la oscuridad, con los granaderos Panzer arrastrándose a su alrededor. ¡Dios mío, las cosas no eran mucho mejores durante el día, con las armas largas atacándolos uno por uno!

Debería haberse marchado a casa. Le habían dado la oportunidad..., una oportunidad honorable, si una palabra tan arcaica no fuera tan absurda. Sabía que no lo era, ni para él ni para el hombre que había pensado que era. Había un destino en una unidad de entrenamiento y podría haber regresado y estado con Penny y su devota atención. Podrían haberse casado, y él habría podido seguir el ejemplo de Keith y «hacerlo», a menudo y con gran entusiasmo, a juzgar por sus cartas. Muchos hombres estarían contentos con menos. Pero no podía irse. Sabía que sus nervios estaban al borde del colapso. Estaba bien en acción, pero después venía el examen de conciencia, la disección de cada error, y los sueños constantes y aterradores en los que volvía a ver cada muerte y vivía la suya, una y otra vez, atrapado en un tanque en llamas, destrozado por un proyectil de penetración, cortado por morteros o ametralladoras.

El capellán lo había visto hacía tiempo. A esas alturas ya debía de ser obvio para todos. ¡Santo Dios, se había emborrachado tres veces en pocos días! Nunca había estado borracho en toda su vida antes de esos días en el Bechelon para ayudar con la reorganización. Se estaba desmoronando, momento a momento, y no podía seguir así para siempre. Mark le había dicho que los Glamorgan acababan de recibir un par de subtenientes a quienes les habían dicho que su esperanza de vida era de dos semanas. Eso sonaba optimista, tanto para un tanquista como para un soldado de infantería. James sabía que iba a morir o que se iba a desmoronar..., y pronto. Quizás hoy, quizá mañana. Si seguía con vida, el colapso mental sería aún más seguro. ¿Qué pensaría Penny de él, si volviera a casa farfullando y aterrorizado por los ruidos fuertes? ¿Qué pensaría de sí mismo? Debería haberse tragado su orgullo y haberse ido. Debería. Pero no pudo.

Entonces el coronel Leyne reapareció y le preguntó casualmente si le haría un favor personal y rechazaría el puesto para quedarse en el regimiento. Les faltaban buenos oficiales; estaban desesperadamente escasos de ellos. Realmente, no se podía decir que no a un hombre que había sido dado de alta del hospital y había logrado regresar a Francia para retomar el mando del regimiento antes de que alguien estuviera lo suficientemente organizado para reemplazarlo. Además de eso, estaban Dove, Whitefield, Collins y todos los demás. Tenía que seguir adelante por el bien de ellos y porque no tenían otra opción. Nadie les ofrecía un acantonamiento cómodo en casa. James había regresado al Escuadrón B, y el asiento del oficial y la cúpula del Hector II se sentían como un hogar... y como las apestosas profundidades de una casa de la muerte. Finalmente, después de una discusión detallada con los artilleros, el Grupo O llegó a su fin. Dorking-Jones había conseguido la ayuda de una tropa de Churchill del Real Regimiento de Tanques, si estaban disponibles. Los artilleros fueron más precisos y, aunque faltara el espantoso esplendor del bombardeo de la mañana, aún podían prometer una gran cantidad de fuego pesado sobre el objetivo y el apoyo posterior.

–Bueno, hay mucho que hacer. Que Dios nos conceda la victoria. –Dorking-Jones no se dio cuenta, o al menos no hizo caso, a las cejas levantadas de algunos. Presumiblemente, era un hombre religioso. James consideró que les vendría bien toda la ayuda que pudieran conseguir. El comandante de la división había dicho que debían irse, y así lo harían–. Caballeros, sé que esto no será fácil –concluyó Dorking-Jones, girando la cabeza para mirar a cada uno directamente a los ojos–. ¡Pero lo haremos de todos modos y ganaremos, maldita sea!

* * *

21:30 horas, salida al pie de la colina 112

Los cañones empezaron a aporrear las líneas de árboles apenas visibles en la cima de la pendiente. No había señales de los Churchill, pero una batería de cañones antiaéreos Bofors estaba lanzando balas de 40 mm a la línea de árboles a un ritmo constante. También había ametralladoras Vickers, que disparaban alto para que las balas cayeran en forma de lluvia al otro lado de la colina y añadían un riesgo adicional a cualquiera que se moviera por allí.

Los Glamorgan esperaron detrás de un seto y en un barranco cerca de la línea del frente a la que llegaron los otros batallones ese mismo día. Luego atravesaron los huecos o se abrieron paso a través del seto si no los había, cruzaron la carretera que iba hacia el este hacia Caen y comenzaron la larga caminata. La Compañía A lideraba a la izquierda; la compañía B, a la derecha; la D, en reserva, y el cuartel general en medio. Mark había estado lo suficientemente cerca como para escuchar a Dorking-Jones cuando llamó a la brigada para decir «Tocino», lo que indicó que estaban listos, y luego recibió la respuesta «Huevos», para indicar que comenzaran. Después, la artillería y los morteros lo ahogaron todo. Vio a los oficiales abrir la boca para gritar y las señales con las manos que realmente hicieron que todos se movieran. Luego esperó a que todos se alejaran, contando mentalmente antes de girarse para mirar al mayor Fletcher, jefe de la Compañía D. El cuartel general ya

estaba en movimiento. Fletcher bajó el brazo varias veces, indicándoles que se fueran.

–¡Vamos! –gritó Mark, y el Pelotón Diecisiete estaba lo bastante cerca como para escuchar. Se pusieron de pie y empezaron a caminar hacia delante.

El seto era fácil de cruzar porque muchos hombres lo habían atravesado antes. Delante de ellos, no había nada, sólo amplios campos de trigo dorado sin una pizca de cobertura, y, salpicadas a su alrededor, las figuras de los Glamorgan avanzando penosamente, paso a paso. Se ciñeron lo más posible al bombardeo. Las balas explotaban tan cerca que terrones de tierra y pequeños trozos de metralla caían entre ellos. A veces, los hombres caían de espaldas, pero volvían a levantarse y empezaban a caminar pesadamente cuesta arriba. Había humo y polvo en el aire, por lo que el ambiente era sombrío, a pesar de que el sol todavía estaba alto. A lo lejos, se proyectaban largas sombras.

Mark y el Pelotón Diecisiete estaban a la izquierda, con el Pelotón Dieciocho del sargento mayor a la derecha, y Buchanan y Bill Judd apoyando, de modo que la compañía reflejaba el despliegue del batallón, aunque en una escala menor. Mark había conseguido un rifle. Se negaba a usar un subfusil Sten, pero quería algo un poco más útil que un revólver. Llevaba treinta balas sueltas, porque en realidad su trabajo no era disparar.

El trigo estaba alto, y allí donde no había sido pisoteado les llegaba hasta el pecho, dificultando a veces ver a lo lejos. El humo cubría la cima de la colina y, con las explosiones del bombardeo principal, no había mucho que ver, aparte de los Glamorgan subiendo la ladera paso a paso. A menos que se mirara de cerca, fácilmente podría haber sido una escena de la Primera Guerra. Por lo que entendía del plan, la situación no era mucho más esperanzadora, salvo que la habilidad de los artilleros era grande y la ciencia de que disponían los hacía mucho más poderosos que sus predecesores. Resultaba extraño que una caminata tan lenta pudiera cansar tanto. No era una pendiente empinada, no como algunas de

las que habían subido durante el entrenamiento o las colinas que solían escalar después de tomar el tren hasta Brecon Beacons cuando eran jóvenes. Era curioso tener a Judd allí, como en los viejos tiempos, y, dado que se suponía que el 165.º los apoyaría más tarde, podría ver a James también. Pobre James, claramente había estado pasando por un momento difícil.

Las compañías ya estaban a mitad de camino. Era difícil pensar en James casándose..., y con Penelope Stevens. Bastante bonita, hermosa, tal vez, ¡pero tan insípida! A Mark le gustaba la poesía tanto como a cualquiera, pero, bueno, la buena poesía. Tampoco creía que todo fuera cierto.

Un paso, otro más... Los hombres avanzaban con decisión. Más de la mitad eran nuevos, en realidad, extraños, ya que muy pocos procedían del regimiento. Parecían bastante buenos. No hacía falta animarlos. Progresaban como el resto; tal vez incluso más rápido que los soldados que sí sabían lo que estaba por venir. De repente, el humo surgió del suelo por donde avanzaba la Compañía B. Un hombre dejó caer su rifle, levantó el brazo con un gesto casi teatral y giró lentamente antes de desplomarse sobre el trigo. La escena parecía sacada de una película antigua; irreal y, a aquella distancia, desprovista de cualquier sensación de violencia. Sin embargo, había sido una bomba de mortero, y seguramente habría más pronto.

Otro paso, apartando los cultivos altos y casi tropezando cuando se les enganchaban en los pies. De nuevo, un paso más. ¡Dios! Era un trabajo muy duro, como escalar una maldita montaña. Una hilera de bombas de mortero atravesó en diagonal a la Compañía B: una, dos, tres, cuatro. Cayeron algunos hombres, muertos o mutilados, y otros corrieron a refugiarse. Las ametralladoras escupieron trazadores de color amarillo verdoso a lo largo de la pendiente. Cayeron más hombres. El resto se tiró al suelo y desapareció de la vista entre los cultivos. Un tanque Churchill pasó ruidosamente por la derecha. Mark no había notado la llegada de los blindados. Disparó un par de veces y luego siguió adelante, se detuvo y disparó de nuevo. Las balas pasaban rápidamente, y las bolas brillantes de

las balas trazadoras parecían más veloces a medida que se acercaban a él.

–¡Abajo! ¡Abajo! –gritó, haciendo un gesto a su pelotón para que se pusiera a cubierto. Uno de los nuevos vaciló y recibió un disparo en el pecho, cayendo como un títere con los hilos cortados.

–¡Camilleros! –gritó Mark, aunque no tenían muchas posibilidades de subir hasta que la compañía volviera a moverse.

Se agachó, tratando de ver. El fuego no estaba bien dirigido. Simplemente, barría el campo de un lado a otro. Un transporte avanzó a toda velocidad entre los cultivos y luego se detuvo con una sacudida, como hacían cuando se detenían bruscamente. A los pocos minutos se oyó el sonido distintivo de los morteros pesados cayendo sobre la cresta. Mark podía ver el huerto principal al frente. A la izquierda estaba la línea de uno mucho más pequeño y más cercano a ellos. Vio una avalancha de hombres de la Compañía B atacándolo. Estallaron granadas, algunas alemanas, otras británicas, Ya estaban dentro. La Compañía C se movía de nuevo, girando a la derecha, en dirección a otro grupo de árboles, marcado como Quarry Wood en su mapa.

El mayor Fletcher llegó corriendo.

–¿Dónde está el señor Crawford?

–Aquí, señor.

–Vamos a pasar a través de la Compañía B mientras ellos van a por la presa. ¡Por el amor de Dios, sigan adelante! No paren, pase lo que pase. ¡Debemos seguir!

–¡Pelotón Diecisiete, avance! Vamos, muévanse.

–¡Ya han oído al oficial! –Era Douglas, recién destinado bajo su mando desde la Compañía A. El veterano de España, y sólo Dios sabía de qué más, se puso de pie e hizo un gesto con el brazo a los demás para que se desplazaran–. Muévanse, muévanse. No pueden vernos, por lo que es tan seguro seguir adelante como quedarse. ¡Vamos! –Aquel tipo merecía ser sargento al menos, pero rechazaba cualquier ascenso.

–¡Síganme! –gritó Mark, sosteniendo su rifle con ambas manos sobre la cabeza para que pudieran verlo.

El avance se reanudó.

–No corran, mantengan el paso regular. –Se giró para caminar hacia atrás y rápidamente dio un traspié y cayó de espaldas, pero logró levantarse–. ¡No imitéis esto!

¡Dios mío! Algunos de ellos sonreían. Sonrisas fijas, casi lunáticas, pero de alguna manera estaban sonriendo.

–¡Sigan adelante!

Un trazador cruzó rápidamente, cortando espigas de maíz unos metros delante de ellos. Dudaron.

–¡Sigan adelante, se está deteniendo, se está deteniendo!

«¡Dios de mi vida!», pensó. «Espero estar en lo cierto». Se movían nuevamente y nadie resultó herido. Una bomba de mortero explotó detrás de ellos y uno de los hombres de la retaguardia cayó de bruces. Comenzaron a correr, huyendo de la explosión, a pesar de que ya había terminado.

–No demasiado rápido. Paso regular.

–Puedo verlos a la izquierda –gritó el número uno de la Bren–. Permiso para entablar combate.

–¡No, siga, siga, no pare!

A pesar del ruido, Mark oyó un golpe sordo. Uno de los fusileros se arrodilló y luego cayó hacia delante.

–¡Marquen el lugar y luego continúen! ¡Sigan adelante!

Un cabo cogió el rifle del herido y lo clavó primero en el suelo por la bayoneta. Se suponía que eso facilitaría las cosas a los camilleros, aunque con el trigo alto tal vez no supusiera mucha diferencia. Ya a varios metros de distancia, Mark miró hacia atrás para asegurarse de que el cabo seguía moviéndose. El hombre asintió y levantó el pulgar. Con suerte, eso significaba que la baja no había sido tan grave, pero no había tiempo para pensar.

El trigo terminaba en una línea ordenada, y había barro, finos parches de hierba y maleza a lo largo de diez metros hasta el bancal coronado por árboles que marcaban el borde del huerto. Algo brilló débilmente mientras atravesaba el aire hacia ellos. Era una granada de palo. La siguieron dos más.

–Tírenlas de vuelta –gritó Douglas–. ¡Tírenlas de vuelta!

Mark soltó el rifle que llevaba en la mano derecha y cogió una de las bombas en el aire con tanta precisión como si fuera un defensor en un partido de críquet. Con la esperanza de que aquel maldito tuviera razón y que las mechas alemanas fueran largas, la giró para agarrarla mejor y la arrojó por donde había venido antes de lanzarse a tierra. Otros hombres hicieron lo mismo y las tres explotaron entre los árboles.

–¡Vamos, a la carga! –gritó Mark, levantándose–. ¡Carguen!

El grito se convirtió en un chillido de terror y rabia mezclados. Otros hombres gritaban y avanzaban. A la derecha, el pelotón del sargento mayor Samson aullaba como una furia mientras corría hacia delante, más allá del borde del huerto y detrás de un grupo de alemanes que huían. Mark trepó por el bancal y entre dos árboles, y sólo entonces se dio cuenta de que no había colocado ninguna bayoneta en su rifle. Le dio la vuelta, listo para usarlo como garrote, pero no había nadie allí. Sus hombres irrumpieron, ensangrentados, dispuestos a vengarse de quienes los habían bombardeado y disparado, pero los alemanes se habían ido, dejando sólo un par de muertos tras ellos. En el lado interior del parapeto había agujeros excavados en los costados, y debajo, cajas vacías, trozos de equipo y armas..., y ese olor a humedad que el enemigo siempre dejaba tras de sí.

–Vamos –gritó Mark, avanzando entre los árboles, que tenían el tronco lleno de cicatrices y algunas ramas rotas colgando, a causa de los bombardeos.

Un soldado enemigo apareció detrás de un árbol, con un casco de acero en la cabeza, y disparó su rifle. Falló y le respondió una ráfaga de tiros que también parecieron fallar, aunque marcaron el tronco

del árbol. El alemán retrocedió cuando uno de los equipos de Bren abrió fuego. Mark y los demás estaban en el suelo, buscando la mejor cobertura posible. El alemán apareció de nuevo. Esta vez, lanzó una granada que se elevó alto, rebotó en un árbol, se alejó de todos volando y finalmente explotó sin causar ningún daño. El equipo de Bren disparó, y el granadero Panzer se sacudió por el impacto y cayó. Un momento después volvió a aparecer con otra granada. Sus movimientos eran débiles y torpes, pero aun así echó el brazo hacia atrás para lanzar. Mark disparó. Rifles Sten y Bren golpearon al soldado, que cayó hacia atrás. Su propia granada estaba justo a su lado cuando explotó. Se levantaron lentamente y avanzaron de nuevo con cautela.

* * *

21:20 horas, el huerto, colina 112

Judd yacía contra el parapeto en el extremo sur del huerto. La mayor parte de la Compañía D y los refuerzos de la Compañía B estaban más atrás, porque en medio del huerto había un camino lo suficientemente ancho para un tractor y un carro, y a ambos lados había un talud y un seto. Ésa era la línea principal de defensa, y sólo unos pocos hombres de su sección fueron enviados al borde para observar lo que hacían los alemanes. Por el momento, parecían muy ocupados. El sol se estaba poniendo y la luz se desvanecía, pero el humo de la batalla se había disipado lo suficiente como para ver una fila de tanques muy grandes formándose en la pendiente que había debajo de ellos. La infantería era más difícil de ver, ya que se refugiaba detrás de un muro y un seto, y se escondía entre los cultivos. Pero allí estaban, porque de vez en cuando algunos grupos salían a la luz, se escapaban a algún lugar y desaparecían de nuevo.

Buchanan corrió y se arrojó al suelo junto a Judd. Lo siguió un hombre con una radio a la espalda.

–Están llevando cables telefónicos hasta la posición principal –explicó Buchanan–, pero tendrá que bastar con esto. –Sacó un mapa y lo desdobló, manteniéndolo plano con una mano y usando la otra para sostener los binoculares y estudiar la pendiente de abajo a

través de ellos. Gruñó–. Calculo que unos cinco minutos. –Se volvió hacia el operador de radio–. ¿Puede contactar con la compañía?

El operador encendió la radio y llamó. Con un equipo pequeño de 18 como aquél, nunca se podía estar seguro del alcance. La distancia era muy corta, pero los árboles en el camino nunca ayudaban.

–Rematadamente inútil –murmuró «Coop» Buchanan mientras comparaba su mapa con el terreno real–. Ni siquiera han marcado ese bosque. Bueno, lo haremos a la antigua usanza.

–Ya estamos, señor –le dijo el operador.

Buchanan comenzó a citar coordenadas y a pedir acciones de fuego. La compañía tendría que transmitirlo, y eso llevaría tiempo, pero por suerte tenían suficiente. Se suponía que un oficial de observación cualificado estaba en camino.

–Bueno, esperemos que funcione –dijo el canadiense al final.

Oyeron el silbido de los proyectiles. No eran suyos.

–¡Todos abajo! –gritó Buchanan, aunque no necesitaran una orden.

Las primeras explosiones se produjeron a la altura de las copas de los árboles, a unos veinte metros detrás de ellos, mientras los troncos y las ramas se hacían añicos. Astillas dentadas se sumaron a la granizada de metralla. También caían disparos de morteros, que estallaban cuando golpeaban el suelo en lugar de producir explosiones en el aire. Judd se tapó los oídos. No había habido tiempo para cavar, así que simplemente se aplastó contra el suelo tan fuertemente como pudo. El bombardeo aumentó y comenzó a extenderse. Estaban cubiertos de polvo, y cada explosión creaba una nueva onda de choque que los golpeaba, los empujaba y les quitaba el aliento. Una de las baterías debía de haber cambiado la posición de los detonadores girando la tapa de cada proyectil, de modo que se hundían en la tierra, enterrándose antes de explotar. Los árboles eran arrancados de raíz, desarraigados del suelo y arrojados a un lado.

Judd seguía pegado al suelo. Tenía los ojos muy abiertos porque estaba demasiado aterrorizado para cerrarlos. Lo único que podía ver eran unos pocos centímetros de bancal y de hierba áspera..., y su mano izquierda, que seguía temblando. La piel parecía anormalmente blanca y los dedos intentaban clavarse en la tierra, haciendo cualquier cosa por estar lo más cerca posible del suelo.

–¡Eso sí que está bien! –gritó Buchanan. El canadiense miraba pendiente abajo.

De alguna manera, Judd logró levantar la cabeza lo suficiente para ver. Los alemanes subían la pendiente, con tanques e infantería, pero un bombardeo británico los estaba desollando. El humo los envolvió y llegaron más y más proyectiles, pero los alemanes seguían disparando al huerto, y al cabo de un momento Judd volvió a presionar la cara contra el suelo.

El tiempo pasó. No sabía cuánto, tal vez fueran sólo segundos. El bombardeo amainó y Judd se atrevió a mirar una vez más. La pendiente debajo de ellos estaba cubierta de humo blanco. Un tanque alemán surgió de la niebla. Era enorme y de orugas anchas. Tenía una torre redonda y un cañón inmenso. Otro lo seguía a su izquierda, y luego dos más a su derecha.

–Tiger –siseó Buchanan.

Ciertamente parecían incluso más grandes que los Panthers, y esos condenados ya tenían un tamaño considerable. No había infantería con ellos.

–Comuníquese con la compañía –dijo Buchanan al operador de radio.

–El aparato está inservible, señor. –Un trozo de madera se había enterrado en la radio.

Bueno, pensó Judd, mejor en la radio que en cualquiera de ellos. Milagrosamente, nadie había resultado herido.

–¡Maldición! Estamos jodidos otra vez. –El teniente sacó su libreta, escribió una nota y se la entregó al señalizador–. Vuelva al cuartel general. Dígales que los Tiger están atacando y que necesitamos

todo el fuego que podamos conseguir. El hombre salió corriendo. Judd no estaba seguro de si era más peligroso volver corriendo al huerto, donde todavía caían proyectiles de vez en cuando, o quedarse allí para enfrentarse a los tanques. En realidad, era una elección sin alternativa. Un tómalo o déjalo.

Uno de los Tiger se detuvo, la torreta se giró y un enorme estallido envió un proyectil de 88 mm al bancal a unos diez metros de ellos. El suelo estalló, pero no había nadie. Los otros tanques se acercaron, formaron una línea irregular a unos cien metros de distancia y abrieron fuego, rociando la orilla y el seto del huerto con fuego de ametralladora, y de vez en cuando con disparos de grandes cañones. Tenían un PIAT, pero el alcance era demasiado largo para cualquier tanque, por no hablar de uno de esos monstruos, y cualquiera que levantara la cabeza para disparar era poco probable que tuviera una segunda oportunidad. No había rastro de ninguna infantería alemana, de modo que Buchanan, Judd y el resto se apretujaron contra el bancal y esperaron, rezaron, maldijeron o dejaron la mente en blanco. Después de diez minutos, cayeron más proyectiles británicos y los tanques dieron media vuelta y se alejaron. Buchanan se agachó para ver mejor. Alguien estaba gimiendo. Era Protheroe, a quien le habían clavado una gran astilla en la espalda. Buchanan envió a alguien a buscar a los camilleros y luego miró al resto.

–Excaven, muchachos, excaven.

* * *

21:55 horas, al pie de la pendiente norte de la colina 112

James no podía ver muy bien. La luz se iba apagando a medida que se ponía el sol. Había una diferencia notable con respecto a un par de semanas atrás y el día terminaba un poco antes. No es que la noche fuera larga, sólo un poco menos breve. Los Glamorgan estaban en la colina. Habían tomado el gran huerto en forma de diamante que tan nítidamente se distinguía en el mapa. James podía verlo como una mancha más oscura en la cima del terreno elevado. Es posible que también se hubieran apoderado de otras zonas del

bosque, pero nadie parecía saberlo. Los alemanes ya estaban contraatacando, como siempre hacían, pero la infantería se mantenía firme. Algunos cañones antitanque habían subido para apoyarlos, y parecía como si algunos hubieran tenido problemas y hubieran sido capturados por los Tiger antes de que pudieran entrar en acción. Otros habían logrado pasar. Todos parecían bastante seguros acerca de los Tiger, y esta vez los hombres del saco de todas sus pesadillas parecían concentrarse allí.

–Baker Tres Able a Baker Tres, creo que algo se está moviendo a la derecha. Unos seiscientos cincuenta metros. Parece un avispón.

James levantó sus binoculares, y estudió la pendiente abierta y la cresta al oeste del huerto. Los Churchill que habían apoyado el ataque se habían retirado y el recién llegado Escuadrón B estaba desplegado en línea al pie de la pendiente. Si había un tanque merodeando por allí, entonces era alemán, y sin duda intentaba atacar el huerto desde el flanco. Podía ver muchas formas oscuras y cuadradas, pero la mayoría, quizá todas, eran restos de los combates anteriores.

–Baker Tres a Tres Able, no puedo ver nada. Entre en acción con el trazador y nos adaptaremos. Baker Tres a Tres Baker y Charlie, disparen tan pronto como vean el objetivo.

La ametralladora Browning coaxial del tanque del sargento Dove cobró vida, y la trazadora roja y naranja subió la pendiente casi como si no tuviera prisa. Volaron chispas cuando golpeó una de las formas. Luego Dove ajustó la puntería hacia una segunda forma cuadrada y su 75 mm explotó.

–Artillero, veo el objetivo. Dispare un perforador y luego un obús.

Collins obedeció. El Firefly del sargento Martin emitió un destello particularmente deslumbrante cuando disparó, haciendo que el esfuerzo del cabo Bell con el 75 mm pareciera débil.

–Baker Tres a todas las estaciones, alto el fuego.

–Tres Able a Baker Tres, creo que le dimos. Cambio.

–Bien hecho. Fuera.

James no estaba tan seguro, y era posible que simplemente hubieran hecho algunos agujeros más en uno de los restos del naufragio. Aun así, Dove era bueno, con todos los instintos que un soldado debería tener y de los que James temía carecer. Podía ser que tuviera razón y hubiesen ayudado a los Glamorgan allí arriba. Como mínimo, debería mostrarle a la infantería que no estaban solos. Tal vez eso los animaría. Sin embargo, estaba cayendo la noche y los tanques no podían operar en la oscuridad, por lo que muy pronto el Escuadrón B regresaría al campamento. Los Glamorgan todavía tendrían artilleros para lanzar sus tormentas de fuego, eso en caso de que los observadores pudieran ver algo.

James miró hacia la línea apenas visible de la colina, y se preocupó por sus amigos y por todos los hombres que no conocía, pero sobre todo por sus amigos. Durante un tiempo, eso lo ayudó a distraerse de la preocupación por sí mismo.

* * *

23:10 horas, el huerto, colina 112

Mark y sus hombres cavaron. Cuando los proyectiles volvían a caer, y caían muy cerca, se refugiaban allí donde podían y en los agujeros poco profundos que ya habían cavado, hasta que el bombardeo aflojaba o se alejaba. Ya había perdido a tres hombres por metralla o astillas de madera. No había ninguno en estado crítico y todos tenían buenas perspectivas de mejorar, pero estaban fuera de combate y de regreso al puesto de socorro. Los camilleros realizaban un trabajo admirable, y subían y bajaban la colina esquivando los proyectiles a medida que avanzaban. Algunos ya estaban muertos, pero el resto seguía adelante.

Los Glamorgan cavaron. Abrían el suelo con picos. Había raíces de árboles por todas partes, retorciéndose a pocos centímetros debajo de la hierba. Unos cuantos hombres tenían hachas o machetes y las cortaban, maldiciendo groseramente mientras trabajaban. Los lugares más fáciles para excavar eran los bancales, porque había más espacio sin árboles detrás de ellos, y la mayor parte de la compañía probablemente estaría cavando allí. En la oscuridad era

muy difícil saberlo. Mark se había perdido más de una vez entre los troncos de los árboles y en el suelo lleno de ramas caídas. Le resultaba difícil ver a lo lejos y su sentido de orientación pronto se confundía. Al final, siguió los sonidos de las excavaciones y las maldiciones, y chocó con una de las secciones de Buchanan, quien le dijo que creían que su pelotón, el Diecisiete, se encontraba a la derecha. Finalmente, se demostró que tenían razón, porque se topó con sus propios hombres.

Nadie sabía realmente lo que estaba pasando. La Compañía C había desaparecido hacia lo que les habían dicho que era Quarry Wood, aunque no estaba marcado correctamente en sus mapas. El sargento mayor y su pelotón habían perseguido a los alemanes y no habían regresado. Por lo que Mark podía ver, los hombres de su pelotón y del Nueve de Buchanan estaban todos, o en su mayoría, en el huerto, con algunos soldados de la Compañía B, aunque no estaba seguro de cuántos, y algunos del cuartel general y la compañía de apoyo, además de fracciones de tropa. No tenía idea de cuántos eran en total, pero temía que no fueran suficientes.

Media hora antes, los alemanes habían lanzado otro ataque. Esa vez se habían acercado más, de modo que podían oír el rugido de grandes motores entre los choques de los proyectiles. Explosiones y llamas iluminaban la noche y dejaban a los hombres parpadeando y luchando por ver. Judd regresó corriendo con su sección, con Buchanan corriendo detrás de él. Los Tiger estaban atacando el seto delantero y no tenía sentido quedarse; otro de los grandes tanques, en el costado del huerto, y les disparó durante un rato.

Una vez más, los artilleros los salvaron. A pesar de la gran cantidad de proyectiles alemanes que habían destruido el huerto, los británicos habían enviado muchos más. No podían detener a los Tiger, a menos que hubiera un impacto fortuito de un arma mediana o mayor, pero los granaderos Panzer que los acompañaban eran humanos, no máquinas, y tenían cuerpos frágiles, en lugar de armaduras gruesas. Sangraron, murieron o cayeron al suelo, y al final se dieron por vencidos y retrocedieron. Como niños malhumorados, los Tiger siguieron disparando durante un rato, antes

de retroceder también. Nadie había logrado derribar un tanque con ninguno de los cañones de seis libras, y mucho menos con un PIAT, pero por el momento la amenaza era suficiente para disuadir a los monstruos.

Mark excavó y se preguntó cuándo se produciría el próximo ataque.

D + 35, martes, 11 de julio 2:45 horas, el huerto, colina 112

El mayor Fletcher había reunido a Mark y Buchanan, junto con Will Grant, un subteniente de la Compañía B y un capitán de la Artillería Real que actuaba como oficial de observación. No los había llamado para discutir pareceres, sino para explicarles lo que había decidido en caso de que quedara fuera de combate y uno de ellos se hacía cargo. Por lo que Fletcher sabía, él era el oficial superior en el huerto, así que la decisión era suya y ya la había tomado.

–Le he dado al mayor Foster –que era el oficial superior de la Artillería Real– una nota para la brigada: «SITUACIÓN CRÍTICA. PERMISO PARA RETIRADA». La llevará colina abajo en un transporte. –Fletcher se retiró un poco el casco para rascarse el pelo–. A menos que obtengamos más apoyo, nos desangraremos aquí arriba. Quizás eso sirva para un propósito mayor, o quizá no. Sólo quería que lo entendieran en caso de que los pille a uno de ustedes. Puede que llegue la orden de retroceder... o de quedarse.

Ciertamente, era una sangría. Los morteros alemanes eran implacables y rara vez se detenían durante más de diez minutos durante la noche. Los cañones grandes eran menos frecuentes, pero, cuando llegaban los bombardeos, eran atroces. Probablemente, Mark ya había perdido un tercio de su pelotón. Los muertos se quedaban donde caían o se les apartaba si estorbaban. Los camilleros e incluso algunos transportistas seguían evacuando a los heridos con bastante rapidez.

–¡Cúbrase! –gritó una voz, y Mark oyó el chirrido de los proyectiles que se acercaban. La oscuridad se dividió en grandes chorros de luz a medida que destrozaban más árboles. Todos los oficiales estaban

en el suelo, tan pegados como podían. Llegaron más disparos, al menos una docena, y estuvieron cerca.

–¡Camilleros! ¡Por Dios, camilleros!

* * *

4:55 horas, frente del huerto

El amanecer estaba cerca, pero no había necesidad de dar la orden de tomar las armas porque nadie había dormido, salvo aquellos tan aturdidos por el estallido de los proyectiles, las ráfagas sofocantes que enviaban ondas de presión a través del aire y el estruendo espantoso, que se habían hundido en el abandono, desmayándose en el fondo de una trinchera.

–¡Pobres diablos! –le dijo Davison a Judd.

Habían estado observando la otra zona del bosque, Quarry Woods. La Compañía C debió de haber llegado allí, porque durante casi una hora hubo disparos y granadas entre los oscuros árboles y alrededor de ellos. Ahora se habían detenido, y en los raros intervalos en los que nadie disparaba podían oír motores pesados que venían de esa dirección. Los alemanes estaban allí, con toda su fuerza, agrupándose para seguir adelante. La sección de Judd estaba de vuelta en el borde delantero del huerto. Había hombres del Pelotón Diecisiete de Mark a su izquierda y otros más detrás de ellos. Buchanan parecía pasar mucho tiempo en movimiento, controlándolos y luego rodeando a los otros hombres del Pelotón Nueve, que en su mayoría estaban en el centro.

–No nos movemos –les dijo el canadiense–. A los alemanes no les gustará y nos lo echarán todo encima. Pero tenemos algunas armas y más hombres de los que pensábamos. ¿Ha visto más de la Compañía C?

–No, señor –le dijo Judd.

Buchanan suspiró.

–Es un hombre de oración, ¿no es así, Judd?

–Sí, señor.

–¡Rece un poco más!

Coop sonrió y caminó a lo largo de la fila, agachándose para quedar cubierto por el parapeto y diciendo una o dos palabras a cada hombre.

–Se está volviendo locuaz –dijo Davison–. Ya verás como lo convertiremos en un galés.

Salió el sol, y, a través del humo que flotaba en el aire y que apestaba a cordita, pudieron mirar alrededor. Apenas quedaba una hoja o rama en las hileras de árboles del huerto, y los restos yacían amontonados en el suelo. De los árboles sanos, muchos de ellos viejos, quedaban poco más que los troncos desnudos, como mondadientes gigantes clavados en el suelo. Unos cuantos estaban partidos o destrozados en muñones, y la mayoría tenían hendiduras en la corteza. El huerto se desangraba con los Glamorgan mientras se convertía en un páramo. Había cráteres por todas partes, a pesar de que los alemanes habían seguido usando muchas ráfagas de las que explotaban en el aire.

Judd se incorporó para ver por encima del bancal. La pendiente que tenía delante era peor, hendida y desgarrada como las fotografías que habían visto de la última guerra. Quedaba poco del trigo dorado, y la hilera de árboles a unos cientos de metros de distancia estaba hecha jirones y destrozada. Ésa era la línea del frente alemán, tan cerca que se podía divisar, pero su mirada se desvió más allá. Aquello no les había parecido una gran colina cuando subieron la ladera. Después de todo, no era tan alta; no era lo que llamarían en casa una colina como Dios manda. Davison silbó entre dientes.

–¿Es Caen? –preguntó, señalando hacia el extremo izquierdo.

–Eso creo.

–¡Mierda! Se puede ver a kilómetros de distancia... ¡Cabrones! No tendrán prisa en abandonar esto.

El sonido de los motores de los tanques se hizo más fuerte y un Tiger apareció detrás de Quarry Wood. Se oyó el silbido de los

proyectiles que se acercaban.

* * *

5:15 horas, el huerto, colina 112

El teniente coronel Dorking-Jones parecía estar en todas partes. Con la rigidez de un guardia, pasaba sobre las ramas caídas y los escombros como un pájaro zancudo. Había llegado antes de que el mayor Fletcher recibiera respuesta a su mensaje. El teniente coronel dejó claro que había que aguantar lo mejor que se pudiera, y posteriormente la brigada confirmó la orden.

–Con suerte, el resto de la división podrá avanzar junto a nosotros durante el día –les aseguró.

Mark sabía que en ese momento tenían enemigos por tres lados. Sin embargo, de alguna manera habían logrado traer comida caliente justo después del amanecer. Hasta el momento, sólo unos pocos se habían beneficiado de eso, pero era de esperar que más hombres pudieran retirarse por un tiempo cuando hubiera un respiro.

El coronel deambuló por la posición como si estuviera pasando el mejor momento de su vida. Charlaba con los hombres, bromeaba y se reía con ellos, sobre todo si hacían alguna broma sobre él.

–Artilleros, ¡mantengan el fuego hasta que no puedan fallar! –gritó Dorking-Jones a la tripulación de un cañón de seis libras, atrincherado lo mejor que habían podido y con una tosca tronera excavada en el parapeto que había unos metros más adelante para poder disparar.

El escudo bajo del cañón ofrecía escasa protección al frente. Nada podía protegerse de las explosiones en el aire, y uno de los artilleros yacía muerto, con el casco y la cabeza destrozados por un trozo de madera arrancado de un árbol y arrojado por el aire. Los demás artilleros esperaban, arrodillados y preparados para hacer su trabajo. Estaban cubiertos de polvo pálido, al igual que todos los demás. Mark oyó el motor de un tanque acercándose. Esta vez estaban atacando desde una dirección diferente.

–¿Dónde está mi artillería? –gritó alegremente Dorking-Jones a unos artilleros con una radio. El oficial de observación estaba muerto, partido en dos por la cintura por la explosión de un proyectil.

–No tenemos ningún objetivo, señor.

–Oh, bueno, pronto resolveremos ese misterio. Sostenga mi vara, David –le dijo a su ayudante. Dorking-Jones le arrojó la fusta y saltó hacia un árbol al que todavía le quedaban algunas ramas. Tan ansioso como un colegial, el comandante de los Glamorgan comenzó a trepar, hasta que estuvo suspendido a unos buenos tres metros. Cogido al tronco con un brazo, de alguna manera logró usar su mapa con el otro–. Hágale una visita a esto –gritó, y comenzó a enumerar las coordenadas.

Evans se rio.

–Es como una maldita paloma.

–Vamos –le dijo Mark, y fue a comprobar el resto de sus secciones.

El cañón de seis libras disparó con su agudo chasquido. Mark se volvió y vio la silueta acechante de un Tiger, a unos trescientos metros de distancia, moviéndose en diagonal a través del campo como para flanquearlos. El proyectil pasó justo delante del tanque en movimiento.

–¡Cargue el sabot! –gritó el número uno del cañón. El obús era extrañamente delgado, casi como un dardo. El proyectil entró, la recámara se cerró de golpe, y un momento después el cañón disparó de nuevo y se dirigió al frente del Panzer.

El Tiger se detuvo, giró la torreta y pivotó el cañón largo. Los artilleros estaban cargando de nuevo, pero antes de que pudieran disparar las balas de ametralladora pasaron por encima del hueco del parapeto y golpearon el escudo del cañón, chirriando y volando en todos los ángulos. Uno de los artilleros se echó hacia atrás y siguió inclinándose. Mientras caía, Mark vio un desastre sanguinolento donde había estado el ojo izquierdo. El Tiger disparó

su cañón grande, golpeando el tronco del árbol enfrente y esparciendo fragmentos de metal y de madera sobre ellos, y una de las pocas ramas que quedaban cayó sobre el cañón de artillería. Cuando el resto de la tripulación lo hubo movido, el tanque alemán había retrocedido hasta perderse de vista.

–¡Espléndido! –gritó Dorking-Jones, todavía en lo alto de su árbol.

Los proyectiles británicos volaban sobre el huerto y caían en la ladera más alejada.

* * *

6:03 horas, pendiente norte de la colina 112

Los Glamorgan pidieron ayuda, por lo que el Escuadrón B avanzó: catorce tanques en una línea escalonada. Todavía estaban faltos de fuerzas con sólo tres pelotones y un par de tanques para el cuartel general del escuadrón. Con ellos iba un tanque de la Artillería Real, con un cañón de madera como señuelo, para poder llenar la torreta con equipos de radio más potentes.

–Baker a todas las estaciones Baker, nuestros amiguitos están bajo ataque. Mucha infantería, además de todos los avispones que se puedan desear: Tiger, autopropulsada y Mark IV...

–«Y parió la abuela» –cantó Thomson por el intercomunicador–, «y parió la abuela».

–Baker Uno, vaya a la izquierda, Baker Tres, en medio, y Baker Dos, a la derecha. Subamos allí. En la vertiente sur hay un muro y una hilera de árboles. Lo quieren despejado de alemanes.

–Conductor, avance –dijo James. Estaba fuera de la escotilla y no necesitó los binoculares para ver que los alemanes estaban atacando el huerto principal. Subieron la pendiente hacia los restos del naufragio. Había un Mark IV que no recordaba, así que tal vez Dove había le había dado a uno la noche anterior.

Unos cuantos proyectiles cayeron a su alrededor, pero sólo unos pocos, y podría haber sido simplemente casualidad o mala puntería, ya que el enemigo continuó centrando su malevolencia en el huerto.

–Baker Dos a Baker, puedo ver avispones a mi derecha. Alcance de mil metros. –El nuevo comandante de un pelotón se llamaba Peterson. James no lo conocía, pero tenía la constitución de un delantero de punta, muy grande para un hombre de tanque, y daba toda la impresión de poseer un entusiasmo belicoso–. Sugiero detenerme y cubrir su flanco.

La estática siseó durante un rato.

–Baker a Baker Dos, no los veo. Cambio.

–Creo que han regresado a los árboles. Pero están ahí, Baker. Permiso para detenerme.

–Negado, Baker Dos. Continúe. Fuera.

Los Sherman subieron la colina con paso firme. No podían ver por encima de la cresta y, como de costumbre, no había ningún enlace de radio con los Glamorgan para escuchar lo que podía ver la infantería. Hector II saltó varias veces mientras pasaban sobre escombros escondidos en la hierba. Había algunos agujeros de bala más de los que James recordaba, pero ninguno demasiado grande. Estaban a medio camino de la pendiente, todavía no lo suficientemente cerca como para ver mucho.

–Baker a Baker Dos, ¿por qué se ha detenido?

–Estoy un poco preocupado por esos tanques... Quiero decir, avispones, Baker. –Peterson tenía una voz extrañamente suave y bastante aguda, sorprendente en alguien de constitución tan corpulenta–. Están a tiro de piedra.

–Baker Dos, no veo nada. –James pudo sentir que el desconcierto del mayor Scott se convertía en ira–. Continué avanzando, Baker Dos.

La estática volvió a sisear.

–Es una orden, Baker Dos.

James y el resto del escuadrón estaban a no más de cien metros de la cima. Giró la cúpula para ver a la derecha en lugar de erguirse para observar por encima de la escotilla abierta. El Pelotón Dos

había quedado atrás. Mientras miraba, tres de los cuatro Sherman comenzaron a avanzar.

–Baker a Baker Dos, avance.

El Sherman parado se estremeció y avanzó unos metros. Luego se detuvo de nuevo.

–Baker Dos a Baker, mi motor está funcionando mal.

–No, no es cierto –intervino alguien–. Es el... –La transmisión fue confusa cuando varias voces intentaron hablar a la vez.

–Baker a Baker Dos Able, asuma el mando de la tropa. Baker Dos, avance con sus hombres. Luche junto a ellos si no puede liderarlos. Y es una orden, Baker Dos.

–¡Oh, Cristo...! Estoy enfermo, me duele el estómago. ¡Oh, Dios, no puedo!

James desvió la mirada hacia el frente. Estaba avergonzado de presenciar cómo alguien colapsaba de manera tan repentina y completa. «Podría ser yo», pensó, y ese pensamiento hizo que su repulsión fuera aún más fuerte. «¡Dios mío, no permitas que suceda!».

Estaban cerca de la cresta y, al poco, los cascos de los tanques quedarían a buen seguro si se detenían. James esperó la orden.

–Baker a todas las estaciones Baker, sigan adelante. Tenemos que ayudar a la infantería. Baker Tres y Baker Dos Able, lleven sus tanques al lado derecho del huerto. Iré a la izquierda con Baker Uno. Buena suerte... Y Baker Dos, recupérese.

–Lo haremos, Baker. Baker Dos, fuera. –La voz no era la de Peterson.

–Eso suena como Tommy Duggan –dijo Whitefield.

–Sí, el bueno de Tommy –convino Collins.

–Conductor, gire a la izquierda de ese Churchill. –James los guio más allá de los restos del vehículo. Como antes, en junio, tan pronto como llegaron a la cima plana de la colina, el mundo se abrió con grandes vistas–. Éste es Baker Tres. Línea objetivo de árboles a

nuestra izquierda, setecientos metros. Más de diez avispones. Deténganse y ataquen.

James no recordaba haber visto tantos tanques alemanes antes, ni siquiera en Rauray. A la cabeza iban cinco inconfundibles Tiger, grandes y fornidos, y detrás iban algunos Stugs y Mark IV. La infantería estaba por todas partes.

–Artillero, pivote a la izquierda. A la izquierda, adelante. Apunte al avispón líder. Intente ponerlo de lado antes de que gire. Fuego cuando esté listo.

Collins esperó más de lo que suponía, y entonces el cañón de 75 mm explotó. El proyectil pareció impactar al Tiger, pero a esa distancia, incluso contra su armadura lateral más delgada, tendrían suerte si causaban algún daño.

Otros tanques disparaban, al igual que los alemanes.

–Conductor, llévenos hasta ese Mark IV destrozado. Baker Tres a Able, estoy avanzando lentamente. Intento girar a mi derecha. Tres Baker y Charlie, cúbranos.

Otros comandantes estaban dando órdenes. El sargento ahora a cargo del Pelotón Dos estaba haciendo un muy buen trabajo.

–Baker a todas las estaciones Baker, estoy en posición listo para unirme al grupo. –Scott había tenido una ruta más larga por el otro lado del huerto–. Shelldrake está pidiendo ayuda a sus amigos. –Eso estaba bien. La artillería al menos golpearía a los granaderos alemanes.

–Conductor, deténgase, bien hecho. Artillero, mire si podemos conseguir ese mismo tanque.

–¡Lo tengo! –gritó Collins, triunfalmente. El Tiger estaba dando marcha atrás y de su parte trasera salía humo negro. Aun así, podrían ser simplemente los vapores del escape.

El sargento Dove en Tres Able avanzó más de lo que James había esperado, luego se detuvo y giró para colocar el blindaje frontal del tanque hacia el enemigo. Un par de segundos después, su arma disparó lo suficientemente cerca como para que James sintiera la

onda expansiva en el aire. Un Mark IV se tambaleó y del motor salieron llamas.

–¡Maldita sea! Ese Dove es una joya –dijo Collins, con admiración–. Ya le ha dado a uno.

–Artillero, pivote a la derecha. Adelante. ¡Golpee a ese autopropulsado!

Scott salió al aire.

–Shelldrake lo ha comprado. Sigan arremetiendo contra ellos. ¡Oh, Dios, me han dado! Abandono, aband...

–Creo que lo tengo –dijo Collins.

–Péguele de nuevo –le dijo James. El Stug no se movía, pero los alemanes siempre se detenían para disparar, por lo que podía significar cualquier cosa.

Gran parte del trigo estaba aplastado de aquel lado de la colina, pero James vio un parche que aún era espeso y que giraba hacia ambos lados cuando un proyectil lo atravesó, acercándose a ellos, no a la derecha. Un proyectil de 88 mm atravesó el blindaje del casco del Sherman de Dove. El acero sólido, al rojo vivo por el impulso, decapitó al copiloto y siguió adelante, a través de un depósito de proyectiles y hacia el motor. El Sherman explotó, la torreta fue arrancada de su soporte y se elevó tres o seis metros en el aire. James sintió el calor en su rostro y pudo oler el hedor de municiones y combustible quemados.

–Pobre Dove –dijo Thomson, en voz baja.

–Artillero, vuelva a golpear a ese autopropulsado. No, está humeando. Pivote a la izquierda. Nuevo objetivo, Mark IV.

Baker Dos Charlie golpeó en ángulo recto a un Tiger antes de que lo hirvieran a su vez. Baker Dos apareció corriendo hacia delante y disparando rápidamente. Segundos más tarde fue alcanzado e inmediatamente se incendió. Las llamas salieron disparadas desde la escotilla abierta, quemando a quien estuviera al mando. Nadie salió.

–Baker a todas las estaciones, echen humo y retrocedan. –Era la voz del capitán Morbey, por lo que Scott estaba muerto o herido, o al menos incapaz de encontrar una nueva montura.

–Entendido, Baker –respondió James–. Tres Baker y Charlie, vámonos.

Cada tanque tenía pequeños descargadores de humo, y las bombas que lanzaban desprendían una pequeña nube cuando aterrizaban. No era mucho, no en un campo tan abierto. James vio que los Panzer lo seguían, con la sangre hirviente y ansiosos de más matanza. Tal vez Morbey lo había solicitado por otro canal, o algún oficial de observación en el huerto había comprendido la situación, porque de repente silbaron los proyectiles y toda la cima de la colina quedó cubierta de un espeso humo blanco mientras el fósforo de las balas ardía. El Escuadrón B huyó de regreso al lugar donde habían comenzado. Seis Sherman permanecieron en la colina, la mitad de ellos ardiendo como candelas romanas.

* * *

7:30 horas, el huerto

Judd jadeó intentando recuperar el aliento. Había perdido a Kennedy, gravemente herido en ambas piernas por la metralla. Habían intentado levantarlo, pero el hombre gritó en señal de protesta, y los granaderos Panzer lanzaban granadas y se acercaban al bancal del extremo sur del huerto. Nunca hubo ninguna intención de que los pocos hombres que se encontraban tan adelante realizaran un ataque serio, por lo que tenían que retirarse o rendirse o ser derribados. Dejaron a Kennedy en el suelo y huyeron. Los proyectiles los persiguieron, cortando trozos de corteza de los árboles devastados, pero el resto de ellos regresó a través de la vía central y se unió a la línea principal en el lado opuesto. Button se convirtió en el número dos de Kennedy en la Bren, y Davison era su único fusilero.

Las bombas de mortero caían sin que ningún follaje las obstaculizara. Hubo estruendo y gritos de dolor.

–¡Camilleros!

–Esperen, muchachos, llegarán pronto –gritó Reade al Pelotón Nueve. Estaba de rodillas, arrastrándose detrás de la fila de hombres en el bancal.

Judd observó. El Sten parecía torpe e incómodo. Sabía que lo había disparado, pero no recordaba cuántas balas habían sido. Desenganchó el cargador y colocó uno lleno sólo para asegurarse. Deseaba tener una Bren, si no la vieja Bessie, al menos una tan buena como aquélla. Mejor aún, deseaba haber logrado abrirse camino en la ruda RAF. Si hubiera logrado formar parte de una tripulación aérea, probablemente todavía estaría entrenando ahora, tal vez en Canadá con la sólida gente de Coop. O podría haber tenido un trabajo terrestre, algo agradable y cómodo, tal vez incluso en una oficina, escribiendo a máquina y preparando té, y probablemente sin lograr impresionar a las chicas de la fuerza aérea.

–Dejen de disparar, muchachos, hasta que vean los ojos de esos cabrones. –Dorking-Jones apareció paseando, como si no le importara nada en el mundo.

Se oía movimiento delante y detrás del bancal al otro lado de la pista y entre los árboles. Judd creyó ver una cabeza con casco mirándolo fijamente antes de desaparecer.

–¡Esperen! ¡Esperen!

Una Spandau disparó desde el flanco y las balas recorrieron la parte superior del bancal. Judd se deslizó hacia atrás y luego volvió a levantarse cuando pasaron. Se oyeron gritos, voces alemanas, y no sabía si se estaban apremiando unos a otros o intentando asustar a los defensores. Cayeron granadas en el camino de tierra y en el parapeto. Una cayó justo al lado de Judd. Él la cogió y la lanzó hacia delante antes de enterrar su rostro contra los hierbajos. Se produjo un ruido sordo y algo pequeño rebotó en su casco. Los gritos eran ahora más fuertes y los árboles desnudos del otro lado de repente se vieron invadidos por hombres que corrían hacia delante, mientras las pistolas ametralladoras chirriaban.

–¡Disparen a esos cabrones! –gritó Dorking-Jones.

Los Glamorgan abrieron fuego. Judd intentó disparar tres ráfagas como había hecho con la Bren, pero el Sten se adelantó, soltando más de lo que pretendía, y la maldita cosa siguió intentando levantarse y girar hacia la izquierda como si tuviera vida propia. Los alemanes caían, retorciéndose cuando las balas los alcanzaban. Disparó de nuevo. El arma se le soltó una vez más y, al girar, un par de balas alcanzaron el pecho de un granadero que casi estaba al otro lado de la pista. El hombre cayó de bruces sobre el talud, justo delante de Judd. Casi tan repentinamente como habían aparecido, los alemanes desaparecieron y volvieron a fundirse en el lado sur del huerto. El que había caído gemía suavemente. Levantó los ojos y miró a Judd casi perplejo. Se hizo el silencio.

–Échame una mano –le dijo Judd a Davison, y se agachó en el parapeto para ayudar al alemán.

El muchacho de Swansea se sorprendió, luego se encogió de hombros y lo ayudó. Arrastraron al SS por encima del bancal y lo hicieron rodar. Los ojos del alemán parpadeaban, pero le aplicaron una inyección de morfina y le pusieron un vendaje en cada herida.

–No lo sé, Judd, colega, decídete –dijo Davison, después de que los camilleros se llevaran al alemán–. En un momento le disparas y al siguiente lo vendas.

–Culpa a Churchill.

–Lo haría si me dieran un permiso.

* * *

8:40 horas, el huerto

Al rifle de Mark se le había roto la culata cuando un proyectil explotó justo al lado de él. No pudo oír durante un rato y todavía le palpitaba la cabeza, pero ése era el único daño que le había causado. El sargento Jenkins había sido menos afortunado. El hombre que había caminado ileso por el campo, disparando al enemigo con las balas de su Bren, murió por el impacto de un proyectil rebañado en el bancal. Un gran proyectil, de al menos 155 mm, aterrizó encima de él. Lo único reconocible que quedaba era la

pierna izquierda, arrancada justo debajo de la rodilla. Su bota bien lustrada todavía estaba en el pie.

Cada veinte o treinta minutos llegaba otra carga en algún lugar a lo largo del camino de tierra. Más a menudo, los tanques se acercaban al huerto y lanzaban proyectiles y balas de ametralladora. Evans tenía la cabeza vendada después de haber sido cortado por una bala de la Spandau de un Tiger. El chico juró que estaba bien y se negó a regresar con los demás heridos.

Cada vez que la infantería estaba ocupada preparándose y los tanques se retenían lo suficiente, los cañones y los morteros se reanudaban, destrozando lo que quedaba de los árboles, y la metralla buscaba ciegamente a los hombres agazapados bajo ellos. La mitad del pelotón de Mark había desaparecido, e incluso combinados con lo que quedaba del Pelotón Nueve apenas eran veinte hombres capaces de luchar. Algunos estaban muertos, y muchos más, heridos. Uno, un hombre tranquilo y sin pretensiones llamado Samuels, que había estado con el batallón durante años, se había levantado en medio de un bombardeo y simplemente había salido corriendo, aullando como una bestia. Sólo Dios sabía lo que le había pasado.

–Ahí vienen –gritó Douglas desde muy cerca. Incluso sin ningún rango, el hombre estaba liderando, y Mark se alegraba de tenerlo a su lado.

La Spandau abrió fuego, tratando de inmovilizarlos, y la carga aullante del Nebelwerfer la siguió. Las granadas estallaron y Mark recogió una bolsa llena de bombas Mills; las armó y las arrojó a la vez. Evans estaba arrodillado a su lado, disparando el Sten. Los alemanes caían, pero otros avanzaban disparando y gritando. Mark se había quedado sin granadas y buscó a tientas su revólver. Un hombre corpulento de las SS subió por el bancal, y Evans y Douglas apuntaron y dispararon mientras el alemán disparaba con la ametralladora. Ambos hombres cayeron. Mark sacó su revólver y lo amartilló, levantándolo a la altura de los hombros y buscando un

objetivo. Los alemanes estaban retrocediendo y algunos seguían disparando.

Una granada volaba hacia ellos. Evans se lanzó frente a él y dejó caer el Sten para atrapar la bomba con ambas manos. No era una granada de palo, sino una de esas con forma de huevo, y el muchacho la levantó para tirarla cuando explotó. Brotó un humo blanco por todas partes. El fósforo le roció la cabeza y la espalda, se extendió y lo quemó. Evans cayó gritando. Intentó rodar para apagarlo, pero el movimiento sólo empeoró las llamas. La chaqueta y los pantalones ardían.

–¡Oh, Dios! –jadeó alguien–. ¡Oh, Dios bendito! ¡Oh, Señor!

–¡Dispáreme, señor, por favor! –La voz de Evans estaba distorsionada, pero las palabras eran claras–. ¡Dispáreme, por favor! ¡Por favor!

Las balas de Spandau resonaron en el parapeto y una de ellas alcanzó la pierna del chico, pero su agonía ya era demasiado grande para que reconociera más dolor.

–¡Dispáreme, por favor, dispáreme!

Mark apuntó con el revólver, y le temblaba la mano. El rostro del chico ya no parecía humano. La piel y la carne se habían quemado. Apretó el gatillo y la bala fue directa al pecho de Evans.

–¡No, señor, en la maldita cabeza! ¡Por favor!

Apareció el sargento Reade del Pelotón Nueve, echó un vistazo y disparó un solo tiro con su Sten. Evans se sacudió una vez y se quedó quieto. El aire estaba lleno de un apestoso olor a carne quemada.

* * *

10:30 horas, el huerto

Los alemanes no habían atacado durante casi una hora. Los proyectiles llegaron, al igual que las bombas de mortero, y más Glamorgan murieron o quedaron mutilados. Cada vez era más difícil recuperar a los heridos, por lo que muchos yacían en las trincheras

en la retaguardia de la posición, sollozando, gimiendo o en silencio. La mayoría de los alemanes dejaban entrar y salir a los transportes y semiorugas si venían solos y tenían una clara bandera o marca de cruz roja. A todo lo demás se le disparaba y, a veces, en la bruma de la batalla, incluso las ambulancias marcadas eran destrozadas por los proyectiles.

En el huerto, los Glamorgan continuaban controlando la mitad norte. Sólo uno de los cañones de seis libras seguía en acción, lo que significaba que, salvo en ese sector, los Panzer y Stug se acercaban cada vez más. Dorking-Jones seguía dando vueltas.

–Debe de estar cargado de bencedrina –sugirió Davison mientras la figura sobria de su oficial al mando se alejaba.

El señor Buchanan fingió no oír. Su pelotón era ahora poco más que una sección, por lo que él y el sargento Reade siempre estaban cerca o, a veces, ayudaban al Pelotón Diecisiete. Unos cuantos desamparados y vagabundos, incluso algunos hombres de la Compañía C, se habían unido a ellos, y si eran pocos en número, tenían más ametralladoras Bren de lo habitual, así como un PIAT, aunque los Panzer no estaban dispuestos a acercarse lo suficiente como para que lo usaran.

–¿Has oído lo que le ha pasado a Evans? –preguntó Davison–. Pobre diablo.

–Lo he visto –dijo Judd.

Por casualidad, había estado mirando en esa dirección en aquel momento, buscando objetivos mientras los alemanes se retiraban. Su miedo se había convertido en euforia y ganas de matar. Ese estado de ánimo pasó tan pronto como vio al chico en llamas y a Mark disparándole. Pobre diablo, como había dicho Davison, y pobre Mark también: tener que hacer lo correcto cuando también era tan terrible.

–Comprueben la munición, muchachos –dijo Buchanan, tal vez queriendo que cambiaran de tema.

Mientras buscaban bolsas y cargadores, Reade fue a ver qué podía encontrar.

–¿Sigue rezando, Judd? –preguntó Buchanan.

Judd sonrió.

–Cuando tengo un momento libre.

–¿Es usted un hombre religioso, señor? –preguntó Davison. La arraigada indiscreción del sur de Gales pasó a primer plano.

–No, hijo, en realidad, no. Con el perdón de Judd, siempre he luchado contra la idea de un dios bondadoso que dice: «Haz lo que te dicen o te fríes». Como digo, sin ofender.

–No ha ofendido a nadie, señor.

–Aun así –admitió Buchanan–, ¡hoy creeré en cualquiera que nos ayude!

–¡Eso! –dijo Davison.

«Coop» Buchanan se rio.

* * *

11:00 horas, en la ladera situada bajo la colina 112

Un obús de 105 mm no debería dañar un tanque Sherman. La fuerza generada no era suficiente para penetrar el blindaje, porque los proyectiles de obús llegaban lentamente y se lanzaban hacia el objetivo desde kilómetros de distancia. Incluso un impacto directo no debería causar ningún daño real, más allá de causar a la tripulación un gran dolor de cabeza. Sin embargo, la guerra nunca era segura, y, cuando el Sherman del capitán Morbey quedó atrapado en el glacis por un proyectil de ese tipo, el tanque se detuvo con una sacudida. El motor estaba muerto, ni una chispa de la batería, y se negaba a volver a funcionar. El capitán desmontó para cambiar a otro tanque justo cuando un único proyectil, no una salva, sino un proyectil, cayó a su lado. Estaba muerto, con los órganos internos rotos por la explosión, a pesar de que la piel estaba intacta. Poco después, mientras maniobraban hacia una nueva posición, otro Sherman pasó por encima de una mina. Seguí siendo

un misterio cómo aquella mina había permanecido sin ser detectada ni detonada durante tanto tiempo mientras los tanques y otros vehículos circulaban por el campo. Nadie lo supo nunca, ni nadie pudo recordar quién la había puesto. La oruga estaba rota, las ruedas dañadas y el tanque no iba a ninguna parte.

James Taylor era el único oficial que quedaba en el Escuadrón B, aunque, como sólo había siete Sherman capaces de moverse, éste no era un grandioso privilegio. El Escuadrón C había llegado, lo que significaba que alguien más estaba realmente a cargo. Estaban a la izquierda de la pendiente, cubriendo lo mejor que podían la izquierda del huerto e impidiendo que los alemanes los rodearan por detrás por ese lado. El trabajo del escuadrón B era vigilar la derecha, por lo que James los llevó hasta la mitad de la pendiente y los dispersó. Luego esperaron objetivos o nuevas órdenes.

–«Si no me importara –trinó Thomson–, más de lo que las palabras pueden decir».

James no sabía qué le había pasado a Peterson. Su tripulación se había hecho cargo, al menos eso era seguro, y tal vez el oficial todavía estaba a bordo cuando cargaron hacia delante y murieron. Quizá lo habían matado de antemano.

–«Si no me importara, sería así». –A Thomson le gustaba la banda Ink Spots, e incluso podía hacer la parte del bajo muy muy profundo cuando le apetecía, hablando en lugar de cantar.

Quizá Peterson estuviera vivo. James no se había molestado en informar de lo sucedido, aunque era posible que alguien lo hubiera oído todo en la red del regimiento. Podrían buscarlo si quisieran. A James no le importaba. Algunos hombres simplemente no podían soportar la guerra, incluso hombres duros y de apariencia muy marcial como Peterson. Lo mejor era deshacerse de ellos antes de que mataran a otros. Alejarlos, por si acaso se propaga el contagio. Dios muerto, ¿no era eso cierto? James sabía que tenía los nervios a flor de piel. Sin embargo, el disgusto y la lástima por alguien que perdía el control de aquella manera habían ayudado. Se sintió un poco mejor. El hábito también ayudaba. Cuando estaban ocupados,

en acción, simplemente había demasiado que hacer. Sólo la espera, como ahora, jugaba con su mente.

–«Si esto no es amor, ¿por qué me emociono?».

James se dio cuenta de que estaba agarrando su bolsillo. Pobre Penny. Estaba enamorada, y sin duda esos sentimientos la afectaban.

–«Y lo que hace que mi cabeza dé vueltas y vueltas, mientras mi corazón se detiene».

James no sabía nada sobre el amor, pero no podía evitar recordar haber bailado con ella. Eso sería algo extraordinario. Ella, con uno de sus vestidos largos, preciosos y discretos, y él, con su uniforme. A ella le gustaba él en uniforme. Agarró el bolsillo aún más fuerte. Sí, eso sería algo. Cuando bailaban, todo parecía sencillo.

–«Todo esto sería cierto si no me importaras».

* * *

11:55 horas, el huerto

Mark había sido enviado a informar al coronel. Se había oído sonido de motores y actividad en el Quarry Wood, lo que podía significar otro ataque, y, en ese caso, sería bueno recurrir a la artillería. Encontrar a Dorking-Jones no fue fácil, ya que rara vez se quedaba quieto. Los hombres dijeron que había estado allí, pero que se había ido, así que Mark caminó un rato en círculos. Siguió pensando en Evans y viendo los ojos del chico, de alguna manera intactos por las llamas, mirándolo mientras suplicaba que lo mataran. Pobre chico. Lo habían tratado tan mal en la vida... y ahora eso. Esperaba que al menos la madre y la hermana se mantuvieran libres y a salvo del padre. Allí sí había alguien que merecía ser quemado. El infierno estaba esperando, si es que existía, pero una granada de fósforo podría hacer el trabajo de inmediato.

–¿Ha visto al coronel? –preguntó Mark a un señalizador que trabajaba en un aparato de radio.

El hombre señaló con el dedo hacia arriba. Dorking-Jones estaba de nuevo subido a un árbol, abrazándolo con las piernas y un brazo,

y leyendo un mapa.

–¿Me necesita, joven Crawford? –preguntó.

Mark le habló de Quarry Wood.

–Ah, el vil huno otra vez con sus trucos, ¿eh? Pensé que algo estaba pasando. Por eso estoy aquí. ¿O pensó que me había convertido en una especie de ermitaño? ¿Cómo los llamaban?

–Estilitas –dijo Mark, mecánicamente. Era sorprendente cuánta información inútil se escondía en su cerebro.

–Eso. Locos como sombrereros. ¡Ahora escuche a Crosbie y convoque los rayos de los dioses para nosotros! –Empezó a recitar las coordenadas y las instrucciones–. Esto les arruinará el estofado.

La llamada entró y el señalizador golpeó la carcasa en un momento dado.

–Hecha a partir de los fragmentos de tres destrozadas –le explicó a Mark–. Es una maravilla que esa maldita cosa funcione.

Una Spandau emitió su enloquecido traqueteo, enviando una ráfaga de balas a través de los árboles muertos de la izquierda.

–Será mejor que baje, señor –voceó Mark.

–Sólo quiero comprobar que están en el objetivo –gritó Dorking-Jones–. Aunque en realidad me empieza a gustar estar aquí arriba. Muy aireado, ya sabe... ¡Ah, eso está bien!

Mark podía oír el bombardeo descender, aunque desde el nivel del suelo no podía ver los proyectiles caer. La Spandau volvió a surcar el aire, esta vez más cerca. La cabeza de Dorking-Jones se echó hacia atrás, su cuerpo se sacudió y cayó al suelo, con el casco girando. La mitad de su rostro había desaparecido, junto con toda la parte posterior de la cabeza. La ametralladora seguía disparando, pero las balas estaban altas y no representaban ningún peligro.

–¿Quién es el siguiente al mando? –preguntó Mark al señalizador. Se sentía desdoblado, como si se estuviera viendo a sí mismo actuar en una obra de teatro.

–Ni idea, señor.

–¿Puede comunicarse con la brigada con esto?

El soldado lo intentó, pero en ese momento la radio improvisada decidió que ya era suficiente. Lo intentó de nuevo y no hubo nada.

–La jodida jodienda se ha jodido –dijo, con amargura.

En algún lugar, no muy lejos, pero perdida entre los árboles, una voz empezó a gritar.

–¡Retírense! ¡Retírense! ¡Atrás!

* * *

12:20 horas, pendiente norte de la colina 112

Los Glamorgan huyeron. Alguien había dado la orden y otras voces la repitieron. No fue una retirada organizada, sino una lenta avalancha de hombres que se levantaron y huyeron del huerto. «Coop» Buchanan podía sentir la desesperación de sus hombres por marcharse. Se dio cuenta de que no tenía sentido quedarse solos y recuperó al Pelotón Nueve con el resto, pero se aseguró de que permanecieran como un grupo. Judd vio que Davison dudaba.

–¿Debemos dejarlo? –preguntó Davison.

Judd no sentía el mismo pánico que en Rauray. Estaba cansado, desesperadamente cansado, pero en ese preciso momento el miedo era algo pequeño, acechando en las sombras en el borde de su consciencia. Pero no era lo único que había allí.

–¿Y entregarnos?

–Creo que ya hemos puesto nuestro granito de arena.

–¡Muévanse, estúpidos! –«Rusty» Reade había regresado y los estaba mirando.

Se movieron y pronto se reunieron con el resto del pelotón. La sensación fue extraña y de desprotección una vez que estuvieron sobre el bancal trasero y salieron al aire libre. Debía de haber cien, incluso doscientos hombres corriendo cuesta abajo. Todos parecían tener sus equipos y armas, pero no había duda de la determinación con la que huían. Si alguien estaba tratando de detenerlos, fue ignorado. Buchanan lideraba y Reade se mantenía detrás, como un

pastor y su perro, manteniendo unidos a los aproximadamente veinte hombres. La mayoría eran de su propio pelotón, y también había algunos hombres del de Mark, junto con algunos otros, incluido un artillero de la Compañía de Apoyo. La mayor parte del contingente descendía ladera abajo, pero Buchanan los condujo hacia una línea de tanques Sherman.

–¿Qué pasa? –gritó un comandante desde la torreta.

–No lo sé –le dijo Buchanan–. Alguien empezó a gritar órdenes de retirarse. Todo el mundo se iba y no me pareció prudente quedarse ahí.

–¿Los alemanes?

–No estaban atacando, pero, una vez que se den cuenta, vendrán. ¿Quiere algo de apoyo?

–Siempre contento con la infantería –le aseguró James Taylor, y luego notó el cuerpo fornido de Judd–. Oh, hola, Bill.

Judd asintió. No se hacía el saludo militar en las líneas del frente, porque eso simplemente marcaba a los oficiales como objetivos para el enemigo, de modo que esa directiva le resolvía el problema de si necesitaba o no saludar formalmente a un viejo amigo. Buchanan miró a los dos, esbozó una sonrisa irónica y no dijo nada.

–¡Empiecen a cavar! –gritó.

–Baker Tres a todas las estaciones Baker, mantengan los ojos bien abiertos –dijo James por su micrófono–. Puede que se avecine un ataque. Baker Tres a Charlie Sunray, los amiguitos se han retirado. Repito, se han retirado. No fueron atacados.

* * *

12:35 horas, al norte de la Colina 112

Uno de los otros batallones de la brigada estaba atrincherado al pie de la pendiente. Los hombres se asomaban desde los hoyos y las trincheras, con rostros confusos y nerviosos mientras los Glamorgan avanzaban hacia ellos. Mark los alcanzó y luego corrió para intentar

llegar al frente y descubrir qué estaba pasando. Al ver correr a un oficial, otros comenzaron a ir más rápido.

–¡Si alguien se mueve, le disparo! –Un oficial fornido había corrido hacia delante y blandía su revólver, apuntando alternativamente a una trinchera tras otra–. ¡Me oyen! ¡Corran y los mato!

–¡Mantengan sus posiciones! –gritó otra voz–. Permanezcan en sus posiciones. Nadie debe moverse.

–¡Manténganse firmes, estúpidos! –gritaba alguien más.

Se presentó el mayor Probert.

–¿Qué diablos está pasando? ¿Quién ha ordenado esto?

El sargento mayor del regimiento apareció detrás de él, majestuoso e imperturbable como siempre.

–¡Batallón, alto!

Los Glamorgan redujeron la velocidad y luego se detuvieron, arremolinándose entre una multitud dispersa. Unos cuantos proyectiles en el lugar correcto podrían fácilmente haberlos masacrado a todos, pero no había señales de que los alemanes estuvieran interesados.

–Usted, señor Crawford, organice la Compañía D.

–¡Compañía D, conmigo! –intentó gritar Mark. Tenía la garganta seca, pero logró escupir y por fin hacer algo de ruido–. ¡Compañía D, por aquí! –Levantó la mano–. ¡Compañía D, conmigo!

Otras voces movilizaron a diferentes grupos. Siete hombres se acercaron a Mark. No pudo ver a ninguno del Pelotón Nueve de Buchanan entre ellos. ¡Dios sabría dónde estarían!

Apareció el mayor Fletcher.

–Bien, volveremos a subir y lo haremos rápido, antes de que los hunos se den cuenta de lo que está pasando. Mark, tome la Compañía D. Vuelva a las posiciones que dejaron. Veré si puedo conseguir que los tanques vengan con nosotros. ¡Ahora, márchese! ¡Márchese!

Lentamente, como niños sorprendidos por un padre o un maestro mientras hacen algo prohibido, los Glamorgan regresaron colina arriba. Los pocos que carecían de armas buscaron reemplazos en el suelo. Treinta refuerzos que acababan de llegar fueron con ellos, soldados sorprendentemente frescos y ordenados, en comparación con los hombres sucios y cansados que habían ocupado el huerto.

* * *

12:45 horas, cuesta de la colina 112

James lideró el Pelotón Tres hacia delante con la infantería, mientras el resto del Escuadrón B esperaba para cubrirlos. No estaba dispuesto a cruzar la cima sin órdenes específicas de su propio regimiento, pero parecía lo correcto. El oficial canadiense y sus hombres los acompañaron. Judd caminaba a grandes zancadas y el subfusil Sten parecía bastante pequeño en sus manos. Había muchas posibilidades de que los alemanes estuvieran en el borde del huerto, agazapados detrás del bancal, esperando a que los británicos se acercaran para que cada disparo contara. Podía imaginárselos: las figuras camufladas con sus extraños cascos; las Spandau listas para desplegarse, y los Panzerfaust y las bazucas en las manos. Tal vez incluso tuvieran un cañón a mano, uno de los Pak, y en un momento pudieran empujarlo hacia delante, extendiéndolo sobre el parapeto de tierra. A esa distancia, habría un destello, una fracción de segundo, mientras el proyectil estuviera en el aire, luego un choque, y el Sherman se balancearía y comenzarían las llamas. Si los alemanes estuvieran ahí.

Whitefield mantuvo la velocidad baja, siguiendo el ritmo de la infantería. En las últimas semanas, James y los otros tanquistas habían aprendido que lo mejor era que la infantería liderara los tanques, expulsando las bazucas de sus escondites y matando a esos hombres mortíferos, para que los tanques pudieran destruir las ametralladoras, tan letales para toda la infantería. Eso era lo mejor, aunque ese día no. Sentía que los Glamorgan necesitaban una mayor muestra de apoyo, así que siguió su ritmo. Si los alemanes ya estuvieran en el huerto, entonces los Glamorgan serían talados, y

unos cuantos Sherman, hervidos. El resto podría desollar la línea de árboles lo suficiente como para mantener las cabezas del enemigo agachadas y permitir que los supervivientes de la infantería escaparan. Si los alemanes estuvieran allí.

Estaban cerca, a no más de cien metros. Ése era un alcance devastador para las ametralladoras. ¿Quizá no estaban allí? ¿O tal vez los granaderos Panzer estaban esperando a que los tanques estuvieran dentro del corto alcance del Panzerfaust? «Puño de tanque». Un nombre estúpido; muy germánico, muy crudo. Se parecía a una tuba o a un trombón rechoncho; un palo con una cabeza de cohete vulgar en la parte superior. «Dispáralo, tira el palo y consigue otro». Barato y desagradable, y muy mortal.

–Artillero, vigile el parapeto. Listo con el coaxial. –Collins no necesitaba que se lo dijeran. ¿Le preocuparía que James estuviera nervioso, incluso roto, como Peterson?

–No puedo ver nada, señor.

James tampoco podía. El oficial canadiense gritó algo y agitó el brazo, y un soldado de infantería corrió la última distancia corta, cruzó el parapeto y se adentró en los torturados restos del huerto, con sus árboles desnudos como hileras de pilares. Nadie disparó. «¡Dios mío, todavía estoy vivo!», se dio cuenta James.

–Baker Tres a Baker y Charlie, nos quedaremos aquí, dispersos, con la torreta por debajo de la cresta. –Eso significaba que todo el tanque quedaba oculto por el suelo, pero que el comandante podía ver por encima de la cresta, siempre que se pusiera de pie–. Charlie a la izquierda, luego Baker, luego yo. –James estuvo a punto de decirle al tanque Able que fuera al flanco, sólo para recordar que Dove estaba muerto y su Sherman probablemente todavía humeante. Pobre Dove. Aquel hombre le había parecido indestructible; el mejor sargento que un oficial podía desear. Un puñetero buen hombre. Ahora estaba quemado, totalmente irreconocible, junto con toda su tripulación. El capellán se negaba a permitir que cualquiera que luchara en un tanque ayudara a sacar los restos de uno que se había hervido. Decía que no necesitaban

verlo. Pero James podía imaginarlo, y lo que imaginaba era terrible–. Baker Tres a Tres Baker y Charlie, tengan cuidado con cualquier cosa que se mueva allá arriba, fuera.

* * *

1:34 horas, el huerto, colina 112

Ninguna de las compañías del Glamorgan era tan grande como un pelotón en tiempos normales. Poco menos de doscientos hombres regresaron al huerto. En apenas una hora, no quedaban más de ciento sesenta ilesos. El mayor Probert estuvo al mando del batallón durante cuarenta y siete minutos antes de que un trozo irregular de proyectil atravesara su casco de acero y le llegara al cerebro. Los pocos artilleros que quedaban en los cañones de seis libras murieron o resultaron heridos, aunque ninguno de los cañones estaba en funcionamiento. Habían subido cuesta arriba tres radios nuevas. Una ya estaba destrozada, junto con su operador.

Los alemanes no habían atacado. Por lo que todos sabían, el enemigo ni siquiera se había dado cuenta de que los Glamorgan habían huido del bosque y luego habían regresado.

–Toju –dijo Buchanan–. Sólo toju del huno, no nuestro.

–¿Qué significa «toju»? –preguntó uno de los recién incorporados. Judd creía que se llamaba Kitchener o Kendall, o algo así.

–Que alguien se lo explique –dijo Buchanan.

–«Todo en orden, jodienda universal» –le aclaró Judd. No solía decir palabras malsonantes, al menos no tan fuertes, y menos en voz alta, pero sus pensamientos habían cambiado desde que había llegado al Ejército. Eran los pensamientos resentidos, enojados y quejosos de un soldado raso.

Ya no hablaron mucho. Aunque los alemanes aún no habían lanzado otro asalto, las bombas de mortero y los proyectiles seguían llegando. Cortas y salvajes andanadas que mataron o hirieron a algunos más. No eran regulares, y a veces los minutos de silencio se alargaban, y por un momento uno se sentía menos maltratado y aterrorizado. Entonces llegaban los siguientes proyectiles. Los

soldados se aferraban al borde del bancal o se refugiaban en el fondo de las trincheras poco profundas, que era lo único que se había podido cavar. El huerto apestaba a seres humanos mutilados y a explosivos. El aire estaba tan cargado que el simple hecho de respirar resultaba desagradable. Tosían hasta que las explosiones se acercaban y los dejaban sin aliento, a veces para siempre.

Había fragmentos de hombres por todas partes. Miembros mutilados, cabezas cercenadas y esparcidas, entrañas arrancadas y desparramadas por el suelo. Las moscas pululaban por todas partes, aparentemente inmunes a la lluvia de astillas y metal que caía a su alrededor. Algunos cuerpos estaban limpios, casi como los de un cuadro, con caras cerosas, pero cuerpos intactos incluso si los rasgos de viejos amigos estaban vacíos. Otros cadáveres eran una horrible parodia de la forma humana, reconocibles sólo por los fragmentos de uniforme y equipo que aún colgaban de ellos. No muy lejos de donde estaba Judd, había una mano izquierda que había sido cortada del brazo con precisión casi quirúrgica. Llevaba un anillo en el tercer dedo y tenía tierra incrustada en las uñas.

Los proyectiles seguían llegando, seguidos de los gritos y las llamadas a los camilleros. Los hombres se abrazaban a la tierra como un bebé se aferra a su madre, anhelando protección. Ya casi no eran conscientes los unos de los otros, salvo cuando se amontonaban, como si eso de alguna manera les diera más seguridad. «Coop» Buchanan hablaba a los soldados. Se movía entre ellos diciéndoles algo a cada uno o haciendo alguna broma, y sacudiendo a los que no respondían. A no ser que recibiera una palabra o una sonrisa a cambio, seguía insistiendo hasta que lo conseguía. «Rusty» Reade lo seguía y hacía que cada hombre revisara sus armas. A pesar de todo, Judd estaba maravillado. Aquellos dos hombres eran admirables, y él sabía que nunca podría hacer lo que ellos estaban haciendo.

* * *

14:25 horas, cerca del huerto, Colina 112

–Baker Tres Charlie a Baker Tres, puedo ver avispones al lado del bosque a la derecha, arriba.

James miró hacia un lado y vio que el sargento Martin estaba de pie detrás de su torreta, con los binoculares en alto.

–Los veo, Tres Charlie. Autopropulsados. Parece un ataque. Prepárense para ocultar el casco si tenemos la oportunidad de enfrentarnos.

El fuego de artillería se redobló en el huerto y las explosiones se produjeron en rápida sucesión. Una espesa nube de humo oscuro se cernía sobre el lugar. Había tres Stugs avanzando hacia la esquina suroeste del huerto, con infantería que los acompañaba. Detrás, surgieron formas más grandes. Un par de Tiger. James siempre se había preguntado acerca de las historias en las que el héroe sentía un sudor frío recorriéndole la espalda. Ahora aquello era una sensación muy familiar.

–Tres Charlie a Baker Tres, veo algunos Tiger. Cambio.

–Los veo. Espere la orden. Nos acercaremos, les dispararemos y luego retrocederemos. ¿Entendido?

–Tres Baker, recibido.

–Tres Charlie, recibido.

Martin estaba de nuevo en la cúpula. ¿Iría cuando se lo ordenaran?, se preguntó James. Había dicho que no estaba dispuesto a correr riesgos innecesarios. ¿Cómo juzgaría esa situación? Tenía que ser segura. Los alemanes avanzaban hacia el huerto, sin vigilar su flanco. Si eran rápidos, podrían desequilibrar el ataque, incluso hervir a uno o dos y salir antes de que sucediera algo desagradable.

–Baker Tres a Baker y Charlie, oculten el casco, entablen combate a voluntad y luego retrocedan cuando diga. Fuera. Conductor, avance. Acérquenos. Ya está, ya está. Artillero, ¿puede verlo?

–Todavía no –le respondió Collins–. Un poco más, un poco más... ¡Eso es todo! ¡Mierda! Disculpe, jefe.

El amplio campo abierto frente al huerto y junto al bosque más pequeño estaba lleno de tanques e infantería.

–Artillero, pivote a la izquierda. Preparado. El objetivo es el autopropulsado, el más cercano. Tiene un alcance de trescientos cincuenta metros. Fuego cuando esté listo.

Collins presionó el botón para encender la ametralladora Browning coaxial a la izquierda del cañón de 75 mm. El marcador rojo brilló en medio de la corriente de balas y cayó justo al lado del Stug. Había algo extraño en el vehículo. Parecía más largo de lo habitual. Collins ajustó elevando ambas armas, y la trazadora salpicó los faldones laterales del cañón autopropulsado. Golpeó con el otro pie y el 75 mm retumbó, haciendo un claro agujero en la delgada placa lateral. Debió de haber golpeado el casco, pero James no pudo verlo. El Stug se detuvo, lo que podría significar muchas cosas.

–¡Dele otro! –le dijo James a Collins.

Tres Baker tembló cuando una bala dio en el blanco e inmediatamente comenzó a arder. Los tripulantes salieron dando tumbos. Uno de ellos estaba en llamas. Collins sintió que Blamey le daba unos golpecitos en la pierna para decirle que el arma estaba cargada. Comprobó la puntería, no porque lo necesitara, sino sólo para asegurarse, y luego presionó el botón de disparo. El segundo proyectil impactó contra el Stug y empezó a salir humo negro. El sargento Martin disparaba con cuidado. Otro Stug se había detenido y todo el vehículo se había hundido como un camello arrodillándose. Una bala debía de haberle destruido la suspensión. James buscó otro objetivo y lo vio: un Tiger enorme y aterrador que avanzaba con una velocidad sorprendente. ¿Cómo algo tan grande podía ir tan rápido? El Firefly de Martin lanzó uno de sus grandes destellos mientras disparaba, sin alcanzar al tanque alemán. El cañón largo del Tiger comenzó a pivotar hacia él. Al menos ese movimiento fue lento y pesado. Seguía moviéndose y se encontraba detrás de los viejos restos de un Churchill, de modo que era difícil verlo.

–Conductor, avance.

James vio una oportunidad. El Tiger estaba ocupado con Martin, alerta al peligro del cañón del Firefly. James no podía ver muy bien el Panzer, lo que debía significar que lo mismo ocurría a la inversa. Si se lanzaba hacia delante, tal vez podría disparar al costado o incluso a la parte trasera del gran gigante. No sabía lo que pensaban Whitefield y el resto porque nadie dijo nada.

–Llévenos a la derecha –dijo–. Luego pase por delante de los Sherman hervidos. –Había dos, y al menos uno era de los suyos, eliminado en junio.

Martin golpeó el frente del Tiger. Un proyectil de diecisiete libras podía atravesar el blindaje más grueso, incluso la placa frontal, a esa distancia, si impactaba de lleno. El proyectil se desvió hacia la esquina, haciendo un surco a lo largo del costado y arrancando la extraña pasta entrecruzada que los alemanes ponían en sus tanques para evitar que se fijaran las minas magnéticas. El Tiger seguía funcionando, aunque la tripulación debía de tener un gran dolor de cabeza.

–Tres Charlie a Baker Tres, esto se está poniendo peliagudo. Tenemos que retroceder.

–Tres Charlie, sólo un minuto –respondió James–. Artillero, ¿puede ver el Tiger?

–No, los destrozos están en el camino.

–Continúe, conductor.

–¡Espere! –casi gritó Collins–. Puedo ver el final de ese cabrón.

Había uno o dos metros del gran casco y ruedas redondas visibles más allá del casco del Churchill. Lados planos, parte trasera recta, con grandes escapes que despedían columnas de humo sucio. Collins presionó con la bota el botón coaxial. El trazador golpeó la rueda trasera del Tiger y saltó. James vio los restos del trigo separarse cuando el casquillo se abrió paso. ¡Oh, dulce Dios! Había otro Tiger escondido en el humo a su derecha. El Hector II se balanceó como si se hubieran estrellado contra un acantilado a toda velocidad.

Fueron alcanzados. Los Sherman podían hervir en menos de un segundo. Las municiones y el combustible quemarían todo lo que pudieran alcanzar, como un volcán en erupción. Tenía que salir. ¡Todos tenían que salir! ¡Oh, Dios! Las llamas podían comenzar en cualquier momento, arrojando la torreta. James jadeaba. Se quitó los auriculares, dejó caer los binoculares y con ambas manos se empujó hacia arriba por el costado de la torreta. Su bota se enganchó en el borde de la cúpula. Perdió el equilibrio, tropezó y voló por el aire hasta caer con fuerza en el suelo, junto a las ruedas y las orugas del Sherman. Collins saltó a su lado y aterrizó sobre su pierna izquierda. Le dolía muchísimo. Blamey cayó sobre la parte trasera del casco. Luego se estremeció y tembló cuando una bala trazadora le impactó en la espalda, seguida de tres balas más, mientras la Spandau se alejaba. Cayó por el costado del tanque, con la cabeza y los brazos colgando. James sintió como si un caballo lo hubiera derribado. No podía concentrarse del todo y apenas podía respirar. Collins empezó a arrastrarlo para llevarlo detrás del tanque. Whitefield apareció con la cabeza descubierta y la frente goteando sangre, y ayudó al artillero a alejar a James.

–Está bien –dijo James–. Puedo caminar.

Las balas resonaban contra el casco del Sherman. Luego el objetivo cambió y los tallos de trigo fueron triturados mientras la ametralladora punteaba una vuelta a través del campo. Sólo estaban protegidos y seguros detrás del Sherman, a menos que el Hector II se incendiara.

–¿Dónde está Tommo? –preguntó Collins.

Whitefield sacudió la cabeza.

* * *

14:48 horas, el huerto, colina 112

Judd volvía a tener una ametralladora Bren. Su sección se reducía sólo a él y a Clarke, por lo que volvió a ser el número uno, con «Nobby» Clarke como su cargador. Davison estaba en la retaguardia, con los muslos y el trasero acribillados por la metralla de una ronda de mortero que estalló justo detrás de él mientras estaba echado

contra el bancal. Se había mostrado alegre una vez que le dieron morfina, aunque le escribieron una M en la frente para evitar una sobredosis más adelante.

–No es más que mi mala suerte. «¿Qué hiciste en la guerra, papá?», preguntarán los niños. «Bueno, hijo, ¡me volaron el culo en Francia!». –Era una herida afortunada, lo que significaba que, a pesar del dolor, estaría fuera de combate al menos durante unos buenos seis meses, o tal vez para siempre.

Cuando tenía tiempo, Judd lo envidiaba. No es que dispusiera de mucho, porque los alemanes estaban avanzando desde la vía central y disparaban a los lados del huerto con ametralladoras y fuego de tanques. Davison ya no estaba, como tantos otros. Y si no estabas allí, entonces simplemente no importabas. No por el momento..., y el momento era todo lo que había. Davison ya no estaba, y tal vez nunca había existido. No había nada, aparte de los proyectiles, las bombas de mortero y las balas.

Una oleada de hombres de las SS cargó, disparando mientras se acercaban. Judd apretó el gatillo. Vio caer a un hombre y luego a otro que venía detrás de él. Clarke lanzaba granadas gritando a todo pulmón; sólo ruidos incoherentes. Buchanan mataba soldados alemanes con su rifle, y Mark estaba allí con un revólver. Los enemigos caían, pero seguían avanzando. «Nobby» Clarke sacó el cargador, lo volvió a colocar y golpeó a Judd para decirle que el arma estaba lista. Luego se desplomó con un suspiro y murió, con una sola bala en el pecho.

Judd se puso de pie porque los granaderos Panzer estaban entre ellos. Le disparó a un hombre y luego blandió el arma pesada como si fuera un garrote. Buchanan empujaba hacia delante. Su larga bayoneta se clavó entre las costillas de un soldado. Se atascó y el oficial canadiense la soltó. Un alemán se lanzó hacia él y ambos cayeron hechos un ovillo. La mejilla de Mark aleteaba, cortada por una bala que lo había rozado, y la sangre volaba.

«Rusty» Reade los salvó. El inadaptado, el hombre de las callejuelas que tuvo que luchar en cuanto supo caminar, lidiando

contra el frío en una pequeña casa adosada y contra las enfermedades y la brutalidad de la pobreza; el hombre que había peleado en la escuela contra los profesores y los demás chicos; el que había cumplido condena de joven y de adulto; el que rara vez había podido conseguir trabajo y que se había peleado en los pubs y fuera de ellos, y en las alcantarillas. Después, el Ejército se lo había llevado y también había luchado contra él. Y ahora luchaba contra los alemanes.

Su Sten traqueteó y los granaderos cayeron. El cargador estaba vacío. Golpeó a un hombre con él y luego lo tiró. Un alemán se le acercó, arremetiendo con la bayoneta. Reade lo esquivó. Luego agarró el rifle, lo giró, se lo arrancó de las manos al hombre de las SS y aprovechó el movimiento para golpearle la barbilla con la culata. Le dio la vuelta al rifle y lo clavó en la espalda del que luchaba con Buchanan. El alemán arqueó la espalda, jadeando. Reade sacudió la hoja, que salpicaba sangre, y se llevó el rifle a la altura de la cintura. Vio a otro enemigo, accionó el cerrojo y apretó el gatillo, arrojando al alemán hacia atrás. Luego clavó la bayoneta con tanta fuerza en otro granadero que la punta de la hoja le salió por la espalda. Judd atacó a un alemán y falló, pero el enemigo se estaba retirando.

–¡Perros! –les gritó Reade. Se agachó y vio una granada; le quitó el seguro y la arrojó tras el enemigo. Cuando no pudo encontrar otra cosa, cogió un trozo de madera y lo arrojó–. ¡Deme la Bren! –le gritó a Judd, que hizo lo que le decía. El sargento Reade disparó tras el enemigo hasta que el cargador quedó vacío–. Coja esta maldita cosa –dijo, arrojándosela a Judd.

Una enorme ráfaga de artillería británica arrasaba el campo exterior, tan cerca del huerto como se atrevían. La infantería alemana, atrapada al aire libre, se debilitó. Retrocedieron o se lanzaron a cualquier refugio que se les ofreciera. Protegidos por sus blindajes, los tanques y los autopropulsados, permanecieron rondando en busca de presas por el campo abierto. Varios aparcaron a unos cincuenta metros del bancal, disparando a todo lo que se moviera entre los árboles muertos.

En el huerto, los Glamorgan atendían a sus heridos y clasificaban las armas y municiones. Mark se acercó a Judd. Llevaba un PIAT en ambos brazos.

–Me vendría bien un poco de ayuda –dijo, aunque las palabras quedaron distorsionadas por el colgajo de la mejilla.

–Vuelva al puesto de enfermería, señor –le ordenó Judd.

–Después –dijo Mark, escupiendo saliva roja–. Lo siento. Hay un tanque muy cerca y quiero acabar con él.

Judd asintió y levantó la Bren.

–Puedo intentar mantenerlos con la cabeza gacha.

–Yo también puedo –añadió Buchanan–, y puedo llevar las bombas.

–¿Y qué pasará aquí? –preguntó Mark.

–Rusty podrá arreglárselas. –El sargento estaba sentado, deslizando con cuidado las balas en los cargadores de los Sten.

Se dirigieron al borde del seto, moviéndose con cuidado y esperando hasta que el cañón grande disparara contra los árboles antes de correr unos cuantos metros más. No era un Panzer, sino un Stug, con un cañón fijo disparando hacia delante.

Judd abrió su foco de atención y preparó la Bren en el parapeto. La cabeza del comandante del autopropulsado apenas era visible encima de la cúpula. Judd disparó y las balas rebotaron en la parte superior blindada del Stug. La cabeza del comandante desapareció. Entonces algo se movió, y se dio cuenta de que había periscopios gemelos. «Esos malditos alemanes piensan en todo». Les dedicó algunos disparos, pero falló. Luego logró cortar una de las miras. «Esto tendría que bastar para causarle una conmoción al comandante». Después apuntó más hacia el frente, con la esperanza de romper el bloque de visión del conductor. El motor del Stug aceleró y bloqueó la oruga izquierda, de modo que todo el vehículo giró hacia él. «Bueno, al menos he despertado su interés», pensó. ¿Dónde diablos estaba Mark?

El PIAT golpeó desde arriba a su izquierda, y vio la bomba mientras surcaba el aire y pasaba junto al autopropulsado. ¡Maldito Mark! El Stug tenía una ametralladora montada detrás de un escudo en el techo. Judd no podía ver a nadie manejándola, pero el arma comenzó a disparar y chorros de lodo volaron a su alrededor desde el bancal. Se zambulló de nuevo para refugiarse detrás de él mientras las rondas de la Spandau seguían hundiéndose en la tierra.

* * *

15:05 horas, fuera del huerto

–¿Cree que seguirá funcionando? –preguntó James. El Hector II seguía sin dar señales de incendiarse.

Whitefield ya se había asomado a la vuelta de la esquina para ver.

–Ni la menor esperanza, jefe. Le falta la oruga... y la rueda delantera. Aunque el motor todavía está encendido. –Eso significaba que había energía para mover la torreta. Un hombre podía girarla a mano incluso si no hubiera electricidad, pero tomaba mucho más tiempo.

–Ustedes dos regresen –dijo James–. Yo los seguiré.

La artillería británica había limpiado la cima de la colina de la infantería, pero apenas unos pocos tanques y autopropulsados habían desaparecido. Había tanto humo flotando en el aire que era difícil verlo, pero sabía que estaban allí. Alguien en el huerto estaba disparando a un Stug y podía ver claramente el arma de asalto, a ciento cincuenta metros de distancia y de lado hacia ellos.

–¿Quiere volver al tanque, señor? –preguntó Collins–. Entonces nos necesitará –añadió sin esperar respuesta.

–Es un riesgo demasiado grande –dijo James–. Regrese. Volveré pronto.

–El sindicato manda, jefe. No puede ir sin nosotros –le dijo Whitefield–. No querrá dejar a Collie sin trabajo, ¿verdad?

–Puedo disparar.

–Ni se le ocurra tocar mi cañón –dijo Collins, y luego añadió un «señor».

–No necesito un conductor. El tanque no funciona.

Whitefield sonrió.

–Solía ser un cargador. Y están afiliados al Sindicato de Conductores, así que no hay discusión. No toleraré un esquirol en mi tanque.

James se rio.

–Los dos estáis muy locos.

–¡Mire quién habla!

Collins subió a la cubierta de máquinas y se dirigió a la torreta. Whitefield lo siguió, y luego James, porque ésa era la única manera de que todos pudieran ponerse en posición. Blamey todavía estaba sobre el casco. El Hector II apestaba. Mientras bajaba a la torre, James fue asaltado por el olor a sangre. No podía ver bien, pero el cuerpo de Thomson estaba inclinado hacia atrás en su asiento. Los hombros y todo lo que estaba más arriba habían desaparecido.

–Artillero, pivote a la izquierda. Adelante. Objetivo autopropulsado. Alcance de cincuenta metros.

Collins tenía una empuñadura del gatillo que le permitía girar la torreta. El movimiento fue suave y fácil. Presionó el botón, pero el coaxial se negó a funcionar.

–La Browning necesita un cinturón nuevo.

James vio que el Stug había girado a la izquierda y ahora se movía hacia el otro lado. Un PIAT disparó desde el bosquecillo, en el mismo momento en que Collins disparaba el 75 mm. El Stug temblaba con los golpes. No había señales de llamas.

–Golpéelo con otro proyectil de perforación.

–¡Decídase de una puta vez! –gritó Whitefield, después de poner un cinturón nuevo en la ametralladora.

Collins cogió un proyectil con tapa oscura y lo arrojó contra la recámara. Un ruido como de bofetada le indicó que el arma estaba

cargada. No se molestó con el trazador porque podía ver que estaba sobre el objetivo. Otra bomba PIAT salió volando del bosque. Collins también disparó y el Stug estalló en llamas.

* * *

15:12 horas, el huerto, colina 112

Apareció el mayor Fletcher.

–Nos vamos. ¿Cuántos le quedan en la Compañía D?

–Alrededor de una docena –respondió Buchanan–. Más o menos.

Mark asintió, reacio a hablar. Sintió una gran oleada de satisfacción por haber noqueado al Stug. Eso les serviría de escarmiento. Sólo quedaban dos bombas para el PIAT y las había metido dentro de su guerrera de batalla. Mantuvo el lanzador en posición baja, reticente a dejar que alguien más lo tuviera.

–Vuelva con el oficial médico –le dijo Fletcher.

–Estoy bien, señor –intentó decir Mark, y roció al mayor con gotas de sangre.

Fletcher se secó la cara distraídamente, quitando un poco de sangre, aunque mucha menos que la suciedad y la mugre que tenía pegadas por todas partes.

–La Compañía D nos cubrirá, pero no se queden ahí. Volverán a aparecer pronto y no creo que podamos hacer otro ataque.

La única protesta vino de «Rusty» Reade cuando Buchanan se lo dijo.

–¡Malditos oficiales! Podemos mantener este lugar hasta el infierno y volver.

–Los hemos desangrado –le aseguró Buchanan–. Y no es más que una colina.

* * *

15:15 horas, cerca del huerto

La conexión de radio seguía funcionando, una vez que Whitefield la ajustó y la presionó varias veces. El regimiento se sorprendió cuando

llamaron.

–Pensé que estaba perdido, Baker Tres.

–Inmovilizado –explicó James–. Pero el cañón sigue funcionando.

–Le aconsejo que se retire, Baker Tres. ¿Nuestros amigos los «puerretas» lo están haciendo?

–¿Quién diablos son esos amigos? –preguntó Whitefield.

–¡Los galeses, londinense ignorante! Viven de puerros.

James los ignoró.

–Esperaré un poco para ver si puedo cubrir algo. Cambio.

–Como desee. –Hubo una pausa–. Lamento informar que Sunray ha caído. Fuera de su tanque. En un bombardeo.

Entonces, Tim Leyne había regresado sólo para ser golpeado nuevamente.

–¿Es Grave? –preguntó James.

–Lo parece.

–¡Pobre diablo! –dijo Whitefield en voz baja–. Era un buen tipo.

* * *

15:25 horas, cerca del huerto

Más de la mitad de los Glamorgan se habían marchado antes de que el mayor Fletcher diera sus órdenes a la Compañía D, y el resto los siguió. Buchanan dividió a los demás hombres en dos grupos, puso a Reade a cargo de uno y él se quedó con el otro. Mark no estaba en condiciones de dar órdenes, pero se negó a dejarlos y seguía agarrado su PIAT. Iban a saltos, como en el manual, un grupo listo para cubrir mientras los demás se movían, y luego cambiaban los papeles. Afortunadamente, los alemanes aún no estaban preparados para renovar el ataque.

Judd trepó por el talud. Miró hacia atrás, hacia el arruinado y destrozado huerto, salpicado de equipos y hombres destrozados. No tenía sentido tratar de encontrarle lógica a todo aquello y, aparte de eso, estaba cansado. Buchanan los condujo más allá de los hombres

de Reade, que estaban tumbados en la hierba con las armas preparadas. Un cañón de diecisiete libras destruido y el transporte Lloyd que lo había remolcado yacían retorcidos y destrozados sobre la hierba. No recordaba haberlos visto antes, ni los cadáveres de dos artilleros plagados de moscas tirados desordenadamente en el suelo. Los muertos parecían desparramarse de cualquier manera, como si la muerte deshiciera todas las articulaciones del cuerpo.

Buchanan los llevó a la izquierda, detrás de un par de Sherman, porque la pendiente descendía más rápido en esa dirección y haría más difícil que el enemigo los viera. Uno de los Sherman ardía, a pesar de que el casco estaba completamente chamuscado. Se sorprendió al ver una cabeza moverse en la cúpula de otro. Sólo podía ver la mitad. La cúpula se movió, de modo que la escotilla semicircular bloqueó la vista del hombre. Sin embargo, sabía que era James. Había algo en la ligera inclinación hacia delante y en los ojos.

–¡Abajo! –gritó Buchanan–. ¡Judd, en el flanco! –Señaló donde quería la ametralladora Bren. Se tumbaron y observaron la cima de la colina. Estaba cerca. El Sherman de James estaba un poco por delante; los demás, en la cima.

–¡Vamos! –avisó Buchanan a Reade. Judd vio que Mark estaba con el otro grupo.

Entonces apareció el Tiger, con su gran motor rugiendo.

* * *

15:28 horas, colina 112

–¡Oh, joder...! –comenzó Collins, pero no terminó.

–¿Qué? –preguntó Whitefield. El cargador no tenía forma real de ver el exterior.

–Un Tiger –dijo James–. Pero tal vez no sepa que estamos aquí. Carguen perforador.

–Ya está hecho, jefe.

El tanque alemán emergió del humo como un dragón de su guarida, avanzando con paso firme. James no creía que su

tripulación pudiera ver a los Glamorgan en retirada, pero se dirigía directamente hacia ellos.

–Que se acerque –dijo James–. Artillero, pivote pero no dispare hasta que yo le diga. Pivote a la derecha. A la derecha. Continúe.

El Panzer estaba a ciento cincuenta metros de distancia. Decían que un Sherman ni siquiera podía rayar la pintura a esa distancia, no en el blindaje frontal de un Tiger. Algunos creían que el cañón de 75 mm no podía atravesar el frente a ninguna distancia, ni siquiera estando aparcado frente a esa maldita cosa.

–Deje que se acerque –dijo James en voz baja–. Más cerca. –Estaba a cien metros de distancia. James se preguntó si valía la pena intentarlo–. No, esperaremos un poco más.

Alguien pasó corriendo junto al Sherman llevando un trozo de tubería de color verde. Corrió hacia un lado, escondiéndose detrás de uno de los restos, y luego saltó en dirección a otro. Era Mark.

«¡Oh, Dios mío!», pensó James, y se preguntó si dispararía, hasta que la fría y entrenada lógica militar le dijo que si el Panzer veía al hombre con el PIAT, entonces se giraría para hacerle frente..., y Collins podría clavarlo en el costado. «Soy un cabrón», se dijo a sí mismo.

–¿Permiso para disparar, capitán? –preguntó Collins.

James se lo pensó y después tomó una decisión.

* * *

15:29 horas, colina 112

Mark sabía lo que estaba haciendo. Sólo tenía dos bombas, pero el PIAT ya estaba amartillado y todo lo que tenía que hacer era agacharse, ponerlo delante de él, quitarle la tapa protectora del detonador, poner la bomba en la bandeja y disparar. Simple. Si la primera bomba no hacía el trabajo, entonces lo haría la segunda, al menos si el Panzer jugaba limpio y se mantenía quieto. Lo haría. Tenía la rara y atesorada sensación de que en ese momento no podía haber nada que estuviera mal, que cualquier cosa que quisiera hacer funcionaría. Se había sentido igual cuando marcó un triplete

por única vez en su vida, y también la primera vez que movió cien bateadas sin salir del campo. Éstas no habían sido las únicas, pero le habían aportado la rara sensación de que absolutamente todo era fácil y que estaba destinado a tener éxito. En esas ocasiones, se había abierto camino hasta el hito gradualmente y sin muchos límites.

Los restos de blindados calcinados ayudaban mucho. Una ametralladora se abrió paso desde el huerto, y Mark se escondió detrás del casco de algún tanque alemán derribado el mes anterior. Se agachó mientras avanzaba y luego se arrastró hacia delante, confiando en que quedaba suficiente trigo para protegerlo de la vista. La ametralladora perdió interés y él siguió arrastrándose hasta que estuvo lo suficientemente cerca como para saltar y correr hacia otro tanque quemado. Esta vez, uno de los británicos.

Quiso sonreír, pero la mejilla desgarrada no se lo permitió. No hubo ningún dolor. Fue casi fácil mientras recorría el largo casco del Churchill. Un PIAT podía disparar a cien metros, pero la mitad de esa distancia era mejor. Con un Tiger, estar aún más cerca era mejor, sólo para atravesar la enorme placa blindada. Lo haría. Mark, el siempre bastante bueno; Mark, el bastante simpático; Mark, el bastante guapo, sabía exactamente lo que estaba haciendo y todo el universo entendía que, en ese momento, era perfecto en todo lo que hacía.

Se arrastró porque allí los cultivos y la hierba estaban aplastados. ¡Santo Dios! El Tiger era grande, no estaba a más de cuarenta metros de distancia, pero estaba ciego y avanzaba pesadamente, tonto en su orgullo. Sería suficiente. Mark colocó el PIAT delante de él y lo cargó con la primera bomba. Abrió las piernas para prepararse contra la feroz patada. El tanque se acercaba en ángulo para pasar a su lado. Podía ver su costado derecho y apuntó a la cruz negra delineada en blanco cerca de la parte delantera del casco. El conductor debería estar detrás de esa placa. Se lo tenía merecido. No, no era el conductor. ¡Maldita sea! Los putos continentales lo tenían todo al revés, y sería su asistente. Mark apretó el gatillo y el PIAT soltó su confiado disparo. La bomba voló e

impactó a centímetros de la cruz. El Tiger se detuvo con una sacudida. Luego empezó a girar. Mark cogió su otra bomba.

* * *

15:31 horas, colina 112

James creyó haber oído disparar al PIAT, pero no pudo ver lo que sucedía. Podía ver a Mark tumbado allí, recargando. El Tiger se estaba volviendo hacia el hombre solitario, y la mayor parte de su costado ahora miraba al Hector II. Bastaría.

–¡Artillero, fuego!

Collins presionó el botón, el 75 mm tronó y el proyectil rozó el mantelete del arma del Tiger mientras giraba y pasaba rozando, evitando el resto de la torreta, el casco y el cañón grande.

–¡Maldita sea! –murmuró Collins.

Whitefield se estaba volviendo más rápido y tenía una ronda en la recámara en cuestión de segundos. La torreta del Tiger giraba hacia ellos, más lentamente que la suya, pero no le quedaba mucho camino por recorrer. Debían vencerlo. Whitefield tocó la pierna de Collins y no pudo resistirse a gritar:

–¡Cargado!

–¡Fuego! –gritó James, con su voz igual de fuerte.

Collins golpeó con su bota el botón del 75 mm. No pasó nada.

–Fallo de encendido –jadeó.

–¡Oh, joder! –añadió Whitefield.

El ariete no había activado la carga propulsora, al menos no todavía. Podría hacerlo en cualquier momento o nunca. El ejercicio consistía en abrir la recámara, descargar la bala, transportarla como un padre que lleva a un bebé dormido y no quiere que se despierte, y sacarla. El manual no decía qué hacer cuando un Tiger casi te tenía en la mira.

* * *

15:32 horas, colina 112

Mark vio que el Panzer empezaba a alejar su torreta de él, pero el casco seguía yendo en dirección contraria y el copiloto tenía su propia Spandau. El cañón se movía como si intentara obligar al gran tanque a girar. Tuvo uno o dos segundos como máximo, pero la bomba estaba en la bandeja. Esperó, asegurándose de la puntería.

En el huerto, el equipo alemán de ametralladoras vio al inglés al aire libre, persiguiendo el tanque, y pensó que era valiente pero estúpido. Colocó un cinturón nuevo, el artillero retiró el cerrojo y lo deslizó hacia delante. Lo hizo de nuevo y luego disparó. Las balas levantaron andanadas de tierra mientras corrían en línea hacia la figura tendida. Algo golpeó el muslo de Mark, rompiéndole el hueso, y él rodó y se sentó en estado de *shock*. Bala tras bala se clavó en su cuerpo, haciéndolo temblar como un títere tirado salvajemente. La ametralladora 42 estaba levantando la puntería y las siguientes balas le dieron en el cuello y la cabeza.

* * *

15:33 horas, el huerto

–¡Oh, Dios! –exclamó James, mientras las balas parecían destrozar a su amigo, pero el 88 mm, cuyo cañón era un gran círculo negro a esta distancia, casi estaba sobre ellos. «¡Rindámonos!», intentó decir, pero las palabras no le salieron y sus miembros parecían congelados.

La torreta del Tiger se detuvo. Luego hubo un destello desde un costado, la débil forma de un misil y un círculo naranja brillante en el mantelete plano que sujetaba el arma.

–Tres Charlie a Baker Tres, ¿todavía está ahí? –La voz del sargento Martin llegó a través de los auriculares de James.

Antes de que pudiera responder, el Firefly envió otro proyectil perforador al Tiger, esta vez atravesando la placa del casco. Un humo fino comenzó a elevarse desde la parte trasera del casco. Se abrieron las escotillas y de ellas saltaron hombres con uniformes de camuflaje.

–¡No les dispares! –gritó James de repente, sin más razón que la de parecerle desafortunado después de haberse salvado por los pelos. Independientemente de que Collins sintiera lo mismo o no, no disparó con el coaxial. El Firefly tampoco.

–Baker Tres a Tres Charlie, sí, estamos aquí, pero el tanque está inservible.

–¿Quieren un paseo?

–Dile que caminaremos –dijo Whitefield rápidamente–. Esos cabrones tienden a disparar a los tanques, y si vas en la parte trasera no puedes esconderte.

–Gracias, Tres Charlie, pero te seguiremos.

–Está bien, Baker Tres.

–Gracias de nuevo, Tres Charlie.

–Todo es parte del servicio. No te confíes la próxima vez. –Un proyectil perforador cayó al suelo cerca del Firefly. Martin y su tripulación retrocedieron rápidamente hasta perderse de vista.

* * *

15:40 horas, colina 112

James y el resto de la tripulación observaron desde el borde de la cresta cómo Judd, desarmado, caminaba hacia Mark. Había dejado atrás la Bren, pero no tenía un brazalete con la cruz roja, y las leyes de la guerra daban al enemigo vía libre para dispararle. No lo hicieron, y las ametralladoras de las SS y todos los demás dejaron de disparar. Lo mismo hizo la tripulación del Tiger, acurrucada detrás del humeante tanque, a pesar de que dos de ellos llevaban metralletas y el resto pistolas.

Mark estaba muerto. Había sido alcanzado por tantas balas que habían perdido la vida en un instante. Su rostro estaba destrozado, incluso peor que antes, y Judd dudaba que hubiera reconocido a su amigo si simplemente se hubiera topado con el cadáver. Pobre Mark. Siempre lo hacía lo mejor que podía, y era muy sincero, incluso sencillo. Judd se arrodilló, levantó el cuerpo para sentarlo y luego se

lo llevó al hombro. Se sentía pesado pero flojo, con las extremidades colgando. Judd podía oler la sangre, sentir cómo se filtraba sobre él. Muchas cosas habían salido a la luz en los momentos antes de que el corazón dejara de latir. Bill Judd se puso de pie y dio una cabezada en dirección al enemigo. Después se dio la vuelta y se alejó con su carga. Al menos, Mark tendría una tumba adecuada. No podría tenerla si lo dejaban atrás. Merecía una puta medalla.

* * *

15:45 horas, vertiente norte de la colina 112

Por el momento, los combates habían amainado en la colina, aunque todavía se libraban a lo largo del frente, a ambos lados. Shelldrake, el oficial de mayor rango de la Artillería Real en el área, recibió un mensaje de que los Glamorgan se habían retirado y de que los alemanes habían tomado el huerto. Pidió un fuerte bombardeo del lugar, un Objetivo Uncle con todas los cañones de la división. Dispararían cinco proyectiles cada uno, lo cual no era mucho, porque las baterías pronto pasarían a otras tareas, pero parecía correcto hacer hincapié. Los británicos se habían marchado, pero no se habían rendido.

James oyó los proyectiles pasar por encima y se alegró de no estar en el sitio hacia donde se dirigían. Caminaba junto a Judd, quien llevaba a Mark muerto y se negaba a permitir que nadie lo ayudara con la carga. Whitefield y Collins se quedaron con su oficial, pero nadie estaba de humor para hablar.

En respuesta a la muestra de odio británica, un oficial de observación alemán llamó a una batería de morteros de 120 mm contra un objetivo previamente registrado en la ladera británica de la colina. Parecía algo natural. En comparación con los británicos, sus municiones eran escasas y preciosas, lo que significaba que cada tubo sólo lanzaría una bomba. Era difícil oír los morteros en el aire, las bombas avanzaban lentamente sin el chirrido de los proyectiles de artillería. Eso era lo que los hacía tan peligrosos, porque tenían menos tiempo para ponerse a cubierto. Los Glamorgan, cansados, caminando aturdidos, sólo comenzaron a ponerse a cubierto en el

último momento. Judd cayó de rodillas. Los tanquistas no se movieron.

De repente, Judd fue golpeado con la cara contra el suelo, como si un mazo le hubiera caído en la mitad de la espalda. James Taylor salió volando y no supo cómo aterrizó de espaldas mirando al cielo. Whitefield estaba agachado cerca, con el rostro cubierto de sangre, y gritaba porque no podía ver. Collins, de pie entre los dos, fue derribado, pero no tenía ni un rasguño.

D + 40, domingo, 16 de julio 12:35 horas, hospital base, Basingstoke

James había entrado y salido del sueño durante días. Sus recuerdos eran pocos y confusos. Lo habían alcanzado, y gravemente, y la metralla le había desgarrado la pierna izquierda y toda la espalda y el pecho. Parecía recordar que lo levantaron y lo trasladaron, tal vez en una camilla montada en un *jeep*. Probablemente, había un puesto de socorro, y pensó que podía recordar una estación de atención avanzada, abarrotada, repleta de todo tipo de heridos y personal que de alguna manera convertía el caos en una especie de orden. Luego hubo luces eléctricas en una tienda de campaña, y nada más, hasta que despertó, fuertemente vendado. Creía recordar a un alemán en la cama de al lado, un SS al que le faltaban una mano y ambas piernas, pero muy locuaz y con un inglés perfecto. Dijo que había ido a Winchester, precisamente. Luego preguntó por qué los británicos estaban perdiendo el tiempo y toda esa sangre.

–Debe saber, amigo mío, que pronto todos tendremos que unirnos para luchar contra los rusos. Nosotros, ustedes los ingleses y los americanos. El comunismo es la verdadera amenaza. Debe llegar a comprenderlo.

¿Había sido real o simplemente un sueño inducido por la morfina? ¿Por qué habría imaginado algo tan loco? Podía ver el rostro del tipo con toda claridad y su chaqueta colgada junto a la cama, con las medallas e insignias que tanto amaban los alemanes. Era extraño que no se las hubieran birlado cuando pasó por el sistema. James yacía en la cama y miraba al techo. Había otra cama en aquella pequeña habitación, pero no había nadie en ella. De todos modos, no creía que el alemán hubiera estado allí. Aquella habitación había estado mal iluminada, pero ésta era brillante, con las paredes y el techo de un blanco brillante. ¿Era eso el cielo? Olía a desinfectante, lo que hacía que pareciera improbable. También sentía dolor, y no creía que eso sucediera en el Reino Bendito. Le dolía mucho. El más mínimo movimiento le provocaba ataques de dolor, pero se sentía rígido si no se movía. Su pierna izquierda estaba sujeta en tracción encima de la cama.

–¿Estamos despiertos? –La voz era suave, femenina e irlandesa. Después de todo, escuchar una voz así podría ser el Cielo. Aun así, no era católico, lo que iba en contra de esa teoría.

Apareció un rostro redondo, de nariz chata, muy agradable y sobre todo sonriente. El rostro tenía la gorra del Yeomanry de Enfermería de la Reina Alejandra. James casi se sintió decepcionado al aceptar que aquello no era el Cielo, un lugar donde la guerra nunca podría llegar.

–¿Cómo se siente, teniente Taylor? Nos ha hecho trabajar, ¿eh?

–Lo siento –susurró. No estaba seguro de qué más se esperaba que dijera.

La enfermera se rio, una risa fácil y genuinamente feliz. No había oído un sonido tan puro desde hacía mucho tiempo.

–¡No hay nada por lo que disculparse! Es sólo que anoche empeoró y estábamos preocupados. Pero una nueva radiografía mostró la pieza que el cirujano de Francia había pasado por alto. Estaba escondida detrás de los pulmones, cerca del corazón. El coronel Terry lo abrió de nuevo y lo sacó todo. ¡Dice que le hizo perderse la cena! Pero él me dijo: «Hermana Jennings, no deje que éste se muera después de todos los problemas que ha causado». Así que no lo haré.

–Lo siento –se disculpó de nuevo. Ni siquiera él estaba seguro de con quién se estaba disculpando ni por qué.

–No siga diciendo eso o me enfadaré –dijo la enfermera sin una pizca de mal genio–. O llamaré a la enfermera jefe, y ella realmente puede enojarse... Va a estar bien. Estuvimos preocupados por un tiempo, todos lo estábamos, pero nos ha hecho sentir orgullosos. Así que descanse y recupérese. No más guerra para usted, pero se pondrá bien con el tiempo.

No más guerra. ¿Era eso otro sueño? ¿Estaba el loco alemán a punto de intervenir y planear otra marcha sobre Moscú?

–¿Tiene hambre?

James negó con la cabeza. Estaba vendado y sentía dolor. La cabeza le dolía como en las resacas que había sufrido en Bayeux. No estaba seguro de qué mundo se sentía más real, si aquél o el de ahora. En realidad, ninguno de los dos. Eso debía de ser un sueño, y se despertaría en la torreta de un tanque Sherman, con el crujido de la estática en los oídos.

–Mmm. Bueno, necesitará comer pronto. Beba un poco ahora..., y no aceptaré un no por respuesta. –La hermana Jennings levantó la cabeza y le dio un poco de agua–. Pronto habrá té. ¿Quiere alguna cosa más?

–¿Qué día es hoy?

–Domingo. Pero, como su tarjeta dice que es un protestante impío, no le reprocharé que no lo sepa. Hace cinco días que lo hirieron y han pasado dos y medio desde que lo sacaron de Francia..., en un avión, lo crea o no.

–Muy rápido. –Su mente estaba empezando a funcionar. También su cuerpo. Logró incorporarse y tomar otro sorbo. Le dolía, pero no era insoportable.

La hermana Jennings asintió.

–Estamos recuperando a muchos, y lo hemos hecho durante semanas. Corre la historia de que un mayor fue a visitar a sus hombres a un hospital de campaña en Francia. Estaba tan cansado que se echó un sueñecito en una cama vacía, ¡y se despertó en Inglaterra!

–Gracias –dijo James–. Gracias. –La hermana Jennings sonrió. Tenía una bonita sonrisa.

–Simplemente, se está recuperando. ¡Y tengo que seguir, o la enfermera jefe me desollará! –Fue hacia la puerta y luego se detuvo. Su mirada se transformó. Ahora parecía la de una profesora mostrando afecto por un alumno descarriado y, al mismo tiempo, la de una conspiradora.

–Con tantas preguntas se me ha olvidado y me he enrollado hablando. Tengo algo para usted.

Por un momento, le vino a la mente una de las historias obscenas de Whitefield. ¡Seguramente, no! Entonces recordó a su conductor gritando. No podía recordar nada más porque su propio dolor lo había engullido. No tenía sentido preguntarle a la enfermera. No tendría ni idea.

–¿No siente un poco de curiosidad? Una desconocida dice que tiene algo para usted y no pregunta qué es.

–Un beso.

–¡Ja! Ustedes los soldados son terribles, y yo, una buena chica católica. No, no es mío, sino que es algo suyo. Por supuesto, a menudo se pierden, pero hay algunos hombres que intentan asegurarse de que su amuleto permanezca con ellos. La ciencia es una cosa, pero hoy en día debemos aprovechar toda la suerte que podamos. Creo que son suyas.

Le puso algo en la mano derecha. Él sintió la suavidad, y ella debió de haber visto la sorpresa en su rostro.

–Bueno, he dicho «suyas», pero espero que no las use. Se necesitan de todo tipo y todo eso, pero sería forzarlo. No las usa, ¿verdad?

–Eran un regalo.

–Eso no responde a mi pregunta.

–De mi prometida.

–Entonces está bien y es como esperaba. Son muy agradables. Preciosa mano de obra. ¿«P»? Estuve muy tentada de quedármelas, con el racionamiento y todo eso. Pamela Jennings. Me vendrían bien, ¿no cree? ¡O mejor ni lo piense, diablo descarado! Las guardaré en el cajón. Ahora descanse y recupérese. Llámeme si me necesita.

James volvió a mirar al techo. Las persianas de la ventana estaban cerradas, pero incluso con la cinta entrecruzada sobre el cristal dejaban entrar mucha luz. Debía de ser un buen día.

Penny. Penelope Stevens. Penny caprichosa, amante de la poesía, romántica y prerrafaelita. ¿Hacía tantos meses o habían sido años?

La propuesta, el anillo, la fiesta que sus padres habían hecho para celebrar el anuncio... Toda aquella gente, tanta a la que no conocía, y casi todas ancianas o mujeres, porque los hombres de su edad estaban ausentes. Cómo Penny lo había atraído para que estuvieran solos por unos minutos, sabiendo que tenía que tomar el tren al cabo de una hora y media. Lo había llevado a la biblioteca. Aunque parezca mentira, los Stevens tenían una habitación llamada biblioteca en la casa adosada. Era una casa grande, cierto, pero todavía era una semicasa de apenas doce años, y nada que ver con una mansión ancestral.

–En tiempos pasados, una dama le hizo un favor a su caballero –había dicho Penny, completamente seria, como sólo ella podía estarlo cuando decía semejantes cosas.

–Mi señora –le había contestado él.

Se veía hermosa ese día, con el cabello largo y de un dorado reluciente. El vestido era de un azul suave y los zapatos de tacón combinaban con el color de su pequeño sombrero. Llevaba guantes y un cinturón de color azul oscuro. Penny siempre decía que una dama nunca vestía con todo del mismo color y tono. Era buena con la aguja y el hilo, y cuidadosa con la ropa, pero aquél era un día especial, así que había arriesgado algunas de las medias que le quedaban, también de seda, en lugar de las novedosas medias de nailon. Podría haber salido de una revista de moda.

–Date la vuelta –dijo. Eso parecía extraño, y James había esperado con todo su corazón que no significara que en un momento le tapara los ojos con las manos y dijera: «¿Adivina quién?». Con Penny nunca se sabía.

Él obedeció y se giró, quedando de cara a una estantería con puertas de cristal. Con escepticismo, calculó que el señor Stevens había comprado la mayoría de aquellos descoloridos libros de tapa dura en una tienda de segunda mano. Probablemente, nunca había abierto ninguno, y simplemente pensó que lucían bien como parte del mobiliario. Penny era la única lectora de la familia, aunque sus gustos eran reducidos y un poco tontos.

James podía ver su reflejo en el cristal y pensó que a ella le habría gustado la apariencia transparente, casi etérea, que le daba. Entonces Penny inició un balanceo con ambas manos en las caderas, agachándose, casi acuclillándose. Algo apareció por debajo del dobladillo de su vestido. James se quedó boquiabierto, que fue lo único que le impidió decir algo fuera de tono.

–Ya puedes darte la vuelta. –Penny tenía la expresión encantada de una niña que hace algo que sabe que es terriblemente travieso y peligroso. Tenía las manos escondidas detrás de la espalda. Sacó la punta de la lengua y se lamió los labios cuidadosamente pintados. Estaba rebosante de travesura–. Extiende las manos.

Se le acercó, enfatizando cada paso. Sus tacones eran muy altos y los zapatos se ataban alrededor del tobillo. Eran caros y de antes de la guerra, por lo que ella no habría tenido edad suficiente para comprarlos o usarlos en aquel entonces. Dudaba que procedieran de los cupones de racionamiento, así que sólo Dios sabía cómo los había conseguido. El vestido también era más amplio de lo que se podía comprar por entonces, cuando incluso el número de pliegues estaba regulado. Debía de haberlo hecho ella misma. Se le ceñía al cuerpo y se balanceaba en todos los lugares adecuados.

La niña traviesa y la doncella del romance artúrico estaban justo frente a él. La voz de su madre la llamaba desde algún lugar. No demasiado cerca, pero probablemente les quedaba poco tiempo. Ella presionó sus manos sobre las de James, y él pudo sentir la suavidad de la seda. Ya lo había adivinado, pero aun así fue una conmoción ver que ella le estaba regalando un par de calzones, de un rosa muy pálido, con encaje blanco y una «P» de Penny bordada. No, calzones, no, probablemente no usaría esa palabra. Bragas o braguitas, o algo así. Las mujeres tenían un vocabulario amplio en lo que respectaba a la ropa.

–Cógelas. Quiero estar cerca de ti siempre, y ellas han estado cerca de mí como ninguna otra cosa puede estarlo. Quiero darte mi amor y mi suerte.

Luego se puso de puntillas y posó las manos sobre sus hombros. Cerró los ojos en éxtasis anticipado, y fue tan natural inclinarse hacia delante y besarla... No es que ella pudiera acercarse demasiado, porque él todavía estaba allí, tontamente de pie, sujetando las bragas.

El beso estuvo bien. Muy bien, y fue largo. Pudo oler su perfume y sentir la suavidad de su cabello... y la red de su sombrero. No podía ver, pero estaba seguro de que su pierna derecha se elevaba, doblando la rodilla y apuntando hacia atrás, como en las películas.

–¡Ah, estabais aquí, pareja de tortolitos! –dijo la señora Stevens cuando entró en la habitación–. Sé cómo te sientes, pero tenemos invitados.

Penny se apartó y suspiró.

–¡Oh, madre!

–Lo sé, lo sé, pero tú y James pasaréis toda la vida juntos.

James apretujó frenéticamente las bragas de encaje y las metió en el bolsillo del pantalón antes de que la madre de la niña viera lo que tenía. Penny estaba en medio de los dos y él logró guardarlas antes de que se moviera.

Pasó casi una hora antes de que tuviera que irse. James luchaba por prestar atención a algo o a alguien, y seguía teniendo que pedir perdón y preguntar qué se había dicho, o fingir que había escuchado y dar una respuesta vaga. El vicario quería tener una larga conversación con él, y durante todo aquel tiempo tuvo una visión de pesadilla en la que estornudaba, cogía un pañuelo y blandía unas bragas con volantes delante del clérigo y su muy decente esposa.

Penny había logrado estar cerca la mayor parte del tiempo, ya que, después de todo, celebraban su compromiso. Siempre que podía, se encargaba de rozar sus caderas contra las de él. Su vestido era bastante delgado y presumiblemente se había puesto enaguas, pero, por lo demás, no llevaba nada más debajo. ¡Querido Dios! Era una dura prueba tratar de parecer impasible y desinteresado en todo como debería hacerlo un soldado y un joven caballero inglés. No

estaba seguro de si ella se estaba burlando de él o simplemente se deleitaba en ser tan pícara. Realmente, nunca se sabía con Penny.

–Te amo, mi príncipe –le había dicho cuando estaba a punto de marcharse. Sus padres les dejaron un poco de espacio, pero no demasiado–. Te amo con todo mi corazón. Siempre estaré contigo. –Se habían besado, bastante castamente, pero ¿qué podía hacer un hombre cuando los padres de una chica estaban mirando? James la atrajo hacia él. Aquello seguramente era aceptable, pero, aparte de eso, ¿qué podrían hacer en ese momento?–. Guárdalas contigo –le susurró al oído–, y estaré cerca de ti y te mantendré a salvo.

James le acarició la espalda. El vestido era muy suave, y ella también. Dejó que la mano bajara un poco más hacia el trasero. La señora Stevens se dio cuenta y arqueó una ceja. Su corazón latía con fuerza, pero ésa era la menor de sus preocupaciones. Penny soltó una risita, tan parecida a la de un niño y tan diferente. Se acercó más por un momento. Al menos había tenido su abrigo doblado para sostenerlo delante cuando ella se alejó.

Bueno, supuso que le había traído suerte, porque no estaba muerto, aunque sonara como si realmente debiera estarlo. Es más, si la hermana Jennings tenía razón, no regresaría, sin importar cuánto durara la guerra. James no estaba seguro de creer a la enfermera, pero estaba vivo y al menos debería estar fuera de todo durante unos meses como mínimo.

–Gracias –murmuró, sin estar seguro de si se dirigía a la enfermera, al Cielo o a la joven caprichosa y apasionada que lo amaba con tanto fervor.

Entonces se dio cuenta de que todavía se aferraba al talismán de Penny. Intentó sentarse, pero no pudo alcanzar la taquilla que había al lado de su cama, así que lo sujetó. Bragas de la suerte. No era el tipo de historia que podías contarles a tus nietos. Buen Dios, ¿iba a tener nietos? ¿Se había acabado todo? No más llamadas a filas, no más órdenes y no más tanques con todo su hedor e incomodidad. No más Baker Tres. No más miedo.

Con ese pensamiento, James cayó en un sueño profundo.

D + 59, viernes, 4 de agosto 19:45 horas, al sur de la colina 112, Normandía

Las tardes comenzaban a caer más pronto, y probablemente quedaba poco más de media hora de luz del día. «Coop» Buchanan habría preferido esperar a que oscureciera antes de liderar la patrulla, pero la brigada había presionado al batallón, y éste a la Compañía A, por lo que salieron para tener una idea de dónde estaban las posiciones alemanas. Después de pasar semanas en el valle de Odón, luchando y muriendo por pequeñas franjas de tierra, seguían adelante. Los estadounidenses habían comenzado pulverizando las líneas del frente alemán con bombarderos pesados y luego abriéndose camino a través de ellas. Casi dos meses después del Día D, las cosas empezaban a moverse más rápido, pero sólo al principio. Todavía había muchos alemanes que no daban señales de querer dejar de tocar las narices. Los cuatro hombres avanzaron con cuidado para ver si podían encontrar algunos.

Judd intentó recordar el aspecto que había tenido la colina 112 semanas atrás, pero el suelo estaba tan torturado por los explosivos de alta potencia que parecía una tierra baldía. Al menos había muchos cráteres de proyectiles que ofrecían cobertura, junto con los restos de los blindados destruidos y otros escombros de la guerra. También había esqueletos, en su mayoría de ganado vacuno y caballos, pero quizá también de otras cosas. Buchanan tamborileó en el cargador de su rifle y se quedaron paralizados. Judd era el único, aparte del teniente, que había estado con los Glamorgan en el huerto. Los otros dos eran reemplazos, aunque tres semanas en Normandía los habían cambiado y ya no eran los jóvenes poco experimentados y peligrosamente descuidados que se enviaban a los batallones en esos días. Todavía estaban vivos, lo cual no era un logro menor. Coop los había elegido un par de veces para realizar patrullas similares.

Ése era uno de los problemas de hacer bien un trabajo. «Coop» Buchanan era el único subteniente que había desembarcado con ellos en Normandía y que todavía quedaba a cargo de un pelotón. Los demás estaban muertos o heridos, o se habían derrumbado y

habían sido dispensados para que no fallaran cuando realmente importaba. Coop seguía siendo enviado a patrullar con más frecuencia que cualquier otra persona. Otro oficial de CANLOAN había llegado a los Glamorgan, pero los otros dos originales estaban muertos. Esta vez, Buchanan había dado descanso a «Rusty» Reade y, por primera vez, no había sido necesario persuadir al sargento. Todos estaban muy cansados.

En junio y a principios de julio, Judd había pensado que era imposible estar más cansado y, aun así, seguir de pie y responder cuando se lo ordenaran. Por suerte, se los retiró de la colina 112, y se les dieron reemplazos y unos días de tranquilidad. Luego volvieron a las filas. Desde entonces, se habían producido otras grandes ofensivas, pero los Glamorgan no habían estado involucrados, al menos no directamente. En dos ocasiones, el batallón había lanzado un ataque preparado contra una aldea. Media docena de veces la compañía había asaltado una granja u otro grupo de edificios, o barrido un bosque en busca de francotiradores y ametralladoras. Una vez enviaron al Pelotón Nueve a ocupar una casa solitaria junto a un arroyo y perdieron a la mitad de sus efectivos, todos reemplazos, en una pequeña y feroz pelea contra media docena de alemanes que no se dieron por vencidos. Sin embargo, los ataques generalmente habían tenido éxito y sólo fracasaron en pocas ocasiones.

Nada de eso parecía importar. Judd todavía estaba vivo e ileso, porque, de lo contrario, no podrían enviarlo a patrullar, a sentarse en la trinchera bajo los bombardeos, y a comer y beber té preparado con agua clorada. Los muertos descansaban y él no, aunque era difícil notar la diferencia. Ahora todo era mecánico, una mezcla de entrenamiento, experiencia y puro hábito. Hacía lo que tenía que hacer y, si sobrevivía, lo volvería a hacer. Llevaba las dos franjas de cabo y dirigía una sección de sólo cinco hombres, incluido él mismo. Rara vez el Pelotón Nueve llegaba a los veinte hombres, y eso era típico de los Glamorgan en su conjunto, aunque se las habían arreglado para volver a tener cuatro compañías en lugar de tres. Ninguno de sus soldados habituales estaba en esa patrulla; eran

inexpertos o simplemente demasiado torpes. Uno incluso llevaba gafas, lo que resultó una sorpresa en la infantería. No tenía sentido llevarlo a una misión y arriesgarse a que la luz brillara en sus lentes.

Buchanan volvió a golpear el cargador. Fuera lo que fuese lo que le preocupaba, ya había dejado de hacerlo. Judd se levantó y guio a los soldados, seguido por otro hombre, y también por Coop y un cabo de primera que había estado allí el tiempo suficiente para ser útil, pero no como para haber perdido todo su entusiasmo. Aquel hombre tenía veintidós años y, en comparación, Judd se sentía anciano y destrozado. Habían pasado por el lugar donde había muerto Mark. El huerto estaba nuevamente en manos británicas, al igual que la propia colina 112, debidamente ocupada poco después del amanecer de aquella mañana. Su amplia vista ya no tenía mucha importancia, porque la principal línea alemana se había retirado y en realidad no se la veía. En cambio, unas pocas millas al sur había un terreno más elevado desde el cual los observadores alemanes podían acechar. Sería necesario capturar colinas y crestas como ésa, y sin duda el precio sería alto. Muchos más hombres quedarían mutilados o morirían, como Mark y otros que se habían ido.

Pobre Mark. Judd sintió una punzada de tristeza al recordar a su amigo. Estaba demasiado cansado para pensar y sentir más que eso, aunque le había escrito a su madre. Eso había sido hacía semanas, y había recibido una respuesta agradeciéndoselo. Pobre señora Crawford. Nunca se había ocupado mucho de su hijo, pero ahora estaba muy triste, y al mismo tiempo agradecida. Judd le había dicho que Mark le había salvado la vida, lo cual era cierto, aunque no le había dicho cómo. Cuando cayó la bomba de mortero, el cadáver de Mark había recibido la peor parte de la explosión y del metal irregular, mutilando aún más su cuerpo. Judd no había sufrido ni un rasguño, a diferencia de James. Aquello tenía muy mal aspecto. Desde entonces, no había tenido noticias de él.

–¡Oh, mierda! –dijo, jadeando, el hombre detrás de Judd.

Se giró. Tenía el rostro pálido y sostenía el subfusil Sten con las manos temblorosas. Su bota derecha estaba justo por encima del

suelo, y debajo estaban las tres puntas de metal de una mina-S de fragmentación. Hiciera lo que hiciese, la mina explotaría. La primera carga lo arrojaría, le volaría la pierna y lanzaría un bote al aire que la segunda carga haría explotar, enviando cientos de rodamientos de bolas esparcidos por el aire.

–¡Dios mío! –exclamó de nuevo.

Judd luchó por recordar su nombre. Dawkins; eso era todo. De Exeter. En esos días le costaba recordar algo nuevo.

–Intenten seguir sus pasos –gritó Buchanan– y regresar.

No podían hacer nada para ayudar a Dawkins. Moriría o tal vez simplemente quedaría ciego y lisiado. No tenía sentido que el resto compartiera su destino porque sí. La pregunta era si se trataba de una mina aislada o si se habían extraviado en un campo minado.

–Tranquilo, muchacho –gritó Buchanan–. Cuando le diga, tírese hacia atrás lo más lejos que pueda. –A veces, funcionaba. No a menudo, pero a veces sí, y un hombre escapaba con sólo unas pocas heridas. Los perdigones no eran grandes, pero eran lanzados a una velocidad inmensa.

Se oyó un crujido, casi como un disparo de pistola, y un grito de pura agonía. Coop había dado un paso atrás, hacia otra mina. Judd no sabía cómo la llamaban los alemanes, pero era la más pequeña y, en cierto modo, la más cruel que usaban, porque era un trozo de tubería enterrado en el suelo y, cuando alguien lo pisaba, disparaba una bala de rifle hacia arriba y en ángulo. Los británicos lo llamaban *de-bollocker*.[23] Con un estallido mucho más fuerte, la mina-S explotó. Tal vez la sorpresa había hecho que Dawkins desplazara demasiado su peso. La carga le arrancó el pie y la pierna por debajo de la rodilla, y lanzó el recipiente hacia arriba. Estalló y envió docenas de bolas de acero al hombre que caía, lacerándole la cara y el pecho. Un par más se extendieron lo suficiente como para golpear a Buchanan mientras yacía en el suelo, con las manos presionadas contra la entrepierna. Varias alcanzaron al cabo primero.

A Judd no lo tocaron. O no había más minas o simplemente había tenido suerte, pero logró llegar hasta Buchanan y llevarlo de regreso a la enfermería de campaña. El cabo primero no fue de mucha ayuda, porque algunos de los rodamientos le habían roto el brazo. Judd mintió cuando Coop le preguntó si era grave.

Una vez en el puesto de socorro, Judd se sentó y se quedó dormido. Cuando despertó, el oficial médico le dio una inyección y durmió un poco más. Tres días después lo enviaron de regreso al batallón.

Nota histórica

Ésta es una novela basada en hechos verídicos, y es justo darle al lector una idea más clara de cuán cercana se mantiene la historia a los acontecimientos del verano de 1944. Quizá también sea interesante explicar los orígenes de la historia. Uno ya es muy viejo. Asistí a una escuela preparatoria en un pequeño pueblo del lado galés del canal de Bristol. La escuela había cambiado de dueño, como suele suceder en esos lugares, pero durante un tiempo el antiguo director, que había estado allí desde antes de la Segunda Guerra Mundial, se quedó para ayudar al nuevo equipo. Se decía que en su despacho tenía una fotografía de una clase de chicos de los años treinta. No era una escuela grande entonces ni cuando estuve allí a finales de los años setenta, por lo que probablemente tenía una veintena de jóvenes como máximo. Se decía que ninguno de ellos había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial.

Los tiempos cambian, y con ellos la gestión de los colegios, y en aquellos días nadie sabía nada del asunto. No sé si la historia es cierta o no. Mi sospecha, reforzada por años como historiador profesional, es que la historia es exagerada y que tal vez la mayoría, en lugar de todos, cayeron durante la guerra. Ciertamente, las escuelas pequeñas como ésa tendieron a sufrir pérdidas inusualmente cuantiosas. Los jóvenes con ese tipo de educación que fueron elegibles para el servicio militar entre 1939 y 1945 probablemente desempeñaron muchos de los papeles más peligrosos en el Ejército; por ejemplo, como tripulantes aéreos y subalternos, especialmente en la infantería.

La Primera Guerra Mundial permanece en la memoria británica como la peor guerra, la más terrible por sus pérdidas, en la que ciudades y pueblos enteros quedaron de luto después del Somme o Passchendaele y otras terribles batallas. Hay muchas razones para esta memoria colectiva, y una de ellas es el simple hecho de que la experiencia fue espantosa, empeorada porque fue la primera guerra con reclutamiento y movilización masiva en Gran Bretaña. Lo más conmovedor proviene de la creencia generalizada –que puede estar justificada o no– de que la lucha de 1914 a 1918 fue innecesaria,

mientras que pocos dudarán de la necesidad de derrotar a los nazis y al Japón imperial en la Segunda Guerra Mundial.

Las muertes británicas en la Segunda Guerra Mundial representaron, aproximadamente, un tercio de las pérdidas en la Gran Guerra. En gran medida, esto se debió a que Gran Bretaña no desplegó un ejército tan grande ni desempeñó un papel tan central en la guerra terrestre como lo había hecho con la Fuerza Expedicionaria Británica en Francia y Flandes. Algo de esto se debió a la tecnología. Los ejércitos modernos necesitaban muchos más hombres para sostener las fuerzas que entraban en combate directo (la infantería y los cuerpos de blindados) que en 1918. Sin embargo, para quienes realmente luchaban, los riesgos eran a menudo tan grandes y a veces mayores que los que corrieron sus predecesores en el conflicto anterior.

El segundo hilo de todo esto surgió de la lectura sobre la Segunda Guerra Mundial. La mía fue una generación que creció fabricando kits de plástico de cazas, bombarderos, barcos y tanques, y leyendo sobre «la Guerra», como todavía se la llamaba. Las películas contribuyeron mucho a dar forma a mi imaginación, y dudo de que sea el único que admite que mi percepción del Día D tuvo mucho que ver con *El día más largo*.[24] Sin embargo, las bibliotecas ofrecían más libros de los que el dinero de bolsillo podía permitirse, y la biblioteca local tenía una buena sección de historia, con una especialmente buena sobre la Segunda Guerra Mundial. Muchos temas me fascinaron, pero la campaña en el noroeste de Europa tuvo un atractivo particular. Una vez más, las películas ayudaron, en particular, *Un puente lejano* (1977), nuevamente basada en un libro de Cornelius Ryan y que me fascinó cuando la vi por primera vez en el cine.

A medida que leía y aprendía más, me di cuenta de que las películas, con bastante razón, sólo contaban una parte de la historia. El Día D fue importante, y su éxito ocultó, en cierta medida, el increíble esfuerzo necesario para organizarlo y los riesgos que implicaba. Sin embargo, la batalla de Normandía duró dos meses y medio después del propio Día D, y fue terriblemente costosa. Ésta

fue una batalla de desgaste librada contra un enemigo decidido en un espacio muy reducido. Los alemanes no cedieron terreno tan fácilmente como lo habían hecho en Sicilia y la Italia continental, por lo que se luchó una y otra vez por los mismos pueblos y zonas. Los oficiales superiores, que habían sido oficiales jóvenes en Flandes, compararon repetidamente algunas de las acciones, como las que se libraron alrededor de la colina 112, con acciones como las de Passchendaele. Algunos incluso pensaron que la experiencia de 1944 fue peor. De hecho, el tiempo medio que un subalterno de infantería británico o canadiense pasó en el frente antes de convertirse en baja fue menor que en el Somme.

Con el paso de los años, me di cuenta de que ésta era una historia que quería contar, en parte porque no parece ser tan conocida como debería. En 2024, el octogésimo aniversario del Día D será (y debería ser) conmemorado, aunque las filas restantes de veteranos serán pocas. Sin embargo, se tratará del Día D con mucha fanfarria alrededor del 6 de junio y mucha menos atención a lo que siguió.

Hay muchos estudios de no ficción muy buenos sobre la batalla de Normandía en todos sus aspectos, y otros están mucho mejor calificados que yo para hacer nuevas contribuciones al campo. Sin embargo, no todo el mundo lee mucha no ficción, especialmente material bastante especializado, y creció la idea de que una novela podría ser la mejor manera de concienciar a más personas sobre la historia. La ficción histórica, cuando está bien hecha, puede ofrecer una ventana más rápida a lugares y épocas del pasado. Así, las dos ideas se unieron y éste es el resultado. Quería escribir una historia sobre hombres que eran poco más que niños en edad, que provenían de un entorno protegido de clase media en una Gran Bretaña todavía a la cabeza de un imperio mundial masivo, que se encontraron en el crisol del Ejército, y luego en medio de una batalla prolongada y muy salvaje.

Escribir este tipo de historias invita a clichés. Si hay unos cuantos de ellos en el texto, entonces es porque son comunes en la vida real, razón por la cual se convierten en clichés, en primer lugar. Sin embargo, he tratado de evitar algunos de los tropos más trillados de

historias y dramas militares, donde los personajes principales tienen que odiarse entre sí hasta ganarse el respeto, ya que esto tiende a parecer falso y las fuentes no lo confirman.

Ésta no es la historia de la batalla de Normandía, y mucho menos la experiencia británica de la Segunda Guerra Mundial. Es simplemente una historia de aquellos tiempos, y una que he tratado de plasmar lo mejor posible, basándome en los muchos relatos personales de quienes estuvieron allí. Yo no estuve allí, y tengo la suerte de pertenecer a una generación que no tuvo que soportar bombardeos, racionamientos ni apagones, afrontar un miedo muy real a una invasión y luego ser llamado a vestir uniforme y luchar. La tendencia moderna es llamar héroe a todos los que participaron, hasta que la palabra pierde la mayor parte de su significado. En mi opinión, lo sorprendente de la mayoría de los que participaron es que parecen muy comunes, a pesar de que fueron llamados a sufrir y a hacer cosas extraordinarias. Éste era el objetivo del libro, seguir a algunos jóvenes bastante comunes, aunque bastante sensibles, a través de parte de esta experiencia. Deben ser representativos de un sector de la sociedad, con todo lo que eso implica en términos de perspectiva y actitudes. Espero haberme acercado a la realidad, al menos en la medida en que sea posible para alguien que nació cuando yo nací y que no vivió aquellos años.

Como he dicho al principio, los personajes son ficticios, no sólo James Taylor, Mark Crawford y Bill Judd, sino todos los demás que aparecen en la historia, con las obvias excepciones de personajes como Montgomery y Eisenhower, que se mencionan, pero nunca aparecen realmente. Además, los dos regimientos clave de la historia son ficticios. No existía ningún regimiento de Glamorganshire, pero parecía mejor crear una unidad totalmente inventada en lugar de añadir un batallón ficticio al Regimiento Welch o a los Borderers de Gales del Sur. Con algo más que un toque de vanidad, decidí utilizar un regimiento que inventé hace algunos años para una serie de novelas ambientadas en la época napoleónica. Sin embargo, las principales acciones de los Glamorgan en esta historia se basan en las libradas por varias unidades reales en 1944.

El 165.º RAC es otro invento. Gran Bretaña fue pionera en el uso del tanque en la Primera Guerra Mundial. Luego, con todos los recortes, descuidó su desarrollo entre guerras, sólo para dejarse engañar por la propaganda del poder de los Panzer, de modo que levantaron demasiadas unidades blindadas en los años siguientes. Muchas de ellas fueron reclutadas desde cero o convertidas a partir de unidades territoriales de la reserva. El 165.º de la historia es parte de una brigada que he basado en la 8.ª Brigada Blindada Real de 1944. Sus otras unidades son Dragones, basados en los de la 4.ª y 7.ª Guardias de Dragones reales, y Yeomanry, basada en Sherwood Rangers Yeomanry. Mi 165.º toma el lugar del 24.º de Lanceros durante la mayor parte de la historia, aunque para la operación Epsom toma el lugar del 23.º de Húsares, parte de la 11.ª División Blindada. Me he sentido libre de simplificar y ocasionalmente cambiar detalles de estas acciones, para hacerlas más fáciles de seguir y que encajaran mejor en la historia. Del mismo modo, he simplificado los detalles de suministro y mantenimiento de los vehículos, y el procedimiento inalámbrico, donde los nombres en clave cambiaban con más frecuencia que en el libro. Una diferencia importante entre los hombres que servían en tanques y en infantería era que los primeros tendían a tener más idea de dónde estaban y qué hacían todos, debido al constante tráfico de radio.

Este libro tiene como objetivo mostrar cómo era la vida de los jóvenes que lucharon en Normandía. Su atención se centra en los británicos y en un batallón de infantería y un regimiento de blindados promedio. Como he dicho al principio, esto significa que no puedo entrar en detalles reales sobre los papeles desempeñados por los demás. Los británicos y canadienses enviaron más artilleros a Normandía que soldados de infantería, cifras que se reflejan en las proporciones generales del Ejército en su conjunto. Los bombardeos mataron e hirieron a más alemanes que cualquier otra causa durante la campaña, y espero que la narrativa refleje el poder atroz y el uso sofisticado de la artillería aliada, aunque nunca brinde la perspectiva de un artillero.

En cambio, vemos la campaña a través de los ojos de tres soldados británicos, lo que significa que la atención se centra en lo que sucedió a su alrededor. Éste no es un libro sobre la gran estrategia de la campaña de Normandía, y mucho menos sobre la guerra en general. Estas cuestiones se debaten intensamente hasta hoy, entre otras cosas porque en el centro de todo ello está el papel del mariscal de campo Montgomery, quien, cualesquiera que fueran sus méritos militares, tenía una personalidad desafortunada. Hasta que llegaron más tropas estadounidenses al final de la campaña, Montgomery estuvo al mando de todas las fuerzas terrestres de todas las nacionalidades. Por encima de él estaba el comandante supremo, el general Eisenhower, un administrador verdaderamente extraordinario, cuyo tacto y encanto –y su sonrisa fácil– contribuyeron, en gran medida, a mantener unido a un equipo de malhumorados comandantes superiores.

Montgomery no destacó ni en tacto ni en encanto. Nada de esto fue favorecido por el panorama más amplio. Gran Bretaña estaba llegando al fin de sus recursos de mano de obra y fondos. En los primeros días de la batalla de Normandía, había una paridad aproximada entre el número de tropas británicas y estadounidenses. Con el tiempo, los primeros se reducirían, y los segundos seguirían aumentando, de modo que a finales de año era obvio para todos que Estados Unidos era el socio principal. El estilo metódico de guerra de Montgomery se basaba en el conocimiento de que las grandes pérdidas británicas no podían ser reemplazadas. Antes del final de la batalla de Normandía, los británicos disolvieron batallones, regimientos y divisiones enteras para proporcionar reemplazos. Los canadienses, que no introdujeron el servicio militar obligatorio y confiaron, en cambio, en voluntarios, afrontaron un problema similar, quizás incluso peor.

En esencia, el plan de campaña de Montgomery era éste. Los estadounidenses desembarcaban en el oeste y los británicos y canadienses en el este. Cherburgo era el puerto principal más cercano a las playas del desembarco y estaba en el sector estadounidense, por lo que era una prioridad para ellos. El sector

estadounidense también involucraba algunos de los terrenos más difíciles para la guerra móvil. Gran parte era un boscaje de pequeños campos y setos gruesos con altos bancales. Si bien hubo una cantidad significativa de esto en el sector británico y canadiense, fue aún más extenso en el oeste. Esto significó que a los estadounidenses les resultó más difícil avanzar rápidamente. En el este, especialmente cerca de la ciudad de Caen, había un campo bastante más abierto. Esto, a su vez, significaba que parecía haber más posibilidades de abrirse paso con puntas de lanza blindadas en esta zona, y, a la inversa, éste era el lugar donde los alemanes tenían más probabilidades de poder avanzar hacia el mar.

El Día D se recuerda con razón, pero a finales del 6 de junio las cinco playas estaban firmemente aseguradas, a pesar de algunos intensos combates, el más famoso en la playa de Omaha, pero reflejado en menor escala en otras playas. La fase crítica fue la preparación, ya que cada lado envió refuerzos al área. Todo lo que traían los aliados tenía que llegar por mar. Los alemanes estaban distraídos por el plan de engaño que amenazaba con un segundo desembarco en el paso de Calais, tenían una estructura de mando mucho menos fluida y se veían obstaculizados por el poder aéreo aliado, pero, aun así, era más fácil viajar por tierra que por agua.

El amplio plan aliado era mantener la atención alemana centrada en el sector oriental, permitiendo a los estadounidenses tomar Cherburgo y finalmente escapar, liberando al recién llegado Tercer Ejército estadounidense al mando de Patton hacia Bretaña y el resto de Francia. Para facilitar esto, la mayor parte de los blindados alemanes debían ser atraídos al sector oriental y mantenidos allí por los británicos y canadienses. Ayudó que la infraestructura de transporte y el punto de partida de las divisiones Panzer tendieran a contribuir a que llegaran a esta zona primero. Además, el país parecía más prometedor para un ataque blindado. Sin embargo, esto no habría importado si los británicos y canadienses no hubieran organizado ataque tras ataque para centrar la atención de los alemanes en este sector.

La mayoría de estos ataques produjeron resultados decepcionantes con un costo muy alto en víctimas. Gran parte de la controversia gira en torno a si Montgomery realmente pretendía que ofensivas como la operación Epsom crearan un éxito importante desde la cabeza de playa (como afirmó públicamente en aquel momento), o si era mucho más entusiasta y realmente apuntaba a mantener la fuerza alemana frente a los británicos y canadienses, como afirmó posteriormente. Por ejemplo, Caen fue un objetivo del Día D, pero en realidad no cayó durante casi un mes. Sin embargo, la forma en que se desarrolló la campaña estuvo, en términos generales, de acuerdo con el plan, lo que sugiere que la verdad probablemente esté en algún punto intermedio.

Para los soldados involucrados, éstas fueron agotadoras batallas de desgaste, con algunas áreas, como la colina 112, por las que se peleó una y otra vez. No hubo avances espectaculares, ningún equivalente a la cacareada Blitzkrieg de los primeros años de la guerra, donde las divisiones Panzer habían avanzado lejos y rápidamente. Sin embargo, para contrarrestar esto, esas mismas divisiones Panzer fracasaron por completo en todas las ofensivas que lanzaron. Los contraataques locales a menudo recuperaron posiciones perdidas, pero los alemanes nunca lograron ningún progreso significativo en ataques importantes, ninguno de los cuales estuvo cerca de abrirse paso hacia el mar. El poder aéreo, y especialmente el formidable poder y habilidad de la artillería aliada (respaldada durante gran parte de la campaña por los cañones de los barcos), dificultaron cualquier ataque alemán importante. Además, los alemanes no lograron coordinar sus ofensivas, en gran parte, porque nunca tuvieron muchas oportunidades. Montgomery siguió atacando, de modo que a medida que llegaba cada división Panzer era absorbida por la lucha para tapar un hueco en la línea, y poco a poco se desgastaba mientras intentaba mantener y recuperar terreno. Casi nunca una división Panzer atacó como una división con todos sus diferentes componentes y tipos de tropas concentrados para apoyarse mutuamente. A finales de junio y principios de julio, la mayor parte de las nueve divisiones Panzer se enfrentaban a los

británicos y canadienses, pero su poder de combate no podía centrarse de forma eficaz.

A pesar de todos los problemas que encararon los alemanes cuando atacaron, debemos reconocer que una razón importante del fracaso de estos ataques fue que los británicos y los canadienses se defendieron bien, al igual que lo harían los estadounidenses cuando atacaron en agosto. Lo contrario ocurre cuando se analiza por qué los ataques aliados produjeron resultados decepcionantes. En los días inmediatamente posteriores al Día D, los canadienses desempeñaron un papel vital a la hora de detener los intentos alemanes de llegar al mar. Las tropas británicas también estuvieron involucradas, y vemos algo de esto en la novela. El patrón se estableció temprano: los ataques británicos y canadienses provocaron que los refuerzos alemanes se apresuraran a contraatacar en lugar de prepararlos adecuadamente, lo que llevó a combates feroces y finalmente a un punto muerto.

Esto fue esencialmente lo que sucedió alrededor del punto 103, y lo que sucede en la historia se basa estrechamente en las acciones del 24.º de Lanceros. De manera similar, el avance a la colina 112 refleja la experiencia real del 23.º de Húsares, incluido el disparo accidental de un arma de 75 mm cuando un proyectil suelto rodó sobre el botón de disparo. Los Glamorgan actúan como parte de la verdadera 49.ª División en Epsom. El 27 de junio, cuando los seis Panthers llegan a su posición, la historia sigue un incidente verídico que en realidad ocurrió el día 26. En efecto, seis tanques de la recién llegada 2.ª División Panzer (Viena) se perdieron y lograron atravesar las líneas del frente, bastante porosas, y llegar en medio de la 5.ª DCLI (5.ª Infantería Ligera del Duque de Cornualles). Causaron el caos, pero la mayoría de los tanques fueron acosados y destruidos. El teniente coronel Atherton, el comandante del batallón, murió cargando un arma antitanque, al igual que Davis en la historia. Los combates de julio en la colina 112 también reflejan la experiencia de 5.ª DCLI, que ocuparon el huerto, posteriormente conocido como Cornwall Wood. Una vez más, su comandante murió después de haber trepado a un árbol para detectar la artillería, tal como en la

historia. Después, alguien gritó una orden de retirada y se retiraron, sólo para volver a subir una vez que se resolvió la confusión. Nadie sabe quién gritó la orden inicial, y la sugerencia de que fue un alemán sigue siendo posible, aunque el enemigo no hizo nada para aprovechar la retirada.

Sin embargo, para la defensa de Rauray el 1.º de julio, los Glamorgan sustituyen a los escoceses de Tyneside, también de la 49.ª División, y una vez más la 165.ª asume el papel de la 24.ª de Lanceros. Esta acción fue parte del último intento real de los alemanes de lanzar una contraofensiva importante contra las cabezas de playa. La clave del plan fue el recién llegado II Cuerpo Panzer SS, formado por la 9.ª y 10.ª divisiones Panzer SS (las mismas unidades que en septiembre desempeñarían un papel vital para detener la Operación Market Garden). Estas unidades habían llegado desde Rusia en tren, pero, como solía ocurrir, fueron absorbidas por los combates en Normandía antes de que estuvieran listas. La contraofensiva no salió según lo planeado, y fue en gran medida improvisada y mal coordinada, lo que no significa que no fuera una tarea desesperada para las tropas que se encontraban en su camino. Los relatos alemanes, aquí y en otros lugares, subrayan el peso atroz del poder de fuego que les arrojaron los británicos y los canadienses, y dicen repetidamente que no habían encontrado nada parecido en Rusia.

Normandía fue un conflicto mucho más concentrado que la mayoría de las batallas del frente oriental, con muchos más tanques alemanes por milla de frente de los que jamás fueron posibles en la amplia estepa. Los alemanes descubrieron que las tácticas que habían funcionado en diferentes condiciones y contra un oponente diferente en el este no funcionaron en Normandía. De manera similar, muchas de las lecciones aprendidas por los británicos en el desierto resultaron inadecuadas para el territorio cercano de gran parte de Normandía. Los tanques, y especialmente sus comandantes, eran mucho más vulnerables a la infantería enemiga en Normandía y especialmente en el país del boscaje.

Varias divisiones e individuos con experiencia en el Mediterráneo fueron traídos de regreso para la campaña de Normandía, sólo para ser criticados por su falta de impulso por parte de los altos comandantes. Mucho de esto era injusto, ya que las condiciones de la batalla simplemente no permitían avances grandes y radicales, sin importar cuán experimentada fuera una unidad. Sin embargo, gran cantidad de los hombres que ya habían luchado mucho estaban comprensiblemente menos dispuestos a seguir corriendo todos los riesgos. En general, gran parte del Ejército estaba «hasta las narices», para usar una expresión de la época: no le gustaban el servicio y sus chorradas, y veía, la guerra como una tarea desagradable que debía terminar lo antes posible. Una minoría había luchado mucho antes del Día D, mientras que el resto había esperado y esperado. Sentí que era importante que ninguno de los personajes aterrizara en la primera ola el mismo Día D, y quería dar una idea de cómo fue para la gran mayoría de los soldados que pasaron el 6 de junio y muchos días más esperando.

Normandía fue una batalla larga que duró hasta bien entrado agosto. Los aliados esperaban que la mayor parte de los combates se produjeran más hacia el interior, porque en otros lugares los alemanes habían luchado duro para infligir pérdidas antes de retirarse y hacer lo mismo en la siguiente línea de defensa. No era una estrategia encaminada a ganar, sino más bien a hacer que ganar fuera difícil y muy costoso para los aliados, con la esperanza de que la suerte de la guerra pudiera revertirse en otra parte. En Normandía, Hitler insistió en que los alemanes lucharan por el territorio, en lugar de cederlo, y sus comandantes sólo pudieron alterar esta regla hasta cierto punto. Esto concentró todo en una batalla lenta y de desgaste. Fue esencialmente una batalla de la Primera Guerra Mundial librada con armas mucho más modernas y letales. Visto desde la distancia, puede parecer inevitable que los aliados prevalecieran, pero eso era un pequeño consuelo para los soldados que luchaban.

La Segunda Guerra Mundial la ganaron los aliados. Varias semanas después del Día D, el Ejército Rojo lanzó su principal ofensiva de

verano, la operación Bagratión. Esto tomó más terreno y mató a más alemanes que la batalla de Normandía. También tuvo tanto éxito porque se habían enviado divisiones Panzer para enfrentarse a los aliados occidentales, por lo que no estaban disponibles como reservas. Durante la guerra, la mayoría de los soldados alemanes morirían en el frente oriental. El precio que pagaron los rusos para lograrlo fue asombroso y nunca debe olvidarse. Tampoco se deben descuidar todos los demás frentes y tipos de guerra. Si una de las razones para escribir este libro fue recordarle a la gente que la batalla de Normandía fue mucho más que el simple Día D, Normandía fue un capítulo de una guerra mucho más grande.

La memoria varía de un país a otro, y la percepción del pasado puede estar moldeada tanto por la presentación de lo que sucedió en el cine y la televisión como por la realidad. Los canadienses rara vez reciben suficiente atención por el papel que desempeñaron en Normandía, de la misma manera que los británicos sienten que su papel se descuida en los relatos estadounidenses, y especialmente en la pantalla. En la mayoría de los aspectos, como equipamiento, organización, tácticas y entrenamiento, los militares británicos y canadienses eran esencialmente los mismos, al igual que su experiencia de Normandía.

La historia no me permitió cubrir las operaciones canadienses en detalle, pero el esquema CANLOAN al menos permitió la inclusión de un canadiense en un papel importante. Como se describió, a principios de 1944, los canadienses tenían más oficiales de los que necesitaban, y los británicos, muy pocos. Se buscaron voluntarios para vinculación temporal y seiscientos setenta y tres aceptaron y fueron enviados a unidades británicas. De ellos, seiscientos veintitrés fueron a batallones de infantería, normalmente un puñado por cada unidad. El plan fue un éxito notable y los oficiales de CANLOAN ganaron una reputación muy alta, mientras que su acento a veces confundía a los alemanes, que estaban convencidos de que se enfrentaban a tropas estadounidenses y no británicas. Alrededor del setenta y cinco por ciento fueron víctimas, lo que fue una tasa alta incluso para los estándares de los líderes jóvenes del noroeste de

Europa. Alrededor de un centenar de funcionarios de CANLOAN fueron condecorados.

Si no puedo abarcar el papel más amplio desempeñado por los canadienses –o incluso otros grupos como los polacos, que a su debido tiempo sirvieron bajo el mando británico–, esto es aún más cierto en el caso de la contribución estadounidense. Normandía, como la guerra en general, fue una victoria aliada, pero la mayor parte del tiempo la magnitud de las operaciones significó que los diferentes contingentes se vieran poco entre sí. Sin embargo, desde el principio decidí que James serviría en un regimiento equipado con tanques de fabricación estadounidense. El Sherman era el tanque medio estándar del Ejército estadounidense en 1944, y, aunque los Churchill y Cromwell de fabricación británica se empleaban en cantidades importantes en Normandía, más unidades tenían Sherman.

Las virtudes del tanque Sherman eran considerables. Era fiable, fácil de mantener, bastante rápido y maniobrable. Las fábricas estadounidenses también podían producirlos en grandes cantidades. En los primeros días de la campaña de Normandía, las cosas eran más difíciles, pero en julio llegaban tanques de reemplazo a las unidades aproximadamente un día después de que un vehículo quedara fuera de combate. Sin embargo, el equipamiento militar es siempre una cuestión de equilibrio y compromiso. Los inconvenientes del Sherman eran un blindaje ligero en comparación con los tanques alemanes, un perfil muy alto que lo hacía más fácil de ver y un cañón de 75 mm que no podía penetrar el blindaje de los tanques alemanes más pesados, especialmente el blindaje frontal. También se incendiaban rápidamente y con más frecuencia que otros tanques, una debilidad en ese momento que se creía que era una combinación de combustible y municiones que se encendían. Estudios posteriores sugirieron que en realidad eran las municiones (y la afición de las tripulaciones por llevar incluso más de lo que se podía almacenar fácilmente) el problema y la raíz de apodos como Ronson, por el mechero, y Tommy Cooker, por el hornillo británico.

El Sherman era muy bueno como arma de apoyo a la infantería, ya que su cañón de 75 mm disparaba un proyectil de obús extremadamente eficaz. Este tipo de lucha era probablemente la forma más común para la mayoría de las tripulaciones. En la lucha tanque contra tanque no funcionó tan bien, aunque el punto del sargento Martin de que la clave era detectar al enemigo antes de que él te viera era muy cierto. El bando que disparaba primero y desde la mejor posición tendía a ganar esos encuentros, y cuando los alemanes atacaban, los Panther e incluso los Tiger podían ser atacados desde el flanco y ser destruidos, mientras que el arma grande del Firefly marcaba una enorme diferencia. Éstos eran muy nuevos en el momento del Día D, y muchos regimientos aún no habían descubierto cómo emplear esta potencia de fuego adicional.

Como parte del debate más amplio sobre estrategia, ha habido una discusión abundante sobre la calidad relativa de los ejércitos británico/canadiense, estadounidense y alemán en Normandía, desde el equipamiento hasta el entrenamiento y la motivación. La cuestión es compleja, sobre todo porque el Ejército alemán variaba mucho desde divisiones Panzer mecanizadas de élite hasta infantería menos equipada y divisiones estáticas de mala calidad. Incluso dentro de estas categorías, las cosas variaron mucho. Por ejemplo, la mayor parte de la infantería de la 17.ª División de Granaderos Panzer SS, que luchó en el sector estadounidense, llegó al frente a pie o en bicicleta. Los aliados no desembarcaron ni un solo caballo en las playas de Normandía, mientras que los alemanes emplearon decenas de miles de animales. Los tanques alemanes tenían buen blindaje y cañones potentes, pero esto a menudo se lograba a costa de la fiabilidad, la facilidad de mantenimiento y, sobre todo, el costo y la velocidad de fabricación, no sólo del vehículo en sí, sino de las piezas de repuesto necesarias para mantenerlo operativo. A los tanquistas aliados les habría gustado un tanque mejor protegido y con mayor armamento, como el Comet británico, que comenzó a llegar en cantidades importantes en 1945, pero en su lugar hicieron el trabajo con el Sherman, o con el Cromwell y el Churchill, que

estaban igualmente faltos de armamento en comparación con los Panzer.

La verdad básica de la campaña de Normandía es que los aliados ganaron, por muchas razones diferentes. Aparte del contexto más amplio, una razón central fue que los soldados aliados lucharon lo suficientemente bien como para derrotar a sus homólogos alemanes. El costo fue espantoso. Antes del Día D, los planificadores del Ejército británico trabajaron con estimaciones de pérdidas probables y, sobre esa base, calcularon el número probable de reemplazos que serían necesarios, además de proporcionar instalaciones médicas adecuadas para hacer frente a los heridos. Tenían dos escalas: normal e intensiva. Durante la campaña de Normandía tuvieron que crear una tercera categoría: doble intensivo. Las pérdidas recayeron sobre todo en los soldados de infantería de las compañías de fusileros y, en menor medida, aunque todavía graves, en las tripulaciones de los tanques. Los líderes, los hombres que tenían que ir primero y moverse por una posición para recibir y dar órdenes, sufrieron aún más que el resto. En mayo de 1945, a muy pocas unidades les quedaba más de un puñado de hombres que habían desembarcado en Normandía. El coste de liberar Europa –y de los combates en otros escenarios– fue alto y se concentró entre la proporción más pequeña de hombres que servían en el combate directo en el papel más peligroso.

En definitiva, Normandía fue una lúgubre batalla de desgaste, y la novela pretende reflejar algo de su naturaleza y algo de los jóvenes que lucharon allí. El tema me ha fascinado durante tanto tiempo que no puedo enumerar todos los libros que he leído, y mucho menos todas las conversaciones que he tenido o escuchado a lo largo de los años. Sin embargo, realmente no puedo terminar sin sugerir algunas cosas que el lector interesado encontrará provechosas. Puede encontrar una lista mucho más detallada en mi sitio web, adriangoldsworthy.com, que incluye listas de informes personales, historiales de unidades y similares. Hay muchas cosas muy buenas por ahí.

En cuanto a la campaña más amplia, hay una excelente cobertura de James Holland, *Normandía 1944: el Día D y la batalla por Francia* (2022); Anthony Beevor, *El Día D: la batalla de Normandía* (2009); Max Hastings, *Overlord: el Día D y la batalla de Normandía:1944* (2021), y Rick Atkinson, *Los cañones del atardecer: la guerra en Europa, 1944-1945* (2014). Un libro más antiguo, pero que contribuyó mucho a desarrollar mi interés, es el de Alexander McKee, *Caen. Anvil of Victory* (1964), que se centra en la experiencia británica y canadiense. Para el Día D en sí, de Cornelius Ryan sigue mereciendo la pena leer *El día más largo* (1964), aunque el tratamiento más completo de los preparativos y los aterrizajes es de Peter Caddick-Adams, en su *Sand and Steel. A New History of D-Day* (2019).

Para obtener más detalles sobre los acontecimientos reales que constituyen el trasfondo de la novela, se pueden consultar los libros de Tim Saunders *Battle for the Bocage. Normandy 1944* (2021) y *Hill 112. The Key to defeating Hitler in Normandy* (2022); de Ian Daglish, *Over the Battlefield. Operation Epsom* (2007) y de J. J. How, *Hill 112: Cornerstone of the Normandy Campaign* (1984). Para la defensa de Rauray, véase Kevin Baverstock, *Breaking the panzer* (2002). Finalmente, después de toda esta no ficción, una novela. Alexander Baron, en *From the City, from the Plough* (2022), ofrece uno de los retratos más vívidos del soldado británico de la época y de la lucha en Normandía, y no se puede recomendar más efusivamente.

Notas

[1] Un anfibio de desembarco era capaz de transportar unas quinientas toneladas de vehículos y equipos, y desembarcarlos directamente en una playa. *(N. del A.)*

[2] Artillería Real. *(N. de la T.)*

[3] Siglas en inglés de «Vehículo Blindado de los Reales Ingenieros», que era un tanque Churchill modificado, tripulado por ingenieros en lugar de infantes y diseñado para cerrar brechas, cubrir terreno blando y realizar otras tareas. *(N. de la T.)*

[4] Nombre del personaje principal de una historieta popular que publicaba el *Daily Mirror* durante la guerra. (*N. de la T.)*

[5] Siglas en inglés del Real Servicio Naval de Mujeres.

[6] Campaña de bombardeos sostenidos sobre el Reino Unido por la Alemania nazi entre 1940 y 1941. *(N. de la T.)*

[7] Siglas en inglés para los institutos de las tres fuerzas armadas (Marina, Ejército y Aviación), una institución que provee de cantinas, tiendas y todo lo necesario para las tropas estacionadas tanto dentro como fuera de Reino Unido. En lenguaje coloquial, también se llama NAAFI a cualquiera de esas dependencias. *(N. de la T.)*

[8] Siglas por el que era conocido, durante la guerra, el programa satírico de radio de la BBC «It's That Man Again», que era muy crítico con la oficialidad y con las restricciones impuestas durante el conflicto armado.

[9] Ametralladora Besa. *(N. de la T.)*

[10] Una Unidad de Retención de Refuerzos (RHU por sus siglas en inglés) estaba formada por hombres retenidos para reemplazar a las bajas. *(N. del A.)*

[11] Siglas en inglés de un oficial de observación avanzada, que formaba parte de la Artillería Real y tenía un equipo de radio que le permitía dirigir el fuego de las baterías a kilómetros de distancia y sin poder ver el objetivo. *(N. del A.)*

[12] *Jezail*, mosquete pesado afgano del siglo XIX. *(N. de la T.)*

[13] «[...] entonces le decían: "Ahora, pues, di 'Shibolet'". Y él decía "Sibolet"; porque no podía pronunciarlo correctamente. Entonces le echaban mano, y lo degollaban junto a los vados del Jordán. Y murieron entonces de los de Efraín cuarenta y dos mil» (Jueces 12:6. Versión Reina-Valera). *(N. de la T.)*

[14] *Winged Victory* (Victoria alada) es un libro autobiográfico del piloto británico de combate Victor Maslin Yeats; es un alegato contra la guerra. *(N. de la T.)*

[15] El nombre oficial de este tanque británico era Mark II. Se trataba de un tanque de infantería pesadamente blindado que se usó, sobre todo, en la campaña del norte de África durante la Segunda Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[16] El ejército de tierra empleó a unas doscientas mil mujeres durante los años 1939 y 1950. Se trataba de personal femenino que sustituía a los varones reclutados en la guerra para las tareas de agricultura.

[17] Vera Lynn (1917-2020) fue una cantante británica a la que se apodó «La novia de las Fuerzas Armadas» durante la guerra. *(N. de la T.)*

[18] La batalla de Quatre Bras tuvo lugar el 16 de junio de 1815 y enfrentó a los contingentes anglo-aliados con el ala izquierda del ejército francés cerca del cruce de Quatre Bras, en la región de Vallonia, Bélgica, pocos días antes de la batalla de Waterloo. *(N. de la T.)*

[19] George Formby (1904-1961). Cantante y cómico británico. *(N. de la T.)*

[20] Inkerman, aldea al este de Sebastopol, en la que las tropas británicas y francesas derrotaron a los rusos durante la guerra de Crimea en 1854. *(N. de la T.)*

[21] El Royal Tank Regiment es el regimiento de tanques más antiguo del Reino Unido. Fue creado en 1916 con motivo de la

Primera Guerra Mundial. *(N. de la T.)*

[22] *Taffy* es un apodo despectivo utilizado en Inglaterra para referirse a los galeses. *(N. de la T.)*

[23] El «descojonador». *(N. de la T.)*

[24] *The Longest Day* (1962), película dirigida por Ken Annakin, Andrew Marton y Gerd Oswald, entre otros. Basada en el libro de no ficción del mismo título escrito por Cornelius Ryan (1959). *(N. de la T.)*



Silencio

Endo, Shusaku

9788435047135

256

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

A través de la fracasada misión de los sacerdotes occidentales que en el siglo XVII intentaron evangelizar el Japón, Endo propone una sutil reflexión sobre los valores fundamentales de la fe cristiana.

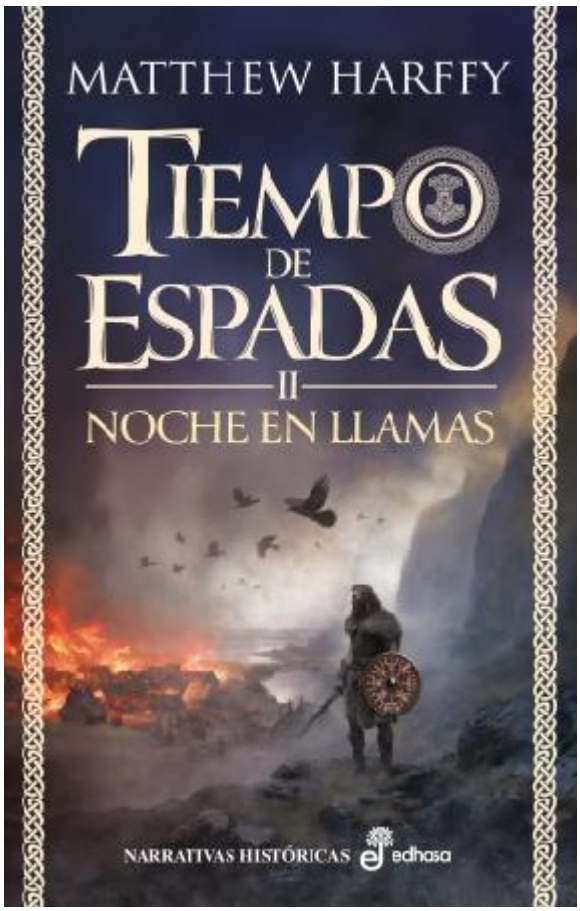
Cuando la obra se publicó en Japón fue motivo de apasionadas controversias, obtuvo el prestigioso premio Tanizaki, fue considerada la mejor novela del año y en poco tiempo había vendido millones de ejemplares.

Hoy es considerada como la novela más importante de Endo y una pieza fundamental para explicar ciertos caminos

emprendidos por la narrativa japonesa de nuestros días.

Esta nueva edición incorpora un prólogo escrito especialmente para la ocasión por el traductor de japonés, Jaime Fernández, que contribuye a situarla en el contexto en que surgió y las polémicas en que se vieron envueltos tanto la obra como el autor debido al tema que toca.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Noche en llamas

Harffy, Matthew

9788435050319

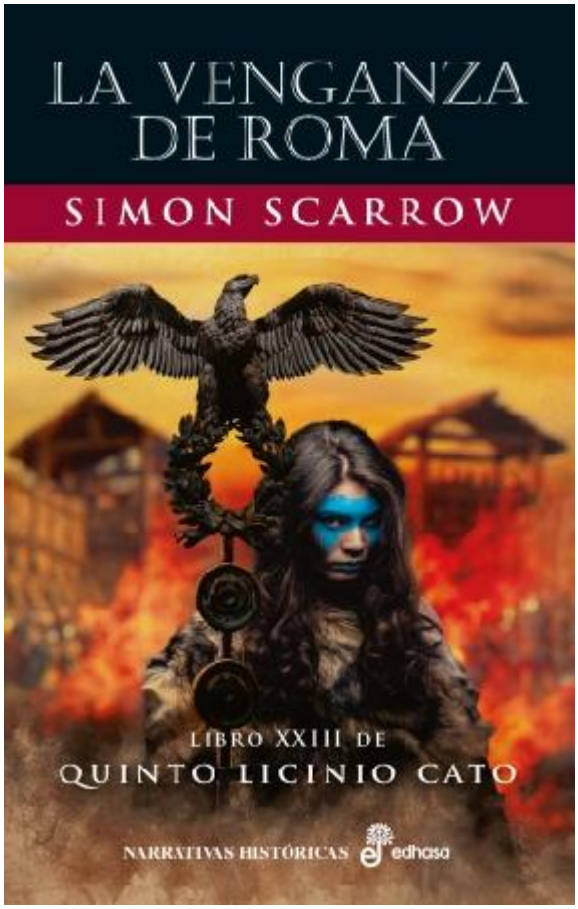
571

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

UNA TIERRA SALVAJE. UNA REBELIÓN VIOLENTA Northumbria, 794 d.C. Quienes dominan los mares dominan la tierra. Y ésta es una

verdad que nadie conoce mejor que los vikingos. El rey de Northumbria sabe que debe actuar. Por eso, en cuanto ven llegar a nuevos invasores desde el mar, se ve obligado a construir sus propios barcos y a ponerlos bajo el control de Runolf, su ahora juramentado hombre del norte. Aun así, los vikingos no tardan en atacar, y será en Hunlaf, antiguo clérigo convertido en temible guerrero, sobre quien caiga la misión de persuadir al rey de Rogaland para firmar una alianza. Sin embargo, Hunlaf y Runolf tienen otros plannes: en las lejanas tierras del norte, les esperan parientes que encontrar, viejas cuentas que saldar y un antiguo libro herético. Al llegar a su destino, decididos a enfrentarse a los salvajes y agrestes territorios nórdicos, se encuentran de repente en medio de la locura. Un esclavo se ha liberado de sus captores, y con fervor religioso, está llevando a sus fanáticos seguidores a una masacre, quemándolo todo a su paso. La sublevación ha estallado con violencia, y Hunlaf y sus compañeros se ven arrastrados hacia una noche de sangre y llamas. Así continua la segunda entrega de Tiempo de Espadas, que comenzó con El nacimiento de un guerrero

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



La venganza de Roma

Scarrow,Simon

9788435050364

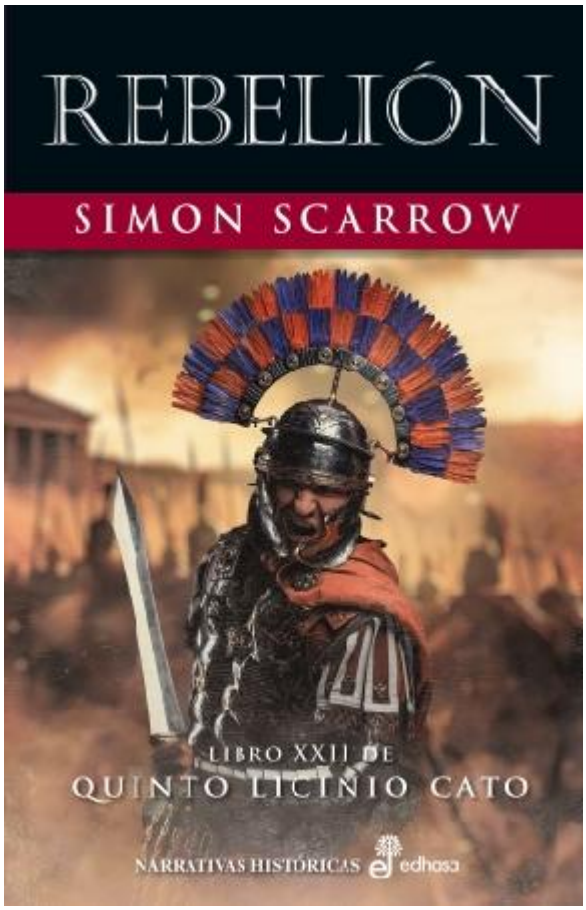
528

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el año 61 d.C., Britania está dividida. Las tribus britanas han sido derrotadas. Pero su líder, Boudica, y la mayoría de sus guerreros siguen en libertad. Y desde su victoria en la emboscada, tienen en su poder el estandarte del águila de la Novena Legión, que exhiben como prueba de que Roma aún puede ser derrotada. Claramente, las brasas de la rebelión siguen candentes... El precio ha sido alto para los ejércitos de Roma, con innuerables hombres perdidos y las principales ciudades en ruinas. Los cadáveres de los muertos yacen esparcidos por las calles. Entretanto, el ahora cansado y dolido centurión Macro no es capaz de olvidar que su madre pereció en el

ataque a Londinium. Su corazón arde en deseos de venganza, y, entonces, el prefecto Cato y él reciben la misma misión de dar caza a los supervivientes enemigos del ejército rebelde. No puede haber paz hasta que la reina sea capturada o muerta. Y el honor romano sólo se restaurará cuando se recupere el estandarte del águila.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Rebelión

Scarrow, Simon

9788435046824

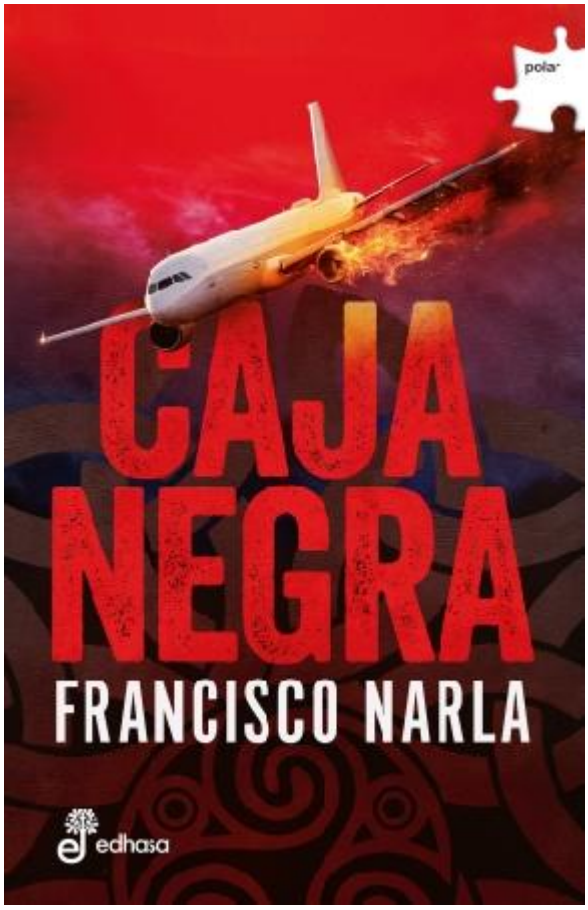
200

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

En el año 60 d. C., Britania está en crisis. La líder rebelde Boudica ha conseguido vencer a la guarnición de curtidos veteranos en Camulodunum, y los pueblos britanos se han alzado en armas. Por

eso, el gobernador Suetonio dirige su ejército hacia la amenazada Londinium. Con él va el prefecto Cato, comandante de su escolta montada. Pronto, horrorizados, se darán cuenta de que Britania se está hundiendo en el caos y el pánico, y que cada vez más son más los guerreros nativos que engrosan las filas de Boudica. Y, además, no son éstas las únicas noticias desoladoras: el centurión Macro se encuentra entre los desaparecidos tras la masacre de Camulodunum. ¿Habrá perdido la vida en una última batalla? Pese a la angustia y la rabia, Cato prepara su próximo movimiento. Debe mantener la esperanza de que su amigo Macro, siempre valiente y con tantas cicatrices de guerra, haya escapado de los rebeldes sedientos de sangre. Porque sólo hay un hombre en el que Cato confía si debe afrontar la campaña militar de su vida. Y el futuro del Imperio en Britania, una vez más, pero tal vez la definitiva, está en juego.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)



Caja negra

Narla, Francisco

9788435050395

416

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

¿Qué pasa por la mente de un piloto a 30 000 pies de altura? Thomas Rye, piloto de una línea aérea low cost, esconde un oscuro secreto que no puede ser desvelado. Por otro lado, el parapsicólogo aficionado Sinesio Amorós ha conseguido grabar unas inquietantes psicofonías que parecen ser la primera pista para resolver un inquietante misterio de origen celta. En un momento dado, ambos personajes se encuentran y, cuando las tramas de ambos chocan entre sí, se inicia una angustiosa cuenta atrás de devastadoras y asombrosas consecuencias... Publicada por primera vez en 2015, Caja negra es un thriller trágico, trepidante con sorprendente parecido con una realidad que, en algún momento, todos podemos llegar a conocer.

Cómpralo y empieza a leer (Publicidad)

Table of Contents

Portadilla
Créditos
Prefacio
COLINA 112
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21
- Capítulo 22
- Capítulo 23

Nota histórica
Notas